

DAVID SOLAR

**CAVERNAS,**  
**PIRÁMIDES,**  
**IMPERIOS**



EL PASADO DEL HOMBRE  
COMO NUNCA TE LO HABÍAN CONTADO

Lectulandia

¿Qué grandes hitos de la historia antigua conocemos? ¿Cuánto del pasado ha trascendido al mundo contemporáneo? Fueron muchos los pueblos poderosos que alcanzaron la gloria y se desplomaron. ¿Qué sabemos de ellos? Cavernas, pirámides, imperios es una apasionante crónica de nuestro pasado, que concede voz a los más relevantes legisladores, políticos, militares, a los gigantes de la cultura y el pensamiento. También a los individuos anónimos, a nuestros ancestros, cuyos hábitos, invenciones, creencias y valores han ido conformando, a través de los siglos, el mundo actual: el fuego, la pintura, la rueda, la escritura, la lengua, el sexo, la espiritualidad, los metales, el caballo, el carro de guerra o la moneda. David Solar recorre aquellos milenios de la Prehistoria y de la Historia Antigua con amenidad, rigor y siempre con humor, enriqueciendo el relato con el inacabable anecdotario generado por los seres humanos.

Lectulandia

David Solar

# **Cavernas, pirámides, imperios**

**El pasado del hombre como nunca te lo habían contado**

ePub r1.0

Titivillus 28.07.17

David Solar, 2011  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi esposa Soha, a mis hijos David,  
Myriam y Teresa, a mi nieta Cayetana.  
Todos han pagado el precio de mi dedicación a esta obra.*

## A MODO DE PRÓLOGO

**M**e parecía un atrevimiento ponerme a escribir un libro que abordara la historia de la humanidad, pero el aliento de mis amigos me impulsó a implicarme en la faena. Evidentemente, nunca pretendí escribir una obra enciclopédica ni un manual, sino un libro de divulgación en el que tuvieran ordenada cabida los grandes momentos de la historia aderezados con el rico anecdotario que acompaña los hechos humanos, empresa para la que me sentía capacitado después de haber fundado y dirigido durante más de tres décadas *Historia 16* y *La Aventura de la Historia*.

En el proyecto que planifiqué debía tener cabida, además, cuanto del pasado hubiera trascendido al mundo contemporáneo, la influencia de religiones, planteamientos filosóficos o científicos, mitos, leyendas y personajes en la literatura, la música, el arte, el lenguaje, el cine... En el olvido hubiera quedado arrinconada la rebelión de Espartaco —lo mismo que se olvidaron las rebeliones de esclavos en Sicilia, incluso más numerosas y sangrientas— sin la novela de Howard Fast y la fantástica interpretación cinematográfica de Kirk Douglas en la película de la Universal. ¿Quién recordaría la mítica figura de la reina Semíramis sin las obras teatrales de Calderón o Voltaire, sin las operas de Gluck o Rossini? La historia de Israel se desvanece en el aire; arqueológicamente, apenas nada se conoce de sus grandes reyes David y Salomón, pero queda la Biblia y, aunque no sea un libro de historia, su contenido constituye la esencia, el esqueleto y la carne del pueblo judío, que sin ella carecería de anclajes en Palestina. El Estado de Israel no existiría sin la Biblia, sin la cautividad de Babilonia, sin la promesa ritual «el año que viene en Jerusalén», que los judíos se hacen desde entonces en la celebración de la Pascua.

Tejer ese variado y casi infinito tapiz de acontecimientos, protagonistas, contextos culturales y su trascendencia desbordaron pronto el ambicioso programa inicial y hube de acotar el contenido a la Prehistoria y al mundo antiguo.

Por tanto, en la primera parte de este libro que acaba de abrir, hallará una sucinta síntesis de los momentos clave de la evolución y el poblamiento del planeta, con los descubrimientos más recientes, que frecuentan las páginas de las revistas especializadas e, incluso, de la prensa general. Me detendré unos instantes en el misterio de los dinosaurios, no porque tenga especial predilección por la paleontología, sino por su repercusión en la mentalidad contemporánea: los grandes animales del Jurásico se encuentran en los éxitos de la literatura de ficción, los reitera el cine, proliferan en los comics y los niños juegan con toda naturalidad con las reproducciones de tiranosaurios en plástico. Ocurre, según comentaba el paleontólogo José Luis Sanz, que «los dinosaurios han sustituido en la mente colectiva al mito de los dragones».

En la evolución de los homínidos he seguido, a grandes rasgos, los eslabones fundamentales, para detenerme, sobre todo, en cómo vivían, comían, cazaban, se

reproducían y en qué creían. A la luz de lo poco que se sabe, he tratado de imaginar sus correrías cinegéticas, sus largas sentadas en torno al fuego, su aprendizaje y la modificación de su existencia gracias a la acumulación de técnicas y conocimientos. Me he entretenido unas páginas en Altamira, en la «Capilla Sixtina del arte paleolítico», por el avance que representa en las habilidades humanas, por la polémica que en su día suscitó su autenticidad y por la que aún continúa sobre su apertura controlada o su completo cierre. En suma, he procurado desgranar los hitos de la Prehistoria buscando al hombre, tratando de imaginarlo en su vida cotidiana durante las diversas épocas de su desarrollo; espiando su asombro ante la multiplicación de las espigas de los cereales o ante el descubrimiento de la reproducción de los animales; percibiendo el vencimiento de su miedo al lanzarse a las aguas en un tronco vaciado o su alborozada sorpresa al arrancar una nota musical de un fémur de buitre horadado.

Aparte de una síntesis clásica —y he de reconocer que centrada en el Viejo Mundo, es decir, en las grandes culturas del Próximo Oriente y del entorno Mediterráneo— que atiende al origen de los pueblos, sus hitos, su expansión y declive, en esta historia he recogido lo que aún me parece más sustancial: hubo pueblos poderosos que enseñorearon los campos de batalla, aterrorizaron y depredaron a sus vecinos, dominaron extensas áreas territoriales y, sin embargo, desaparecieron dejando muy escasa huella, y no porque no supieran escribir, sino porque limitaron el empleo de la escritura a contar prisioneros, botines y tributos. Otros, menos belicosos y temidos, trazaron un profundo surco a su paso por la historia; unas pocas ciudades, con un dintorno territorial pobre, inventaron un alfabeto moderno, lograron la excelencia en el arte de navegar y forjaron un imperio económico basado en sus habilidades manufactureras y comerciales: Fenicia. Recordando a Indro Montanelli: «En esta historia cuentan más los poetas y los filósofos que los legisladores y los caudillos; la huella de Sócrates me parece más profunda que la dejada por Temístocles y Epaminondas».

Y, también, me he detenido en las religiones, con frecuencia razón primordial de la existencia de algunas civilizaciones emblemáticas: el mundo faraónico protagonizó un desarrollo excepcional mirando hacia el más allá. El Olimpo griego no es nada ejemplar, incluso puede parecer esperpéntico, pero, si Montanelli tiene razón, cuando los griegos dejaron de creer en sus dioses perdieron la capacidad de conservar su independencia. Sería discutible si, realmente, sucedió así, pero seguro que la indestructibilidad griega no radica en su territorio pobre, siempre atomizado, consumido en guerras entre *poleis* vecinas, múltiples veces ocupado, sojuzgado, dividido, disgregado, repartido... La imagen potente y unificada que brinda Grecia tampoco radica en estrategias como Milcíades, Pausanias o Alcibíades, sino en sus pensadores, sus filósofos, sus dramaturgos e historiadores. Grecia es Grecia por Solón, Sócrates, Platón, Aristóteles, Sófocles o Eurípides. Por eso, en este libro, dentro de la obligada brevedad, son estos personajes los que desempeñan los papeles

estelares. Y ocurre lo mismo con Roma: cuando los estandartes de las legiones y sus águilas apenas si pueden encontrarse en los museos, cuando hasta los nombres de sus sangrientas victorias han pasado al olvido, cuando se ha borrado la memoria de los generales que tantos triunfos celebraron en la capital del Imperio, queda el magnífico presente de sus obras de ingeniería, vías, teatros, anfiteatros, templos o foros repartidos por los más lejanos rincones —hay más piedra romana labrada en Gerasa (Jordania) que en imperios enteros del pasado—. Y aún es más profundo el rastro de su idioma, su jurisprudencia o su literatura.

En cuanto a la técnica expositiva, he tratado de buscar al hombre por encima del hecho. No narro los acontecimientos, hablo de personajes y, a través de ellos, cuento lo acaecido. Seguro que los historiadores profesionales tendrán reparos al respecto, pero este no es un manual de historia. En el prólogo de su obra *Lawrence*, Robert Graves reconoce que «la historia resulta tanto menos legible cuanto más historia es». Yo no tengo inconveniente en seguir su ejemplo: he procurado contar amena y ágilmente la historia de los hombres y sus realizaciones, prefiriéndolas al complejo intento de desentrañar el peliagudo tinglado político-social en que, casi siempre, se movieron. Y, también, he intentado hallar los destellos de aquellos personajes y sus hechos en nuestro ámbito cultural.

Respecto a las fuentes, debo recalcar que esta no es una obra de investigación, que no he consultado un solo documento original de los que se mencionan y que me he servido de obras publicadas, creo que todas mencionadas en la bibliografía, y si de alguna me he olvidado, ruego de antemano disculpas. Obras generales que conozco bien porque las edité en el pasado, como los manuales de Historia de España y Universal de *Historia 16* o la *Historia de la Humanidad* que publicó *La Aventura de la Historia* en colaboración con el Instituto Gallach de Barcelona, en las que participaron muchos de los más distinguidos historiadores españoles contemporáneos. Obras especializadas de todo tipo de época, procedencia, editorial y contenido: religión, antropología, arqueología, paleontología, economía, estadística, filosofía, literatura, geografía, historia... Historia, sobre todo: prehistoria, historia antigua, historia de la guerra, historia de las civilizaciones, historia del arte. Entre ellas priman las obras clásicas y lo publicado por *Historia 16* cuando yo la dirigía: las *Historias del Viejo Mundo*, la *Historia del Arte* o su *Biblioteca de Historia*.

Una tercera fuente muy utilizada han sido los artículos aparecidos en las revistas que he dirigido durante siete lustros, algunos absolutamente novedosos y rompedores en su momento; la mayoría, incluso en la mejor divulgación que se ha hecho en nuestro país. Gran parte de sus autores son españoles y sus aportaciones muestran el vertiginoso avance de la investigación histórica en España durante las cuatro últimas décadas. También quiero presumir de que muchos de ellos me distinguieron con su amistad y de que han sido mis constantes guías en los, a veces, complejos problemas técnicos que he debido afrontar. Me es imposible recordar a todos, pero, al menos, debo especialmente afecto y reconocimiento a Antonio Blanco Freijeiro, a Julio Caro



Baroja y a Francisco Presedo, que ya nos dejaron; a Alfonso Moure, Manuel Bendala, Federico Lara, Joaquín Córdoba, Víctor Alonso, Fernando Quesada, Julio Mangas, Francisco Marco, Lorenzo Abad, Carmen García Ormaechea, José Manuel Roldán, Jacobo Storch... Y tantos otros que merecerían igualmente figurar aquí, porque de ellos he aprendido casi cuanto conozco sobre nuestro remoto pasado y la Antigüedad. Y, habiendo vinculado la bibliografía con los agradecimientos, cierro aquí el capítulo con mi especial gratitud para mi amigo José Antonio Monge, mi guía en un aspecto fundamental de la pervivencia del pasado, las frases hechas, los dichos; mi amable y competente consejero en la primera lectura del original y mi asesor en asuntos del mundo clásico.

Mención aparte merecen mis editores por el cuidado que han puesto en la lectura del original, los atinados cambios sugeridos, la meticulosa corrección y la hermosa edición. De la benevolencia del lector espero que los esfuerzos de todos hayan valido la pena.

Madrid, septiembre 2010.

**PRIMERA PARTE**  
**EL AMANECER HUMANO**

## INTRODUCCIÓN

**H**ace 12 000 años subieron las temperaturas entre ocho y quince grados, y nuestro planeta dejó atrás los fríos glaciares de anteriores milenios. Comenzó entonces una era climatológica con un funcionamiento parecido al actual. Durante el Holoceno, que es como se conoce a ese periodo geológico, el incremento del calor provocó extraordinarios cambios: el hielo, que había cubierto gran parte del hemisferio norte, se fue retirando paulatinamente dejando al descubierto continentes enteros, como Norteamérica y Europa central y septentrional. La licuación de las masas heladas elevó entre 130 y 150 metros el nivel de los océanos, causando un fenómeno multifacético: las tierras bajas fueron inundadas y numerosos valles costeros, invadidos por el mar, convirtieron en islas zonas que antes estuvieron unidas a los continentes, como ocurrió con las islas Británicas, separadas del continente europeo por el canal de la Mancha, o con Sicilia, que quedó aislada de Italia, o con Córcega y Cerdeña, antaño dos mesetas elevadas de una sola isla; otras tierras, liberadas del inmenso peso de los hielos, elevaron su nivel, caso de la península Escandinava, fenómeno que configuró el mar Báltico.

La nueva climatología propició la extensión de las superficies boscosas e introdujo una gran variedad de especies: las que habían predominado en las pasadas épocas heladas —líquenes, abedules y coníferas— retrocedieron hacia las regiones más frías, próximas al Ártico y a la Antártida. En cambio, en las zonas templadas y húmedas proliferaron el roble, el tilo, el olmo, el avellano, el castaño, el cedro, la encina o el nogal y se adaptaron a la nueva situación algunas especies de coníferas, como el pino o el ciprés.

La fauna siguió el mismo proceso: los animales propios de climas muy fríos, como el reno, el antílope de las estepas, el mamut, el megaterio, el mastodonte o el rinoceronte lanudo, emigraron hacia el norte o se extinguieron paulatinamente. Mientras, en las zonas templadas se desarrollaron especies como el ciervo, el corzo, el rebeco, la cabra o el jabalí, y algunas que habían madurado en épocas glaciares, como el oso, el lobo, el zorro o el chacal, además de perpetuarse en los reductos más fríos, se adaptaron también a los bosques templados.

Pero fue el hombre quien más experimentó el cambio. Las poblaciones costeras hubieron de emigrar hacia tierras más altas empujadas por la subida del nivel de los océanos, pero su adaptación no fue muy traumática porque ante ellas se abrían inmensas extensiones de tierras vírgenes donde antes reinaba el hielo; las oscuras y húmedas cuevas en las que el hombre se había refugiado durante milenios ya no fueron imprescindibles: paulatinamente, sus habitantes se desplazaron a las amplias entradas porticadas que algunas tenían y, a continuación, comenzaron a erigir las primeras cabañas utilizando recursos vegetales, arcilla y pieles. Las comunidades que vivían de la pesca y el marisqueo en las riberas del mar únicamente tuvieron que

adaptarse a las nuevas pesquerías; mayores dificultades sufrieron las sociedades de cazadores, que, acostumbradas a capturar presas de un número muy limitado de especies sobre el hielo o la nieve, hubieron de readaptar su técnica cinegética a los bosques y a un número variadísimo de animales cuyo aprovechamiento modificó sus hábitos alimentarios.

Fueron, sin embargo, cambios muy ventajosos: los bosques, que planteaban dificultades para cazar y para relacionarse, brindaban madera en abundancia, antes un material escaso. Madera para el fuego, para construir cabañas y abrigo, para fabricar armas y utensilios. También proporcionaban alimentos como avellanas, bellotas, nueces, castañas y demás tipos de bayas, además de frutas, de rizomas, de leguminosas y gramíneas, fundamentalmente trigo y cebada silvestres, todo ello escasísimo o inexistente en los milenios glaciares del Paleolítico Superior.

Pero hagamos aquí un pequeño alto para aclarar la nomenclatura simplificada que emplearemos al referirnos a la Prehistoria y las fechas en las que nos moveremos, por muy discutibles que sean y por muy variables que resulten, dependiendo del lugar del que hablemos.

Christian J. Thomsen, arqueólogo, anticuario y conservador del Museo de Antigüedades de Copenhague, tenía un problema que le agobiaba desde su llegada al museo: cómo catalogar las cajas de objetos de piedra, bronce y hierro que tenía almacenados. Probablemente, aparte de su naturaleza, lo más lógico sería clasificarlos por orden de antigüedad. El problema es que ni la conocía ni tenía medios para averiguarla. Afortunadamente, en un momento determinado le llegó una partida de objetos extraídos de un mismo yacimiento, clasificados según las capas del terreno en las que habían sido hallados, de modo que, lógicamente, los encontrados en las más superficiales habían de ser más modernos que los procedentes de las capas más profundas. Por tanto, en 1836, los catalogó, de más antiguos a más modernos, en Edad de Piedra, Edad del Bronce y Edad del Hierro.

En 1865, el naturalista J. Lubbock, amigo de Darwin, avanzó un paso más en la clasificación de los objetos líticos, cuyo rasgo más llamativo consistía en que unos eran tallados y otros, pulimentados. La perfección y finura de las piezas indicaban claramente que los últimos debían de ser más modernos. Lo confirmaron algunas excavaciones en las que aparecieron útiles pétreos de ambos tipos: los de niveles más modernos estaban pulimentados; los más antiguos, tallados: de ahí surgió su clasificación en Paleolítico y Neolítico (del griego *lithos*, «piedra»): «Piedra antigua» y «Piedra nueva». Cuando, ya mediado el siglo XX, surgió la posibilidad de conseguir dataciones más precisas, y conforme se fueron clasificando los objetos por técnicas y estilos, se decidió abrir un periodo intermedio, el Mesolítico, edad de la «Piedra media».

A partir de esas y otras clasificaciones, a la aventura humana anterior a la escritura se la conoce como Prehistoria o Edad de Piedra. El Paleolítico se abre, más

o menos, con el primer latido humano, que se detecta hace casi dos millones de años, y se cierra alrededor de 12 000 años antes del presente, cuando terminaron los fríos glaciares y los hombres comenzaron a vivir en un clima y paisaje semejantes a los actuales. Se divide en tres grandes periodos.

El Paleolítico Inferior se iniciaría con los primeros vestigios del *Homo habilis*, del hombre capaz de modificar la forma de los objetos a su alcance y de darles una utilidad, cosa que ocurrió hace, al menos, 1 900 000 años.

El Paleolítico Medio tiene un discutido comienzo, que algunos sitúan hace 300 000 años, y se extiende hasta el 40000-35000 antes del momento actual (en adelante, para las grandes antigüedades determinadas solo con relativa precisión, utilizaremos la terminología internacionalmente más aceptada: *before present*, b. p.). En él hallamos al *Homo antecessor* y, más ajustadamente, al *Homo sapiens*, y en él asistimos a la aparición de las dos grandes ramas de humanos más cercanas a nosotros, los neandertales y los cromañones.

El Paleolítico Superior discurrió entre el 40000-35000 y el 12000 b. p. Ese fue el gran momento del hombre de Cromañón, que talla la piedra con singular maestría y pinta fantásticas escenas en los techos y paredes de sus cavernas.

El Mesolítico se sitúa aproximadamente entre el 12000 y el 8000 b. p. Fue el momento del cambio climático y de la adaptación humana a las nuevas circunstancias de la Tierra y el clima.

El Neolítico, finalmente, podría situarse, con límites muy elásticos, como se irá viendo, entre el 8000 y el 5000 b. p. En el curso de esos milenios el hombre se sedentariza, se hace agricultor y ganadero, pulimenta la piedra, descubre la alfarería y otras muchas técnicas que multiplican su desarrollo. A partir del 5000 b. p. — bastante antes en algunas zonas— comienza la Edad de los Metales: primero, el cobre; luego, el bronce, y, por último, el hierro.

Baste con estos conceptos simplificados para poder entendernos al hablar de los diversos momentos de nuestra prodigiosa historia, por más que estas fechas estén sujetas a permanente debate y que los avances casi cotidianos de la investigación hagan oscilar las cifras. Los fenómenos inicialmente descritos en esta introducción corresponderían al final del Paleolítico y, sobre todo, al Mesolítico, época en la que se potenciaron las tecnologías de adaptación al nuevo medio y el hombre cazador subsistió combinando su actividad con la recolección de lo que la naturaleza le brindaba, pero en la que ya experimentó el milagro —quizá casual— de la siembra. Poco a poco se sedentarizó, capturó y domesticó animales y descubrió los rudimentos de la ganadería. La variedad e incremento alimenticios propiciaron el aumento de la población, estimada en seis millones de habitantes en todo el mundo, y una fuerte evolución de los útiles: las hojas enmangadas de afilado sílex, utilizadas como hoces para la siega o cuchillos multiusos; los primeros molinos, compuestos por una piedra cóncava y otra redonda, y que servían para reducir a harina los cereales silvestres, o,

fundamental para el nuevo tipo de caza, el arco, que proyectaba flechas con una fuerza y precisión superiores a los propulsores, las jabalinas o las lanzas, que habían sido las armas básicas de los cazadores paleolíticos.

El gran prehistoriador francés André Leroi-Gourhan identifica ese momento como «el nuestro» y asegura que a partir del Paleolítico Superior los humanos «manifiestan, según se percibe en sus obras, las mismas preocupaciones de cuantos les heredaron hasta llegar a nosotros», y en otro momento, refiriéndose al Mesolítico, afirma: «... el *Homo sapiens* (...) llega a la adquisición de la agricultura y de la ganadería, que transforman su existencia en la de un hombre moderno».

Fue un momento fantástico en la aventura humana y, aunque nos parezca muy lejano, remoto, lo tenemos a la vuelta de la esquina: del comienzo del Mesolítico apenas nos separan trescientas generaciones. Trescientas personas. Pongámoslas en fila y démosles un nombre y hallaremos que entre nosotros y el más antiguo hay escasísimas diferencias físicas y, seguramente, no son inmensas las espirituales. Y es que el hombre mesolítico es moderno, a miles de milenios de los primeros homínidos que aparecieron sobre la faz de la Tierra.

# 1

## DE EVA A LUCY

**D**ice el Génesis que, el sexto día de la Creación, Dios creó al hombre y lo hizo de esta manera:

Modeló Dios al hombre de arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida y convirtió el hombre en ser animado (...). Tomó al hombre y le puso en el Jardín del Edén para que lo cultivase y guardase (...). Y se dijo: «no es bueno que el hombre esté solo, voy a darle una ayuda semejante a él» (...) hizo caer sobre el hombre un profundo sopor y, cuando estaba dormido, tomó una de sus costillas y con ella formó Dios a la mujer y se la presentó al hombre...

El libro primero de la Biblia continúa su narración con el episodio de la serpiente, que tentó a Eva con el fruto del árbol del bien y del mal —que el arte siempre ha presentado como una hermosa manzana—, y Eva lo comió porque era «hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él la sabiduría» e indujo a Adán a probarlo... Como se sabe, Dios les expulsó del Paraíso y les condenó a trabajar para procurarse el sustento, y a ella, a parir con dolor. Tras el atroz momento de la condena divina, Adán puso a su esposa el nombre de Eva, que quedó encinta y parió a Caín y, en un nuevo embarazo, a Abel.

E, igualmente, es sabido que Caín asesinó a Abel a causa de la envidia y Dios le castigó arrojándole de la tierra cultivable, por lo que el fratricida hubo de establecerse «al oriente del Edén», lo que no impediría que Caín hallara esposa (¿?) y engendrara a Enoc, que a su vez fue el padre de Irad, y este, de Mejuyael, del que descendió Matusael, que engendró a Lamec, el primer polígamo del que tenemos mención, pues «tomó dos mujeres», Ada y Sela. Ada fue madre de Jabel, «padre de los que habitan tiendas y pastorean», y de Jubal, padre de cuantos «tocan la cítara y la flauta»; mientras, Sela «tuvo a Tubalcaín, forjador de instrumentos cortantes de bronce y hierro...».

Pero, en la línea original, Adán y Eva siguieron teniendo hijos. El Génesis menciona a Set, aunque antes hubiera sido necesario que tuvieran alguna hija, porque, de lo contrario, ¿con quién se casó Caín? Pero no nos pongamos puntillosos con la narración y sigamos: Set se casó (¿?) y tuvo por hijo a Enós, que vivió 912 años y «engendró hijos e hijas»; Cainán fue hijo suyo y este engendró a Mahaleel. Y así se continúa la estirpe humana por Jared, que tuvo por hijo a Enoc, quien a su vez engendró a Matusalén, récord bíblico de longevidad, pues alcanzó los 969 años, superando a todos aquellos antepasados multicientenarios, con buena parte de los cuales convivió...

Y, así, prosigue la línea descendiente de Adán y Eva hasta llegar a personajes tan emblemáticos como Noé, Abraham, Moisés o David, para culminar en Jesús. Según el arzobispo James Ussher, del siglo XVII, que contabilizó minuciosamente la genealogía y edad de los diversos personajes hasta el nacimiento de Cristo, la

creación del hombre tuvo lugar el año 4004 a. C. Otras dataciones, valiéndose siempre de tan discutible fuente histórica como la Biblia, van desde 4161 a 5524 años antes de Cristo, según se aplique el calendario hebreo o griego. Un famoso mapa británico de finales del siglo XIX (*The Wall Chart of World History. From Earliest Times to the Present*) desarrollaba personaje a personaje la datación de Ussher, aunque admitía que «la moderna antropología estima que el hombre puede llevar sobre la Tierra 300 centurias (30 000 años) e, incluso, hay quien estima que la creación ocurrió hace 1000 centurias (100 000 años)».

Lo extraordinario no es tanto la simplicidad de la creencia en que el propio Dios tomara un poco de barro y modelara a Adán como que la bella historia creacionista se mantuviera hasta tan entrado el siglo XIX. De hecho, los clásicos grecolatinos no creían cosas tan diferentes respecto al origen del hombre. El erudito gramático romano Censorino, que vivió en el siglo III d. C., recopila en su *Libro del cumpleaños* las diversas teorías que circulaban en su época. Al comienzo de su capítulo IV escribe:

Unos creen que los hombres existieron siempre, y que nunca nacieron sino de otros hombres, y que no hubo ningún comienzo ni principio de su raza; otros, en cambio, opinan que hubo un tiempo en que los hombres no existían y que tuvieron algún principio o comienzo, por obra de la naturaleza.

De la primera opinión fueron, según Censorino, Pitágoras y todos los pitagóricos, Platón y sus seguidores de la Academia, Aristóteles, Teofrasto «y muchos y bien conocidos peripatéticos».

Diré que alguno de entre los propios hombres de ciencia han expuesto teorías no sé si más extraordinarias, pero, sin duda, igual de increíbles. Anaximandro de Mileto opina que del agua y de la tierra calientes surgieron unos peces, o unos animales muy parecidos a los peces; que los hombres crecieron dentro de ellos y los fetos fueron retenidos en su interior hasta la pubertad; y que entonces, abriéndose aquellos, salieron los hombres y las mujeres, capaces de alimentarse ya por sí mismos. Empedocles (...) afirma algo parecido: «al principio cada uno de los miembros nació desordenadamente de la tierra, como si esta estuviera preñada, luego se juntaron y formaron la materia de un hombre completo, mezclada al mismo tiempo mediante el fuego y el agua» (...) Demócrito de Abdera creía que los hombres fueron creados del agua y del limo. Epicuro le siguió de cerca, pues creía que en un principio se habían desarrollado en el limo caliente una especie de úteros adheridos a las raíces terrestres (...) Zenón de Citio, fundador de la secta estoica, pensaba que el principio del género humano se constituyó desde la creación del mundo y que los primeros hombres fueron engendrados con la ayuda de un fuego divino, es decir, por la providencia de los dioses (...) Según se dice en la región de Ática, Erictonio surgió del suelo, del semen de Vulcano. En Cólquide y Beocia se cuenta que los espartanos salieron armados de los dientes de un dragón...

## EL MIEDO AL MONO

Sorprendentemente, el miedo a desviarse de la ortodoxia cristiana propició que los argumentos en favor de una interpretación literal de la Biblia y de su valoración como fuente histórica segura superaran las profundas brechas que científicos y



filósofos comenzaron a observar, sobre todo a partir del siglo XVIII, y que estas no fueran sometidas a una crítica severa; cierto que se advertía que el relato bíblico no era muy lógico y que algunos hallazgos de fósiles hacían concebir serias dudas sobre su precisión, pero, por encima de todo, se imponía la fe y, bajo su impulso, siempre se hallaron argumentos que explicaran las incongruencias.

Naturalistas como Buffon (que, por cierto, pensaba que la Tierra tendría unos 70 000 años), Erasmus Darwin (abuelo de Charles) o Lamarck ya habían formulado, entre los siglos XVIII y XIX, teorías sobre transformismo y evolución, pero por su propia fragilidad o por el creacionismo imperante quedaron circunscritas al ámbito científico. De este modo, cuando se publicó *El origen de las especies* (1859), obra del naturalista británico Charles Darwin, se produjo una conmoción universal. El libro constituía una auténtica revolución desde el propio prólogo:

Es completamente lógico que, al considerar el origen de las especies, un naturalista reflexionando sobre las afinidades mutuas de los seres orgánicos, sobre sus relaciones embriológicas, y otros hechos semejantes, pueda llegar a la conclusión de que las especies no han sido creadas independientemente, sino que han descendido, como variedades, de otras especies.

El escándalo estaba servido. Sin atender a los cuidadosos razonamientos y a las demostraciones del científico, los que veían como dogma de fe cada versículo de la Biblia rechazaron que las especies hubieran surgido de una evolución, pues el Génesis era contundente:

Dijo Dios, «hiervan de animales las aguas y vuelen sobre la tierra aves bajo el firmamento de los cielos». Y así fue. Y creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas según su especie. Y vio Dios que era bueno y los bendijo diciendo: «Procread y multiplicaos y henchid las aguas del mar y multiplíquense sobre la tierra las aves». (Génesis, 20-23).

Claro, que una reflexión cuidadosa de la obra de Darwin aún agredía más a la idea «creacionista». La evolución de las especies obedecía a la necesidad de adaptación de cada ser a las circunstancias impuestas por la naturaleza, lo que era tanto como decir que las diversas criaturas no le habían salido perfectas al Creador, de donde podría desprenderse una fuerte duda sobre la omnipotencia y perfección absoluta de Dios. De tal manera que los más conservadores acusaron de ateo al científico e, incluso, los más moderados sintieron que atacaba a sus creencias.

Y eso que aún no había salido a relucir el mono, aunque los más perspicaces intuyeran que más temprano que tarde el asunto estaría sobre el tapete, dado que, según Darwin, la evolución de los humanos se producía igual que la del resto de los animales. De hecho, el científico ya incluía una insinuación elocuente: «Se arrojará mucha luz sobre el origen del hombre y de su historia». Es más, no fue necesaria la publicación de la nueva obra de Darwin, *El origen del hombre*, para que proliferaran las caricaturas antidarwinistas en las que se le representaba con formas simiescas o para que un defensor del naturalista como Thomas H. Huxley tuviera que soportar en

una reunión científica, en 1860, la insultante pregunta del obispo de Oxford: «¿Usted desciende de un simio por parte de su abuelo o de su abuela?».

La intuición ya la había tenido Darwin en su juventud. En 1838 causó sensación en el jardín zoológico de Londres la exposición de *Jenny*, un magnífico orangután hembra. Darwin aprovechó su estancia allí para ver al simio y ese día anotó en su cuaderno: «Dejad que el hombre visite al orangután en cautiverio (...) que observe su inteligencia. El hombre en su arrogancia piensa que su creación fue una gran obra (...). Creo que resulta más humilde y más cierto considerarse descendiente de los animales».

Aunque hoy se sabe que tales reflexiones no eran privativas del genial naturalista, nadie las había difundido hasta que el propio Darwin las propuso un tercio de siglo más tarde, en 1871, en *El origen del hombre y de la selección en relación al sexo*. En la primera parte, Darwin prosigue la línea de sus investigaciones y refiriéndose al hombre lo supone descendiente de algún tipo de mono. Como la paleontología aún estaba en mantillas, Darwin tenía un conocimiento escaso sobre la naturaleza de los restos humanos prehistóricos hasta entonces descubiertos —pocos y aún mal estudiados—, pero en *El origen del hombre* muestra brillantes intuiciones que no tardarían mucho en demostrarse acertadas o próximas a la realidad:

En cada gran área geográfica de la Tierra, los mamíferos vivos están directamente emparentados con las especies desaparecidas de tal zona. Por tanto, es probable que África estuviera antiguamente poblada por simios, hoy desaparecidos, similares al gorila y al chimpancé. Como hoy esas dos especies son las más parecidas al hombre, lo más probable es que nuestros antepasados vivieran en el continente africano.

La conmoción universal causada por las teorías de Darwin fue extraordinaria. En España estalló la polémica entre la Iglesia católica, la sociedad y el profesorado más conservador, de un lado y, de otro, los más progresistas defensores del evolucionismo, como los catedráticos Augusto González Linares, Antonio Machado Núñez o Rafael García Álvarez, que al socaire de la libertad de cátedra, otorgada por la revolución de 1868, expusieron y defendieron el darwinismo en sus clases y escritos. La restauración borbónica de 1875 supuso un grave revés para las libertades aportadas por la Gloriosa: el ministro de Fomento, marqués de Orovio, recortó las docentes, suscitando la «cuestión universitaria», pues los profesores más independientes se negaron a acatar esa autocensura y fueron expedientados y apartados de sus cátedras. Los represaliados, con Francisco Giner de los Ríos, González Linares, Nicolás Salmerón y Gumersindo Azcárate a la cabeza, fundaron la Institución Libre de Enseñanza (1876), que formó durante seis décadas a la intelectualidad española más progresista.

La ácida polémica alcanzó el púlpito y la prensa y el «miedo al mono» suscitó todo tipo de diatribas, caricaturas y ripios, como aquel que decía:

Dejad al darwinista darse tono  
que si hombre no quiere ser

sus motivos tendrá para ser mono.

Vicente Bosch, un avispa industrial catalán, lanzó al mercado en 1870 el Anís del Mono, en cuya etiqueta un simio, con el rostro de Darwin, mostraba una botella de ese destilado, y tanto fue su éxito que 140 años después aún se bebe.

## EL ESLABÓN PERDIDO

Pero la compuerta a la modernidad abierta por Darwin ya no podría cerrarse. Arqueólogos, geólogos y paleontólogos rivalizaron por hallar y estudiar fósiles que, presuntamente, hubieran pertenecido a los antepasados del hombre. Hombres antiguos no faltaban en el catálogo arqueológico europeo de finales del siglo XIX: en la segunda mitad de la centuria se habían hallado restos de neandertales en Neander (Düsseldorf, Alemania), de cromañones en Cro-Magnon (Francia), de *Homo erectus* en Trinil (Java, Indonesia), pero, al carecer de un método de datación precisa, se les suponía a todos ellos mucho más modernos de lo que luego se sabría. Sin embargo lo que más se echaba en falta era encontrar el enlace que uniera a orangutanes, chimpancés o gorilas con el hombre, es decir, el llamado «eslabón perdido», y tanta pasión suscitó el asunto que solo treinta años después de la muerte de Darwin (1882) la prensa británica se hizo eco de un fantástico hallazgo presentado, en diciembre de 1912, en la Sociedad Geológica de Londres. Aquella famosa tarde, los eminentes geólogos Woodward y Dawson revelaron que en una aldea del sur de Inglaterra, Piltdown, habían encontrado restos de un ser, con unos 500 000 años de antigüedad, que enlazaba el chimpancé con el hombre. Era un hallazgo asombroso que, además, demostraba que el desarrollo de este último había sido inicialmente cerebral, pues el cráneo hallado era similar al del hombre contemporáneo, mientras que su evolución cultural debió de llegar más tarde, según probaba la morfología simiesca de la mandíbula, denotadora de sus hábitos alimenticios.

El Hombre de Piltdown fue la estrella científica en las vísperas de la Gran Guerra (1914-1918), cosechando decenas de escritos, conferencias y centenares de artículos de prensa. Hubo, también, detractores que hablaron de falsificación o, al menos, de error, opinando que ambas piezas pertenecían a individuos diferentes. Sus disensiones tuvieron escasa audiencia y se atribuyeron a tradicionalismo reaccionario o a envidia. Posteriores hallazgos de un desgastado colmillo y de una clava ósea en la misma zona convirtieron Piltdown en un centro arqueológico primordial.

Con todo, los nuevos hallazgos científicos acaecidos según avanzaba el siglo rechinaban con el fantástico Hombre de Piltdown, por lo que una comisión, armada con modernas técnicas de datación, procedió a un nuevo análisis de los restos y no tardó en descubrir que se trataba de una superchería: la uniformidad del color de ambas piezas era consecuencia de un tratamiento con óxido de hierro; la carencia de

inserciones que las enlazaran se debía a una fractura de época reciente para evitar que se advirtiera a simple vista su imposible coincidencia, y las técnicas de datación por flúor determinaron que el cráneo pertenecía a un hombre prehistórico, con unos 50 000 años de antigüedad, y la mandíbula, a un simio; el famoso diente correspondía a otro animal prehistórico y el bastón era un hueso de elefante hallado en Túnez a comienzos de siglo xx.

Años después se supo que la patraña había sido urdida por un científico avisado, el doctor Hinton, para desacreditar al doctor Woodward a causa de una deuda impagada. Pero su criatura cobró tales proporciones que, temiendo consecuencias negativas para su propia carrera como conservador del Departamento de Zoología del Museo Británico, optó por mantener cerrada la boca.

### HUELLAS MILLONARIAS

Entre tanto, las investigaciones no habían cesado. Las más notables fueron las del antropólogo sudafricano Raymond Dart, que en 1924 encontró en su propio país los primeros restos de unos seres bípedos (que andan sobre dos pies) antiquísimos, de entre dos y tres millones de años, bautizados como *Australopithecus africanus*. Junto a los fósiles del homínido halló restos de animales a los que faltaban piezas de osamenta, lo que le indujo a creer que habían sido sacadas del lugar por aquel para utilizarlas como herramientas en la búsqueda de alimentos. El tema suscitó una fuerte polémica porque suponía el empleo de utillaje por estos seres, lo que les otorgaba un desarrollo más avanzado del que indicaba su capacidad craneana, de unos 450 centímetros cúbicos, es decir, poco mayor que la del chimpancé. Años después, otro investigador sudafricano, Charles Kimberlin, rebatió esa hipótesis, atribuyendo la ausencia de tales piezas óseas a causas naturales.

En esta historia se escribe con letras de oro el nombre de la familia Leakey: Louis, Mary y Richard. Sus ochenta años de trabajos infatigables y de sensacionales hallazgos en Kenia y Tanzania contribuyeron a lavar el ridículo a que se vio sometida la ciencia inglesa con el Hombre de Piltdown. Louis Leakey (Kabete, 1903), hijo de británicos afincados en Kenia, estudió Prehistoria y Paleontología en Inglaterra y de regreso a su tierra natal comenzó los trabajos de campo que le sirvieron como base para escribir su primera obra (*Las culturas prehistóricas de Kenia*, 1931). Convertido en una joven celebridad, alternó la investigación con la dirección del Museo de Ciencias de Nairobi. Allí le conoció una antropóloga inglesa, Mary Douglas (Londres, 1913), que llegó a Kenia en busca de los orígenes del hombre y encontró, para empezar, al hombre de su vida. Si sus trabajos científicos no avanzaron mucho en esos primeros años de matrimonio, a causa, entre otras cosas, de la Segunda Guerra Mundial, al menos sí progresó la familia con el nacimiento de Richard (Nairobi, 1944).

Durante las dos décadas siguientes, Louis y Mary hicieron modestos descubrimientos sobre fósiles de *Australopithecus*, pero su tenacidad se vio recompensada en los años cincuenta y sesenta con algunos hallazgos notables, como el del *Zinjanthropus* (1959), que clasificaron como un *Australopithecus* muy evolucionado. Este homínido vivió hace 1,75 millones de años, según la datación radiométrica (radio-potasio), que tuvo allí su primera utilización relevante, y brindaba datos interesantes sobre la evolución remota de la especie humana: su capacidad craneana era de unos 600 centímetros cúbicos y la inserción de su cabeza en la columna vertebral estaba más avanzada que la de los simios, lo que indicaba que podía andar bastante erguido. Hoy el *Zinjanthropus* ha sido clasificado dentro de una nueva familia, los *Paranthropus*, cuyos primeros ejemplares habían sido descubiertos en 1948.

Estos homínidos solaparon su existencia con los *Australopithecus africanus* y sobrevivieron en medio millón de años a los más modernos representantes de este género; habitaron más al sur de África que ellos y en zonas más secas. La especie tuvo un cerebro ligeramente más grande que el de los *Australopithecus* (de 500 a 600 centímetros cúbicos), pero su desarrollo corporal fue muy superior, ya que llegaron a alcanzar 150 centímetros de estatura o más. Cuando los investigadores observaron el formidable tamaño de sus molares y premolares lo llamaron «hombre cascanueces». El extraordinario abultamiento de sus arcos cigomáticos y sus pómulos, la culminación de su cráneo en forma de cresta y su aventajado tamaño debieron de proporcionarle un aspecto amedrentador, aunque es probable que fuera un ser pacífico y vegetariano cuya dieta consistiría, preferentemente, en bayas, granos y raíces.

No fue menos interesante el hallazgo realizado por Mary Leakey durante sus investigaciones en Laetoli (Tanzania), en 1978, donde descubrió una ancha capa de ceniza volcánica debida a una erupción datada hace 3,6 millones de años, y observó impresas las huellas de tres seres que anduvieron sobre ella unos setenta metros cuando aún estaba blanda: emocionada, la doctora Leakey —su esposo Louis había fallecido seis años antes— pudo comprobar que correspondían a tres seres bípedos, dos adultos y una cría, que caminaban con pequeños pasos de unos 50 centímetros (en su marcha normal, una persona de 1,70 metros de altura da pasos de unos 60-70 centímetros). Su investigación concluyó que las huellas correspondían a un homínido catalogado como *Australopithecus* del tipo *afarensis*, cuyos fósiles se han encontrado en África oriental, desde el mar Rojo hasta el lago Tanganika. Estos seres vivieron hace más de tres millones de años y sus pies estaban perfectamente adaptados a la marcha bípeda, con todos los dedos alineados y la bóveda desarrollada.

Los Leakey, sobre los que volveremos para hablar del *Homo habilis*, lograron otros muchos hallazgos en su incansable investigación sobre los orígenes de la humanidad. A ellos debe Kenia el desarrollo de sus museos de ciencias y la consagración de Olduvai como una de las cunas de la humanidad.

## ESCUCHANDO A LOS BEATLES

En el verano de 1974 trabajaba en Etiopía un equipo de arqueólogos compuesto por los franceses Yves Coppens y Maurice Taïeb y el norteamericano Donald Johanson. Aparte de sus preocupaciones científicas, compartían la admiración por los Beatles. Una tarde, mientras en el campamento sonaba *Lucy in the sky with diamonds* (1967), los arqueólogos efectuaron un hallazgo fantástico: los restos, extraordinariamente completos para lo que es usual en fósiles tan antiguos, de un *Australopithecus afarensis* hembra, que fue inmediatamente bautizado como Lucy.

Lucy proporcionó gran cantidad de información sobre aquellos seres, cuyos antecedentes más antiguos pueden rastrearse hace cuatro millones de años y que se extinguieron hace poco más de un millón. Vivió en un arco temporal de entre 3 y 3,9 millones de años; era menuda, medía unos 115 centímetros y pesaría 30 o 35 kilos. Su pelvis era muy robusta, pues debía aguantar todo su peso para moverse sobre sus piernas y, aunque fuera bípeda, caminaba ligeramente encorvada. Sus manos y brazos —de longitud similar a sus piernas— eran muy fuertes, lo que le permitiría trepar ágilmente a los árboles y moverse de rama en rama, pero la longitud de sus pulgares la facultaba para sujetar y manipular los diversos objetos con precisión.

Los *Australopithecus afarensis* disponían de un cerebro de hasta 550 centímetros cúbicos, un 30% mayor que el de los chimpancés. Su cráneo se parecía mucho al de estos, aunque tanto su frente como su bóveda eran ligeramente más altas. Mayores diferencias con esos simios se observan en la dentición: caninos menos desarrollados y premolares y molares más grandes y robustos.

La tipología de la boca muestra, aparentemente, que no existía conflictividad entre los machos, pues sus caninos no tenían capacidad agresiva relevante; sin embargo, la masa corporal de estos, muy superior a la de las hembras, parecería apuntar en la dirección contraria. ¿Cómo conjugar factores tan opuestos? A falta de otra explicación, se ha supuesto que las peleas no se dilucidaban con los dientes, sino con las manos, que emplearían para golpear con palos y piedras o para arrojárselos a sus competidores.

El estudio de la pelvis de Lucy proporcionó otros datos relevantes: su vagina no tenía una inclinación dorsal, como es habitual entre los mamíferos, sino ventral, como en la mujer actual, toda una novedad que implicaría relaciones sexuales frontales, lo que, a juicio del paleontólogo Ignacio Martínez, «facilitó el empleo del sexo en el establecimiento de relaciones afectivas duraderas». Al tiempo, es probable que se complicara la mecánica del parto, que requeriría la colaboración de las hembras del grupo y, de paso, estrecharía los vínculos de solidaridad.

La proliferación de las investigaciones en las cuatro últimas décadas del pasado siglo permitió hallar otros muchos restos fósiles de *Australopithecus*, llegándose a una datación de entre 4,2 y 2 millones de años y a una clasificación que, por ahora, está así: *anamensis* (4,2-3,2 millones de años), *afarensis* (3,9-3 millones de años),

*platyops* (3,5-3,2 millones de años), *bahrelghazali* (3,5-3 millones de años), *africanus* (3-2 millones de años) y *garhi* (2,5 millones de años), todos ellos eslabones de la millonaria —en años— cadena evolutiva anterior al *Homo habilis*.

En la misma época se perfeccionó el conocimiento de los *Paranthropus*, que vivieron en un arco temporal de una antigüedad entre 2,3 y 1,8 millones de años, y que actualmente están agrupados en *boisei* (2,3-1,3 millones de años), *aethiopicus* (2,6-2,3 millones de años) y *robustus* (2-1,8 millones de años). *Boisei* y *robustus* fueron contemporáneos del *Homo habilis*, en el que hallamos ya el latido del *Homo sapiens*. En este momento hay que recordar, nuevamente, a los Leakey: Richard —que colaboró en numerosas campañas con sus padres— no estaba dispuesto a ser menos que ellos y, en 1969, con veinticinco años de edad, descubrió en Tanzania un cráneo magníficamente conservado que hoy está catalogado como *Paranthropus robustus*.

### PRIMERO FUE EL *BIG-BANG*

Si en las postrimerías del siglo XIX ya estaba claro, para quien no tuviera cegadas las entendederas, que el creacionismo bíblico era solo una hermosa leyenda para explicar la presencia humana sobre la Tierra, tendrían que pasar muchos años antes de que los científicos proporcionaran una teoría firme sobre el origen del Universo.

La mayoría de los astrónomos y cosmólogos —el más conocido es Stephen Hawking— están, básicamente, de acuerdo en que la formación del Universo se produjo hace 10 000-15 000 millones de años, cuando una masa de materia de gran densidad, sometida a elevadísimas temperaturas, sufrió un estallido cósmico, lo que provocó su disgregación en millones de fragmentos, que se esparcieron y expandieron —proceso que aún prosigue— formando galaxias, nebulosas, estrellas y sistemas como el nuestro, en el que un conjunto de cuerpos celestes, los planetas y sus satélites, se agruparon en torno a una estrella de magnitud mediana: el Sol. La Tierra, uno de los nueve planetas del sistema solar, pertenece a su zona interna, es decir, es de los más próximos al Sol, en torno al que gira a una distancia media de 149,6 millones de kilómetros, recibiendo de él luz y calor. Su edad se estima en unos 4600 millones de años.

Aunque la presencia de la vida en el planeta Tierra surgió hace casi 4000 millones de años —algas unicelulares—, su evolución se registra hace unos 600 millones. Los trilobites, los fósiles más antiguos que conocemos, tienen 570 millones de años, pero no mucho más recientes son otros antecesores de formas de vida actuales, como los erizos de mar, los corales o las esponjas; de la misma época son los invertebrados y hace casi 500 millones de años surgieron en el mar los primeros vertebrados.

Entonces, y hasta muchos millones de años después, los continentes formaban un bloque único rodeado por las aguas. En ellos crecían los bosques de helechos y, tras

otro prolongado periodo millonario, surgieron las grandes masas arbóreas de coníferas y aparecieron los primeros animales de sangre caliente. A esta época pertenecen los lagartos alados (pterosaurios), que fueron los primeros vertebrados en surcar el aire. En octubre de 2009 se publicó en la revista científica británica *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences* el hallazgo de un fósil de esta especie, al que se ha denominado *Darwinopterus*, en honor a Charles Darwin. La misión chino-británica que realizó el descubrimiento lo ha descrito como un reptil volador que se desarrolló hace unos 228 millones de años, dotado de poderosas mandíbulas en forma de pico, armadas de dientes puntiagudos, cuello largo, alas en forma de delta, pequeñas patas y larga cola, que vivía de la caza de otras criaturas voladoras más débiles. Ni eran aves —a las que precedieron en 75 millones de años— ni, tampoco, dinosaurios, aunque convivieron con ellos y con ellos desaparecieron.

En el siguiente centenar de millones de años (periodos Jurásico y Cretácico, 180-65 millones de años b. p., aproximadamente) nos encontramos, precisamente, con los dinosaurios y las aves más primitivas y con toda una novedad vegetal: plantas con flores.

Uno de los atractivos de aquel remoto momento de nuestro planeta son los dinosaurios, los mayores seres que han poblado la superficie terrestre, alguna de cuyas especies superaba los cuarenta metros de longitud y catorce de altura, con cuarenta toneladas de peso (hallazgos recientes presentan especímenes con longitudes y alturas de cincuenta y dieciocho metros y más de cien toneladas), aunque los hubo de tamaños muy variados, incluso tan pequeños que no superarían el de un pollo. Eran ovíparos y hasta ahora se les había supuesto de sangre fría, como los reptiles, pero las investigaciones más recientes (doctor Hurchinson, en *PloS ONE*) aseguran que tenían sangre caliente, parecida a la de las aves actuales. Los hubo bípedos y cuadrúpedos, con piel dura y escamosa o, incluso, con plumas, vegetarianos y carnívoros, y dominaron el escenario terrestre —aunque algunos estaban adaptados a la vida acuática— durante 100 millones de años.

Entre los dinosaurios ninguno suscita tanto morbo como el tiranosaurio rey, al parecer la bestia más terrible que ha pasado por el planeta. Según los múltiples restos aparecidos, fue un carnívoro bípedo de diez a quince metros de longitud y cinco o seis de altura, y su peso podría alcanzar nueve o diez toneladas. Lo más terrible era su cabeza, cuya forma recuerda vagamente la de los lagartos y que tenía más de metro y medio de longitud en los ejemplares adultos, en la que se abría su formidable boca, con mandíbulas de hasta 140 centímetros, capaces de efectuar una mordida de cuatro toneladas: una auténtica máquina de matar dotada de 71 dientes de quince a veinte centímetros de longitud.

A finales de 2009, un grupo de paleontólogos de la Universidad de Illinois y del Museo de Historia Natural Burpee (Estados Unidos) dio a conocer el resultado de sus investigaciones sobre *Jane*, un ejemplar hallado en Montana en 2001. Fue *Jane* un tiranosaurio que murió muy joven, apenas con once o doce años. Medía 6,7 metros de



largo, 2,1 de alto y pesaría unos 680 kilos. Pero lo extraordinario del caso es que en la osamenta de su cabeza aparecen huellas de una mordedura que le ocasionó una fractura en su hocico, que quedó torcido. Según el paleontólogo Joseph Peterson, la herida solo pudo provocársela otro dinosaurio aproximadamente de su edad y tamaño, porque «la mordedura se había producido en un enfrentamiento cara a cara o, mejor, hocico contra hocico, que es como peleaban los tiranosaurios».

¿Por qué se peleaban? Dada su juventud, «se trataría de una lucha de aprendizaje, un comportamiento habitual entre muchas especies para irse adiestrando desde pequeños en la defensa de su territorio. Un juego en el que se les fue la mano», suponía el paleontólogo. Si en un «entrenamiento» dos jóvenes tiranosaurios podían infligirse mordeduras que incluso rompían huesos, imaginemos cómo sería su ataque contra una presa y su ferocidad en el caso de tener que defenderse de una agresión.

Tratamiento científico aparte, la época de los dinosaurios, su peripecia vital, su convivencia con los hombres —imposible, naturalmente, pues cuando aparecen los primeros homínidos hacía ya más de 60 millones de años que se habían extinguido— y su desaparición han sido mil veces recreadas por la ciencia ficción o, más apropiadamente, por la mera fantasía. Sobre su ocaso se han esgrimido numerosas teorías. La más aceptada se refiere a causas naturales: vivían en regiones tropicales que fueron desapareciendo o empobreciéndose con el enfriamiento climático registrado al final del periodo Cretácico. Los dinosaurios vegetarianos (saurópodos) fueron incapaces de adaptar su régimen alimenticio a las nuevas condiciones y perecieron; su extinción originó, también, la de los dinosaurios carnívoros (terópodos), que tenían en sus inofensivos congéneres la principal fuente alimenticia.

Recientemente, científicos de las agencias espaciales norteamericana y europea (NASA y ESA) han coincidido en afirmar que la más probable causa de la desaparición de los dinosaurios fue un meteorito, de unos diez kilómetros de diámetro, que hace 65 millones de años cayó sobre la península de Yucatán, al este de México, produciendo un cráter de 170 kilómetros de diámetro. El meteorito se fragmentó en millones de trozos de materia incandescente que estuvieron lloviendo sobre la Tierra durante días e incluso semanas, calcinando cuanto hallaban en su zona de caída. El impacto sobre una región rica en azufre volatilizó este mineral, transformándolo en vapor y gas que ascendieron hasta la atmósfera, de la que retornaron convertidos en una lluvia ácida que deforestó las zonas sobre las que se precipitó. Simultáneamente, un inmenso hongo formado por el polvo desprendido en la colisión se elevó decenas de kilómetros, nublando gran parte de la Tierra durante unos diez años. La combinación de todo ello aniquilaría la mitad de las plantas y de los seres vivos del planeta y suscitaría un súbito enfriamiento por falta de sol que modificó radicalmente el clima y las estaciones durante esa época.

Pero algunos dinosaurios sobrevivieron gracias a que habían mutado. Precisamente en septiembre de 2009, se publicó en la revista *Nature* el hallazgo del «eslabón perdido» en la evolución entre los dinosaurios y las aves. Científicos de la

Universidad de Pekín han hallado el fósil de un ave que vivió hace 155 millones de años; medía unos cincuenta centímetros de longitud, estaba cubierta de plumaje y desplegaba cuatro alas. Lo han bautizado *Anchiornis huxleyi*, en honor al científico evolucionista decimonónico.

En el periodo Terciario, que se extiende entre 65 y 5 millones de años b. p., se desarrollaron gran parte de los peces, las especies vegetales y los mamíferos. Además, se separaron el continente americano y el euroasiático (40 millones de años). Ese fenómeno, cuando muchas especies vegetales y animales ya existían, determinó su distanciamiento y una evolución distinta.

En esta etapa surgieron los mamíferos que, probablemente, son los antecedentes más remotos del género *Homo*: los Catirinos, monos de pequeño tamaño, pululaban ya por los árboles en el momento de la separación del continente americano; esta rompió la familia y los que viajaron hacia el oeste en las masas arbóreas de América se convirtieron en Platirinos, parecidos a sus parientes pero con la nariz más ancha.

Hace tres cuartos de siglo, mientras los egiptólogos buscaban tumbas en el oasis de El Fayún, hallaron los restos de un ser al que bautizaron como *Aegyptophitecus*, que había vivido 30 millones de años antes. Este ancestro, seguramente de vida arbórea, presentaba ya una modificación característica en la evolución: una perceptible elevación frontal, aunque su cerebro fuera mínimo: treinta centímetros cúbicos.

Los proconsules, simios cuadrúpedos que vivieron hace 20 millones de años, evidenciaban un nuevo avance: su cerebro alcanzaba los 150 centímetros cúbicos, carecían de cola y, aunque su existencia se desarrollaba preferentemente en los árboles, también se buscaban la vida en la vegetación de la sabana. Una de sus particularidades es que de ellos salieron dos ramas, la que evolucionaría hasta el hombre y la de los simios más parecidos a él: chimpancés, orangutanes y gorilas.

En Kenia, una de las cunas de la humanidad, vivió hace unos 12 millones de años el *Kenyaphitecus*, un primate que presentaba un avance decisivo hacia los homínidos: debía de ser cuadrúpedo con cierta facultad para andar erguido en algunas circunstancias y se había bajado de los árboles, aunque volviera a ellos con frecuencia para buscar alimentos o escapar de un peligro; tenía un cerebro de unos 300 centímetros cúbicos; su infancia era prolongada, lo que requería una cierta organización del grupo, para proteger y alimentar a sus débiles crías.

Peor conocidas son otras familias, surgidas de nuevos hallazgos de fósiles a finales del siglo xx y comienzos del actual. Nos detendremos en los *Ardipithecus*, nuevo género cuyos fósiles son aún escasos, y sus datos, poco impresionantes para los aficionados. Parece que vivieron hace casi seis millones de años (el tipo *kadabba*) o hace 4,4 millones (el tipo *ramidus*). Debaten los expertos si fueron bípedos o cuadrúpedos, pero sus denticiones ya anunciaban las de los *Australopithecus*.

El estudio del *ramidus* ha experimentado un fuerte impulso en los últimos años: en el otoño de 2009, la prestigiosa revista *Science* publicó un detallado informe del

fósil de un homínido hallado en Etiopía en 1992 y estudiado minuciosamente por decenas de especialistas. La conclusión provisional es que este ser es lo más próximo que conocemos al momento en que la rama evolutiva de los humanos se separó de los simios. Ardi fue una hembra que vivió hace 4,4 millones de años, pesaba unos 50 kilos y medía unos 120 centímetros. Se trata, según el paleontólogo Tim White, de la Universidad de Berkeley, de «una forma no especializada que no ha evolucionado mucho en la dirección de los *Australopithecus*, por lo que, cuando la examinas desde la cabeza a los pies, lo que encuentras es una criatura mosaico, que no es un chimpancé ni es un humano». Uno de los padrinos del amplio despliegue informativo otorgado a este homínido, el especialista de la publicación en ciencias físicas Brooks Hanson, justificó su apoyo porque la investigación sobre Ardi «abre una ventana a un periodo de la evolución humana del que sabemos muy poco, la época en la que los homínidos primitivos estaban estableciéndose en África, poco después de separarse del último antepasado que compartieron con los simios».

Tras este baño de nombres científicos y de leves diferenciaciones apasionantes para paleontólogos y arqueólogos, al común de los simples interesados pueden quedarnos varias conclusiones. Primero, la compleja y amplísima diversidad de los homínidos, que se intuye como fundamental en su evolución. Segundo, el fantástico salto histórico entre las creencias creacionistas, plenamente vigentes hasta hace siglo y medio, y los conocimientos actuales, proporcionados por el hallazgo y el estudio de más de 3000 yacimientos donde se han encontrado los fósiles sobre los que se fundamenta la paleontología actual. Tercero, el extraordinario empuje de los trabajos arqueológicos relativos a las investigaciones sobre el origen del hombre, que ha movido millares de equipos de científicos con frecuencia por lugares inhóspitos e, incluso, peligrosos.

## CUESTIÓN DE CEREBRO

«¿Por qué hace dos millones de años aparecieron primates que estaban dotados de un cerebro tan grande y que tenían capacidad (y también necesidad) de fabricar instrumentos destinados a transformar el medio natural en que vivían?», se pregunta el prehistoriador de la Universidad de Cantabria Jesús E. González, para concluir que se debe a factores diversos: el caminar erguido permitió una visión mucho más amplia, el control de mayores escenarios y la localización de recursos lejanos; la visión estereoscópica, que capta los relieves, unida a la precisión en la utilización de los dedos y el incremento del tacto, diversificó la actividad cerebral y aumentó las dificultades de la coordinación entre ambas funciones. Las nuevas aptitudes generaron mayores necesidades y diversidad de funciones que, paulatinamente, exigieron un cerebro más grande para manejar una actuación cada día más compleja.

Pero el bipedismo no conduce necesariamente a la condición de *Homo*; de hecho, el *Homo habilis* convivió en similares áreas geográficas y condiciones ambientales durante muchos milenios con otros seres bípedos que no evolucionaron. ¿Qué fue lo que les diferenció? Siguiendo siempre a Jesús E. González: «La evolución tan especial que caracteriza a los ejemplares de *Homo* debería estar basada en algún rasgo de su conducta que no se diera entre los *Australopithecus*». Y la diferencia más relevante parece ser el tipo de alimentación.

### DISPUTA CON LAS HIENAS

Los primeros investigadores que tuvieron en sus manos los elementos para avanzar por ese camino fueron, cómo no, los Leakey. En 1961 y en 1963 hallaron en Olduvai dos cráneos, 0H7 y 0H13, con un volumen encefálico de 700 y 650 centímetros cúbicos, aproximadamente la mitad que el hombre contemporáneo, y con una morfología distinta a la de los *Australopithecus* y *Zinjanthropus*: frente más despejada, bóveda más alta y osamenta más fina. También eran diferentes su mandíbula y su dentición: menos desarrolladas y poderosas. Junto al segundo de estos cráneos se encontraron piedras talladas, lo que indicaba que aquel tipo de individuos era capaz de crear cosas. Estaban ante la prueba conocida más antigua — entre 1,9 y 1,6 millones de años — de un ser capaz de manipular materiales y de construir útiles. Para distinguir al nuevo homínido se creó una nueva clasificación: el género *Homo*, y al fósil 0H13 se le calificó como *Homo habilis* precisamente por esa habilidad manufacturera. Años después se hallaron útiles líticos mucho más antiguos, de 2,6 millones de años, lo que introduce un interrogante aún no respondido:

¿perteneían al género *Homo* los talladores de aquellas piedras?

Lo que más sorprendió a los Leakey al investigar aquellos hallazgos fue que el *Zinjanthropus* hubiera aparecido en un estrato más moderno de la excavación que el OH13, cuando la capacidad craneana de este era superior, lo que estaba en contradicción con la creencia de que la masa cerebral de los homínidos aumentaba conforme se acercaban a la época actual. Sus observaciones, reflexiones y hallazgos científicos posteriores les dieron la solución: aunque habían convivido en la misma zona y época eran dos seres distintos, con una alimentación diferente —tal como mostraba la dentición— y el mayor desarrollo cerebral del segundo le permitía determinadas habilidades de las que su vecino carecía.

La pregunta inmediata es: ¿qué comían los segundos que no ingerían los primeros? Los *Zinjanthropus* («cascanueces») eran vegetarianos, mientras que el *Homo habilis* incluía carne en su dieta. Las proteínas, con un valor nutritivo y energético muy superior a los vegetales, determinaron el mayor desarrollo cerebral del segundo, propiciaron el progresivo despegue de sus habilidades y, en consecuencia, el avance de sus capacidades para asegurar su alimentación y mejorar paulatinamente sus condiciones de vida.

El subsiguiente interrogante sería cómo se agenciaba la carne aquel primer *Homo habilis*. No era tan grande, ni tan fuerte, ni tan rápido, ni sus útiles tan contundentes como para cazar piezas importantes o disputárselas a los grandes depredadores de la sabana. En consecuencia, los investigadores concluyeron que en el amanecer humano éramos carroñeros. La carne que ingería el *Homo habilis* procedía de pequeños herbívoros que sus primitivas artes le permitieran cazar, o de animales muertos por causas naturales, o de los restos de la caza de los felinos, que obtendrían en mortal disputa con otros carroñeros como las hienas. En esta lucha se iría progresivamente imponiendo la capacidad asociativa y organizativa de aquellos remotos antepasados nuestros.

La investigación se ha encargado de demostrar aquella hipótesis: en varios yacimientos arqueológicos se han hallado huesos con marcas de los rascadores pétreos del *Homo habilis* y, junto a ellas, profundas estrías originadas por los caninos de los grandes cazadores que cobraron la presa: leones, leopardos o hienas, que, al parecer, en aquella millonaria antigüedad fueron animales de mayor entidad que las actuales.

### ABUELOS MUY AVANTAJADOS

En la cadena evolutiva, el *Homo ergaster* sucedió al *habilis*, con el que convivió durante milenios, aventajándole en capacidad craneana —superior a los 1000 centímetros cúbicos— y en estatura. Su fósil más famoso es el llamado Niño de Turkana, hallado casi completo en Kenia en las proximidades de ese lago, más

conocido en época colonial como Rodolfo. Los restos corresponden a un varón de unos diez años, que vivió hace 1,5 millones de años. La proyección de estos restos a la edad madura del personaje le otorgaría la estatura media del europeo actual, con tronco más tosco pero similares proporciones entre brazos y piernas. Su fisonomía craneana era, sin embargo, primitiva: alargada, bastante plana, con frente estrecha, simiesca boca prominente y barbilla retraída.

La diferencia entre el tamaño del macho y de la hembra (dimorfismo), muy acentuada en general entre los *Australophitecus* y otros homínidos anteriores, disminuyó en el *ergaster*, al que se le supone una media de 1,80 metros de altura para el género masculino y de 1,55 para el femenino.

Estos antecesores próximos del hombre dominan el medio en el que viven: son altos, fuertes, inteligentes, tienen memoria y habilidad, lo que les permite conocer y buscar piedras duras, pedernal o sílex, para fabricar armas y herramientas, como hachas e instrumentos cortantes, desarrollar trampas para cazar pequeños animales y defender sus presas frente a otros depredadores. Seguramente, su actividad venatoria se simultanearía con el carroñeo, trabajo en el que participarían las hembras.

Se les supone, también, una organización social relevante, utilizada para procurarse los alimentos y conservarlos, proteger su territorio y cuidar a sus hijos. El escritor Cyril Aydon reflexiona en *Historia del hombre* sobre este último aspecto: la larga dependencia de las criaturas de los homínidos más evolucionados. El tamaño de la cabeza de las crías no podía exceder el de la pelvis de las hembras, porque el parto se malograría y, sin embargo, las cabezas cada vez serían mayores para contener cerebros cada vez más grandes.

Se entabló entonces una competición de doble sentido entre las ventajas para los niños que se derivarían de nacer con cerebro grande y lo conveniente que resultaría para la madre que la cabeza del bebé fuera lo más pequeña posible a la hora de dar a luz. El resultado fue que se hizo inevitable un nacimiento prematuro.

En efecto, la cría humana, tras nueve meses en el útero materno, nace indefensa y su cerebro necesita muchos meses de desarrollo para lograr cierta madurez, por lo que precisa de años de cuidados maternos para sobrevivir. Aydon, concluye:

Ningún otro primate nace en una fase tan prematura. Para alcanzar a la hora del parto el mismo estadio de desarrollo cerebral de otros primates, los bebés humanos necesitarían permanecer en el útero materno dieciocho meses.

### **CRECED, MULTIPLICAOS Y POBLAD LA TIERRA...**

No es necesario abundar en la organización social que estos cuidados requerirían y que, sin duda, se dio, porque, incluso contando con las elevadas tasas de mortalidad que se registrarían entre estos homínidos, su número debió de aumentar prodigiosamente, de modo que, buscando áreas más propicias para su subsistencia,

hace más de un millón de años se extendieron por el continente africano — exceptuando las zonas selváticas— y por gran parte de Europa, Asia y el Pacífico.

Su evolución a partir de los nuevos asentamientos dio lugar a tres variantes básicas: la asiática fue el *Homo erectus*; la europea tuvo tres manifestaciones, el *Homo antecessor*, el *heilderbergensis* y el hombre de Neandertal, según su orden cronológico de aparición en escena, aunque no sea seguro que unos descendieran de otros; la africana se corresponde con el *Homo sapiens*, uno de cuyos grupos más próximos a nosotros fueron los cromañones.

Según Jesús E. González, durante muchos milenios estas especies sufrieron escasas modificaciones. En la rama asiática existen diferencias pequeñas entre los individuos más antiguos y los más modernos. A esta familia asiática pertenecen dos famosos fósiles: el Hombre de Java —descubierto en 1891 por el médico holandés Eugène Dubois— y el Hombre de Pekín —hallado por el canadiense Davidson Black cerca de la capital china, en 1927—.

Tras un largo parón, a partir del año 400 000 anterior a nuestra era, europeos y africanos evolucionaron deprisa: aumentaron sus capacidades craneanas hasta alcanzar los 1500 centímetros cúbicos en algunos neandertales, pero mientras que estos presentan una tipología craneana y facial antigua —frente estrecha y prognatismo— los *sapiens* (y sobre todo los tan próximos cromañones) muestran mayor modernidad: la frente y la bóveda craneal son más altas, su morro se ha retraído y ha aparecido la barbilla.

Los descendientes del *ergaster* experimentaron dos de los mayores progresos de la humanidad: el descubrimiento del fuego y el comienzo del lenguaje. No se sabe a ciencia cierta cuándo el hombre descubrió el fuego o, mejor, cuando aprendió a conservarlo y a encenderlo en función de sus necesidades, pero en la misma cueva donde se halló el Hombre de Pekín, habitada desde hace 900 000 años y abandonada hace unos 130 000, existía una capa de ceniza de más de seis metros de espesor. Aquel *Homo erectus* llevaba muchos milenios manejando el fuego cuando abandonó la caverna, y algunos investigadores aventuran que dominaba la técnica del encendido hace ya unos 400 000 años. Según Jesús E. González, hace unos 300 000 años los *Homo heilderbergensis*, que vivieron entre el 500000 y el 200000 b. p. y fueron los antecesores inmediatos de los neandertales, «alcanzaron el control del fuego, generaron campamentos bien organizados, ocupados por grupos más grandes (lo suficientemente organizados como para competir en ventaja con los animales carnívoros) y produjeron utillajes de piedra con técnicas complejas». Este prehistoriador recoge la opinión de otros especialistas de que una organización y técnicas semejantes debieron de exigir una compleja comunicación y una transmisión de conocimientos difícilmente explicables sin el lenguaje. Por otro lado, desde un punto de vista anatómico, el lenguaje ya era posible dado el desarrollo cerebral y las «formas plenamente arqueadas de la base del cráneo», que permitirían el emplazamiento de una laringe baja con capacidad fonadora.

## ATAPUERCA: UN ARCHIVO DE UN MILLÓN DE AÑOS

En 1645, fray Manuel Ruiz, informado de que en Atapuerca, una zona de serranía veinte kilómetros al noreste de Burgos, había una cueva interesante, visitó el lugar y dejó constancia de ello, grabando su nombre en una pared. Las visitas a la llamada Cueva Mayor fueron frecuentes en el último tercio del siglo XIX, hasta el punto de que hubo un guía, Ramón Inclán, que mostraba la parte conocida. Hasta 1910 no se descubrieron las pinturas del Portalón y habría que esperar hasta 1962 para que el Grupo Espeleológico Edelweis hallara fósiles abundantes en la Trinchera del Ferrocarril. En 1976, un espeleólogo descubrió, a varios centenares de metros de la entrada de la Cueva Mayor, una sima de unos veinticinco metros de profundidad con numerosos restos óseos humanos, de los que recogió los que le parecieron más interesantes para entregárselos al paleontólogo Emiliano Aguirre. Este, convencido de la importancia que podía tener el yacimiento, puso en marcha un proyecto de investigación que organizó su primera campaña en 1982. Desde entonces, Atapuerca ha proporcionado el mayor y más antiguo muestrario de restos de los primeros europeos y se ha convertido en el centro mundial de estudios paleontológicos más relevante del último cuarto de siglo.

Cuatro son los yacimientos básicos donde se han desarrollado los trabajos en sucesivas campañas a lo largo de las tres últimas décadas. La Gran Dolina, una caverna que se asoma a la trinchera del ferrocarril Madrid-Irún, la ya mencionada Sima de los Huesos, la Sima del Elefante y el Mirador. En la primera se encontraron fósiles de animales y utillaje lítico demostrativos de que la zona ya estaba habitada hace un millón de años. En la campaña de excavaciones de 1994 aparecieron restos de fauna, flora e instrumental pétreo que se remontaban a hace 800 000 años o más, evidenciando que los seres que allí habitaron, clasificados como *Homo antecessor*, se ganaban el sustento cazando y recolectando lo que les ofreciera la naturaleza, cuando no practicaban el canibalismo, que se observa en muchos de los restos estudiados.

Los *antecessor* proceden, seguramente, del tronco del *ergaster*, que alcanzaría Europa por el estrecho de Gibraltar o, más probablemente, por el canal de Sicilia — existen restos similares en el yacimiento italiano de Ceprano—, cuyas aguas tendrían entre 120 y 150 metros menos de profundidad, o quizá por el enlace del Sinaí, aunque este parece demasiado distante. Juan Luis Arsuaga, codirector de las investigaciones de Atapuerca junto con José María Bermúdez de Castro y Eudald Carbonell, observa que esos restos, pese a sus rasgos craneales arcaicos, presentan «algunos caracteres evolucionados, que lo diferencian del *Homo erectus*, la humanidad coetánea del Extremo Oriente (China y Java). La cara, en cambio, es delicada y en eso, y también en los dientes, se parece a los fósiles de China».

La Sima de los Huesos, que había sido el primer yacimiento en atraer la atención de los científicos, fue cuidadosamente excavada, hallándose en ella los restos completos de treinta individuos adolescentes o jóvenes que vivieron hace 400 000



años o más. Entre ellos había tres cráneos muy bien conservados, uno de los cuales, denominado Miguelón, pasa por ser el más completo de los que se han hallado en el mundo de semejante antigüedad. La interpretación que se ha dado a esta sima es que fue utilizada como cementerio y se supone que los restos de osos y de otros grandes mamíferos que proliferan a su alrededor y en su interior son ofrendas funerarias u objetos votivos, como también lo sería el único artefacto que aparece en el agujero, un hacha de cuarcita tallada por ambas caras. El paleontólogo Ignacio Martínez, miembro del equipo investigador de Atapuerca, va aún más allá: «Creemos que se trata del santuario conocido más antiguo de la humanidad».

Los restos corresponden a seres humanos de elevada estatura media —más de 1,70 metros—, con cuerpos anchos y musculosos, más fuertes y toscos que el biotipo medio actual, pero con una capacidad craneana algo inferior. Fueron clasificados como *Homo heidelbergensis*, por pertenecer al mismo tipo que los restos hallados en Mauer, junto a Heidelberg, en 1907, de los que se sabía muy poco por la escasez del material. Los *heidelbergensis*, que vivieron desde 500000 a 200000 b. p., ¿fueron descendientes del *Homo antecessor*, documentado en el yacimiento vecino de la Gran Dolina? Y una segunda pregunta, ¿fueron los ascendientes de los neandertales, hacia los que apuntan varios de sus rasgos? Ambas cosas pudieran ser, pero Juan Luis Arsuaga se muestra muy cauto: «Nunca se puede afirmar científicamente que una especie sea la antepasada de otra especie».

Gracias a las investigaciones en Atapuerca, se sabe que en los *heidelbergensis* disminuyeron las diferencias de tamaño entre varones y hembras, porque estas crecieron hasta alcanzar una proporción parecida a la actual; se supone que la colaboración entre ambos sexos fue estrecha, tanto para conseguir alimentos como en el cuidado de la prole. De ellos se conocen extraordinarios avances culturales: enterraban a sus muertos y en su estadio más avanzado de desarrollo conocían el fuego y ¡hablaban!

Antes de las investigaciones de Atapuerca, los científicos suponían que algunos de los grupos de homínidos más modernos tenían un lenguaje articulado, aunque fuera rudimentario. El problema era cómo demostrarlo, porque los instrumentos implicados en el lenguaje —lengua, laringe, velo palatal o cuerdas vocales— no se convierten en fósiles. Con todo, se suponía que podría llegarse a una demostración mediante el estudio de la base del cráneo y del huesecito hioides, pero tales fósiles no son muy frecuentes. Afortunadamente, en la Sima de los Huesos aparecieron cráneos maravillosamente conservados y dos huesos hioides. Los investigadores de Atapuerca se las prometían muy felices, entre ellos Ignacio Martínez, que cuenta una historia apasionante.

Primero, tras miles de horas de trabajo, decepción: «Llegamos a la conclusión de que era tarea imposible reconstruir la anatomía de la garganta de una especie fósil a partir de la morfología de la base del cráneo y del hueso hioides». Después, más trabajo y una idea extraordinaria: hablar tiene sentido si alguien escucha. ¿Podría

reconstruirse el oído de los *heilderbergensis* de Atapuerca? ¿Podría saberse si este sentido, seguramente muy desarrollado entre aquellos cazadores, estaba equipado con los mecanismos para escuchar sonidos en la banda acústica en que hablamos los humanos, es decir, entre uno y cuatro kilohercios?

El resultado de un largo y complejo estudio (...) ha sido el de establecer claramente que aquellas personas oían como nosotros y no como los chimpancés. Este dato indica que su voz era como la nuestra y apunta en la dirección de que serían capaces de hablar como nosotros. Y, como ellos, sus descendientes los neandertales. Con todas las consecuencias que ello implica. («Memorias de la tierra», en *La Aventura de la Historia*, núm. 103, abril de 2007).

Aunque, de momento, los hallazgos en la Gran Dolina y en la Sima de los Huesos resultan los más llamativos para la opinión pública, las investigaciones en Atapuerca son mucho más amplias y continúan brindando novedades. La Sima del Elefante, por ejemplo, es un auténtico catálogo de la fauna que vivió en el norte de la meseta castellana durante el último millón de años. Allí se han encontrado restos de hipopótamos, rinocerontes, elefantes, leones, bisontes, osos, linceos, hienas, ciervos, caballos, lobos, zorros, galápagos, águilas, además de abundantes muestras de industria lítica y capas de ceniza que evidencian el control del fuego. El yacimiento llamado El Mirador brinda restos pertenecientes a una humanidad mucho más moderna, de época neolítica y del Bronce, es decir, en torno al 7000 b. p., y vestigios de curiosos enterramientos en los que se advierte una preparación especial de los restos: fracturaron los huesos largos —fémur, tibia, peroné, húmero, cubito y radio— y solo sepultaron parte de los cráneos... ¿Practicaron algún tipo de culto al cráneo?

### ¿NEANDERTALES FRENTE A SAPIENS?

Después de las someras pinceladas sobre el Paleolítico más antiguo, vamos a entrar en un momento larguísimo, el Paleolítico Medio, que abarcaría aproximadamente del 300000 al 40000 b. p. Climáticamente, tuvo dos periodos glaciares, con una duración total de unos 140 000 años (glaciaciones de Riss y de Würm) y otros dos espacios interglaciares, de unos 120 000 años, templados-calurosos. Esa larga época debió de ser tan difícil como fundamental en la aventura humana. Probablemente fue en su comienzo cuando el hombre empezó a hablar o, por lo menos, cuando dispuso de un lenguaje de cierta riqueza expresiva y, también, cuando dominó una técnica esencial para sobrevivir y progresar: el fuego. Se ha adelantado que el *Homo erectus* ya dominaba el fuego en China hace, quizá, unos 400 000 años; investigadores hay que remontan el hallazgo, utilización, conservación y búsqueda del fuego hasta hace unos 700 000 años. En Francia, cerca de Montpellier, se ha encontrado un yacimiento del Paleolítico Inferior donde existe un hogar con cerca de medio millón de años, pero la mayoría de los estudiosos supone que la técnica para encenderlo a voluntad no existió, al menos generalizadamente,

hasta hace unos 250 000 años.

Y fue también en esa época —mientras el *Homo erectus* evolucionaba en Asia y el Pacífico, al igual que otras muchas subespecies cuyo estudio corresponde a la literatura especializada— cuando en nuestro ámbito cultural se desarrollaron los neandertales y sus lejanos parientes, los *Homo sapiens*, que son nuestros antepasados directos, perfectamente identificados hace 200 000 años.

Aquellos vivieron en Europa aproximadamente entre el 200000 y el 30000 a. C. en que se extinguieron; contaban con una estatura y un cerebro muy semejantes a los del hombre moderno, pero su morfología era más tosca, distinguiéndose su dolicocefalia (extraordinario desarrollo posterior de la cabeza, es decir, de la zona occipital), su escasa bóveda craneana, la gran prominencia del área supraorbital, su morro, sin mentón, un tanto simiesco... Hablaban, dominaban el fuego, enterraban a sus muertos y practicaban algún tipo de religión. Por su parte, los *Homo sapiens* evolucionaron en África y sus fósiles muestran mayor modernidad: eran más estilizados, algo más altos, con tronco más estrecho, frente más despejada, bóveda craneal más elevada, rostro menos prognato y les había crecido la barbilla.

Ambos tipos protagonizaron el Paleolítico Medio y sufrieron de forma distinta las glaciaciones de Riss y de Würm, con temperaturas hasta quince y veinte grados inferiores a las actuales, que cubrieron buena parte de América, Asia y Europa de hielo. En esa época mamuts, renos u osos cavernarios llegaban durante gran parte del año hasta las riberas del Mediterráneo, mientras la tundra se enseñoreaba de las llanuras continentales, con su escasa vegetación de musgos, líquenes y abedules.

Durante ese amplio periodo hubo, también, momentos interglaciares —dos de algo más de 50 000 años cada uno y otro de unos 10 000— en los que ocurrió todo lo contrario: las temperaturas se elevaron incluso por encima de los valores actuales, se retiraron los hielos, los casquetes polares quedaron reducidos a su mínima expresión, creció el nivel de las aguas del mar entre cuatro y siete metros. En Europa central la vegetación devino en la propia de los climas templados y se extendieron prodigiosamente los bosques, mientras que en tierras cálidas, en las zonas mediterráneas, se impuso la sabana con sus amplias extensiones de herbazales de gramíneas, árboles y todo tipo de arbustos. En ese medio, los mamuts fueron sustituidos por los rinocerontes; los bisontes lanudos, por los hipopótamos; los renos, por las gacelas. Ambas épocas, glaciares e interglaciares, las protagonizó en Europa el hombre de Neandertal, que en los ciclos cálidos se extendió hacia el norte, alcanzando las riberas del Báltico, y hacia el este, estableciéndose en el Próximo Oriente, el mar Negro y la meseta iraní. En España han sido hallados numerosos rastros en Pinilla del Valle (Madrid), Bolomor y Cova Negra (Valencia), El Sidrón (Asturias), Bañolas (Gerona), Axlor y Lezatziki (País Vasco), en las cuevas de Carigüela y Orá (Granada).

Mientras, en África, donde maduraba el *Homo sapiens*, los cambios climáticos fueron mucho menos violentos, oscilando las temperaturas unos pocos grados abajo o

arriba, según el periodo. No obstante, hace unos 100 000 años nuestros antepasados comenzaron a emigrar hacia el Próximo Oriente y hace unos 40 000 alcanzaron Europa, y eso debió de ocurrir en un periodo interglaciar, cuando, probablemente, el aumento de las temperaturas empobreció o desertizó amplias zonas africanas. Es posible, pues, que los *sapiens* se movieran hacia el este y hacia el norte buscando formas más fáciles de ganarse la vida.

Por tanto, durante el largo periodo interglaciar que se produjo entre el 125000 y el 75000 antes de nuestra era, neandertales y *sapiens* convivieron en el Próximo Oriente; sin embargo, los neandertales desaparecieron hace unos 30 000 años, algunos milenios después de la llegada a Europa occidental de los *sapiens*.

La extinción de los neandertales constituye todo un enigma histórico: ¿qué catástrofe provocó que solo ellos desaparecieran, mientras prosperaban los *sapiens*? Se ha dicho con escaso fundamento que los *sapiens* exterminaron a los neandertales en una confrontación milenaria. También, que la superior tecnología y organización de los *sapiens* iría arrinconando hasta su extinción a los neandertales.

Otros suponen que hubo una hibridación entre ambos, con el resultado de la desaparición de los que eran inferiores en número y menos vigorosos genéticamente. La comparación de las dentaduras de neandertales y de *sapiens* muestra que el 75% de aquellos sufría una pérdida del esmalte a causa de una nutrición deficitaria, mientras que tal carencia solo afectaba al 30% de los segundos, lo que denotaba una dieta más rica, derivada, probablemente, de técnicas venatorias más eficaces. A falta de mejores argumentos, numerosos antropólogos sugieren que pudieron coincidir el arrinconamiento sistemático, la mala alimentación y la mezcla con los *sapiens* para que el mundo neandertal desapareciera en unos milenios. Esta última teoría ha sido confirmada por una investigación publicada en la primavera del 2010 por la revista *Science*, según la cual los humanos actuales tenemos entre un 1% y un 4% del ADN de los neandertales, salvo los africanos, lo que indicaría que el cruce entre neandertales y *sapiens* se produjo fuera de África, tras la milenaria migración de estos hacia el Próximo Oriente, donde convivieron con aquellos durante unos 50 000 años.

La expansión del *Homo sapiens* no solo afectó a nuestro entorno occidental y al Próximo Oriente: en Arabia aparece su impronta poblacional hacia el 100000 b. p., y en Oceanía, 50 000 años más tarde. Por cierto, cuando comenzó a poblar los territorios de la actual Oceanía y, más concretamente, el archipiélago de la Sonda, pudo encontrarse en la isla de Flores con un lejano pariente (¿?), un pigmeo con escasa capacidad craneana que debió de vivir hacia el 20000 b. p., según los científicos australianos que hallaron su pequeño fósil en 2002.

Y, aunque sea cambiando de época, sigamos con el poblamiento de los continentes: el norte de China y Siberia no muestran actividad poblacional del *sapiens* hasta hace aproximadamente 25 000 años, ya en el Paleolítico Superior; desde allí, atravesando el helado estrecho de Bering, pasaron al continente americano, alcanzando sus últimos confines en fecha tan reciente como el 4500 b. p., es decir,

cuando los egipcios ya estaban erigiendo las pirámides.

En este punto se suscita otro interrogante: ¿Cómo surgieron las razas y las pigmentaciones de la piel? Sin pruebas determinantes, se supone que la morfología tiene que ver con el tipo de vida, el clima y la altura en que se viva; el color, sobre todo con el clima. Según esto, nuestros remotos antepasados, los *Homo ergaster*, que salieron de África hace un millón de años, eran negros, pues la piel negra es la que mejor conserva la humedad y, por tanto, la que mantiene el cuerpo más fresco y mejor protegido del sol, y negros son desde tiempos históricos los aborígenes africanos. Los *Homo sapiens*, de los que directamente descendemos, que salieron de África hace 100 000 años y se establecieron en el Próximo Oriente antes de expandirse por los cuatro puntos cardinales de la Tierra, también serían negros. Según esto, el clima europeo nos hizo blancos o cetrinos; el asiático provocó la evolución hacia el amarillo, y el americano, hacia el cobrizo. ¿Fue así? La investigación biológica no ha llegado a conclusiones satisfactorias; la experimental, tampoco, porque no se encuentran grupos negros que hayan mantenido la pureza racial después de haber emigrado a Asia, América o Europa, y si alguno existiera, tendría, como máximo, ocho o diez generaciones, cuando desde que aquellas fantásticas migraciones poblaron el mundo han pasado un mínimo de 3500.

¿Dónde vivían estos hombres del Paleolítico Medio? En cuevas y en abrigos — oquedades, hendiduras más o menos amplias y profundas en la roca, preferentemente orientadas al mediodía, que ofrecieran abrigo contra la lluvia y, en menor medida, contra el viento y el frío y, al menos por dos o tres lados, protección contra fieras y alimañas—, pero ambos tipos de habitaciones solo fueron frecuentes en zonas con formaciones rocosas, fundamentalmente calizas, sensibles a la acción del agua.

Donde tales recursos no existieron debió de ser muy difícil la supervivencia en las épocas glaciares y, por tanto, muy escasa la población, que sobrevivía erigiendo algún tipo de cabaña para resguardarse de las inclemencias meteorológicas. Estas construcciones han dejado escaso rastro por lo perecedero de los elementos que las formaban: madera o huesos para la estructura, piedras y barro para sujetar y cubrir el perímetro, pieles y herbáceas como techumbre.

En Rusia se han encontrado varias «cabañas» de gran tamaño, que pudieron albergar hasta medio centenar de personas. Por ejemplo, una hallada en Kostienki mide 15 por 35 metros; colmillos de mamut hincados en el suelo constituían el armazón de los laterales y los omóplatos de estos grandes animales, ensamblados entre sí, formaban las paredes. Estas chozas de cierta consistencia se abandonaban solo cuando las condiciones del hábitat empeoraban en la zona o cuando escaseaba la caza o disminuían los dones de la tierra y el grupo emigraba en busca de mejores recursos.

Existieron, también, habitaciones más provisionales, utilizadas por gentes que migraban con frecuencia o por grupos más estables, afincados en refugios o cavernas, que en tiempos propicios para la caza o la recolección se establecían

provisionalmente cerca de los cazaderos o de zonas ricas en frutas o gramíneas. Estudiando los modos de vida de los esquimales o de algunos pueblos africanos cuya economía no es muy distinta a la de los cazadores-recolectores paleolíticos, los antropólogos han llegado a la conclusión de que la zona de actuación en torno a su residencia habitual podía extenderse unos diez kilómetros (dos horas de marcha si el territorio no era muy accidentado); si la distancia era superior, podían pernoctar fuera de su asentamiento y para protegerse erigían sencillas chozas.

Esto lleva a otra de las previsiones vitales para los hombres paleolíticos: cazaban y recolectaban en un perímetro que podía hallarse a más de dos jornadas de distancia y conocían las posibilidades alimenticias que brindaban regiones aún más lejanas, exploradas por si surgía la necesidad de emigrar.

### EN TORNO AL FUEGO

El fuego fue fundamental para la supervivencia y el desarrollo. Sin él, en las épocas glaciares, la vida humana quizá habría sido imposible. Los hielos empujaron a los hombres hacia las zonas donde el frío fuera menos riguroso y la vegetación y la fauna, más abundantes. En aquella época en la que el casquete polar cubría el norte de Holanda, Alemania y Polonia, la población casi debió de desaparecer por encima de los cursos del Rin y del Danubio, para establecerse más al sur, en las tierras ribereñas atlánticas o mediterráneas, que, pese a los severos fríos otoñales e invernales, disfrutaban de veranos templados: en la costa mediterránea de la península Ibérica las temperaturas nocturnas rondarían los 10 °C y las diurnas, los 20 °C; en la cornisa cantábrica las temperaturas descenderían a 0 °C por la noche y ascenderían a 12 o 15 °C a mediodía. Los hombres buscaron refugio en las cavernas y encendieron fogatas que arderían permanentemente al menos en las épocas más heladoras.

Las consecuencias de la hoguera cavernaria fueron tan numerosas como trascendentales. El fuego supuso, de inmediato, calor, luz y una barrera de seguridad frente a las fieras, que hubieran encontrado su paraíso en esas cuevas. Desde el punto de vista de la alimentación, las proteínas asadas fueron mucho más fáciles de digerir y más nutritivas; pronto, además, los hombres aprendieron que carnes y pescados se conservaban cierto tiempo si eran convenientemente ahumados. El tema de la cocción debió de ser más complicado por la ausencia de vasijas resistentes al fuego; se sabe que en el ocaso del Paleolítico la solución era llevar el agua hasta la ebullición mediante la introducción de piedras calientes en pucheros de piel o de madera, sin que estos entraran en contacto con las llamas. Las sociedades que lograron cocer tuvieron en sus manos un precioso medio para aprovechar raíces, rizomas y tubérculos que, en muchos casos, solo cocidos podían emplearse como alimentos. La cocción también les sirvió para aprovechar los huesos y las grasas hasta la última

sustancia: el hombre del Paleolítico Medio inventó la sopa.

El fuego se utilizó, asimismo, para tratar algunos materiales; por ejemplo, para endurecer ciertos tipos de madera y dar mayor rigidez a las puntas de azagayas, arpones o jabalinas. Y fue, además, el epicentro socializador del hombre cavernario. En torno al fuego, en las interminables jornadas de los larguísimos inviernos glaciares, se tallaban o pulimentaban los útiles líticos y, seguramente, en torno a la hoguera se ideó la manera de enmangar las hachas de piedra o las puntiagudas lascas. O se inventaban juegos o instrumentos lúdicos: se han hallado silbatos fabricados con huesos de reno perforados con una antigüedad de 60 000 años.

También junto a las llamas se trenzarían tripas y tendones de animales o fibras vegetales para hacer cuerdas y se confeccionarían ropas y calzados de piel. A finales del verano de 2009, la revista *Science* publicaba que en la cueva de Dzudzuana, situada en una de las vertientes del Cáucaso, dentro de la República de Georgia, se han hallado fibras de lino: «Tras analizarlas con carbono 14 podemos asegurar que tienen unos 34 000 años (...). Lo más probable es que se usaran para hacer tela e hilo, con los que fabricar prendas de vestir, coser piezas de cuero o atar los paquetes en sus desplazamientos», declaró Ofer Bar-Yosef, profesor de Arqueología Prehistórica de la Universidad de Harvard (Massachusetts) y jefe de la expedición científica que ha realizado el hallazgo, que supera en unos seis mil años de antigüedad los más antiguos trabajos en fibra conocidos hasta la fecha, los encontrados en Dolni-Vestonice (República Checa). En cualquier caso, la utilización de esas fibras estaría inscrita en el Paleolítico Superior, pero las recién descubiertas se aproximan mucho al Medio, al punto de sugerir la posibilidad de que pudieran conocerse unos milenios antes.

Y alrededor del fuego —cuyos restos, las cenizas, los tizones, mostrarían tiempo después su utilidad como material para la preparación de pinturas o como «carboncillos» para el arte rupestre— se planificarían las actividades de la sociedad. Por ejemplo, su alimentación, que, sobre todo en las épocas más difíciles, no podría dejarse en manos de la casualidad o la fortuna. Así, se ha podido detectar la existencia de campamentos de cazadores neolíticos junto a charcas o vados y ciertas obras, seguramente ideadas para dirigir a las posibles presas hacia lugares apropiados para la emboscada. Desconocemos las trampas que utilizaban, pero debieron de ser muy eficaces, porque de lo contrario no se entendería la gran cantidad de rinocerontes cazados en Bretaña, ni las numerosas presas que en Normandía lograron los cazadores entre animales tan peligrosos como rinocerontes, bisontes y osos. Las excavaciones de la cueva cántabra de El Castillo (Puente Viesgo) hallaron en un solo nivel restos de 78 ciervos, 58 bisontes y 35 caballos. Y ocurre algo parecido con la pesca en la costa o en los ríos: no se conocen artes, anzuelo o fisgas del Paleolítico Medio, pero se pescaba, porque han aparecido algunos restos, sobre todo de salmónidos, a los que esperarían cuando saltaban obstáculos al remontar la corriente para desovar.

Alrededor de las hogueras se contarían historias y tradiciones, y se transmitirían conocimientos y técnicas a las nuevas generaciones, ejercitando la memoria del grupo. El círculo más próximo a las llamas estaría reservado para las autoridades, que tendrían también prioridad a la hora de acostarse cerca del fuego, en la zona más caliente, sobre lechos de paja, musgo o algas —en las áreas costeras— recubiertos de pieles.

Refiriéndose a la organización de la vida cavernaria, el arqueólogo francés Jean-Pierre Mohen escribe:

A veces, es tan completa que se puede hablar de cabañas construidas dentro de la cueva, con sus divisiones y espacios para cada cosa: lugares de descanso, la lumbre en el centro, zonas de paso, vertederos de residuos, lugares donde se tallaban los cantos y las lascas de piedra, se hacían utensilios de hueso o de madera o se preparaban las carnes, las pieles y los productos que se recogían. Los hogares encontrados en 1966 en las dunas fósiles de Terra Amata, no lejos del puerto viejo de Niza, que tienen unos 380 000 años, estaban situados en campamentos temporales, con chozas hechas de ramas o juncos entretejidos y piedras grandes. El fuego se mantenía encendido sobre un enlosado de piedras o en un hoyo cavado en la arena (...) un pequeño muro protegía la combustión lenta.

Y si eso ya existía en época tan lejana, imaginemos lo que podrían hacer hombres 200 000 años más modernos. Corroborando esta idea, el mismo especialista describe una habitación mucho más reciente, construida dentro de la cueva de Lazaret (Francia), que data de hace 130 000 años. Se trata de una gran cabaña de forma alargada, con unos 35 metros cuadrados de superficie, apoyada en una de las paredes de la caverna y separada por montones de guijarros y por tres paredes, de las que se conservan los huecos en los que estuvieron clavados siete postes, entre los cuales se tenderían pieles, confirmando a los habitáculos cierta privacidad y más abrigo. Probablemente solo eran utilizados para dormir, pues se han hallado vestigios de lechos de algas que estuvieron cubiertos por pieles de lobo, lince, zorro o pantera. El fuego se encendía dentro de la cueva, pero a unos metros de este recinto, en el que no se han hallado restos de hogueras, pero sí tizones. ¿Acaso sus habitantes ya habían inventado los calentadores?

## APRENDIENDO A SER HUMANOS

Desgranando los diversos aspectos de la vida de los neandertales y de los *sapiens*, es decir, de los protagonistas del Paleolítico Medio, hemos mencionado de pasada lo que cazaban, recolectaban y comían, pero parece conveniente sistematizar lo que se conoce sobre este aspecto, vital como ninguno otro. Lo haremos de la mano del que fuera director del Museo Arqueológico Nacional, Alfonso Moure Romanillo, catedrático de Prehistoria. Estas gentes eran cazadoras-recolectoras, es decir, tenían una dieta variada consistente en proteínas de los animales que cazaban o procedentes de los restos del festín de algún gran depredador, y recogían cuanto les brindaba la naturaleza en cada momento: en primavera, huevos de los nidos de los pájaros; en



verano, algunas frutas y gramíneas; en otoño, bayas y frutos secos, y a lo largo de todo el año, algunos rizomas, raíces y tubérculos. Se ha dicho ya que pescaban, pero los restos hallados junto a los cursos fluviales o en la costa atestiguan, de forma particular, el consumo de moluscos, crustáceos y tortugas y, también, el de anguilas, serpientes y pequeños mamíferos como nutrias y castores. Aquellos hombres primitivos lo comían todo y gracias a eso sobrevivieron durante cientos de miles de años.

Al parecer, en el Paleolítico Inferior, es decir, hace más de 300 000 años, el hombre arramblaba con cuanto encontraba: restos de animales, bichos muertos o grandes piezas atrapadas en las zonas pantanosas, hacia las que habían sido conducidas, o en las fosas disimuladas, en las que, a veces, quedaban desventradas por colmillos, huesos o estacas hincados en el suelo. El hombre, capaz ya de urdir trampas, carecía de armas para cazar, pues sus útiles líticos apenas servían para despiezar las presas.

En el periodo siguiente, meollo del momento que tratamos, a ese tipo de caza-carroño se añade una mayor capacidad venatoria, derivada de una mejor organización de los cazadores y de instrumentos más eficaces: azagayas, jabalinas, lanzas y arpones en su última época. Eran útiles de caza elaborados con maderas muy duras, como la encina o el boj, o endurecidas al fuego, o dotados de una punta triangular de sílex, frágil porque se rompía con facilidad, pero extraordinariamente perforante. Al respecto, hallazgos arqueológicos muestran cómo, en el norte de Alemania, un cazador de hace 100 000 años le clavó entre las costillas a un mamut una lanza de tejo de 2,40 metros de longitud con la punta endurecida al fuego o cómo, en Rusia, un hombre del Paleolítico, con una azagaya de punta endurecida, traspasó limpiamente el omóplato de un bisonte. Más que enfrentarse a un peligroso animal lanza en mano, el cazador se las ingeniaba para sorprender a su presa, a la que mataría con una lluvia de venablos; si solo conseguía herirla, la perseguiría hasta que se desplomara, proceso que podía dilatarse muchas horas.

En esta época se cazan, según las regiones, grandes animales, como elefantes, rinocerontes y, sobre todo, bisontes, uros, caballos, renos y ciervos; y en las zonas más quebradas, cabras y rebecos. Conforme avanza el tiempo, la caza se va especializando y, en el Paleolítico Superior, «en la mayor parte de los yacimientos, más del 90% de los restos pertenecen a una sola especie», como ocurre en la región cantábrica, donde el ciervo era la pieza más cobrada.

Uno de los grandes prehistoriadores del siglo xx, el francés André Leroi-Gourhan (1911-1986), realizó un ejemplar estudio sobre los útiles líticos. Sobre su más primitivo desarrollo, dice:

Cualquier masa de piedra es susceptible de suministrar un útil cortante, directamente o mediante las lascas que de ella se extraigan (...). La percusión perpendicular es la única práctica en este estadio elemental. Tras el choque, de la piedra se desprende una lasca (...) que puede servir directamente de tajador.

Pero, al mismo tiempo, si se extraen más lascas por los dos lados del núcleo, aparte de unos rudimentarios elementos cortantes, obtendremos una piedra puntiaguda, afilada por ambos laterales en dientes de sierra: un hacha bifaz. Este es el estadio más primitivo de los instrumentos líticos.

La cuestión presentaba varios problemas: por un lado, era un instrumento muy pesado y, por otro, el núcleo de una buena piedra, sílex por ejemplo, apenas serviría para hacer una bifaz y para extraer unas pequeñas lascas cortantes. Según Leroi-Gourhan, con una masa de sílex de forma apropiada y un kilo de peso, podía obtenerse una bifaz con veinte centímetros cortantes sumados ambos filos, y en el colmo de la perfección técnica, dos bifaces con cuarenta centímetros de filo. Además, los filos de esa hacha perdían rápidamente capacidad de corte o se rompían.

Con la llegada del Paleolítico Medio el hombre inventó otra técnica que evitaba esos inconvenientes y obtenía un rendimiento cien veces superior de las piedras de sílex, material auténticamente precioso en las zonas donde no existía o donde era escaso. El especialista elegía la masa de sílex, le quitaba la costra exterior, las irregularidades y los salientes y la preparaba de modo que de sus lados, percutiendo paralelamente sobre ellos, fuesen saliendo sucesivas lascas a las que se podía dar la forma de hacha o de «cuchillo» de afilado corte en sierra, con la particularidad de que el rendimiento por kilo, según calculaba el gran investigador francés, llegó a ser de más de diez metros de filos cortantes, en forma de puntas, raederas, buriles, raspadores... El cazador, portando una liviana bolsa de piel de un kilo de peso, disponía de docenas de filosas lascas pétreas con las que desollar, trocear o filetear las piezas cazadas sin miedo a quedarse sin instrumentos cortantes. En el ocaso del Paleolítico Medio, estas cortantes o puntiagudas lascas de piedra se utilizaban ya enmangadas, manejándose como cuchillos, como buriles o, acopladas a astiles apropiados, como puntas de lanzas o jabalinas. La técnica de las lascas cortantes se fue perfeccionando durante milenios, diversificándose los útiles y dando lugar a múltiples estilos, hasta que, en el Neolítico, se inventó algo superior: el pulimentado.

La utilización de huesos, cuernos, colmillos o dientes de fieras también proporcionó a aquellas sociedades una amplia gama de utensilios: duras puntas para las armas, punzones, agujas, paletas o instrumentos decorativos de marfil o cuerno, como los famosos bastones de mando. Pero fue en el periodo siguiente cuando la tecnología del hueso alcanzó su gran desarrollo.

## **VIDA, AMOR, RELIGIÓN Y MUERTE**

¿Cuánto vivían aquellos humanos del Paleolítico Medio? Según las investigaciones del antropólogo francés Henry Vallois, solo un 5% superaría los cuarenta años de edad. Se supone que la edad adulta se situaría en torno los quince años y que la vejez llegaba hacia los treinta. La mujer alcanzaría la edad fértil y la

maternidad entre los doce y los catorce años, pues para que el grupo no disminuyera se necesitaría que sus partos fueran como mínimo tres o cuatro —considerando una elevada tasa de mortalidad infantil—, con alumbramientos espaciados por unos tres años como media.

Sobre las relaciones hombre-mujer no existen datos seguros. ¿Monógamos o polígamos? No se sabe, aunque la estabilidad y la paz que parece reinar en aquellos grupos y el cariño hacia los hijos apuntan hacia la monogamia. Sobre las relaciones sexuales se ignora todo, aunque la dirección adelantada de la vagina, ya intuida en homínidos con millones de años, sugiere que, habitualmente, las relaciones eran frontales.

En su famoso libro *El mono desnudo*, el zoólogo británico Desmond Morris escribía:

Existe una postura de apareamiento básica en nuestra especie: la posición cara a cara. Virtualmente, todas las señales sexuales y las zonas erógenas están en la parte anterior del cuerpo: las expresiones faciales, los labios, la barba, los pezones, las señales areolares, los senos de la hembra, el vello del pubis, los propios órganos genitales, las principales zonas de sonrojo y de rubor sexual (...). La identidad del compañero sexual es mucho más importante para una especie como la nuestra, en la que existe un lazo entre dos. La aproximación frontal significa que las futuras señales y recompensas sexuales se mantienen estrechamente relacionadas con las señales de identidad del compañero (...). Por último, hay que tener en cuenta la anatomía básica del canal vaginal de la hembra y la acusada derivación de su ángulo hacia adelante, en comparación con otras especies de primates. Esta traslación hacia adelante es mucho más de lo que cabría esperar si se tratara simplemente de un resultado pasivo del proceso de transformación en especie vertical. Es indudable que, si para la hembra de nuestra especie hubiese sido importante presentar su aparato genital de modo que el macho la montase por detrás, la selección natural habría apoyado rápidamente esta tendencia, y el conducto vaginal de la hembra estaría ahora mucho más inclinado hacia atrás.

Y tras el examen de los restos de unos siete neandertales en Cova Negra (Xátiva, Valencia), el paleontólogo Juan Luis Arsuaga afirmaba:

... sentían por sus niños mucho respeto y cariño; un comportamiento que los humaniza a nuestros ojos. Y es que están ya muy lejanos los tiempos en los que los neandertales (...) eran vistos por los paleoantropólogos como criaturas estúpidas, simiescas, brutales —que todos estos adjetivos se les aplicaban y otros aún peores—, por debajo del hombre no solo en capacidades mentales, sino también moralmente inferiores. ¡Caray, en qué estarían pensando los que lo decían! («Un patrimonio prehistórico único, España», en *La Aventura de la Historia*, núm. 103, abril de 2007).

Una de las cuestiones más difíciles de determinar en época tan antigua es el número de individuos que formaban estos grupos. La escasez de recursos —seguramente la tónica habitual— determinaría que fueran pequeños y debieran nomadear en busca del sustento. El núcleo inicial sería la familia: abuelos, hijos, nietos; más recursos permitirían la cooperación y cohabitación de varios núcleos familiares emparentados; en un tercer escalón se darían las alianzas temporales o más o menos permanentes de varias familias con el fin de explotar recursos tan abundantes como de duración fugaz, por ejemplo, la caza de bisontes, ciervos o caballos durante el movimiento de los rebaños en busca de pastos, la captura de aves en las zonas de paso de sus migraciones, la pesca de salmones y truchas asalmonadas

en la época del desove...

¿Cómo se llevaban dentro del grupo o cómo se comportaban entre grupos? Aunque lo que se conoce no permita conclusiones definitivas, escasean las muestras de violencia y no existen evidencias de lucha o de guerra, que parecen lacras derivadas del concepto de propiedad y, sobre todo, de territorialidad, que se inaugurarán con la sedentarización neolítica. Tampoco se conoce una antropofagia sistemática, aunque sí se han identificado algunas muestras, como las ya mencionados en Atapuerca, en un periodo mucho más antiguo que este.

¿En qué creían nuestros antepasados del Paleolítico? ¿Tenían algún tipo de creencia mágica o religiosa? Según Moure Romanillo, las creencias religiosas de tan pretéritos tiempos tendrían como fin alcanzar el favor de «seres espirituales con el objeto de conseguir determinados fines». Y sigue diciendo:

Por desgracia, las prácticas mágicas y los ritos religiosos (...) normalmente no dejan huellas que puedan ser captadas o interpretadas a través de los testimonios de la cultura material (...). En mi opinión podemos hablar al menos de dos testimonios evidentes de creencias entre las poblaciones paleolíticas: los rituales de tipo funerario y el arte rupestre. Hay otros indicios más puntuales de difícil interpretación (...) como el culto al cráneo, el culto al oso o el canibalismo.

Para Moure, los ritos de tipo funerario «implican, además de la aceptación del hecho de la muerte, la creencia en los espíritus de los muertos y en una comunidad de difuntos». El prehistoriador avisa de que no todos los restos hallados corresponden a enterramientos organizados; estos deben estar delimitados por «algún tipo de estructura artificial (fosas, túmulos, losas) y acompañados de ajuares».

Ya hemos mencionado el caso de los restos humanos de unas treinta personas arrojados en la Sima de los Huesos en Atapuerca, el acto funerario más antiguo que conocemos. Para sus descubridores se trata de una prueba muy primitiva de un pensamiento abstracto sobre la muerte. Y el hacha bifaz tallada en cuarcita roja constituiría, probablemente, la primera ofrenda fúnebre documentada. Hasta ese hallazgo, como observa el antropólogo Demetrio Brisset:

... el objeto de culto mortuario más antiguo correspondía a un enterramiento de la cueva Jebel Qafzeh (cerca de Nazaret) datado en el año 100000 a. C. y se trataba del esqueleto de un protocromañón (*Homo sapiens*) de trece años con unos cuernos de gamo sobre el pecho, lo que puede interpretarse como una ofrenda. Parecido ritual funerario, con mayor complejidad, es el de la cueva cantábrica de Morín (que data de hace unos 29 000 años, en el Paleolítico Superior), donde se encontró un cervatillo junto a la cabeza cortada del difunto «quizá como alimento para el viaje de ultratumba», y se abrió un pozo de ofrendas en el que se hallaron piezas de caza que se habían quemado encima, junto con trozos de ocre. (*La rebeldía festiva*).

Este último caso mencionado, claro, es posterior al Paleolítico Medio, donde en vez de certezas se barajan conjeturas.

Un círculo de piedras con un cráneo en el centro se ha interpretado como un culto al cráneo, y son varios los fósiles de cráneos hallados que presentan signos de manipulación, pero los antropólogos están divididos: ¿se trata realmente de algún tipo de culto o de mero canibalismo?

El esqueleto de un niño rodeado por cuernos de cabra se ha visto como un ritual que debería proteger al pequeño difunto en el más allá; según Emilio González, la excelente conservación de muchos restos óseos de niños denotaría un tratamiento especial, pues, de lo contrario, lo probable es que hubieran desaparecido porque el esqueleto infantil está menos osificado que el de los adultos. Esto concuerda con el ya citado afecto de los neandertales por sus hijos. ¿Les dispensaban algún tipo de cuidado cuando morían para prolongar la conservación de sus restos?

A esqueletos y cabezas de oso, aparentemente circundados por objetos diversos, se les ha buscado un significado mágico o religioso: ¿se trata de una ceremonia propiciatoria para cazar a la fiera o, quizá, se buscaba la protección de tan poderoso animal? Los más escépticos aducen que tal disposición bien pudiera ser un fenómeno casual, sin intencionalidad humana alguna.

En algunos yacimientos del Paleolítico Medio se han hallado también huesos fragmentados amontonados, algunos de ellos descarnados, como si hubieran sido objeto de prácticas antropofágicas, y otros abiertos por su eje, como si se hubiera aprovechado su tuétano. Los especialistas no se ponen de acuerdo en la interpretación, aunque tienden a pensar que el amontonamiento no es casual y que tiene un significado. Quizá se trate de un canibalismo ritual, para acceder a las virtudes del muerto —valor, fuerza, sabiduría— o para perpetuarlo en el propio cuerpo.

### **EL PINTOR DE ALTAMIRA**

Modesto Cubillas, un labrador de Santillana del Mar (Cantabria), perseguía, en el otoño de 1868, una liebre que se refugió en espesos zarzales en una zona conocida como Altamira. Su perro de caza penetró tras ella en la maleza y prorrumpió en lastimeros aullidos: había quedado atrapado entre las espinas. Modesto, muy contrariado, regresó a su casa en busca de herramientas y, espoleado por los gemidos del can, logró eliminar una parte del denso zarzal, hallando la entrada de una cueva, donde encontró a su perro.

En aquella época, y gracias a Darwin, había cobrado gran auge la Prehistoria y el interés por la investigación de las cuevas como moradas de seres humanos prehistóricos. El asunto había alcanzado a toda persona con inquietudes culturales, como era el caso de Marcelino Sanz de Sautuola, un próspero hombre de negocios montañés con reconocida actividad intelectual en el campo de las ciencias naturales, la botánica, la entomología y la conservación del patrimonio cultural. Se daba la casualidad de que Modesto Cubillas era aparcero de unas tierras de Sanz de Sautuola, de modo que en cuanto tuvo la ocasión le comentó el hallazgo de la cueva y le mostró el lugar.

Otros asuntos más urgentes debían ocupar al ilustrado cántabro, porque, al

parecer, no inspeccionó la cueva y no realizó las primeras excavaciones hasta 1875 y, más en profundidad, en el verano de 1879. Mientras se excavaba la entrada, su hija María tomó un candil y penetró unos metros en la gruta, iluminando un lateral. Lo contempló detenidamente y, de pronto, estalló alborozada: «¡Mira, papá, bueyes pintados!».

María Sanz de Sautuola, abuela de Emilio Botín, presidente del Banco de Santander, acababa de descubrir la Sala de los Bisontes, la Capilla Sixtina del Arte Paleolítico, cuya descripción fue publicada un año después, quedando envuelta en una feroz polémica que duraría dos décadas: eran las primeras pinturas prehistóricas conocidas y, además, tenían tal calidad y estaban tan bien conservadas que muchos supusieron que se trataba de una falsificación.

El arte en general, y la pintura en particular, es la característica más espectacular que distingue el Paleolítico Superior, época comprendida entre el 35000 y el 12000 a. C. Climáticamente estuvo afectada por dos periodos sumamente fríos y secos y otro, intermedio, templado y húmedo, alternancia que, aunque en fases mucho más breves —aproximadamente de unos 8000 años—, no debió de diferir mucho de la acaecida en el Paleolítico Medio, con temperaturas, fauna y flora semejantes. Pero hay una serie de elementos que diferencian ambas épocas; desaparecen los neandertales y llegan, pujantes, los *sapiens*, se advierte un progresivo avance tecnológico reflejado en todas las actividades y se modifican las moradas cavernarias.

En este periodo debió de generalizarse la construcción de cabañas dentro de las cuevas, probablemente en combinación con una mejor preparación del refugio, en cuyas entradas se levantaron paredes de piedra y barro o paravientos formados por estacadas cubiertas de pieles, para evitar que penetraran aires gélidos, lluvias o nieves zurradas por el viento. Porque debe recordarse que la vida en las cavernas no se desarrollaba en las áreas interiores, sino en el pórtico de la cueva o en el espacio inmediatamente contiguo, adonde llegaba la luz diurna. De todas formas, en esta época, el hombre ya había descubierto otras maneras de iluminarse, al margen de las llamas del hogar: lámparas que utilizaban grasas animales o antorchas, como las que se usaron hace 16 500 años en la Cola de Caballo de Altamira.

En cuanto a las armas y herramientas, se advierte el paulatino avance del tallado de piedras y la ampliación del utillaje, que permite el trabajo de la madera y del hueso. Precisamente es característico de esta época el descubrimiento de la extraordinaria utilidad de los huesos, cuernos, colmillos y dientes para fabricar lanzas, jabalinas, arpones, punzones, agujas, espátulas, varillas y ¡flautas! El arqueólogo alemán Nicholas Conard, de la Universidad de Tubinga, y su equipo hallaron en 2008 una flauta casi completa hecha con el hueso de la pata de un buitre y varias secciones de tres flautas hechas con hueso de mamut. Y está acreditado que existía el arco. Se duda aún si este instrumento se empleaba como arma —cosa que con toda seguridad ocurrió en el Mesolítico—, pero en todo caso constituía una herramienta fantástica que hacía rotar vertiginosamente una varilla de hueso o

madera: si se la dotaba de una punta de sílex, servía para taladrar hueso, madera o piedra, y si se utilizaba una vara recta y dura, aplicada contra una madera blanda, la frotación permitía que se pudiera encender fuego con la ayuda de hierbas o musgo secos.

Estos avances proporcionaron al cazador del Paleolítico final una panoplia de armas de mano o arrojadas mucho más eficaz. Se ha comprobado que un propulsor —artefacto de madera o hueso que actuaba como palanca— podía lanzar venablos con punta de piedra a más de cien metros de distancia o atravesar a un oso a cincuenta. Los arpones y fisgas permitieron a nuestros antepasados pescar con más provecho. Y, al parecer, en esta época se aprendió a trenzar juncos o fibras vegetales que rápidamente se convirtieron en cestos y, a continuación, en nasas utilísimas para la pesca. Todo ello repercutió en la mejora de la alimentación y, en consecuencia, en el incremento del número de personas que habitaban los emplazamientos.

¿Qué cazaban los hombres del Paleolítico Superior? Según los especialistas, hubo dos épocas bastante bien diferenciadas: la más antigua (del 40000 al 20000 b. p.) se caracterizó por la caza del mamut, el reno o el rinoceronte lanudo en las zonas más frías del norte y el este de Europa y en Asia central; en las llanuras y bosques sureuropeos las presas más habituales fueron los renos, caballos, uros, ciervos y gamos, y en las zonas montañosas, cabras en las alturas y jabalíes en los valles. En el segundo periodo (entre el 20000 y el 12000 b. p.), se advierte la disminución de los grandes mamíferos de los climas fríos al tiempo que el reno se convierte en la presa más habitual. Algo similar ocurre en el sur de Europa, en Francia fundamentalmente, donde este animal llegó a constituir más del 90% del consumo de carne; en la región cantábrica la caza especializada se centró en el ciervo y el bisonte, y en las zonas más quebradas se siguió persiguiendo a cabras y rebecos. No debió de ser frecuente la caza de animales feroces, como el lobo, el oso o el león.

Los hallazgos de las últimas décadas indican que los avances organizativos fueron notables. Las zonas cavernarias habitadas parecen más ordenadas: se han detectado algunos emplazamientos aparentemente reservados como letrinas; «basureros» donde se amontonaban los restos de los materiales de piedra o asta desechados por los artesanos; lugares para los trabajos especializados: el hogar para cocinar, la «alacena» para almacenar y conservar los alimentos; la «carnicería» para descuartizar la caza y separar la carne de los huesos, amontonados para hacer caldo con ellos y, en un segundo uso, empleados como materia prima para realizar todo tipo de utensilios. Estaban bien determinados los sitios donde se tallaba la piedra, aquellos en los que se trabajaba el hueso o la madera. Incluso se han descubierto indicios de que pudo existir la enseñanza del oficio de «tallista».

En varios lugares de Francia se han descubierto agrupaciones de cabañas que componían pequeños poblados: viviendas circulares sostenidas por postes de madera y cubiertas de pieles y, en la base, piedras y tierra para evitar la entrada del viento y la lluvia. Esos poblados, que parecen organizados en torno a un gran hogar central,

permitirían agrupaciones de entre veinte y cuarenta individuos. Parece que en ellos se empleó un novedoso sistema de calefacción: cantos rodados calentados durante horas entre las llamas de la gran hoguera común y luego emplazados en las diferentes viviendas. El yacimiento de Étiolles presenta, además, la particularidad excepcional de que sus habitantes no eran cazadores-recolectores, sino artesanos del sílex, que cambiarían el instrumental fabricado por alimentos.

Gran parte de estos asentamientos, sobre todo los cavernarios, albergaban poblaciones sedentarias o casi. Estacionales serían siempre las expediciones de caza, que se instalarían quizá durante meses en cazaderos, al acecho de la migración de rebaños de renos, ciervos, caballos, toros salvajes, etc., antes de regresar a su base o de peregrinar a otro lugar siguiendo el itinerario de los alimentos: pesquerías apropiadas para el marisqueo en las costas o para la captura de salmónidos en la época del desove, recolección de frutas, gramíneas, bayas y otros dones naturales en la correspondiente estación. Por lo demás, las mejoras técnicas permitirían caza, pesca y recolección más intensivas, con desplazamientos cada vez más limitados, a dos o tres días de distancia, para regresar a la base una vez cumplido su cometido.

Las investigaciones sobre el origen del sílex que se tallaba en algunos lugares especializados han permitido conocer, por ejemplo, que procedía de canteras que se encontraban a distancias de hasta ochenta y más kilómetros, lo que requeriría expediciones de seis o siete días para ir, buscar el material y regresar portando una cantidad modesta, dado su peso. Al respecto, se ha insinuado que bien pudo existir el trueque de esas piedras duras por lascas cortantes ya fabricadas.

Pero la más espectacular, con mucho, de las novedades registradas en ese periodo es la revelación del hombre como artista: pintor, escultor, tallista, ceramista. No es algo que ocurriera de golpe, pues hay manifestaciones artísticas más antiguas. El catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alcalá de Henares, Rodrigo Balbín, escribía recientemente:

Existen objetos artísticos que aparecen antes, dentro del mundo dominado por el neandertal, que vivía de manera muy parecida a nuestros antepasados y convivió con ellos durante milenios, mezclándose, seguramente (...). Las formas que llamamos artísticas son variantes del material utilizado o figuras que se representan sobre las paredes. Surgieron antes de la aparición de nuestros antepasados en Europa y debieron de servir para algo más que controlar con la magia el sustento diario. Los creadores del arte en el Paleolítico Superior europeo son nuestros antepasados directos, pero hasta ahora solo se les ha reconocido un estado mental y cultural poco menos que infantil. Una cosa es que fueran capaces de crear arte y otra que tuvieran nuestro grado de inteligencia, complejidad o capacidad de creación de formas abstractas, por lo que sus obras deberían ir unidas a la religión, a la magia, al misterio, al miedo y a la oscuridad.

Las obras del primer arte humano, en el caso de que lo sea, son más gráficas y comunicativas que estrictamente artísticas, y significan la capacidad grupal de abstracción y mensaje. Se producen en el interior cavernario, pero, además, desde 1981 sabemos que existen al aire libre, en espacios transitados por el grupo, para ser vistas por todos e indicar quién las hacía y cuál era su territorio (*La Aventura de la Historia*, núm. 117, junio de 2008).

La primera visión de esta espectacular manifestación pictórica ocurrió hace solo 130 años y la tuvo —como se ha adelantado— una niña. No existía ningún



antecedente. Por ello, cuando, en 1880, Marcelino Sanz de Sautuola dio a conocer el descubrimiento de las pinturas rupestres de Altamira, se vio enfrentado a la rechifla o a la desconfianza generalizada. Sanz de Sautuola, que falleció en 1888, no llegó a ver universalmente reconocida la autenticidad y calidad de su hallazgo, que se retrasó hasta 1902, cuando el arqueólogo Cartailhac entonó su famoso «*Mea culpa* de un escéptico».

Hoy la cueva se conoce bien, aunque aún queden algunos aspectos por estudiar. Su longitud es de unos 270 metros, distinguiéndose varias zonas: la entrada (antes de los derrumbamientos antiguos y de las obras de sustentación posteriores al descubrimiento) era casi rectangular, con dimensiones de unos quince por cinco metros, y da paso al vestíbulo, en cuyo lateral izquierdo se abre la Sala de los Bisontes, que antiguamente debía tener unos quinientos metros cuadrados (aproximadamente un rectángulo de treinta por dieciséis); en esta zona se desarrollaría la vida de las gentes de Altamira. Sigue una sinuosa zona central, de entre diez y quince metros de anchura y tres y cinco de altura, y concluye con una estrecha prolongación llamada Cola de Caballo.

La orientación norte-noreste de la entrada no era precisamente ideal, pues tendría escaso sol y la batirían los fríos vientos continentales, por lo que debieron de existir muretes de piedra y tierra u otras protecciones contra las inclemencias del tiempo. Sin embargo, el cerro dominaba un amplio panorama costero, con la mar al fondo, entonces situada a unos ocho kilómetros de distancia, y la zona era fantástica para la supervivencia humana: en ella o sus alrededores se cazaba el bisonte, el ciervo, el jabalí y la cabra, según muestran la fauna plasmada en las pinturas y los restos hallados en las excavaciones, que también evidencian el marisqueo en las rocas del litoral y la pesca en los ríos y en las pozas de la bajamar.

Los últimos estudios sobre Altamira han revelado que la cueva estuvo intermitentemente habitada durante unos 9000 años, entre el 22000 y el 13000 b. p., pero no sería un fenómeno excepcional sin su «techo de los bisontes», en el que un artista genial, que vivió hace unos 14 500 años, plasmó un rebaño de dos docenas de bisontes en diversas actitudes (tumbados, parados, andando, corriendo, saltando, embistiendo), valiéndose de trazos de carbón, pigmentos ocres y aprovechando el color, la textura y relieve de la piedra. Irrumpiendo en la escena o contemplándola o al margen de ella, hay que añadir la presencia de una cierva, un caballo, un jabalí y una cabra (¿?), además de multitud de signos, y a las técnicas indicadas deben añadirse el raspado, para eliminar algunos salientes, y el lavado, para introducir diferencias en la tonalidad.

Pero, aunque esa sea la maravilla y el gran espectáculo del arte paleolítico, no es sino una parte del muestrario de pinturas y grabados que ofrece Altamira. En sus galerías se han conservado cerca de trescientas representaciones de animales, figuras antropomorfas y signos variados, correspondientes a un arco temporal de 3000 años, entre el 16500 y el 13500 b. p. Para una más completa y autorizada descripción de

este fantástico monumento prehistórico, cedo la palabra a uno de sus grandes investigadores contemporáneos, Alfonso Moure:

Altamira contiene en su conjunto una muestra representativa de la iconografía paleolítica: los temas se reparten más o menos al cincuenta por ciento entre figuraciones y signos. Las primeras corresponden casi en su totalidad a diferentes especies animales en el siguiente orden de frecuencia: ciervos — especialmente, hembras—, caballos, bisontes, uros, cabras, jabalíes y rebecos, a las que se suman algunos antropomorfos y máscaras, cuya atribución animal o humana es controvertida.

Respecto a los signos, los hay claviformes, cuadrangulares, escaleriformes, manos, chozas (¿o trampas?), cuya interpretación está sujeta a debate. En cuanto a las técnicas empleadas:

... figura gran parte de los procedimientos de ejecución del grabado y la pintura, que pueden reunirse en tres grandes grupos: la serie roja, compuesta por contorno y tintas planas trazados con minerales de hierro; la serie negra, que emplea, fundamentalmente, pigmentos carbonosos; y los policromos, que tan solo contienen dos colorantes, empleados con diferentes intensidades... (*La Aventura de la Historia*, núm. 25, noviembre de 2000).

Tras la primera investigación y publicación sobre las pinturas halladas en Altamira y la desconfianza y rechazo suscitados, transcurrió poco tiempo para que, en los años noventa del siglo XIX, comenzaran a menudear en Francia los descubrimientos de pinturas del mismo periodo, que terminaron convenciendo hasta a los más escépticos. Hoy se conocen más de cuatrocientas cavernas —unas 130 en España, y de ellas, el 80% en Cantabria, Asturias y el País Vasco— que albergan el rico muestrario pictórico de esta época. Cabe destacar las cántabras de Altamira, El Castillo y La Pasiega, la asturiana de Tito Bustillo, la vizcaína de Santimamiñe, el fantástico hallazgo, ya en 1940, de uno de los ejemplares más impresionantes, Lascaux (Dordoña, Francia), y, nuevamente en Cantabria, el descubrimiento, hace quince años, de La Garma, una cueva excepcional con más de sesenta figuras de caballos, bisontes, uros, cabras, diversos tipos de cérvidos y numerosos símbolos.

¿Y qué significa todo ello? ¿Para qué pintaba el cazador paleolítico? Generalmente a las pinturas cavernarias del Paleolítico se les atribuyen significados mágicos, propiciatorios de la caza, o religiosos: los lugares pintados, a veces los más recónditos de la caverna, pudieron considerarse como moradas de seres espirituales, como recintos reservados a los iniciados. Leroi-Gurhan y sus seguidores van más allá y ven en las cuevas pintadas auténticos santuarios «cuya decoración está perfectamente organizada, procediendo mediante composiciones repetidas, separadas por zonas de transición, señaladas por signos animales apropiados». Sin embargo, hay quien solo les atribuye un significado estético: el pintor da rienda suelta a su expresividad y emplea el tiempo que le sobra en decorar las paredes de su caverna con lo que más admira, seguramente los hermosos y deseables animales que ha contemplado durante toda su vida. Esa actividad, a buen seguro, le depararía prestigio y estima.

Y una pincelada final sobre Altamira: la cueva fue abierta al público en 1917 y su

celebridad fue tanta que, en el verano de 1928, se registraron hasta trescientas visitas diarias. Como cualquier otra construcción natural o artificial, la cueva evoluciona hacia su destrucción, pero en Altamira se advirtió pronto el rápido deterioro de las pinturas debido al cambio de las condiciones de humedad, temperatura y concentraciones calcáreas originado por el exceso de visitantes. A partir de los años sesenta comenzaron a elevarse voces de alarma y finalmente, en 1977, se cerró al público. Años después, se permitió la entrada de pequeños grupos. Pero tal situación también era nociva, por lo que se decidió que las visitas quedaran reducidas a especialistas y estudiosos, a la vez que se dispuso la creación de una réplica perfecta en formas, dimensiones, relieve, color, luz y temperatura, emplazada junto al original, de modo que el público pudiera saborear el entorno donde se movió el pintor de Altamira. Se inauguró en el otoño de 2000 y de la reproducción del «techo de los bisontes» se encargaron los artistas Matilde Múzquiz y Pedro Alberto Saura. La última decisión sobre el régimen de visitas es que la cueva se abra, «si no todos los días o meses del año, sí algunos, y si no para muchas personas, aunque solo sea para unas pocas».

### **LAS VENUS PALEOLÍTICAS Y EL MITO DE LA GRAN MADRE**

Menos espectaculares, pero no menos representativas de la época y del hombre del Paleolítico Superior son otras muchas manifestaciones artísticas contemporáneas a las pinturas. Los objetos de hueso o piedra utilizados en la vida cotidiana solían estar decorados. Quizá, al principio, como entretenimiento; luego, como motivo de prestigio social: no era lo mismo manejar un hueso pálido y liso como proyector de dardos que uno tallado con un ciervo, por ejemplo. Incluso se ha insinuado que una decoración de este tipo podría tener cierto significado mágico, como si la representación del animal propiciara su captura.

Son multitud las piezas que sirvieron como adorno o para usos que desconocemos, incluso mágicos. Se trata de dientes, conchas o plaquitas perforadas que debieron de emplearse como collares y pulseras y, acaso también, como tocados. Más difícil es decidir para qué servían miles de bolitas de hueso o marfil halladas en algunos enterramientos.

Hay lámparas decoradas, al igual que colgantes y otros adornos, sobre todo, bastones de mando, que solían proceder de una buena punta de asta de ciervo, agujereada en su base y decorada longitudinalmente. Se ignora si tenían alguna utilidad práctica o eran un mero colgante ornamental o, como se ha pretendido, un símbolo de autoridad; lo que se sabe es que son escasos y suelen estar primorosamente grabados. El hombre paleolítico talla lo que le interesa de cuanto le rodea: un animal o, con mayor frecuencia, una cabeza de bóvido, caballo o ciervo, así como figuras antropomorfas o falos o figuras femeninas.

El caso más llamativo es el de las venus paleolíticas, representación probablemente realista de la mujer de la época, aunque hay quien opina que se trata de un culto a la fertilidad. En todo caso, son siempre estatuillas de pequeño tamaño, de entre seis y veintidós centímetros. La pequeñez de la cabeza, carente de rasgos, la insignificancia de las piernas y el engrosamiento en la zona central, debido a sus voluminosos pechos caídos, a la prominencia del vientre y de los glúteos, confieren a estas venus una forma romboidal. Las hay en todo tipo de materiales: la Venus de Willendorf es una estatuilla esculpida en piedra caliza; la Dama del Cuerno es una representación en relieve, sobre un trozo de piedra; la Venus de Trasimeno es una figura exenta casi abstracta conseguida por frotación sobre una piedra dura; la Venus de Lespugne está tallada en marfil; la llamada Polichinela, en esteatita verde, y se distingue por sus piernas rectas, estilizadas y bien proporcionadas. La única venus paleolítica con rasgos faciales bien marcados es la cabecita de Brassempouy, conocida como Caperucita. Se trata de una piececita de marfil de tres centímetros de altura que marca bien la nariz, los ojos, el estilizado cuello y el magnífico peinado. Caperucita hizo furor en Francia en los años setenta del pasado siglo, al punto de que en el año 1976 se le dedicó un sello de correos.

Caso especial son las venus de Dolni-Vestonice (República Checa), donde existió un taller que las modelaba en serie, hallándose en él más de 2000 figuritas en diverso estado. Como materia prima se utilizaba arcilla mezclada con polvo de hueso y ceniza, y después se las cocía para darles la consistencia que ha permitido que perduren hasta nuestra época. La cocción del barro presagia el descubrimiento de la cerámica, que aún tardaría en llegar seis o siete milenios. Además de su popularidad, el caso del taller de Dolni-Vestonice demuestra que eran objeto de tráfico comercial.

Por los ejemplos mencionados se observará que los hallazgos de estas piezas se circunscriben a una franja europea limitada por los paralelos 44 ° y 50 °, entre el Atlántico y el mar Negro, lo cual excluye, por ejemplo, la península Ibérica. La debatida interpretación de estas figuritas conduce hacia una visión trascendente — llámese, si se quiere, religiosa—. El prehistoriador José M. Gómez Tabanera escribía:

Quizá pueda subrayarse el papel jugado en el Paleolítico por la creencia en una presunta antepasada femenina, fecunda y exuberante, verdadera heroína cultural a la que se hace pionera de las técnicas de conservación de los recursos cárnicos, a la vez que señora del hogar (...). Este orden de ideas explicaría un presunto culto y veneración rendido a lo femenino, cuyos iconos eran colocados cuidadosamente, como fetiches o talismanes domésticos, en una especie de hornacinas...

El mismo autor cita la sugestiva teoría del antropólogo J. Maringer:

Bajo la figura de estas madres ancestrales, el cazador venerará a las dos fuerzas primordiales de la producción y del crecimiento, de las que surgirán la familia, el clan y la tribu, viendo en ellas a las guardianas de la vida sexual, por la que siguen existiendo. También al espíritu protector del hogar y, finalmente, a las potencias guardianas que propician la caza. («El enigma de las venus paleolíticas», *Historia* 16, núm. 17, septiembre de 1977).

Más directa y moderna, la antropóloga lituana Marija Gimbutas, de la

Universidad de California, apenas tiene dudas de que muchas de ellas son representaciones de la mítica Diosa Madre.

Como colofón a este periodo, recordemos una de las reflexiones del académico Antonio Blanco Freijeiro, catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense:

La Edad del Hielo no fue inclemente con el hombre paleolítico, sino una época estimulante y tan dichosa como para que en edades sucesivas conservaran el recuerdo de una existencia paradisiaca, de una mítica edad de oro, en la que el hombre disponía de todo lo necesario para subsistir sin agobios, ni más trabajo que recoger o cazar lo que la naturaleza le brindaba.

Probablemente, una visión demasiado optimista, pero bonita.

## UN MUNDO NUEVO

Fue irresistible la tentación de abrir este libro de la aventura humana por el Mesolítico. Seguramente, el Neolítico hubiera proporcionado un inicio más familiar para la mayoría, pero pienso que fue en el Mesolítico, que comenzó hacia el 12000 b. p., cuando los ojos del hombre se abrieron por vez primera al mundo que conocemos: salvo modificaciones puntuales, los mares alcanzaron su actual nivel, y las tierras, sus contornos contemporáneos; las temperaturas y las estaciones se establecieron en los valores que hoy disfrutamos; los hielos retrocedieron hasta donde los hemos conocido; surgieron los bosques poblados por las especies arbóreas que hoy tenemos que proteger; se desarrolló la mayor parte de la flora y fauna que nos rodea, y el hombre de hace diez mil años, adecuadamente acicalado y vestido, podría andar tranquilamente por la calle sin atraer la atención y, si se perdiera en una remota aldea amazónica, de Papúa-Nueva Guinea o africana, encontraría novedosos algunos atuendos y herramientas, pero apenas le asombrarían el paisaje, los animales o los modos de vida.

Los protagonistas del Mesolítico (periodo de datación muy controvertida que, según zonas, se extendería más o menos entre el 12000 y el 8000-6000 b. p.) eran *sapiens sapiens*, hombres modernos, con una capacidad craneana y una estatura similares a las actuales. Su inteligencia proporcionó una evolución relativamente rápida, vertiginosa si se la compara con el inmediato pasado. En el Mesolítico comienza a percibirse «el movimiento acelerado de la historia».

### ANDANDO SOBRE LAS AGUAS

Lo primero que experimentó la humanidad con el cambio climático fue la subida del nivel de los mares. Los habitantes del litoral tuvieron que cambiar su morada cavernaria o sus habituales asentamientos o cazaderos y trasladarse a tierras más altas; los que ya estaban establecidos en las lomas costeras recibieron un estupendo regalo: la subida de las aguas les puso la pescadería a la puerta de casa: peces, cangrejos, mejillones, ostras, almejas, navajas y lapas se establecieron en su vecindad.

Se ha dicho que el marisqueo requería tanto esfuerzo que apenas compensaba a los que vivían de su recogida, pero lo cierto es que en las costas atlánticas europeas los mariscadores del Mesolítico dejaron montañas de conchas y caracolas como testimonio de un aprovechamiento intensivo.

La pesca fue favorecida en esta época por el deshielo de los ríos, cuyas aguas corrían libres desde los cursos altos, y por el descubrimiento o perfeccionamiento de

los aparejos: arpones dentados, fisgas de dos puntas, anzuelos, nasas de juncos o mimbres tejidos... Otro de los avances comprobados del Mesolítico es una ingeniosa forma de atrapar los peces: canalizarlos hacia sus nasas, en las que era fácil entrar e imposible salir, mediante hileras de palos hincados en el suelo. Pero, para no tener que esperar de forma paciente o inútil a las presas en las orillas, el hombre empezó a cortar troncos de árboles y a vaciarlos con sus azuelas líticas y, con tanto miedo como intrepidez, se lanzó sobre ellos al agua. Acababa de nacer la piragua.

¿Cuándo ocurrió esto? Se han encontrado grabados en hueso de embarcaciones de hace unos 10 000 años. A tan temprana época corresponde el hallazgo de un remo en el Reino Unido y un milenio más tardías son varias embarcaciones de hasta diez metros procedentes de diversos lugares de Europa y Asia.

El hombre aprendió a navegar, se internó en lagos, ríos y, un poco, en el mar para buscar el sustento, o eso parecen indicar restos fósiles de pescado de alta mar de hace unos 9000 años: atunes, merluzas, bacalao, tiburones e, incluso, cetáceos, probablemente capturados cuando se hallaban varados en las playas. Pero ¿cuándo descubrió que esos troncos vaciados también servían para transportar mercancías de un lugar a otro, aunque fuera a la vista de la costa?, ¿cuándo, que podía utilizarlos para trasladarse a tierras próximas, pero hasta entonces vedadas por falta de un medio para cruzar estrechos pasos marítimos?

Lo desconocemos, pero es seguro que eso ocurrió y desde tiempos muy anteriores a los sugeridos por los hallazgos arqueológicos. Por ejemplo, se supone que Japón fue poblado hace unos 10 000 años por gentes procedentes de la península de Corea, pero ¿cómo atravesaron el estrecho de Tsushima, que tiene una anchura de 130 kilómetros? ¿Aún quedaban allí hielos o lo hicieron en barco? ¿Cómo se alcanzó Nueva Guinea, desde donde hace 50 000 años se pasaría a Australia? ¿Y cómo se llegó a Chipre hace 9000 o 10 000 años? ¿Cómo fueron pobladas Córcega y Cerdeña 8000 años atrás, o Creta un milenio después?

Solo se explica si se hizo atravesando los no muy dilatados pasos marítimos existentes entre las tierras continentales y esas islas. Pero cabe preguntarse: ¿ocurrió de forma voluntaria o por casualidad? Los casos actuales de naufragos perdidos en el mar durante días no son raros y menos aún las frágiles barcas que, privadas de todo tipo de propulsión, a merced del viento y las corrientes, han atravesado los quinientos kilómetros que separan la cornisa cantábrica de la costa francesa de la Gironda. ¿Pudo suceder así? En algunos campos nuestros conocimientos están en mantillas, pero sabemos que hace ocho milenios hubo tráfico de cabotaje y entre tierras próximas: por ese medio salía la apreciada y durísima obsidiana de la isla egea de Melos.

## LOS ÚLTIMOS MAMUTS

Pero volvamos al comienzo del periodo. Mientras se retiraban los hielos, cambió el paisaje y ante el hombre mesolítico se abrieron inmensas tierras vírgenes y crecieron fantásticos bosques. Los animales, con menor capacidad de adaptación que el género humano, padecieron más esos cambios. El reno tuvo que emigrar y hace 11 000 años desapareció del occidente europeo. El antílope de las estepas comenzó un lento desplazamiento hacia el este y acabó confinado en los paisajes esteparios de Asia central. También desaparecieron en Europa los rinocerontes, codiciadas presas que proporcionaban más de una tonelada de carne y preciosos cuernos y huesos.

Y desapareció de nuestras latitudes un animal mítico, el mamut, víctima del nuevo clima y del hombre. Debió de ser una presa extraordinaria para aquellos antepasados nuestros, que lo representaron en grabados, esculturas y pinturas murales. Resulta especialmente llamativa la muestra pictórica que ofrece la caverna de Rouffignac, en Dordoña (Francia), conocida como la «de los cien mamuts». Incluso tiempo después de haber desaparecido del occidente europeo perduró su memoria entre los cazadores del Mesolítico, que lo representaron con evidentes errores morfológicos —algunos le añadieron cuernos—, lo que significa que nunca lo habían visto.

No es de extrañar, pues lo aprovechaban por completo: proporcionaba más de dos toneladas de carne, una enorme cantidad de grasa, dos formidables colmillos curvos que podían alcanzar hasta siete metros de longitud, una inmensa y extraordinaria piel peluda sumamente útil en sus refugios y cabañas y una montaña de huesos para extraer su sustancia, convertirlos en utensilios o en el armazón de sus viviendas en las zonas donde escaseaba la madera.

Las manadas de mamuts se desplazaron huyendo del calor. En las zonas más frías del occidente europeo quedaron unos pocos, hasta que fueron exterminados. En Siberia duraron más, pero estaban sentenciados: su reproducción era lenta y despertaban demasiada codicia en unos cazadores que con los nuevos proyectores podían acribillarlos con sus azagayas y jabalinas manteniéndose a cierta distancia. En algunos poblamientos ucranianos han aparecido restos de hasta cincuenta ejemplares. Y precisamente en Ucrania, en la depresión del río Dnieper, se han hallado los restos de los últimos supervivientes, que datan de hace unos 10 000 años.

La desaparición de aquellos fantásticos animales, que alcanzaron, al parecer, los cuatro metros de altura, la explica de otro modo una leyenda rusa: cuando Noé los invitó a entrar en el Arca, los enormes proboscidos rehusaron porque desconfiaban de que la embarcación pudiera soportar su peso o porque supusieron que, por mucho que lloviera, las aguas jamás podrían cubrirles. Ignoraban los muy cuitados que el diluvio inundaría toda la tierra hasta las más altas montañas e, incluso, los árboles más elevados que crecieran sobre ellas, por lo que de nada había de servirles su estatura.

Mientras una parte de la fauna se replegaba hacia los climas fríos y otra era



aniquilada y desaparecía sin dejar más rastro que sus fósiles o sus representaciones, un tercer grupo se aclimataba: el ciervo, el corzo, la cabra, el caballo, el jabalí, el lobo o el oso pardo. Si el hombre fue responsable del exterminio de algunas especies, debe reconocérsele una intervención decisiva en la conservación de otras. El caso más espectacular es, probablemente, el del caballo, que desapareció en América y a punto estuvo de hacerlo en Europa, hasta que fue domesticado y se multiplicó en cautividad. Con los descubridores y conquistadores españoles regresaron los caballos a América, cuyos aborígenes los contemplaron espantados, al suponerlos cuadrúpedos monstruosos con un hombre, como protuberancia amenazadora, que surgía de su lomo. Caballos perdidos se asilvestraron, formaron manadas y repoblaron las llanuras.

La eficacia del cazador mesolítico se debió al instrumento por antonomasia del periodo: el arco. Esta arma constituyó a partir del Neolítico y hasta el siglo xv una de las piezas básicas de la panoplia del guerrero, pero en este momento histórico solo hay muestras ambiguas de su empleo contra humanos. Las primeras manifestaciones de su utilización tienen 8000 años o más. Las muestras más abundantes y expresivas se encuentran en cuevas y abrigos del Levante español, como el del Civil, donde un grupo de cazadores armados con arcos acorrala y cobra ciervos; la cueva de la Saltadora, donde un cazador flecha a un antílope, o el abrigo de Les Dogues, con dos cuadrillas de arqueros que se acometen entre sí (los tres enclaves, en Castellón). La datación de estos lugares, que rondan el centenar y que se extienden por las provincias costeras desde Tarragona hasta Murcia, con excepciones interiores en Cuenca y Teruel, constituye un debate permanente, aunque las opiniones más aceptadas los sitúan entre el Mesolítico y el Neolítico.

Al margen de la iconografía, se han hallado arcos de tejo y flechas con 5000 años de antigüedad, aquellos con una longitud de 1,6 metros, y estas, de 90 centímetros, dotadas de punta de hueso o de piedra, con formas triangulares, trapezoidales o almendradas. Se trata de armas tan potentes que los expertos las juzgan capaces de abatir a un ciervo a más de cincuenta metros de distancia.

### **PASTOR Y AGRICULTOR**

Y no muy distinto al revolucionario cambio experimentado por la fauna fue el de la vegetación. En no muchos centenares de años se desarrollaron en el occidente europeo inmensos bosques de robles, encinas, olmos, fresnos, tilos, arces, bojs, avellanos, pinos, tejos, enebros, abedules, garrigas, olivos... Y el hombre aprovechó su madera para levantar sus cabañas, construir útiles para la caza, la pesca, las labores domésticas, la agricultura, etc., y extrajo de ellos fibras, tiras y cortezas con las que tejer cestos, nasas, cuerdas, esteras. También recolectó sus frutos: en principio, las avellanas, y enseguida llegarían las nueces, las castañas, las bellotas, las aceitunas y

las uvas.

Simultáneamente, el ser humano comenzó a modificar voluntaria o involuntariamente el paisaje: taló árboles para utilizar su madera, desbrozó y rozó zonas para plantar sus primeros huertos y, a veces, no pudo controlar el fuego y causó un devastador incendio en el bosque. Pronto advirtió que las zonas quemadas propiciaban el rápido crecimiento de algunas plantas y, en consecuencia, que la ceniza es un fertilizante (cal y potasa), de manera que la chamicera fue, a la vez, la manera de abrir tierras para el cultivo y de fertilizarlas. Pero el sistema era efímero: tras unas pocas cosechas, la tierra se empobrecía y el hombre debía buscar otro borde del bosque para repetir el procedimiento.

En su milenario aprendizaje, el hombre del Mesolítico —o la mujer, que, según algunos antropólogos, sería la responsable de aquella agricultura embrionaria— fue distinguiendo las mejores espigas de las gramíneas, las de mayor rendimiento y mejor sabor y, seguramente, por un procedimiento casual, advirtió que las semillas recolectadas germinaban cuando se quedaban en la tierra; que, si se sembraban a un tiempo, podían recolectarse a la vez y que, si se elegían los mejores granos para la sementera, el cereal recogido era de buena calidad y las espigas crecían repletas.

Los diversos tipos de escandas (trigo silvestre) tienen una espiga larga, con pequeños granos dispuestos en torno a un eje. Al madurar, un soplo de viento o cualquier roce rompen el eje y los granos se desprenden de la espiga, cayendo a tierra, donde germinan al llegar la siguiente cosecha o se diseminan por la acción del aire o los animales. Después de un largo periodo de cultivo, en un momento aún impreciso, se supone que ya a finales del Mesolítico o comienzos del Neolítico, se produjo una mutación. Las espigas acortaron su longitud, sus granos se hicieron más gruesos y se apretaron en torno a un eje fuerte que no se partía con facilidad, de modo que había que esperar a la recolección y a la trilla para separar el grano de la paja.

¿Por qué sucedió tal fenómeno? Darwin hubiera dicho que se debía a un «proceso de selección inconsciente», lo cual es cierto, aunque fue un proceso muy ayudado por las circunstancias: no se sembraría en cualquier sitio, sino, atendiendo a la experiencia, en tierras apropiadas y fertilizadas por las cenizas dejadas por las rozas y, enseguida, por estiércol de los animales domésticos; la misma experiencia indicaría que la cosecha es ubérrima si las condiciones de humedad son adecuadas.

¿Cómo se consumían los frutos de la tierra? Al margen de lo que pudiera comerse en fresco —caso de los guisantes—, el resto se almacenaba en cestos y en pucheros de barro. Reducidos a harina y amasados con agua, se convertían en tortas u obleas; estas se cocían o secaban junto al fuego y se tomarían recién hechas o, ya endurecidas, se hervirían en agua o en leche, consumiéndose como sopas o gachas.

Hace sesenta años, el famoso prehistoriador y antropólogo de la Universidad de Londres Gordon Childe describía la revolución neolítica como el gran salto de pequeños grupos de depredadores nómadas a una sociedad de agricultores y

ganaderos sedentarios; medio siglo después las cosas no se perciben en cortes tan drásticos y se sabe que no en todos los lugares ocurrió ese fenómeno al mismo tiempo: ya se ha visto cómo algunos grupos humanos eran semisedentarios en el Paleolítico Superior, y en el Mesolítico se observan sociedades sedentarias en no pocas zonas del mundo, con agricultura y ganadería en diferentes estadios de desarrollo.

El norteamericano Bruce Smith publicó hace quince años *The Emergence of Agriculture*, un estudio revelador sobre el comienzo de la agricultura y la domesticación de animales: en Europa occidental suponemos que el cultivo cerealístico comenzó entre el 7000 y el 8000 b. p., época también del primer pastoreo, pero en el Próximo Oriente ya se cultivaban trigo y cebada hace unos 10 000 años y existían rebaños de cabras, ovejas, cerdos y vacas, vigiladas por perros pastores. En el 8500 b. p., los habitantes del centro y norte de China cultivaban arroz y mijo, pastoreaban cerdos y búfalos de agua y poseían corrales con gallinas y pollos. En Sudamérica, sin embargo, no aparecieron los primeros animales domesticados hasta el 4500 b. p., momento en que en Perú y Chile, donde se cultivaba la patata, se crearon rebaños de llamas y alpacas y comenzaron a criarse conejillos de Indias. En el África subsahariana el cultivo de mijo y sorgo y la domesticación del ganado vacuno no ocurrió hasta el 4000 b. p., aproximadamente. Es decir, hay 6000 años de distancia entre fenómenos de naturaleza similar, de modo que es más interesante para nosotros conocer el fenómeno y saber aproximadamente cuándo se produjo que encasillarlo en un debatido periodo histórico.

Con todo, es claro que en este novedoso momento comenzó también el proceso domesticador de los animales. El primero, el perro: junto a humanos o cerca de ellos se han hallado numerosos enterramientos de perros en una franja que se extiende desde Occidente a Oriente, con antigüedades de hasta 15 000 años, y en el territorio norteamericano se detecta el mismo fenómeno hace unos 10 000 años. Pero lo más extraordinario es que el perro era un animal nuevo, surgido del cruce genético de varios cánidos —supuestamente, de lobo y chacal en nuestro ámbito, de lobo y coyote en América, de lobo y dingo en Asia y Australia—, quizá buscando reproducir las virtudes que más se estimaran en ellos, como su fuerza, su resistencia o sus habilidades para la caza, y logrando, finalmente, un animal estable, doméstico y fiel. Sucesivas manipulaciones genéticas irían dando lugar en la Prehistoria a perros especializados: cazador, guardián, pastor, de compañía o, incluso, de guerra.

No mucho después, en nuestro ámbito occidental se criaban en cautividad caballos, cabras y ovejas. Estas últimas, al parecer, no eran autóctonas, sino que llegaron del Próximo Oriente y hay quien sugiere que lo hicieron en barcos de cabotaje, cuyos patronos tratarían de hacer negocio con ellas o las embarcarían para aprovechar su leche y su carne durante la travesía. Sea como fuere, hace unos 8000 años el hombre inauguró el oficio de pastor y mejoró su dieta con leche, a la que seguiría, casi de inmediato, el queso.

En pocos centenares de años, la cabaña del hombre mesolítico se enriquecería con bóvidos y cerdos. Estos últimos son herederos del jabalí domesticado, mientras los bóvidos descienden de los bueyes salvajes, que, al parecer, se amansaron en pocas generaciones y que, en sucesivos cruces, dieron lugar a la intrincada e inmensa familia de vacas, toros y bueyes, con subespecializaciones según su aprovechamiento: carne, leche, cría, trabajo. Estas, que son actualmente complejísimas, ya estaban básicamente establecidas en el Neolítico, donde, por ejemplo, los bovinos jugaron un gran papel en el cultivo de la tierra. Tenemos al respecto una cita literaria más reciente, pero que procede de hace unos 3000 años: cuentan leyendas anteriores a las epopeyas homéricas que Ulises, rey de Ítaca, lleno de fatales presentimientos, no quería ir a la guerra de Troya, a la que le convocaba el rey de los griegos, Agamenón. Para evitarlo se fingió loco y se puso a labrar sus campos con un arado tirado por un buey y un caballo, y en vez de cereal lanzaba puñados de sal al surco abierto. En ese trance le halló Palamedes, emisario de Agamenón, que no tardó en advertir la impostura. Para desenmascararle, Palamedes tomó al hijo de Ulises, el pequeño Telémaco, y lo puso ante las patas de las bestias y en la trazada del arado. Naturalmente, Ulises no tuvo más remedio que desviar a los animales, por lo que se vio obligado a partir hacia Troya. Cuentan que el astuto Ulises se vengó causando la muerte de Palamedes durante una expedición pesquera. Incluso los superhéroes tienen actuaciones indignas. Pero el hecho es que las yuntas de bueyes ya eran el tiro adecuado para labrar la tierra en tiempos prehoméricos, incluso mucho antes: el tiro de dos bueyes uncidos a un yugo se había logrado hacia el 6000 b. p.

¿Cómo se llegó a la selección de los animales domésticos? Repetiremos lo dicho para los cereales: obedece a lo que Darwin calificó como «proceso de selección inconsciente» y Cyril Aydon vulgariza llamándolo casualidad:

Cada vez que un pastor mataba a un toro grande y de mal genio o a un carnero inusualmente peligroso, estaba reduciendo de forma automática la incidencia en la población general de los genes determinantes del tamaño y de la agresividad.

En efecto, es un hecho comprobado que las especies de granja han modificado su anatomía: el toro, la oveja o el cerdo han disminuido de tamaño y de capacidad craneana. Esto ha determinado, a la vez, que las especies domesticadas hayan perdido la capacidad de valerse sin el hombre. Han visto reducida su astucia, agilidad, olfato, oído, tamaño, cuernos, dientes, los medios para defenderse.

El especialista en investigaciones económicas Jacques Attali ve en esta época uno de los momentos primigenios del concepto de propiedad, aunque hubiera antecedentes:

Conservar a los animales para que crezcan y, luego, hacer que se reproduzcan significa que la propiedad del animal se ha convertido en una promesa de futuro consumo (...). Por primera vez, un excedente permite aumentar los bienes de que dispone un grupo humano. Esta mutación supone que la memoria se impone en el cerebro.

Las conclusiones antropológicas que Attali extrae del papel del pastoreo son extraordinarias:

- El hombre ve reproducirse a los animales, lo que le abre los ojos respecto al papel del varón en la paternidad. No está nada claro que anteriormente relacionara el coito con el embarazo de la mujer.
- Observa cómo nacen y mueren sus animales, lo que modifica su relación con los humanos muertos y le hace suponer que, como no son lo mismo, para los hombres existe un más allá. Eso le indica que debe estar en paz con ese mundo de ultratumba y una manera de conseguirlo es enterrar al muerto con algunos objetos que le pertenecieron, incluso con alguno de sus animales, y establecer un culto a los antepasados en el que se sacrifican animales, «víctimas propiciatorias».
- El concepto de propiedad vinculado al rebaño se va a transferir a la tierra, necesaria para apacentarlo. El hombre pastor comienza a fijar los límites territoriales.
- Probablemente, la propiedad del rebaño pertenecería al clan, sin que esté claro el reparto de sus beneficios: carne, leche, pieles.
- En el comienzo de este periodo, la familia sería matrilineal: la jefatura de la familia correspondería al hermano de la madre, y los hijos de las diversas familias, una vez destetados, formarían un conjunto que, quizá, incluso habitara una vivienda especial en el centro del poblado. Las cosas cambiarían radicalmente debido a dos factores: la determinación de la paternidad y la continua presencia del pastor —al que la caza ya no aleja por largos periodos— en el poblado, en el que comenzaría a mandar por su poder económico determinante. Esto tendrá, siempre siguiendo a Attali, varias consecuencias: el hombre conseguiría a la mujer con regalos de conchas hermosas y piedras finamente trabajadas o adornos tallados y esta sería solo suya, y sus hijos, progresivamente, irían dependiendo menos del grupo y teniendo mayor vinculación con el padre, que velaría por ellos y les enseñaría a cazar y a cuidar el ganado. Habría desaparecido la matrilinealidad y nacido la patrilinealidad.

### UNA MORADA BAJO EL SOL

Todas las actividades citadas se realizaban al aire libre. El clima templado había animado a las gentes mesolíticas a dejar la caverna, que quedaba relegada, en algunos casos, a cementerio o a lugar de culto, y se erigieron poblados, luminosos, menos húmedos, mejor ventilados. Alguna responsabilidad en ese proceso tuvo, también, la presión demográfica: la alimentación más abundante y variada, el clima más fácil, la mejor vivienda suscitaban el incremento de la población.

En una amplia franja europea, delimitada por el Rin y el Danubio, con ramificaciones tanto hacia el norte como hacia el sur, y por el Atlántico y el mar Negro, se han hallado poblados con más de 6500 años de antigüedad con una disposición y morfología parecidas: fueron erigidos sobre llanuras formadas por loes dejados por las glaciaciones y el viento, tierras suaves donde el trabajo agrícola era posible para aquellos primeros aperos de labranza. Llegan a alcanzar hasta sesenta hectáreas y más, sobre las que fueron levantadas cabañas rectangulares —a veces veinte o treinta o, incluso, más— de sorprendentes dimensiones: las había de entre cincuenta y doscientos metros cuadrados. La sólida construcción seguía este esquema: los laterales largos estaban integrados por dos filas de postes; la exterior sostenía la pared, compuesta de adobe mezclado con cañas, juncos u otras plantas flexibles; la segunda fila soportaba el lateral de un techo formado por paja o ramas y hojas tupidas, sustentado en el centro por otra hilera de postes más altos, para crear una cubierta a dos aguas. Los laterales cortos estaban compuestos por adobe apoyado en postes profundamente hundidos en el suelo.

El constructor tenía experiencia: la puerta —que solía ser la única abertura al exterior— se orientaba hacia la zona más soleada y menos batida por el viento. A veces ante los cuatro lados, y casi siempre ante los dos más largos, se practicaba una zanja cuyo objeto era evitar las inundaciones de la vivienda y que, en todos los casos, terminó colmada por los desechos de la choza... Un auténtico archivo sobre la vida del poblado, donde los arqueólogos pudieron investigar su peripecia vital.

En las cabañas, situadas ordenadamente a cuarenta o más metros de distancia unas de otras, podían vivir una o varias familias, según el tamaño, y en los poblados más grandes debieron de habitar más de un centenar de personas, que se dedicaban a una economía mixta: cazaban y recolectaban lo que la naturaleza les brindaba, contaban con algunos animales domésticos y cultivaban pequeños huertos, por los restos encontrados, preferentemente de cereales.

Se han hallado en estos poblados útiles avanzados: agudos microlitos que servían como puntas para flechas y azagayas, potentes hachas y azuelas y finas hojas cortantes que proporcionaban el filo de hoces, rascadores y cuchillos. Junto al utillaje lítico, se encuentra el de hueso: fuertes trozos de pelvis, omóplatos, grandes cuernos horadados para enmangar, que debieron utilizarse para trabajos agrícolas; también, armas de hueso, arpones, anzuelos, peines, espátulas y fragmentos bien cortados y grabados con cabezas de animales o formas humanas o pintados en dientes de sierra. Y aparece la cerámica más primitiva: pucheros de hasta treinta centímetros de diámetro y vasijas pequeñas: cuencos, cazuelitas y lámparas, con frecuencia decoradas.

Aunque no se conozca a ciencia cierta, en estos poblados existió, sin duda, una jerarquización, una rudimentaria organización social y un sentido de la propiedad. Los ajuares hallados en algunas tumbas incluyen objetos que debían de ser muy raros y altamente estimados: útiles de sílex de bella factura, conchas y colgantes de ámbar

finamente grabados.

Pablo Arias decía al respecto que los cazadores-recolectores, en general, constituían agrupaciones sociales simples —«bandas», en terminología antropológica — con lazos de parentesco, que solían reunir menos de cien personas sin especialización, rango o riqueza personal, y que realizaban las mismas actividades, salvo las determinadas por la edad o el sexo. Este mismo prehistoriador, refiriéndose a grupos sedentarios como los que vivirían en poblados similares al descrito, admite que en ellos podría plantearse «un tipo de organización social más compleja, que incluiría la existencia de importantes diferencias sociales, en ocasiones hereditarias, y de una organización política dominada por jefes».

Los cementerios son los lugares donde mejor se aprecian tales diferencias. Tumbas aisladas existieron en el Paleolítico, pero los cementerios, «entendidos como zonas en las que se agrupa un número elevado de sepulturas, de varias docenas, incluso centenares», aparecen en el Mesolítico y su significado trasciende al mero hecho de sepulturar a los muertos, «es una plasmación —siempre según Pablo Arias—, a la vez simbólica y material, de la posesión del territorio por parte de un grupo».

### ¿UN MUNDO FELIZ?

La imagen de miseria, hambre e incertidumbre sobre lo que se podrá comer mañana no parece adaptarse a la realidad de las sociedades de cazadores-recolectores. La diversificación del menú indica que, salvo crisis, la alimentación estaría bastante asegurada. La mejor demostración es el aumento de la población y de la media de vida, que en esta época alcanzaría unos 35 años. Pablo Arias recurre a estudios antropológicos del último medio siglo sobre sociedades de este tipo radicadas en los lugares más apartados del planeta como la mejor comparación de lo que ocurriría en el Mesolítico. El resultado es fascinante: su dieta era bastante equilibrada, con aportación de calorías, proteínas y vitaminas que superarían con mucho los promedios actuales del Tercer Mundo e, incluso, las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud; el trabajo para procurarse el sustento, liviano: los bosquimanos laboran entre doce y diecinueve horas a la semana para llenar la despensa. Y, citando a los arqueólogos norteamericanos Hole y Flannery: «Ningún grupo en la Tierra dispone de más tiempo de ocio que los cazadores-recolectores, que lo emplean fundamentalmente en juegos, conversación y descanso». Y, aún más explícito, el antropólogo Sahlins los califica de sociedad opulenta «en la que se satisfacen con facilidad todas las necesidades materiales de sus componentes».

Para ser una sociedad rica en tiempo de ocio se mostró poco fértil en realizaciones artísticas. Sus ajuares, aunque variados, son más modestos que en la época anterior y sus realizaciones pictóricas, casi nulas, pues las fantásticas representaciones del arte levantino son de controvertida clasificación y algunos

autores las consideran neolíticas.

Al igual que los procesos de pastoreo, agricultura y sedentarización, los útiles mesolíticos se produjeron en momentos diversos, pero, en general, puede verse una especialización de los trabajos en piedra hacia la producción de microlitos que servirían como elementos cortantes de hoces y cuchillos o como puntas de flecha, arpones, azagayas, hachas, azuelas, picos —seguramente para arrancar lapas de las rocas—, cantos afilados para abrir ostras y almejas... Trabajos muy útiles y económicos, pero menos bellos y espectaculares que los de unos milenios antes. También disminuyen los trabajos en hueso, aunque se advierte en algunos de ellos, como los arpones, que están mejor estudiados para su eficaz uso, y, en el Próximo Oriente, se encuentran huesos tallados que representan animales con estilizada elegancia, a la vez que llevan incrustadas cortantes lascas de sílex para que sirvan como cuchillos y hoces. Y, en ese mismo ámbito mediorienta, aparecen pequeñas esculturas femeninas, que tanto podrían ser representaciones e invocaciones de la fertilidad como juguetes.

En esos milenios de extraordinarios cambios de todo orden se advierte un fenómeno antes desconocido: la lucha. Aunque ya en el Paleolítico se detectaban muertes violentas, en este momento aparecen señales inequívocas de confrontación. No se puede hablar todavía de guerra, pero las bandas mesolíticas se enfrentaron a muerte, quizá por una mujer, una ofensa, un animal, un territorio o cualquier otra causa imaginable.

Mientras se levantaba la gran presa de Assuán, que embalsa el curso del Nilo, algunas misiones internacionales ultimaron las prospecciones arqueológicas que tenían entre manos antes de que las aguas interrumpieran para siempre los trabajos. En esas postreras investigaciones del yacimiento de Sahaba, en el que hace 12 000 años habitaron cerca de un centenar de personas, se hallaron los enterramientos de dos generaciones, unas sesenta tumbas en total, en las cuales aparecieron los restos de veinticuatro cuerpos con evidencias de haber sufrido una muerte violenta: puntas de flecha o de azagaya clavadas en sus huesos o esparcidas dentro de sus cajas torácicas y en el lugar donde estuvieron sus vientres.

El exterminio violento de buena parte de esa población es un misterio, pero podría ayudarnos a comprenderlo la antropología contemporánea, en sus estudios de campo sobre sociedades que hace medio siglo vivían en un estadio de civilización no muy diferente al del Mesolítico. Gwynne Dyer, especialista británico en historia militar, escribía hace una década:

La guerra verdadera no existió antes del desarrollo de la civilización (...). Solo una generación atrás, los aborígenes walbiri de Australia todavía vivían en grupos pequeños en una economía cazadora-recolectora (...). Aunque todo hombre walbiri era un guerrero, su modo de combate no se parecía a lo que nosotros llamamos guerra. Muy pocas personas caían muertas; no había jefes, ni estrategias, ni tácticas; y solo el grupo con el mismo parentesco, afectado por el tema en cuestión —muy a menudo la venganza por una muerte, o un ritual ofensivo cometido por otro grupo y casi nunca por territorio— tomaría parte en la lucha.



Respecto a la guerra entre los walbiri, un estudio antropológico publicado en 1960 decía:

No había casi razones para las guerras entre comunidades. La esclavitud era desconocida, las mercaderías transportables eran pocas; el territorio obtenido en la victoria era casi un estorbo para los ganadores, cuyos lazos espirituales estaban en otros lugares.

En las ya mencionadas pinturas levantinas, probablemente de hace 5000 o 6000 años, hallamos las primeras representaciones que se conocen de enfrentamientos armados: grupos de arqueros se arrojan flechas y uno de ellos, alcanzado, se retira maltrecho (abrigo de Les Dogues, Castellón); un muy expresivo arquero camina herido por una flecha (cueva de la Saltadora, Castellón)... Hay, también, una ejecución en toda regla, en la que una línea de diez arqueros acaba de acribillar a flechazos a un personaje (el Cingle, Castellón). La interpretación es sumamente controvertida. Para algunos representarían meros simulacros, rituales o danzas; para otros, choques violentos. En cuanto a la ejecución, ¿se trata de un prisionero, de un malhechor, de un enemigo de la banda?

Las cuevas francesas de Cougnac y de Pech-Merle presentan figuras antropomorfas atravesadas por jabalinas o azagayas. ¿Se trata de ejecuciones o, quizá, de ceremonias mágicas que pretenden el exterminio de un enemigo? Nos movemos en las sombras. Puede que todavía no fuera la guerra, pero violencia sí había, y si no era un contencioso por tierras acaso pudiera serlo por ganado. ¿Había ya ladrones?

Una disputa clásica tuvo en su epicentro a la mujer: el rapto de la bella Helena, esposa del caudillo griego Menelao, por Paris, hijo del rey de Troya, puso en pie de guerra a todos los helenos. Y también otro acontecimiento mítico: el rapto de las mujeres del reino Sabino. Ocurrió cuando Rómulo, ante la escasez de mujeres que padecía Roma, resolvió invitar a los sabinos a un banquete y emborracharlos, mientras sus hombres asaltaban Sabina y raptaban a sus mujeres. El asunto, sin embargo, concluyó felizmente: cuando se aprestaban a la lucha, las sabinas se interpusieron entre ambos ejércitos y los apaciguaron, porque «mejor perecer que vivir sin unos u otros, viudas (si morían los romanos a los que ya consideraban sus esposos) o huérfanas (si morían sus padres sabinos)».

Y es que la mujer en ese pasado mesolítico era el bien más apreciado que tenía el hombre o la comunidad. Dice el historiador económico Attali, refiriéndose a la situación hace unos 12 000 años:

Cada grupo guarda celosamente a sus mujeres, que posee colectivamente (...) todo hombre soltero es un peligro, porque, en la búsqueda de mujeres, es el principal enemigo del grupo, aquel contra el que hay que defenderse.

El rapto de una mujer era, por tanto, un delito grave dentro de la banda y parece que tampoco se permitía robarla a otra comunidad, tanto para defender la identidad original como para evitar las represalias de los perjudicados.

La importancia de la mujer no solo radicaba en la maternidad, en la perpetuación del clan, sino también en que cumplía funciones esenciales:

... cuidan y educan a los hijos, cocinan, fabrican los vestidos, organizan la recolección (...). Por ello todo hombre de un clan no existe realmente si no es propietario de una mujer. El desprovisto de mujer es peligroso para el orden porque no puede alimentarse...

¿Cómo lograba un hombre hacerse con una mujer? Con gran dificultad, porque se las consideraba los objetos mobiliarios más valiosos, más que los animales domésticos o los alimentos. «Son tan valiosas que se las acumula y los grupos de hombres que las poseen se niegan a cederlas». Por tanto, su precio sería exorbitante, tanto que se las solía comprar a crédito.

El asunto debía de constituir un problema cotidiano de difícilísima solución. Por ello, andando el tiempo, se suprimieron algunos de los tabúes existentes, como la incorporación de mujeres de otros grupos. Así lo afirma Attali:

Más adelante el nomadismo conduce a encuentros globales y periódicos entre clanes y da paso a apropiaciones de mujeres extranjeras: la primera forma de exogamia sucede, sin duda, en el curso de celebraciones, que culminarían en el encuentro sexual colectivo entre dos clanes.

Refiriéndose a lo que sucedía entre los protoindoarios en tiempos más cercanos, hacia el 4000 b. p., es decir, aproximadamente en la misma época de las mencionadas representaciones levantinas, este autor comenta que, al margen de la compra de mujeres por los métodos establecidos, tal apropiación se realizaba con cierta frecuencia por la fuerza:

Casi por todas partes las jefaturas guerreras afirman la superioridad de los hombres y se apoderan de las mujeres de otros clanes, que se convierten en cosas, en bienes muebles, en objetos de tráfico y acumulación. Por eso, en sánscrito, la palabra *vivâha*, que significa «matrimonio», deriva de *vivah*, «raptar».

## ÉPOCA DE CAMBIOS

**H**ace medio siglo eran excepción los que cuestionaban que el Neolítico hubiera sido una auténtica revolución e, incluso, se aceptaban sin excesiva discusión las fechas en las que, según lugares, se encorsetaba, más o menos entre el 8000 y el 5000 b. p. (o 6000 y 3000 a. C., forma de datar que comenzaremos a utilizar a partir de ahora para fechas más recientes y precisas). Los descubrimientos del último cuarto de siglo han relativizado todo esto. Si la neolitización adoptó tal nombre por la «piedra nueva», es decir, la pulimentada, se han hallado útiles de este tipo que datan de hace más de 20 000 años. Pero aquello fue solo una nomenclatura y la investigación le fue proporcionando un contenido mucho más amplio y consistente, incluyendo en las características del Neolítico la sedentarización, la domesticación de los animales, la agricultura, el tejido. Hoy se sabe que algunos de esos fenómenos se dieron mucho antes del Neolítico; por ejemplo, el arte de tejer se conocía ya hace más de 30 000 años y hemos visto que hay pruebas de sedentarización, al menos temporal, con antigüedad parecida, que la domesticación de animales ocurrió hace 15 000 años como mínimo y que había animales domésticos y agricultura en el Próximo Oriente hace más de 10 000 años. Por tanto, prescindamos del debate y vayamos al estadio siguiente de la civilización que hemos dejado en el capítulo anterior, es decir, piedras pulimentadas, domesticación animal, agricultura, sedentarización y urbanismo, tejidos tal como hoy los conocemos y otras geniales creaciones, como la cerámica, el arado o la rueda.

### UN MOMENTO CREADOR

La producción de objetos se multiplicó durante el Neolítico, periodo en que se llegó a la organización del trabajo, a la especialización y al comercio de los productos que salían de las manos del artesano. La piedra pulimentada fue tan importante que ha dado nombre al periodo: su desarrollo permitió fabricar objetos con mayor solidez y corte más permanente que las antiguas piedras talladas, aunque perduraran los microlitos para hoces y cuchillos. Ventaja fundamental de la nueva técnica era la posibilidad de numerosos reafilados. El pulido de hachas, azadas y azuelas, tres instrumentos clave para la agricultura, la tala, el trabajo de la madera y la guerra, se lograba, tras un trabajo previo de tallado, a base de frotación sobre otra piedra de similar dureza o sobre arena mojada.

Surgió también un nuevo tipo de trabajo especializado: la minería. Al parecer, los mineros neolíticos buscaban sílex u otras piedras duras o semipreciosas, como las de Gavá, de donde extraían variscita, un fosfato de aluminio verde y de brillo opaco que

debía de ser muy estimado como adorno, cuyo comercio alcanzaba gran parte de la península Ibérica y el sur de Francia. No se trataba de gente escarbando en un agujero, sino de auténticos mineros que, con hachas, azadas, martillos, picos de cuerno y palancas de madera, excavaban profundos pozos y galerías, a veces de muchos metros, en busca de los materiales demandados. No era un trabajo menor: según Mohen, de las canteras al aire libre de Plussulien (Bretaña, Francia) y, luego, de las entrañas de la tierra se extrajo dolerita —hermoso y duro basalto verde moteado— suficiente como para fabricar y pulir más de cinco millones de hachas.

Un avance notable experimentó, asimismo, el tejido, que, como se ha visto, es muy anterior por lo que se refiere a ciertas fibras, como el lino o el esparto, aunque respecto a la lana constituye plenamente una técnica neolítica. Y, sobre todo, la cerámica, una de las bases del desarrollo neolítico. Inicialmente se elaboraba moldeando una torta de barro dentro de un recipiente, quizá de mimbre o de esparto. Luego se extraía del molde, se retocaba, se dejaba secar un tanto y se ponía a cocer en el horno. Otro sistema era el moldeado de tiras que se iban superponiendo a una base; se retocaban y soldaban bien al final y la vasija terminada se secaba antes de ir al horno.

Al principio, los hornos se hacían bajo tierra, aprovechando o erigiendo un montículo: en la base se construía el hogar, alimentado por un lateral que también servía de tiro; en la chimenea se realizaba un ensanche, una cámara, es decir, el horno propiamente, donde se colocaban las piezas de arcilla recién moldeadas, y la zona superior se cubría con lajas de piedra. Apenas se alcanzaban los seiscientos grados de temperatura, exigencia mínima para un aceptable cocido de la cerámica, y muchas piezas se agrietaban, pero las que superaban el trance del horno eran de buena calidad, aunque de color grisáceo, tanto por los humos como por la escasa temperatura de la cocción.

Estas piezas se utilizaban como pucheros para cocinar, vasijas para líquidos y alimentos, tinajas para conservar carnes envueltas en grasa, dolias para guardar granos, ánforas para aceite y vino, cántaros para servir el agua y el vino, vasos para beber, cuencos donde tomar la leche, cazuelas para disponer la comida familiar...

Tras el invento de la rueda, esa industria se perfeccionó: el artífice amasaba el barro, cogía una porción y la colocaba sobre una rueda: el torno. Mientras lo hacía girar, con sus dedos levantaba el material modelando formas redondeadas, progresivamente más perfectas, con paredes más finas y diseños más esbeltos. No tardó en aplicarles recursos embellecedores, incisiones, rayas horizontales o quebradas, alineaciones oblicuas, perfectos rayados paralelos y mil otros juegos estéticos utilizando conchas de moluscos; después descubrió la manera de proporcionarles color, con decoraciones geométricas, y, ya en tiempos muy posteriores, pintó figuras de personas y animales o, en la cumbre de la perfección, recreó escenas mitológicas o acontecimientos históricos.

Dentro de la mencionada especialización en el trabajo, algunos hombres se

dedicaron a construir ruedas, cuya utilidad suprema era el carro, fantástica aportación al transporte anterior al 5000 b. p. y, enseguida, símbolo de distinción y poder y, no mucho después, hacia el 4500, arma de guerra en Sumer. Al principio las ruedas eran toscas y pesadas piezas de madera maciza; luego se inventaron las ruedas de radios. Inicialmente tiraban de los carros parejas de bueyes, que se sustituyeron más tarde por hemiones, díscolos asnos salvajes de origen africano, hasta que hace unos 4000 años se logró adaptar el caballo. Todo ello requería un trabajo intenso de selección y doma de animales de tiro, imprescindibles, además, para roturar la tierra.

Entre los animales que aparecen en este momento histórico se encuentra el dromedario, poderosa bestia de carga, resistente y sobria. El caballo —aunque se haya fabulado con una domesticación anterior— no ofrece vestigios de doma, monta y tiro hasta esta época. Al parecer, los primeros jinetes —antecesores de los cosacos— se curtieron en las estepas del Don, en Ucrania, hace unos 6000 años, y el animal se introdujo en Asia Menor y el Creciente Fértil hacia el 4500 b. p. y en Grecia medio milenio más tarde.

Prodigiosa fue, también, la conversión del vacuno en el más útil y tranquilo animal doméstico. La periódica eliminación de los ejemplares más grandes y bravos y los cruces de los más mansos, gordos y lecheros fue dando lugar a la vaca tal como la conocemos: madre fecunda y excelente y generosa productora de leche, carne y pieles. Y ya hemos hablado del buey, extraordinario animal de tiro y de carne, que se produce a partir de la castración del toro.

En suma, en la cabaña neolítica más desarrollada se encontraban, dependiendo de zonas y climas, ovejas, cabras, cerdos, vacas, bueyes, aves de corral, burros y caballos. El ganado requería cuidados especiales, es decir, personal experto. Nacen nuevos oficios, como el de pastor y ganadero.

La agricultura experimentó avances importantes. En el pionero Próximo Oriente comenzó la selección de semillas y la incorporación de nuevas plantas a las tierras cultivadas: se aclimataron el trigo, la cebada, la avena y el centeno; dio inicio el cultivo del olivo y del sésamo, una oleaginosa que, además de proporcionar aceite, constituye la base para muchas salsas; aumentaron de tamaño guisantes, lentejas, habas y garbanzos; en los huertos crecían los pepinos y ciertos tipos de calabazas que, secas y vaciadas, proporcionaban excelentes envases para transportar líquidos, y, procedente del Cáucaso, llegó la vid. Comenzó, también entonces, el cultivo del lino, que en estado silvestre llevaba milenios utilizándose.

La sedentarización puso límites a la roza de las tierras, pero el agricultor la sustituyó ventajosamente cuando descubrió que el estiércol de los animales mantenía los terrenos en producción y, cuando no disponía de suficiente abono, advirtió que debía dar descanso a la tierra durante una cosecha. Pero como no podría vivir un año sin cosechar, estableció la rotación de los terrenos agrícolas: había puesto en marcha el barbecho.

Simultáneamente, evoluciona la técnica de sembrado: se descubre la siembra en

surco y nace el arado. Al principio es solo un palo curvo puntiagudo que raya la tierra una y otra vez hasta lograr cierta profundidad. Pronto se inventa algo mejor, un cuerno acoplado a un palo grueso: una persona tira del palo y otra procura que el cuerno se mantenga dentro de la tierra. Un trabajo durísimo, lento y de resultados pobres. Después se acoplan dos piezas de madera que trabajan en ángulo agudo: la delantera sirve de tiro; la trasera se hinca en la tierra y hace de timón para dirigir el artefacto. Este modelo y otros más o menos parecidos se emplean, incluso, para uncir una pareja de bueyes y lograr un arado bastante eficaz de la tierra, hasta que el descubrimiento de los metales propicia el invento de la reja, que logra surcos más profundos y uniformes, mejorando la calidad de la siembra y, en consecuencia, la producción.

El gran antropólogo español Julio Caro Baroja contaba una leyenda escita, pueblo que habitó las proximidades de los mares Negro y Caspio:

El cielo hizo caer sobre la tierra un arado y un yugo de oro, que no pudieron coger los dos hijos mayores del rey Targitao, pero sí el tercero, por lo que sus hermanos le cedieron la categoría real. El arado es apero de origen sagrado y relacionado con la realeza, aquí y allá. Su conexión con los cultos tributados a los bóvidos es clara, porque también el yugo para uncirlos es don del cielo.

La agricultura ya había dejado de ser una ocupación complementaria de las amas de casa para convertirse en una profesión, la de agricultor o labrador, que debía entender de semillas, abonos, roturación de la tierra, épocas de siembra, aunque al final toda la familia quedaría implicada en las diversas labores. Estaban naciendo el calendario y las fiestas, muy relacionadas con los ciclos productivos: fiestas de la sementera, de la siega, de la trilla y la vendimia. Todavía hoy la mayoría de las fiestas populares se celebran en septiembre y octubre, es decir, terminada la recolección de los cereales y la uva.

Y nació la guerra, mediante la que los menos favorecidos y más aguerridos depredaban las comunidades más prósperas; luego, en un estadio ligeramente posterior, los más belicosos y codiciosos atacaron y se apoderaron de los establecimientos ricos más indefensos. Eso suscitó la necesidad de defenderse: los poblados se rodearon de empalizadas, cada vez más fuertes, hasta alcanzar la categoría de muros y murallas, y crearon milicias armadas, adiestradas para repeler los asaltos de los merodeadores y de las comunidades vecinas más agresivas. Hasta que un jefe de estas tropas, cansado de ser yunque, se convirtió en martillo o, sencillamente, se envalentonó y de las milicias hizo ejércitos y se convirtió en conquistador, ya fuera bajo el título de caudillo, rey o tirano.

La guerra tuvo unas consecuencias socioeconómicas extraordinarias. Su preparación requería armas y defensas y suscitó una industria: había que fabricar arcos, flechas, hachas, ondas, jabalinas y lanzas en cantidades muy superiores a las empleadas en la caza y en la vida cotidiana; y para protegerse de similar panoplia del enemigo nacieron el escudo y el casco, al comienzo de piel o cuero. Todo ello

proporcionó trabajos suplementarios que requerían la dedicación intensiva de carpinteros, tallistas de piedras duras, curtidores y talabarteros.

La guerra, aparte de muertos, origina vencedores y vencidos. Aquellos se enriquecen con el botín, estos lo pierden todo, incluida la libertad: así habría nacido la esclavitud. En este primer estadio, al esclavo se le exigirían los trabajos más duros y menos deseados —semejantes a los de los libres—, se le explotaría sexualmente o se le destinaría a sacrificios rituales.

### UNA TIERRA PARA VIVIR Y PARA MORIR

La población total del mundo en la madurez del Neolítico —unos diez millones de seres según los demógrafos— estaba en muy diferentes estados de desarrollo. La sedentarizada, urbanizada, poseedora de animales y sembrados, dominadora de técnicas como la roturación de los campos, el tejido de fibras y lanas y la fabricación de cerámica, no sería más que una parte; el resto seguiría nomadeando y, en algunos casos, acechando a los más ricos para apoderarse de sus mujeres, rebaños, enseres y víveres almacenados.

La sedentarización, el afincamiento en una tierra, da lugar, asimismo, a la idea de identidad. De la tierra surgen las cosechas, los pastos que nutren a los animales; en la tierra se levantan las viviendas de los poblados y se entierra a los muertos; por la tierra se lucha y se muere. La tierra de la comunidad debe tener un nombre y una manera especial de hablar, una lengua. Según afirma Attali:

La manera en que los pueblos adquieren su nombre y su lengua sigue siendo uno de los grandes misterios de la historia (...). Constituye su identidad, lo define y hace de él un sujeto: no puede abandonarlo ni cambiarlo. Perder su nombre es perderse (...). En las primeras lenguas, las palabras *pueblo*, *patrimonio*, *propiedad*, *territorio* y *familia* están confundidas en una sola.

Si el territorio se pierde y pasa a propiedad del conquistador, este le da su nombre; el antiguo desaparece y con él sus habitantes, que pasan a ser esclavos o, si han escapado de esa condición, se convierten en apátridas, en extranjeros, en bárbaros, e incluso en impíos y en parientes de los malos espíritus. Y es que quien ha perdido su tierra y no la recupera ha dilapidado la herencia de sus antepasados, el lugar donde reposan sus huesos, que le maldecirán porque, según algunas creencias, eso les impedirá regresar, resucitar.

Por eso, la tierra hay que defenderla hasta la muerte y contra toda amenaza. Cuenta Heródoto, el gran historiador griego que vivió hace veinticinco siglos, que conoció a un pueblo afincado junto al golfo de Sirte, en la actual Libia, famoso por su habilidad con la flauta y por saber encantar serpientes: los psilos. Estos le contaron que, según la leyenda, habían estado a punto de desaparecer porque las lagunas que les proporcionaban agua y pesca fueron secadas por el viento del suroeste, por lo que declararon la guerra al viento. Los guerreros psilos salieron al desierto a combatirlo y

sucumbieron enterrados por la arena, pero, al parecer, atemorizaron al viento, que dejó de soplar, y la vida volvió a las lagunas.

Tras la idea de que la tierra debe defenderse aun a costa de la vida, porque esta de nada sirve sin aquella, subyace otra no menos importante: la posesión de la tierra requiere el esfuerzo para cultivarla, embellecerla, mejorarla. Y aún se puede hilar más fino: para muchos pueblos, la tierra es la madre de los hombres, por tanto se debe vivir de ella y sobre ella y ser enterrado en ella, es decir, volver al seno materno. En consecuencia, constituye una propiedad común, que el individuo disfruta sin derecho a vender ni a comprar. A comienzos del siglo XIX, un jefe «pies negros», tribu afincada entre Alberta (Canadá) y Montana (Estados Unidos), se negó a firmar una cesión territorial a los blancos: «Todo el tiempo que el sol brille y que el agua corra, esta tierra estará aquí para dar vida a los hombres y a los animales (...). Fue colocada aquí por el Gran Espíritu y nosotros no podemos venderla porque no nos pertenece», afirmó.

Además del sentimiento de vinculación a la tierra, se produce el de unión a una comunidad con la que se convive, se comparten intereses y trabajos, derechos y deberes. Para posibilitarlo, el uso fue creando unas normas de convivencia, cuya discusión requería un arbitraje y cuya alteración conllevaba un castigo. Nacieron así las autoridades para dirimir problemas, punir abusos, afrontar crisis, decidir qué cultivos deben realizarse y sobre qué extensión, reclutar, armar y adiestrar tropas para defender la ciudad, construir y reparar las murallas y, según muchos historiadores, fundamentalmente para organizar la captación de agua y su suministro a la comunidad y proveer el riego de los cultivos. El aprovechamiento de pozos, fuentes y riachuelos no podía dejarse a la iniciativa privada; si el agua era mucha, incluso podía rebasar el control de una aldea; si se trataba de un canal, se precisaría un esfuerzo muy amplio para abrirlo y luego para administrarlo, lo mismo que si había que levantar una presa o restaurarla... Estaban naciendo los trabajos públicos, que requerirían dirección, compensaciones para los trabajadores y dinero cuando este comenzó a circular.

La discusión a escala comunitaria sería, seguramente, el comienzo de la toma de decisiones; como el sistema se advertiría lento e ineficaz, se recurriría a asambleas donde estarían representados los jefes familiares, y si esto resultare multitudinario y poco resolutivo, se cerraría más el círculo del poder limitándolo al consejo de ancianos o de los más fuertes o de los más elocuentes o de los más ricos. Como *sir* Ronald Syme escribía en *La revolución romana*: «En todos los tiempos, sea cual fuere la fórmula de gobierno, ya sea monárquica, republicana o democrática, hay siempre detrás una oligarquía». Y con esa oligarquía como apoyo, en situaciones límite, se le entregaría el poder a una persona: ya tenemos rey, autoridades y, para arbitrar litigios, jueces.

Según afirma Attali:



Cuando las comunidades se constituyen en pueblos, las familias se reparten tierras y mujeres. Es imposible vivir allí sin ser campesino, guerrero o sacerdote. Cualquiera que no tenga derecho de propiedad sobre la tierra es excluido, condenado de hecho a muerte. Nadie tiene tierra si no tiene mujeres y recíprocamente. Los códigos de propiedad designan a los propietarios de cada cosa y definen las condiciones de ahorro de los excedentes permitiendo al grupo cultivar, guardar rebaños, defenderse, sacrificar a los dioses, en suma, durar.

Así pudo ocurrir muy al principio de la vida sedentaria y solo en algunos lugares. Hace 7000 u 8000 años los hombres que se dedican a todo ese muestrario de profesiones, progresivamente más especializadas, que se han ido viendo se ganan la vida con su oficio y, acaso, lo combinan con otro y, quizá, en su casa se reúnen los bienes acumulados gracias al trabajo en su profesión y a sus ocupaciones agrícola-ganaderas y a las de su familia. Para que se pueda vivir del trabajo es necesaria una economía de trueque de objetos o productos, cerámicas, piedras duras (obsidiana, sílex), cereales, aceite u objetos suntuarios (conchas preciosas, colmillos de jabalí, perlas) y entre lo que se compra y se vende está la tierra. Esa debía ser la realidad de las primeras ciudades importantes del Neolítico.

### **LAS MURALLAS DE JERICÓ**

En 1952, la arqueóloga británica Kathleen Kenyon comenzaría a excavar el yacimiento arqueológico de Tell es-Sultan, cerca de Jericó. Finalizada la guerra de 1948, el territorio palestino había quedado dividido entre Israel, que se apoderó de la mayor parte, y Jordania. Kenyon tuvo suerte de que Jericó quedara en territorio jordano, porque la autoridad israelí es particularmente celosa en cuestiones arqueológicas. En este periodo los investigadores judíos se lanzaron decididamente a la búsqueda de sus orígenes, encabezados por el general Yigal Yadin, uno de los artífices de la victoria; otro apasionado de las excavaciones era el general Dayan, que comenzaba entonces su brillante carrera militar y sus asaltos al patrimonio histórico de Palestina, bajo la premisa de que la arqueología consistía en remover tierras y apropiarse de lo que se encontrara.

Kathleen Kenyon llegó a una zona a medio excavar. Allí habían trabajado intermitentemente dos misiones británicas, una a finales del siglo XIX, otra entre 1930 y 1936, y en medio, en 1911, lo hicieron arqueólogos alemanes. ¿Qué la llevaba allí? Desde luego, no esperaba encontrar grandes tesoros en aquella tierra ya removida por trabajos anteriores no muy brillantes, sino el comienzo de la sedentarización. Halló una ciudad de hace casi 10 000 años, la más antigua que se conoce, compuesta por casas circulares edificadas con adobe, en cuyo centro se alza una torre de 10 metros de diámetro por 8,5 de altura y, protegiendo la población, una potente muralla de dos metros de grosor.

Al pie de la muralla hizo un hallazgo enigmático: siete cráneos revestidos de yeso y con conchas en las cuencas de los ojos. ¿Un sortilegio? ¿Un voto por la seguridad

del recinto? Jericó no conoció la cerámica: Kenyon, que dio por finalizados sus trabajos en 1956, solo halló de esa época fundacional recipientes de piedra, útiles cortantes de sílex tallados y pulimentados, figurillas de piedra o arcilla y manifestaciones de una economía agrícola-ganadera. Pero los trabajos arqueológicos aportaron un gran caudal informativo sobre las diversas poblaciones e invasiones que sacudieron el territorio y se superpusieron en la ocupación de la ciudad, llevando a término diecisiete reconstrucciones sucesivas de sus murallas.

Una de estas reconstrucciones pudo ser aquella que narra la Biblia: tras haber cruzado el desierto del Sinaí y el del Neguev, los israelíes, guiados por Moisés, llegaron a las tierras de la actual Jordania. Dios había dispuesto que Moisés no alcanzara la Tierra Prometida, pero le permitió verla desde el monte Nebo. Hoy el visitante también puede subir allí y contemplar en lontananza el curso casi seco del Jordán, la superficie deslumbrante bajo el sol del mar Muerto y, a unos veintidós kilómetros en línea recta, perdida entre la calima, la ciudad de Jericó. Falleció Moisés y a las órdenes de Josué alcanzaron los israelíes el Jordán, cuyas aguas se abrieron para dejarles paso. El prodigio se extendió rápidamente por todas las tierras de Canaán, sembrando el temor ante el poder que respaldaba a Israel, cuyas doce tribus se plantaron ante Jericó:

Tenía Jericó cerradas las puertas y bien echados sus cerrojos por miedo a los hijos de Israel y nadie salía ni entraba en ella. Yavé dijo a Josué: «Mira, he puesto en tus manos a Jericó, a su rey y a todos sus hombres de guerra. Marchad vosotros, todos los hombres de guerra, en torno a la ciudad, dando una vuelta en derredor suyo. Así haréis por seis días: siete sacerdotes llevarán delante del Arca siete trompetas resonantes. Al séptimo días daréis siete vueltas en derredor de la ciudad, yendo los sacerdotes tocando sus trompetas».

(...) Al día séptimo se levantaron con el alba y dieron del mismo modo siete vueltas en derredor de la ciudad. A la séptima, Josué dijo al pueblo: «Gritad, porque Yavé os entrega la ciudad» (...). Y cuando el pueblo se puso a gritar clamorosamente, las murallas de la ciudad se derrumbaron y cada uno subió a la ciudad frente a sí (...). Pasaron por el filo de la espada a hombres, mujeres, niños y viejos, bueyes, ovejas y asnos (...). Los hijos de Israel quemaron la ciudad con cuanto en ella había, salvo la plata, el oro y todos los objetos de bronce y de hierro, que pusieron en el tesoro de Yavé. (Josué, 6: 1-25).

Pero, seguramente, el yacimiento neolítico primitivo más espectacular de todo el Próximo Oriente sea la ciudad de Çatal Höyük, en la zona asiática de Turquía. Fue excavada hace cuarenta años por el británico James Mellaart, que fijó su extensión en unos 130 000 metros cuadrados y calculó que pudieron vivir en ella hace 9000 años varios millares de personas. Las casas son extraordinariamente curiosas: se trata de grandes rectángulos de hasta veinticinco metros de lado, edificados con adobe y madera y adosados unos a otros, dejando escaso espacio para plazas y calles. El acceso a estas viviendas era hartamente especial: una escalera exterior subía hasta la azotea, donde se abría la entrada y por donde se comunicaban las diferentes viviendas. Las casas estaban divididas en su interior: cocina con horno y despensa adosada, y habitaciones con repisas en las paredes y bancos para dormir.

Cada cuatro o cinco viviendas se disponía un habitáculo identificado como santuario por su especial decoración pictórica parietal: toros, escenas de caza, buitres,

volcanes, leopardos, altorrelieves de cabezas de toro modeladas en yeso con cuernos auténticos incrustados en la masa. La más famosa de las múltiples figuritas aparecidas en Çatal Höyük es una mujer dando a luz en un trono, en cuyos brazos están talladas sendas cabezas de leopardo. La pieza, modelada en arcilla, se supone una representación de la Gran Madre, una inequívoca invocación a la fecundidad.

A notable distancia temporal, el Neolítico pleno se desarrolla en Europa occidental entre los años 4000 y 3000 a. C. En la península Ibérica hubo un Neolítico evolucionado en Cataluña y la fachada marítima de Andalucía y un sorprendente arte rupestre en todo el litoral levantino, mientras en el territorio interior presentan restos notables Sevilla y poco más. En Cataluña abundan las «tumbas en fosa», en las que el cadáver se colocaba sentado, con las rodillas flexionadas y la cabeza casi sobre ellas, acompañado de un ajuar notable de útiles de piedra, hueso, cerámica y adornos. En Andalucía es característico el llamado «Neolítico de las cuevas con cerámica decorada». Se denomina así porque gran parte de los restos agrícolas, ganaderos y mobiliarios, útiles líticos, óseos o cerámicos, se encuentra en cuevas. Y es que en esta zona y en otras del Mediterráneo no habían sido abandonadas; es más, como recuerda Antonio Blanco Freijeiro, las cuevas, «tan importantes para el hombre paleolítico, no lo fueron menos para el neolítico».

La realidad es que gran parte de la humanidad neolítica debió de habitar donde pudo. El invierno de 1953-1954 fue rigurosísimo, tanto que el deshielo se retrasó mucho y descendió el nivel habitual del lago de Zúrich. Los habitantes de la ciudad comenzaron a ver, sorprendidos, cómo millares de palos surgían en la superficie conforme disminuía el agua y, al tiempo, fue quedando al descubierto una amplia superficie de las orillas, en cuyo limo aparecía todo tipo de restos y no precisamente modernos, dada la proverbial política de limpieza de Suiza. El mismo fenómeno se repitió en los diversos lagos austriacos, alemanes, franceses e italianos alimentados por el deshielo de los Alpes: estaban apareciendo los restos de los famosos poblados lacustres erigidos hace hasta 6000 años. No eran, como los imaginaron los ilustradores de algunas publicaciones, poblados palafíticos levantados sobre pilotes en medio del agua, sino construcciones erigidas en las orillas de los lagos, levantadas sobre postes con dos finalidades fundamentales: evitar las inundaciones cuando subía el nivel de las aguas y protegerse de los asaltos de los depredadores.

Estos poblados solían ser pequeños, entre doce y dieciocho casas como máximo. Sus pobladores clavaban cerca de la orilla millares de estacas que sobresalieran del agua lo suficiente para evitar las crecidas del lago. Sobre ellas se construía una plataforma de madera y, a partir de esta, las casas. A la plataforma se llegaba por un puente de madera que podía levantarse por la noche o en caso de peligro, y si el poblado se erigía sobre un islote, en piragua. Las casas, rectangulares y con cuarenta o cincuenta metros cuadrados de superficie, estaban provistas de bancadas laterales, que servían tanto para sentarse como para dormir, y disponían de un hogar central

emplazado sobre una plataforma de piedras recubiertas de una gruesa capa de arcilla, para evitar incendios. Elevadas un tanto sobre el nivel de la plataforma, disponían también de otras construcciones más pequeñas que servirían como almacenes de víveres.

Sus habitantes se ganaban la vida con la agricultura, practicada en las orillas del lago. En algunos poblados se han hallado alfares con restos de fabricación de cerámica. Su ganadería sería mínima, dada la escasez de pastizales; la caza tampoco abundaría; la pesca, sin embargo, constituiría su gran aporte de proteínas: pescaban con anzuelo, nasa y red, utilizando piraguas, y siempre tendrían artes dispuestas en la estructura del poblado para atrapar cuantos peces acudieran hasta él atraídos por los residuos. Pese a su evidente aislamiento, mantenían un mercado de trueque de cierto relieve, pues han aparecido piedras duras procedentes de canteras lejanas y, en un estadio posterior, objetos de cobre y bronce o, incluso, lingotes de metal que se trabajaban *in situ*.

Pero ¿cómo era una casa tipo neolítica de hace unos 7000 años? Dependiendo del lugar estaría edificada en adobe, piedra o madera, con techo de ramas, paja o cañas. Difícilmente excedían de los cincuenta o sesenta metros cuadrados de superficie, a veces, en una sola pieza, otras, en dos o tres. En el primer caso, todo se disponía en torno al hogar. En un lateral solía haber bancos de madera o adobe para sentarse o dormir, recubiertos de esparto tejido o de pieles. En el segundo, una de las piezas solía ser la cocina y otra, más pequeña, la despensa; la más grande hacía las veces de lugar de reunión, comida y descanso.

En una casa acomodada del Próximo Oriente, en vísperas de la aparición de los metales, vive una familia compuesta por dos ancianos, un matrimonio y cuatro hijos. En la cocina se observan varios pucheros de cerámica para preparar los alimentos; no muy lejos, una piedra cóncava sobre la que reposa un canto rodado, casi redondo, para moler los cereales; cerca, una serie de jarras con tapa, en las que se guarda la harina, el aceite, la leche, quizá el yogur; en una orza, densa grasa de cerdo con trozos de magro; en un cuenco, la sal; en una tinaja grande, el agua para cocinar y beber; junto a ella, un par de cántaros para ir a la fuente o al pozo a buscarla. En varias repisas se alinean cazuelas, cuencos y escudillas de barro cocido, jarrillos para beber, lámparas de aceite y varias cucharas, un par de cuchillos de madera con filos de sílex, trinchadores y espátulas de hueso y un hacha. Al lado, varios cestos de mimbre o esparto: uno tiene hierbas aromáticas; otro, hilos, cordeles y agujas.

En la pieza contigua, separada por una pesada cortina de esparto, se disponen todo tipo de cestos y vasijas, grandes dolias para los cereales y ánforas para el vino y el aceite: es la despensa, donde se guardan las provisiones de la familia, las aceitunas, la miel, la cerveza fermentada a partir de la cebada. En una repisa se amontonan varios quesos curados. Colgando del techo, trozos de carne y tocino ahumados y racimos de uvas pasas.

El suelo de la habitación grande está cubierto de esteras de esparto y, junto a las paredes, se alinean bancos o poyetes cubiertos de pieles. Colgados, se ven varios arcos y sus aljabas llenas de flechas, así como escudos, ondas y cascos de cuero. En un lado se amontonan varias pieles, que se utilizarán como abrigo, y dos o tres cestos grandes de mimbre en los que se guarda la sencilla ropa de la familia. Al lado, en un poyete bajo, una anciana carda lana con dos paletas de madera.

Y en una pequeña repisa, aislada del resto, se distinguen varias estatuillas de barro cocido que representan animales o personas y, quizá, hay una con una mujer de corte harto romboidal, con cabeza grande, anchos hombros, senos proporcionados (en algunos casos, con un bebé mamando), vientre estilizado, lo mismo que las caderas y las piernas, y sexo resaltado. Sin duda, una invocación a la maternidad y a la fecundidad. Los otros son idolillos, representaciones de dioses o, tal vez, exvotos. En suma, el altar familiar dedicado a una religión aún mal conocida sobre la que la arqueóloga y antropóloga británica Celia Topp, discípula del famoso Gordon Childe, me comentó en 1978:

Yo creo que desde las estelas, los ídolos de placa o las representaciones cerámicas nos contempla en sus numerosas advocaciones la Diosa Madre, cuyo culto hunde sus raíces en la lejanía del Paleolítico. Era celadora de los muertos, protectora de los vivos y personificación del matriarcado... La Diosa Madre obsesiona al artista megalítico y es piedra angular de sus esperanzas y temores y constituye el estímulo para que vuelque sus energías en la construcción de un sepulcro perdurable.

### **DÓLMENES, FE Y CUENTO**

En la fachada atlántica portuguesa, española y francesa, en Gran Bretaña, Irlanda e, incluso, en Dinamarca y países escandinavos se produjo durante el Neolítico, entre el 5000 y el 3000 a. C., un fenómeno extraordinario: el megalitismo. Se trata de ciclópeas construcciones compuestas por alineamientos de grandes piedras hincadas en el suelo (menhires), por círculos de piedras cubiertos por enormes losas (dólmenes, «mesas» en bretón), por círculos de piedras colocadas verticalmente en el suelo (cromlechs), por dos piedras en vertical y otra sobre ellas (trilitos), por una piedra vertical y otra cruzada encima, en forma de «T» (taulas), por edificaciones de planta cuadrada o rectangular y muros inclinados (navetas)...

El fenómeno megalítico fue tan intenso que existen en Europa cerca de 50 000 construcciones ciclópeas. En toda la cornisa cantábrica y, sobre todo, en Galicia son numerosísimas: en la provincia de Pontevedra, por ejemplo, están catalogadas 420. Y el asunto aún resulta más formidable si se considera, como escribía Blanco Freijeiro, que «esa ruda pero grandiosa arquitectura pétreo de Europa occidental y de la isla de Malta (allí en forma de templos) es la más antigua del mundo, más que las primeras construcciones en piedra de los sumerios y los egipcios».

Eso llevó en el siglo XIX y aún en el XX a hablar de una religión megalítica y a considerar sus manifestaciones como templos. Con menor seriedad se habló de ellas

como centros mágicos, altares sacrificiales, observatorios astronómicos, antros misteriosos donde magos y hechiceros practicaban sus artes secretas o donde los druidas hervían plantas misteriosas con las que elaborar sus pócimas prodigiosas...

La investigación corta las alas a la fantasía, pero abre expectativas no menos interesantes a la razón. El estudio y la excavación de estos megalitos ha mostrado que, aunque contemporáneos, pueden dividirse en dos tipos diferentes: unos, los dólmenes, son túmulos funerarios y en algunos de ellos se han hallado restos de enterramientos de hasta doscientas personas. Otros, las piedras ciclópeas, fijadas en el suelo, parecen tener un sentido preferentemente religioso. En estos últimos, según las investigaciones francesas de finales del pasado siglo, aparecen dos tipos de representaciones: en unos, femeninas, que evocarían la figura de la Diosa Madre o volverían sobre el tema de la fertilidad; en otros, masculinas, alusivas a la virilidad y la fuerza: hachas, arcos, cruces, cuernos...

A pesar de su abundancia, la mitad de estas primeras manifestaciones de la arquitectura en piedra ha desaparecido y buena parte del resto ha perdido su aspecto exterior original: los dólmenes estaban cubiertos de tierra, de modo que su apariencia era la de un túmulo, con una entrada abierta a un pasillo por el que se accedía a la cámara sepulcral. Algunas excavaciones han mostrado tal amontonamiento de restos humanos en esas cámaras que los últimos cadáveres tuvieron que ser depositados en los pasillos. Dólmenes que han conservado su cubierta y aún ofrecen al visitante su aspecto primitivo son, por ejemplo, los tres de Antequera (Málaga): El Romeral, Viera y La Menga, así llamado porque es fama que allí tuvo su refugio durante muchos años una leprosa llamada Dominga (Menga). Por cierto, que en esas tumbas antequeranas se halla la losa más grande que se conoce en estos monumentos: 180 toneladas de peso.

El que estos megalitos fueran erigidos para cubrir cámaras sepulcrales les confiere, asimismo, un sentido religioso, pues ya se ha dicho que los enterramientos, sus ceremonias, las ofrendas que se inhumaban junto a los muertos y sus ajuares estaban inspirados por una profunda fe en la existencia de una vida de ultratumba, en la que el difunto tendría sus necesidades. Eso explica los ajuares hallados en los que no habían sido saqueados por buscadores de joyas y metales preciosos, que, sin duda, no encontraron.

Cuentan que hubo en Galicia, a comienzos del siglo XVII, un cierto Vázquez de Orjas que obtuvo de Felipe III una franquicia para extraer de los «sepulcros galigrecos», como él los denominaba, los tesoros que allí se ocultaban. No se conoce que hallara nada de valor, pero sí que desató una ola de codicia que en el año 1606 abrió y expolió 3000 dólmenes.

En algunas de estas tumbas que han podido ser excavadas intactas se han encontrado útiles líticos, como hachas, azadas, azuelas, rejas de arado, cuchillos de sílex, microlitos y puntas de flecha, atractivos brazaletes obtenidos al recortar una gran concha marina, cuentas de calaíta, una piedra verde muy estimada en la época, y

otras piedrecitas de colores perforadas para formar collares o pulseras.

Entre las creencias de ultratumba que rodearon al difunto pudo darse en algunos casos la orientación solar, lo mismo que las mezquitas orientan sus mihrabs hacia a La Meca. Por ejemplo, el gran megalito de Newgrange, en el valle del Boyne, a cincuenta kilómetros de Dublín, está orientado de tal manera que en el solsticio de verano, es decir, el día 21 de junio, a las 9:54 horas penetra un rayo de sol por la puerta, iluminando todo el corredor y alcanzando la cámara sepulcral. El fenómeno, que dura veinte minutos, es uno de los atractivos del Boyne, donde existen otros conjuntos megalíticos.

¿Para qué servían? Arqueólogos y antropólogos dan explicaciones diferentes que podrían complementarse. Según unos, el fuerte incremento poblacional produjo una escasez de tierras, de modo que las comunidades más organizadas y poderosas colocaban estos megalitos en lugares bien visibles a la manera de mojones que indicaran tanto que aquel territorio tenía dueño, como que este era tan poderoso que podía poner en pie aquella formidable piedra. Otros suponen que su utilización como tumba colectiva vincularía en torno a ese monumento a todo un linaje, que quedaría protegido por los espíritus de sus difuntos contra ciertas asechanzas. También podrían constituir el aglutinante del hábitat disperso existente en las regiones donde se levantaron: campesinos y artesanos establecidos en regiones ricas se organizaban para acometer trabajos colectivos que podían requerir bastante tiempo, pero que, como era el caso, merecían la pena, pues aquel iba a ser su templo o el cementerio donde todos serían enterrados conforme fueran falleciendo. Una empresa comunitaria no muy diferente a la construcción de tantas iglesias rurales levantadas con el esfuerzo de sus vecinos, cuyas naves serían utilizadas durante siglos como lugar de enterramiento sagrado para toda la población de la parroquia. En suma, organización, cohesión social, vinculación a una tierra y a una comunidad.

Y la erección de estos megalitos sí que requería una fuerte organización y un denodado esfuerzo colectivo. No hacen falta las grúas de los extraterrestres para transportar las piedras y ponerlas en pie. Según cuenta el prehistoriador Pablo Arias:

... se han realizado con éxito numerosas experiencias que reproducen esos trabajos. Un grupo de doscientas personas consiguió mover un bloque de treinta y dos toneladas (una reproducción de la cubierta de un dolmen de Bougon, en el oeste de Francia), arrastrándolo sobre rodillos colocados encima de raíles de roble. Del mismo modo, en Inglaterra, un equipo de entre veinticuatro y treinta y dos personas desplazó unas copias de las piedras azules de Stonehenge (de tres toneladas de peso cada una), a una larga distancia.

Por lo que, además de las motivaciones ya enunciadas, podría hablarse, también, de que fueron símbolo de prestigio y poder de una comunidad.

Y hablando de Stonehenge, este espectacular monumento megalítico enclavado en la llanura de Salisbury (condado de Wilshire, Gran Bretaña) suscita el mayor debate sobre su finalidad. Gerald Hawkins, astrofísico norteamericano, aseguró hace medio siglo que se trataba de una construcción realizada para calcular la posición del

Sol y la Luna y sus cursos respectivos, con la que los expertos que trabajaban en su observación podían predecir eclipses, equinoccios y solsticios. Otros científicos han aventurado, incluso, que los círculos megalíticos de Stonehenge estarían en relación con las alineaciones de menhires de Carnac —donde hubo más de 4000 y aún se conservan cerca de 3000— y con otra construcción de Bretaña, el formidable menhir de Locmariaquer, el más grande que se conoce, con lo que se podría medir con gran precisión las estaciones, el curso solar y la duración del año... ¡Un autentico calendario! La demostración aún no se ha producido, pero la teoría da un asombroso juego turístico y esotérico.

La *vedette* del momento, sin embargo, está muy lejos de las islas Británicas y se llama Gobekli Tepe, un perdido lugar próximo a Urfa, al sureste de Turquía, a unos cincuenta kilómetros de la frontera con Siria, donde comenzó a trabajar en 1995 Klaus Schmidt, del Instituto Arqueológico Alemán.

¿Qué es lo que suscita tanto interés? Cuatro círculos de piedras de hasta treinta metros de diámetro, en cada uno de los cuales se yerguen dos monolitos, cruzados en su parte superior por otro, de modo que forman una «T» de unos cinco metros de altura, con un peso de entre siete y diez toneladas. Los constructores de estas estructuras ciclópeas tallaron relieves que representan leones, jabalíes, zorros, serpientes, escorpiones, aves..., probablemente los animales salvajes que pulularían por la región hace ¡11 000 años! Esto es lo verdaderamente fantástico: Gobekli Tepe es 4000 años más antiguo que los megalitos de Europa occidental y, por lo menos hasta ahora, «el templo más antiguo, el primer lugar santo construido por los humanos», según opina el arqueólogo alemán. Un lugar sagrado erigido, si la interpretación de los relieves es correcta, «por una sociedad de cazadores que trata de dominar sus miedos a este fantástico mundo de bestias desagradables, mediante la construcción de este complejo».

En opinión del equipo arqueológico, lo descubierto hasta ahora debe de ser un cinco por ciento de lo que existe en la zona arqueológica, que abarca unas diez hectáreas, y, según las calas efectuadas, los mencionados círculos podrían ser unos veinte en total. Aunque Schmidt sea sumamente prudente a la hora de aventurar conclusiones, supone que los constructores de este primitivísimo santuario no vivían en la zona, pues no se han hallado restos de sus chozas ni de sus enterramientos en las proximidades, mientras que los paleontólogos han encontrado y estudiado más de cien mil fragmentos óseos de animales, pertenecientes sobre todo a gacelas, pero también a jabalíes, ciervos y ovejas, que fueron matados, descuartizados y cocinados, lo que les lleva a concluir que los autores del santuario eran cazadores-recolectores, aunque quizá ya contaban con una incipiente cabaña de ovejas silvestres.

¿Cómo construyeron Gobekli Tepe? Schmidt aporta más información a las teorías sobre la construcción de los megalitos:

Se ha creído durante mucho tiempo que solo las sociedades que cultivaban y criaban ganado disponían de organización y excedentes para acometer estas obras; yo creo que fue al revés: el gran



esfuerzo y coordinación necesarios para erigir estos monolitos sentaron las bases para el desarrollo de las sociedades complejas. Se necesitan centenares de trabajadores para cortar, tallar, levantar y enterrar pilares de siete o más toneladas.

Gobekli Tepe suscita decenas de interrogantes, y entre ellos dos fundamentales: los restos óseos de animales ¿eran sacrificios a algún tipo de deidad o, simplemente, constituían la alimentación de los que levantaron ese complejo?; y, acaso, ¿cabe la posibilidad de que la población constructora viviera en una zona próxima aún no hallada? La solución, ya lo ha dicho Klaus Schmidt, llegará cuando hayan terminado los trabajos, en medio siglo. Paciencia.

### LA FRAGUA DE VULCANO

Vulcano (versión latina del griego Hefesto), hijo de Juno, tuvo unos principios aciagos. Nació feo, contrahecho y cojo, de modo que su madre, que lo había concebido sin el concurso de Júpiter para vengarse de alguna de sus infidelidades habituales, lo arrojó del Olimpo. Terminó cayendo al mar, donde lo recogieron dos divinidades marinas que, compasivas, lo criaron en una gruta submarina, dedicándolo al más rudo de los oficios: dominador del fuego, fundidor y herrero, en lo que se convirtió en maestro supremo.

Así, Vulcano trabajaba bajo tierra, donde obtenía los metales que fundía con el fuego de las profundidades, y con ellos forjaba los objetos más preciosos, como las armas de Aquiles, de Peleo y de Eneas, la coraza de Hércules, un sinfín de hermosos trípodes, perros de oro y plata, toros de bronce... Decidido a tener un lugar en las alturas junto con su parentela, regresó al Olimpo portando un hermoso presente, un cetro de oro para Júpiter. Aceptado, comenzaron pronto sus desdichas: se enamoró de Venus, que no perdía ocasión de ponerle los cuernos, mientras el muy infeliz, para ganársela, fabricaba para ella joyas que luego le regalaban sus diversos amantes. El colmo de su desgracia sucedió cuando intervino en una de las habituales trifulcas entre Juno y Júpiter, y como tomara partido por su madre, el jefe de los dioses lo arrojó nuevamente del Olimpo.

Su vida en las fraguas subterráneas, lejos de la viciada proximidad de sus parientes, era menos agitada, por lo que alcanzó en su arte cumbres insuperables, de manera que no había oro, plata o bronce bien labrado y anónimo en la antigüedad grecolatina que no le fuera atribuido.

Su culto se extendió por el Mediterráneo, por Asia Menor y el Próximo Oriente. Y es que la metalurgia, el fundido de los metales, los trabajos de orfebrería, la forja de armas, utensilios y objetos mobiliarios sería la gran industria de los siguientes milenios, la base de la grandeza de las primeras ciudades-Estado y del poder de los nuevos ejércitos. Las puntas de lanza, jabalina o flecha comenzaron a ser mucho más mortíferas y duraderas que las de piedra, al igual que las láminas batidas fueron un

eficaz revestimiento para escudos y cascos; nació la espada, clave en el combate cuerpo a cuerpo hasta la invención de las armas de fuego. Las rejas y pernos de bronce, las azadas, las hoces, las podaderas metálicas mejoraron la eficacia de los campesinos en los trabajos agrícolas. Y en el hogar, los pucheros, vasijas, vasos y platos de bronce empezaron a sustituir en parte a los de cerámica, gracias a su solidez y finura. El problema es que los metales eran caros.

El primer cobre utilizado está fechado hace unos 10 000 años, pero los pequeños objetos de esta antigüedad, agujas, punzones o ganchos, estaban fabricados con cobre nativo, es decir, cobre que en forma metálica aparece en reducidas cantidades en la naturaleza, que los herreros del Neolítico modelaron a martillazos. Del 9000 b. p. datan las primeras escorias conocidas, lo que denota procesos de fundición.

Se ignora cómo hallaban en aquella época las vetas de mineral, pero según el mito fueron los cíclopes los que iniciaron en el secreto a Ciniras, hijo de Agriopas, rey de Chipre, de donde vendría el nombre «cobre». En la isla hay vestigios de explotaciones antiquísimas y restos de algunos de los útiles empleados: azadas de piedra y picos de cuerno para excavar pozos y galerías; mazas para romper los bloques que contenían mineral y para reducirlos a menudos fragmentos que, lavados y escogidos, se introducían en hornos parecidos a los que se utilizaban para cocer la cerámica, aunque el mineral de cobre precisa temperaturas superiores a los 1000 °C para fundirse. Rastros de tales actividades se han hallado en todo el sur de Europa, desde los Balcanes a la península Ibérica (Riotinto), entre el 5000 y el 3000 a. C.

Otro misterio es la manera en que aquellos fundidores hallaron los principios de las aleaciones. Quizá por el método de error-aproximación-error hasta acertar. El caso es que a partir del cobre, añadiéndole estaño, un mineral bastante escaso, lograron el bronce, un metal de gran dureza, que ya se obtenía hace unos 6000 años en Asia Menor y Medio Oriente, aunque existen vestigios anteriores. Pero la generalización de su fundición y utilización en Europa y norte de África apenas cuenta 4000 años. Estos minerales, relativamente escasos —sobre todo el estaño, que en la Antigüedad solo era abundante en las islas Británicas—, promovieron un activo intercambio de materias primas y un tráfico de los apreciadísimos objetos manufacturados a los que dio lugar su metalurgia.

Quienes primero dominaron esta técnica se convirtieron en potencias hegemónicas, gracias a la superioridad de su armamento y al control de su comercio, muy relacionado con el nacimiento de las ciudades. Se consideran tales aquellas agrupaciones humanas que cumplían una serie de requisitos: vivir de la industria, el comercio y los servicios (religiosos, militares, administrativos) y disponer de planificación urbanística: servicios (alcantarillas, suministro de agua) y ordenación de los espacios públicos (calles, plazas, templos, palacios, edificios gubernamentales, militares, administrativos). Por el contrario, las poblaciones campesinas, al margen de su tamaño y número de habitantes, se distinguen por sus actividades agrícolas y ganaderas. Pronto se complementaron ciudades y poblados rurales: estos

proporcionaban los productos alimenticios y obtenían manufacturas de las ciudades, a las que, cada vez con mayor dependencia, quedarán vinculados por mercados, impuestos y factores políticos, defensivos o administrativos.

Las ciudades más antiguas se encuentran en Asia Menor, donde floreció hace ocho milenios Hacilar (Anatolia, Turquía), en el Creciente Fértil, donde la gran Uruk ya existía hace unos 6600 años, y en el Egipto predinástico, estas dos últimas áreas tan avanzadas que en ellas se inventó la escritura (3500-3300 a. C.).

El progreso en la generalidad de la Europa mediterránea y central se produce con un cierto retraso respecto a esas precoces culturas. La metalurgia compleja, el tejido de la lana, las hachas de guerra, la cerámica de gran calidad —vaso campaniforme y cordada—, la elaboración del vino y la destilación de alcoholes aparecen en esa área, salvo excepciones, entre el 4000 y el 2000 a. C.

Afortunadamente, contamos con el testimonio de Ötzi, un centroeuropeo de esta época. En 1991, un grupo de alpinistas alemanes descubrió restos humanos en los Alpes tiroleses, ya dentro de Italia. Inicialmente se pensó que podía tratarse de un alpinista muerto muchos años antes, pero el examen forense determinó que aquel cuerpo, aunque extraordinariamente bien conservado por haber estado sepultado en una tumba de hielo, pertenecía a un hombre prehistórico. Ötzi vivió hacia el 3200 a. C., contaba unos cuarenta años y pesaba no más de cincuenta kilos, pero era un tipo muy robusto, aunque ya de edad avanzada para su época. Su vestimenta y propiedades ilustran el estadio de desarrollo en que se encontraba: su ropa era de piel; su calzado, de cuero forrado con fibras vegetales; en una mochila de madera llevaba cuerdas y, probablemente, comida. Debía de ser un cazador, pues iba muy bien armado: arco, carcaj de madera con varias flechas, hacha de cobre y puñal de sílex enmangado en madera. Los contemporáneos de Ötzi comerían estupendamente bien, al menos según se desprende de la receta del estofado de buey para cuatro personas hallado en una excavación en Suiza y que data de hace 6000 años. Únicamente se ha modernizado la forma de contarlo:

Coger 150 gramos de tocino ahumado y cortarlo en lonchas finas, un rabo de ternera cortado en trozos, 500 gramos de carne de buey cortada en cuadraditos, 150 gramos de apio, 250 gramos de cebada pelada, 1,5 litros de caldo de buey, un ramo de acederas o de ajo silvestre, un ramito de tomillo y una cucharada de miel.

Derretir el tocino, dorar en la grasa los trozos de rabo de ternera y la carne de buey, luego el apio, añadir la cebada y dejarlo cocer un momento al fuego. Añadir el caldo y el ramito de tomillo. Dejarlo cocer despacio durante una hora y tres cuartos en una olla tapada. Añadir la acedera o el ajo silvestre y la miel. Dejarlo cocer un momento más con el puchero destapado. Probarlo.

La receta la proporciona un prehistoriador tan prestigioso y serio como J. P. Mohen, de modo que habrá que crearla, aunque resulte difícil. En esa sofisticada cocina faltaría un tipo de vasija que aún no se había inventado: un precioso vaso en forma de campana invertida, que, por ello, ha recibido el nombre de «vaso campaniforme». Comenzaron a fabricarse hace unos 4700 años —en algunas zonas aún se hacían un milenio más tarde— y aparecen asociados a dos fenómenos:

primero, a la extensión tardía del bronce, a partir de Europa central, desde donde se irradia hacia el norte, alcanzando las tierras bálticas, y hacia el sur, hasta los países mediterráneos, incluyendo la península Ibérica, lugar desde el cual, probablemente, viajó hasta las islas Británicas; segundo, a las tumbas individuales, cuya excavación ha proporcionado, precisamente, magníficas muestras de cerámica campaniforme y de objetos de bronce. Gordon Childe escribe:

El pueblo campaniforme aparece constituido por bandas armadas dedicadas al comercio de cobre, oro, ámbar, calaíta y substancias raras similares que, a menudo, se hallan en sus propias tumbas. Las bandas incluían metalúrgicos (...) y mujeres que en cuantas partes se detenían fabricaban los vasos característicos, prestando escrupulosa atención a detalles tradicionales de forma y ornamento (...). A veces se establecían en un lugar fijo, preferentemente en comarcas ricas o en las encrucijadas de caminos importantes. En ocasiones, lograban autoridad económica y política sobre comunidades sedentarias de diferentes culturas, formando grupos híbridos con estas e, incluso, incluyéndolas en ulteriores peregrinajes.

Hoy, esta teoría se enfrenta a la que supone que el campaniforme, más que una corriente, es una moda que surgió, con diferencias temporales, en numerosos lugares distintos gracias a la difusión de un comercio de objetos suntuarios integrado por las propias cerámicas y sus contenidos.

Sea como fuere, en las cerámicas campaniformes se advierten dos épocas y múltiples decoraciones, propias del estilo que se impuso en cada región. Pero en todo caso se trataba de vasos de lujo. Algunos arqueólogos suponen que serían los favoritos de las clases acomodadas para beber cerveza, y se utilizarían, también, para guardar la hidromiel, el licor de mayor graduación alcohólica —hasta dieciséis o diecisiete grados— de la época, o comerciar con él. Esta bebida se consumió en toda Europa incluso antes que el vino y se la calificaba de «néctar de dioses». Se prepara a base de miel y agua, fermentando la mezcla con algún tipo de levadura, y según los gustos de cada zona se le podían añadir hierbas aromáticas o ciertos frutos silvestres. La hidromiel fue una de las bebidas favoritas en las ceremonias y banquetes funerarios de la Antigüedad y, ya en época moderna, tuvo fama de ser la «bebida del amor». A las parejas de recién casados que deseaban tener un hijo varón se les recomendaba que tomaran un vaso diario durante la primera luna posterior a la boda: de ahí procede lo de «luna de miel».

Si la nueva cerámica aunaba calidad y belleza, lo propio ocurrió con los objetos de bronce: mejoraron de calidad y, eliminando impurezas, proporcionaron a las armas y utensilios mayor dureza, corte y solidez, y a las vasijas, mayor elegancia y tamaño, añadiendo decoraciones de elevada finura y expresividad artísticas. En el milenio siguiente, el bronce marginó casi por completo a la piedra y al cobre.

En esa mejoría de la calidad del metal intervinieron numerosos factores: hornos que trabajaban por encima de 1200 °C, merced al uso de carbón vegetal; la invención del fuelle, que mantenía las brasas incandescentes; mejores aleaciones, con proporciones cada vez mejor estudiadas de estaño (en la época, entre el 15% y el 20%), e innovaciones técnicas, como la cera perdida o el repujado.

La primera consistía en moldear en cera un objeto; endurecida esta, se introducía dentro de una masa de arcilla, con dos aperturas, superior e inferior. Cuando la arcilla estaba seca, se calentaba, de modo que la cera se derretía, saliendo por el orificio inferior. Seguidamente, se tapaba este agujero y por el superior se introducía el material fundido, hasta que se llenaba el molde. Una vez enfriado el metal, se rompía el contenedor de arcilla y quedaba el objeto deseado, cuyas imperfecciones se eliminaban con un trabajo de pulimentación.

El repujado consistía en golpear con un martillo o mazo una lámina de metal, adelgazándola mientras se le daba la forma deseada. El martilleado —batido en labores finas o con metales preciosos, como el oro— era imprescindible para hacer pucheros, calderos o grandes recipientes, como la fantástica cratera de Vix, posterior al momento que nos ocupa pero cuyo tamaño y magnífica hechura me obligan a citarla a propósito de calidades: fue construida en Grecia hace unos 2600 años, alcanza una altura de 1,64 metros, pesa 208 kilos y tiene una capacidad de 1200 litros. Se utilizaba para mezclar en ella vino y agua, añadiéndole hierbas aromáticas, y dar de beber a decenas, quizá centenas, de invitados a las fiestas del propietario. Apareció hace medio siglo en Vix (Francia), en la fastuosa tumba de una mujer riquísima a tenor de su ajuar, que incluía también numerosas joyas de oro macizo, vasos y copas de plata, bronce y cerámica ática.

Las mejores muestras del bronce de esta época proceden de las tumbas individuales que se pusieron de moda a partir del campaniforme, hace unos 4000 años, al socaire de la prosperidad conseguida por artífices y comerciantes del metal y la cerámica, quienes se permitieron suntuosos enterramientos en toda la fachada atlántica europea y las islas Británicas. Aunque pertenecientes a culturas diferentes, su tipología, a grandes rasgos, podría generalizarse: los más imponentes requirieron una gran excavación, de hasta treinta metros de lado y ocho de profundidad. El sepulcro era espacioso, realizado en piedra o madera, y solía estar encajado dentro de una potente construcción de piedra, techada a veces con paja, caña o ramas, y todo ello sepultado bajo una gruesa capa de tierra. Esta estructura permitió la perfecta conservación de muchos ajuares, entre los que se han hallado las armas que, seguramente, pertenecieron al muerto: espadas, hachas, puntas de flecha y lanza, puñales, cascos, escudos y corazas en los más modernos; también, vasijas de cerámica y bronce con víveres, ofrendas e, incluso, cerveza o hidromiel; y además, arquetas de madera con joyas, adornos y vasos de oro, piedras de colores y hasta trozos de ámbar.

Son especialmente interesantes algunas sepulturas halladas en el norte, por ejemplo, en la península de Jutlandia (Dinamarca), donde han aparecido numerosas inhumaciones en las que el difunto se hallaba dentro de un tronco ahuecado y en las que se han conservado, incluso, las vestimentas. En algunas de hace 3000-4000 años aparecieron mujeres vestidas con faldas de lana cortas o largas, jubones del mismo tejido, mocasines de cuero, gorros de lana o crin de caballo, pendientes de oro y

algunos brazaletes y adornos de bronce. Los hombres vestían capas de lana o piel, sujetas con fíbulas de cobre, bronce u oro; bajo ellas, túnicas de lana, ceñidas con cinturones de piel y sujeciones metálicas para las vainas de madera, en las que se hallaban espadas o puñales; calzaban sandalias de cuero y se tocaban con gorros de piel.

Progresivamente, en la mayor parte de Europa, desde el noreste español hasta el curso del Elba y desde la fachada atlántica hasta las actuales Bielorrusia y Ucrania, se fue imponiendo la costumbre de incinerar los cadáveres, lo que dio lugar a los «campos de urnas», así llamados porque las cenizas de los difuntos se depositaban en una vasija, que era enterrada en un agujero abierto en los cementerios organizados por las diversas comunidades. Excepcionalmente, también se han hallado urnas cinerarias en algunas tumbas con ajuar. Las excavaciones de los campos de urnas han proporcionado millares de vasijas en magnífico estado de conservación, y constituyen un amplísimo muestrario de la cerámica característica de cada zona y momento.

Todo este mundo, desde los minerales a las ideas, desde las armas a las técnicas, desde los objetos suntuarios a las costumbres, circuló entre el Creciente Fértil y los últimos confines de Europa occidental con relativa fluidez. Lentamente, se difundieron por los caminos de tierra firme y, más rápidamente, por los grandes cursos fluviales del Oder, el Danubio, el Elba, el Rin y el Ródano y, todavía con mayor premura, gracias a la activa navegación de cabotaje, por todo el Mediterráneo, el Báltico y el Atlántico, siguiendo la fachada continental. Dentro de los intercambios, además de los ya mencionados, tuvieron gran significación y volumen las rutas de la sal y las del ámbar. Esos productos eran transportados en naves que en el Mediterráneo tuvieron rápidamente gran desarrollo, habiéndose recuperado algunas que se fueron a pique con más de seis toneladas de lingotes de bronce y otras, como una gabarra encontrada en Huelva, con espadas y diversas manufacturas de bronce. En el Báltico y en el mar del Norte proliferaron en esta época embarcaciones menores, probablemente solo movidas a remo, con capacidad de transporte limitada, entre seis y diez personas o su equivalente en mercancías.

Y por todos esos caminos se difundió, también, la escritura, cambiando el ciclo histórico. Pero antes de pasar la página de la Prehistoria detengámonos en la península Ibérica, que en esta época desempeñó algunos papeles estelares en la forja de la humanidad.

### **RICOS EN METALES, MITOS Y LEYENDAS**

En 1977, durante la visita a la excavación de un yacimiento megalítico en Formentera, Jorge H. Fernández, director-conservador del Museo Arqueológico de Ibiza, me presentó a la ya mencionada Celia Topp, discípula y colaboradora de Gordon Childe. Pude convencerla para que escribiera un artículo para *Historia 16*

sobre Los Millares de Santa Fe de Mondújar, en Almería, de cuya importancia se había hecho eco toda la arqueología europea en las anteriores décadas y sobre el que Celia me dijo: «Su conocimiento es imprescindible si se quiere entender la prehistoria de la península Ibérica y de Europa hace cuatro o cinco mil años... Y es tan importante —aunque hoy esté todo abandonado— que se ha acuñado el nombre de Cultura de los Millares».

Situado sobre un promontorio sobre el río Andarax, a unos diecisiete kilómetros de Almería, Los Millares estuvo habitado durante más de mil años, aproximadamente entre el 3300 y el 2200 a. C. Sus habitantes, que en el momento álgido de su riqueza y poder superaron el millar, lo dotaron de tres líneas de murallas que suman 465 metros de longitud, con 4,20 metros de grosor en las zonas más protegidas y hasta siete metros de altura. La muralla incluye diecinueve potentes torres semicirculares, y a la vista, separados por unos doscientos metros, se alzaban trece fortines. En la parte superior se elevaba un recinto, especie de acrópolis, donde se ha supuesto que residiría el jefe o gerifalte; tenía 150 metros de perímetro amurallado, que protegía varias edificaciones, y contaba con un gran aljibe. Este es el sistema defensivo conocido más complejo e importante de su época en Europa occidental. ¿De quién se defendían? Se ha supuesto que de la rapacidad pirática de algunos comerciantes y cazadores de esclavos, incluso de la de los propios fenicios que comerciaban con ellos.

El poblado, protegido en buena parte por el río Andarax —entonces incluso navegable hasta ese enclave—, ocupa una zona dominante sobre el valle. Hoy, desde sus ruinas en parte reconstruidas, solo puede contemplarse un pedregoso secarral, pero hace 5000 años la zona era húmeda, fértil, y estaba cubierta de vegetación, propicia para la alimentación del ganado y la obtención de madera destinada a la construcción y los hornos de fundición y de cocción de la cerámica. No muy lejos se han descubierto extintas minas de cobre. En la zona más baja, extramuros, se hallaba el cementerio, compuesto por un centenar de sepulcros megalíticos colectivos. Según me aseguraba Celia Topp:

La importancia de Los Millares deriva de ser el único yacimiento de periodo tan temprano en el que aparecen juntos un poblado y un cementerio. Existen poblados importantes sin cementerio; tenemos cementerios importantes sin poblado y hay poblados con cementerios, pero mucho más modestos.

Los Millares fueron excavados por vez primera a finales del siglo XIX por el belga Luis Siret. Tras unos seis meses de trabajos y la apertura de unas cuarenta tumbas, se dio por concluida la campaña arqueológica, quedando el lugar abandonado, pero marcado para la codicia de los depredadores que imaginaron en aquellas tumbas grandes «tesoros de los moros». Montículo que advertían, montículo que cavaban hasta dejar la tumba a la intemperie. Los agentes meteorológicos colaboraron en el destrozo hasta que alguien dio la voz de alarma y en 1953 volvió al lugar un equipo de arqueólogos encabezados por Antonio Arribas, de la Universidad de Granada, y

del que formaba parte Celia Topp.

Pese a las depredaciones del tiempo y de los hombres, el cementerio, principal característica del yacimiento de Los Millares, aún mantenía su interés. Consta de unos cien túmulos o montículos, semejantes a volcanes apagados; cada tumba, con más de un hombre enterrado, algunas con restos esqueléticos de unos cincuenta y más individuos, y la número 40, con los esqueletos de unas cien personas (...). La mayor parte de estos enterramientos son inhumaciones aunque hay, también, incineraciones; en todas las tumbas se observan diversos objetos funerarios y cerámicas, bien vasijas enteras o fragmentos, hallazgos ilustrativos de la forma de vivir de los ocupantes de los sepulcros.

### ¿Qué significado tienen?

Para justificar la inexistencia de poblados junto a este tipo de cementerios se ha dicho que sus habitantes, al igual que los antiguos egipcios, prestaban mayor atención a las moradas de su eterno descanso que a las terrenas, argumento que no me parece descaminado si se compara el minucioso trabajo de estos fabulosos sepulcros con la descuidada estructura de sus viviendas, realizadas con frágiles materiales (...). Se ha pensado seriamente que estas cámaras colectivas son el testimonio fehaciente de una religión basada en el culto a los antepasados, a quienes se sepultaba en sólidos e impresionantes monumentos (...). No obstante, ignoramos si tan elaborados sepulcros se destinaban a proteger a los muertos de los vivos o a los vivos de los muertos.

La más llamativa de estas tumbas, catalogada por Arribas como número 1, está dentro del perímetro del poblado y fue reconstruida *in situ*. Se componía, como la generalidad, de atrio, corredor y cámara. El atrio o antesala desempeñaba un papel fundamental en la despedida del difunto, ceremonia en la que se presentaban ofrendas, por lo que en ellos han aparecido muchos fragmentos de vasijas rotas, parangonando su destrucción la existencia truncada de la persona que iba a ser enterrada; también se han encontrado cerámicas enteras con viáticos para el más allá, objetos preciosos para el muerto o amuletos para facilitarle el tránsito a la otra vida.

La entrada se realiza por una puerta angosta, casi circular, que obliga a inclinarse al que penetra en ella —¿un homenaje obligado a los allí enterrados?—. Sigue el corredor, que en esta tumba mide 6 metros de longitud por 1,20 de ancho, interrumpido dos veces por ortostatos de pizarra, con pasos similares en forma y medida a la entrada. En los laterales hay nichos donde también se practicaban enterramientos, quizá infantiles. La cámara sepulcral, perfectamente circular y con un diámetro de 3,45 metros, está revestida de lajas de pizarra talladas para su preciso ensamblaje. Sobre ella, el techo se cierra en forma de falsa cúpula, con piedras encajadas en hileras concéntricas y cerradas con una clave central, es decir, el sistema *tholos*, como, salvando la grandiosidad, el Tesoro de Atreo, en Micenas. Sobre el conjunto se amontonaban tierra y piedras.

¿Pero quiénes eran y cómo vivían los antiguos habitantes de Los Millares? Su origen aún se debate; según unos, eran gentes llegadas del Egeo; según la tendencia más actual, sencillamente se trataba de iberos. Se sabe que cultivaban trigo, cebada, habas y lino; que disponían de rebaños de cabras y ovejas y que trabajaban la metalurgia del oro, el cobre, el plomo y la plata —sobre todo esta, si se ha de creer al ingeniero Siret— según modestos métodos indígenas, utilizando hornos muy



limitados, no muy distintos a los que empleaban para cocer la cerámica. La metalurgia y las vasijas debieron de ser objeto de un intenso comercio. Según la opinión de Gordon Childe: «El comercio trajo a Los Millares marfil de hipopótamo y cáscaras de huevo de avestruz africano, así como turquesas, ámbar y azabache de desconocida procedencia». La señora Topp resume:

Podemos imaginarnos a estos pobladores como pertenecientes al tipo ibero, esbelto, ágil y grácil (...). Vestían prendas de lana adornadas con abalorios de muchas clases, aparte de botones, borlas, brazaletes y peines de marfil (...) y, muy probablemente, sandalias, según reflejan los modelos tallados en piedra (...). Sabemos que bebían y comían en vasijas de cerámica decorada con patrones mágicos de ciervos, estrellas y ojos estilizados (...). Respecto a sus creencias religiosas, la Diosa Madre era la entidad suprema, como en las restantes zonas megalíticas.

¿Cómo se gobernaba un centro de este género, que algunos han calificado de auténtica ciudad, con sus artesanos, su comercio, sus servicios y autoridades? Reflexionando sobre sus murallas, torreones y bastiones, Antonio Blanco llegaba a la determinación de su gobierno:

Su construcción y conservación exigían del hombre una aportación de esfuerzo que los romanos llamarían *munus*, equivalente a deber cívico, y de donde se derivan las palabras «municipe» y «municipio». Para dar este paso fue necesario, seguramente, que parte de las sociedades segmentadas que producían la primera arquitectura megalítica se transformasen en sociedades de jefatura, es decir, en clanes cónicos, con un jefe revestido de gran autoridad en la cima. La sociedad daba así un paso decisivo hacia el Estado jerarquizado, con su jefe y adláteres, sus administradores y soldados.

En la sociedad de gerifaltes, dentro de la jerarquía común, la posición del individuo depende de su nacimiento: los parientes más próximos del jefe, sus descendientes más directos por la línea masculina, se encuentran en la cima de la escala social. Cada uno de ellos desempeña el cargo de subjefe, al frente de uno de los grupos en que la sociedad suele dividirse. Y si se trata de un clan cónico, cada uno de estos grupos tiene a gala descender de uno de los hijos del fundador de la estirpe. Como es lógico, el gerifalte, revestido de gran prestigio, desempeña el papel de sumo sacerdote y ocupa el sitio de honor en las solemnidades de la comunidad, del mismo modo que asume el mando supremo del ejército en caso de guerra.

La economía se basa en los diezmos y donaciones que la jefatura recibe de cada agrupación o sector de su territorio y que ella distribuye según las necesidades del momento. El sistema permite la existencia de especialistas, como el metalúrgico, el carpintero, el ceramista y cualquier otro cuya actividad requiera una labor fuera del alcance de una familia común. La solidaridad orgánica de una sociedad así organizada permite una eficacia y una productividad que suelen dar lugar al progresivo aumento de la población.

Visité Los Millares en el otoño de 1977 y se me cayó el alma a los pies por el estado de incuria en que se hallaba. Nadie había escuchado el deseo del gran Gordon Childe, expresado en 1957, poco antes de su muerte: «Me alegro de que los españoles se dispongan a conservar antes que a reconstruir». Como no se conservó ha habido que reconstruir y, afortunadamente, todo ha cambiado respecto a la ruina que vi entonces. Hoy el conjunto está cercado, vigilado, y un centro de interpretación muestra lo que fue uno de los poblados europeos más importantes de su época.

A este momento prehistórico se remonta la leyenda de Gárgoris y Habis, una de las más antiguas referidas a la península Ibérica y, más concretamente, a la fabulosa

Tartessos, el legendario reino de Gerión y de Argantonio, que se desarrollaría en el sur, entre los ríos Tinto y Guadalete:

En las serranías de los tartesios, donde se dice que los titanes movieron guerra a los dioses, habitaban los curetes, cuyo antiquísimo rey Gárgoris fue el inventor del uso de la miel...

El monarca, avergonzado por el embarazo de su hija soltera, trató de ocultar la deshonra deshaciéndose del pequeño cuando naciera. Primero, lo dejó abandonado en el bosque, pero cuando decidió buscar el cadáver para cerciorarse de su muerte, descubrió que el niño estaba siendo amamantado por los animales y gozaba de buena salud. Ordenó a sus criados que lo dejaran en la senda de paso del ganado, esperando que este lo despedazara con sus pezuñas, pero los rebaños esquivaron su cuerpecito. Gárgoris exigió entonces que lo lanzaran a una jauría de perros famélicos para que lo devorase, pero los canes le cuidaron y calentaron con sus cuerpos. Repitió el intento, esta vez con cerdos hambrientos, y las cerdas lo amamantaron con sus crías. Finalmente, resolvió lanzarlo a la mar, para que ninguna bestia pudiera compadecerse del chico. En vano: las olas le devolvieron sano y salvo a la playa y, ¡oh prodigio!, a la playa llegó una cierva con sus ubres repletas de leche y lo amamantó porque estaba hambriento y, a continuación, juntos se perdieron en el bosque. Al palacio de Gárgoris llegaron años después noticias de la existencia de un mozo montaraz que corría como un gamo, saltaba como un corzo y era fuerte como un oso. El rey quiso conocerlo y sus criados tendieron trampas, en una de las cuales fue atrapado, indemne, porque la diosa Fortuna no había dejado de protegerle ni un solo día de su vida. Presentado a Gárgoris, este le reconoció como su nieto gracias a sus facciones, ciertas señales en su piel y su edad y, asombrado por los prodigios que le habían salvado y por su bella presencia y fortaleza, le designó heredero:

Cuando subió al trono fue tan gran rey que bien se vio que no en vano en tantas ocasiones había velado sobre él la protección de los dioses. Dio a su pueblo bárbaro leyes sabias; le enseñó a uncir los bueyes al arado y a arrojar al surco la semilla del trigo y le hizo abandonar la agreste alimentación que hasta entonces le había nutrido.

En esta leyenda, que ha llegado hasta nosotros gracias a la literatura latina, deben resaltarse varios elementos. Primero, la semejanza de la historia de Habis con otras muchas, entre ellas la de los míticos fundadores de Roma, Rómulo y Remo, criados por una loba. Segundo, los avances que se atribuyen a Gárgoris y a su nieto: cuando el narrador latino dice que inventó la miel, no se refiere a la recolección de la miel silvestre, consumida por la especie humana desde sus inicios, sino a la captación de enjambres de abejas y la creación de colmenas, es decir, la obtención doméstica de la miel. Y menciona, también, los progresos agrícolas: la yunta de bueyes tirando de un arado, el trigo en el surco... Antonio Tovar, el gran filólogo, veía en el nombre de Gárgoris una sospechosa semejanza con el vasco *garagar* («cebada») y con la palabra que muchas lenguas utilizan para denominar *grano*. Es decir, Gárgoris bien podría ser la personificación metafórica de los cereales. Tercero, el carácter de legislador. Ya no

se trataba de gobernar un pueblo o una pequeña ciudad, sino de reinar sobre una gran ciudad-Estado, señora de un gran territorio, o sobre una serie de ciudades, para lo cual se necesitaban leyes, como las que hace casi 4000 años entregó el gran rey de Babilonia, Hammurabi, a su pueblo. Al respecto, comenta Antonio Blanco:

Un sistema de este género debió de prevalecer en Andalucía, pues los reyes históricos que en ella conocieron cartagineses y romanos serán siempre reyes de tantas o cuantas ciudades. Así pudieron los antiguos considerar la monarquía como una institución urbana, característica de los pueblos del mediodía de la Península.

Lejos del mito, numerosos autores clásicos, como Avieno o Heródoto, se refirieron a Tartessos como un reino rico, cuyos jefes lucían adornos y joyas de oro y cuyas vasijas eran de oro o de plata. El caso no admitía duda: «En ninguna otra parte de la Tierra se ha encontrado hasta ahora tanto oro, plata, cobre o hierro», decía Estrabón, y Plinio el Viejo remachaba: «En casi toda su extensión abunda Hispania en yacimientos de plomo, hierro, plata, cobre y oro». Faltaba la evidencia arqueológica, pero la existencia de Tartessos era universalmente admitida. Hace un siglo el gran historiador Manuel Gómez Moreno, al que debemos el desciframiento de la escritura ibérica, anotaba:

Hubo un pueblo famoso al que incluso los griegos miraron con afecto, y del que se ponderaban los amenos y feraces campos, su nobleza y magnanimidad, opulencia y sabiduría, lo vetusto de su literatura con gramática, historia, poemas y leyes en verso, cuya edad reputaban de miles de años (...). Eran estos tartesios intrépidos navegantes que, arrojándose atrevidos al océano en veloces barcas, lo recorrían con frecuencia, ya para negociar en las islas Oestrímnides u Occidentales, ricas en estaño y plomo, ya desafiando los hielos del mar del Norte para invadir extensas comarcas hacia donde habitan los britanos y los germanos feroces de tez blanca...

El conflicto sobre Tartessos estalló cuando el famoso y tozudo historiador alemán Adolf Schulten publicó *Tartessos* —«un libro fantasioso, pero, por ello, muy sugerente y atractivo para los dados a la novela histórica», criticaba con estudiada finura Antonio Blanco—. En él aseguraba que había existido una ciudad-Estado llamada Tartessos, grande, rica y poderosa, que él estaba dispuesto a descubrir. Bien provisto de fondos alemanes, excavó obstinadamente en el Coto de Doñana entre 1923 y 1925, para obtener como todo beneficio los restos de una mísera aldea de pescadores. Schulten tardó en rendirse a la evidencia, pero, en 1945, con 75 años y ya sin fondos que le financiaran nuevas pesquisas, se olvidó de la mítica ciudad, conformándose con que Tartessos había sido un reino del que había numerosos vestigios escritos y ninguna constatación arqueológica, al menos que entonces se supiera.

Las cosas cambiaron repentinamente cuando, el verano de 1958, se acometieron obras en el cerro del Carambolo (Camas) para modernizar las vetustas instalaciones de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Sevilla. De pronto, la azada de un obrero chocó con un objeto metálico, un brazalete que en cuanto lo frotó contra su mono de trabajo dejó escapar destellos brillantes. No hubo que mover mucho más la tierra,

ahora cuidadosamente, para descubrir un puchero de barro... En total se encontraron dieciséis placas, dos brazaletes, dos pectorales y un collar, todo ello en purísimo oro de veinticuatro quilates. Con el impulso del magnífico tesoro proliferaron en todo el bajo Guadalquivir las prospecciones arqueológicas y a estas alturas se conocen una decena de yacimientos tartésicos y otros varios que se discute si son tartésicos o fenicios o si pertenecieron a ambos.

En la actualidad se acepta que existió un reino de Tartessos, que gozó de gran notoriedad entre los comerciantes del Mediterráneo en fecha tan temprana como el 2500 a. C., a causa de sus importantes yacimientos minerales. Según el académico y catedrático de Historia Antigua José María Blázquez, hay numerosos indicios de que desde Cádiz y la ría de Huelva se exportaban minerales de plata, estaño, cobre y oro, pero, más aún, lingotes metálicos y trabajos manufacturados en los talleres locales. A cambio se recibía aceite (el olivo aún estaba en proceso de adaptación y expansión en el sur peninsular), telas, ánforas de alabastro, cerámica de fina factura, perfumes, marfiles, huevos de avestruz o piedras semipreciosas.

La existencia de numerosos centros especializados en la obtención y procesado del oro y la plata, ya entonces los metales más deslumbrantes, indujo a calificar a Tartessos como «El Dorado de Occidente». No era una exageración: hace treinta años, en las minas de Riotinto, con procedimientos modernos pero en un yacimiento minero explotado durante milenios, se extrajeron 2500 kilos de oro y 25 000 kilos de plata, y hace dos milenios largos, en el curso de menos de veinte años, Roma extrajo de Hispania la friolera de 2065 kilos de oro y 114 234 kilos de plata, según cifras del historiador Tito Livio.

No extrañe, por tanto, la creación de la mítica figura de Argantonio, cuyo nombre, al parecer, significaba «el hombre de la plata». Cuenta la leyenda que nació en Cádiz, hacia el 2700 b. p., y que era un varón inteligente, valeroso, esforzado y de altas cualidades morales, al que sus conciudadanos entregaron el poder para que hiciera frente a los comerciantes fenicios, que no solo expoliaban las riquezas de la costa sur peninsular, sino que, además, remontando el entonces navegable Guadalquivir, realizaban profundas incursiones en lo que hoy es Andalucía, asaltando las aldeas. Se dice que Argantonio reunió una tropa y se retiró hacia el interior, aguardando a los depredadores en las zonas de sus correrías habituales. Allí los sorprendió y mató o capturó, regresando con sus naves a la costa. Al parecer, así los fenicios entraron en razón y llegaron a un entendimiento comercial con los tartesios.

La fantástica historia de Argantonio le convierte en un soberano pródigo y justo que vivió nada menos que 160 años, de los cuales reinó ochenta, disponiendo de tiempo para dotar al país de gran prosperidad y de una prudente legislación. Pero, para fantasías, aún es más maravillosa la historia del mítico Gerión, que vivió en una época en la que los dioses aún pululaban por la tierra. Según recoge el historiador Estrabón, Gerión era un gigante con tres cabezas, tres torsos, seis brazos y dos piernas como columnas, nacido en una caverna del alto Guadalquivir, es decir, hacia

Despeñaperros, donde existen yacimientos arqueológicos antiguos. Era rey, según la mitología, de una zona de islas y marismas del sur de la Península, donde tenía grandes rebaños de toros cuidados por el boyero Euriti3n, que contaba con la ayuda del feroz perro Ortos.

Quiso su mala estrella que en la lejana Tebas el semidi3s Hércules (Heracles) padeciera un ataque de locura y asesinara a su esposa e hijos. Como expiaci3n de su atroz crimen se le impusieron como penitencia los famosos doce trabajos, el d3cimo de los cuales consistía en matar a Geri3n y apoderarse de sus rebaños. Poco pudo hacer el gigante ante Hércules, que le aplast3 sus tres cabezas, una tras otra, con su formidable clava. Luego se dirigi3 a las zonas marismeñas donde pacían los toros, mat3 al boyero y al perro y se fue para casa arreando a las reses bravas. Debi3 de olvidar alguna, porque en las zonas de marismas e islas del Guadalquivir sigue habiendo ganaderías de toros bravos, uno de los cuales, *Islero*, mat3 a Manolete en Linares.

Una de las piezas extraídas de un templo hallado en ese yacimiento arqueol3gico hace pocos ańos fue un notable altar en forma de piel de toro que suscita el comentario del arque3logo Daniel Casado:

La piel de toro lleva instalada en nuestra memoria gen3tica m3s de dos mil ańos. Que la península Ibérica tiene forma de piel de b3vido ya lo intuyeron los primeros cart3grafos (y despu3s lo confirm3 el Meteosat) y el toro es parte de nosotros desde que el mito entr3 en la Historia.

Como este relato, que aquí cierra la Prehistoria, aunque ya hayamos realizado algunas incursiones en la 3poca de los documentos escritos.

**SEGUNDA PARTE**  
**ESCRIBIENDO LA HISTORIA**

## EN EL JARDÍN DEL EDÉN

**M**esopotamia, «país entre ríos», presentaba excepcionales condiciones para el desarrollo de las sociedades neolíticas: buen clima, agua abundante, tierras fértiles abonadas desde el comienzo de los tiempos por los aportes de Eúfrates y Tigris. En los herbazales próximos a las orillas pastaban todo tipo de animales de buena carne (bovinos, jabalíes, gacelas, antílopes, corzos, cabras, liebres), en sus corrientes abundaban hasta cincuenta especies de peces y en sus campos y marismas pululaban muchas familias de aves suculentas (perdices, gansos, ánades, ocas, flamencos, pelícanos). En la ubérrima tierra negra penetraba la reja del arado sin esfuerzo y la sementera devolvía el ciento por uno. Los palmerales ofrecían generosos racimos cargados de dulces dátiles. Por todo ello, desde la antigüedad bíblica, se pensaba que Dios había ubicado el Paraíso Terrenal entre el Tigris y el Eúfrates para que Adán y Eva pudieran vivir con holgura y sin cansancio y sacaran adelante la familia humana. Algunos entusiastas de la ubicación del Jardín del Edén en Mesopotamia recuerdan que, cuando Dios expulsó de él a nuestros primeros padres, situó en su entrada como centinela a un querubín con una espada de fuego: probablemente el origen de este relato sea una leyenda derivada del incendio de algún manantial natural de petróleo, que son frecuentes en la zona.

Lo cierto es que allí se fundaron numerosos poblados y ciudades que se hallan entre los más antiguos de la humanidad y florecieron durante más de 4000 años formidables civilizaciones e imperios. En la mitad sur, encajonadas entre la meseta irania y los desiertos árabes, durante un milenio prosperaron decenas de ciudades agrupadas en los reinos de Sumer y Akkad, que llegaron a formar un gran imperio.

Mientras Sumer y Akkad disfrutaban de su apogeo, más al norte progresaba Assur, que estuvo relacionada o dominada por sumerios y acadios hasta que estalló en toda su pujanza fundando el Imperio asirio, uno de los más grandes de la Antigüedad, que con diversos altibajos y crisis perduraría más de doce siglos. Paralelamente, en colaboración o en competencia, o dominándose una a otra, surgió, fantástica, Babilonia. Inmensa fama tuvieron su riqueza y la grandiosidad de sus realizaciones, que sus enemigos vieron como ostentación y libertinaje. Decía de ella el Apocalipsis:

La mujer estaba vestida de púrpura y grana y adornada de oro y piedras preciosas y perlas y tenía en su mano una copa de oro, llena de abominaciones y de las impurezas de su fornicación. Sobre su frente llevaba escrito un nombre: Misterio: Babilonia la grande, la madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra.

No sería tanta su corrupción, pero Israel odiaba Babilonia, donde el pueblo hebreo había sido deportado en masa y sufrido una larga etapa de cautividad.

La fama en las antiguas historias —antes de que la arqueología comprobara las

extraordinarias conquistas de todo orden logradas por aquellos pueblos— ya pregonaba los nombre de muchos de sus dirigentes: los de Sargón, Gudea, Salmanasar, Assurbanipal, Hammurabi, Nabucodonosor...

### **SUMER. REYES DE LEYENDA: GILGAMESH**

En Sumer, la riqueza era tanta y tantas las ciudades, tierras y poblaciones dominadas por sus reyes, que tuvieron que inventar la escritura para controlar la producción de sus fértiles campos y la multiplicación de sus rebaños, para estar al tanto de lo que ocurría en sus dominios, de lo que tenían almacenado, del orden en que debían consumirse las existencias acumuladas en silos y bodegas, de lo que se les debía, de los impuestos fijados a cada pueblo o ciudad. Gordon Childe lo expresaba con sencillez contundente: «Cuando una sociedad tiene más bienes que los que inmediatamente puede utilizar, necesita números». Y, también, palabras que fijen su sentido.

El escriba sumerio trabajaba con un estilete, una tira de caña afilada, de sección triangular, que hincaba ligeramente sobre una superficie de arcilla tierna, generalmente de forma cuadrada o rectangular, llamada tablilla. El efecto del estilete era una cuña, de modo que los investigadores la denominaron escritura cuneiforme. El escriba era un hábil especialista que manejaba más de 2000 signos cuneiformes — paulatinamente se fueron reduciendo a 500 o menos— que no representaban sonidos, sino palabras o cifras. Su trabajo inicial parece que consistía en llevar la contabilidad de la corona y de los templos, pero con el tiempo ampliaron su actuación, fijando los términos de tratados políticos o comerciales, reflejando la contabilidad de comerciantes y granjas importantes, testamentos, matrimonios y, finalmente, los datos históricos, hechos relevantes, listas reales, oraciones, himnos y relatos literarios, fundamentalmente de carácter épico, amoroso o elegíaco. Al pie de los documentos de tipo legal, el escriba anotaba el nombre del monarca reinante y, para mayor precisión, recordaba un hecho destacado que hubiera ocurrido aquel año.

El arte de la escritura se aprendía en escuelas denominadas «casas de las tablillas». Comenzaron a surgir hacia el 3000 a. C. y, en general, dependían de los templos. Su desciframiento, partiendo de trabajos anteriores, fue obra del orientalista británico Henry Rawlinson, en la segunda mitad del siglo XIX.

¿Cuándo comenzó la escritura? ¿Cuándo dejamos la Prehistoria para penetrar en la Historia? La fecha no se conoce con exactitud: paradójicamente, el primer escriba no dejó constancia escrita de la genialidad que se le había ocurrido. De hecho, no hubiera podido hacerlo, porque la escritura no comenzó repentinamente, sino que fue fruto de un largo proceso. De todas formas, puede decirse que la escritura, el fenómeno más importante de progreso humano después del lenguaje oral, comenzó a balbucear entre el 3500 y el 3300 a. C. en la gran ciudad de Uruk.



Pocos dudan de que fueron los sumerios los que comenzaron la historia de la humanidad y con escasas excepciones se les atribuye, también, la creación del primer sistema numérico, la fijación de un código de pesas y medidas, la contabilidad, la polea, la cerradura con llave, los sellos para indicar identidad o pertenencia, la escuela, un calendario lunar que regulaba fiestas y trabajos agrícolas, un número nada despreciable de recetas médicas... Según H. Thomas:

... en las escuelas de Mesopotamia se enseñaba la multiplicación, la división, las raíces cuadradas y cúbicas, el álgebra, la geometría y conocían hace 3700 años el teorema que nosotros atribuimos a Pitágoras (que vivió 1200 años más tarde)... habiendo logrado, de hecho, un nivel matemático que no se dio en ninguna otra parte hasta el Renacimiento.

Y aunque es seguro que desde tiempos remotos las diversas comunidades humanas vivieron de acuerdo con ciertas normas, no se conoce ninguna anterior a las que se aplicaron en Mesopotamia hace 4500 años. Leyes dictadas por los dioses, que los reyes hacían cumplir. Y no se habla de leyes sueltas, dispersas, «sino —en palabras de Federico Lara Peinado— de verdaderas colecciones a modo de códigos en los que usos y costumbres eran la base sustancial del Derecho». Hace cuatro milenios debía de haber avanzado mucho la laicización, de modo que los reyes comenzaron a promulgar leyes y, dos siglos después, llegó Hammurabi, rey de Babilonia y de las Cuatro Regiones, es decir, de Sumer y Akkad y de todo el orbe —según una fórmula utilizada por los monarcas de su dinastía—, y dictó un asombroso código de 282 artículos en los que se legislaba sobre todas las actividades humanas, adelantándose más de un milenio a los compendios legales que produjeron las grandes civilizaciones antiguas.

En Sumer, inventaron también una enciclopedia, repertorio de conocimientos clasificados en materias de botánica, zoología, mineralogía y química, en el que figuraban los avances obtenidos experimentalmente. Dice Lara —mi guía en el tránsito por esta deslumbrante cultura— que estas clasificaciones fueron efectuadas no solo para recordar experiencias y acumular conocimientos, «sino, sobre todo, para su control religioso, basado en el principio de que conocer el nombre de una cosa otorgaba ya el poder y el dominio sobre la misma».

Y eso que hace unos 5000 años padecieron el Diluvio Universal, «que lo niveló todo». Los especialistas aún debaten la naturaleza de ese diluvio, pero fuentes literarias e históricas no tan lejanas al trágico acontecimiento —que inspiraría otras versiones posteriores, entre las que la más famosa es la de la Biblia, protagonizada por Noé— aseguran que los dioses, irritados por la maldad de los hombres, decidieron exterminarlos. Pero uno de ellos, Enki, señor de la tierra, de las aguas dulces y de la sabiduría, que tenía mucho afecto al rey Ziusudra, de la ciudad de Shuruppak —una de las importantes de la baja Mesopotamia—, le advirtió en sueños de lo que estaba a punto de ocurrir y le aconsejó que construyera una nave, en la que debía embarcar con su familia y con plantas y animales de todo tipo y especie. Apenas Ziusudra terminó de cumplir las instrucciones divinas, comenzó a llover. Lo

hizo torrencialmente durante siete días y siete noches, de modo que el nivel de las aguas subió por encima de los árboles más altos, de las casas más elevadas y de las mayores prominencias del relieve —que, verdaderamente, son insignificantes— y convirtió en lodo toda vida. Cuando cesó la lluvia y el barco ya estaba posado sobre tierra firme, Ziusudra descendió de la nave y ofreció sacrificios de acción de gracias a los dioses, quienes, complacidos, le incluyeron entre los suyos.

Esta historia, sobre todo por ser muy anterior a la versión del diluvio bíblico y a otras que proliferaron desde antiguo por el Creciente Fértil, suscitó el interés de los investigadores, que buscaron los restos de la catástrofe en numerosos yacimientos arqueológicos de Mesopotamia, y hallaron en varios potentes capas de arcilla, de hasta cuatro metros de espesor, en niveles fechados entre 3300 a. C. (Kish) y 2900 a. C. (Shuruppak). ¿Qué pasó? ¿Tal vez un formidable desbordamiento de los ríos Éufrates y Tigris a causa de lluvias extraordinarias? Prescindamos de la elucubración. Lo ocurrido sucedió en diversos momentos y lugares y tuvo efectos catastróficos. Debieron de ser auténticos diluvios o formidables crecidas de los ríos, en las que muchos perecerían y todos se quedarían sin nada, porque una capa de cuatro metros de barro es suficiente para sepultar ciudades enteras, sobre todo si se calcula que las aguas hubieron de crecer más de siete u ocho metros sobre el nivel del suelo urbano.

Sabemos muchas cosas de los sumerios, pero apenas tenemos noticias de su origen. Ya enseñoreaban Mesopotamia hace 7000 años, pero ¿de dónde procedían? Acabamos de entrar en el llamado «problema sumerio», que mejor sería calificar de «enigma sumerio». Parece que pudieron proceder de una zona al norte del Cáucaso, entre los mares Negro y Caspio, pero hay otras teorías que les harían nacer en la India o en Persia. Sus primeras oleadas conquistaron el norte de Mesopotamia y, en sucesivas migraciones, fueron avanzando por las interminables llanuras balizadas por los cursos del Tigris y del Éufrates, hasta alcanzar el sur, la zona más fértil, ya junto al estuario de esos grandes ríos, en el golfo Pérsico. Allí fundaron ciudades como Eridú (casi 5000 a. C.), Uruk, Sippar, Shuruppak, que andando el tiempo dominaron el entorno, formando reinos que se pierden en la leyenda y de los que tenemos referencia gracias a los escritos sumerios posteriores, en los que predomina la fantasía heredada de una tradición rica, y a los hallazgos arqueológicos, a veces inducidos por los míticos relatos. Las dataciones históricas aseguran que esa época más primitiva, anterior al gran imperio de Sargón, se desarrolló entre 2800 y 2340 a. C., es decir, inmediatamente después de que «el diluvio lo nivelara todo».

Entendemos por Mesopotamia la gran llanura que constituye el actual Iraq. Geográficamente tendría una longitud de 1000 kilómetros por unos 250 de anchura, es decir, una superficie de unos 250 000 kilómetros cuadrados, aunque Sumer, en general, dominó áreas mucho menos extensas, salvo en los momentos de máxima expansión, con el imperio de Sargón, que la abarcó entera, además de una importante porción de Siria y el sur de Asia Menor.

La compleja y larga historia sumeria podría dividirse por el mencionado episodio

diluviano. Tras el diluvio, surgieron dos reinos sumerios, el de Sumer (dominador de la zona sur) y el de Akkad (dueño de la zona central), cuya trayectoria se cierra al cabo de unos seiscientos años, con la proclamación de un imperio unificador y conquistador. En esos seis siglos hubo cerca de cuatrocientos reyezuelos con dinastías en numerosas ciudades, como Kish, Uruk, Ur, Lagash, Mari, Akkad..., de cuya lista dispensaremos al lector. Pero nos detendremos en un personaje excepcional, Gilgamesh.

A Gilgamesh se le supuso personaje meramente legendario, hijo de la diosa Ninsun, que se encaprichó de un sacerdote de su templo en Uruk. Como no era hijo de rey, su madre se encargó de guiarle y encumbrarle hasta el poder. El *Poema de Gilgamesh* no se conserva completo, aunque los diversos fragmentos encontrados hacen suponer que tenemos lo sustancial de su epopeya, que es la más antigua que conocemos.

Instalado en el trono de Uruk, el orgulloso Gilgamesh se comportaba tiránicamente con sus súbditos, por lo que incurrió en la ira de los dioses, que decidieron darle un escarmiento lanzando contra él a Enkidu, un hombre salvaje creado por la diosa madre Aruru, que lo modeló a partir del barro antes de insuflarle la vida. Pero Enkidu no pudo con el encanto de Gilgamesh y se convirtió en su colaborador y amigo, y juntos acometieron grandes aventuras, como penetrar en el sagrado monte de los Cedros, custodiado por el terrible Huwawa, al que Enkidu cortó la cabeza en un rapto de furor.

Esta acción ocurriría en el Líbano, lugar mítico para los sumerios, que de allí recibían la madera más apreciada para sus templos y palacios. Otra de sus famosas aventuras comenzó cuando la diosa del amor y de la guerra, Ishtar (que en otras civilizaciones aparecerá como Istar o Astarté), prendada de su hermosura y valor, le declaró su pasión.

Ven, Gilgamesh, sé tú mi amante,  
¡concédeme el don de tu amor!  
¡Que seas mi esposo y yo tu esposa!

Tras el rechazo de Gilgamesh, clamó venganza la desairada diosa y con la ayuda de otras deidades creó el Toro Celeste y lo envió a Uruk para que ensartase con sus cuernos al monarca. Llegó sedienta la fiera y se dirigió al río, metió su morro y lo dejó seco; lanzó un resoplido y excavó un agujero tan grande que en él cayeron cien jóvenes de Uruk. Pero el toro tendría que vérselas con el salvaje Enkidu, que burló sus acometidas hasta que pudo atraparlo por la cornamenta y derribarlo, propiciando que Gilgamesh lo degollara con su espada.

En una de estas aventuras, Enkidu quedó atrapado en el infierno, de donde logró sacarle la intercesión de Gilgamesh ante el todopoderoso dios Enki. Finalmente, en uno de los tremendos lances, murió Enkidu, aunque su espíritu pudo comunicarle al héroe la triste condición de los que se hallan en el inframundo. Ante aquella

revelación, Gilgamesh pensó que le convendría librarse de la muerte y decidió buscar la planta de la inmortalidad. Recurrió a su antepasado Utnapishtim (equivalente en Uruk al rey Ziusudra) para que le orientara. Utnapishtim le complació y, además, le contó cómo el dios le había salvado del diluvio:

¡... Derriba esta casa, construye una nave,  
renuncia a las posesiones y preocúpate de la vida!  
¡Despégate de los bienes y salva tu vida!  
Coloca en la nave la simiente de todos los vivientes...

Al cabo de siete días (*siete*, antiguamente en Oriente, significaba «muchos»), con la ayuda de sus conciudadanos, a los que dijo que debería partir hacia lo Profundo (el mar), construyó una nave cuadrada con unos sesenta metros de lado y seis cubiertas. Para conocer las producciones mesopotámicas de la época es interesante detenerse en la construcción y cargamento de la nave: la hicieron de madera, impermeabilizándola con brea, betún y asfalto; los víveres acumulados consistían en carne de carnero y de cordero, trigo, aceite, vino tinto y vino blanco; Utnapishtim también estibó en ella cuanto oro y plata poseía; luego subió a toda su parentela, artesanos y bateleros, a sus animales domésticos y «los animales y las bestias del campo»... Después, avisado por el cielo y ante la inminencia del temporal, clavó las entradas de la nave.

Durante seis días y seis noches sopló el viento del diluvio,  
mientras la tormenta del sur barrió la tierra.  
(Lara Peinado, *Mitos sumerios y acadios*).

Pero retomemos el relato de Gilgamesh, quien, siguiendo las indicaciones de Utnapishtim —que había sido deificado tras la catástrofe—, viajó hasta el último confín del mundo y, tras salvar innumerables pruebas y peligros, logró hacerse con la codiciada planta de la eterna juventud antes de que una demonio-serpiente se la robara. Este asunto, por cierto, recuerda mucho a la serpiente del Paraíso Terrenal que con su engaño robó la inmortalidad a Adán, Eva y sus descendientes.

Gilgamesh se acordó entonces con añoranza de su reino y regresó convencido de que la felicidad se halla en la sabiduría y que esta se encuentra en la tierra. Desde entonces, lejos de su antiguo despotismo, se portó como un padre sabio y justo para su pueblo y fue deificado tras un reinado de 126 años (¡!).

Como hemos indicado, el *Poema* hizo pensar que se trataba de una figura mitológica, pero la arqueología ha demostrado que fue el quinto rey de la I dinastía de Uruk, y que, aparte de la imposible duración de su reinado, vivió hacia el año 2650 a. C., y se tienen por ciertas sus grandes realizaciones de toda índole: fue constructor de canales, de la gran muralla de la ciudad, que contaba con el refuerzo de novecientas torres semicirculares, y del gran templo de Enlil en la ciudad de Nippur.

## CANALES, MURALLAS Y TEMPLOS

Las tres realizaciones que se atribuyen a Gilgamesh señalan otras tantas actividades fundamentales para los sumerios, cuyas ocupaciones características eran las agrícola-ganaderas, el comercio, la guerra y la religión. Los canales servían para ampliar el labrantío, para drenar las fértiles tierras del sur, saturadas de agua, y permitir su cultivo, para almacenar el agua en grandes depósitos que utilizarían en épocas de estiaje, para abastecer poblaciones distantes de los cursos fluviales y, finalmente, para extender la red navegable de vías de agua, que facilitaba el tráfico de mercancías. Los feraces campos de Sumer, que en su mayor parte pertenecían al templo, a la corona o a la nobleza, producían cereales (cebada, trigo y espelta) con alto rendimiento y su horticultura era variada y muy productiva: leguminosas (guisantes, alubias, habas, lentejas, garbanzos, almortas), todo tipo de hortalizas (nabos, rábanos, cebollas, puerros, ajos, zanahorias, calabazas, pepinos, pepinillos, lechugas), múltiples plantas aromáticas y condimentos (azafrán, tomillo, comino, menta, salvia, artemisia), oleaginosas (sésamo y lino, que, además, producían harina y fibras textiles), frutas (dátiles, higos, uvas, manzanas, granadas, nísperos).

Una tablilla, conocida como el *Almanaque del agricultor*, contiene las instrucciones que un hacendado de hace 3700 años dejó a su hijo para que fuera un buen labrador. Gracias a ella conocemos el desarrollo de los trabajos campesinos, no tan distintos a como eran hace tres siglos en nuestros campos. Las tierras se roturaban con arados de madera dotados de reja de cobre o bronce arrastrados por bueyes, onagros o asnos. Los terrones que levantaba el arado se trituraban con mazas y la tierra se limpiaba de restos vegetales y piedras a base de sucesivos rastrillos. Preparado el campo, la siembra del cereal, tras abrir los surcos con arado, se efectuaba a voleo o mediante una tolva adaptada al propio arado.

El cereal se cosechaba mediante segadores, que manejaban hoces (al principio, hoces de madera, dotadas de cortantes cuclillas de sílex, y, andando el tiempo, de metal, enmangado en madera o asta); tras ellos trabajaban los gavilladores, a quienes seguían los encargados de trasladar las gavillas, mediante acémilas o carros, hasta la era, donde el grano se separaba de la paja mediante trillos semejantes a los empleados en nuestros campos hasta hace medio siglo: planchas de madera dentadas con centenares de hojas de pedernal, que eran arrastradas por animales de tiro o, si se carecía de ellos, por los propios labradores. El grano se ensilaba y la paja se guardaba también, pues era de suma utilidad para alimentar a los animales, fabricar adobes o encender el fuego.

Para los trabajos hortícolas, la herramienta más empleada era la azada, en esta época habitualmente de cobre o bronce, aparte de las podaderas, que tuvieron similar evolución, los bioldos y rastrillos, de madera o de madera y asta.

La cabaña y el corral sumerios fueron prósperos y variados. Como animales de tiro dispusieron de asnos, onagros, bueyes y vacas; para carne, leche, pieles y lana tuvieron vacas, ovejas y cerdos. En sus corrales abundaban gallinas, ocas, pavos y gansos; eran muy típicos los palomares, y la carne de paloma fue muy apreciada. En

la mesa sumeria, incluso en la más modesta, no solían faltar los huevos.

Uno de los múltiples reyes sumerios, según cita Lara Peinado, disponía de una granja fantástica para surtir a palacio y a cinco grandes templos tanto de carne como de animales para los sacrificios. Según las tablillas de su contabilidad, en un solo mes suministró 22 000 ovejas y 1000 vacas a los centros adscritos.

Gracias a sus ríos y a la breve costa del golfo Pérsico, en Sumer abundaba el pescado, más de agua dulce que de salada, pero en la costa también debió de ser muy abundante la pesca gracias a la gran cantidad de nutrientes que depositaban Eúfrates y Tigris.

La caza, en general, había dejado de ser ya una fuente de alimentación, aunque aún proporcionara cabras, gacelas, antílopes, bisontes y jabalíes, sobre todo a la mesa de los poderosos. No parece, sin embargo, que los sumerios fuesen especialmente aficionados a la caza, de modo que, al parecer, las fieras (leones, lobos, zorros, hienas) eran perseguidas y cobradas para evitar sus estragos. Presas más asequibles para los campesinos fueron algunas aves magníficas, a las que acechaban con redes o trampas e infinita paciencia: perdices, codornices, garzas, avestruces...

Gracias a su situación epicéntrica de tierras avanzadas y ricas, a sus ríos navegables, a sus canales, a su salida al golfo Pérsico y a las rutas caravaneras, los sumerios se hallaban en condiciones excelentes para comerciar. Existía intercambio de alimentos y objetos con el Próximo Oriente, el Mediterráneo, Asia Menor, la meseta iraní, India y Arabia. Exportaban cereales, frutas y algunos productos hortícolas, caña, pescado seco, animales domésticos, pieles, lana y lino en bruto o convertidos en manufacturas (bolsas, pellejos, correas, tejidos, alfombras). Importaban metales (oro, plata, plomo, estaño y cobre), que se convertían en armas, utensilios, joyas o manufacturas susceptibles, a su vez, de ser exportadas; maderas de todo tipo para construir muebles o las puertas de sus templos y palacios; piedra para erigir edificios emblemáticos o esculpir algunas estatuas y piedras semipreciosas para decoración o adornos personales (malaquita, turquesas, ágatas, topacios, lapislázuli); arcillas especiales y yeso para modelar o decorar; betún, perfumes, incienso... Gran parte de esta intensa actividad comercial fue monopolizada por la corona y los templos.

La guerra debió de ser actividad y tragedia habitual entre los sumerios, cuyos frecuentes cambios dinásticos, seguramente, se produjeron de manera violenta, al punto de que algunos especialistas hablan de estos reyes como de «monarquías militares». Sin embargo, no parece que existieran, por lo menos hasta la época sargónida, ejércitos fijos; se trataba, probablemente, de milicias ciudadanas poco numerosas, integradas como máximo por unos pocos centenares de soldados con instrucción mediana para manejar lanza, hacha y jabalina y carros de guerra; estos últimos son una creación sumeria, aunque resultaban todavía poco operativos por su lentitud y escasa maniobrabilidad y porque en esta época no era frecuente que fueran utilizados por arqueros. Existía también la espada, que sería el arma favorita de la

nobleza.

Es decir, que el ejército sumerio se componía, básicamente, de tropas de infantería, que utilizaban para su protección cascos de cuero o bronce, una loriga de piel o lana gruesa tachonada de discos metálicos y un escudo de madera o cuero, reforzado por un umbo central de cobre o bronce. Esta tropa de choque sería apoyada por auxiliares que manejaban hondas o mazas, con el papel, respectivamente, de castigar a distancia al enemigo o exterminar a los heridos que hubieran ido quedando tirados en el campo de batalla.

Las ciudades se defendían gracias a sus murallas, arrojando sobre los atacantes flechas —parece que los arqueros sí tenía un papel disparando desde posiciones fijas y dominantes, como muros y torres—, jabalinas, piedras, líquidos en ebullición, y rechazando asaltos con lanzas y picas.

La religión fue uno de los ejes capitales de la vida. Agricultores y ganaderos fueron formando un panteón en consonancia con sus necesidades y temores: dioses-diosas de la fecundidad (Aruru, Nintu), del agua (Enki y luego Ea), del cielo (An), de la tierra (Ki o Urash), del aire, de la atmósfera (Enlil). A partir de estas y otras deidades básicas, el panteón sumerio se fue enriqueciendo con las aportaciones específicas de cada una de sus ciudades: dioses del llano, de la montaña, de los ríos, de los canales, del viento, de la lluvia, del rayo, del trueno, de la luz, de la noche, de los astros, del firmamento, de los agricultores, de los ganaderos, de los campos, de los rebaños, de los orfebres, de los ladrilleros, de los artistas, de los albañiles... y así hasta 3600, según una referencia sumeria.

Los dioses vivían en la Montaña Cósmica, situada a oriente (la salida del sol tenía mucho que ver en esa elección), y, lo mismo que se les representaba de manera antropomorfa, se les atribuían sentimientos, pasiones, virtudes y defectos propios de los humanos. Cuando, por necesidad o placer, los dioses visitaban la tierra, se alojaban en la cámara sagrada de un templo que les estuviera dedicado. En consecuencia, este pueblo piadoso y rico se esmeró en preparar lo mejor que pudo las moradas de sus dioses y proliferaron los templos, cuya calidad arquitectónica debió de ser notable, aunque no nos hayan quedado muestras visibles porque se construían en adobe.

### **EL COPERERO REAL: SARGÓN**

Yo soy Sargón, el poderoso rey, el rey de Agadé,  
mi madre fue una alta sacerdotisa, a mi padre no conocí.  
Los hermanos de mi padre amaban las colinas.  
Mi ciudad (natal) es Asupiranu, situada en las orillas del Eúfrates.  
Mi madre, alta sacerdotisa, me concibió (y) en secreto me dio a luz.  
Me puso en una canasta de juncos, sellando con pez la abertura.  
Me lanzó al río, que no se levantó (sobre) mí.  
El río me llevó a Akki, el aguador.

Akki, el aguador, me sacó cuando hundía su pozal en el río.  
Akki, el aguador, me tomó por hijo suyo (y) me crió.  
Akki, el aguador, me nombró su jardinero.  
Mientras era jardinero, Ishtar me concedió (su) amor.

Así comienza la leyenda del creador del Imperio acadio, Sargón I, cuyas estrechas relaciones con dos diosas encubren un golpe de Estado, quizá un magnicidio. El caso queda claro desde el propio nombre: ignoramos cómo se llamaba originalmente el usurpador, pero no era Sargón; adoptó este nombre porque significa «Rey legítimo» (*Sharru-kin*). La maternidad de la gran sacerdotisa era fácil de enhebrar en un mito: se sabe que, para apoderarse del trono. Sargón contó con el apoyo del clero, al que estaba sustrayendo prerrogativas el absolutismo de los últimos reyes sumerios. Y lo mismo pasa con sus pretendidos amores con la diosa; ya se lo decía Gilgamesh a Ishtar: «¡Escucha!, te leeré la interminable lista de sus amantes...». Por tanto, cualquier sumerio-acadio creería sin asomo de duda que un tipo tan apuesto y valiente como su victorioso rey había pasado por el tálamo de la rijosa deidad. ¿Cómo no iba a fijarse Ishtar en un personaje capaz de realizar cosas tan fantásticas e inauditas como estas?

Ejercí la realeza durante (cincuenta) y seis años.  
Goberné y regí al (pueblo) de los cabezas negras.  
Con azuelas de bronce conquisté poderosos (montes).  
Escalé las sierras superiores;  
atravesé las sierras inferiores;  
por tres veces recorrí los países (de más allá) del mar.  
(Mi mano) conquistó Dilmun;  
subí hacia Der, la Grande, (y) yo (la conquisté);  
destruí Kazallu y (...);  
(vencí a todo el que) me fue hostil.

La leyenda de Sargón tiene un comienzo que la Biblia adoptaría muchos años después en dos de los pasajes del Éxodo y del Génesis, respectivamente: la historia de Moisés, rescatado del Nilo por la hermana del faraón, y la de José, que de esclavo pasó a mayordomo de Putifar, ministro del faraón y jefe de su guardia. El sueño del copero del monarca egipcio encumbró a José hasta convertirle en el lugarteniente del propio faraón. El asunto muestra tanto el vigor literario como la penetración comercial de Sumer, cuyos traficantes llevarían estas historias hasta Palestina y Egipto.

Al margen de la leyenda, lo que conocemos de Sargón es que alcanzó una edad verdaderamente longeva para la época, un mínimo de ochenta años si, como asegura su epopeya, reinó entre 2334 y 2279 a. C.

Akkad, situado al norte de Sumer, estaba al parecer poblado por gentes de origen semita, muy mezcladas ya con los sumerios cuando estos entraron en decadencia y comenzó en sus ciudades la confrontación entre el trono y el altar, lo que propició que fueran dominados por el rey de Kish, cabeza visible de la serie de ciudades y poblados constitutivos del reino acadio. Esto sucedió hacia el 2340 a. C. En los años



siguientes Kish tomó las ciudades sumerias de Ur, Lagash, Nippur... La unificación de ambos reinos bajo el dominio de Akkad debió de ser completa y rápida desde el punto de vista racial, cultural, religioso y económico, pues no se advierten grandes fallas en la continuidad histórica. En consecuencia, las historias clásicas incluyen el periodo bajo el epígrafe «Sumerios y acadios» o, simplemente, «Historia y civilización sumeria». Pero escapemos de berenjenales nominales. El caso es que no parece que la lujuriosa Ishtar tuviera mucho que ver en el acceso al trono de Sargón, que pudo ser hijo del propietario de un palmeral o, quizá, de un anónimo jardinero de palacio, que le consiguió ese mismo empleo. Según la leyenda, jardinero era cuando el mayordomo real se fijó en él para introducirlo en el servicio directo del rey Ur-Zababa.

El muchacho accedió pronto al puesto de copero real, empleo de suma confianza y honor en las cortes antiguas e, incluso, en el propio Olimpo, donde el bello Ganímedes ejercía esta función para Júpiter. Y Sargón utilizó su privilegiada posición para eliminar al monarca. Nada dicen ni leyenda ni historia sobre si envenenó su copa o le estranguló en un oscuro recodo del palacio, el caso es que le sustituyó en el trono de Kish y dominó el reino de Sumer y Akkad. Pero aquello solo era el comienzo. Sargón no tardó en advertir que, pese a las buenas comunicaciones, su capital estaba muy al sur y él codiciaba expandirse, lo cual solo era factible avanzando hacia norte, por lo que no tardó en fundar una nueva capital, Akkadé, que no se ha encontrado, aunque se la supone junto al Eúfrates y no lejos de la actual Nayaf.

Para extender sus dominios necesitaba también aumentar sus ejércitos y profesionalizarlos: dotarlos de armas e instrucción homogéneas. Según el propio rey, sus tropas estaban integradas por 5400 hombres. Estos constituirían su «ejército de maniobra», la potente unidad dedicada a derrotar ejércitos extranjeros y apoderarse de las ciudades codiciadas; contaría con otros 40 000 hombres o quizá más que ejercerían como fuerzas de ocupación de las plazas conquistadas.

Los ejércitos de Sargón solo utilizaban los carros para el transporte, habiéndolos desechado por completo como arma de guerra. La infantería, puño de sus victorias, estaba armada de lanzas, picas y hachas; al parecer las espadas eran escasas y las utilizaba preferentemente la oficialidad. Disponía de formaciones de arqueros y honderos que se encargaban de clarear las filas enemigas antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Según Lara Peinado, la tropa protegía sus cabezas con cascos de cuero o metal, pero apenas se utilizó el escudo.

Con ese ejército avanzó de victoria en victoria, ensanchando el territorio de Akkad-Sumer hacia el norte y hacia el oeste, apoderándose de los contrafuertes de la meseta iraní, penetrando en Asia Menor hasta alcanzar la cordillera del Tauro y el Mediterráneo en una amplia franja, es decir, ocupando todo lo que hoy constituye Iraq, el sur de Irán, el sureste de Turquía y gran parte de Siria.

Este imperio no pudo disfrutar de su grandeza, pues le estuvo negada la paz. Perduró hasta el año 2159 a. C., poco más de un siglo después de la muerte del gran

Sargón, y sus sucesores debieron dedicarse con igual denuedo a combatir los ataques exteriores y a sofocar las rebeliones internas, suscitadas por las levadas militares y por el incremento de los impuestos para sostener las guerras.

Con todo, pese a la caída del imperio y a las invasiones, la vitalidad de Sumer era tanta que aún habría un renacimiento sumerio que duró algo más de una centuria (2110-2000 a. C.) y cuya figura central fue Gudea, rey de la ciudad de Lagash, famoso porque su reinado fue de baja conflictividad y utilizó la paz para fomentar el comercio, restaurar templos, canales y ciudades, lo que repercutió en un fuerte auge literario y artístico, que nos ha legado su gloria en forma de himnos, textos sobre sus acciones y 32 estatuas, nada menos. Respecto a él escribía Luis Pericot:

En las estatuas que se han conservado, Gudea se nos aparece sentado, en actitud orante, llevando los atributos de arquitecto (compás, regla y plano de construcción) como expresión de los templos que mandó construir. Modelo de príncipes espirituales y contemplativos, como los patriarcas idealizados en el Antiguo Testamento, Gudea dejó un grato recuerdo de su reinado y se le atribuyeron a su muerte honores divinos.

La realización más espectacular de este renacimiento son los zigurats —los historiadores los llaman ahora «ziqurratus», pero aquí utilizaremos el término «zigurat», que aún conserva el diccionario de la Real Academia—. Se trata de edificios religiosos levantados mediante plataformas superpuestas, de dimensiones decrecientes, a las que se ascendía por una escalera que iba contorneando el edificio; otra fórmula sería la de plataformas inclinadas construidas en torno a un núcleo central, que sirven como rampa de acceso, hasta llegar a la cima, donde se abría una plataforma horizontal, sobre la que se situaba la capilla del dios.

Otros imperios mesopotámicos posteriores imitaron y aún mejoraron los modelos sumerios y los zigurats debieron de ser numerosos en toda Mesopotamia, de ahí surge la leyenda de la Torre de Babel, que, según la narración bíblica, fue acometida por algunos descendientes de Noé, que emigraron hacia oriente:

Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. En su marcha desde oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar, y se establecieron allí. Dijéronse unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos al fuego». Y se sirvieron de los ladrillos como de piedra y el betún les sirvió de cemento; y dijeron: «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra». Bajó Yavé a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres y se dijo: «He aquí un pueblo uno, pues tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo a cabo. Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros». Y los dispersó de allí Yavé por toda la haz de la tierra, y así cesaron de edificar la ciudad. Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yavé la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la tierra (Génesis, 11, 1-9).

¿Para qué servían esas inmensas torres cuyas bases medían casi cien metros de lado y cuya altura se supone de cincuenta o sesenta? Para los más cercanos a la tradición, tendrían como función proteger el templo divino de inundaciones tan destructivas como las sufridas un milenio antes. Para otros, serían tan solo una nueva forma de templo: un altar escalonado por el que se accedía mística y físicamente

hacia la divinidad. Una tercera opinión sostiene que las inmensas torres se corresponderían con la Montaña Cósmica donde moraban los dioses.

Un último grupo afirma que el zigurat era, simplemente, una escalera entre la tierra y el cielo, que facilitaría el descenso del dios para visitar a sus criaturas. Ese sentido parece tener la frase de Gudea: «montaña entre la tierra y el cielo» o, quizá, la escalera que Jacob soñó tan alta como para tocar el cielo, por la cual subían y bajaban los ángeles. También se ha supuesto —dado el desarrollo de la astronomía mesopotámica— que pudieron utilizarse como observatorios astronómicos. Los astrónomos pertenecerían a la clase sacerdotal y, por tanto, nada impide pensar que estas construcciones, aparte de la función sacra, también tuvieran ese uso, aunque por su escasa altura no parece que pudieran ofrecer ventajas especiales.

Sea cual fuere su auténtico papel, aquellas magníficas construcciones resultaron el canto del cisne sumerio. Los últimos rescoldos de su gloria se apagaron hacia el año 2000 a. C. aproximadamente, aplastados por las invasiones de otros pueblos en expansión, como amorreos y elamitas.

### **BABILONIA. EL IMPERIO DE LA LEY**

Dice la leyenda que Babilonia fue construida por los dioses siguiendo las órdenes de Marduk, autoridad suprema del panteón de la ciudad, cuyo nombre, de hecho, significa «Puerta del Dios» porque por ella descendía Marduk a la tierra. Sin embargo, sus orígenes fueron más bien modestos. En la época de Sargón I de Akkad, es decir, hace aproximadamente 4300 años, surgió junto al río Eúfrates, en la Mesopotamia central, unos cien kilómetros al sur de la actual Bagdad, como establecimiento comercial. Su poder, salvo en momentos contados, no fue gran cosa, pero su vitalidad resultó extraordinaria, sobreponiéndose a numerosas invasiones, destrucciones y a la gobernación de distintas dinastías y pueblos, de modo que se la halla en la cumbre de su gloria y riqueza bajo el cetro de Hammurabi y la volvemos a encontrar en el apogeo de su poder, riqueza e influencia doce siglos después, cuando Nabucodonosor II regía sus destinos.

En sus comienzos, Babilonia dependió del Imperio sumerio y su encumbramiento coincidió con la decadencia de Ur, aplastada por las invasiones de gentes del desierto, los amorreos o amorritas. Y fueron príncipes de este pueblo, procedente del noreste del Jordán, entre las actuales Siria y Jordania, los que iniciaron su grandeza. Descendiente de príncipes amorritas era Hammurabi (1792-1750 a. C.). Este soberano dominó toda Mesopotamia y se labró un nombre inmortal con su famoso código, una fuente básica para conocer la sociedad babilónica de su época, que tenía una organización muy sencilla, al estilo, seguramente, de las tribus del desierto. Estaba compuesta por «señores» (hombres libres), que gozaban de todos los derechos y constituían la clase dominante; «mezquinos», categoría equivalente a pueblo bajo o

gente humilde, quizá libertos o señores venidos a menos, que dependían del Estado, pagaban impuestos, desempeñaban las labores del campo, el pastoreo, la pesca, la construcción, algunos oficios y estaban obligados a tomar las armas cuando eran requeridos; y esclavos, que habían perdido su condición de hombres libres en una derrota militar o a causa de sus deudas impagadas o de su nacimiento: hijos de esclavo. Estos últimos constituían una propiedad del señor, del monarca o de los templos y, en consecuencia, eran objeto de compraventa. No obstante, tenían algunos derechos: podían ser manumitidos, contraer matrimonio con personas libres que pudieran comprar su libertad y realizar todo tipo de trabajos encomendados por sus dueños, incluida la dirección de sus negocios.

Ese origen de hombres del desierto se refleja, también, en la estricta dureza de sus leyes, percibiéndose claramente los principios de la Ley del Talión en los artículos 196 y siguientes, algo inhabitual en Mesopotamia, donde habían imperado leyes mucho más prácticas, como el resarcimiento económico en vez de la venganza. Dice el Código de Hammurabi en esos artículos: «Si un señor ha reventado el ojo de otro señor, se le reventará su ojo» (196). «Si un señor ha roto el hueso de otro señor, se le romperá su hueso» (197). «Si ha reventado el ojo de un mezquino o ha roto el hueso de un mezquino, pesará (pagará) una mina de plata» (198). La mina equivalía, aproximadamente, a medio kilo.

El clero, que durante siglos había ostentado la administración de la justicia, fue privado de esta facultad, que pasó a un funcionariado especializado y, presumiblemente, estricto en el cumplimiento de su misión, pues estaba sometido a graves penas si incurría en prevaricación.

El proceso —según explica Lara Peinado— tenía lugar a las puertas de la ciudad, donde se establecía el tribunal, compuesto por un número variable de jueces, entre cuatro y ocho, ante los cuales los litigantes, personalmente, exponían sus razones, exhibían sus documentos y presentaban a sus testigos, pues no existía allí la abogacía. Según el código: «Si un hombre presta falso testimonio por un delito que contempla la pena de muerte, este será condenado a muerte; si el proceso contempla el pago de una suma, este será condenado a pagar la misma cantidad» (artículos 4 y 5). Oídos demandante y demandado, los jueces deliberaban, dictaban su sentencia, que se escribía y sellaba. En caso de disconformidad, se podía apelar a un tribunal superior, ya en la propia ciudad de Babilonia, y si tampoco hubiera acuerdo, podía recurrirse al mismísimo rey. Agotado el proceso, la sentencia final se convertía en firme, resultando, en consonancia con la materia juzgada, compensaciones económicas, destierros, castigos como la flagelación, la mutilación o la pena de muerte, que se ejecutaba públicamente, por estrangulamiento con una cuerda, en la hoguera o por empalamiento.

Aunque la fama del código difumine al resto, una de las bases de la grandeza de Babilonia fue el conjunto de medidas encaminadas a la producción agrícola. La alarma era grande en época de Hammurabi porque la producción de cebada había

descendido a causa de la progresiva salinización del suelo, ocasionada por el cultivo intensivo y la escasez de lluvia. La solución consistió en buscar nuevas áreas de cultivo, llevando hasta ellas el agua de sus grandes ríos mediante la extensión de la red de canales.

No fue Hammurabi un soberano belicoso, aunque se sirvió de la guerra cuando le interesó. Su largo reinado de 42 años, en los que reunió un gran imperio, se caracterizó por la buena gobernación, la prosperidad económica, sus actuaciones diplomáticas y sus hábiles alianzas. Cuando llegó al trono dominaba un área en el centro de Mesopotamia inferior a los 10 000 kilómetros cuadrados, y su expansión hacia el sur estaba taponada por el poder de Larsa, una de las ciudades sumerias que ostentaba cierta pujanza en esa época, y hacia el norte, por el reino de Assur. Entre ambos le cerraban el comercio hacia el golfo Pérsico y hacia las rutas fluviales y caravaneras del norte. Hammurabi esperó pacientemente mientras hacía florecer la agricultura, compilaba su código y mejoraba Babilonia en todos los aspectos, entre otros, construyéndose un gran palacio en cuyo archivo reunió y clasificó 25 000 tablillas. Al final murió el rey de Assur y se alzó con el trono su amigo Zimri-Lim, que sería su gran aliado. Con la ayuda de este derribó al rey de Mari, ciudad que le cerraba el paso del Eúfrates hacia el norte, y derrotó a los señores de Larsa, abriendo al comercio babilónico el curso de todo el río y los puertos del golfo. Hacia el año trigésimo de su reinado, enfrentado con su aliado, dominó también Assur, dando inicio a un periodo de gran prosperidad agrícola y comercial.

El arqueólogo alemán Robert Koldewey excavó diversos yacimientos de Mesopotamia entre 1887 y 1917. Llevaba dos años trabajando en las capas más superficiales de Babilonia cuando, en 1901, tuvo la fortuna de que un muro de ladrillo se viniera abajo por la presión del agua que embalsaba, dejando al descubierto una zona varios metros más profunda: Koldewey acababa de alcanzar el nivel de la capital de Hammurabi y exclamó emocionado: «¡Babilonia ha resucitado!».

La verdad es que, aparte de los millares de tablillas de la biblioteca de su palacio, los hallazgos solo suscitan la admiración de los especialistas. Koldewey y los arqueólogos que han trabajado allí durante todo el último siglo solo han encontrado cimientos, algunos trazados de calles, fragmentos de cerámica, sellos y estatuillas mínimas. Las únicas esculturas relevantes de esta época son una cabecita de monarca, quizá representación del propio Hammurabi (París, Museo del Louvre), y la fantástica estela del código. Esta extraordinaria pieza de basalto negro-azulado, de forma ligeramente troncocónica, con 2,25 metros de altura, representa, en su parte superior, a Hammurabi, en pie, escuchando a Shamash, dios de la justicia, que le instruye sobre el contenido de la compilación, cuyos artículos figuran bajo la escena en escritura cuneiforme. Pero esta pieza (Londres, Museo Británico) ni siquiera fue hallada en Babilonia, sino en Susa, a donde la llevaron los elamitas cuando se apoderaron de la ciudad.

La capital de Hammurabi desapareció, realmente, en las sucesivas destrucciones históricas que sufrió la ciudad a lo largo de más de un milenio y lo poco que debía de quedar fue desmontado o sepultado por la nueva Babilonia erigida por Nabucodonosor II.

En manos de sucesores menos hábiles que el gran Hammurabi, Babilonia fue presa fácil de otros pueblos más pobres atraídos por su riqueza y fama, como los hititas, cuyo rey Mursili, en una formidable expedición en busca de botín y prestigio, descendió siguiendo el curso del Eúfrates desde Anatolia: asaltó la ciudad, la saqueó y regresó a Hatti cargado de tesoros y gloria. Pero otros, como los casitas, llegaron para quedarse y Babilonia fue durante siglos centro de la pelea entre los nuevos dueños y los asirios, sucedidos por los elamitas y, nuevamente, por los asirios hace unos 3000 años, en el tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro.

### SEÑORES DEL MUNDO: DEL MITO AL CÉNIT

Épocas oscuras se alternaron con fugaces momentos de prosperidad, pero siempre quedaba su aureola de civilización superior en toda Mesopotamia. Eso originó la fantástica leyenda de Semíramis, soberana asiria de existencia histórica que ejerció la regencia del reino hace 2800 años, durante la minoría de edad de Adad-nirari III. Más atractiva que el frío dato historicista sobre la «señora de palacio» es su leyenda, cristalizada a partir de las historias recogidas por Heródoto. Según este, fue hija de Derketo, deidad no muy relevante de Palestina, que tuvo un momento de flaqueza y quedó preñada de un simple campesino. La diosa, avergonzada, la abandonó en el desierto para que la devoraran las alimañas. No ocurrió tal, sino que las palomas alimentaron a la criatura hasta que la halló un pastor y la crió como hija suya. Pasó por aquel paraje el rey Oanes de Siria, que marchaba con su ejército hacia Mesopotamia, y se enamoró de la bella pastora, se casó con ella y se la llevó a la guerra. Cuenta la leyenda que la joven esposa, vestida de guerrero, participó en los combates derrochando valor y pericia. Pese a ello, el rey sirio perdió la guerra y la cabeza, quedando la hermosa Semíramis como viuda en Bactres. Allí la encontró Nino, rey de Asiria, que cuando tomó la ciudad se enamoró de ella y la convirtió en su esposa. Pero la bella no era feliz en Assur y deseaba que su marido trasladara su residencia a Babilonia, que le parecía un lugar de mayor prestigio histórico y cultural.

Tales fueron las desavenencias por ese motivo y por la falta de ambición y carácter del marido que Semíramis, con la complicidad de algunos cortesanos, lo eliminó, se proclamó reina y estableció su trono en Babilonia. Asegura la leyenda que dotó a la decaída ciudad de una muralla de 66 kilómetros de longitud y una altura media de 12 metros, reforzada por 150 grandes torres y tan ancha que podían circular sobre ella seis carros a la vez. Ordenó limpiar los viejos canales y ampliarlos; puso diques en el río para elevar el nivel del agua y llevarla al interior del desierto,

irrigando nuevas tierras. Unió ambas orillas del Éufrates con un gran puente y, por medio de compuertas, creó un muelle comercial de treinta kilómetros. La riqueza volvió a la famosa ciudad, que fue embellecida con templos y palacios.

Una revuelta en la ciudad de Media la hizo olvidarse de las obras públicas; volvió a ataviarse como guerrero y al frente de sus tropas sofocó la rebelión. Pero le tomó el gusto a la milicia y a las conquistas: venciendo ejércitos o aceptando alianzas de ciudades aterradas, alcanzó el Mediterráneo, penetró en el corredor sirio, atravesó Palestina y conquistó Egipto y Etiopía. Sin embargo, ni la inmensidad de sus dominios ni la fundación de nuevas ciudades satisfacía su ambición y lanzó a sus ejércitos hacia donde nace el sol. Penetró en Persia y alcanzó el Indo, donde fue derrotada por un inmenso ejército dotado de elefantes, que causaron pavor en sus filas, lo que la obligó a regresar a Babilonia.

Sigue la leyenda asegurando que jalonó los caminos de sus conquistas y fundaciones con estelas y que el mismísimo Alejandro pudo verlas medio milenio más tarde. Una de ellas decía:

La naturaleza me ha impuesto el cuerpo de una mujer, pero mis actos me han igualado al más grande de los hombres (...). Antes de mí ningún asirio había visto el mar; yo he contemplado cuatro océanos. He obligado a los ríos a correr por donde he querido y solo lo he hecho por donde eran más útiles; así he fecundado la tierra con mis ríos. He abierto a mis carros de guerra caminos por parajes donde ni las propias bestias feroces habían pasado. Y en medio de tantas ocupaciones he encontrado tiempo para mis placeres y mis amigos.

La leyenda de Semíramis finaliza con la traición de su propio hijo. Y aunque, sofocado el complot, su amor de madre le impidió castigarlo, de manera que le entregó el trono, el dolor la obligó a irse. Un día se convirtió en paloma y emprendió el vuelo hacia el ocaso.

La fantástica historia no tiene respaldo arqueológico alguno, pero pone de manifiesto una tendencia cierta de la monarquía asiria: su especial predilección por Babilonia, como demuestra, por ejemplo, el reinado del verdadero hijo de la verdadera reina, Adad-nirari III, que la visitó, devolvió los prisioneros de guerra babilonios y restituyó a la ciudad las estatuas depredadas por su padre, con el propósito de que «las gentes de Asiria y Babilonia vivieran como hermanos».

No todos los soberanos asirios, sin embargo, le mostraron tanto aprecio. En el siglo VIII a. C., Senaquerib envió a Babilonia un gobernador. Como no lograra someter las revueltas ni cobrar los tributos acordados, envió a su propio hijo, que fue capturado y asesinado por los elamitas. El caso recuerda mucho la parábola evangélica de los viñadores homicidas, en la que los arrendatarios de la viña se negaron a pagar lo convenido y echaron de mala manera al recaudador, y cuando el dueño envió a su propio hijo, lo asesinaron.

El caso es que Senaquerib marchó contra Babilonia, derrotó a los elamitas, asaltó la ciudad, pasó a cuchillo a sus habitantes y, para borrar hasta su memoria, desvió el curso del Éufrates y lo hizo discurrir por la urbe, arrasándolo todo y cubriéndola con

una gruesa capa de cieno.

La terrible venganza espantó a cuantos la conocieron y lanzó sobre los feroces asirios un manto de oprobio. Tanto que el heredero de Senaquerib, Asarhaddon (680-669 a. C.), ordenó desescombrarla y reedificarla. Pero fue corta la dicha de la renacida ciudad, porque Assurbanipal (668-627 a. C.), en el curso de una guerra con su hermano, que había heredado la administración de Babilonia, la tomó por asalto y quemó el palacio real con su hermano dentro. La fama de crueldad de los asirios no era gratuita.

La intensa relación y la vecindad entre Babilonia y Asiria han forzado en muchos momentos su solapamiento en el relato, de modo que soberanos aquí mencionados volverán a serlo cuando narremos la historia asiria. Y lo mismo, inevitablemente, sucederá cuando se aborden las trayectorias de naciones, reinos e imperios vecinos, contemporáneos y estrechamente interrelacionados: Hatti, Mitani, Israel, Egipto... momentos en que hemos preferido la reiteración que la ruptura de la secuencia narrativa.

La ruina definitiva de Asiria a finales del siglo VII a. C. encendió la llama del último renacimiento babilónico. En su trono se sentó un caldeo muy inteligente, Nabolpolassar (625-605 a. C.), que sacó astillas del caído árbol asirio, al tiempo que pactaba con la nueva potencia hegemónica, los medos. Para mayor fortuna, el rey de Babilonia tenía en casa un genio de la guerra y un aventajado discípulo de sus habilidades político-diplomáticas: Nabucodonosor. El príncipe venció en repetidos encuentros a los asirios, después a los egipcios, que avanzaban por Palestina, en la famosa batalla de Karkemish (605 a. C.), a continuación a los reyes del corredor sirio, luego a los fenicios... Muerto su padre, se ciñó la corona (604-562 a. C.), selló nuevos acuerdos con los medos, casándose con una de sus princesas, y logró arbitrajes entre reinos enfrentados, con lo que ganó aliados y deudos, reuniendo uno de los mayores imperio del mundo antiguo, que comprendía gran parte de los actuales territorios de Iraq, la Turquía asiática, el sureste de Irán, Kuwait, Siria, Líbano, Jordania y Palestina...

Fue, precisamente, su relación con Palestina, en una parte de la cual estaba asentado el pueblo hebreo, la que le dio a Nabucodonosor la inmortalidad histórica. Emprendida la reconstrucción, ampliación y embellecimiento de Babilonia, e implicado en un incesante ensanchamiento y defensa de sus fronteras, el rey necesitaba todo tipo de «colaboración»: soldados, marineros, obreros, artistas, agricultores, pastores y dinero. Y eso, en el octavo año de su reinado, en 596 a. C., le llevó al corredor sirio, Líbano y Palestina. Venció a cuantos se le opusieron y deportó a Babilonia a millares de fenicios, filisteos, egipcios, hebreos... Según el Libro de los Reyes, se apoderó del tesoro del Templo, fundió el oro y la plata del tesoro de Salomón y se llevó consigo a 10 000 hebreos.

Estos traslados de población no convertían a los deportados en esclavos. Podían moverse con relativa libertad dentro de la cosmopolita Babilonia, aunque les estaba



prohibido el regreso a su tierra. Por lo demás, vivían aceptablemente: recibían sus raciones de alimentos, tenían libertad de culto, de reunión y de comunicación con sus familias en Palestina, y podían comprar terrenos, construir sus casas, contraer matrimonio entre ellos o con hombres o mujeres de otros pueblos.

Dos deportaciones más sufrieron los hebreos bajo este reinado y ambas a causa de sublevaciones. La primera, en 585 a. C., fue la de Sedecías, un representante de Babilonia que decidió independizarse. El ejército babilónico tomó Jerusalén, destruyó el Templo, saqueó cuanto de valor había y se llevó a 832 personas (Jeremías, 39, 1-10). Sedecías, que tuvo que presenciar la matanza de sus hijos y la venta como esclavas de las mujeres de su casa, fue cegado y deportado. Pese al escarmiento, hacia 581 a. C. una nueva sublevación judía culminó en el asesinato del administrador babilonio. Nabucodonosor envió a sus generales, que saquearon la tierra y capturaron a 745 personas más.

Estas sublevaciones enrarecieron la estancia de los hebreos en las tierras de Nabucodonosor, dando lugar a la leyenda de la «cautividad de Babilonia». Ciertamente hubo momentos de tensión y de malos tratos, pero debieron de ser fenómenos pasajeros, pues cuando los hebreos pudieron retornar, muchos optaron por quedarse en Babilonia, y quienes prefirieron regresar a la tierra patria no lo hicieron con las manos vacías. Con todo, siempre es terrible una deportación y el salmista expresa con infinita elocuencia la nostalgia de los transterrados:

Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos  
Y llorábamos acordándonos de Sión.  
De los sauces de sus orillas  
colgábamos nuestras cítaras.  
Allí, los que nos tenían cautivos nos pedían que cantásemos,  
los que nos habían llevado atados, que nos alegrásemos:  
«cantadnos algunos de los cánticos de Sión».  
¿Cómo cantar en tierra extranjera los cánticos de Yavé?  
Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me olvide mi diestra.  
Péguese mi lengua al paladar si no me acordase de ti,  
si no pusiera Jerusalén por encima de toda alegría.

Biblia aparte, ha sido una ópera de Giuseppe Verdi, *Nabuco*, la que más ha difundido el tema de la cautividad hebrea en Babilonia. Estrenada el 9 de marzo de 1842 en La Scala de Milán, conmovió al público hasta las lágrimas, pues los espectadores vieron en la historia de la cautividad judía en Babilonia un trasunto de su propia «cautividad» bajo el dominio austriaco. El público salió cantando los primeros compases del «Va pensiero» y se llevaron a cabo 57 representaciones seguidas en aquella temporada, lo que, según el musicólogo Esteban Hernández, «nunca antes había sucedido ni volvería a suceder en la historia del gran teatro milanés».

Pero al margen del universal conocimiento negativo que sus tratos con los israelitas le reportaron, Nabucodonosor llevó la grandeza y embellecimiento de Babilonia hasta extremos inigualables. Primero, terminó las numerosas obras

iniciadas por su padre, que había dejado su famoso zigurat a medio construir. Después, ensanchó los límites amurallados; sus defensas se componían de tres muros consecutivos, de los cuales el exterior tenía una fantástica anchura: Heródoto, que visitó Babilonia, asegura que una cuadriga podía girar sobre él sin ningún tipo de problema, es decir, que debería tener un mínimo de catorce o dieciséis metros de espesor. El gran muro estaba protegido por un foso de cinco metros de ancho y cuatro o cinco de profundidad, lleno con agua del Eúfrates. Defendían el perímetro altas torres, que se elevaban en intervalos de 52 metros. La longitud total de la muralla exterior era de unos ocho kilómetros, en los que se abrían ocho puertas, defendidas por dobles torres.

Desde la Antigüedad llega el eco de la mítica Torre de Babel, de las invulnerables murallas, de la gran vía procesional que recorría la ciudad de norte a sur partiendo de la gran puerta de Istar, que debía de ser digna de ver: dicen los expertos que la reconstruida en Berlín solo es un pálido remedo de la erigida por Nabucodonosor. Luego estaban los palacios de invierno y verano. Este último se levantaba al sur, junto al Eúfrates, rodeado de grandes jardines. Al norte estaba el palacio de invierno, la residencia real, y, según se cree, en él se hallaban los famosos jardines colgantes, una de las maravillas de la Antigüedad. Parece que estaban contruidos en terrazas consecutivas, como si fueran un teatro, sobre un suelo de piedra impermeabilizado con una gruesa capa de betún; encima se había dispuesto una capa tan potente de tierra que permitía crecer en ella árboles de quince metros de altura, si hemos de creer a autores como Quinto Curcio Rufo o Diodoro Sículo. El agua para el riego se obtenía del río por medio de una máquina espiral que la elevaba hasta la terraza más alta, desde donde iba siendo dosificada.

La piedra era escasa, y se construyó de forma mayoritaria en adobe o ladrillo, pero pese a la ruina que sobre todo ello cayó enseguida, quedaron centenares de metros de polícromo ladrillo vidriado con escenas de fauna (toros, leones, animales mitológicos...), flora y grecas que brindan el testimonio de una belleza singular.

Desaparecido Nabucodonosor, Babilonia entró en decadencia. Sus sucesores se desgastaron en luchas familiares y el trono recayó en manos de un advenedizo poderoso, Nabónido (555-539 a. C.), cuya habilidad no fue suficiente para evitar la confrontación con el poderoso clero en un momento de grave peligro exterior: comenzaban a penetrar en Mesopotamia las avanzadillas de un imperio en expansión, los persas. Los últimos años del reinado de Nabónido constituyen toda una incógnita: en el 549 a. C. se retiró a Teima, un oasis de Arabia, dejando en Babilonia, como regente, a su hijo Baltasar. Diez años permaneció en el desierto, dicen que haciendo penitencia bajo el consejo de un profeta hebreo. Regresó a Babilonia cuando ya llegaban los persas, que, al parecer, lo capturaron y ejecutaron, aunque otra versión asegura que, viendo en él un hombre purificado por la penitencia, lo nombraron gobernador.

En cuanto a Baltasar, se sabe que cayó en manos del persa Ciro cuando este

conquistó Babilonia (539 a. C.) y, seguramente, fue ejecutado. Pero en torno a su figura se teje una fantástica historia que cuenta la Biblia y recrea la leyenda. Ofreció Baltasar un banquete a mil de sus príncipes, esposas y concubinas. Corrían rebosantes las jarras de vino, las fuentes de manjares llenaban las mesas, tocaban los músicos y danzaban hermosas muchachas apenas envueltas en transparentes velos. Excitado por la euforia de la bebida y el ambiente, ordenó el rey que llevaran los vasos sagrados que Nabucodonosor —al que la Biblia supone padre de Baltasar— había robado del Templo de Jerusalén y bebieron en ellos hasta emborracharse. Según asegura el Libro de Daniel:

En aquellos momentos aparecieron los dedos de una mano de hombre (...) que escribían en el revoco de la pared del palacio real (...). Mudó entonces el rey de color y sus pensamientos le turbaron, se relajaron los músculos de sus lomos y sus rodillas daban una contra otra.

Cesó la música y todos los ojos se volvieron hacia el misterioso mensaje grabado en la pared: «Mene, mene, teqel, ufarsin». Llamó Baltasar a sus sabios y magos, y no supieron darle una explicación al suceso ni interpretar las palabras. Intervino la esposa de Baltasar y le sugirió que llamara a Daniel, el judío, que ya había ejercido la profecía con su padre. Conducido a palacio, el profeta Daniel reprochó al monarca su soberbia, su idolatría y la profanación de los vasos sagrados, lo cual había suscitado la cólera de Dios. A continuación, interpretó el mensaje: «*Mené, mené* significa que, sopesado tu reinado, Dios ha decidido ponerle fin; *tequel*, que tus obras han sido consideradas y no dan el peso en la balanza; *ufarsin*, que tu reino va a ser destruido y entregado a los persas».

Aunque aterrado, Baltasar cumplió su promesa: Daniel fue vestido de seda púrpura, se le colocó un collar de oro y fue proclamado tercera dignidad del reino. De nada sirvió: aquella noche una facción contraria al rey abrió las puertas de la ciudad a las tropas de Ciro II. El gran monarca persa no la saqueó ni destruyó. Trató de mantener buenas relaciones con la población local, de manera que siguieran funcionando las fuentes de riqueza del país. Una de sus primeras medidas fue permitir la reconstrucción del Templo de Jerusalén (538 a. C.) y, al año siguiente, autorizó el retorno de los judíos a su tierra, dando así final a sesenta años de deportación. Cuenta la Biblia que regresaron 42 360 (se habían multiplicado por más de cuatro), llevando consigo 7337 esclavos, 245 cantantes, 736 caballos y millares de camellos, mulas y asnos. Elocuente muestra de su riqueza es la contribución que hicieron al tesoro del Templo: hubo quien entregó ¡61 000 dracmas de oro y 5000 minas de plata! (335,5 kilos de oro y 2500 kilos de plata).

La magnífica grandeza de Babilonia aún perduró medio siglo, hasta que una rebelión de la ciudad fue reprimida por Jerjes I —el monarca persa que logró atravesar las Termópilas, para resultar vencido en Salamina y Platea—. Fue destruido el templo del dios Marduk y su estatua de oro macizo convertida en lingotes, y el gran zigurat fue demolido casi por completo. Decayó el comercio, paulatinamente se

fueron cegando los canales, se empobrecieron la agricultura y la ganadería y Babilonia se convirtió en el reino de la anarquía y la injusticia.

Heródoto visitó la ciudad aproximadamente un siglo después de su conquista por Ciro y, aparte de recoger historias del pasado que recibió por transmisión oral, reflejó algunas de las cosas que más le habían sorprendido, como la prostitución sagrada. Asegura que la mujer babilonia tenía que cumplir una vez en la vida una deuda sagrada con la diosa del amor: prostituirse con un extranjero.

Las mujeres quedan en filas que dan a una especie de calles rectas, por las que pasan los forasteros, eligiendo a la que más les gusta. Después de que una mujer se ha sentado allí no regresa a su casa hasta que un viajero eche dinero en su regazo y, sacándola del templo, satisfaga el objeto de su visita. Al echar el dinero, dirá: «Invoco en tu favor a la diosa Militta», nombre que dan a Afrodita los asirios. No es lícito rechazar el dinero, mucho o poco, porque se trata de una ofrenda sagrada, ni al que la ha elegido, pues debe cumplir con lo que debe a la diosa y, a continuación, se retira a su casa y, a partir de entonces, será imposible conquistarla por el mismo procedimiento. Las más hermosas, bien presto quedan libres, pero las que no son bien parecidas suelen tardar mucho en satisfacer el precepto y no pocas son las que deben permanecer allí durante tres o cuatro años.

Cuando Alejandro Magno vio la ciudad, era una ruina. Con todo, aún quedaba la aureola de su prestigio, de modo que decidió establecer en ella la capital del más grande imperio de la Antigüedad y restaurarla en toda su magnificencia. No tuvo tiempo: murió allí en el año 223 a. C. Y con el gran conquistador macedonio se hundió en la ruina el último destello de Babilonia, paulatinamente convertida en un inmenso ladrillar canibalizado por las ciudades que se fueron erigiendo en sus alrededores.

### ASIRIA. EL MÚSCULO Y EL IMPERIO

«Treinta y cuatro ciudades fortificadas, además de infinidad de pequeños poblados de su territorio, aceché, conquisté, saqueé, destruí, arrasé, incendié y, como un huracán, llené el amplio cielo con el humo de sus piras», dice el rey sirio Senaquerib, al que ya nos hemos referido cuando se vengó de Babilonia, sepultándola en limo. Este es un texto característico de una de las épocas esplendorosas del Imperio asirio. Del mismo modo, lo más brillante de sus manifestaciones artísticas son las escenas de guerra o caza en las que reyes y guerreros de resaltados músculos hunden su espada o su lanza en el cuerpo de un león o tensan arcos poderosos para flechar fieras, que trazan escorzos en el aire al ser alcanzadas por las saetas. En ese contexto, quizá, su pieza más admirada sea la *Leona herida*, una de las figuras que componen el friso de la cacería de Assurbanipal, que puede contemplarse en el Museo Británico de Londres. Aún desafiante, ruge al aire la leona y avanza sobre sus musculosas patas delanteras, clavando sus garras en la tierra para poder arrastrar su cuerpo y cuartos traseros, desmadejados por dos flechas que le han partido la columna vertebral.

Los artistas asirios no fueron los primeros ni los últimos en representar este tipo de escenas, pero, probablemente, alcanzaron en ellas las cimas más altas del realismo y de la expresión de fuerza y violencia. No se trataba de un asunto estético: eran así y querían que así se les viera. La profesora Carmen Gómez Urdáñez escribe:

Los relieves de los palacios asirios constituyeron un elemento de propaganda de la política de Estado, como las propias grandes construcciones en las que se encontraban, monumentales y sólidamente fortificadas. Reforzando las defensas de estas residencias (...) se ubicaban en las puertas de acceso grandes figuras de toros alados con cabeza humana, cuya conjunción monstruosa de los seres más potentes del universo simbolizaba la fuerza del imperio.

Y lo sorprendente es que las cosas comenzaron de forma muy distinta. Assur, raíz del Imperio asirio, era una pequeña ciudad comercial del noreste de Mesopotamia, asentada junto al Tigris, en el borde sur de lo que hoy conocemos como Kurdistán iraquí. Habitada por semitas y conquistada por caldeos, hace unos 4000 años vivía del comercio caravanero, traficando con los productos que llegaban de las prósperas ciudades y reinos del sur o de la meseta iraní y canalizándolos hacia Asia Menor y el Mediterráneo.

Paulatinamente fueron estableciendo colonias comerciales, fortaleciéndolas para proteger sus rutas caravaneras y defenderse de las agresiones de los pueblos montañoses del norte (los actuales kurdos) y del noroeste, los mitanios. Aumentaron su poder y sus aspiraciones, de modo que los monarcas contemporáneos a Hammurabi comenzaron a titularse «reyes de la totalidad», a imitación de los soberanos de los antiguos imperios de Sumer y Akkad.

Pese a tantas pretensiones, esa época de florecimiento fue relativamente breve y Assur pasó siglos bajo la dominación extranjera hasta lograr una segunda época de esplendor, a partir del siglo XIV a. C. En esos tres siglos de oscuridad parece forjarse el carácter duro y belicoso de los asirios.

A partir de entonces Asiria gozaría de ochocientos años de poder y prosperidad — interrumpidos por un periodo de crisis, que separa el Imperio Medio del Nuevo— en los que su fuerza se basó en dos potentes columnas: el ejército y la administración. Aquel se componía de tres tipos de soldados: un cuerpo profesional permanente, integrado por especialistas (carros, caballería, arqueros e ingenieros constructores de máquinas de guerra y expertos en asedios); una milicia ciudadana, llamada a las armas en caso de necesidad, y mercenarios extranjeros enrolados para campañas concretas. La administración se caracterizó por la escrupulosidad contable, el rigor de los impuestos que obligaban a los países tributarios y la organización de la justicia, que, según los asiriólogos, era mucho más estricta que la impuesta por Hammurabi en Babilonia.

El cénit del esplendor del Imperio Medio asirio se produjo con tres monarcas excepcionales que reinaron en los siglos XIV-XIII a. C.: Adadnirari, que venció a Babilonia y se apoderó de Mitanni; su hijo, Salmanasar I, que rechazó a los feroces montañoses de los Zagros, borró a Mitanni de la historia y arrinconó a los hititas; y su

nieto, Ninurta I, que derrotó a las coaliciones de reyes que se le opusieron en el corredor sirio y Palestina, a los montañeses zagros, a los hititas, a los babilonios..., extendiendo su poder por gran parte de Mesopotamia, Asia Menor y Siria, lo que le indujo a proclamarse «rey de Assur, rey del universo, rey de reyes, rey de las Cuatro Regiones». Y es que Ninurta I no se andaba con chiquitas: dice su leyenda que «colmaba los valles de cadáveres». Uno de ellos, por cierto, fue el suyo: le asesinó uno de sus hijos para sucederle en el trono, precipitando a Asiria en tres siglos de decadencia.

La recuperación llegó con Adad-nirari II, que se emancipó de poderes y tributos extranjeros, se alió con Babilonia, venció a varias confederaciones sirias y, cargado de botín, se consideró suficientemente poderoso y fuerte para volver a proclamarse «rey de la totalidad y de las Cuatro Regiones». A partir de ahí, con algunos altibajos, se sucedieron durante tres siglos monarcas asirios que se pueden encuadrar entre los mejores administradores, los diplomáticos más hábiles y los guerreros más competentes y feroces que ha dado la historia, desde Salmanasar III a Assurbanipal, entre los años 859 y 630 a. C.

En esa época, el Imperio asirio alcanzó límites superiores a todo cuanto antes se había visto, abarcando lo que hoy es Iraq, la mitad suroeste de Irán, parte del Cáucaso, media Turquía, Siria, Líbano, Jordania, Palestina y la mitad de Egipto (desde Alejandría a El Fayún). El culmen del poder y grandeza asirios lo protagonizaron los cuatro últimos monarcas, llamados sargónidas, pues dieron inicio con Sargón II (722-705 a. C.), que asaltó el trono en un momento de decadencia de la institución real y durante diecisiete años, campaña tras campaña, derrotó a cuantos osaron resistirse a sus armas, convirtiendo en feudatarios a todos los reyezuelos circundantes. Asegura la leyenda que fue un afortunado y competente soldado profesional que combatió en Palestina sirviendo a Salmanasar V. Una intriga palaciega puso en sus manos al rey, al que asesinó. Otra versión pretende que, además de un sobresaliente guerrero, fuera un aventurero enamorado de una hija del soberano, en cuya cama habría sido sorprendido. En el tumulto consiguiente, Sargón habría matado al airado padre y conseguido el apoyo de la guardia. Lo cierto es que no provenía de estirpe real y que hubo de superar graves dificultades para hacerse con el control de las diversas ciudades y reinos bajo dominio de Siria, más que por ser un advenedizo, por los impuestos que les exigió o por la supresión de sus privilegios.

Le sucedió su hijo Senaquerib (705-681 a. C.), otro rayo de la guerra, ya mencionado a propósito de sus feroces hechos. Uno de los empeños de este monarca fue dominar Egipto, para lo cual debía garantizarse el sometimiento del corredor sirio, Palestina y la costa fenicia. En su propósito halló una resistencia insospechada: las ciudades de Palestina estaban atrasadas en el pago de tributos y, peor aún, el rey Ezequías de Jerusalén se alió con el faraón egipcio. Senaquerib destrozó a los aliados en el 701 a. C. en la batalla de Eltekeh y, seguidamente, envió a Jerusalén a su copero con una pequeña parte de su ejército, mientras, con el resto, continuaba marchando

hasta acampar en Pelusium, a la puerta del delta del Nilo. Cuando las tropas asirias llegaron a la ciudad santa, el rey Ezequías reunió los treinta talentos de oro (unos 550 kilos) y trescientos de plata (unos 5500 kilos) que le exigían, pero era tan enorme la suma que hubo de vaciar las arcas de palacio y aún las del Templo. No le bastó al asirio, que exigió, de inmediato, la estipulación de un nuevo acuerdo, respaldado por la entrega de guerreros y rehenes, y le prometió como contrapartida 2000 caballos para formar parte de la caballería asiria en la siguiente campaña. Como se resistiera Ezequías, los soldados asirios iniciaron el cerco y sus ingenieros aprestaron máquinas para batir los muros.

El rey de Jerusalén y sus atribulados súbditos elevaron sus plegarias a Yavé, que se compadeció de su pueblo y que, además, quiso castigar las impías amenazas de Senaquerib. Por medio de Isaías, hijo de Amós, le hizo saber a Ezequías:

No entrará él en esta ciudad, ni meterá en ella una sola flecha.

Ni la circunvalará de escudos ni la ceñirá con empalizadas.

Se volverá por el camino por donde ha venido. No penetrará en esta ciudad. Palabra de Yavé (...).

Aquella misma noche salió el ángel de Yavé e hirió en el campamento de los asirios a 185 000 hombres; y al levantarse por la mañana, todos eran muertos. El rey de Asiria levantó el campo y partió; se volvió y se quedó en Nínive. (Reyes, 2, 32-36).

Por una parte, el relato bíblico es exageradísimo. El tributo resulta descomunal para un pequeño pueblo como el judío, y no es menos hiperbólico el número de muertos: 15 000 o 20 000 hombres formaban un gran ejército en aquella época; en 1275 a. C. el poderoso Ramsés II emprendió una expedición contra el soberano hitita Muwatali con unos 24 000 hombres y ambos ejércitos se enfrentaban en Kadesh con 45 000, como máximo. Por otra, el relator aprovecha la probable peste que diezmó a los asirios —como a tantos ejércitos durante acantonamientos y asedios— para atribuirse el favor de Dios.

Sobre el mismo hecho corría por Egipto otra versión, recogida por Heródoto: el rey egipcio invocó a Vulcano para que castigara a Senaquerib, que estaba invadiendo su suelo. Aquella misma noche, una millonaria invasión de ratas creó una espantosa confusión en el campamento asirio y devoró el cuero de los arreos de los caballos y de los aparejos de los carros de guerra, las correas de los escudos, la piel de cascos y corazas de los guerreros y no dejó una sola cuerda en los arcos. Los asirios, empavorecidos por el fenómeno, levantaron el campamento y regresaron a su tierra. Según la tradición, el propio Senaquerib quedó impresionado y ordenó erigir una estatua votiva suya en un templo dedicado a Vulcano, con una rata en la mano. Al pie, una inscripción rezaba: «Cualquiera que seas aprende de mí a temer a los dioses».

El donativo debió habérselo presentado a Yavé, pues —al menos según asegura la Biblia— el Dios de Israel le persiguió hasta el final: «Mientras el rey estaba postrado en el templo de Nisroc, su dios, Adramelec y Sarasar, sus hijos, le hirieron con la espada y huyeron a la tierra de Ararat. Su hijo Asaradón reinó en su lugar».

Eso sí que ocurrió: al parecer, Senaquerib estaba orando en el templo de Nínive cuando fue atacado por varios conjurados, entre los cuales se hallaban cuatro de sus hijos. El magnicidio ocurrió porque el rey, que había perdido a su heredero en el ya comentado asunto de Babilonia, designó sucesor a su hijo pequeño, Asarhaddon (el Asaradón de la Biblia), fruto de la relación con su última favorita. Los hermanos mayores y otros descontentos le asesinaron y huyeron, pues Asarhaddon, que vivía en el exilio por orden de su padre para evitar atentados, regresó a Nínive al frente de sus partidarios y degolló a todos los comprometidos en el magnicidio antes de ceñirse la corona.

Pero de la muerte de Senaquerib hay otra versión más pintoresca, según la cual habría muerto aplastado por uno de los gigantescos toros con cabeza humana y alas de águila que había a la entrada del templo.

A Senaquerib se debió el traslado de la capital a Nínive, que fue la ciudad más grande y hermosa de su tiempo. Estaba situada en la margen izquierda del Tigris, no lejos de la actual Mosul, y según Diodoro tenía forma triangular, con un perímetro de 104 kilómetros defendido por una muralla de 33 metros de altura, reforzada por 1500 torres cuadradas de 60 metros de altura, que eran dobles en cada una de sus 16 puertas. En ella pudieron vivir hasta 350 000 personas, incluyendo el arrabal exterior. La ciudad fue excavada por varias expediciones arqueológicas británicas y francesas en el siglo XIX. La más afortunada fue la del diplomático Austen Layard, que logró hallazgos extraordinarios entre 1845 y 1851 en Nimrud y Nínive —en esta, nada menos que los palacios de Senaquerib y la biblioteca de Assurbanipal—, fruto de los cuales es la maravillosa colección de estatuas, relieves, sellos y tablillas cuneiformes asirias del Museo Británico de Londres.

El sucesor de Senaquerib demostró que este había acertado plenamente en su elección. Fue Asarhaddon (680-669 a. C.) un excelente administrador que restauró las finanzas asirias, desvalijadas por las empresas militares y urbanísticas de su padre, al tiempo que trataba de deshacer alguno de los entuertos de su progenitor, como la mencionada reconstrucción de Babilonia, y de terminar alguna de sus empresas expansionistas, como la conquista de Egipto. Igual que sus antecesores, lo primero que tuvo que hacer para ello fue asegurarse el corredor sirio, luchando contra idumeos, filisteos y judíos y conquistando Jerusalén en tiempos del rey Manasés (667 a. C.). En esta ocasión, Yavé dejó de su mano a este rey por su impiedad e iniquidades.

Tras algunos reveses, penetró Asarhaddon hasta Menfis, cerca de la actual ciudad de El Cairo, titulándose exageradamente «rey de reyes de Sushur, Patros y Kush» (Bajo y Alto Egipto y Etiopía), cuando realmente solo se había ganado el primero de esos títulos. Proyectaba merecerlos todos, pero cuando marchaba hacia Egipto con tropas de refresco murió repentinamente.

Le heredó otro fantástico soldado, Assurbanipal (669-630 a. C.), que logró apoderarse de Tebas, dominando todo Egipto, aunque por breve espacio de tiempo.



Aprovechando su lejanía, los Estados feudatarios se levantaban por doquier. Dejó Egipto, retirando parte de sus tropas, con las que fue sofocando una rebelión tras otra. Su campaña más dura fue contra su propio hermano, rey de Babilonia, al que quemó vivo en su maravilloso palacio. Venció a los árabes, dominó nuevamente el corredor sirio, tomó Jerusalén y se llevó a Nínive cargado de cadenas al rey Manasés, aniquiló a los elamitas y se apoderó de Susa, ya muy dentro de Persia. Urartu y los reyezuelos de Anatolia, aterrados ante aquel rosario de victorias, matanzas y saqueos, le enviaron embajadores y tributos... ¡Como para no hacerlo! En sus tablillas figura que desolló vivos, decapitó, estranguló o sacó los ojos a una decena de reyes que osaron enfrentársele. Dice uno de sus textos:

Yo mataba a uno sí y a otro no. Mandé levantar un muro ante las puertas de la ciudad (para que fuera bien visible su escarmiento) e hice desollar a los cabecillas y tapizar con su piel aquella pared. Unos cuantos fueron emparedados vivos, otros, empalados a lo largo de ella. Hice formar coronas con sus cabezas y guirnaldas con sus cuerpos.

Pero aquello solo podía soportarlo un genio de la guerra y de la política, como era Assurbanipal, y entre sus sucesores no hubo nadie de su talla, de modo que, tras su muerte, el imperio entró en rápida decadencia y desapareció, arrasado por medos y caldeos en el 609 a. C.

Pronto tanta riqueza y fanfarria militar pasó al olvido. Su aureola cultural no existía, pues su abundante literatura repetía la de Sumer, Akkad y Babilonia. Tampoco quedó gran cosa de sus dioses, ya que su panteón incorporó a cuantas deidades se habían venerado en Mesopotamia y países aledaños, hasta sumar unas 2500. La pareja divina principal estaba formada por Assur y su esposa Istar; el primero era una deificación de la ciudad madre y la segunda, la ya conocida y enamoradiza diosa sumeria, que en este caso asume, también, funciones guerreras.

Sus estatuas de metales preciosos fueron saqueadas y fundidas por los invasores y en piedra poco nos ha llegado de sus divinidades básicas. Tampoco de la escultura de bulto con otros protagonistas se ha conservado mucho, aparte de media docena de buenas estatuas de sus reyes. Lo mejor es lo que las ciudades asirias, convertidas paulatinamente en colinas arcillosas, guardaron en sus entrañas: los relieves de sus templos y palacios y las colosales esculturas de sus toros alados, de hasta cinco metros de altura, dos de las cuales constituyen una de las muestras más espectaculares de los tesoros del Museo Británico.

## LOS GUERREROS DEL CARRO

**H**ace dos siglos nadie había oído hablar de Hatti ni de los hititas. En 1830, Jean-François Champollion publicó la traducción de un tratado de paz firmado por el faraón Ramsés II con Hattusili de Hetta. El documento causó sensación en el mundo europeo de la filología y de la historia, pues la traducción de los jeroglíficos estaba aún balbuceando. Y sorprendió, también, que un gran faraón firmara un acuerdo entre iguales con un desconocido personaje de un ignoto reino. ¿Qué era Hetta, dónde se había desarrollado, cuándo había desaparecido? Misterio.

Unos años después, el viajero y arqueólogo francés Charles Félix Texier recorrió la meseta de Anatolia y quedó sorprendido por las antiguas y espectaculares ruinas que allí pudo admirar. Dejó constancia de su viaje y de lo visto en el corazón de la región turca de Capadocia, de los restos ciclópeos de notables ciudades en las que debía de haberse desarrollado una gran civilización cuyo epicentro parecía hallarse en la pequeña aldea de Bogazkoy, pero no logró enterarse de qué antigua nación había florecido allí.

Aunque hubo prospecciones posteriores, tuvo que amanecer el siglo XX para que una misión arqueológica alemana, encabezada por Hugo Winkler, excavara sistemáticamente Bogazkoy. En 1906, Winkler pudo apuntarse un éxito formidable: había encontrado Hattusas, capital del reino de Hatti, y en la biblioteca de su palacio real, miles de tablillas, unas en acadio y otras en una lengua desconocida, que debía de ser la propia de los hititas. Winkler pudo traducir algunas en lengua acadia y tropezó con un documento excepcional: precisamente, la versión hitita del tratado entre Ramsés II y Hattusili III.

### EL MISTERIO DE LOS IMPERIOS INDOEUROPEOS

Los hallazgos de Winkler maravillaron a la comunidad de historiadores y lingüistas. El imperio de Hetta mencionado por los jeroglíficos era Hatti y existía una lengua hitita que estaba por descifrar. Los escrituristas, especialistas en cuanto concierne a la Biblia, pudieron despejar uno de los enigmas que se les venía resistiendo desde siempre: ¿Qué país era Jeta y quiénes los jeteos que aparecían en varios pasajes bíblicos? El más espectacular de estos jeteos es Urías, que aparece en la historia de David: el rey se levantó de la siesta y subió a la terraza de su palacio, desde donde vio bañarse a la hermosa Betsabé. David la deseó y, sin importarle que fuera la esposa de Urías, uno de sus capitanes, que se hallaba en campaña, envió a sus criados a buscarla y logró acostarse con ella. Pasadas unas semanas, Betsabé le comunicó al rey que se encontraba encinta y David, tratando de tapar el asunto,

ordenó al jefe de su ejército, Joab, que le enviara a Urías. El rey pidió al guerrero que le contara detalles de la campaña y luego le mandó a casa, suponiendo que estaría muy contento de pasar la noche con su mujer. Pero Urías se quedó con los criados, durmiendo en la sala de guardia, junto a la puerta de palacio. David volvió a llamarle:

—¿No acabas de llegar de camino? ¿Por qué no has bajado a tu casa?

—El Arca, Israel y Judá habitan en tiendas, mi señor —replicó Urías—. Joab y los servidores de mi señor acampan al raso. ¿Cómo puedo yo entrar en mi casa, comer, beber y acostarme con mi mujer?

No cejó David en su propósito de hacer que el soldado terminara en la cama con Betsabé y, al día siguiente, le invitó a comer con él, sirviéndole tanto vino que Urías se emborrachó, pero ni aún así quiso entrar en su casa y volvió a dormir junto a la guardia. Como no surtiera efecto su maniobra, el rey decidió quitarle de en medio: escribió una carta a Joab y se la entregó a Urías para que se la llevara al reintegrarse al ejército. La carta contenía la condena a muerte del jeteo:

Pon a Urías en el punto donde más dura sea la lucha y cuando arrecie el combate, retiraos y dejadle solo para que caiga muerto.

Joab ordenó a Urías que dirigiera un ataque. Los defensores les rechazaron con flechas y piedras e hicieron una salida, que culminó con la muerte de numerosos soldados judíos y el propio Urías. Un mensajero corrió a Jerusalén a comunicárselo a David, que inicialmente montó en cólera por la pérdida de tantos guerreros, pero se aplacó al saber que Urías también había caído.

La mujer de Urías supo la muerte de su marido y le lloró. Pasado el duelo mandó David a buscarla y la introdujo en su casa y la tomó por mujer y ella le dio un hijo. Lo que había hecho David fue desagradable a los ojos de Yavé. (Samuel, 11, 2-27).

Y el castigo sería terrible. Pero al margen de la naturaleza de la tragedia, este pasaje deja constancia de la fama que tuvieron los hititas de excelentes soldados, duros, sobrios y caballerosos. Urías era un hitita, y con las virtudes que se les suponían quedó retratado en la Biblia. Hay otras citas bíblicas de Hatti y casi todas se refieren a él como poderoso pueblo guerrero y a los hititas como soldados fieles: así ocurre cuando David abandona Jerusalén, huyendo de su hijo Absalón; entre los que le siguen al destierro estaba Itai, el jeteo, con su gente. El rey le dice:

—¿Por qué has de venir tú también? Vuélvete, pues tú eres un extranjero. Llegaste ayer ¿y voy a hacerte hoy errar con nosotros, cuando ni yo mismo sé siquiera a dónde voy? Vuélvete y lleva contigo a tus hermanos y Yavé te conceda gracia y verdad.

—¡Vive Dios y vive mi señor el rey, que donde mi señor esté vivo o muerto, allí estará su siervo!

Itai mandaría una de las tres alas de las tropas de David en la batalla en la que fue vencido y muerto Absalón.

Si Winkler había desvelado alguno de los misterios más superficiales sobre Hatti,

decenas de prospecciones arqueológicas seguirían su estela poniendo al descubierto la historia de un gran imperio. Paralelamente, los filólogos lograrían descifrar pronto el idioma hitita gracias a los trabajos del checo Bedrich Hrozný, llevados a su madurez por Johannes Friedrich, que a mediados del siglo xx publicó un manual de la lengua hitita y un diccionario. Ambos quedaron, de paso, implicados en la tremenda polémica sobre el origen de los indoeuropeos. La batalla se desarrolló a lo largo de un siglo: empujados por el pangermanismo —y, luego, por el nazismo—, hubo científicos que sostuvieron que el origen de los pueblos indoeuropeos se hallaba en el área escandinavo-germana; a mediados de la pasada centuria, otro grupo de expertos sostendría que tal origen debía buscarse en Europa central. Contra tales teorías y opiniones fueron levantándose las investigaciones filológicas y arqueológicas, y en el único lugar donde ambas coordenadas convergían era en Ucrania, en una gran área situada al norte de los mares Negro y Caspio, limitada por los ríos Dniester y Ural. Desde allí, en la época del Bronce y a lo largo de casi dos milenios, las tribus indoeuropeas (celtas, germanos, itálicos, aqueos, hititas, arios...) se dispersarían; unas se encaminarían hacia el oeste, penetrando en Europa central, la península Itálica y los Balcanes; otras seguirían la costa del mar Negro para atravesar el Cáucaso y descenderían hacia la península de Anatolia. Varias avanzarían penosamente por las montañas hasta la meseta de Irán o, por el este del Caspio, penetrarían en Asia central y alcanzarían la India. Los filólogos distinguen estas ramas: a las primeras (las europeas y anatolias) las llaman indoeuropeas y a la segundas (las asiáticas), indoarias, con subgrupos como el indoiranio.

Al parecer, estos pueblos poseían una agricultura rudimentaria, pero disponían de una ganadería importante, eran hábiles tejedores, conocían el carro ya antes del 4500 a. C. y, sobre todo, habían domesticado el caballo y alcanzado tal compenetración con su cabalgadura que parecían centauros. Migraban frecuentemente en busca de regiones no esquiladas: cargaban sus tiendas y familias en los carros, los pastores arreaban el ganado y los guerreros, en general todos los hombres en edad de combatir, montaban en sus caballos, armados con lanza, espada y arco, y avanzaban en busca de una tierra de promisión, dispuestos a conseguirla incluso por la fuerza. Dos de estos pueblos nos interesan especialmente aquí porque formaron el ya citado imperio de Hatti y el aún más desconocido de Mitanni, tan ignorado que al llegar el siglo xx era imposible de ubicar.

La búsqueda del Imperio mitanio ha avanzado lentamente. Se han descubierto yacimientos importantes (Nuzi, Tell Feherilla, Tell Fakhar, Tell Hadidi, Tell Barri), aunque primero la Segunda Guerra Mundial y después la inestabilidad de Iraq han impedido un trabajo sistemático y constante. Todo ello ha originado que aún sea un misterio el lugar donde se asentaba la capital del reino, la legendaria Wassukkanni, pero ochenta años de investigación han brindado un enorme caudal informativo sobre este poderoso pueblo, cuyo territorio puede situarse entre los cursos altos del Eúfrates y el Tigris y que ocuparía el corazón del Kurdistán en su más amplia acepción. Hace

3500 años, ese imperio dominaba dos tercios de Mesopotamia, todo el borde oeste de Persia, hasta los montes Zagros, el sureste de Anatolia, y disputaba a Egipto el corredor sirio.

## CONQUISTADORES Y CABALLEROS

El Imperio mitanio alcanzó la cima de su extensión, influencia y riqueza con el rey Tusratta, pero su desplome a manos de hititas y asirios sería vertical. De ese ocaso hay bastantes noticias, pero la información sobre sus principios es muy escasa. Su origen hay que buscarlo en la fusión perfecta de dos pueblos, los hurritas, gentes a las que se supone procedentes de Asia central, y los mitanios, como ya se ha dicho, indoarios desgajados, probablemente, de las migraciones indoeuropeas hacia el subcontinente indio. Hace ya 3800 años se hallaban unidos y se les designaba indistintamente como hurritas o mitanios en un amplio arco que iba desde la costa siria hasta los montes Zagros. Aún no formaban un reino, pero, según dice Joaquín Córdoba Zoilo —uno de nuestros especialistas más distinguidos en la historia antigua y la arqueología del Próximo Oriente—, al que sigo en esta narración:

... estaban presentes en todas partes. Como obreros, soldados, campesinos, sacerdotes, diplomáticos o artesanos, como súbditos o como príncipes. Unidos o dispersos, pero con una lengua común tan extraña que por sí sola les servía de lazo de identificación.

La constitución del reino de Mittani, poderoso y efímero, con apenas 250 años de historia, debió de ocurrir hace unos 35 siglos, en la ciudad aún no localizada de Wassukkanni. A falta de información, incluso se carece de los nombres de sus reyes y de las fechas de sus reinados. Por sus choques con otras potencias, Egipto fundamentalmente, se conocen algunos hechos y a sus protagonistas. Sus guerreros, especialistas en el combate con carros, fueron conocidos como *maryanni*, y debieron de tener un enorme prestigio. Según los datos que proporciona Córdoba, aunque el carro de guerra ya era conocido en Mesopotamia, fueron hurritas y mitanios los que introdujeron allí el carro ligero y dominaron los secretos del perfecto y complejo adiestramiento de los caballos que requería su utilización en combate.

La construcción del carro era todo un arte. Según el arqueólogo Fernando Quesada, los carpinteros escogían con sumo cuidado la madera, cuidando su ligereza, resistencia, dureza y flexibilidad. Refiriéndose a un carro hallado entero en una tumba, construido hace 3500 años para un tiro de dos caballos, informa de que su timón era de sauce; los radios, de roble; el cubo del eje, de olmo; las pinas, el timón y la caja, de fresno; para el ensamblaje se utilizaron tiras de abedul y cuero.

Todo esto revela una construcción compleja y, por tanto, especializada, en la que intervenía, además de la elección de la madera, su curación, su corte, el trabajo para curvar algunas piezas, el ensamblaje y el encolado. En suma, como ha dicho algún

especialista, se trataba de «la primera máquina de alto rendimiento».

Asimismo era completo y complejo el armamento que equipaba a los tripulantes del carro, auriga y arquero: dos cascos de bronce con cubrenucas, dos armaduras de placas de bronce para ellos y otras dos para los caballos; un látigo y un juego de riendas de repuesto para el auriga; un potente arco compuesto y 74 flechas contenidas en dos aljabas para el arquero; y, por si se veían obligados a combatir a pie, dos espadas de buen bronce, una lanza y un escudo.

Su táctica variaba según las circunstancias. La carga general, con los arqueros cubriendo las filas enemigas de flechas, era seguida de un repliegue ordenado y simultáneo a la espera de cargar de nuevo. Si se atacaba a cuerpos de infantería, la táctica era girar en torno a ellos asaeteándolos sin piedad. Si el enemigo contaba también con carros, lo ideal era lograr la superioridad en un ala y envolver a la infantería... Y, además, se daban los combates singulares entre jefes o campeones, lo cual concuerda bien con su «cultura caballeresca».

Los egipcios comenzaron a temer y a respetar a los guerreros mitanios cuando chocaron con ellos hace 3500 años en el norte del corredor sirio. Más huella dejó un nuevo encontronazo en tiempos del gran faraón guerrero Tutmosis III (1483-1450 a. C.), que organizó una expedición contra una alianza de ciudades de Palestina-Siria que suponía un grave peligro para los intereses egipcios en la zona porque estaba respaldada por el reino de Mitanni; el faraón venció a los coaligados en la batalla de Meggido, en la que participaron muchos *maryanni*. La victoria egipcia debió de ser estrepitosa pero no concluyente, porque en cuanto el faraón regresó a su tierra la inseguridad se reinstaló en aquella frontera.

Inmediatamente después de esa confrontación aparece Mitanni en toda su pujanza, de la mano de un rey guerrero, Saustatar, que se apoderó de Assur, la capital de Asiria, y cerró las rutas de la cordillera del Tauro a los hititas, dominando desde la costa mediterránea de Siria hasta la cordillera de los Zagros y desde el sur de Anatolia hasta el norte de Babilonia. Eso ocurrió hacia el 1450 a. C. Para entonces, las confrontaciones mitanio-egipcias parece que habían cesado y así se llegó al acuerdo diplomático alcanzado en el último tercio del siglo xv a. C., cuando el heredero de Saustatar, el rey Artatama I, y Tutmosis IV, tras una larga y compleja negociación, establecieron un tratado, sellado con el matrimonio de una princesa mitania con el faraón.

Las relaciones fueron excelentes durante los siguientes reinados y nuevas princesas mitanias viajaron a Egipto para casarse con Amenofis III y con Amenofis IV (Ajnatón). La amistad fue tan estrecha que un nuevo rey mitanio, Suttarna II, envió «a su hermano» Amenofis III una estatua de la muy milagrera diosa Sauska, cuyo santuario principal se hallaba en Nínive, como remedio seguro para su enfermedad. No es sorprendente que el faraón rompiera, poco después, sus relaciones con Mittani a causa del asesinato de Suttarna II. El regicida, que pensaba controlar el poder entronizando a Tusratta, un hermano menor de edad del difunto rey, fracasó en

su propósito. Cuando Tusratta se afianzó en el trono, despojó del poder al conspirador y lo ejecutó, reanudando la relación con Egipto, por entonces ya gobernado por Ajnatón. Las cartas de Tusratta a Ajnatón, halladas en el archivo de Amarna, han proporcionado numerosas noticias sobre este soberano mitanio —por ejemplo, su esposa se llamaba Yuni, único nombre conocido de las reinas mitanias—. En una de ellas, el soberano mitanio pide oro para un templo que está construyendo: «Quisiera oro en grandes cantidades, que no sea posible contarlos, quiera mi hermano enviármelo y quiera mi hermano enviar más oro del que recibió mi padre. ¿Acaso en el país de mi hermano no hay tanto oro como polvo?». Pero a pesar de esa abundante correspondencia diplomática sigue sin poderse reconstruir adecuadamente su reinado y aún menos la trayectoria histórica de Mitanni y de sus gentes.

Sobre los problemas que agobiaron a este soberano sí existen más fuentes: pronto le presionaría un personaje poderoso que acababa de acceder al trono de Hatti, el rey Suppiluliuma. El primer envite lo ganó el mitanio, cuyos carros arrollaron a los hititas, y Tusratta, como muestra de su magnífica victoria, le envió a «su hermano» y yerno Ajnatón «un carro de guerra, dos caballos, un muchacho y una muchacha del botín del país de Hatti».

Pero aquello solo fue el aperitivo de una larga guerra. En una segunda contienda, los mitanios fueron derrotados y perdieron una de sus ciudades más ricas, Alepo. Y aún hubo una tercera, en la que Tusratta volvió a morder el polvo y Suppiluliuma ocupó su capital, Wassukkanni. Al parecer, los *maryanni* tuvieron que dividir sus fuerzas para defender sus ciudades de los ataques asirios, que estaban en plena recuperación, de modo que fue un ejército muy reducido el que opusieron a los hititas y fueron aplastados. Tusratta sería asesinado poco después y con él se apagó el resplandor mitanio: las tropas asirias atacaron sus ciudades desde el este y, aunque muchas resistieran hasta el último hombre, no pudieron contener a aquel renacido imperio.

El último episodio de la agonía de Mitanni ocurrió en época del asirio Salmanasar I (1263-1234 a. C.), que venció al último rey mitanio, Sattuara II, en una feroz batalla en la que fue determinante la apabullante superioridad numérica de los carros asirios. Salmanasar capturó en aquella victoria a 14 000 mitanios y, haciendo gala de la infinita crueldad asiria, ordenó cegarlos a todos y venderlos como esclavos en los mercados de sus dominios. Exterminados los mitanios y arrasadas sus ciudades, sobre su historia y sus ruinas se acumularía el polvo del desierto, que aún nos oculta muchas de sus claves.

De ellos ha quedado el rastro de «una nación caballeresca y guerrera», conducida por monarcas belicosos, que encabezaban a sus tropas en la batalla y combatían hasta la muerte. Pero a esos reyes también se los halla, pese a la escasez de las fuentes, repartiendo tierras y prebendas, dictando leyes, estableciendo tratados e impartiendo justicia.

Tras la institución real, lo más conocido en la sociedad mitania son los citados

*maryanni*, esa especie de guerreros profesionales al servicio real, equipados con carros y armas por los almacenes de la corona, de los que, quizá, se derivó una casta noble, formada por la casa del rey y por los hombres de guerra más distinguidos o favorecidos por el monarca.

Además de la agricultura y la ganadería, que debieron de ser actividades bastante productivas dada la abundancia de agua, tuvieron fama en los mercados internacionales las piezas de lana que salían de sus telares, los magníficos carros de guerra y arcos que fabricaban sus carpinteros y los útiles de bronce para el hogar, la agricultura o la guerra —espadas, cascos, puntas de lanza, placas de escudos y armaduras— que producían sus factorías metalúrgicas. También trabajaron el hierro, pero fue este muy escaso y el de mejor calidad, de origen meteórico, rarísimo, un auténtico metal precioso. Regalo mitanio fue, seguramente, el puñal de hierro hallado en el vendaje de la momia de Tut-anj-Amón, junto a otro de oro, lo que significaba que para los egipcios eran de equivalente valor.

Su panteón tenía, sin duda, mucha influencia de las deidades mesopotámicas, pero conservaba sus raíces indoarias y el pueblo mitanio no había dado la espalda a sus antiguas divinidades, como el belicoso y violento Indra, el sabio Mitra, el mago Varuna, Vayu, el dueño del viento, o Rta, personificación de la ley. No obstante, la mayoría de los mitanios adoraría al dios supremo nacional, que regía la tempestad, el rayo y la tormenta, el terrible Tessub, al que se representa de pie sobre un toro. Hermana suya era Sauska, la señora, muy querida, diosa de la guerra y del amor.

Sus documentos escritos expresan la fuerte actividad diplomática, la religiosidad mitania y su afición a la magia y la hechicería. De su literatura apenas quedan algunas muestras que reproducen textos de las antiguas culturas sumerias o babilónicas.

Su arte nos ha llegado con usura. Pertenece a un breve periodo temporal y los escasos restos se han encontrado muy mezclados con los de las gentes con las que convivieron. Las muestras más interesantes son cerámicas de fina hechura, animalitos realizados en barro vidriado y, sobre todo, sellos, que no solo servían para certificar un documento, sino, también, como amuleto. Escaso bagaje para tanto reino.

Ya se ha dicho que del mismo remoto tronco original de los guerreros y centauros de Ucrania salieron, también, los hititas y quiso la dinámica poblacional que se asentaran en la vecindad de los hurrita-mitanios, convirtiéndose en enemigos seculares. Pero vayamos al principio. Parece que las migraciones que fundaron el reino de Hatti comenzaron a establecerse en la meseta de Anatolia hace unos 5000 años. Un milenio más tarde tenían algunas ciudades importantes regidas por príncipes independientes, donde existían establecimientos comerciales asirios, y hace unos 3800 años ya se había fundado un reino hitita, gobernado por Anitta, que merece ser recordado por una rareza en aquel tiempo: conquistó la ciudad de Kanis para convertirla en su capital y no ocasionó daño alguno a sus habitantes. Dos centurias



después, la capital se había instalado en Hattusas y sentado en el trono había un rey conquistador, Hattusili I, que expandió sus dominios hacia el sur, buscando las ricas ciudades del corredor sirio, con el ojo puesto en la próspera Alepo. Cargado de riquezas, aunque sin consolidar dominio alguno, regresó a su reino mesetario.

Su más famosa expedición fue recreada por la leyenda: un formidable toro divino abrió a cornadas un paso en la cordillera del Tauro para que pudiera atravesarla el ejército hitita. De ahí el nombre que se impondría a esa cadena montañosa. Alcanzada la llanura, Hattusili cruzó el Eúfrates, irrumpió de improviso en Mesopotamia y saqueó Hahun, ciudad que controlaba el comercio del oro, arramblando con todo. El éxito excitó la codicia de botín y de gloria, y enriqueció el primitivo panteón hitita con las divinidades de las ciudades asaltadas o sometidas, cuyas estatuas terminaban en los santuarios de Hattusas.

Los dioses primitivos de los hititas eran pocos y sencillos: Sius, el dios solar; Kubaba, diosa madre; Taru, dios de la tormenta y la tempestad, y su esposa Arinna, diosa del cielo; Tarhu, dios de la vegetación; Inara, diosa protectora, y poco más. Sin embargo, cuando Hatti alcanzó su máxima expansión, hace 34 siglos, sus deidades eran centenares; incluso se decía: «Hatti, el país de los mil dioses».

Las rencillas internas y, sobre todo, las ambiciones familiares amargaron la vejez de Hattusili, cimentador del imperio. Pero aun anciano era hombre de carácter: destituyó al heredero por considerarle un títere y buscó lo mejor que tenía en la familia, su nieto Mursili. El joven demostraría el acierto de su abuelo, pues logró lo que este no había conseguido: tomó Alepo, dominó las tierras entre el Eúfrates y el Mediterráneo y saqueó el territorio hurrita próximo. Según la crónica de la expedición, «destruyó todas las ciudades de los hurritas». Luego, sus carros de guerra se expandieron por la llanura mesopotámica en alas de la victoria, llevando el terror y la desolación a las ricas ciudades del sur del gran río, hasta alcanzar Babilonia, en una marcha fantástica de más de ochocientos kilómetros. John Keegan reconstruye el efecto del carro de guerra —conducido por un auriga acompañado de un experto arquero armado con un poderoso arco compuesto— sobre las nunca muy adiestradas milicias de infantería a las que se mandaba a combatir a campo abierto.

Los guerreros en carro que bajaron de la meseta a las llanuras abiertas infligieron impunemente graves bajas a los caldeos. Corriendo en círculo, a una distancia de cien o doscientos metros, de «las manadas» de infantería sin coraza, la tripulación de un carro ligero podía herir a seis hombres por minuto; diez minutos de acción de diez carros causaban quinientas bajas o más.

Parece que su triunfal regreso, cargado de tesoros, fue accidentado. Según Córdoba, probablemente, los hurritas le pasaron la cuenta de la devastación que había causado en sus ciudades, esperando emboscados a que atravesara el Eúfrates. Se ignora el resultado de la lucha, pero no debió de ser muy favorable para Mursili I, pues perdió parte del botín.

Esa expedición, de glorioso desarrollo y, quizá, sangriento y decepcionante regreso, excitó aún más el encono y las envidias contra el joven rey y esta vez los

veteranos de su abuelo, en los que se había apoyado para acceder al trono, no lograron evitar la puñalada traperera que le asestó su cuñado. El regicida, Hantili, creyó poder emular las hazañas del difunto, pero su crimen solo originó que los vecinos vieran en Hatti un reino cargado de botín y sin una espada que lo defendiera. Reyertas familiares, crímenes dinásticos... treinta años de sangre, anarquía y ruina terminaron con el primer impulso imperial de Hatti. Y cuando parecía a punto de desaparecer, llegó un genio llamado Telepinu.

Casado con la hermana del rey, parece que este personaje asaltó el trono para escapar del puñal del sicario, pero hacen constar los textos que su golpe de Estado fue incruento, contentándose con desterrar a sus enemigos. La corona le permitió exhibir su madera de político y de caudillo, pero cubrió su casa de luto: mientras luchaba en la frontera para rechazar la presión y las incursiones de los reinos vecinos, su esposa y su primogénito fueron asesinados. Telepinu regresó a Hattusas, investigó el crimen, capturó a los asesinos y, sobreponiéndose al dolor, les perdonó la vida, reduciéndolos a la condición de campesinos. A continuación, publicó un famoso edicto, del que el profesor Córdoba dice que se trata de uno de los más curiosos documentos de la historiografía oriental:

Telepinu intento restablecer el orden reformando el mecanismo de la transmisión de la realeza y revitalizando la Asamblea, el *Panku*. Su edicto dejaría expresamente establecido que, cuando falleciera un monarca, «sea rey un primer príncipe varón. Si no hay príncipe varón, tome marido la primera hija y que este sea rey».

Se cerraba así el camino del crimen. La Asamblea y los grandes serían los guardianes del cumplimiento del edicto real. En el futuro, incluso los reyes carecerían de libertad alguna para elegir un sucesor distinto al establecido por la norma. Había una ley y a ella estaban todos sometidos.

El edicto de Telepinu incluía otras muchas medidas para el buen funcionamiento político, la curación de las heridas abiertas en Hatti y la pacificación de las costumbres:

... como la que impedía que la culpabilidad y sus consecuencias se extendieran a la familia de los reos (...). «Si un príncipe peca, pague él con su cabeza, pero no su casa y su hijo». La ecuanimidad y el sentimiento humanitario —del que el monarca dio un doloroso ejemplo a sus súbditos— se imponía por fin en la sociedad hitita.

Telepinu salvó a Hatti de la ruina en tiempos muy difíciles, en plena expansión de Mitanni y con los demás vecinos dispuestos a desmigajar el reino. Pero pasó el tiempo, y el viejo edicto, al olvido y, de nuevo, fue asesinado un heredero, lo que abrió el poder a un general victorioso, Suppiluliuma (1380-1346 a. C.), que era, probablemente, hijo de una concubina real. Este caudillo convirtió el ejército hitita en una formidable máquina militar y a Hatti en un imperio. Rechazó a los enemigos que acosaban sus fronteras, sometió a tributo a los pueblos vecinos, negoció con los que lograron resistirle y, ya respaldado por un Estado fuerte, se lanzó hacia la eterna aspiración hitita: las ciudades de Siria, para lo cual debería salvar la resistencia de Mitanni, el secular enemigo del sur. Tres campañas, denominadas por los documentos

Guerras Sirias, le costó a Suppiluliuma la total victoria. Se libraron en ellas sangrientos combates de carros, pero el empuje hitita puso fin al Imperio mitanio, que se fragmentó en dos partes: una, feudataria de Hatti, la otra, de Asiria.

Egipto también experimentó el poderío del ejército hitita, que penetró en el corredor sirio y se apoderó de las plazas de Ugarit y Kadesh, haciendo retroceder a los egipcios hasta la frontera de Palestina. Tal fue el poder conseguido por Suppiluliuma y tanto el prestigio de sus armas, que la reina Ankhesenamón, la viuda del faraón Tut-anj-Amón, le envió un mensajero con la petición de que enviara a Egipto a uno de sus hijos para hacerlo su marido y convertirlo en faraón. Los especialistas son unánimes al comentar la perplejidad del guerrero hitita, que jamás había contemplado tan fantástica hipótesis. Como no recibiera respuesta, la reina egipcia, acosada por las ambiciones del tutor real, Eye, y del jefe del ejército faraónico, Horenheb, le envió otro emisario. Esta vez, Suppiluliuma decidió remitirle a uno de sus hijos, pero nunca llegó al tálamo de la desolada Ankhesenamón, pues en el camino fue asesinado por los enviados de Eye, que de tutor real pasó a faraón.

Dicen que Suppiluliuma juró destruir Egipto para vengar la muerte de su hijo y aplastó las vanguardias egipcias en Palestina, pero allí su ejército sufrió una epidemia de peste y el propio rey enfermó. Falleció en Hattusas, donde se le hicieron funerales espléndidos. Según una tablilla hallada en la capital hitita, esta sería la ceremonia de incineración del monarca:

Cuando a la ciudad de Hattusas llega un gran pecado,  
y el rey o la reina se convierten en dios, entonces dejan todos, grandes  
[y pequeños, su caña,]  
y comienzan a lamentarse.  
El día en que él, se convierte en dios  
hacen lo siguiente: un buey de labor  
ofrecen a su alma (...)  
Luego se prepara el fuego (... y, tras la incineración).  
El segundo día, por la mañana,  
las mujeres van a la hoguera a recoger los huesos.  
Apagan el fuego con diez jarras de cerveza,  
diez de vino y diez de walhi.  
Un pomo de plata está lleno de aceite.  
Con una cuchara de plata recogen los huesos,  
y los ponen en aceite, en el vaso de plata (...)  
Se extiende un lecho en la tumba, en la cámara funeraria:  
(...) y se depositan los huesos sobre el lecho.  
Se coloca una lámpara (...)  
Con aceite fino ante los huesos (...)  
Se ofrecen entonces un buey y un cordero por el alma del muerto.  
(Citado por Joaquín Córdoba, *Los primeros Estados indoeuropeos*).

A Suppiluliuma le sucedió otro rayo de la guerra, su hijo Mursili II (1339-1306 a. C.), que era a la par un hombre piadoso, atormentado por el azote de la peste, que se había llevado por delante a su padre y a millares de sus ciudadanos. El rey se dirigía así al dios de las tormentas, que también era el de los castigos:

Verdaderamente, el hombre tiene inclinación al pecado. Mi padre pecó y ofendió al dios de las tormentas de Hatti, pero ¡yo no he pecado! Es cierto que las faltas del padre las hereda el hijo y que sobre mi recaen los pecados de mi padre, pero yo he reconocido esas culpas y, por tanto, la ira del dios de las tormentas de Hatti ya debe aplacarse.

Sus oraciones fueron escuchadas. Cesó la peste y, en cuanto se recuperó su país, puso en su sitio a los vecinos que le incordiaban en las fronteras y arrinconó a los asirios.

Del largo reinado de su sucesor, su hijo Muwatali (1306-1282 a. C.), solo nos ha llegado información abundante sobre su choque con Ramsés II, que tuvo en la batalla de Kadesh su episodio culminante. El faraón egipcio era todavía muy joven y deseaba una victoriosa aventura militar para encumbrar su figura. Con sus tropas —unos 24 000 hombres, con unos 2000 carros— penetró en Palestina y se dirigió contra Kadesh, bastión hitita en el corredor sirio. En la operación cometió dos errores, creer que Muwatali se hallaba con el grueso de su ejército cerca de Aleppo y dividir sus tropas. Sus cuatro cuerpos marchaban separados: Amón, en cabeza, rebasó Kadesh y comenzó a disponer el campamento; Re, que le seguía, estaba cruzando el río Orontes y se hallaba frente a Kadesh, cuando los otros dos cuerpos del ejército egipcio, Ptah y Seth, se hallaban a unos cinco o seis kilómetros. Entonces atacaron los hititas. Se supone que Muwatali lanzó contra el desprevenido Re más de 2000 carros, que arrollaron a la tropa y a los 500 carros que la acompañaban, poniendo a todos en fuga y masacrándolos en la persecución. Ese desastre fue percibido por el cuerpo de ejército de Amón, con el que se hallaba el propio Ramsés II. El *Poema de Pentaur* asegura que fue el valor del faraón, la fuerza de su brazo, su puntería con el arco, lo que detuvo a los hititas.

Hallé mi corazón valiente, mi pecho con alegría.  
Todo cuanto yo hacía era un éxito. Yo era como Monthu.  
Disparaba flechas a mi derecha, cogía prisioneros a mi izquierda.  
Yo era como Seth cuando les atacaba.  
Encontré que los 2500 carros entre los que estaba  
eran dispersados delante de mis caballos,  
ninguno de ellos encontró su mano para luchar,  
sus corazones desfallecieron en sus cuerpos, aterrados ante mí.  
Sus brazos cayeron incapaces de disparar,  
les abandonó el coraje para empuñar sus lanzas.  
Les hice caer como caen los cocodrilos  
cuando se precipitan uno sobre otro.  
Hice estragos en ellos a placer...

El estudio de la batalla sugiere que, ante la llegada del tropel de los carros de Muwatali, Ramsés II se retiró del campamento con sus fuerzas, acogiendo en sus filas a los fugitivos de Ra, mientras los hititas se dedicaban al saqueo. Luego, ante la resistencia que presentaba el faraón y la proximidad de los dos cuerpos de ejército retrasados, los hititas se retiraron cargados de botín.

Es decir, aunque quedara dueño del campo de batalla, no parece que existiera la gran victoria ramesida cantada por Pentaur y decenas de inscripciones en los

monumentos glorificantes del faraón. La expedición fracasó: los egipcios no pudieron tomar Kadesh y se retiraron después de haber perdido gran parte de su bagaje. La paz a la que llegó Ramsés II con los hititas fue muy posterior y la estableció con Hattusilis III (1275-1250 a. C.), uno de los sucesores de Muwatali, que se convirtió en suegro del faraón al cederle como esposa a su hija, Maa-Hor-Nefrurá, según su nomenclatura en el harén real.

Hatti había llegado a la cima de su poder, prestigio y riqueza, y treinta años más tarde aún contaba con una monarquía fuerte. De pronto, se produjo el final, sin que se sepa por qué y a manos de quién. En 1190 a. C. Hattusas ardió por los cuatro costados y en el incendio desaparecieron templos y palacios. ¿Quién destruyó el Imperio hitita, que aún controlaba Anatolia tres décadas antes? Como de gran parte de las catástrofes que en la época sacudieron todo el Mediterráneo oriental, se culpa a los pueblos del mar, un conglomerado étnico nunca bien definido que solo pudo ser frenado por Ramsés III, uno de los últimos faraones verdaderamente poderosos.

Aparte de su indudable vocación guerrera, que les llevó a servir como fuerza mercenaria, sobre todo como especialistas en carros, cuando sus reyes no tenían sus propias campañas, los hititas mantuvieron la tradición ganadera de sus antepasados y desarrollaron una importante agricultura en unas tierras que debieron de ser más propicias entonces de lo que son las de la Capadocia actual. Cultivaban cereales, legumbres, viñas, olivos, almendros e higueras.

Gracias a la abundancia de minerales, floreció la actividad metalúrgica, fundamentalmente del cobre y el bronce, de gran calidad. Los hititas fueron, también, hábiles fundidores de hierro, pero en esta época era un mineral tan escaso que únicamente se utilizaba para fabricar caros objetos suntuarios. Además, tuvieron pequeñas industrias cerámicas y en los hogares se han hallado restos de telares que debían de satisfacer la demanda local.

La sociedad hitita era muy sencilla, propia del pueblo de pastores y guerreros que había sido y que, en el fondo, nunca había dejado de ser. Trono y altar aparte, había tres clases sociales. La nobleza estaba compuesta por las viejas familias tradicionalmente influyentes y los guerreros que habían ascendido por sus méritos en el combate. Estos estaban obligados a sostener por su cuenta carros y caballos de guerra y a sufragar su adiestramiento y equipo. A cambio, recibían tierras y parte del botín en las victorias. Este sistema obligaba a continuas campañas militares porque, de lo contrario, estaba asegurada su ruina y desaparición. La nobleza formaba parte de la Asamblea y de los consejos reales, que tan importantes fueron tras el edicto de Telepinu.

La segunda categoría era la de los hombres libres, soldados, artesanos, comerciantes y propietarios agrícolas o ganaderos. En principio, en edad militar, todos eran soldados. Les pagaba el Estado, recibían una parte del botín y cuando dejaban las armas percibían tierras en compensación por los servicios prestados, por cuya explotación pagaban una renta mínima.

Los esclavos procedían en su mayor parte de las capturas de enemigos en los campos de batalla y eran repartidos en concepto de botín. Tenían derecho a un trato humanitario, y estaba penalizado humillarlos, pegarles o asesinarlos, aunque las penas fueran menos rigurosas que cuando las ofensas y daños se inferían a un hombre libre. Los delitos que pudieran cometer los esclavos solían considerarse de manera benévola, pero podían ser castigados con la mutilación del miembro que hubiera intervenido en la acción —vivo recuerdo del Talión—, cosa que no les ocurría a los seres libres. El esclavo tenía derecho a casarse con alguien de su misma condición o de clase social superior; en esta hipótesis, parece que la persona libre tenía que pagar la libertad de su consorte o se arriesgaba, dentro de determinado plazo, a caer en esclavitud. El dueño podía manumitir a su esclavo.

La cultura hitita no fue muy llamativa. Las tablillas halladas en la biblioteca real de Hattusas son, en gran parte, de contenido administrativo, pero también las hay de carácter religioso (rituales, himnos, oraciones y astrología, adivinación...) e histórico (listas reales, campañas militares, tratados, testamentos, leyes). Su literatura fue muy escasa y repetitiva de los mitos de Sumer y Babilonia.

Su arte más desarrollado fue el relieve, que produjo obras de gran fuerza expresiva, pero carentes, en general, de finura y elegancia. Arte de pueblos montañoses, rudos y guerreros, no muy prolífico y dedicado a enaltecer a sus dioses y a sus reyes.

Consonante con ese carácter fue su arquitectura, que denota vigor y buen conocimiento técnico, pero, salvo en momentos muy concretos, apenas muestra interés por los elementos decorativos o los perfiles elegantes. Lo poco que se conserva en pie son los restos de sus murallas, que consisten en una base de piedras ciclópeas, sobre las que se levantaba un muro de adobe. Sus puertas son peculiares, formadas por grandes piezas de piedra talladas en curva de modo que su unión originase un arco en ángulo agudo con el vértice redondeado, forma que podría calificarse de ojival.

## TIERRA DE DIOSSES

«Egipto es tierra adquirida (al mar) y don del río —escribía Heródoto— (...). El Nilo inunda e irriga los campos y, después de haberlos regado, se retira a su cauce. Entonces, cada cual siembra su campo y suelta los cerdos para que al pisar hundan las semillas en la tierra».

Así de fácil percibía el gran historiador griego la vida del campesino, pese a que cuando visitó Egipto, hacia el 450 a. C., los persas dominaban el país y esquilaban con sus tributos a los *fellahas*. Y es que los griegos, aunque consideraban unos bárbaros a los egipcios, que conocieron en su decadencia, estaban fascinados por el país y su civilización milenaria.

Diodoro Sículo —otro historiador griego que visitó Egipto mediado el siglo I a. C.— abría, admirado, los ojos ante lo que le decían y, aunque seguramente no se creía todo, lo recogía por si acaso: «Los egipcios cuentan que en su tierra y del lodo del Nilo nacieron los primeros hombres. Porque el Nilo es capaz de producir muchas cosas y da alimento para todos los seres vivos».

El Nilo era, con toda razón, causa de asombro. Experimentaba su crecida mediado julio e inundaba las riberas del valle, abonando con el limo que llevaban sus aguas las tierras de cultivo; cuando el río regresaba a su cauce, las tierras estaban listas para la siembra. Su precisión cronométrica —en combinación con conocimientos y experiencias astronómicas— permitió establecer uno de los primeros calendarios de la historia: el año tenía 365,256 días, divididos en doce meses de treinta días y cinco festivos; y cada cuatro años, se incluía un día más coincidiendo con la crecida del Nilo, producida por el deshielo en las montañas etíopes. El año se dividía en tres estaciones: la inundación (*akhet*), que comenzaba en julio y concluía en octubre; la siembra (*peret*), de noviembre a febrero; y la cosecha (*shemu*), de marzo a junio. Este ciclo era válido para los cereales, pero aquellas tierras rendían dos cosechas de verduras y legumbres, una hacia enero y otra en primavera, y hasta hay quien asegura que producían tres. La tierra húmeda, unida al clima caluroso en el interior y relativamente suave en la costa, proporcionaba gran variedad de verduras y legumbres (alubias, habas, garbanzos, lentejas, cebollas, ajos, pepinos), de frutas (dátiles, higos, granadas, melones, uvas) y múltiples hierbas aromáticas y medicinales.

La medición de sus crecidas por medio de los «nilómetros», que existían en los templos y eran controlados por los sacerdotes, decidía los tributos que debían pagar los campesinos, pues el nivel alcanzado por las aguas determinaba con extraordinaria precisión la producción de las tierras: si la crecida era grande, la tierra fertilizada era mucha; si pequeña, abonaba poco más que las riberas y se producían hambrunas.

## EL DON DEL NILO

Ese don le llega a Egipto desde el lago Victoria (Tanzania-Uganda), a 5600 kilómetros de distancia de su desembocadura; recorre Sudán, junto a cuya capital, Jartum, se le une el Nilo Azul, que procede del macizo etiópico; penetra en Egipto por su extremo sur y avanza perezosamente durante 1200 kilómetros por el valle, recorriendo el país hasta desembocar en el Mediterráneo, en un amplio delta de numerosos brazos, entre Alejandría y Port Said. Esta descripción física no ha variado gran cosa respecto a la existente en el Egipto faraónico. Hoy Egipto sigue siendo «el don del Nilo» y, quizá, con mayor razón que entonces. El único gran cambio lo introdujo hace medio siglo la presa de Assuan, que ha formado un inmenso lago entre Egipto y Sudán.

Por lo demás, el paisaje nilótico no ha variado mucho desde que lo viera Heródoto. Cierto es que desde hace casi dos siglos han desaparecido de sus riberas el hipopótamo y el cocodrilo, que asombraba al historiador. También han cambiado algunos cultivos, pero en general, sobre todo en el Alto Egipto, el reloj de la historia parece haberse parado en las aldeas ribereñas, construidas con adobe y techo vegetal. Desde el río se observa, junto a la elegante palmera apenas cimbreada por la brisa, al campesino arreando a su asno cargado de verduras, a los niños jugando en el borde del agua, a las mujeres lavando, al búfalo moviendo el brazo de la noria que eleva el agua para el riego, a los ibis que vuelan en bandadas, al pescador que extiende su red y golpea el agua con una estaca para que los peces penetren empavorecidos en la trampa.

El río es una de las explicaciones de la próspera y milenaria historia faraónica; otra son los profundos desiertos que balizan el valle del Nilo, impidiendo la penetración masiva de pueblos invasores; no menos importantes fueron la religiosidad del pueblo egipcio, canalizada por un sacerdocio fuerte y, casi siempre, cooperante con el poder civil, y una monarquía hereditaria y teocrática, en la que el faraón, hijo de dios, regía a su pueblo con mano de hierro. Cuando fallaba alguno de los factores, se acumulaban los problemas: profundas épocas de sequía en África produjeron míseras cosechas —las llamadas «vacas flacas», de las que hablaba el sueño del faraón que supo interpretar José—; el descuido de las fronteras o la decadencia política o la ineptitud del faraón permitieron que pueblos invasores saltaran mares y desiertos, como los hicsos, pueblos del mar, nubios, libios, asirios, persas... Un fenómeno mínimo si se considera que esas crisis se produjeron a lo largo de unos 3000 años y las últimas, una sobre la otra, en plena decadencia, activada por las disensiones dinásticas y los conflictos entre el templo y el trono.

El Egipto faraónico no era territorialmente muy distinto al actual: por el norte lo limitaba y limita el Mediterráneo; por el sur, el desierto de Nubia y, luego, el sudanés; por el este, el mar Rojo y el desierto del Neguev, y por el oeste, el desierto líbico. Hoy ese territorio mide un millón de kilómetros cuadrados, aproximadamente lo



mismo que entonces. Históricamente, no solían causar dificultades ni el oeste ni el Mediterráneo, salvo en época muy tardía; los problemas podían llegar del sur y fueron muchos los faraones que lanzaron expediciones de castigo para dispersar a las tribus del desierto que se acercaban a Assuan codiciando las riquezas atesoradas en el valle del Nilo. Pero la mayor preocupación solía proceder del este: el desierto del Sinaí y el del Neguev no eran tan impermeables como para impedir la penetración de los grandes imperios que florecieron durante milenios en Mesopotamia y la península de Anatolia, grandes potencias imperialistas como Babilonia, Asiria, Hatti, Mitanni o Persia; por tanto, la estrategia política egipcia estribaba en frenar las penetraciones en la zona más estrecha: el corredor sirio y Palestina, tal como se ha reiterado.

Egipto se ha dividido desde la Antigüedad en Alto y Bajo, y no por un mero capricho político: el Alto Egipto, a partir del sur de la antigua Menfis (junto al actual El Cairo), es más caluroso y seco, un desierto al que el valle del Nilo, en general estrecho y de elevadas orillas, apenas proporciona una pincelada de verdura, salvo en algunas excepcionales zonas bajas, como la de Tebas (actual Luxor); pero si la agricultura es allí limitada, la geografía ofrece otros recursos, como abundantes piedras duras, decorativas o preciosas: granito, caliza, arenisca, alabastro, diorita, cuarcita, feldespato, pórfido, malaquita, amatistas, esmeraldas, o yacimientos moderadamente productivos de cobre, plomo, galena, estaño, hierro, natrón y buena arcilla para la alfarería. Por el contrario, en el Bajo Egipto, que podríamos situar en los trescientos últimos kilómetros del curso del Nilo, las orillas son poco elevadas y el río se abre paso trabajosamente hacia la mar, discurriendo por múltiples canales. Dos tercios de la tierra cultivable en el Egipto faraónico estaban —como hoy— en el Delta. El Bajo Egipto disponía de una feracísima agricultura, pero, en cambio, sus recursos líticos y minerales eran muy escasos. Por tanto, lo que confirió a Egipto su grandeza fue la unión de los dos reinos.

Ambas tierras fueron pobladas por sucesivas migraciones africanas de *Homo sapiens* cada vez más evolucionados que marchaban hacia el este —Palestina, Siria, Mesopotamia, Asia Menor— tratando de buscar una vida más fácil. Algunos se quedaron en el valle del Nilo y otros, hace 6000 o 7000 años, retrocedieron desde el Creciente Fértil, llevando a Egipto mejoras agrarias, la ganadería y el comienzo de la metalurgia.

Los periodos más modernos de la prehistoria del Alto Egipto se conocen como Nagada I y Nagada II, porque fue en esa localidad, próxima a Tebas, donde el arqueólogo británico Flinders Petrie, basándose en la evolución de la cerámica, estableció un sistema de datación. La cerámica de Nagada II (3600-3200 a. C.), de tonalidad gris, fabricada a mano con gran finura y decorada con aves nilóticas y barcos, experimenta variedades formales modernizantes, como el asa, el pico o el pitorro para verter los líquidos, que denotan la influencia del Próximo Oriente. La industria lítica tuvo un desarrollo fantástico, produciendo piezas de una calidad extraordinaria, como el cuchillo ceremonial de Gebel el-Arak (Museo del Louvre), en

el que no se sabe si admirar más la finura del trabajo de la hoja de sílex o el mango de marfil grabado, que representa un combate, por un lado, y, por el otro, una escena probablemente religiosa en la que un personaje, acaso un dios, recibe el homenaje de los animales. Esos magníficos trabajos eran simultáneos a la introducción del bronce en los útiles agrícolas, domésticos o militares, aunque las armas más utilizadas parecen el arco, la maza y el hacha de piedra. En la época más reciente del Nagada II se advierten ya los primeros intentos, aún muy limitados, de escritura jeroglífica, en época muy similar a los balbuceos de la escritura sumeria, esto es, al menos hace 5300 años.

Simultáneamente, en el Bajo Egipto florecieron comunidades importantes en El Fayún o en el Delta cuya prosperidad se basaba en la agricultura —conocían el arado y el *shaduf*, palanca elevadora del agua de los canales— y la ganadería. De esta época datan los trabajos para corregir y mejorar los efectos de las crecidas del Nilo: nivelación de terrenos, canales, diques, presas y acequias. Fabricaban cerámica de calidad, trabajaban primorosamente la cestería y disponían de una técnica avanzada para tejer el lino (la segunda producción del país tras los cereales); hacían cerveza y vino; poseían silos para almacenar el grano; enterraban a sus muertos en cementerios, erigiendo ya sepulturas con dos compartimentos, uno para el cadáver y otro para las ofrendas, y desarrollaban una relevante actividad comercial, tanto interior como exterior, con mercaderes que llegaban a sus puertos o a través de las rutas caravaneras de Oriente. Esto ocurría hace unos 5500 años.

## EL MUNDO DE OSIRIS

La célula básica administrativa que paulatinamente se fue imponiendo en Egipto se denominaba *nomos*, que podríamos asimilar a comarca o región. Cada uno de ellos tenía su capital, su deidad protectora y un aparato administrativo completo encabezado por el monarca, una especie de gobernador a efectos políticos, administrativos y religiosos, pues oficiaba como sumo sacerdote del dios local, patrono del *nomos*. La unión de los *nomos* dio lugar a una entidad política superior, el reino. Por cierto, tradicionalmente, se ha hablado de Imperio egipcio, Imperio Antiguo, Imperio Medio e Imperio Nuevo. La tendencia actual es considerar que Egipto no tuvo una estructura imperial, y los historiadores prefieren hablar ahora de reino, designación que, en adelante, seguiremos aquí.

Pero volvamos a donde estábamos. Las deidades locales, que se conservarían siempre, palidieron ante la progresiva constitución del panteón egipcio. En el Delta, más avanzado y urbanizado, se fueron imponiendo una serie de divinidades, como Atón, Gueb, Nut, Horus, Osiris, Isis. Mientras, en el sur, primaba una deidad mucho más áspera, Seth, dios de la tormenta, el viento, la lluvia, la guerra.

En el Alto y en el Bajo Egipto se organizaron en el ocaso del Paleolítico, hace

unos 5500 años, sendos reinos: uno al norte, con capital en Buto, en pleno Delta; otro al sur, gobernando desde Ombo (Nagada), en la gran curva del Nilo. Y hace unos 5300 se produjo un primer intento unificador entre ambas partes, bajo el impulso del norte. El poder político del Delta adoptó Heliópolis como capital y su panteón, ya reorganizado, se impuso en ambas tierras: Atón (el disco solar) sería la deidad suprema; de Gueb (la tierra) y Nut (el cielo) nacieron Osiris (las plantas, la navegación, el bien) e Isis (diosa de la protección, la familia); ambos hermanos fueron también esposos y de ellos nació Horus (inicialmente, una deidad estelar y solar). Los tres últimos, Osiris, Isis y Horus, son la representación de la familia, el amor, el deber filial. A ellos se enfrentaría Seth, el terrible dios del sur, dando lugar a la fantástica leyenda de la muerte y resurrección de Osiris, que modificaría los papeles esenciales de estos dioses.

Ocurrió que Osiris accedió al trono reservado por los dioses para el gobierno de la humanidad (del orden cósmico), con gran indignación de su hermano Seth. Con el apoyo y el consejo de su esposa, la bella Isis, Osiris administró prudentemente los asuntos de los humanos y les otorgó grandes beneficios, como la agricultura, el olivo y la vid, la sabiduría para controlar las aguas, la habilidad para surcar mares y ríos y para pescar; mientras, Isis hacía que las mujeres fueran hermosas, fértiles y amantes de su familia. Un mundo feliz, pacífico y próspero. Entonces irrumpió el mal. Seth, envidioso de su hermano, invitó a Osiris a un banquete, lo emborrachó, lo metió en un cofre y lo arrojó al Nilo.

Isis lo buscó desesperadamente y tuvo la fortuna de hallar el cofre en las playas de Biblos, en la costa cananea (luego fenicia). Osiris recuperó su trono, pero no por mucho tiempo, porque el malvado Seth maquinaba su perdición y esta vez, valiéndose de una traidora emboscada, le asesinó, partiendo su cuerpo en catorce trozos que diseminó por todas las tierras de Egipto.

La desolada esposa trató de hallar los despojos para darles adecuada sepultura y pidió ayuda a su hermana Neftis, que, pese a estar casada con el malvado Seth, colaboró con ella. Ambas, convertidas en aves, sobrevolaron las tierras de Egipto y reunieron los trozos. Pero no los sepultaron porque Anubis (dios de los muertos, de la momificación, al que se representa como un perro negro) se prestó a reconstruir el cuerpo y a momificarlo. Su trabajo, realizado en el templo de Abydós, fue tan perfecto que Isis y Neftis, batiendo enérgicamente sus alas, devolvieron a Osiris a la vida. Loca de alegría, Isis se acostó con su marido y concibió a Horus.

El mito evoca el ciclo de la vida vegetal: la semilla enterrada muere para generar nueva vida. Los niños egipcios en aquella época —y aún se suele repetir el juego— confeccionaban muñequitos de barro e introducían semillas dentro. Luego los regaban para que germinaran coincidiendo con las fiestas osiríacas.

Pero sigamos con la leyenda. Tras la gozosa vuelta a la vida de Osiris, los esposos debieron separarse. Ella se fue a las marismas del Delta a criar a Horus (representado con cabeza de halcón) para que no se enterara Seth, que, entre tanto, gobernaba a la

humanidad, generando grandes calamidades. Cuando Horus se hizo mayor acudió a la corte de los dioses, presidida por Re (o Ra, el dios sol; Atón, el disco solar, había perdido predicamento), reclamando el trono usurpado por su tío. Los dioses le dieron la razón y Horus recuperó el poder de su padre. Seth, rechazado por los dioses y temido y odiado por los hombres, se convirtió en bandido, representación del peligro, la desconfianza y el mal. Según otra versión, Horus tuvo que combatir con su tío por el trono; en la tremenda pelea, perdió un ojo, pero venció a Seth y lo arrojó al infierno. En todo caso, Horus se convirtió en el soberano de la humanidad, con las mismas propiedades que su padre, pero más desconfiado y duro, de modo que también fue dios de la guerra. El faraón, que gobernaba Egipto y mandaba el ejército, se consideraba su encarnación terrenal: «Horus de Egipto» era uno de sus títulos.

Entre tanto, Osiris se convertía en el señor de ultratumba, encargado de juzgar a los hombres tras su muerte. En múltiples escenas pintadas en tumbas y papiros o esculpidas en relieve se representa el juicio. Sentado en su trono, Osiris contempla la ceremonia: aparece con alta mitra blanca adornada con dos plumas de avestruz, ceñido el cuerpo con un sudario blanco (embalsamado), y sostiene en sus manos el cetro y el látigo, símbolos de su autoridad y capacidad de premiar o castigar. Ante él, al fondo, se halla la diosa Maat, que representa la verdad, la justicia y el orden universal, conduciendo al difunto. Delante hay una balanza y dos personajes. Anubis, el dios funerario, que suele ser denominado «el pesador», toma el corazón del muerto, lo coloca en uno de los platillos y pone en el otro la pluma que adorna la cabeza de la diosa Maat. A su lado, Horus verifica el pesaje: solo si el corazón es tan ligero como la pluma, el difunto demostrará haber sido un hombre virtuoso y, por tanto, se salvará. El dios Thot, con cabeza de pájaro ibis, que representa la sabiduría y es patrono de escribas y notarios, muestra el resultado ante Osiris. Si se ha salvado, el difunto es acogido en el mundo osiríaco, los plácidos campos eternos, donde la vida es una réplica mejorada de la existencia en este mundo, sin penas, preocupaciones o enfermedades. Pero si es condenado, una fiera con cabeza de cocodrilo, garras de león y cuerpo de hipopótamo lo devorará allí mismo y lo reducirá a la nada.

Claro que, a veces, Osiris, que es un juez clemente, hace la vista gorda si no ha sido un canalla redomado, para lo cual el difunto se habrá provisto de múltiples recomendaciones para el alma, que figuran en el *Libro de los muertos* y que debe recitar cuando llegue a la sala donde le espera Maat «para purificarse de todos sus pecados y ver el rostro de todos los dioses»:

He venido a ti, señor mío,  
he sido conducido a contemplar tu belleza.  
Te conozco y sé los nombres de los 42 dioses,  
que están junto a ti en la sala de las dos verdades.  
Mira, he venido a ti,  
trayendo a Maat a ti,  
habiendo rechazado el mal para ti.  
Yo no he cometido crímenes contra los hombres,  
yo no he maltratado a las bestias,

yo no he pecado en el palacio de la verdad.  
Yo no he pretendido conocer lo que no debía conocerse,  
yo no he hecho ningún mal (...)  
Yo no he blasfemado contra dios,  
yo no he robado al pobre,  
yo no he hecho cosas que dios aborrece,  
yo no hice que el siervo fuera castigado por su señor.  
Yo no he causado penas,  
yo no he causado lágrimas,  
yo no he matado,  
yo no he mandado matar,  
yo no he hecho sufrir a nadie.  
Yo no he sisado las ofrendas de los templos,  
yo no he sustraído los panes de los dioses,  
yo no he robado los bollos de los muertos.  
No he fornicado ni humillado.  
No he manipulado la medida (...)  
Yo no he trampeado con las lindes de los campos,  
yo no he aumentado el peso de la balanza,  
yo no he adulterado el peso,  
yo no he quitado la leche de la boca de los niños,  
yo no he privado al ganado menor de su hierba,  
yo no he cazado pájaros en los cotos de los dioses,  
yo no he pescado peces en sus estanques.  
Yo no he desviado agua en su estación,  
yo no he construido diques para desviar su curso...

Esta confesión constituye una fantástica lista del reglamento moral de los egipcios y de los problemas que enturbiaban su conciencia. También muestra el carácter agrícola-ganadero de su economía: animales, lindes, riego, pesas y medidas, caza...

El mito de Osiris, su juicio y el mundo de ultratumba tuvieron un extraordinario peso en el Egipto faraónico. Quien pudiera permitirse tener tras su muerte un tratamiento como el de Osiris, es decir, el embalsamamiento, los rituales y las fórmulas mágicas, podría superar la muerte y tener una dichosa vida de ultratumba. En principio, tal privilegio estuvo reservado al faraón y a sus más allegados, pero a partir del Reino Medio se generalizó para todo el que pudiera pagárselo. Eso determinó que la preocupación fundamental de los egipcios fuera preparar su tumba y organizarse una momificación y ceremonias anexas adecuadas e, incluso los más modestos, aunque los gastos de la momificación les estuvieran vedados, trataban de tener una tumba digna con las ofrendas imprescindibles para el gran viaje. Y eso se percibe desde el ocaso de la Prehistoria, en las tumbas de la época Nagada II, en las que el muerto era enterrado con la cabeza en dirección a su choza y junto a él se colocaban varios recipientes de cerámica con comida, cajas con objetos para el aseo personal y, si era posible, algunos *chauabtis* (o *usebtis*), muñequitos en forma de momia que serían sirvientes del difunto en el más allá.

Para entender la visión egipcia de la muerte es necesario conocer su idea de la composición del hombre, que tenía dos aspectos: material y espiritual. El primero se componía de cuerpo (*khet*), nombre (*ren*) y sombra (*shut*). El segundo tenía una compleja explicación: el *ka* se asemejaba a nuestra idea de la identidad, lo recibía el

cuerpo en el momento de la creación, acompañaba al ser humano durante la vida y no era destruido por la muerte; se ocupaba de entrar en la tumba y de alimentar espiritualmente al difunto con las ofrendas depositadas en la antecámara mortuoria. La segunda potencia espiritual era el *ba*, quizá lo más parecido a nuestra idea del alma: representaba el movimiento que impulsa al hombre en vida; abandonaba el cuerpo tras la muerte, pero permanecía cerca, pues el muerto lo necesitaba para moverse en el más allá. Finalmente estaba el *akh*, la fuerza espiritual que vinculaba al hombre con los dioses. El *ba*, aún traumatizado y confuso por haber perdido el cuerpo, trataba de hallar el camino que debía conducirle ante el juicio de Osiris, tal como se ha visto. Si superaba la tremenda prueba, el *ba* regresaba al cuerpo y lo guiaba hacia el más allá, un lugar que algunos denominaban Amenti, situado en occidente, hacia la puesta de sol, al que se llegaba atravesando el oscuro mundo inferior en la barca nocturna del dios Ra.

Pero el problema que percibían los egipcios es que el juicio, el tremendo viaje posterior y el asentamiento en el mundo del más allá eran procesos muy complicados y más para un *ba* desconcertado por la pérdida de su cuerpo. Si el cuerpo era destruido, o si perdía su nombre o si no era reconocible, el *ba* no podría hallarlo y tendría que vagar eternamente sin rumbo. En consecuencia, quien podía pagarlo se hacía momificar; su nombre, por si acaso, figuraba en cartelas ante la tumba, en el sepulcro, en el sarcófago y, también, tallado en alguna piedra semipreciosa oculta entre los vendajes de la momificación. Como tercera garantía estaba la máscara que podía ponerse al difunto sobre el vendaje de su cabeza y que, en los enterramientos de época tardía, podía ser pintada sobre el sarcófago.

El embalsamamiento comenzó a practicarse en época muy temprana, incluso es posible que antes del periodo dinástico, hace más de 5000 años. Con el tiempo, la técnica se fue perfeccionando hasta alcanzar su plenitud en el Reino Nuevo, a partir de 1570 a. C. Comenzaba con la extracción de las vísceras y del cerebro para evitar su putrefacción; las primeras, por un corte practicado en el abdomen, el segundo, por medio de un gancho que se introducía por la nariz. Todo ello, salvo el cerebro, que se enterraba, se lavaba con vino de palma y se introducía en los llamados vasos canopos, que, una vez sellados, eran colocados en un estuche especial cerca del sarcófago.

Después, el cuerpo, bien lavado, se rellenaba de resina, tejidos o arcilla mezclados con mirra, canela, goma de cedro y perfumes, sustancias que contribuían a la conservación o que cumplían una función mágica. A través casi siempre de la nariz, se vertía aceite resinoso en la cabeza, que, en ocasiones, se rellenaba con tiras de lino. En la cavidad cardiaca solía introducirse un *escarabeo* (escarabajo, símbolo de la plenitud) de piedra o cerámica, a veces con esta invocación del *Libro de los muertos*: «Corazón mío, no testifiques contra mí, no me acuses ante los jueces, no te rebelas contra mí ante el guardián de la balanza». Terminado este proceso, se cosía la incisión y se impermeabilizaba.

A continuación, el cuerpo se introducía en una bañera llena de una solución de

natrón (carbonato sódico que recibe este nombre porque se hallaba en grandes cantidades en Wadi Natrum), que tenía la propiedad de desecar y conservar los tejidos musculares y óseos. Allí debía permanecer setenta días. Cumplido el plazo, se lavaba repetidamente y se cubría con centenares de metros de delicadas vendas impregnadas con goma arábica, colocando entre las sucesivas capas amuletos que deberían proteger al difunto en el azaroso viaje hacia poniente. Sobre este vendaje de fino tejido se colocaba otro, mucho más ordinario, cuya misión era proteger el que estaba en contacto con el cuerpo.

De suma importancia simbólica era la ceremonia final: la apertura de la boca. Un sacerdote, entre salmodias y sahumeros, golpeaba suavemente la cabeza de la momia con un hacha en el lugar donde debería estar la boca y con un cincel donde se suponían los ojos, devolviendo al difunto la capacidad de hablar, comer y ver. Ya solo faltaba introducir el cuerpo embalsamado en el ataúd, que la familia colocaba, apoyado contra la pared, en un salón de la casa, donde se celebraría el banquete funerario, que el difunto podría disfrutar espiritualmente.

Los ataúdes fueron, al principio, muy sencillos, de papiro o arcilla, reforzados con escayola. Luego se hicieron de madera y, ya en el Reino Nuevo, se decoraron con múltiples motivos mágicos. En los casos de faraones o gente muy rica fue habitual la introducción de un féretro dentro de otro, a manera de las *matruskas* rusas. Algunos de ellos, los más lujosos, eran antropomorfos y estaban primorosamente decorados. Fue también corriente en esta época que la momia tuviera sobre la cara una mascarilla metálica. El caso más extraordinario que conocemos es el de Tut-anj-Amón, cuya momia tenía una máscara labrada en oro macizo que le cubría la cabeza entera y parte del pecho y la espalda.

El día siguiente del convite funerario, familiares, amigos, sacerdotes, plañideras, criados con las ofrendas y algunos guardias formarían un cortejo que se dirigiría hacia el oeste, donde se emplazaban preferentemente los cementerios; por ejemplo, las pirámides y los cementerios de Luxor se hallan en la orilla oeste del Nilo. Llegados a la tumba, solo accederían a la cámara sepulcral algunos familiares y sacerdotes. El ataúd sería introducido en un sarcófago, habitualmente de piedra, artísticamente decorado. Esto, que era lo habitual entre los faraones, no siempre ocurría con los demás, ni siquiera con gente pudiente. Algunas tumbas de clase media, con ajuar importante, mostraban féretros posados sobre una mesa. Es el caso de la del arquitecto Ja y su esposa Merit, hallada intacta y que se expone, con todos sus elementos, en el Museo Egipcio de Turín.

Concluido ese momento cumbre del enterramiento, pasaban los sirvientes y en una o varias antecámaras contiguas colocaban objetos diversos que le habían sido gratos al difunto o que le iban a resultar necesarios: camas, armas, bastones, muebles, juegos, esculturas, objetos de aseo, abundante ropa y toda una despensa de diferentes alimentos. Además, aparte de diversos guardianes simbólicos y de interminables series de amuletos, habría un mueble con los *chauabtis*, los mencionados muñequitos

que deberían servir al difunto en la nueva vida. Podía haber uno por cada día del año, además de un capataz por cada diez y otros cargos... Esto en el caso de un faraón o de gente muy principal; la clase media se conformaba con menos, el mencionado arquitecto Ja solo contaba con dos. ¿Cuál era su función? En los dominios de Osiris, el difunto, se ha dicho, tendría una vida similar a la terrenal, sin penas ni enfermedad, pero sí se vería obligado a trabajar. Todos, faraón, nobles o plebeyos, deberían preparar la tierra, sembrarla, cuidar la cosecha y recogerla. ¿Cómo podían hacer tal cosa gentes que en toda su vida habían puesto su mano en la esteva del arado o empuñado una azada o una hoz? ¡Imposible! Pero el rico y poderoso también lo sería en el reino de Osiris y ordenaría arar, cavar o segar a los *chauabtis*.

Una vez colocado todo, se procedía a cerrar y precintar la cámara sepulcral y, luego, a clausurar el conjunto, sellándolo también. Después, dependiendo del tipo de tumba, se rellenaba de escombros el pasillo o se sembraba de trampas el acceso: falsas puertas, profundos pozos, grandes losas graníticas de toneladas de peso que cerraban herméticamente el paso... Las tumbas importantes, sobre todo las de los reyes, solían estar vigiladas y, además, el faraón habría establecido un contrato con un sacerdote para que se ocupara de su cuidado. Este encargo, remunerado por una fundación cuyos recursos procedían de las tierras donadas por el difunto, era hereditario o transmisible y podía durar generaciones. El profesor de literatura Sergio Donadoni asegura que la acumulación de estas fundaciones conectadas con sacerdotes y templos debilitó decisivamente la estructura centralizada del poder faraónico y, en definitiva, fue determinante para el declive del Reino Antiguo.

Lo irónico del asunto es que tal vigilancia, dedicación y control de guardias y sacerdotes sirvió de poco a efectos del eterno reposo de las momias. Hasta nuestros días son escasas las tumbas que han aparecido intactas y casi todas ellas ya habían sido violadas en época faraónica. Los escritos de la época hablan de los «ladrones de tumbas», una especie de bandidaje especializado. Si un violador de tumbas era capturado le esperaba la más terrible de las condenas: sería enterrado vivo o empalado en la propia necrópolis, y su cuerpo permanecería insepulto, secándose al sol y sirviendo como carroña a los buitres, para escarmiento de quien pudiera ver el atroz espectáculo. Con todo, no se logró terminar con los expolios funerarios porque la recompensa podía ser fantástica: se calcula que el tesoro de Tut-anj-Amón, aparte de unos 3500 objetos preciosos, contenía cerca de 150 kilos de oro y piedras preciosas.

Al parecer, mientras imperó la autoridad real y todo funcionaba bien, las violaciones de tumbas fueron esporádicas. La plaga comenzó en los periodos de anarquía, momentos de miseria material en los que merecía la pena jugarse la vida por obtener un botín, y épocas, también, de degradación moral en las que los ladrones de tumbas podrían sobornar a los guardianes y conchabarse con ellos para cometer el robo. Tal decadencia debió de alcanzar en esos días de crisis incluso a los sacerdotes, que, perdido el recurso de las fundaciones, decidirían expoliar al antiguo mandatario



para que siguiera manteniéndolos con los tesoros de su tumba. Degradación, ocaso del gran Reino Antiguo, llorado por las *Lamentaciones* de I-Pur:

Aquel que estaba enterrado como Halcón es arrancado de su sarcófago. El secreto de las Pirámides ha sido violado.

Mira cómo unos forajidos han conseguido dejar la tierra sin realeza.

El ureo ha sido expulsado de su guarida.

Los secretos del Alto y del Bajo Egipto circulan por las plazas.

Observa cómo la Residencia se halla acosada por la penuria<sup>[\*]</sup>...

## DIOSES EN LA TIERRA

Llevados por el hilo de los asuntos más trascendentales para los egipcios, como la religión, el mito, la vida de ultratumba, la momificación y los enterramientos, hemos adelantado mucho, posponiendo los acontecimientos políticos, que dejamos en época predinástica, cuando el reino del Bajo Egipto se impuso al Alto y lo adoctrinó en la nueva teología. El dominio del Delta no duró mucho, quizá un par de siglos, y hace poco más de 5000 años un rey del Alto Egipto, Narmer, al que conocemos por una preciosa paleta de pizarra que se expone en el Museo de El Cairo, se lanzó sobre el norte, venció a sus gobernantes y se proclamó rey de las Dos Tierras. En una de las caras de la paleta aparece Narmer, tocado con la corona del Alto Egipto, sacrificando con una maza a un prisionero, mientras Horus, el dios halcón —deificación del faraón—, le presenta una mata de papiros, símbolo del Bajo Egipto, y un prisionero. El monarca estaba inaugurando la I dinastía del Egipto unificado. En la otra cara, ya ha fundado: Narmer lleva la doble corona, ofrece un sacrificio de prisioneros, mientras heraldos y portaestandartes anuncian el gran acontecimiento, que queda simbolizado por dos monstruos enlazados por su largo cuello, la unión de las Dos Tierras.

El ensamblaje, que debió de sufrir algunos altibajos hasta que se llegó, al parecer, a un acuerdo de administraciones separadas bajo el cetro único del faraón, produjo un progreso fulminante. De Nagada II al reinado de Djeser (2635-2615 a. C.), segundo faraón de la III dinastía, apenas medio milenio, Egipto había pasado del Neolítico a la civilización puntera de la tierra, del puchero de barro a la pirámide de Sakkara, la más perfecta edificación en piedra realizada hasta entonces por el hombre.

¿Por qué semejante construcción en piedra cuando los palacios de los reyes eran de adobe enlucido? En las primeras dinastías, las mastabas, las tumbas de monarcas, nobles y gente pudiente, se hacían también de adobe, combinado con piedra y madera. Pero no hizo falta que transcurrieran muchas generaciones para que los egipcios vieran cómo se degradaban y convertían en un informe montón de barro. La solución era construir mastabas de piedra. El problema es que tal construcción era cara para su escaso lucimiento y seguridad ante ladrones y profanadores. Se hicieron y aún se conservan algunas, aunque en buena parte destrozadas por el tiempo y las

depredaciones.

El caso es que, en la III dinastía, el segundo de sus faraones, Djeser, encargó a su hombre de confianza, Imhotep, que le construyera una mastaba: lo habitual, una gran cubo rectangular, con un profundo pozo en el subsuelo y, en el fondo, un pasillo que desembocara en una habitación, donde sería instalado el sepulcro y depositadas las ofrendas. Imhotep hacía un poco de todo: era gran visir (que en unos casos equivale a jefe de gobierno, en otros, a gobernador, y a veces aparece como responsable de asuntos específicos), juez supremo, inspector de la real secretaría (jefe de la burocracia), portador del sello real, «arquitecto de todas las obras del rey, inspector de todo lo que el cielo trae, la tierra cría y el Nilo aporta» y hasta debió de ser el mejor médico de Egipto, pues resultó deificado y en el panteón mitológico figura como dios de la medicina junto al griego Esculapio.

Un genio de su talla quedó insatisfecho con la primera construcción de adobe instalada en el centro de su fantástico proyecto de recinto funerario. Había que mejorarla. Primero, la revistió de piedra caliza y, luego, hubo de ampliarla porque el rey deseaba que bajo la mastaba fueran sepultados sus hijos y esposas. El resultado le pareció escasamente airoso. Se le ocurrió entonces dotar de esbeltez al monumento: reforzó sus laterales y elevó sobre la primitiva estructura tres terrazas consecutivas y escalonadas de unos diez metros de altura cada una. La obra fascinó a todos por su elegancia y atrevimiento. El faraón estaba feliz y el arquitecto, desatado, decidió que aquel monumento debía convertirse en una muestra del poder y gloria de su señor y perdurar hasta la eternidad. Aumentó su base en dos direcciones, hasta obtener un cuadrado imperfecto de 121 por 109 metros, y sobre la anterior estructura, igualmente ampliada en proporción, elevó dos terrazas más, de modo que, terminada, la tumba constaba de seis grandes escalones, con 60 metros de altura. Imhotep acababa de inventar la pirámide.

Nunca se había construido algo tan alto, tan atrevido, tan sólido, tan grandioso. Y ahí sigue, en el interior del conjunto funerario de Sakkara, un gran recinto de 544 metros de largo por 277 de ancho, rodeado por una muralla, al que se accede por una magnífica columnata que desemboca en un gran patio. Rodeando la pirámide se levantan una serie de edificios de carácter funerario: una sencilla mastaba, segunda tumba real; un templo, el *serdab*, pequeño cubículo para la estatua del rey, que fue hallada intacta y hoy se conserva en el Museo de El Cairo; el patio del Hebsed, dispuesto para que el difunto rey, en el más allá, pudiera repetir, según prescribía el ritual, la ceremonia de coronación; las residencias del Hebsed, donde debería morar el rey en el curso de esa ceremonia; las diversas capillas para los dioses tutelares de Egipto...

Nada sabemos de lo que ocurría por entonces en Egipto, pues los textos, aunque ya muy abundantes, se ocupan de asuntos puramente espirituales o, simplemente, administrativos. Conocemos, eso sí, los nombres de los poderosos soberanos de la III y IV dinastías, que rigieron los destinos del país entre el 2883 y el 2501 a. C. y

controlaban a la clase sacerdotal, designando a miembros de la familia para encabezar el clero de los templos más importantes; también, que, en general, fueron siglos de abundancia y de paz exterior, salvo las inevitables escaramuzas fronterizas.

Lo más reseñable de esas dinastías es que levantaron las grandes pirámides — también lo hicieron la V y VI dinastías e, incluso, las siguientes, hasta la XII, pero son mucho más modestas—. Cuando se habla de ellas, lo habitual es pensar en las tres que se hallan en Guiza, en el borde occidental de El Cairo. Por su proximidad a la capital egipcia son las más conocidas y visitadas y, en el caso de las de Keops y Kefrén, las más grandes, pero los faraones que siguieron a Djeser erigieron, seguramente, más de un centenar. Hoy se conocen unas ochenta, algunas de las cuales apenas si sobrepasan la condición de un montículo de arcilla mezclada con cascotes.

El caso más espectacular es el del primer faraón de la IV dinastía, Snefru, al que se atribuyen tres enormes pirámides: dos de ellas en Dahshur y otra en Meidum, al sur de El Cairo. Esta, que alcanza la respetable altura de 93,5 metros, tiene en su interior una estructura de pirámide escalonada, que fue luego recubierta de granito pulido. Hoy cabe la duda de que esa pirámide la erigiera Snefru. Probablemente, la levantó su padre, Huni, último faraón de la III dinastía, que no tendría tiempo de terminarla y pasó el encargo a su hijo.

Las dos de Dahshur sí le corresponden. La primera avanzó hacia el cielo hasta que los constructores quedaron aterrados porque su altura iba a sobrepasar el cálculo inicial: su ángulo de inclinación era  $50^{\circ} 31'$  y hubiera superado los 120 metros. Temiendo que se derrumbara, acordaron reducir el ángulo de inclinación a  $43^{\circ} 21'$  y aun así alcanzó 97 metros de altura. El efecto es el de una pirámide truncada, «acodada» se la suele llamar, y su construcción fue de tanta calidad que conserva todo su revestimiento.

No debe sorprender que el cálculo se les fuera de las manos, porque la construcción de una pirámide es algo sumamente complejo y más en aquella época. No obstante, los arquitectos de Snefru tendrían mejor ojo en la siguiente experiencia, otra gran pirámide, la tercera más alta de Egipto, con 104,4 metros: como el segundo tramo de la anterior era bastante satisfactorio, optaron por parecida inclinación,  $43,36^{\circ}$ . Les bastaría tirar cordeles por sus vértices para encontrar la base apropiada: 218,5 por 221,5 metros.

El segundo faraón de la IV dinastía, Keops (2553-2530 a. C.), poderoso rey, hijo y nieto de constructores de pirámides, se impuso el desafío de superar a sus antecesores. Su pirámide, la primera de las siete maravillas del mundo, mejoró cuanto antes se hiciera y jamás nadie pudo igualarla. Al considerar la Gran Pirámide debemos recordar que Keops es más o menos contemporáneo de Gilgamesh y muy anterior a Sargón y que su pirámide «tapó el cielo» cuando Sumer iniciaba su esplendor y antes de que se fundara Babilonia. La formidable obra, geoméricamente perfecta, mide 232,77 metros de lado, su nivelación es casi inmejorable, con diferencias de escasos centímetros entre sus vértices —algo extraordinario en una

plataforma de 54 182 metros cuadrados—, y se elevaba a 146 metros (hoy, 137). Está formada por 2 300 000 grandes bloques de piedra, que, según los matemáticos que acompañaron a Napoleón en su expedición a Egipto, bastarían para rodear toda Francia. En los 2 531 000 metros cúbicos de su masa tendrían cabida la basílica de San Pedro, la abadía de Westminster y las catedrales de Milán, Florencia y San Pablo de Londres, todas juntas.

La extraordinaria Gran Pirámide, aunque en la lejanía parece intacta, realmente está bastante degradada en el exterior. Los árabes le arrancaron el revestimiento de granito pulido que cubría las hiladas de piedra que ahora vemos, explotándola como una magnífica cantera. Al pie de la fachada norte, donde se halla la entrada, existen muestras de cómo sería ese revestimiento, que haría de la pirámide un espectáculo cegador cuando incidiera el sol sobre ella. Igualmente, en tiempo del califa al-Mamun, se pretendió desentrañar su secreto y sus ingenieros perforaron un túnel en la pirámide hasta la Gran Galería por la que se alcanza la cámara mortuoria. El ímprobo trabajo de nada sirvió, pues la Gran Pirámide había sido expoliada en la gran crisis del Primer Periodo Intermedio (aproximadamente 2154-2040 a. C.).

Penetramos encorvados por el pequeño túnel abierto por los árabes y un poco acalambrados desembocamos en un amplio espacio. El esfuerzo ha merecido la pena. Ante nosotros se abre la Gran Galería, una de las maravillas estéticas y técnicas del arte antiguo. Se trata de una rampa de 46,50 metros de longitud por 8,50 de altura que va ascendiendo hasta la cámara funeraria mientras disminuye progresivamente su anchura gracias a las siete hiladas superpuestas de piedra que forman los laterales, cada una de las cuales avanza ligeramente hacia fuera, de modo que la distancia entre ambos muros queda reducida a un metro al alcanzar el techo, formado por ciclópeos bloques de granito. Esa rampa servía para subir el féretro del faraón hasta la cámara sepulcral, de 54 metros cuadrados y casi 6 metros de altura.

La habitación, de impecables sillares de granito, es impresionante no tanto por sus perfectas proporciones y el milimétrico ensamblaje de la piedra como por su severidad, incluso por la inquietante desolación que suscita. En el centro solo existe hoy un gran sarcófago de granito pulido, sin inscripciones ni decoración, que debió de colocarse antes de construirse la entrada, pues es más ancho que ella. En teoría estuvo destinado a contener el ataúd del faraón, pero no es nada seguro que Keops fuera sepultado allí.

Descendiendo la rampa, puede el turista dejar volar la imaginación, como si fuera el encargado de clausurar esa cámara para toda la eternidad. La idea era práctica y sencilla. En los laterales ascendentes de la Gran Galería se observan los encastres de los postes de madera que, a ambos lados y a lo largo de toda la rampa, servirían para sostener una plataforma de madera sobre la que se habrían colocado previamente unos trescientos metros cúbicos de gruesas piedras. Finalizado el entierro, los obreros tirarían de las cuerdas atadas a las bases de los postes, sacándolos de quicio y provocando el desplome de la plataforma y el derrumbamiento de las piedras, que se

deslizarían taponando toda la parte inferior de la Gran Galería. Mientras la comitiva real regresaba a la ciudad de Menfis, el inspector del distrito administrativo empezaría a impartir órdenes para que se clausurara la entrada de la pirámide y comenzaran a colocarse los bloques de granito pulido, de modo que nadie pudiera saber dónde se hallaba.

La perfección de las pirámides, sobre todo la grandiosa armonía de la de Keops, ha suscitado todo tipo de elucubraciones que van desde la desinformación al disparate o a la ficción. Hoy se sabe con precisión que los trabajadores que la erigieron eran hombres libres y que su número nunca excedió de 30 000 y eso solo en las épocas de mayor trabajo. Según los egiptólogos Francisco Martín Valentín y Teresa Bedman, a los que debo estos datos, hubo dos tipos de obreros: los especialistas, que habitaban en un poblado levantado cerca de la obra y trabajaron unos veintitrés años de forma ininterrumpida; y los peones, reclutados entre los campesinos en la época de la inundación, momento propicio porque las labores del campo quedaban suspendidas y porque con la subida del nivel del agua las gabarras que transportaban caliza de Tura y granito de Assuan podían alcanzar un muelle instalado al sur de la obra. Al respecto, se ha descubierto, también, que gran parte de la piedra utilizada en esta pirámide y en las de Kefrén y Mikerinos procedía de las inmediaciones, de la propia Guiza.

Trabajos arqueológicos recientes han mostrado cómo vivían los obreros de las pirámides: sus casas eran similares a las del resto de la gente humilde del país y su alimentación, a base de pan, gachas de trigo, cebada y centeno, verduras, pescado del Nilo y carne de oveja y cabra, mejor que la del egipcio medio de la época. En el curso de esas investigaciones se han hallado, asimismo, algunos de los elementos utilizados en la construcción: martillos de dolerita, trineos para arrastrar las piedras y series de rodillos para hacerlas deslizarse o moverse, puesto que aún desconocían la rueda. La tracción sería humana, aunque para entonces el campesinado ya utilizaba el asno como animal de carga o tiro.

Kefrén, nieto de Keops, fue otro de los grandes constructores del Reino Antiguo. Erigió para su eterno reposo una fantástica pirámide diez metros más baja (136,5 metros) que la de su abuelo, aunque fue tan hábil que logró colocarla en un plano ligeramente superior, de modo que, aparentemente, es más alta. Su masa es apenas un 65% de la Gran Pirámide, pero, a la par que resulta más esbelta, el tiempo está demostrando que no es menos sólida. Suyo es el fantástico templo del valle, comunicado con la Gran Pirámide por una calzada procesional, con espectacular sala hipóstila formada por columnas ciclópeas de granito pulido.

Y, al lado, la Esfinge. Seguramente no habrá en el mundo una estatua más conocida, dibujada, pintada, fotografiada, y, sin embargo, parece que su hechura responde a la pura casualidad. Dicen que, terminada la pirámide, Kefrén visitó el lugar y le llamó la atención un gran pedrusco calizo que se encontraba junto al lugar donde se iba a erigir su templo del valle. Su visir, que le mostraba los trabajos, le

comentó que el león sería rápidamente eliminado.

—¿Qué león? —preguntó Kefrén.

—Los obreros, según me ha comentado el inspector jefe de las obras, dicen que esa roca tiene forma de león y así la llaman.

El faraón permaneció unos segundos pensativo y luego dijo:

—Quizá sea conveniente conservarla. Me gusta la idea del león, será un magnífico guardián de la necrópolis. Un león con rostro de Kefrén.

Ocurriera así o de otra manera, lo cierto es que los artistas realizaron un modelo y los canteros se pusieron a trabajar el peñasco, logrando una estatua en reposo de 57 metros de largo por 20 de alto en la zona de la cabeza. El cuerpo es de león; la cabeza, leonina, gracias al efecto producido por el nemes (uno de los tipos de corona que usaban los faraones, que ciñe la cabeza y luego cae por los laterales de la cara), y el rostro representa a Kefrén. He escuchado a algún guía indocumentado que la rotura de la nariz se la produjeron los franceses en 1798, durante la batalla de las Pirámides. Nada menos cierto: la lucha se libró a varios kilómetros de distancia y se llamó así porque las pirámides se veían en lontananza. Al anoecer, tras cuatro horas de combate y otras tantas de persecución, Napoleón alcanzó Guiza y allí, según los cronistas de su ejército, pronunció aquella famosa frase: «¡Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!». Los destrozos de la nariz y cara de la Esfinge los produjeron el fanatismo religioso de un santón musulmán del siglo XIV y, sobre todo, los ejercicios de tiro de cañón de un descerebrado oficial mameluco en el siglo XVIII.

¿Qué conocimientos tuvieron los egipcios para lograr construcciones tan formidables, tan perfectas, tan sólidas, hace 45 siglos? Sorprendentemente, menos de los que se les han supuesto. Un gran conocedor de Egipto y su cultura, el catedrático Francisco Presedo, que trabajó en Nubia y el Heracleópolis Magna y que formó parte del equipo que se trajo a Madrid el templo de Debod, escribía:

La ciencia necesitó de la existencia de una lógica en la que basarse para que sus saberes fueran ordenados y depurados por la razón. Esa fue, sin duda, una conquista del espíritu griego. Los egipcios no la poseyeron nunca. Eso no quiere decir que los egipcios no tuvieran, y en altísimo grado, el don de la observación de la realidad. En todos los campos de conocimiento dejaron testimonio de lo que vieron y aprendieron, pero lo hicieron siempre con fines utilitarios, sin el menor interés del saber por el saber (...). No pudieron formular definiciones porque el egipcio antiguo tenía dificultades insalvables para la abstracción y la generalización conceptual. De ahí el carácter de su matemática (...). Suman y restan con gran facilidad (...). La multiplicación propiamente dicha les plantea problemas graves, lo mismo que la división, y las resuelven a base de tiempo e ingenio. Desconocen las potencias y las raíces en general, pero saben calcular por aproximación el cuadrado y la raíz cuadrada de algunos números (...). El grave problema de las fracciones lo resolvieron con tanto ingenio como ignorancia matemática (...). Las ecuaciones las desconocieron totalmente. En geometría avanzaron algo más, pero se quedaron en los comienzos porque no les interesó más que el aspecto práctico inmediato de los cálculos de superficie de parcelas. De hecho solo se ocuparon de los triángulos y rectángulos elementales. Y de volúmenes se quedaron más o menos por la pirámide. Eso sí, conocieron la relación del diámetro a la longitud de la circunferencia, dando a pi el valor 3,16, que no está mal del todo. Y eso fue, o poco más, lo que consiguieron en 3000 años de cultura matemática, mucho menos que lo alcanzado por los mesopotámicos y a muy larga distancia de los griegos.

El calendario fue pasando sus páginas y durante siglos se sucedieron los faraones de las dinastías del Reino Antiguo, que siguieron levantando pirámides cada vez menos fantásticas, templos del valle y mastabas. Y mientras la producción agraria satisfacía las necesidades de la población, surgía el interés por el exterior: se exploró el Sinaí en busca de minerales y se encontraron yacimientos de cobre y de turquesas; sus expediciones comerciales penetraron profundamente en Nubia y Sudán; mejoraron sus barcos y sus conocimientos navales, organizando rutas mercantiles por el Mediterráneo hasta la costa de Siria, la isla de Chipre o el lejano Peloponeso y, por el mar Rojo, alcanzaron el fabuloso País del Punt (en la actual Somalia), de donde llegaban oro, incienso, animales y plantas exóticas. Sus eficaces tropas fronterizas rechazaron, como siempre, las cíclicas incursiones beduinas y sus ejércitos dominaron Palestina, frenando la expansión del gran Sargón de Akkad en el corredor sirio.

Junto con ese continuismo histórico comenzó a pasar algo cuya naturaleza no conocemos. Por entonces se hizo efectiva la ya apuntada evolución del panteón egipcio: Re, dios Sol, surge como deidad suprema, de la que desciende el faraón. Se le representa como un obelisco, rayo del sol petrificado, o como un Horus coronado por un disco solar. ¿Tuvo consecuencias en el poder de los sacerdotes y en la relación de poder entre el faraón y los templos?

Durante la VI dinastía, que se extendió entre los años 2341 y 2181 a. C., Egipto alcanzó su máximo poder y prosperidad, pero el periodo terminó en el caos, con dos efímeras dinastías nuevas que no perduraron en el trono más que un cuarto de siglo, tras las cuales el país se hundió en la división y la anarquía. Las noticias de la época siguen siendo escasísimas, pero encontramos la primera muestra de disensiones en el harén real, a causa de las protestas e intrigas de la reina Imtes, primera esposa del faraón Pepi I, tras el matrimonio de su marido con una dama perteneciente a una influyente familia política. Tales disensiones debieron de ser frecuentes y durante la larga historia del Egipto faraónico las conspiraciones del harén provocaron incluso magnicidios. De esta época también se conocen choques militares en Palestina; apertura de canales para la irrigación de zonas agrícolas y como vías de comunicación; expediciones al Sinaí en busca de malaquita, y a Nubia y Sudán por incienso, marfil, ébano, aceites y pieles de pantera.

¿Cuál fue la causa de la decadencia y el caos? Se ignora, pero, como ya anticipaba el profesor Donadoni, la acumulación de las fundaciones conectadas con sacerdotes y templos pudo debilitar la estructura centralizada del poder faraónico y, quizá, provocar la quiebra de sus finanzas. El caso es que el Reino Antiguo entró en ruina y el país se escindió en dos entidades: una al norte, desde el Mediterráneo hasta Abidós, en la curva del Nilo, con capital en Heracleópolis, y otra al sur, desde ese punto hasta la Primera Catarata, en la zona de Assuan, con capital en Tebas. En la zona de unión entre ambas, en el Egipto Medio, los nomos campaban por sus respetos, organizaban sus propios ejércitos y apoyaban al norte o al sur dependiendo

de sus intereses.

El caos debió de ser muy grande y prolongado. Época de crisis, guerras, miseria y falta de autoridad, porque, como dice I-Pur en sus *Lamentaciones*: «El que, según las leyes, debe gobernar, ordena el pillaje; por tanto, ¿quién evitará las infamias?».

Terminó con ellas un caudillo poderoso, Mentuhotep (2061-2010 a. C.), que desde Tebas impuso su dominio a todo el territorio, haciéndose llamar «Horus, el que unió el doble país». En su largo reinado restauró la economía egipcia, impuso respeto en sus fronteras y delegó importantes funciones en visires, gobernadores y nomarcas, pero manteniéndose muy al tanto de su gestión. De sus realizaciones, se conservan restos de numerosos monumentos en los que el tosco arte del Alto Egipto —como ejemplo elocuente véase la estatua del faraón en el Museo de El Cairo— comienza a recibir el influjo del refinamiento del norte, desembocando en obras severas y elegantes que culminan en su templo funerario, emplazado ante su tumba, excavada en la roca de la montaña en Deir el Bahari. De él escribe Antonio Blanco:

En este monumento se alcanzó una perfección que pudiéramos calificar de clásica (...). Lo más original, la valoración del paisaje como prolongación o, hasta si se quiere, como culminación de la arquitectura, ya está aquí, en la Tebas de hace 4000 años, cumplidamente logrado.

No se prolongó mucho su dinastía. La feroz lucha emprendida por su heredero, Mentuhotep III, para centralizar todo el poder en el trono provocó, probablemente, su asesinato y sustitución por el representante de otra poderosa familia del Alto Egipto, cuyo jefe, Amenemhet, había sido visir del faraón muerto. Amenemhet comenzó sentando las bases de su dinastía, la XII (1991-1785 a. C.), mediante la manipulación de una antigua profecía, según la cual «vendrá un rey del sur, de nombre Amene». Tras la consolidación del poder real, dio inicio al particular afán de toda su dinastía por expandir Egipto hacia el sur, de donde llegaban amatistas, cornalinas, diorita y cobre, y que, sobre todo, constituía la puerta de la misteriosa África, llena de cuantos productos interesaban a los egipcios.

Fue asesinado en el curso de una conspiración de la que lo poco que sabemos se debe al relato de Sinué, personaje histórico que pertenecía al séquito del príncipe Sesostris I, asociado al poder por su padre. Sinué se hallaba en Libia cuando ocurrió el magnicidio y, a causa de algunos indicios que le hacían sospechoso de complicidad, emprendió la huida. Con grandes penalidades, atravesó el Delta y alcanzó extenuado el desierto del Sinaí. «Tenía la garganta seca, la tráquea llena de polvo. Me dije a mi mismo: Sinué, este es el sabor de la muerte». Mas tuvo fortuna: una tribu beduina le encontró mientras erraba con el juicio perdido. Pese a ello, el Sinaí estaba demasiado cerca del faraón, de modo que, recuperado, siguió huyendo hacia Oriente, alcanzando Biblos y adentrándose aún más en el corredor sirio, donde trabó tan estrecha amistad con un jeque beduino que este le entregó a una hija como esposa.

Integrado en aquella familia, se convirtió en su jefe militar, un hombre poderoso,



rico y respetado. Pero su corazón se hallaba en Egipto, del que añoraba su suave brisa y las dulces aguas del Nilo. Afortunadamente para él, las noticias que recibió de su patria le exoneraban de toda relación con el magnicidio y el faraón le pidió que regresara. El retorno fue glorioso: le recibieron el propio faraón y, también, la reina, a los que tuvo que narrar sus extraordinarias andanzas. La aventura culminó con Sinué asentado en la tierra amada y gozando de «la gracia del rey hasta el día del adiós».

La figura culminante de esa dinastía fue Sesostris III (1877-1839 a. C.), que dedicó un gran esfuerzo a la racionalización de la administración, dando entrada a personas de clase media que habían salido de las escuelas de escribas, lo que daría lugar a una nueva y próspera clase funcionarial y a una nueva industria: la fabricación de papiro, que debió de iniciarse al final del Reino Antiguo.

Esa mejoría del funcionamiento de la burocracia repercutió en la riqueza del país, en su poder militar y en sus realizaciones culturales, en particular en la creación literaria y en el incremento de la producción artística, cada vez más refinada, tanto que Antonio Blanco se preguntaba:

¿De dónde salieron, de pronto, tantos y tan buenos escultores, tantos maestros en la escultura en piedra? (...) Del vigor casi brutal de la mejor estatuaria de la época de Mentuhotep no queda aquí el mínimo vestigio. Todo es nuevo, de una perfección clásica.

Dos fenómenos muy importantes se aprecian en esta época. Por un lado, las viejas divinidades, aunque honradas y en lugares de honor del panteón del Reino Medio, han sido sustituidas. La XI dinastía había tenido como supremo protector al dios de la guerra, Mentu (o Montu), dios halcón de la zona tebana, de donde procede la denominación de cuatro de sus faraones, los Mentuhotep. La XII dinastía asciende hasta el cénit a otra deidad tebana, Amón, que será la divinidad de Estado y concentrará la devoción de los egipcios durante catorce siglos, hasta el ocaso determinado por la invasión asiria, en el siglo VII a. C. Ciertamente que el clero tebano no tuvo empacho en vincular a Amón con otros dioses altamente populares para mantener el poder y la riqueza de sus grandes santuarios, como los de Karnak y Luxor; así, estuvo asociado con Re, el sol, como Amón-Re, o con Osiris, o con una divinidad muy popular en Tebas, Min, el dios itifálico de la fertilidad, que los relieves presentan en perpetua erección. Las consecuencias serían trascendentales, en particular por el engrandecimiento político-económico del clero de Amón, que, a veces, estaría junto al trono o, en los momentos de debilidad, operaría en menoscabo de la autoridad real y, finalmente, levantaría nuevas dinastías en detrimento de las declinantes.

El segundo fenómeno sería el del esclavismo —«los atados de por vida»—, que existió en el Reino Antiguo pero que, al parecer, se generalizó en el Medio, en que se emprendieron expediciones militares expresamente para capturar enemigos y esclavizarlos. Incluso parece que la plaga se extendió a las aldeas rurales egipcias, afectando, sobre todo, a las muchachas.

Una de las grandes realizaciones de estos reinados fue la conquista agrícola de la región de El Fayún, ganando terreno a las marismas y a la maleza gracias a canales y esclusas, hasta convertirla en una de las zonas de mayor producción cerealística de la Antigüedad.

Otro asunto llamativo son las expediciones a Nubia. No descuidaba Egipto sus fronteras con Libia ni bajaba la guardia frente a los asiáticos, contra los que se llevaron a cabo varias campañas para mantener abiertas las rutas comerciales, pero el empeño de todos los faraones de esta dinastía fue, como se ha apuntado, extender su dominio por el sur. Sesostri III tenía tal obsesión que, después de organizar cuatro incursiones de castigo, conquista y caza de esclavos, dejó como consigna a sus sucesores: «Cualquier hijo mío que conserve esta frontera será hijo mío». En sus campañas nubias, Sesostri alcanzó la Segunda Catarata, algo más al sur de donde actualmente se halla la frontera con Sudán, en la cola del lago Nasser. Para afianzar sus conquistas, erigió una red de fortalezas y en una estela aún visible lanzó hacia el sur su desafío:

Establecí mi frontera remontando el río más arriba que mi padre. Soy un rey que no solo habla, sino que también actúa; cuanto planea mi corazón sucede gracias a mí. Soy insaciable en la conquista y obstinado en su conservación (...). Quien se deja expulsar de sus fronteras solo es un cobarde. (...) Me llevé como botín a las mujeres de los nubios, bebí sus aguas, maté sus toros, arranqué y quemé sus cereales.

Sesostri III nos dejó su retrato en una numerosa estatuaria de calidad, en la que muestra un rostro severo y un gesto obstinado. Una estatua del gran faraón produjo a finales del pasado siglo un formidable revuelo en el mundo de la egiptología y del comercio del arte: en 1998 la prestigiosa firma francesa de anticuarios Hôtel Drouot subastó una pieza de mármol negro que, según decía el catálogo, representaba a Sesostri III y había sido esculpida durante su reinado. La adquirieron por 800 000 euros los famosos coleccionistas François y Maryvonne Pinault, uno de los matrimonios más ricos de Francia (Gucci, FNAC, casa de subastas Christie's, almacenes Printemps...), tras haber aceptado el informe pericial de los expertos, entre ellos una famosa y anciana egiptóloga del Louvre, Christiane Desroches-Noblecourt.

Los Pinault mostraron complacidos la estatua a la prensa e, incluso, organizaron una pequeña exposición para conocedores. Una semana después, un egiptólogo alemán aseguraba que se trataba de una falsificación moderna. El mundo de la egiptología tocó a rebato y comenzaron a aparecer testimonios de especialistas que aseguraban haber visto esa estatua en una tienda de antigüedades de El Cairo, donde trataban de venderla por unos miles de dólares. Y, a continuación, varios directores de museos de Suiza, Alemania y Estados Unidos manifestaron que la habían rechazado porque, como declararían el director del Museo de Antigüedades egipcias de Berlín: «Yo tenía poderosas razones para pensar que había sido esculpida en la primera mitad del siglo XX, ¡d. C., naturalmente!».

La trifulca entre expertos enfrentados fue monumental y el asunto llegó a los

tribunales porque los Pinault deseaban deshacer la compra, negándose la empresa vendedora. Por tres veces los tribunales rechazaron la demanda de los compradores; incluso cuando los Pinault llevaron la estatua a un laboratorio, que certificó que en el trabajo se habían empleado instrumentos de acero al cromo, los jueces se declararon no competentes sobre ¿si podían existir en Egipto aleaciones de acero al cromo en plena Edad del Bronce!

El tema terminó en 2003, dejando mal a todos. No sé dónde estará ahora la zarandeada estatua, pero lo cierto es que los Pinault pretendieron donarla al Louvre y, naturalmente, el gran museo la rechazó.

Y, tras ese periodo de esplendor, se produjo una nueva descomposición del poder durante la XIII y XIV dinastías (1783-1650 a. C.), en las que se habla de tantos reyes que resulta difícil comprender sus periodos de gobierno, porque muchos se superponen, lo que parece significar que hubo varios reinos y, por consiguiente, que el debilitamiento fue general. Eso facilitó que el poder pasara a manos de los hicsos, un pueblo del que poco se sabe. Estas gentes, cuyos gobernantes se titularon faraones, con la misma lengua, parecidas costumbres y un panteón pronto adaptado al egipcio, formaron dos dinastías, XV y XVI (1650-1551 a. C.), en parte solapadas con la anterior y la siguiente, ambas autóctonas. ¿Quiénes eran los hicsos? Según la literatura egipcia, unos brutales bárbaros asiáticos a los que despectivamente llamaron «príncipes pastores», que la historiografía moderna prefiere traducir como «príncipes extranjeros». Su llegada a Egipto debió de producirse paulatina y pacíficamente. Primero, numerosos pastores alcanzaron los herbazales del Delta arreando sus ganados a través del Sinaí. Les siguieron un enjambre de comerciantes cargados de géneros de Oriente para intercambiarlos por productos locales, formando una próspera colonia que sostenía un activo comercio caravanero con Mesopotamia y el corredor sirio. Empujados por la dinámica de los acontecimientos, fueron ocupando puestos administrativos, primero, y políticos, después. Bastó que Salitis, un jefe de tropas mercenarias del mismo origen, llegara al Delta para que impusiera en Menfis su dominio, quizá sin tener que emplear la fuerza. Apoyado por gentes de su etnia, organizó el gobierno del Delta, estableciendo su capital en Hawaris. Hay otras versiones sobre el origen del poder hicsos, pero son tan poco demostrables como esta. Al parecer, con ellos llevaron a Egipto los carros de guerra, lo que les confirió tanta superioridad que aun siendo pocos lograron someter a tributo a los nomarcas del Medio y Alto Egipto.

Un siglo duró esa situación. Luego se produjo el episodio de los hipopótamos. Según la leyenda, el monarca hicsos Apofis envió un airado mensaje a su vasallo, el príncipe tebano Sekenenre, porque «el ruido de los hipopótamos no le dejaba conciliar el sueño», de modo que debía evitar de inmediato esa molestia. Evidentemente, era un pretexto para declararle la guerra. Sabemos que Sekenenre murió a causa de las heridas que espadas o hachas de guerra le causaron en el cráneo. ¿Hubo una guerra y la perdió el príncipe tebano, que además resultó muerto? Eso

supone la tradición egipcia, que en el siglo xx vio cantar su epopeya gracias al ilustre escritor, premio Nobel de Literatura en 1988, Naguib Mahfuz, según el cual, las demandas del monarca hicsa habrían sido tres: la muerte de los hipopótamos, la renuncia a utilizar la corona del Alto Egipto y la edificación de un templo al dios Seht, al que hemos visto como asesino de Osiris y que, marginado, habría sido adoptado por los hicsos, con atribuciones semejantes a las del Baal semítico o el Tessub hurritamitiano, que regía la tempestad, el rayo y la tormenta. Como aquello afectara a los derechos, las creencias y la dignidad del príncipe y de su pueblo, llegaron a la confrontación, que el joven Naguib Mahfuz describió apasionadamente en su obra *Kifah Tiba*, en 1944. El momento decisivo de la batalla fue la muerte de Sekenenre, quien luchaba valientemente cuando un jefe hicsa se lanzó contra él, al considerarlo el baluarte de la resistencia tebana:

Se intercambiaron terribles golpes con sus respectivas lanzas, pero cada uno paraba el golpe de su contrincante con su adarga y se prepararon para un combate singular. Sekenenre vio como su enemigo desenvainaba la espada (...). Sacó a su vez su espada y se lanzó contra él. En aquel momento fatídico una flecha le atravesó el brazo, le tembló la mano y se le cayó la espada. Muchos soldados de la guardia real gritaron: «¡Cuidado, señor, cuidado!», pero el contrincante fue más rápido que el aviso. Le asestó un golpe en el cuello con todas sus fuerzas y consiguió su objetivo. Una gran mueca de dolor se dibujó en el rostro del faraón y se detuvo sin oponer resistencia. El comandante enemigo tomó la lanza y la arrojó con fuerza, clavándosela al faraón en el lado izquierdo del pecho. Este se tambaleó y cayó al suelo. Los gritos de los egipcios se oyeron por todas partes: «¡Señor...! ¡Ha caído el rey...! ¡Luchad por vuestro rey!» (...). La lucha fue dura y tenaz en torno al cuerpo caído del rey, que no contó con que un jinete rencoroso hiciera presa en él. Levantó su afilada hacha y le asestó un fuerte golpe en la cabeza, despojándole de la doble corona de Egipto. (*La batalla de Tebas*, Naguib Mahfuz, traducción de María Luisa Prieto y Muhammad al-Madkouri, Edhasa).

Kames, hijo del príncipe muerto, pudo reorganizar su ejército y con nuevas fuerzas, bien pertrechadas de carros y con una poderosa flota de guerra, se lanzó contra el sur, donde los nubios del reino de Kush habían avanzado hacia Assuan. Les rechazó hasta cerca de la Tercera Catarata, causándoles estragos, cogiendo prisioneros, reclutando lanzas y arqueros para su ejército y curtiendo a sus tropas en una dura campaña. Asegurada su espalda, avanzó hacia el norte y es fama que tomó Hawaris, aunque no está nada claro; sí resulta evidente, no obstante, que redujo el poder hicsa, con el que, tras su muerte, terminó su hermano Ahmose. Ahí culmina la obra de Mahfuz:

El ejército de liberación entró en la orgullosa Hawaris (...). Ahmose se puso en marcha con un destacamento de carros hacia el este, precedido por los comandos de vanguardia, y entró en las ciudades de Tanis y Dafna. Allí fueron a verlo los espías para felicitarle por la expulsión de todos los hicsos de la tierra de Egipto.

Acababa de nacer la XVIII dinastía (1554-1304 a. C.) y con ella el Reino Nuevo.

## DÍAS DE GLORIA

Los sucesores de Ahmose constituyen una pléyade de faraones competentes que rivalizaron en la guerra, en la diplomacia, la religión y el arte, llevando Egipto a su mayor expansión, poder, riqueza, cultura y prestigio. A Ahmose le sucedió Amenofis I, el faraón que inició el templo de Karnak, el más impresionante de los egipcios. Y, a la par que reorganizaba la administración y fortalecía el poder central, reformaba el ejército y enseñaba las uñas a los nubios.

Amenofis I y su hijo Tutmosis I dedicaron gran parte de su actividad a la organización de un ejército moderno, compuesto por cuatro cuerpos fijos (designados, como se ha visto al referirnos a la batalla de Kadesh, por los nombres de los dioses más venerados en el Reino Nuevo: Amón, Re, Ptah y Seth, que había sido revitalizado por los hicsos y fue reinstaurado con todos los honores en el panteón egipcio), es decir, profesionalizados, con unos 4000 hombres cada uno. Esas unidades se componían de veinte compañías de doscientos soldados y la compañía se subdividía en secciones de cincuenta hombres. Además, existían guarniciones de fronteras y patrullas móviles que las recorrían para evitar infiltraciones, y un cuerpo en periodo de instrucción que cubría las bajas de los anteriores.

La fuerza de choque la formaban los carros. Vehículos fuertes y ligeros —pesaban poco más de treinta kilos— tirados por dos caballos, dirigidos por un auriga y con un arquero. En algunos momentos, Egipto quizá dispuso de más de 3000 carros. Cada cuerpo de ejército solía contar con el apoyo de una división de carros, que podía incluir hasta quinientos vehículos.

Los soldados manejaban armamento de bronce de excelente calidad: lanzas, hachas, espadas (*kepes*) de hoja curva que recordaban la forma de una hoz y el arco, un arma que perfeccionaron continuamente y que debieron de manejar con gran maestría. Fernando Quesada escribe:

El arco compuesto egipcio típico es ligeramente reflejo (es decir, con las puntas hacia delante, en contra de la posición del arquero), pero adopta forma triangular cuando se tiende y semicircular al tensarse. Su longitud varía entre los 70 y los 140 centímetros, como los arcos escitas, turcos y persas posteriores. Se fabricaba con fresno, cuerno encolado en el vientre y tendón en el dorso, todo ello cubierto con corteza, quizá de abedul. Las cuerdas solían ser de tripa trenzada.

Según Quesada, este arco era cómodo y seguro, sin vibraciones y con una potencia de unas 64 libras, lo cual lo hace superior incluso a arcos muy posteriores. Gran fama de arquero tuvo el séptimo monarca de esta dinastía, Amenofis II, aunque probablemente todos los faraones de la dinastía fueron diestros en el empleo de las armas, pues recibían instrucción militar desde niños y participaban en todo tipo de cacerías, ya en el desierto, subidos en su carro, en busca de toros, leones o gacelas, ya en las marismas, en barco, flechando o alanceando hipopótamos, cocodrilos, peces o todo tipo de aves.

La profesionalización del ejército tuvo numerosas consecuencias; entre otras, la creación de una oficialidad muy próxima siempre al faraón, el jefe militar supremo, y, en consecuencia, cercana al poder y a las tentaciones que podía brindar en épocas de

crisis, como ocurrió tras la muerte de Tut-anj-Amón: el último rey de la XVIII dinastía fue Horenheb, un general de Amenofis IV (Ajnatón), y el primero de la XIX, Ramsés, otro general.

El caso es que, entre unas cosas y otras, los ejércitos egipcios de la época podían sumar de 25 000 a 30 000 hombres. Estaban pensados para actuar lejos de Egipto, en el corredor sirio o en Nubia, y, por tanto, necesitaban una logística muy importante. Hay que tener en cuenta que el faraón Tutmosis II llegó a la Cuarta Catarata, 800 kilómetros Nilo arriba a partir de Assuan —con lo que su reino alcanzaba 2000 kilómetros de norte a sur— y que Tutmosis III alcanzó el Eúfrates tras vencer en Meggido a las coaliciones organizadas en Palestina y el corredor sirio, ensanchando sus dominios 1500 kilómetros sobre la fachada del Mediterráneo.

De las expediciones militares de Tutmosis III, diecisiete a lo largo de su reinado, queda un recuerdo precioso en los restos del palacio del Festival de este faraón en Karnak. Sus relieves muestran un inventario de lo que en la época consideraban los faraones que debía ser el Paraíso, la Tierra de los Dioses, un fantástico jardín lleno de frutas en sazón, plantas y hermosos animales autóctonos o recuerdo de las lejanas campañas de Siria y Nubia elegantemente dispuestos por el escultor, que explica la escena con un rótulo:

Año 25. Bajo la majestad del rey del Alto y Bajo Egipto, Men-Keper-Re, que vive por siempre (...). Todas las plantas extrañas, todas las flores que hay en la Tierra de los Dioses, que fueron encontradas por su Majestad cuando su Majestad fue al Alto Retenu (Siria) para subyugar a todos los países, según el mandamiento de su padre Amón que los puso bajo sus sandalias desde este día y por millares de años...

Del reinado de Tutmosis III queda, también, otro recuerdo: el primer reloj solar conocido: una barra horizontal graduada y, en su extremo, otra vertical, en forma de «T», que proyectaba su sombra sobre ella. Años antes, en tiempos de Amenofis I, se había inventado en Egipto la clepsidra, el reloj de agua, que pronto se extendería por todo el Mediterráneo.

Pero volvamos a los ejércitos y a sus necesidades logísticas. Primero, requerían un apoyo naval constante, ya por el Nilo en las expediciones al sur, ya por el mar en las empresas militares hacia el este; en suma, poderosas flotas especializadas, marítimas y fluviales. Y su equipamiento, instrucción, manutención y transporte eran tan costosos que exigían tenerlos continuamente en actividad contra enemigos amenazadores o contra pueblos inofensivos que pudieran proporcionar esclavos, recursos minerales o animales y tributos. Esta poderosa maquinaria militar convirtió a Egipto en una potencia temida por todos sus vecinos, que se precipitaron a solicitar acuerdos de amistad o a brindarse como protegidos y feudatarios. En este ámbito, los faraones emprendieron una política de captación de los jóvenes de la realeza y nobleza de esos pueblos, que servían como rehenes y, también, como futuros amigos «egiptizados» tras casarse con mujeres egipcias de su clase.

Al tiempo, el reino del Nilo se convertía en un hervidero de trabajo. No solo

funcionaban a la perfección las tradicionales ocupaciones del país, la agricultura y la ganadería, sino que también lo hacían todo tipo de actividades artesanales: carpinteros, fundidores, forjadores, armeros... Los astilleros, a pleno rendimiento, demandaban muchos carpinteros de ribera y exigían una fuerte actividad de las industrias textil y cordelera. Y a tope trabajaban, sobre todo, las ramas de la construcción y profesiones subsidiarias: es el momento fundacional de los grandes templos de Karnak y Luxor y de su ampliación hasta el infinito, de santuarios en Dandara, Esna, Kom Ombo (los que hoy visita el turista son tolemaicos, erigidos sobre los edificadas por la XVIII dinastía), mientras en paralelo se erigen las fantásticas tumbas reales excavadas en la orilla oeste y templos funerarios para reinas, príncipes, nobles...

Bregan sin cesar los canteros extrayendo en Assuan fantásticos obeliscos y grandes cantidades de bloques de granito; se talla la piedra con perfección inigualada, erigiendo columnatas extraordinarias, como las de la sala hipóstila de Karnak, cuyas 134 columnas colosales alcanzan en la zona central veintitrés metros de altura, mientras sobre sus capiteles, de quince metros de circunferencia, podrían situarse cincuenta personas sin agobios; maestros del estuco enlucen miles de metros en los corredores de las tumbas para que pendolistas rotulen una y otra vez los textos jeroglíficos del *Libro de los muertos* y dibujantes tracen sobre cuadrículas previamente dispuestas cientos de miles de figuras que pintores, tras haber preparado sus pigmentos, iluminan magistralmente, mientras en otros lugares finos escultores tallan en relieve las hazañas del faraón o escenas funerarias de extraordinaria expresividad.

Quizá haya que situar en este momento los trágicos amores de Aida y de Radamés, narrados con libreto de Ghislanzoni y música de Verdi en una de las óperas más famosas. El argumento fue proporcionado por el egiptólogo Auguste Mariette, fundador del Museo Egipcio de El Cairo. La obra da comienzo con la captura de Aida, hija del rey etíope Amonasro, que el faraón entrega como esclava a la princesa Amneris. Ambas conviven en la corte y se enamoran del joven general Radamés. Este, que corresponde al amor de Aida, lleva a cabo otra campaña victoriosa contra Etiopía sin saber que es la tierra de su amada y regresa a Tebas cargado de botín y gloria, siendo honrado con un gran desfile para el que Verdi escribió la *Marcha Triunfal Gloria all'Egitto* (segundo acto).

El rey Amonasro le pide a su hija que se entere de los planes de Radamés para la siguiente expedición, y Aida, con el corazón roto entre su amado, su padre y su tierra (*Oh patria mia*, del tercer acto), logra sonsacar al general. Pero la princesa Amneris, que les espía llena de celos, se entera y se lo comunica a su padre. El faraón condena a Radamés a ser sepultado vivo, pese a las inútiles súplicas de su desolada hija para evitar el castigo. Mientras las pesadas losas de granito precintan su suntuosa tumba, Radamés advierte la presencia en ella de su amada Aida, que se las ha ingeniado para precederle en el mausoleo y morir con él. Ambos, abrazados, se despiden de la vida

con un dúo extraordinario en el que ella canta *Morir si pura e bella* y él *Oh, terra, addio!*, uno de los de mayor impacto de los escritos por Verdi.

El asunto nada tiene de histórico, salvo la propia ópera, cuyo tema fue inspirado por el furor que la egiptología suscitó en Europa durante el siglo XIX y cuyo trabajo fue contratado por el jedive de Egipto Ismail Bajá. Su estreno tuvo lugar en el nuevo Teatro de la Ópera de El Cairo, el 24 de diciembre de 1871, con tanto éxito que el jedive adoptó la *Marcha Triunfal* como himno nacional egipcio.

La XVIII dinastía fue un periodo fantástico que vio sentarse en el trono a dos faraones fuera de catálogo, Hatshepsut y Ajnatón. En 2007 se produjo una importante noticia en la egiptología: la identificación de la momia de Hatshepsut, que había sido hallada en 1903 por el arqueólogo Howard Carter —descubridor de la tumba de Tut-anj-Amón dos décadas después—. Entonces no hubo forma de saber a quién pertenecía, porque su sarcófago había desaparecido y la momia, desposeída de gran parte del vendaje, carecía de todo signo identificativo.

¿Quién fue Hatshepsut y por qué había llegado a ese estado? Nació princesa entre el 1516 y 1507 a. C. en casa de un sobrino del faraón Amenofis I, que, al morir sin descendencia, le hizo su heredero. Así, el padre de Hatshepsut se convirtió en faraón bajo el nombre de Tutmosis I. Tuvo este poderoso faraón dos hijos, pero los perdió a ambos y fue Hatshepsut, una joven bella, decidida, inteligente y culta, el consuelo de su soledad. La princesa acompañaba a su padre en viajes, visitas e inspecciones, de modo que se habituó a tratar los problemas del país y del trono y a abordar los asuntos relativos al sacerdocio y al ejército e, incluso, es posible que en más de una ocasión el faraón dijera «yo la colocaré en mi lugar», como aseguran algunas inscripciones.

Aunque así hubiera sido, el caso es que, al final, Tutmosis I cambió de opinión, quizá porque le pareciera demasiado arriesgado confiar el trono a una mujer, situación anómala en Egipto, donde las mujeres conferían la legitimidad al trono, es decir, eran las madres o las esposas del faraón, pero no gobernaban. En consecuencia, Tutmosis I decidió casarla con uno de los hijos habidos con una esposa secundaria, al que convirtió de esta manera en rey, bajo el nombre de Tutmosis II. Este, otro faraón guerrero, falleció al cabo de tres años, dejando como heredero a un hijo, el príncipe Tutmosis, nacido de su relación con una esposa secundaria, pues con Hatshepsut solo había tenido una hija.

A la reina viuda le quedaba el papel de retirarse al harén a educar a su hija, preparándola para ser la esposa del próximo faraón. Pero Hatshepsut, que debía de tener poco más de veinte años, no estaba dispuesta a desempeñar ese rol. Por tanto, jugó la carta de su hija, la princesa Neferu-Re, para anular al bando que pretendía alzarse con la regencia y, apoyándose en el gran sacerdote de Amón, Sen-en-Mut, que había sido su preceptor y, probablemente, su amante una vez viuda, urdió una trama legal a la que pocos podrían oponerse: casaría a los dos niños, Tutmosis y Neferu-Re,



con lo que él sería rey del Bajo Egipto y ella, esposa del dios, mientras Hatshepsut asumía la corona del Alto Egipto y la regencia efectiva de las Dos Tierras.

Paulatinamente, en un plazo de entre dos y cinco años, hacia el 1488 a. C., Hatshepsut se convirtió en faraón con todas las atribuciones y se mantuvo en el trono hasta el 1468 a. C. Su reinado, a diferencia de los anteriores y de los siguientes, fue pacífico. Sus soldados fueron representados con ramos de olivo y sus expediciones a Siria y a África tuvieron finalidad comercial.

La organizada en 1482 a. C. al mítico País del Punt, en la que participaron cinco navíos y 210 hombres, fue grabada primorosamente en los paramentos de su templo de Deir el Bahari por orden de la propia Hatshepsut. Ese templo funerario, una de las maravillas del Reino Nuevo, constituyó toda una innovación arquitectónica del hombre más poderoso de su reinado, Sen-en Mut, que, por si hubiera dudas acerca de los lazos que le unían a Hatshepsut, construyó su tumba muy cerca de la de su adorada reina.

Pero aún no hemos llegado al final. El niño, Tutmosis III, había crecido, pero Hatshepsut no estaba dispuesta a apearse del trono, por lo que se organizó un Festival Sed, ceremonia que desde las primeras dinastías solía celebrarse a los treinta años de reinado, destinada a renovar el poder y la energía del faraón. El Festival Sed de Hatshepsut debió de llevarse a cabo hacia el decimoquinto año de su reinado y quedó plasmado en piedra por las reformas acometidas en el templo de Karnak, donde emplazó dos fantásticos obeliscos, uno de los cuales, de treinta metros de altura, aún está en pie. La reina parecía tener cuerda para rato, aunque conspiraran los partidarios de Tutmosis III, que odiaba a Hatshepsut por mantenerle apartado del poder.

Poco después ocurrió una gran tragedia familiar y política para Hatshepsut: la muerte de su hija, Neferu-Re, esposa de Tutmosis III, que se convirtió así en faraón legítimo y viudo, mientras que ella, sin el báculo de su hija, devino en usurpadora. Con todo, aún se mantuvo varios años en el trono, hasta el 1468 a. C., en que Tutmosis III comenzó a ejercer el poder en solitario, cuando contaba con unos veinticinco o veintisiete años. La reina desapareció de la circulación, quizá retirada, quizá enferma. Se ignora la fecha de su muerte, pero por el estado en que apareció su momia, su tumba no solo fue expoliada, sino que se la privó de identidad, lo que ocurriría en el curso de una venganza, siempre atribuida a su hijastro, yerno y sucesor, Tutmosis III el Conquistador, para que su alma vagara perdida por toda la eternidad.

La segunda gran originalidad de la XVIII dinastía fue Ajnatón (o Ajen-Atón), llamado «el Hereje». Su historia comienza con una formidable conspiración política ocurrida en la época de Amenofis III (hacia 1391-1353 a. C.), cuyo reinado, hasta entonces, había sido uno de los más tranquilos y prósperos de cuantos se habían sucedido en Egipto: los tratados y las bodas con princesas extranjeras habían reemplazado a las guerras; las expediciones militares fueron sustituidas por los viajes comerciales, que llegaron a las costas del Peloponeso, de Anatolia y a las islas del

Egeo.

Pero en el harén real se cocía la tragedia. Por un lado estaba la reina Tiy, primera gran esposa real, cuya primogénita era una niña y que en su segundo parto tuvo un niño, el príncipe Amenofis, de delicada salud y ciertas deformaciones diagnosticadas hoy como síndrome de Marfán. En el harén había otras esposas reales secundarias, pero una de ellas era muy especial para el faraón, la princesa mitania Kilu-Hepa, que además había tenido la fortuna de concebir un hijo fuerte y hermoso, que era el primogénito del faraón. Este fue el elegido como sucesor, pero no llegó a ceñirse la doble corona porque murió, probablemente asesinado.

Eliminado ese escollo fundamental, la conspiración dirigida por Tiy avanzó con tiento, pero sin cesar: primero, consiguió entronizar al viejo dios Atón, disco solar, como patrón del veterano faraón para contrapesar el poder del clero de Amón; después, asoció al trono de su padre al joven príncipe, Amenofis; por último, eliminó al anciano y sabio Amenhotep, hijo de Hapu, consejero del faraón y primer representante en la corte del dios Amón. Tras este poderoso personaje caerían otras piezas disidentes, entre ellas el visir Ramose, bien conocido por todo el que haya visitado su tumba inacabada en Gurnah (TT. 55), cuya decoración en suave relieve es de lo más bello y elegante que puede verse en el arte del Reino Nuevo. Un avance más fue casar a su hijo con su sobrina Nefertiti («La bella ha llegado») y situar como consejero a Eye, al parecer, padre de esta.

Amenofis III murió después de un largo reinado de 38 o 39 años con gran actividad constructora, de la que han quedado pocas muestras: el palacio de la Malkata ha desaparecido, su fantástica tumba en el Valle de los Reyes ha perdido el estuco y de su templo funerario solo nos han llegado dos representaciones colosales cuyas que estuvieron situadas a ambos lados de la entrada del santuario, conocidas como colosos de Memnon.

Estas dos piezas, de 16,6 metros de altura, muy deterioradas y sin rostro, han sido famosas desde la Antigüedad. ¿Por qué? Al parecer, un terremoto ocurrido en el año 27 d. C. destruyó el templo funerario de Amenofis III y los colosos se cuartearon hasta la cintura. Entonces comenzó su fama, ya que, al dilatarse las piedras con la salida del sol, producían un sonido musical, por lo que los griegos les dieron el nombre de Memnon, hijo de la Aurora, que recibía cantando a su madre. Cantando o llorando, que ambas versiones existen, porque todo aficionado a la mitología sabe que el rocío de la mañana está formado por las lágrimas de la Aurora, que llora la muerte de su hijo Memnon en la guerra de Troya a manos de Aquiles. Su fama se propagó por todo el Imperio romano y al menos los visitaron dos emperadores: Adriano, acompañado por su esposa Sabina, y Septimio Severo, quien, aseguran, quedó tan encantado por el prodigio que hizo restaurar los colosos, con lo que dejaron de cantar o llorar.

El caso es que, tras la muerte de su padre, Amenofis IV (1353-1336 a. C.) emprendió su reinado en solitario, si es que la continua presión de su esposa, madre y

suegro le dejaba algún momento para decidir algo libremente. Lo que sí maduraba, al socaire de la presión familiar, era su idea teológica: Atón había dejado de ser únicamente el disco solar, una estrella de la que salían los rayos de luz, para convertirse en un dios, que sí, emitía los rayos que iluminaban la tierra, pero que, también, se movía, pensaba y actuaba como un dios, sin necesidad de otro ser divino que manipulara su actuación. El joven rey no tardó en llegar a conclusiones, como escribe con diáfana claridad el profesor Miguel Ángel Elvira:

¿Qué utilidad, qué razón de ser tienen los demás dioses solares? Si Atón asume las funciones tradicionales de estos dioses —entre ellas, crear la vida y aún la tierra, o la de proteger hombres, animales o plantas—, ¿qué sentido tienen las demás deidades tradicionales, cuyas funciones se mueven precisamente en estos campos? Obviamente, la tentación del monoteísmo se planteaba como una opción a considerar.

Pero debía moverse con pies de plomo. El sacerdocio de Amón era aún muy poderoso, de modo que mantuvo con él unas relaciones de circunstancias, a la vez que impulsaba el nuevo culto. Sin embargo, este destacaba mucho, no solo por las dádivas y prebendas reales, sino también por el crudo realismo, a veces caricaturesco, de sus manifestaciones artísticas. El faraón comenzó a ser representado con una cabeza exageradamente oblonga, nariz y mentón prominentes, ojos muy rasgados y labios pronunciados, con el inferior caído; con su vientre abultado contrastan, a veces, sus piernas largas y flacas.

Amenofis IV no pudo soportar la política de convivencia y cambio lento en la cúspide del panteón egipcio y decidió trasladar la capital, construyendo la ciudad de Akhetatón («Horizonte de Atón») en la zona de Tel el Amarna. Los trabajos debieron de durar unos cuatro o cinco años y la corte se mudó allí hacia el 1344 a. C. Políticamente fue un tremendo error, pues dejó libre el campo al sacerdocio de Amón. Tenía fuerzas sobradas para destruir al duro clero opositor, aún más si se apoyaba en el Delta, donde Heliópolis era el gran centro del culto solar, pero Amenofis IV, que acababa de cambiar su nombre por el de Ajnatón («Servidor de Atón»), era un hombre débil y enfermo y, además, un fanático religioso, de modo que no pudo implicar al norte en su causa porque allí también tenía mucho predicamento Ptah, el dios creador del mundo, protector de las técnicas y de la orfebrería.

La aventura de Akhetatón, más conocida hoy como Amarna, fue solitaria, breve y triste. Allí se trasladó Ajnatón con su familia, seguido por unos pocos cortesanos fieles, los inevitables advenedizos y los imprescindibles funcionarios, empleados, artistas, guardias, servidores y esclavos. La vida era sencilla y austera. Debía de comenzar al filo del amanecer. El faraón y Nefertiti se dirigirían al templo de Atón, próximo a su palacio, para recibir los primeros rayos del sol. Numerosos relieves amarnianos recrean esa escena: el matrimonio real, con una o varias de sus hijas, se encuentran en un jardín, con las manos levantadas, elevando sus ofrendas al sol, cuyos rayos les bañan de luz. Entonces, quizá, recitarían el hermoso *Himno a Atón*, atribuido al propio Ajnatón. Escuchémosles unos momentos:

Bello es tu amanecer en el horizonte del cielo.  
¡Oh, Atón vivo, príncipe de la vida!  
Cuando tú te alzas por el horizonte lejano,  
llenas todos los países con tu belleza.  
Grande y brillante te ven todos en las alturas;  
tus rayos abarcan toda tu creación,  
porque tú eres Rey, y por ello lo alcanzas todo,  
y dominas todas las tierras para tu amado hijo.  
Aunque estás lejano, tus rayos llegan a la tierra;  
aunque bañas los rostros nadie conoce tus designios.

(...)

El Alto y el Bajo Egipto festejan tu llegada,  
despiertos y erguidos bajo sus pies,  
pues has sido tú quien los ha levantado, y ellos, desnudando y lavando su cuerpo,  
elevan sus brazos a ti en oración.

Todo el mundo puede comenzar su trabajo.

(...)

¡Oh Dios único, que no tienes igual!  
Tú creaste al mundo según tu deseo,  
solo, sin necesidad de ayuda alguna:  
hombres, ganado, animales salvajes,  
cuanto en la tierra camina sobre sus pies  
y cuanto en lo alto vuela con sus alas...

Este Dios único planteó de inmediato varios problemas a los creyentes. Estaba bien Atón, pero por el día. Era un dios único, pero no universal y continuo: «¿Quién nos protegerá por la noche?», «¿Y qué pasa con la muerte?», se preguntaban muchos egipcios. La respuesta teológica era poco elaborada, pero el fanatismo, terrible. Los integristas de Atón se esparcieron por Egipto con cinceles y martillos machacando o picando los nombres de Amón y las inscripciones que hablaban de dioses. El faraón, aislado, dedicaba las horas a la meditación mística y a la lucha contra el sacerdocio de gran parte de las divinidades tradicionales y contra las creencias politeístas de la mayoría de su pueblo, mientras descuidaba la administración de Egipto y sus intereses internacionales. Hubo, sí, una pequeña expedición a Nubia, pero abandonó la política en el corredor sirio, permitiendo que las ciudades antes tributarias y amigas se hicieran mutuamente la guerra, emancipándose de la tutela egipcia. Y, sobre todo, no corrió en auxilio de Mitanni, su aliado, que agonizaba ante el embate hitita y asirio. Egipto iba a sentir pronto la amenaza de ambos.

La capitalidad de Amarna duró lo que el reinado de Ajnatón, que murió, quizá de un ataque al corazón, a los 37 años de edad, hacia 1336 a. C. Le sucedió en el trono un personaje tan efímero como misterioso, Semenkhare, y, pasado un año, la corona bailó sobre figuras que se desvanecen como pompas de jabón hasta que, vista la inviabilidad del régimen, un grupo de cortesanos poderosos decidió reconducir las cosas hacia el antiguo cauce politeísta, con Amón restaurado en todo su esplendor y con un faraón niño, Tut-anj-Amón (hacia 1333-1323 a. C.), de la familia real, al que casaron con la princesa Ankhesenamón, tercera hija de Ajnatón y, por tanto, probable hermanastra de su marido. Amarna fue abandonada y saqueada, hasta convertirse en montones de arcilla cubiertos por la arena del desierto.

Personaje fundamental en la tragedia amarniana fue la esposa real, Nefertiti, que había adoptado el nombre de Nefernefruatón («Bello resplandor de Atón»), universalmente admirada gracias al maravilloso busto que se exhibe en el Neues Museum, perteneciente a los Museos Estatales de Berlín. Su belleza y su importancia política son de las pocas cosas seguras que conocemos de ella. La egiptóloga Teresa Bedman escribe:

No hay duda de que Nefertiti asumió la correa real, llegando a adoptar una pseudotitulatura real para ejercer la coregencia en El-Amarna, como faraón junto a su esposo (...). Durante los doce primeros años del reinado de su esposo fue la protagonista indiscutible del poder femenino en Egipto. Llegó incluso a eclipsar el poder de su suegra Tiy.

Hacia el año decimosegundo del reinado, o sea, hacia el 1340 a. C., la hallamos en primer plano en una recepción real en Amarna. Un relieve muestra al faraón y a su esposa; tras ellos, a sus seis hijas. Las diferentes delegaciones extranjeras les rinden homenaje. Esta es la última escena gozosa que se le conoce a Nefertiti. Hay otra posterior, pero es trágica: el duelo por la muerte de la princesa Meketatón, su hija primogénita, que debía de tener unos doce o trece años. Luego, la reina se eclipsa. Ocurrió hacia el año decimotercero del reinado de Ajnatón, cuando Nefertiti tendría a lo sumo 35. El misterio envuelve su desaparición, para la que se barajan varias teorías: la primera asegura que falleció; la segunda, que estuvo implicada en el asesinato de una rival en el harén, Kiya, supuesta madre de Tut-anj-Amón, por lo que fue desterrada; la tercera, que cayó en desgracia, quizá por no darle un heredero al faraón o, más probablemente, por sus continuas injerencias políticas; según esta hipótesis, vivió su retiro dedicada a la educación del príncipe Tut-anj-Amón. Y hay otra conjetura más: desapareció solo su nombre, porque adoptó uno masculino, asociándose al poder de Ajnatón, al que habría sobrevivido dos o tres años. Incluso hay quien supone que se convertiría en sucesora de su marido, quizá ese misterioso y efímero faraón Semenkare...

Tras su eclipse y, pasados 33 siglos, la reina reapareció triunfalmente en Berlín, en 1922. La prensa ponderó su belleza; las notas de sociedad reflejaron su serena majestad y elegancia; el mundo se admiró ante aquel fantástico busto que salía de los fondos secretos de un museo como el conejo de la chistera del prestidigitador... Y Egipto montó en cólera al advertir el hecho y prohibió nuevas excavaciones alemanas en su territorio hasta que no se le devolviera el busto.

¿Qué había ocurrido? En 1912, una misión arqueológica alemana dirigida por Ludwig Borchard comenzó a excavar en Tel el Amarna. El 6 de diciembre, los arqueólogos localizaron el taller del maestro Tutmosis, uno de los escultores que trabajó en la corte de Ajnatón. Allí hallaron el bellissimo busto de Nefertiti, que, aunque había sufrido leves desperfectos, conservaba su maravillosa policromía original. Borchard, enamorado de la escultura, decidió llevársela, contraviniendo el acuerdo firmado con el Servicio de Antigüedades, por el cual la mejor pieza que pudiera hallarse y la mitad de las restantes pertenecerían a Egipto.

¿Cómo lo hizo? El asunto está inmerso en la enredada disputa por la propiedad de la obra, que aún colea, pero es indudable que alguna maniobra sucia existió, porque el busto no fue expuesto hasta una década después y eso tras mil cabildeos en la organización museística alemana. El caso es que, hasta ahora, y pese a las reclamaciones egipcias, la maravillosa escultura, «una obra maestra de todos los tiempos y el retrato de la Antigüedad que mayor interés ha despertado», en opinión del reputado especialista Cyril Aldred, sigue en Alemania.

La herejía amarniana quizá no hubiera dado mucho de sí sin el busto de Nefertiti y sin la tumba de Tut-anj-Amón, el mencionado principito casado con una hija de Ajnatón. Uno de los enigmas del personaje fue su temprana muerte y anómala sustitución en el trono, al que llegó un advenedizo, el viejo tutor Eye. Eso indujo a sospechar que pudo ser asesinado. Zahi Hawass, el omnipresente secretario general del Consejo de Antigüedades Egipcias, revelaba en la primavera del 2010 que falleció cuando contaba dieciocho o diecinueve años de edad, a causa, probablemente, de la malaria, pero había sido un personaje enfermizo, gravemente afectado por la enfermedad de Köhler, que le había provocado necrosis en los huesos. Por tanto, de cazador no tuvo nada: los arcos hallados en su ajuar funerario habían sido regalos; sin embargo, sí habría utilizado mucho los bastones que, por docena, también figuraban en él. De sus enfermedades dan testimonio dos fetos hallados en su tumba, probablemente de dos de sus hijas, cuyas malformaciones hereditarias provocaron el aborto. En aquella familia y, en general, en la monarquía egipcia, la matrilinealidad de la realeza determinaba continuos matrimonios entre padres e hijas, entre hermanos, hermanastros y primos, y no es necesario incidir en los problemas de deficiencias hereditarias que provoca la consanguinidad.

El papel de Tut-anj-Amón era tan desconocido que nadie se hubiera preocupado mucho por este faraón, tan insignificante que ni tumba tenía cuando murió. Como se ha dicho, su origen es incierto, pero parece claro que sirvió como instrumento para devolver la capitalidad a Tebas, terminar con la herejía amarniana y restaurar el culto de Amón. Para enterrarle se utilizó una tumba ya construida, quizá cedida por algún noble, de unos 106 metros cuadrados, repartidos entre un pasillo de acceso (23,2), una antecámara (29,80), una habitación lateral (12), una cámara del tesoro (14) y la del sarcófago (27,6). Algo verdaderamente modesto para un faraón. Mientras se le momificaba dio tiempo a que artistas llamados a toda prisa decoraran la cámara mortuoria con figuras de escasa calidad que representan a los dioses Anubis, Isis y Hathor y varios personajes: los portadores del sarcófago real, dos visires, el tutor real Eye practicando la ceremonia de la apertura de la boca, y el propio Tut-anj-Amón y su *ka*. Los setenta días de la momificación no dieron para más.

Pero la casa real y, sobre todo, el sacerdocio de Amón fueron espléndidos, como queriendo recompensar al faraón muerto por haber sido dócil a sus designios, y reunieron oro, piedras, perlas, joyas y cuantos objetos le habían pertenecido, y otros muchos que quisieron donarle, y pusieron a trabajar a los mejores artistas y orfebres

del reino, de modo que, terminado el embalsamamiento, se le colocó a la momia una máscara de 10,23 kilos de peso, obra magistral de orfebrería, con su imagen idealizada en oro —carne incorruptible de los dioses—, cerámica azul y lapislázuli, collar de piedras semipreciosas, ojos de cuarzo y obsidiana.

Cuerpo y máscara se introdujeron en un sarcófago antropomorfo construido con chapa de oro de entre 2,3 y 2,5 milímetros de espesor, con un total de 110,4 kilos de peso, en el que se engastaron ágatas, lapislázuli, pasta vidriada y esmaltes. Si increíble es la cantidad de metal precioso, no lo es menos la magistral obra de orfebrería, que reproduce, igual que la máscara, la imagen idealizada del faraón, con cetro y látigo. Este sarcófago se alojó dentro de otro, construido en madera chapada en oro y adornada con piedras semipreciosas y esmaltes azules y que, nuevamente, reproduce la imagen del faraón. Y este, a su vez, fue perfectamente ajustado dentro de un tercer ataúd de madera de ciprés revestido de pan de oro y, como los anteriores, primorosamente tallado y con una preciosa efigie idealizada del faraón. Los tres sarcófagos antropomorfos, con la momia y su máscara en el interior, fueron introducidos en un magnífico sarcófago de cuarcita rosa.

Tapado y sellado el sepulcro, se montaron sobre él los paneles de una capilla de madera tallada, dorada y decorada con vidrio azul, formando amuletos, cruces de la vida, nudos de Isis. Cubierta esa capilla, los operarios instalaron otra sobre ella y, por el mencionado sistema de *matruskas*, hasta un total cuatro, la más exterior de ellas de 5 por 3,30 metros, con lo cual el montaje de los laterales, con apenas 66 o 70 centímetros de margen hasta la pared, debió de ser difícilísimo. En el frontal existían puertas de doble batiente, con un cerrojo fijado por un cordel lacrado y un sello.

En las otras tres cámaras de la tumba se colocaron, con perfecto orden, los vasos canopos, el maravilloso trono de madera sobredorada, tallada e incrustada, miles de amuletos, joyas, vasijas, estatuas, juegos, armas, carros de guerra desmontados, camas, taburetes, barcas, cofres con ropa, instrumentos musicales, un Anubis negro sobre andas procesionales, cajas repletas de alimentos e infinidad de otras cosas más, como 413 *ushebtis* (o *chauabtis*) que trabajarían para el rey en el más allá durante los 365 días del año y entre los que se incluían capataces y reservas, por si acaso. Cada habitación, llena hasta el techo, fue cerrada y lacrada. El pasillo de acceso se llenó de escombros. La entrada de la tumba fue sellada. Con el tiempo, la escalera exterior que conducía a ella se cegó y poco a poco se ocultó toda huella de que hubiera allí otra cosa que el pedregoso suelo del Valle de los Reyes.

Sin embargo, y basándose en el hallazgo de algunos vestigios insignificantes del enterramiento, el arqueólogo británico Howard Carter, que llevaba allí desde comienzos del siglo xx como ayudante de dos grandes arqueólogos, Flinders Petrie y Theodor Davis, tenía la seguridad de que esa ignorada tumba se encontraba en la zona. La oportunidad de buscarla se la brindó lord Carnarvon, que, enamorado de la egiptología, ambicionaba convertirse en un famoso descubridor del pasado faraónico. Contrató a Carter y pasó con él algunos meses al año a partir de 1908, sin hallar nada

importante. Durante la Gran Guerra, Carter descubrió la tumba de Amenhotep I, que, aunque violada, vino a confirmarle que no todo estaba visto en el Valle de los Reyes. Entre 1919 y 1922 excavó en vano. Estaba al borde de la derrota: sus mecenas comenzaban a aburrirse de su aventura arqueológica.

—Un año —concedió Carnarvon a comienzos del otoño de 1922, y regresó a Londres.

—Un año —les dijo Carter a sus obreros—. Tenemos poco tiempo, pero yo estoy convencido de que está aquí —y trazó ante ellos un área imaginaria de no más de 2000 metros cuadrados—. Como todo ha sido ya investigado salvo la zona de vuestro campamento, vais a cambiarlo de sitio y mañana comenzaremos a limpiar esa área.

Era el 2 de noviembre de 1922. Se levantaron las cabañas de los obreros y la mañana siguiente comenzó a limpiarse la zona —poco más de 400 metros cuadrados—, se retiraron escombros, piedras y restos de cabañas milenarias. El día 4 se barrió bien el espacio y, a simple vista, un obrero, alborozado, comenzó a señalar el bordillo de una escalera. Al atardecer del día 5 se habían despejado varios metros cúbicos de escombros y descubierto once escalones. El sol cayó de repente, como allí sucede, mientras aún se limpiaba el escalón duodécimo, pero a la luz de los faroles Carter pudo ver «la parte superior de una puerta cerrada, tapada con argamasa y sellada». Incapaz de contener su emoción, el arqueólogo pidió que continuara un poco más la extracción de tierra hasta que pudo llegar a la puerta y examinar los sellos. Era, la tumba de un faraón o, quizá, de un visir muy próximo a un rey. Logró taladrar en la puerta un agujero suficiente para introducir una linterna y observó complacido que se trataba de un pasillo cegado por los escombros. La tumba había estado bien protegida, quizá, incluso, estuviera intacta. A la mañana siguiente envió a lord Carnarvon un telegrama: «Realizado en Valle descubrimiento maravilloso. Tumba sorprendente con sellos intactos. He cubierto todo hasta su llegada. Mi felicitación».

El 24 de noviembre, con Carnarvon presente, se desescombraron nuevamente los dieciséis escalones y la puerta quedó al descubierto, comprobando el preocupado Carter que allí se habían producido dos violaciones, pues había dos sellos rotos de diferente época; no obstante, le daba ánimos un tercer sello intacto de la xx dinastía. Quizá todavía quedara algo dentro.

El día 25 abrieron la puerta y comenzó el desescombró del pasillo. Transcurrieron varios días y, una vez limpio el corredor de acceso, encontraron una puerta con el sello roto: los ladrones la habían abierto, pero había sido nuevamente cerrada. Carter, Carnarvon, su hija y Callender —un amigo arqueólogo—, expectantes, iluminaban con sus lámparas y faroles la puerta que ocultaba el misterio. Con el corazón acelerado, Carter practicó un agujero en la parte superior izquierda y, con la luz por delante, miró dentro. Como pasaran los segundos y no dijera nada, Carnarvon preguntó:

—¿Ve usted algo?

Carter se volvió lentamente, transfigurado y con voz entrecortada por la emoción,



respondió:

—¡Sí, cosas maravillosas!

Pasados unos segundos, respirando agitadamente, dijo a sus compañeros de aventura, que le contemplaban hechizados:

—Seguramente, en toda la historia de la arqueología no se han visto cosas tan extraordinarias como las que hay tras esta puerta.

Cuando todos pudieron mirar y saciar su curiosidad se reanudaron los trabajos, con el objetivo de llevar iluminación eléctrica y explorar aquel espacio, abarrotado de objetos en desorden. Eso era obra de los ladrones, claro, pero ¿qué buscaban? Con sumo cuidado, para no deteriorar ni cambiar nada de sitio antes de su minuciosa descripción y catalogación, Carter observó que la antecámara tenía dos puertas, ambas con los sellos rotos. Logró abrir una y la encontró repleta de objetos hasta el techo. Dos imperturbables guardias negros, con corona, faldellín, pectoral, maza y bastón dorados vigilaban la otra, cerrada con mampostería, desde hacía más de tres mil años... ¿O no eran guardias? Su corona *khepresh* con la serpiente y el buitre indicaba que se trataba de faraones, pero, siendo iguales, seguramente serían representaciones de un solo faraón: el propio rey custodiaba su tumba. Seguro que tras aquella puerta se hallaba el sepulcro. ¿Intacto o violado? Demasiados interrogantes, demasiados objetos, ningún espacio... Carter y Carnarvon decidieron cerrar la tumba y preparar un gran dispositivo para estudiarla. El 3 de diciembre de 1922, la puerta se cerró de nuevo y la escalera de acceso volvió a llenarse con escombros, única manera de proteger el descubrimiento, pues por Luxor circulaban los rumores y los curiosos acudían a la zona como moscas a la miel.

Carnarvon regresó a Londres para reclutar especialistas que colaborasen en los trabajos de catalogación y dibujo de los objetos, químicos y médicos que estudiaran el hallazgo y la momia si se encontrara, otro arqueólogo y un fotógrafo. Mientras, Carter viajó a El Cairo a dar cuenta de lo poco que conocía, a disponer los equipos para abordar los trabajos iniciales y a contratar la construcción de una nave donde pudieran efectuarse el estudio, catalogación, dibujo y embalado de los objetos extraídos de la tumba.

El 16 de diciembre se desescombró por tercera vez la escalera; dos días después comenzó el trabajo fotográfico. La antecámara, finalmente, se vació a mediados de febrero de 1923, tras haber sacado de ella unas setecientas piezas. Para entonces, Carter ya sabía que era la tumba de Tut-anj-Amón y que los ladrones la habían visitado dos veces: la primera, habían llegado a la antecámara, pero algo les debió de ahuyentar y quizá no hubieran logrado apoderarse de nada; la segunda, causaron mayor estropicio: revolviéron la antecámara en busca de oro y joyas, reunieron lo que les interesaba en un hatillo y rompieron el sello de la habitación sepulcral, aunque ignoraba si habían llegado a entrar; quedaba claro, sin embargo, que habían sido sorprendidos por los guardias, pues el paquete con el botín fue hallado entre todo aquel desorden.

Sabiendo casi con seguridad que iba a encontrar dentro el sepulcro inviolado del faraón, llegó el ansiado momento de abrir la habitación funeraria. Fue todo un acontecimiento. El viernes 17 de febrero, en la antesala, un rectángulo de 8 por 3,70 metros, se habían dispuesto sillas para que veinte testigos pudieran presenciar la apertura de una tumba cerrada desde hacía 3246 años. Había allí políticos, científicos, amigos de Carnarvon y varios arqueólogos colaboradores de Carter. Este se subió a una escalera y fue rompiendo la vieja argamasa y extrayendo la primera hilera de piedras que componía el cerramiento. Conteniendo su impaciencia, logró practicar un agujero suficiente para meter una lámpara. Pasados unos segundos se volvió pálido de emoción hacia los que aguardaban expectantes:

—¡Delante tengo una pared de oro!

Mientras los asistentes intercambiaban miradas y exclamaciones de asombro, Carter siguió quitando piedras y pronto todos pudieron ver el brillo dorado del catafalco exterior del enterramiento. Tras dos horas de trabajo, la entrada quedó abierta y advirtieron que la cámara sepulcral estaba un metro más abajo que la antecámara, de modo que Carter, Carnarvon y Lacau, el hombre que dirigía el departamento de Arqueología de Egipto, hubieron de descender para encontrarse en un estrecho corredor de unos 65 centímetros de ancho, formado por el catafalco y las paredes de la estancia.

El fotógrafo Burton immortalizó el acontecimiento, captando el fascinante momento en que Carter descorrió el pestillo sin precinto de aquella maravillosa caja dorada, en la que resaltaban incrustaciones de cerámica azul en forma de escarabeos, cruces de la vida y lazos de Isis. Temblando de emoción, Carter iluminó lo que permitía ver la apertura y, admirado, vio que tras ella había otra caja dorada, también clausurada por una puerta, pero esta ¡con el cerrojo pasado y el precinto intacto!

Convenía pararse en ese punto para no arriesgarse a estropear algo. Lo importante es que ya sabían que eran los primeros. Pero aún no se habían terminado las sorpresas maravillosas de aquella memorable tarde: al rodear el gran catafalco advirtieron que existía una cámara anexa: «Una sola mirada nos bastó para darnos cuenta de que aquí se hallaban los mayores tesoros de la tumba».

Cuando todos los testigos del fantástico momento hubieron observado el catafalco, abandonaron la tumba, que quedó cerrada por una puerta de hierro y una pesada verja.

La noticia tuvo un alcance mundial y durante semanas no se habló de otra cosa, siguiéndose apasionadamente la secuencia de los trabajos, que avanzaban al ritmo marcado por la arqueología y la ciencia hasta que los paralizó la política.

Desgraciadamente, por entonces estalló el escándalo del busto policromo de Nefertiti y el gobierno egipcio se negó a renovar el permiso arqueológico, que expiró en aquellos días. Los problemas no se solucionaron hasta el otoño de 1925.

La apertura de los tres féretros antropoideos, tres años después del hallazgo de la tumba, estuvo presidida por la emoción maravillada ante la finura de las piezas, a la

que siguió cierta preocupación cuando los arqueólogos advirtieron muestras de humedad al extraer el segundo féretro: la cantidad de ungüentos, resinas y perfumes derramados sobre la momia había sido tanta que estos fueron filtrándose por la madera hasta encolar este ataúd con el siguiente. Por fin alcanzaron el primero, totalmente de oro batido. Ante su belleza, el admirable trabajo del orfebre y el resplandor del metal, Carter confiesa: «¡Quedé estupefacto! No pude decir otra cosa que “¡oh!”, boquiabierto por el asombro».

Y aún quedaba el último acto, cuando levantaron la tapa del sarcófago de oro y apareció la momia, con su fantástica máscara de oro y lapislázuli; Carter solo puede anotar en su diario: «¡En tales momentos se pierde el habla!».

Lamentablemente, el mecenas que había patrocinado aquella empresa, lord Carnarvon, no pudo verlo. Había muerto un año antes, durante la interrupción de los trabajos. Eso dio pie a la leyenda de la «maldición del faraón», que se propagó aún más cuando algunos invitados a la apertura fallecieron en los siguientes años. Luego, el estúpido asunto cesó, sobre todo porque Carter sobrevivió diecisiete años al descubrimiento, para fallecer en 1939, a los 67 años de edad.

Ningún hallazgo arqueológico, ni antes ni después del de Tut-anj-Amón, ha sido más rico en valor material y, sobre todo, en valor histórico, antropológico y etnográfico. Ninguno ha suscitado tanto interés en los medios de comunicación ni ha inspirado tanta literatura científica o de ficción. Su fantástico ajuar funerario, expuesto en la primera planta del Museo de El Cairo, es, con mucho, lo más visitado de esa institución.

Cuando la XVIII dinastía se extinguió con el general Horenheb, otro compañero de armas, Ramsés («Ra lo ha creado»), ciñó la corona y cargó con la responsabilidad de sacar el país de la crisis que lo aquejaba, pero, sintiéndose demasiado viejo, asoció al poder a su hijo Seti. Eso creó una nueva dinastía, la XIX, llamada ramesida por el nombre de su fundador y por el del más grande de sus miembros, Ramsés II. Esta dinastía, una de las más poderosas de Egipto y la última verdaderamente importante, fue, sin embargo, breve; duró poco más de un siglo, aproximadamente desde el 1305 al 1196 a. C.

Seti I fue un poderoso faraón con amplia trayectoria militar que aseguró las fronteras en el sur y restauró el poderío egipcio en el corredor sirio; su hijo Ramsés, al que ya vimos enfrentarse a los hititas en Kadesh, atribuyéndose una victoria que seguramente no consiguió, logró con la diplomacia lo que no había alcanzado en los campos de batalla y pasó a las páginas de la historia como el gran constructor del Egipto más próspero. Tiene cierta mala reputación porque, al parecer, no realizó cuantas obras llevan su nombre. De todos modos, mucho construyó y, ciertamente, mucho tiempo tuvo para ello, porque es fama que reinó durante más de sesenta años.

Aunque no siempre demasiado finas, sus construcciones fueron espectaculares, sobre todo su Gran Templo de Abu Simbel, presidido por cuatro colosos sedentes de

veinte metros de altura, de los cuales tres se conservan completos y el cuarto aparece roto por encima de la cintura. Junto a este, hay otro, más pequeño y dedicado a la diosa Hathor (esposa de Horus, diosa de la dulzura, la alegría, el amor y la protección a los difuntos; se la representa con cabeza de vaca); en su fachada aparecen seis colosos, de unos diez metros de altura: cuatro representaciones del faraón, dos a cada lado de la puerta, y en medio, su esposa Nefertari. Ambos templos fueron enclavados en pequeñas colinas junto al Nilo, aprovechando sendas grutas preexistentes. Las fachadas se adosaron a la falda de la elevación, cortada a pico para proporcionar verticalidad.

Si espectaculares son los templos, igualmente lo fue su rescate del valle del Nilo para evitar que los cubrieran las aguas del lago Nasser. Para ello, fueron cortados en 1036 bloques, algunos de hasta treinta toneladas, y trasladados a una meseta que domina la ribera izquierda del río, con la misma situación e inclinación que en la construcción original. El salvamento, organizado por la UNESCO —apoyada por numerosos países, entre ellos España—, costó seis años de trabajo (1966-1972) y fue una hermosa hazaña de la ingeniería y la cooperación internacionales.

Otra de las más bellas creaciones del reinado de Ramsés II es la tumba de la esposa real, Nefertari, que por su decoración resulta la más espectacular de todas las del Reino Nuevo. En uno de sus muchos frescos aparece Nefertari jugando ante un tablero. Los egipcios fueron muy amantes de los juegos de mesa y tuvieron varias modalidades, alguna de las cuales figura entre los antecesores del ajedrez. Pero su juego de mesa favorito fueron las damas, practicado por todos, desde el faraón al más humilde de los artesanos. Jugando a las damas puede verse en un relieve de su palacio en Medinet Habu, por ejemplo, a Ramsés III.

Afición favorita de la gente culta del Reino Nuevo fue, también, la poesía y, seguramente, Nefertari suscitaría versos como estos, que, de paso, proclaman el ideal estético femenino que tenían los egipcios:

La única, la amada, la simpar,  
la más bella de todas,  
mírala.  
Es como la estrella refulgente  
al comienzo de un nuevo año (la estrella Sirio),  
esplendente de perfecciones, hermosa de piel.  
Bello el milagro de sus ojos,  
dulce el acento de sus labios,  
discreta, no dice una palabra de más.  
Alta de cuello,  
brillante de pecho,  
puro lapislázuli su pelo,  
sus brazos superan al oro,  
los dedos, como cálices de loto,  
pesada de muslos, breve de cintura.  
Sus piernas proclaman su belleza.  
Tiene el paso lleno de nobleza  
cuando sus pies tocan el suelo.  
Cautiva mi corazón con sus movimientos,

Provoca que los cuellos de todos los hombres  
se vuelvan para mirarla.

Tras la muerte de Ramsés II hacia el año 1220 a. C., el Reino Nuevo vivió dos décadas bajo cinco faraones que se debatieron entre los problemas internos y los suscitados por invasiones procedentes de Libia y, sobre todo, de unas gentes nunca bien definidas ni conocidas, los pueblos del mar, a los que ya hemos visto aniquilar Hatti. En esas luchas se agota la XIX dinastía y se pasa a la XX, que duró poco más de un siglo, dominado por la figura de un gran faraón, Ramsés III (hacia 1193-1161 a. C.), el último gigante de la fantástica historia de Egipto. Este faraón rechazó a los libios y, probablemente, aniquiló a los pueblos del mar, a quienes no se vuelve a ver en esta zona. Pero la fortaleza del país estaba carcomida, depauperada su economía y corrompida su moral.

Todavía en este reinado se hicieron grandes construcciones. La más importante que se conserva es el templo y palacio del faraón en Medinet Habu, en el que se mantiene la grandiosidad de las mejores construcciones del Reino Nuevo, pero se advierte la progresiva tosquedad de los trabajos, los relieves, la escultura... No podía ser menos, porque el tesoro real debía de estar en las últimas, al punto de que hacia el año 1170 a. C. los obreros, a los que no llegaba la alimentación convenida, provocaron la primera huelga conocida de la historia: atravesaron los diversos muros de la necrópolis y plantearon airados sus protestas: «Hemos venido aquí empujados por el hambre y la sed. No tenemos vestidos, no tenemos aceite, no tenemos pescado, no tenemos legumbres. Enviad comunicados al faraón, nuestro buen señor, y escribid al visir nuestro jefe a fin de que se nos procuren víveres». Así lograron que se les pagara el mes anterior; pero tuvieron que volver a dejar el trabajo para que, finalmente, su salario fuera puesto al día, y aún volvieron a salir de las necrópolis una tercera vez para que se les abonara cuanto se les adeudaba y se encararon con la policía diciendo: «No nos marcharemos, decídselo a vuestros jefes. No hemos franqueado los muros solo a causa de nuestra hambre: hemos venido a decir cosas importantes. En verdad, aquí, en vez del faraón, lo que hay es sinvergüenzas». Falta documentación para saber cómo terminó el asunto, pero las huelgas continuaron intermitentemente, complicadas con un conflicto surgido entre la administración civil y la religiosa, pues el alcalde de Tebas, para calmar a los huelguistas, les entregó el trigo que existía en el Rameseum —templo funerario de Ramsés II— y que procedía de las ofrendas.

Del clima de deterioro ninguna muestra más concluyente que la conspiración del harén que le costó la vida a Ramsés en el trigésimo segundo año de su reinado. Al parecer, una de las esposas del rey, Tiyi, conspiraba para que el sucesor del monarca, que debía de sobrepasar ya los sesenta años, no fuera Ramsés IV, sino su propio hijo, al que se denomina Pentaur. Debía de ser una mujer hábil y poderosa, pues logró muchas complicidades en el ejército, la nobleza y el sacerdocio. Los conspiradores entraron en el palacio real de Medinet Habu, pero fracasaron en su propósito de que

se cambiara el testamento real. El faraón murió días después a causa del disgusto. Su heredero, Ramsés IV, investigó el hecho y 34 personas fueron condenadas a muerte. A Pentaur, también condenado, en atención a su elevada estirpe, «le dejaron donde estaba. Él tomó su propia vida», es decir, se suicidó.

Y en este punto comenzó el declive. Si en lo político y en lo económico aún hubo algunos momentos de esplendor, en la cultura y el arte la decadencia fue completa y habría que esperar a los tolomeos para que sobre el país de las Dos Tierras volviera a florecer un arte que, con técnicas griegas, retomara modelos antiguos. Pero lo que podría llamarse arte faraónico se eclipsó —con leves fulgores postreros— durante la XX y XXI dinastías, esta última ya en el llamado Tercer Periodo Intermedio, en torno al año 1000 a. C.

La valoración universal de este arte es que los egipcios fueron creadores geniales tanto en el campo de la arquitectura como en el de la escultura y el relieve. Nadie objeta el colosalismo espectacular, la perfección, atrevimiento, elegancia y solidez de sus grandes construcciones pétreas, pero algunos tacharon de rígida su escultura y de conservador su relieve por la pervivencia milenaria de la frontalidad del tronco. No es ese el criterio de los más prestigiosos especialistas del siglo XX. Respecto a la primera, Antonio Blanco escribía:

Los egipcios se distinguen entre todos los pueblos antiguos del Cercano Oriente por haber buscado desde un principio, deliberadamente, un canon ideal del cuerpo humano. En este sentido, se parecen mucho más a los griegos posteriores que a sus contemporáneos y vecinos del Asia Anterior (...). En Egipto el arte fue el reflejo intelectual de un mundo seguro de sí mismo. Una vez encontrado su canon el egipcio lo mantuvo durante siglos, sin cambios sustanciales, casi sin evolución.

Otro especialista, el alemán Heinrich Schäfer, se refiere a ese aparente anquilosamiento de la frontalidad:

Aunque los artistas egipcios empleaban métodos distintos, estaban convencidos de que representaban la naturaleza con la más escrupulosa fidelidad. Si bien sus ojos físicos, como todos los ojos normales, captaban los escorzos, se desentendían de estas impresiones aparentes e, inconscientemente, consignaban tan solo lo que sus ojos mentales les decían, lo que ellos sabían acerca de la naturaleza del cuerpo o lo que vivía en su imaginación como realidad.

El vertiginoso declive de las monarquías egipcias del Tercer Periodo Intermedio tampoco pudo ser contenido por las que, no siéndolo, añadieron sus nombres a la lista dinástica. En el I milenio a. C. y en el paso hacia la nueva tecnología del hierro, ninguna de las dinastías que se sucedieron logró consolidarse largo tiempo: ni las de origen geográfico próximo, libias o nubias, ni los conquistadores lejanos, asirios y persas, que aspiraron a convertir el milenarismo reino en una parte de su imperio. Hasta que llegó Alejandro.

## RAYOS DE LA GUERRA

Artajerjes logró imponer a Egipto el yugo persa por segunda vez, y sobre las Dos Tierras gobernaba un sátrapa cuando Alejandro salió de Macedonia dispuesto a conquistar el mundo. En junio del 334 a. C. venció a los persas a orillas del Gránico; un año después repetía victoria, esta vez frente a Darío III en Isos; en el 332 a. C. penetraba en el corredor sirio y, tras un terrible asedio, se apoderaba de Tiro y, poco después, de Gaza y Jerusalén. Al sátrapa de Egipto le temblaron las piernas y dejó el campo libre a las tropas macedonias, que alcanzaron Menfis en otoño.

Alejandro se comportó como un libertador y comenzó por ofrecer sacrificios a los dioses que más podían agradar a los menfitas en aquella época, Ptah y Apis (representado como un toro, era el dios de la fecundidad y por entonces se le asimilaba a Osiris, por lo que también desempeñaba el papel de dios de los muertos). Dueño de la fuerza y bien recibido por los menfitas, se proclamó faraón. Pero Alejandro quería ser dios. De modo que, tratando de que el dios supremo de Egipto le adoptara como hijo, viajó setecientos kilómetros por el desierto hasta el oasis de Siwa, cerca de la frontera de la actual Libia, donde se hallaba un oráculo de Amón-Zeus, que ya entonces era famoso en todo el mundo griego y luego lo sería en el romano como Amón-Júpiter. En el camino, junto al Mediterráneo y a orillas de uno de los brazos del Nilo, encontró una aldea de pescadores, y tanto le complació su situación que ordenó que se edificara allí una ciudad que llevara su nombre, Alejandría.

Es fama que, durante su viaje en busca de la paternidad de Amón, se produjo un doble prodigio que demostró la predilección del dios por el caudillo macedonio: la caravana se perdió y aquel envió dos zorros que se pusieron al frente y la guiaron; pero habían perdido mucho tiempo y gastado el agua, de modo que también provocó una intensa lluvia que les permitió abastecerse.

Una vez en Siwa, Alejandro se encaminó hacia la colina de Aghurmi, donde se hallaba el templo. Le recibió el sumo sacerdote, junto con el que asistió a la procesión de Amón. Luego, el rey cumplió con las rituales abluciones y, acompañado únicamente por el sumo sacerdote, subió hasta el templo donde se hallaba el oráculo del dios:

—Dime, oráculo de Amón, ¿quién fue el asesino de mi padre?

—No puedo decírtelo, ¡oh rey!, porque tu padre no ha muerto.

—Mi padre, Filipo de Macedonia, fue traídoramente asesinado. ¿Cómo puedes decir que mi padre vive?

—Porque tú eres hijo del dios Amón y, en prueba de su paternidad, te concederé la victoria sobre tus enemigos.

Alejandro ofreció sacrificios a Amón y descendió del templo, ordenando que se le edificara al dios supremo de Egipto una morada más digna de su majestad. En sus maltratados restos se conservan todavía vestigios en relieve de la adopción de Alejandro como hijo de Amón.

Con ese vaticinio, el caudillo se lanzó directamente hacia el corazón del Imperio

persa. Un año después, venció a Darío III en Gaugamela y se apoderó de Babilonia, Susa y Persépolis. Pero todo aquello era poco para un dios, de modo que siguió conduciendo a su ejército, de victoria en victoria, hasta alcanzar la India y vencer, con grandes dificultades, en Hidaspo, el 326 a. C. Pero junto al Indo, sus macedonios se plantaron: como ellos no eran dioses, ya habían tenido suficiente ración de gloria y de hierro, de modo que querían volver a casa.

Cuando regresó de aquellas lejanas tierras se estableció en Babilonia, proyectando reconstruir su antigua grandeza, pero el 13 de junio del 323 a. C. falleció sin que se conozca a ciencia cierta de qué, cuando contaba 33 años de edad. Su cuerpo fue trasladado a Alejandría, perdiéndose después su rastro.

Muerto Alejandro, sus generales, incapaces de llegar a un acuerdo para mantener aquel imperio imposible, se lo repartieron. Tolomeo Lágida se quedó con Egipto, fundando la dinastía tolemaica (o ptolemaica) o lágida. No solamente fue un excelente general que batió a sus viejos socios, rechazando sus pretensiones sobre Egipto y ampliando sus fronteras e influencia, sino que, además, creó una dinastía a cuya cabeza situó al propio Alejandro, de modo que se presentó ante los egipcios como *soter* («protector»), es decir, protector de los intereses de Alejandro, y estableció su capital en Alejandría. Su hábil política mantuvo los usos, costumbres, derechos y religión del país; se llevó estupendamente con el clero, puso en marcha la restauración de muchos viejos templos ajados por los siglos y creó otros. A esta línea de actuación que, en general, fue seguida por su dinastía, debemos gran parte de los magníficos templos que hoy se pueden visitar en Egipto, aunque sus fundamentos puedan ser anteriores. Andando el tiempo, Tolomeo I Soter se presentó, también, como hijo de Amón, y lo mismo hicieron sus sucesores, dándose una magnífica hibridación —con todos los altibajos que se quiera— entre los intereses egipcios y los griegos, aquellos mirando al Nilo y a su panteón; estos, al Mediterráneo y a su poder político.

La mejor prueba de ese buen entendimiento es que la dinastía se prolongara tres siglos, con algunos reinados verdaderamente brillantes, como los de Tolomeo II Filadelfo («El que ama a su hermana») y el de Tolomeo III Evergetes («el Bienhechor»), hijo y nieto de Soter, que llevaron la influencia egipcia más allá de lo que habían conseguido los más poderosos faraones del Reino Nuevo. Se les deben fantásticos templos, como Edfu y Philae, y una obra mítica, el faro de Alejandría, considerado como una de las siete maravillas del mundo antiguo.

Se le llamó «faro» por haber sido construido sobre la isla de Pharos y fue tan llamativo, tan útil y tan perdurable que dio nombre a cuantas linternas se colocaron sobre las costas y puertos para orientar a los barcos en la oscuridad y la tormenta. El arquitecto Sostrato de Cnido levantó una torre con 34 metros de base y dos cuerpos superpuestos que en total alcanzaban 104 metros de altura. Sobre la terraza superior fue erigida una linterna de nueve metros, en la que se encendía por la noche una gran caldera alimentada por aceite, cuya luz era amplificadas por parábolas metálicas



pulimentadas.

El faro de Alejandría permaneció en servicio desde el siglo III a. C. hasta el siglo XIII, cuando lo destruyó un terremoto, y en ese tiempo se tejieron todo tipo de leyendas en torno a la fantástica torre. Se dijo, por ejemplo, que en sus cimientos había sido enterrado el tesoro de Alejandro o que su indestructible mole, victoriosa ante todo tipo de vicisitudes durante su largo servicio, estaba cimentada sobre cristal o que disponía de un juego de espejos capaces de incendiar las naves enemigas con sus rayos. Y más fantástico todavía: que los tolomeos disponían de un talismán que, instalado en la linterna, ¡les permitía ver lo que acontecía en la corte de Constantinopla!

Una de las obras inmortales de Tolomeo Soter fue la fundación, en el año 306 a. C., de la Biblioteca de Alejandría, construida bajo la dirección del griego Demetrio de Falera. La biblioteca estaba unida por un paseo porticado al museo, es decir, al templo de las Musas, que acogía esculturas y pinturas de mérito, sobre todo de origen griego. Este conjunto fue un auténtico centro del saber, donde trabajaron y enseñaron Aristarco de Samos, Euclides, Eratóstenes, Herón, Zenodoto, Apolonio o Aristófanes.

A aquel desaparecido templo de la sabiduría le debemos notables aportaciones: allí nació la crítica de textos, la primera idea escrita de catalogación bibliográfica, un sistema de archivos que se exportó y perduró, y allí se vertió al griego la versión del Antiguo Testamento conocida como «de los Setenta». Sabemos que en su apogeo, a mediados del siglo I a. C., la biblioteca, que hubo de abrir un anexo en el Serapeion, o templo de Serapis (adaptación griega de Apis), llegó a contar con 700 000 ejemplares, contando libros, papiros y pergaminos. Semejante colección fue posible por su continuidad histórica y porque Alejandría era el principal puerto y el primer centro comercial del Mediterráneo, por lo cual la biblioteca, con corresponsalías en los principales centros, recibía información y copias de todo escrito producido por las culturas mediterráneas.

Esa maravilla desapareció en tres fases. La primera destrucción de la que tenemos constancia se produjo durante la guerra entre César y Tolomeo XIII, el hermano de Cleopatra, es decir, hacia el año 48 a. C. Bajo el impulso de Cleopatra y Marco Antonio fue reconstruida, y el enamorado romano donó 200 000 pergaminos expoliados en otra de las grandes bibliotecas de la Antigüedad, la de Pérgamo, de donde, por cierto, procede la denominación del pergamino, ese apreciadísimo material utilizado para la escritura durante más de mil años, elaborado a partir de pieles de oveja, cabra, cerdo o asno. Se supone que hubo una segunda destrucción hacia el siglo II d. C. a causa de un incendio, y la definitiva tuvo lugar, probablemente, a finales del siglo IV, en el curso de las luchas entre cristianos.

Entre las buenas ideas que hay que agradecer al siglo XX está la refundación de la Biblioteca de Alejandría, impulsada por la UNESCO e inaugurada el 16 de octubre de 2002.

La dinastía griega ya tocaba a su fin cuando la expansiva república romana incluyó Egipto en su esfera de interés. A partir del siglo II a. C., y durante el siglo anterior a nuestra era, los tolomeos debían contar con el permiso de Roma para todo lo que no fuera su propia administración interna. Esa dependencia tuvo un momento de relajación durante las guerras entre César y Pompeyo (49-48 a. C.), lo que aprovecharon los últimos tolomeos para disputarse el trono en una guerra civil que, fundamentalmente, implicaba al Delta. Durante esa contienda, Pompeyo, derrotado en Farsalia, tuvo la pésima idea de refugiarse en Egipto y el malvado Tolomeo XIII creyó que podría ganarse el favor de César cortándole la cabeza a su enemigo y entregándosela el 2 de octubre del año 48 a. C., cuando llegó a Alejandría en su persecución y en busca de dinero para proseguir la guerra. Dicen que César quedó horrorizado ante la cabeza embalsamada de Pompeyo, con el que mantenía un sangriento conflicto, pero ante cuyos restos recordó que habían sido aliados y que estaban unidos por vínculos familiares, pues el muerto había estado casado con una hija suya. Además, le pareció políticamente peligroso que un gran dirigente romano fuera asesinado por un extranjero.

Pero César necesitaba los recursos egipcios y, en consecuencia, trató de pacificar el país, para lo cual procuró que Tolomeo XIII y su hermana, Cleopatra VII, la Cleopatra por antonomasia, se reconciliaran y compartieran el trono. A Tolomeo XIII la solución le pareció una afrenta y, aprovechando que César tenía en Alejandría escasas tropas, trató de hacerle correr la misma suerte que a Pompeyo, esperando que Roma, esta vez indudablemente agradecida, le permitiera disfrutar el trono. César, que había establecido su residencia en el palacio real, se encontró en situación apurada y ordenó que se le enviaran refuerzos desde Siria, pero las legiones que debían auxiliarle tardarían meses en llegar.

Según la leyenda, César no conocía a la reina, que residía en otro palacio y que había negociado con él por medio de plenipotenciarios. Una tarde de octubre o noviembre del mismo 48 a. C., se presentó en una puerta secundaria del palacio Apolodoro, un sirviente de confianza de Cleopatra, con dos esclavos que portaban una gran alfombra enrollada, asegurando a la guardia que se trataba de un regalo de la reina para César. Tras franquear varias puertas vigiladas por legionarios romanos y dar numerosas explicaciones, fue recibido por Julio César, que quiso ver el presente enviado por la faraona de Egipto. Apolodoro desenrolló el tapiz y en su centro apareció esplendorosa la propia reina, que a sus veinte años estaba en la madurez de su juventud y belleza. El romano quedó encantado por el ardid de la soberana, por su gracia, simpatía y cultura.

Sea como fuere, en aquel primer encuentro, Cleopatra —sobre cuya hermosura se lleva discutiendo desde época romana— se convirtió en la amante de César y le entregó el apoyo de sus soldados. Con esas fuerzas y sus astucias políticas aguantó César la presión enemiga en Alejandría hasta marzo. Ese mes, un ejército formado por aliados de Roma, bajo el mando de Mitridates de Pérgamo, penetró en el Delta y

marchó hacia Heliópolis para sacar a Tolomeo XIII de su base alejandrina. El egipcio corrió a su encuentro, pero César, con sus soldados y los de Cleopatra, salió tras él, quedando envuelto el ejército faraónico por el romano y el de Mitridates. El 27 de marzo se libró la batalla, en la que Tolomeo XIII fue vencido, y cuando trataba de huir, cruzando el Nilo, se ahogó.

Cuenta la historia rosa que Cleopatra, ya reina indiscutible de Egipto, sintió escasa pena por la muerte de su hermano y esposo —pues desde el reinado de Filadelfo, siglo y medio antes, era costumbre que los faraones se casaran con sus hermanas— y emprendió un viaje con su amante por el Alto Egipto, deslumbrándole este con sus conocimientos históricos, artísticos y lingüísticos, pues es fama que hablaba, aparte de griego y latín, la lengua egipcia y que era capaz de leer los jeroglíficos. César, a su vez, habría quedado asombrado por la gloriosa y antiquísima cultura: conocería Menfis, aún importante, y las necrópolis de Sakara y Guiza, perfectamente conservadas. Remontarían el curso del Nilo, visitando Tel el Amarna, ya arruinada, Abidós, donde existían grandes construcciones de la XIX dinastía, los templos de Amón en Karnak y Luxor, que dejarían boquiabierto al general, y los grandes templos erigidos por los antepasados de Cleopatra en Dendera, Esna, Edfu, Kom Ombo y Philae.

Si tal excursión se produjo, fue muy breve, pues Cleopatra se hallaba en avanzado estado de gestación. Nacido el niño, la reina le llamó Cesarión, y dos años después se hallaba con él en Roma, habiendo dejado Egipto bajo una regencia que tutelara a su hermano, Tolomeo XIV, su socio en el trono. En sus dos años de estancia en Roma, logró poner de moda el sincretismo religioso egipcio-romano y proporcionó trabajo a los talleres de escultura, que la representaron numerosas veces. Tras el asesinato de César en los *idus* de marzo del 44 a. C., Cleopatra regresó a Egipto.

Instalada en Alejandría, la faraona planeó su futuro. Primero envenenó a su hermano, luego asoció al trono a su hijo Cesarión. Pero ante la ambiciosa y habilísima reina se abría un futuro incierto. Egipto permanecía independiente gracias a la tolerancia romana, y la sucesión de César había provocado un panorama político tan complejo en Roma que podía brindar grandes oportunidades. Allí mandaba Octavio Augusto, el ahijado de César; en el norte de África disponía Lépido, y en Oriente ensanchaba las fronteras de la República un lejano conocido de sus días de Roma, Marco Antonio.

Este se hallaba en Tarso cuando la convocó para resolver los problemas surgidos entre Egipto y Roma. Cleopatra no tenía más remedio que acudir y lo hizo tras haber preparado cuidadosamente el encuentro, que podía ser muy peligroso para ella, pues tras la muerte de César se había equivocado de bando y había proporcionado cuantiosas sumas de dinero a Casio, uno de los organizadores del magnicidio. Ahora, el vencedor la llamaba a capítulo.

Cleopatra, que contaba unos treinta años, se presentó ante el romano como una diosa y le saludó con tan condescendiente autoridad como desenfado, rehuendo

entrar en materia con el pretexto de que era la hora del almuerzo y lo tenía a punto en su barco. Marco Antonio, un tosco soldado acostumbrado a las ramerías campamentales o, a lo sumo, a las austeras mujeres romanas, quedó subyugado por tanta belleza, dignidad y desparpajo. Por otro lado, le debía cierto respeto, pues había sido la última favorita de César, su jefe y amigo, y la madre de su hijo Cesarión. En consecuencia, aceptó la invitación.

Cuando se presentó en el barco de la reina, que tenía la popa recubierta de oro, se desplegaron las velas de color púrpura y los remeros iniciaron la boga hundiendo en el agua las palas forradas de plata. «Iba Cleopatra tendida bajo un dosel espolvoreado de oro, adornada como se pinta a Afrodita. A uno y otro lado, la abanicaban muchachitos similares a los amorcillos que vemos pintados», asegura Plutarco. Conducido ante la reina, Marco Antonio no pudo disimular su admiración y turbación. Según es fama, antes de que terminara el día fueron amantes y entre las sábanas de seda quedaron en nada los cargos contra la reina.

Marco Antonio acompañó a Cleopatra a Alejandría. Ya en su palacio, la reina no ahorró detalle para mantenerlo encadenado, enlazando banquetes, juegos, festejos, expediciones de caza y pesca... Y ella. Dos hijos tuvieron en su larga relación y al romano cada vez le era más difícil dejar Egipto; finalmente, no pudo evitar su regreso a Roma para solucionar con Octavio asuntos relativos al gobierno de Oriente. El astuto Octavio intuía lo peligroso de la política de su socio en el Mediterráneo oriental y trataba de alejarlo de Alejandría, para lo cual le casó con su hermana, la hermosa y discreta Octavia, pero ni los distinguidos encantos de esta ni el amor por los hijos que con ella tuvo pudieron librarle del cepo amoroso en que le tenía prisionero Cleopatra.

Cuando regresó a Alejandría, la faraona le esperaba esplendorosa, pero ofendida: años de separación, otro lecho, otros hijos. Al cautivo soldado no se le ocurrió mejor manera de reconciliarse con ella y recuperar todo su favor que regalarle Palestina, Siria, Fenicia, Chipre, el sur de Anatolia... «No estaba en posesión de sus facultades», escribe Plutarco.

Pero la estupidez de Marco Antonio es menos llamativa que la ambición de Cleopatra, que le obnubiló su buen juicio e inteligencia política. El regalo de Marco Antonio convertía a Egipto en una potencia imperial, cosa que nunca antes había sido, y proporcionaba al país las fronteras más dilatadas de su historia, al permitirle abarcar toda la ribera mediterránea desde el desierto líbico hasta la mitad este de la costa de Anatolia. Octavio toleraba mal la humillación de su hermana, pero lo que no podía consentir es que se creara en el Mediterráneo oriental un imperio tan grande como rico y, por tanto, peligroso, y no tuvo dificultad alguna en convencer al Senado de la conveniencia de una guerra contra el traidor que había entregado una parte importante de las posesiones de Roma.

El final de esta historia cierra la milenaria trayectoria de Egipto. Octavio César, al mando de una poderosa flota, se dirigió contra Cleopatra y Marco Antonio. Estos

unieron sus barcos y los lanzaron contra los romanos en Accio, Grecia, el 2 de septiembre del 31 a. C. Dicen que la batalla hubiera podido darse por tierra, pues contaba Marco Antonio con fuerzas ligeramente superiores a las de su cuñado, y eso es lo que recomendaban sus generales, pero decidió escuchar a Cleopatra, que prefirió una batalla naval, donde la superioridad de la flota combinada era de dos a uno. En lo más reñido del combate, según se asegura, Cleopatra, asustada, ordenó a sus naves que se retiraran, lo que causó gran confusión en la flota de Marco Antonio, que, en un nuevo raptó de enajenación, optó también por abandonar el campo de batalla, saliendo tras la reina a toda boga.

Perdida la flota, abandonado el campo, disgregadas sus tropas al marcharse el jefe, rotas las coaliciones, nada se oponía ya ante Octavio Augusto. Cuando llegó a Egipto, ambos amantes se suicidaron y Cesarión fue eliminado.

Así acabó todo, aunque hay un adorno memorable, acaso legendario: ante la inminente llegada a Egipto del ejército romano, Cleopatra decidió jugar sus cartas de seducción y entró en contacto con Octavio; pero este ni era un caudillo en apuros, como su padrino Julio César, ni un rústico soldado, y, además, la odiaba por los problemas que había causado a su hermana y a Roma. Tampoco ella era ya la lozana joven de poco más de veinte años que encandilara a los romanos.

Mientras esperaba la respuesta de Octavio, Cleopatra quiso tener las manos libres, de modo que, a través de una criada, le hizo saber a Marco Antonio que se había envenenado. El desesperado amante se traspasó el pecho con una espada y, moribundo, alcanzó los aposentos de la reina. Dicen que esta asistió a sus últimos estertores sin gran emoción, pues lo que verdaderamente le preocupaba era la respuesta del vencedor. Cuando este rechazó toda opción negociadora, ella introdujo su mano en una cesta de higos y un áspid, alojado al efecto entre la fruta, le inyectó su mortal veneno, en el año 30 a. C.

Más de dieciocho siglos después, el primero de julio de 1798, llegaba a las proximidades de Alejandría la expedición francesa de Napoleón Bonaparte. En tres semanas vencía a los mamelucos y el día 24 tomaba posesión de El Cairo y comenzaba a gobernar el país. Napoleón aspiraba a unir en su expedición el genio militar de Alejandro Magno y el talento político de Pericles y su misión civilizadora. Para lograr esto último seleccionó un equipo científico con una doble misión: ayudar al desarrollo nativo y aprenderlo todo de la civilización egipcia.

Los resultados de esta misión científica se los hubiera tragado el tiempo si Napoleón no hubiera previsto que todos los trabajos fueran recopilados en una verdadera enciclopedia, *Description de L'Egypte*. En uno de los prefacios históricos que la encabezan, Jean Baptiste-Joseph Fourier, secretario del Instituto Egipcio, situaba la milenaria cultura en la cumbre de las realizaciones humanas:

Este país solo presenta grandes recuerdos; es la patria de las artes y conserva innumerables monumentos; sus principales templos y los palacios que habitaron sus reyes todavía subsisten a pesar de

que sus edificios menos antiguos ya se habían construido antes de la guerra de Troya. Homero, Licurgo, Solón, Pitágoras y Platón fueron a Egipto a estudiar ciencias, religión y leyes. Alejandro fundó allí una ciudad opulenta que durante mucho tiempo dominó el comercio y fue testigo de las decisiones que Pompeyo, César, Marco Aurelio y Augusto tomaron sobre el destino de Roma y del mundo entero. Es, por tanto, normal que este país atraiga la atención de los ilustres príncipes que dirigen el destino de las naciones.

No ha habido ni un país medianamente poderoso en Occidente o en Asia que no haya vuelto sus ojos hacia Egipto y no lo haya visto, de alguna manera, como un terreno naturalmente suyo...

Tras la capitulación francesa en 1801, entre los acuerdos de rendición quedó incluida la cesión a Inglaterra del pequeño museo de piezas de época faraónica que habían reunido: veintisiete estatuas, varias momias y sarcófagos y una gran estela de basalto negro, escrita en tres idiomas, que los zapadores habían hallado en Rosetta cuando realizaban trabajos de fortificación. Las piezas fueron enviadas a Inglaterra y el rey Jorge II las cedió al Museo Británico, que inició con ellas sus colecciones egipcias. Pero la Piedra de Rosetta, aunque constituye uno de los tesoros del gran museo londinense, quedará indisolublemente unida a Francia, pues no solo la descubrió sino que sería un francés, Champollion, quien lograra descifrar los jeroglíficos a partir de las claves halladas en esa pieza.

Cuando los franceses fueron repatriados, viajaron con ellos sus carpetas llenas de tesoros. Entre ellos merece reseñarse la ingente labor desplegada por el polifacético barón Dominique Vivant Denon. A él se deben centenares de preciosos dibujos que contribuyeron a popularizar la egiptología. Más aún, alguno de sus trabajos constituye el único testimonio de edificios que poco después desaparecieron, como la capilla de Amenofis III en Elefantina, el templo de Montu, en Armant, el de Contralatopolis, junto a Esna, o el levantado por Alejandro Magno en Hermópolis Magna.

A Napoleón, uno de los rayos de la guerra, le estaba reservada una paradójica victoria: mostrar, difundir tal cúmulo de riqueza histórica y artística. Abrir la puerta al orientalismo.

Entre Egipto y el gran arco formado por Anatolia y Mesopotamia existe una tierra que ha sido el paso obligado de la más antigua y brillante época de la humanidad; un concurrido espacio en el que hoy se asientan Siria, Líbano, Israel, Palestina y Jordania. Allí florecieron, desde la antigüedad más remota, ciudades, emporios comerciales, notables potencias militares que, a veces, hicieron sentir su peso a los imperios con los que convivieron —Sumer, Babilonia, Asiria, Hatti, Mitanni, Egipto—, aunque en la mayoría de los casos sobrevivieron como feudatarios, tributarios o aliados, culturas que imprimirían su sello a toda la humanidad y, también, el monoteísmo de Israel y la Biblia, el libro más leído e influyente de la historia. Estamos en el corazón del Viejo Mundo.

Esas ciudades, pueblos y culturas han ido apareciendo aquí, mientras la historia pasaba sobre ellas, bajo la denominación de «corredor sirio». Se trata de un pasillo encajonado entre el Mediterráneo y la cordillera libanesa, tras la que aún existe un obstáculo más contundente, el desierto sirio, que constituía el paso obligado de los conquistadores asirios, mitanios o hititas que aspiraban a dominar Egipto o de los faraones guerreros que trataban de mantener abiertas sus rutas caravaneras y su presencia económica, más que expandirse hacia Asia. Tierra de paso de grandes ejércitos; ciudades que sufrieron asedios endémicos, como Alepo o Jerusalén, o que vieron alguna de las batallas renombradas de la Antigüedad, como Kadesh o Meggido, o que acogieron los puertos más activos de la época, como Biblos, Tiro y Sidón; o ciudades-Estado tan poderosas como Ebla o Mari.

Estas últimas no constituyen una simple mención en los diversos relatos de la Antigüedad, sino que su excavación en el último siglo, gracias al hallazgo de sus archivos reales —en tablillas escritas en caracteres cuneiformes y lengua acadia—, ha proporcionado muchas noticias de carácter administrativo, político, científico o cultural, que las presentan como pequeños imperios, prósperos y pujantes.

Ebla dominó hace unos 4400 años todo el norte de la actual Siria e, incluso, la isla de Chipre, uno de los principales centros productores de cobre de la Antigüedad. Su prosperidad agrícola (cereales, legumbres, olivo, vid, palmeras, higueras y granados) y su industria artesanal, basada en la metalurgia del bronce y los tejidos de lino y lana, no hubieran sido suficientes argumentos para su influencia; fue el comercio el motor económico: la gran ruta caravanera que, de este a oeste, unía el golfo Pérsico con el Mediterráneo, prolongándose por mar hasta Chipre, y el enlace norte-sur de las ciudades anatólicas con las fenicias, palestinas y egipcias. El gran centro desde el que se organizaba y controlaba esta actividad era el palacio real de Ebla.

El hallazgo más sorprendente de su cultura, muy influenciada por la sumeria, según el profesor Petinato, uno de los arqueólogos que excavó Ebla, es un

vocabulario que podía considerarse «el primer diccionario bilingüe de dos lenguas fundamentales en aquel momento histórico, la sumeria y la eblaíta». También pueden destacarse sus realizaciones artísticas, no muchas pero sí interesantes, sobre todo los relieves, el grabado de sus cilindro-sellos, la orfebrería y la estatuaria. El hitita Mursili I la destruyó, terminando para siempre con su prosperidad, y su ubicación permaneció oculta hasta que el profesor Paolo Matthiae, de la Universidad de Roma, comenzó en 1968 la excavación de Tell Mardikh, una pequeña colina situada unos cincuenta kilómetros al sur de Alepo.

Mayor importancia tuvieron aún en los avatares de la zona las diversas oleadas de pueblos arameos que salieron del desierto sirio-arábigo y se expandieron por Mesopotamia y el corredor sirio, donde dominaron en el siglo XII a. C. ciudades de importancia, como Damasco o Hamath. Estas ciudades arameas, Damasco sobre todo, nos son familiares desde la Antigüedad por los relatos bíblicos. Según el Libro de Samuel, los ammonitas —en la actual Jordania— afrentaron gravemente a los embajadores del rey David, rapándoles la mitad de la barba y cortándoles sus vestiduras hasta dejarles con el culo al aire. Eso equivalía a la guerra, por lo que, asustados por las consecuencias de su ofensa, los ammonitas llamaron en su auxilio a los reyezuelos de diversos reinos arameos, como Soba, Rojob, Maca y Tob. Contra ellos mandó David a su ejército, que los puso en fuga. Como los sirios no se conformaron con la derrota y reunieran tropas para enfrentarse a Israel, David pasó el Jordán y los derrotó, causándoles una de las hiperbólicas matanzas habituales en este tipo de literatura: 40 000 hombres y los caballos de setecientos carros.

Memoria de otra contienda hay durante el reinado de Ajab, uno de los descendientes de Salomón. El rey sirio Ben Adad atacó Samaria. Ajab le salió al paso con 7000 hombres y, animado por un profeta, atacó al ejército enemigo causándole «100 000 muertos de a pie en un día» (¡!). Ben Adad se presentó en el campamento del rey de Israel para solicitar su indulgencia. Ajab le perdonó y el vencido le dijo: «Yo te devolveré las ciudades que mi padre tomó al tuyo y tendrás en Damasco calles para ti, como las tuvo mi padre en Samaria».

Pese a lo cual, en épocas posteriores hubo nuevos enfrentamientos entre judíos y sirios, ocupando estos Jerusalén; y, también, alianzas contra el poderoso enemigo común, Asiria, al que lograron vencer en algunos encuentros hasta ser aplastados y deportados a Assur y Nínive en el año 732 a. C.

Aparte de sus apariciones históricas y de haber desarrollado un arte que fusionó con elegancia las influencias llegadas de Mesopotamia, Anatolia y Fenicia, tuvieron los arameos una baza excepcional para mantenerse en un lugar de honor dentro de la evolución de la humanidad: el idioma, el arameo. Nacido en Siria-Palestina, del tronco lingüístico semítico, igual que el fenicio y el hebreo, hacia el II milenio a. C., su expansión comenzó hace algo más de 3000 años, cuando gracias a su capacidad de comunicación y la mayor sencillez de su escritura alfabética —tomada del fenicio— pasó a ser el instrumento preferido de los escribas. Se difundió con rapidez por todo



el área y, bajo dominio asirio, quedó convertido en el idioma que los conquistadores utilizaban preferentemente en sus zonas de expansión: el llamado «arameo imperial». Cuando Babilonia, con Nabucodonosor, incluyó aquellos territorios en el saco de sus posesiones, el arameo se difundió por toda su zona de influencia y, a continuación, los persas, que sometieron gran parte del anterior imperio, no tuvieron reparos en seguir utilizándolo. Bajo dominación griega y romana, el arameo continuó hablándose en la región, de modo que Jesucristo, para que todos pudieran entenderle, predicaría en arameo, y algunos de los capítulos de la Biblia fueron originalmente redactados en esta lengua.

Pero en el corredor sirio hubo otras dos naciones que dejarían un rastro mucho más profundo en el curso de la humanidad: los fenicios y los judíos.

### FENICIA, SEÑORA DEL MAR

Los griegos les llamaron fenicios, que significa «hombres de la púrpura», por las hermosas telas color púrpura que vendían por todo el Mediterráneo, pero ellos se autodenominaban cananeos, gentes de Canaán, originarios de las prósperas ciudades mediterráneas del corredor sirio, desde Trípoli, en el norte, a Tiro, en el sur, más o menos la fachada marítima del actual Líbano, con otras tres importantes urbes marítimas entre ambas: Sidón, Berito (Beirut) y Biblos. Parece que se trataba de ciudades autónomas, que no componían un Estado, asemejándose más a una empresa comercial con intereses que las unían y peculiaridades que las diferenciaban del resto de las naciones: origen, religión, lengua, cultura y conocimientos secretos — comerciales y náuticos— a los que solo ellos tenían acceso.

Su discutido origen parece determinado por la naturaleza del corredor sirio. A la originaria población semita instalada en la zona desde la Prehistoria se fueron incorporando otros pueblos, como los nómadas amorritas que allí se sedentarizaron y, posteriormente, emigrantes del norte, hurritas y mitanios. Hace unos 3200 años se les unieron los filisteos, una de las familias que componían los pueblos del mar, a los que hemos visto perturbando la existencia de las poblaciones establecidas desde Egipto a Anatolia. Los filisteos (*filistín*), que se establecerían más al sur, en la costa cananea comprendida entre Ascalón (Ashkelon, Israel) y Gaza, dieron su nombre a la región entera, Palestina, por cuya costa avanzaron hacia el norte hasta ensamblarse con los fenicios, a veces en forma poco amistosa. No mucho después se imbricó en sus estructuras una nueva oleada de emigrantes, los arameos.

Tradicionalmente se ha considerado que los rendimientos agrícola-ganaderos de esa larga fachada costera eran bajos, por lo cual sus gentes se las ingeniaron para vivir de la mar: primero, de la pesca y, enseguida, de actividades mucho más lucrativas. Sus puertos comenzaron exportando sus cedros, ponderados y apreciados hasta el infinito por los pueblos mesopotámicos y Egipto; luego, sus barcos enlazaron

las rutas caravaneras que llegaban desde el golfo Pérsico, Arabia, Persia y Capadocia con Chipre y Egipto. Y, a continuación, esas ciudades-Estado se hicieron famosas por sus telas de color púrpura.

Dice la leyenda que fue en las playas de Tiro, mientras Melqart (dios de los cielos) cortejaba a la ninfa Tiro, donde se descubrió la púrpura, el tinte más maravilloso que se haya visto en la historia. Se asegura que la ninfa cavilaba cómo librarse del acoso del dios cuando vio a un perro que jugaba con un caracolito de mar, cuyo caparazón se rompió ante las dentelladas del can; maravillada, comprobó cómo del pequeño molusco surgía un chorro de tinta roja y brillante que le dio una idea genial: «Si me quieres, regálame un vestido de ese color», dijo la ninfa.

De esta manera, Melqart, patrono de Tiro, tuvo que ingeniárselas para conseguir el tinte púrpura que ablandó el corazón de la bella ninfa y convirtió las ciudades fenicias en emporios de los tejidos más apreciados de la Antigüedad. Los fenicios persiguieron por todo el Mediterráneo los famosos murex, los caracolillos de la púrpura, y disponían de numerosas factorías para obtenerlos, llegando incluso al río Lixus en Larache, ya en el Atlántico. En ellas se trabajaba la salazón del pescado y, terminada la temporada de pesca, se pasaba al trabajo de la púrpura. Primero se introducían en cubetas los moluscos capturados y, después, al final del invierno, se les rompía la concha y se maceraban en agua salada. Tras los consiguientes procesos de depuración y filtrado, se lograba el tinte, con el que se teñían los tejidos que salían de los telares de toda la costa o que los fenicios adquirían en bruto en todo el corredor sirio o gracias al comercio caravanero. El resultado era espectacular. Se asegura que el emperador Calígula ordenó asesinar al heredero del rey Juba II de Mauritania para apoderarse de una túnica púrpura que había lucido durante una fiesta a la que había asistido en Roma.

Pescando, comerciando, pirateando, alquilándose como flotas mercenarias, los fenicios establecieron factorías y colonias hermanas por todo el Mediterráneo. La más importante de ellas fue Cartago, pero tuvieron decenas: en la península Ibérica les hemos visto fundando Cádiz y comerciando con Tartessos y con Los Millares; en las Baleares tuvieron un asentamiento importante en Ibiza, y decenas en Cerdeña, Córcega, Sicilia, Malta, Creta, Chipre y a lo largo de toda la costa africana del Mediterráneo.

El historiador greco-siciliano Diodoro Sículo, que vivió en el siglo I a. C., asegura que gracias al comercio de la plata, que obtenían en la península Ibérica y «llevaban a Grecia y Asia y a todos los demás pueblos, allegaron grandes riquezas». Pero en la Península obtenían también cobre, estaño, oro, plomo, esclavos y, más tarde, hierro que cambiaban o vendían por marfil, telas, cerámicas finas, objetos suntuarios y animales, como pavos reales y monos.

El gobierno de estas ciudades-Estado estaba a cargo de una monarquía hereditaria y el rey ejercía funciones políticas y también sacerdotales y comerciales. Junto al monarca, ayudándole y aconsejándole, había un gobernador que, entre otras

funciones, ejercía de alcalde; también suele hallarse un general, figura nada decorativa, pues, aparte de la guarnición permanente de la ciudad y de los ejércitos que, con frecuencia, había que levantar para afrontar amenazas exteriores, contaban con poderosas flotas que podían reunir para su propia defensa o alquilar como mercenarias a otras potencias: por ejemplo, los egipcios solían solicitar sus servicios para que les abastecieran en sus expediciones al corredor sirio. En sentido contrario, una flota fenicia apoyó desde el mar el avance del ejército persa de Cambises cuando se apoderó de Egipto en el 525 a. C., pero le negaron su asistencia cuando pretendió organizar una expedición contra su ciudad hermana, Cartago. El caso parece indicar que en estas operaciones mercenarias tenían ciertos escrúpulos, pero no hasta el punto de poner en peligro sus intereses o su supervivencia: durante el asedio de Tiro por Alejandro Magno, en el 332 a. C., el macedonio reunió una flota para contrarrestar la de los asediados, contratando naves en Rodas, Chipre y en las propias ciudades fenicias de Sidón y Biblos. Tiro pidió auxilio a Cartago, pero la flota cartaginesa nunca llegó y, tras un feroz asedio de siete meses, los macedonios tomaron Tiro, pasando a cuchillo a 8000 personas; crucificaron a unos 2000 defensores y vendieron a otros muchos como esclavos. Según algunos autores, en la confusión final, las naves de Sidón y Biblos dieron refugio a varios millares de defensores: la fuerza de la sangre.

Volviendo al gobierno de las ciudades-Estado, el rey debía consultar los asuntos importantes con un consejo de notables —cien ancianos, según algunos—, interesante compromiso político entre la institución monárquica y la oligarquía comercial que les confirió una estructura muy sólida, pues lograron mantener su poder e influencia durante casi un milenio en la zona política y militarmente más concurrida de la Tierra.

Fue toda una larga aventura comercial, descubridora, tecnológica y cultural. Comenzó hace unos 3200 años, pero su gran momento llegó hace unos 2800 y se cerró cuando a los asirios no les bastó con que les alquilaran sus naves y quisieron los barcos y hasta el propio emporio, por lo que sometieron las ciudades fenicias a tributo y destruyeron algunas, como hizo Asarhaddon en el 701 a. C. con Sidón, o el babilonio Nabucodonosor con Tiro. No habían tenido tiempo para recuperarse cuando les pasaron por encima los persas, que, salvo por la destrucción de Sidón, fueron exigentes recaudadores pero permitieron el libre funcionamiento de las ciudades fenicias, siempre que pudieran disponer de sus flotas. Una grave cadena, pues cuando llegó Alejandro hizo lo propio y, para ejemplificar que no aceptaba insumisiones, arrasó Tiro. De todas maneras, durante el helenismo las ciudades fenicias gozaron de un buen momento económico y cultural: fue su canto del cisne; a partir de Roma, vivirían una existencia discreta al servicio de los intereses imperiales, gozando en algunos casos de cierta notoriedad cultural; como sucedió con Tiro y Sidón.

Hoy el pasado fenicio goza de dos focos de prestigio: su alfabeto y sus avances navales y los derivados de ellos: hazañas descubridoras, comercio, difusión de

conocimientos y técnicas. Asegura Diodoro que él vio en un templo de Grecia una placa de bronce donde se valoraba el dominio del mar ejercido por los diversos pueblos, y a los fenicios, siempre punteros, se les reconocía como suprema potencia naval durante medio siglo. ¿Qué virtudes atesoraron para que cuatro o cinco ciudades, inicialmente ni muy grandes ni muy ricas, lograran tal poderío? Se ignora, porque los fenicios procuraron mantener siempre la fórmula de su éxito en secreto y esta aún no se ha desentrañado. Con todo, algunas cosas sí se conocen.

Tuvieron un tipo de barco pequeño, con vela y unos pocos remos, que les servía para la pesca y el tráfico de cabotaje; se le llamaba *hippoi* porque solía llevar una cabeza de caballo (*hippos*) como mascarón de proa. Pero su barco mercante habitual fue el que los griegos llamaban *gaulós* («bañera»), debido a su forma panzuda y ancha (con unos treinta metros de eslora y unos siete de manga). Un barco sólido, estable, lento pero muy apto para el transporte de mercancías; se movía a vela, aunque cuando no soplabla el viento podía desplazarse a remo. Parece que los fenicios se fijaron en la vela que utilizaban los egipcios para impulsar sus barcos por el Nilo, pero bajaron su altura buscando mayor estabilidad en la navegación marítima e inventaron un aparejo que permitía orientarla en función de la dirección del viento.

A este tipo pertenecería la mayor parte de los barcos que se utilizaron para el comercio, el transporte de pasajeros y de tropas, la piratería y la guerra. Pero pronto aparecieron barcos especialmente pensados para la lucha, naves cuya eficacia estribaba en la velocidad y maniobrabilidad. Un especialista, Rafael Rebolo, escribe:

Sobre el 2000 a. C. empezó a usarse en Creta un tipo de barco esbelto, con proa puntiaguda, muy diferente del panzudo mercante. La propulsión era por remos y muy limitada la capacidad de navegación a vela. A partir de esta galera se produjo durante dos milenios un desarrollo continuo de este tipo de nave, dando lugar a la que es, posiblemente, la máquina propulsada por energía humana más potente de todos los tiempos: la trirreme. La galera de guerra fue la clave que permitió el dominio del Mediterráneo y el control de las rutas comerciales a las diversas potencias que florecieron durante este periodo.

Una de ellas, quizá la principal, fue Fenicia, cuyos barcos siempre estarían a la vanguardia de los avances tecnológicos, pues sus decenas de factorías ejercerían el más eficaz de los espionajes industriales. Entre las naves empleadas por los fenicios para mantener abiertas sus rutas comerciales se incluye la pentecóntera, de unos 31 metros de eslora y 3 de manga, con cincuenta remos, veinticinco por banda, distribuidos en uno o dos órdenes. A sus astilleros se les atribuye la invención de la pentecóntera *dikrotos*, en la que los remeros estaban dispuestos en dos alturas, lo que permitía un mejor aprovechamiento de su fuerza y la reducción de la eslora a poco más de veinte metros, con un pequeño incremento de la velocidad y la maniobrabilidad. Este tipo de barco, muy utilizado por todas las potencias navales del Mediterráneo a partir de los siglos VIII-VII a. C., fue el antecedente inmediato de la trirreme, la galera fundamental en las flotas de guerra del mundo clásico.

La trirreme se impuso en el Mediterráneo hacia el 500 a. C. Se movía gracias al

impulso de tres órdenes de remos: dos de ellos en la línea del casco y el superior instalado en una especie de balconcillo, para que no se trabaran unos con otros. Las dos más bajas se componían de 27 remos cada una, el superior, de 31, lo que suma 85 remos por cada costado. A los remeros debían unirse los comitres que dirigían la boga, los timoneles, los carpinteros, los encargados de manejar la vela, los especialistas en navegación y el capitán, llamado *trierarca*, en total unos doscientos tripulantes.

Las trirremes eran barcos grandes, con un mínimo de 35 metros de eslora por 3,6 de manga y unas 45 toneladas de peso. Su arma principal en la batalla era el ariete, un tronco de madera con tres dientes acoplado a la proa y reforzado con un forro de cobre, con el que se trataba de despanzurrar, volcar o inutilizar a las naves enemigas. En las batallas navales, a la tripulación se sumaba un contingente de guerreros, compuesto por arqueros y tropas de abordaje.

Este tipo estandarizado de trirreme fue modificado por los fenicios, que prefirieron aumentar la manga y la altura del casco para ubicar la tercera fila de remos. La ventaja de este sistema parece estribar en que los costados de estas galeras eran menos vulnerables que los de las que llevaban el postizo o balconcillo para la tercera fila de remos y que, al ganar altura, también constituían mejores plataformas de combate. Por contra, eran más voluminosas y pesadas, por tanto, más lentas.

Los cartagineses lograron, quizá, el avance decisivo en las galeras de guerra, inventando la pentera o quinquerreme. Aumentando la manga de la trirreme, se duplicó el número de remeros por remo en los dos órdenes superiores, mientras que en el inferior solo bogaba un remero por remo. El número de remeros subió así a 300 en total, con 150 por cada borda. Su velocidad aumentó, aunque el barco era más pesado (42 por 6 metros y 110 toneladas), tanto por su estructura, como por el número de hombres (unos 400) y los víveres y el agua que debían transportarse. En el combate, su fuerza residía, por una parte, en el peso, que hacía imparable su ariete, y por otra, en su gran plataforma, donde podían actuar docenas de arqueros e instalarse catapultas u otros artefactos.

También cartaginés fue el invento de la cuatrirreme, que, partiendo de la trirreme, suprimió un orden de remos, poniendo dos remeros a la boga por cada remo. Fue un navío potente, maniobrable y rápido (35 por 5 metros y 77 toneladas de peso, con 180 remeros y una tripulación total de 260 hombres), capaz de escapar de las quinquerremes y de batir a las trirremes.

Y hubo numerosas variantes más, aunque ya en época más tardía, cuando Roma, copiando a Cartago, se convirtió en la mayor potencia naval del Mediterráneo, pero para entonces el ciclo fenicio había terminado. Con todo, de su genio marinero quedan algunas de las empresas más arriesgadas y fantásticas de la Antigüedad. En el siglo VI a. C., por encargo del faraón Nekao, navegantes fenicios partieron del mar Rojo y, costeano África, circunnavegaron el continente, regresando a Egipto por el Mediterráneo; hicieron dos paradas invernales, con tiempo para sembrar y recoger la

cosecha.

No fue menos espectacular la hazaña de Hannon, un navegante cartaginés que, en el siglo V a. C., salió de Cádiz y, bordeando África, descendió hasta el golfo de Guinea, para regresar después por la misma ruta. Y aunque hay quien duda de que llegara tan lejos, suponiendo que pudo alcanzar la desembocadura del río Senegal, las pieles de gorila que trajo consigo parecen atestiguar que descendió al menos hasta Nigeria. Más o menos contemporáneo fue su compatriota Imilcón, que, partiendo también de Cádiz, navegó por el Atlántico, costeó la península Ibérica hasta alcanzar el Cantábrico, bordeó la costa norte de España, el suroeste de Francia e, internándose en el Atlántico, alcanzó, al parecer, Irlanda.

Para abordar estas empresas, y más allá de la observación costera, en el Mediterráneo se orientaban durante el día por el curso solar; por la noche, se servían de sus conocimientos de astronomía, tomados de los caldeos, según dice Plinio; y así debe ser cuando a la Polar la llamaban «estrella Fenicia».

En cuanto al alfabeto fenicio, baste decir que es el padre de todos ellos. Se trata de un alfabeto fonético, con veintidós signos, cuyo latido original se detecta hace 3200 años. Su éxito fue inmediato: lo adoptaron los arameos, los diversos pueblos de Palestina, Chipre, Grecia, las colonias y establecimientos comerciales fenicios, incluidos los de la península Ibérica, y Roma. En cinco o seis siglos se había impuesto en todo el Mediterráneo, arrinconando al jeroglífico egipcio y al cuneiforme mesopotámico.

El feliz hallazgo del alfabeto combinado con la prosperidad fenicia y el cosmopolitismo de sus ciudades contribuyó a un brillante desarrollo cultural. Particular florecimiento tuvo la filosofía en época helenística: recuérdese al fenicio-chipriota Zenón de Citio, fundador de la escuela estoica, y, ya en época imperial romana, a Porfirio de Tiro, un neoplatónico del siglo III d. C., que luchó a brazo partido con el cristianismo. Hubo también significados historiadores, geógrafos y literatos, y de allí surgieron mitos que permanecen en la cultura occidental, como el del hermoso Adonis, del que estaba prendado Astarté, la diosa de la belleza, el amor y la fecundidad. Mientras cazaba, un jabalí segó la vida de Adonis, pero Astarté descendió al mundo de los muertos y, aunque no logró solucionar del todo su desgracia, pudo al menos consolarse con su amante cada primavera, estación en que, con la naturaleza, resucitaba el mozo para morir de nuevo cada verano, cuando el calor agostaba las flores. Adonis, deificado como espíritu de la vegetación, fue muy venerado en las ciudades de Fenicia, sobre todo en Biblos, donde le dedicaron un santuario y se celebraban grandes fiestas en la época del solsticio de verano.

Más universal y contemporáneo es el mito de Pigmalión. Este, señor de una colonia fenicia en Chipre y escultor maravilloso, había presenciado la maldad de las propétidas, doncellas chipriotas que negaban la divinidad de Afrodita, quien, precisamente, había nacido del mar ante esta isla y la había convertido en su morada terrestre favorita. Ante la insolente incredulidad de las propétidas, la diosa las castigó

infundiéndoles el furor uterino, de modo que no había hombre a salvo de su fogosidad sexual. Y para terminar con el desorden que sembraban, la diosa las convirtió en piedras.

En fin, que Pigmalión estaba traumatizado, no se sabe si por haber caído en manos de las propétidas o por haber contemplado su atroz destino. Pasaban los años, seguía soltero y su lecho permanecía vacío. Para remediarlo se puso a trabajar en una escultura en la que debía brillar la belleza, todos los atributos femeninos en grado superlativo y, en su expresión, predominar la bondad y la castidad.

Y Pigmalión se enamoró de su obra: la besaba, la acariciaba, la deseaba, pero, con todas sus maravillosas perfecciones, esta era de marfil. Aprovechando la fiesta de Afrodita, Pigmalión le rogó que le diera una mujer como la estatua que había creado y la diosa decidió complacerle. Cuando llegó a casa, tendió la estatua en su lecho, se arrojó sobre ella, la cubrió de besos y caricias y advirtió un leve temblor, un ligero calor en el marfil. Entonces, según cuenta la leyenda, «Pigmalión la besa de nuevo, masajea sus senos; acariciándola, dobléga su rigidez. Enfebrecido, la amasa y modela sus formas con los dedos; la reblandece como el sol a la cera del Hineto (¿?); presionándola reiteradamente con sus pulgares la va cambiando de aspecto y la adapta aún más a su conveniencia». Afrodita no se lo puso fácil, porque Pigmalión, noche tras noche, tuvo que emplearse con el mismo entusiasmo para dar vida a su estatua. Al cabo de nueve lunas, la marfileña dama dio a luz una niña, a la que se puso por nombre Pafos, quien, a su vez, dio nombre a una ciudad fenicia de Chipre, donde existía un templo de Afrodita. Del templo apenas quedan unos restos, pero las mujeres chipriotas, una vez al año, acuden en romería hasta la orilla del mar, donde es fama que surgió la diosa.

Pero volvamos a Pigmalión: aquello había sido un simple remiendo; de modo que una tradición más amable quiso que, tras el nacimiento de Pafos, la madre, ya convertida en Galatea, fuera una maravillosa mujer de carne y hueso que vivió feliz como esposa del escultor enamorado.

El último capítulo de la grandeza fenicia se jugó a 2000 kilómetros de distancia, en la costa de Túnez, donde floreció una ciudad espectacular por su pujanza comercial, su potencia naval y su capacidad militar: Cartago, sobre cuya fundación existe la más hermosa de las leyendas. Según la tradición, en Tiro había dos personajes muy poderosos, el rey Pigmalión —que nada tiene que ver con el escultor— y su cuñado Ajerbas, sacerdote de Melqart. No eran cordiales sus relaciones, pues el rey envidiaba al sacerdote por sus inmensas riquezas y hasta por estar casado con su adorada hermana Elisa, por lo que ordenó asesinarlo. Elisa no quiso permanecer junto al asesino de su marido y resolvió huir, aventura en la que la acompañaron sus amigos y los del muerto, temerosos de que Pigmalión también se volviera contra ellos. Reunieron riquezas inmensas que Ajerbas tenía escondidas, se apoderaron de varias naves y comenzaron un largo viaje por el Mediterráneo que, primero, les llevó

a Chipre y, después, hacia poniente, a una hermosa tierra poblada por gentes de su misma lengua y cultura, que los acogió hospitalariamente.

Pero su rey no fue generoso y resolvió que solo les vendería la tierra que pudiera contener una piel de toro. Elisa, a la par que hermosa y valiente, era mujer de mucho ingenio y cortó la piel del gran animal en finas tiras, que unas con otras cerraron el istmo de una península. Allí, en unas cien hectáreas, fundó Qart Hadasht, la «Ciudad Nueva», que los romanos denominarían Cartago.

No termina la historia en este punto porque, al poco tiempo, llegó a la nueva urbe Eneas, que andaba errante tras haber huido de la destrucción de Troya. El poeta Virgilio —que prosigue su narración en la *Eneida*— cambió el nombre a Elisa por el de Dido, pero tanto da. El hecho es que ella se enamoró locamente del héroe y vivieron un apasionado amor hasta que este, por mandato de Júpiter, tuvo que seguir su destino hacia Italia, donde se le había prometido un reino. Dido, enloquecida por el dolor, erigió entonces una pira en su palacio y, en medio, un lecho, donde reposaba la espada de Eneas. Y cuando vio alejarse los barcos del troyano, tomó la espada y se la clavó en el pecho. Luego, sus amigos encendieron la pira y despidieron para siempre a la fundadora.

La hermosa y trágica leyenda del origen de Cartago, que históricamente tuvo lugar hacia el 825 a. C., no deja de ser una parábola. Cartago fue un emporio de poder económico y riqueza en el centro del Mediterráneo, dominó grandes islas y amplias tierras y, casi siete siglos después de su fundación, fue destruida e incendiada para que de ella no quedara ni el recuerdo.

Su historia podría dividirse en cuatro etapas. La primera, como colonia dependiente de Tiro, se prolongó unos dos siglos. La segunda, ya con gobierno independiente, coincidió con la ampliación de su influencia y sus primeras conquistas en confrontación con Grecia. La tercera y la cuarta se corresponden con las llamadas Guerras Púnicas, que abarcan tres siglos de enfrentamiento con Roma por un insoslayable conflicto de intereses en el Mediterráneo occidental: la primera contienda, que duró veintidos años, fue originada por sus diferencias sobre Sicilia; la segunda, por su choque en la península Ibérica, determinado tanto por la competencia comercial e imperialista de ambas potencias como por los Bárquidas, una poderosa familia cartaginesa que encabezó los intereses y la dominación de Cartago en Iberia, y que no tuvo reparo en desafiar a Roma, creyendo que podía vencerla y recuperar las concesiones hechas en la primera guerra. Esta segunda fase del conflicto fue casi tan larga (219-202 a. C.) como la primera y mucho más dura.

En ella brilló el genio de Aníbal Barca, uno de los grandes talentos militares de todos los tiempos. Dominó, primero, la península Ibérica, levantó un gran ejército y, a continuación, el año 218 a. C., dejando 22 000 soldados en el noreste peninsular para guardarse las espaldas, inició una de las gestas militares más aplaudidas de la historia: cruzó los Pirineos (mayo), forzó el paso del Ródano venciendo a los volcos (julio) y acometió la travesía de los Alpes con 50 000 soldados de infantería, 9000 de



caballería y 37 elefantes (septiembre-octubre).

Después de 33 días de grandes penalidades a causa del frío y de las tempestades de nieve, el bárquida alcanzó el norte de Italia con un ejército tan castigado y roto que parecía «una manada de fieras» (Polibio), reducido a 20 000 infantes, 6000 jinetes y un elefante. En esas tropas militaban unos 11 000 hispanos: 8000 combatientes de infantería (honderos baleáricos, infantería ligera y pesada) y 3000 hombres de caballería pesada.

Los romanos le salieron al paso y el cartaginés les derrotó sucesivamente junto a los ríos Tesino y Trebia y a orillas del lago Trasimeno. Italia quedaba abierta ante el ejército de Aníbal, reforzado por los galos de la llanura padana y repuesto de las pasadas penalidades, pero Roma organizó el mayor contingente militar que jamás antes había reunido para que cerrara el paso al ya mítico estratega púnico.

En la primavera del 216 a. C. Aníbal marchó sobre Cannas, localidad de Apulia, a orillas del Adriático, vital para Roma porque allí se almacenaban parte de sus reservas de cereales. Los cónsules Paulo Emilio y Terencio Varrón, ni muy expertos ni nada competentes, confiaban en la superioridad de sus fuerzas: 80 000 infantes y 7000 jinetes, frente a 44 000 y 6000. La batalla comenzó en torno a las ocho de la mañana, donde y como decidió Aníbal, con el viento a favor y el sol a sus espaldas, y tuvo dos partes bien definidas. En la primera, la infantería romana, más numerosa, chocó con la cartaginesa, haciendo retroceder su centro, mientras la caballería de Aníbal, mucho más experta y firme que la romana, arrolló primero su ala derecha y luego la izquierda. La segunda fase fue una matanza: cuando la caballería terminó de perseguir a los despendolados jinetes romanos y aliados, cayó por la espalda sobre la infantería y la masacró. La batalla terminó a mediodía, padeciendo los romanos, según autores de la época, 70 000 bajas, reducidas por la crítica actual a la mitad; los cartagineses —que tuvieron unos 6000 muertos— arrancaron a los cadáveres romanos más de 30 kilos de anillos. Entre los muertos estaban los cuestores de los cónsules, 29 de los 48 tribunos que participaron, 32 senadores, 50 centuriones...

Con todo, fue una victoria pírrica, pues Aníbal esperaba que los aliados de Roma desertaran en masa y solo sucedió en casos contados. Carecía de tropas suficientes y de máquinas para asaltar Roma, de modo que dejó pasar el tiempo a la espera del desplome romano o, al menos, de que le llegaran refuerzos. No ocurrió de forma significativa ninguna de las dos cosas. Cuentan que Maharbal, amigo y compañero de armas de Aníbal y el mejor jefe de su caballería, estalló indignado al no poder convencerle de que atacase Roma después de Cannas: «Evidentemente, los dioses no derraman todos sus dones sobre un solo hombre. Sabes vencer, pero ignoras cómo se aprovecha la victoria».

Trece años vagaron Aníbal y su ejército por Italia, esperando una ocasión que nunca llegó, alcanzando pequeñas victorias que de nada servían, hasta que hubieron de marcharse para correr en socorro de Cartago, amenazada por Publio Cornelio Escipión. Este, tras haber vencido a la familia de Aníbal en Hispania, presentó batalla

al caudillo cartaginés en Zama, cerca de Cartago, en el año 202 a. C. El ejército cartaginés, parejo en número al romano, se mostró inferior en calidad: su infantería, salvo los veteranos hispanos, era bisoña; su caballería contaba con la mitad de efectivos que la del nómada Masinisa, que tantas veces luchara por Cartago en el pasado, y sus elefantes mostraron escaso adiestramiento. La concluyente victoria romana obligó a Cartago a la capitulación.

Dicen que días después de la batalla, mientras se ajustaban las capitulaciones, Escipión quiso conocer al general que había hecho temblar a Roma durante dos décadas. En determinado momento, le preguntó el romano:

—¿Quién ha sido el mejor general de la historia?

—El primero, Alejandro; el segundo, Pirro, el tercero, yo.

—¡Te sitúas en tercer lugar pese a que te he derrotado! —exclamó divertido e irónico el romano.

—¡Por supuesto! Si el vencedor hubiera sido yo, me habría colocado en primera posición.

La recompensa que Aníbal recibió por una vida de lucha por su república fue el destierro, aunque es de suponer que, aparte de los odios y envidias que los Barca habían suscitado, debió de influir la presión de Roma en esa decisión del consejo. Los espías y agentes romanos le persiguieron allí donde fue. Sirvió como general, como almirante y como consejero a varios pequeños reyes, pero siempre terminaba por alcanzarle el largo brazo de Roma y Aníbal debía buscar otro patrono para evitar el puñal del sicario o el veneno. Finalmente, en 183 a. C., cuando contaba 64 años, optó por envenenarse antes que ser entregado a Roma cargado de cadenas.

Sirva como epitafio de aquel genio de la guerra el juicio de un contemporáneo cualificado, el historiador griego Polibio:

De todo cuanto de bueno o de malo sucedió a romanos y cartagineses fueron responsables un hombre y una mentalidad: Aníbal. Tan extraordinaria es la influencia de un hombre y de una mente adiestrados para acometer cualquier empresa dentro de los límites humanos (...). Durante dieciséis años, Aníbal combatió a Roma, sobre suelo italiano, sin dar reposo a su ejército, forzando a sus importantes tropas a una actuación ininterrumpida, dirigiéndolas como un experto piloto, haciendo gala de una gran paciencia con todos, incluyéndose a sí mismo, aunque sus tropas eran heterogéneas, de diversa nacionalidad y raza (...). Pero eran tan extraordinarias sus dotes de mando que las grandes diferencias entre sus soldados no perturbaban la disciplina y eran ejemplares la obediencia y la diligencia con que se ejecutaban sus órdenes y deseos... (*Historias*, IX y XI).

La muerte de Aníbal no terminó con la animadversión romana. Cartago fue reducida al papel de ciudad comercial y centro de producción agrícola, cuyos cereales, aceite y vino tenían buenos mercados en el Mediterráneo. Según cuenta Jacobo Storch, a quien debo muchos de estos datos:

Fueron precisamente la variedad y riqueza agrícolas del norte de África las razones que empleó Catón el Viejo para azuzar a sus contemporáneos del Senado en contra de Cartago. Como buen terrateniente que veía peligrar la producción agrícola de Italia por las importaciones africanas que tanto beneficiaban al eterno enemigo, acababa invariablemente, viniera o no a cuento, todos sus discursos en el Senado con la consabida frase *Delenda est Cathago!* («¡Cartago debe ser destruida!»). (...) Los partidarios de la

«solución final» en el Senado vieron reforzada su posición en el año 151 a. C., una vez que los vencidos habían cumplido con el último pago de la tremenda sanción impuesta tras la Segunda Guerra Púnica.

La excusa fue el discutible incumplimiento de una de las cláusulas del tratado firmado medio siglo antes: Cartago estaba rechazando los ataques contra sus tierras de los nómadas aliados de Roma. Aunque sus tropas eran muy limitadas y su armamento puramente defensivo, los cartagineses resistieron un asedio de cerca de tres años gracias a sus poderosas murallas, a las precauciones previamente adoptadas y a la capacidad de sus astilleros para fabricar buques de guerra. El asedio concluyó, finalmente, en la primavera del año 146 a. C. con el asalto de las tropas de Escipión el Africano Menor, descendiente del vencedor de Aníbal.

Del atroz final, entre feroces combates, pillaje, incendios, violaciones, asesinatos, suicidios colectivos, da cuenta Apiano, que lo vivió en directo, aunque la crítica histórica lo cree un tanto excesivo. Se asegura que en los combates callejeros perecieron miles de personas, que 50 000 cartagineses fueron capturados y vendidos como esclavos, que un millar prefirió la muerte en una última carga desesperada y que otros optaron por el suicidio, como la esposa de Asdrúbal Giscón, el jefe de la defensa, que, como recuerda Storch, «acompañada de sus hijos, se arrojó a la hoguera, rememorando el último acto de la reina Elisa-Dido».

Cartago, pese a su prosperidad, no generó una gran cultura. En su producción artística se distinguen únicamente sus bonitas vasijas de pasta vítrea policroma, material que sus artesanos trabajaron con gran habilidad, hallándose por todo el Mediterráneo sus pequeños e inconfundibles amuletos de gran barba e inmensos ojos saltones.

## EL PUEBLO ELEGIDO

Dijo Yavé a Abraham: «Sal de tu tierra, abandona tu familia y la casa de tus padres y parte hacia la tierra que te mostraré; yo haré de ti un gran pueblo. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre, y bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan» (Génesis, 12, 1-3).

La promesa al patriarca Abraham ocurrió hace unos 4200 años. Según la narración bíblica, Abraham, originario de Ur, al sur de Mesopotamia, había emigrado a Harrán, en el norte de Siria, con su familia y sus rebaños, y allí fue donde Yavé le hizo la gran promesa.

Antes de seguir nuestro relato debo advertir algo que se ha reiterado ya y sobre lo que volveremos más de una vez: la Biblia no es un libro histórico, sino un libro religioso. En consecuencia, las referencias concretas deben acogerse con cautela; sin embargo, la mayoría de los autores están de acuerdo en que el ambiente que transmite el relato bíblico se asemeja al que se desprende de las prospecciones arqueológicas y a lo que se conoce de otros pueblos contemporáneos de la zona. Por tanto, buscando al pueblo judío, sigamos la rica tradición bíblica y la puntualizaremos donde sea

posible gracias a las informaciones históricas que surjan en el cruce con otras naciones.

Siguiendo la promesa de Yavé, el patriarca Abraham, su gente y rebaños caminaron hacia el suroeste hasta asentarse en tierras de Canaán, cuyos límites geográficos corresponderían aproximada mente a los de Palestina. Su familia y su descendencia convivió allí durante siglos con otros pueblos. La relación debió de resultar inicialmente bastante pacífica, registrándose las migraciones requeridas por el nomadeo o forzadas por las hambrunas periódicas que azotaban aquellas tierras, una de las cuales obligó a Abraham a trasladarse a Egipto. Esa vida de pastoreo, con los habituales problemas de pasto y de agua, daría lugar a conflictos, que el relato bíblico refleja, entre Abraham y su sobrino Lot (al que a veces se llama hermano), por lo que se repartieron la tierra: este se instaló en la hoya del Jordán, en Samaria; aquel, en el encinar de Mambré, cerca de Hebrón. Sin embargo, solo una vez en la vida del patriarca se habla de lucha: cuando Abraham supo que su sobrino Lot había sido apresado, armó a su gente, derrotó al enemigo y le rescató.

Sucede después la historia de la doble paternidad de Abraham, que encaja en la mentalidad de aquellos semitas seminómadas. Como Abraham y su esposa Sarai no tuvieran descendencia, ella sugirió a su marido que tomara a Agar, una esclava que habían traído de Egipto, y tratara de procrear con ella. Quedó Agar embarazada y se le subieron los humos a la cabeza, despreciando a su señora, Sarai, porque era estéril. Quejósele a Abraham su esposa y tanto debió importunarle que el patriarca le dijo que hiciera con ella lo que le pareciera, por lo que Sarai echó de casa a Agar. Agotada por su embarazo y el calor, se paró Agar a descansar junto a una fuente cuando la encontró el ángel de Yavé, que le recomendó volver a casa de Abraham y pedir perdón porque el designio del señor era que tuviera allí a su hijo, al que llamaría Ismael.

Nació Ismael y todo parecía en orden en la casa de Abraham hasta que Yavé y dos de sus ángeles, bajo el disfraz de caminantes, pasaron ante la tienda a cuya sombra estaba sentado el patriarca. Salió a recibirles, les pidió que se quedaran y preparó agua para lavarles los pies cansados y polvorientos, mientras Sarai ofrecía a sus invitados pan, carne y leche. Saciados los viajeros, Yavé le profetizó a Sarai que tendría un hijo. Ella se ríe porque ya se le había retirado la menstruación. «¿Hay algo imposible para Yavé? —la reconvino el viajero—. Te digo que el próximo año por esta época volveré y Sarai tendrá un hijo» (Génesis, 18, 12-14).

Y Sarai, que cambió su nombre por Sara, quedó encinta, con una promesa acerca de su hijo: «engendrará pueblos y saldrán de él reyes de pueblos». Así nació Isaac. Pero la alegría de su nacimiento y niñez feliz fueron enturbiadas porque en casa de Abraham había dos hijos de dos mujeres de distinta condición. Ocurrió que Sara vio a Agar burlándose de su vástago y le faltó tiempo para correr a contárselo a su marido y pedirle que la echara de casa. Abraham quedó muy apesadumbrado, pero, aconsejado por Yavé, hizo lo que deseaba su esposa.

Con un odre de agua y un pan bajo el brazo, Agar e Ismael partieron hacia el sur. A punto estuvieron de morir de sed, pero velaba por ellos el ángel de Yavé, que les mostró un pozo... Sobrevivieron en el desierto, donde Ismael se hizo arquero, y, ya mayor, tomó esposa en Egipto. Así se originó, según el poético relato bíblico, el pueblo árabe, llamado también ismaelita o agareno. Por eso el patriarca Abraham es venerado por los árabes, que se consideran descendientes suyos, y por los musulmanes, que le consideran uno de sus profetas.

Siguiendo la estirpe de Abraham y Sara, su hijo Isaac fue padre de Esaú y Jacob. Esaú, el primogénito y heredero, regresaba un día de cazar y, hambriento, vio a su hermano Jacob a punto de comerse un buen plato de lentejas y no tuvo más feliz idea que cambiárselo por la primogenitura, que le importaba entonces muy poco. Y, como se sabe, Jacob, mediante un engaño, logró la bendición de su padre.

El juramento de venganza de Esaú, la precipitada huida de Jacob a Mesopotamia y su larga estancia en aquella tierra hasta conseguir a la mujer amada son historias perfectamente imbricadas en la cultura oriental de la época y de aquella sociedad campesina. La historicidad del detalle es improbable, pero el contexto, el ambiente, el tenor de las decisiones, el valor de juramentos, promesas y bendiciones, son muy ajustados a aquella realidad social. En todo caso, entremos en la historia de Labán, a cuya casa llegó huyendo su sobrino Jacob.

Para ganarse el sustento, se puso Jacob a trabajar para su tío, sin olvidar el mandato de su padre de que tomara esposa entre las mujeres de Mesopotamia, que era la tierra de sus orígenes. Tenía Labán dos hijas, Lía, la mayor, de dulces ojos; Raquel, la pequeña, esbelta como una caña, hermosa como el amanecer. Jacob se enamoró de Raquel y se la pidió por esposa a su tío, acordando ambos que Jacob le serviría durante siete años a cambio de su hija. Cumplido el tiempo, se celebró una gran fiesta y Jacob debió de pasarse con el vino, de modo que aquella noche Labán le metió en la cama a Lía y se amaron apasionadamente. Pero, por la mañana, Jacob descubrió el engaño y se encaró con su tío y suegro. El taimado campesino, feliz por haber colocado ya a su hija menos agraciada, le replicó: «No acostumbramos a dar a la menor antes que a la mayor. Disfruta esta semana y, después, también te daré a la otra, por el servicio que durante otros siete años me prestarás» (Génesis, 29, 25-26).

Así se encontró Jacob casado con sus dos primas, y si sus favores debían dirigirse preferentemente a la bella Raquel, tampoco desdeñaba a Lía, la de la dulce mirada. Pese a la inicial esterilidad de Raquel, Jacob tuvo doce hijos y una hija, de las dos hermanas y de sus siervas. Y quiso entonces regresar a Canaan, pero tropezó de nuevo con la cazurrería de su astuto tío. Este, con el pretexto de que tuviera propiedades con las que poder volver a su tierra, le pidió que trabajase otros seis años para él mientras conseguía un rebaño, y acordaron que las reses manchadas y rayadas serían para Jacob y las demás, para Labán. Cuando se cumplió el tiempo acordado, los hijos de Labán fueron a las majadas, separaron las reses que le correspondían a su primo y se las llevaron, dejando a Jacob sin nada. Pero Yavé velaba por él y en

adelante el rebaño se pobló de ganado manchado o rayado, de manera que Jacob separó lo suyo y partió en secreto hacia Canaán.

De camino a casa, tras haber despachado presentes para su hermano, ocurrió un hecho trascendental: una noche, estando solo, se le enfrentó un hombre, con el que estuvo luchando hasta el amanecer. Al clarear el día, el desconocido le pidió a Jacob que le soltara pues debía irse. Jacob, intuyendo que era un mensajero de Yavé, le pidió que le bendijera y el desconocido, haciéndolo, le dio el nombre de Israel. El episodio de la lucha nocturna es interpretado por los escrituristas como la oposición de Esaú al regreso de Jacob, pero la victoria de este le confirmó la primogenitura y la concesión del nombre que, en adelante, tendría su pueblo, Israel. Finalmente, Jacob regresó a su tierra y se reconcilió con Esaú.

Así va consolidándose en Canaán, donde convive con otros pueblos, la estirpe de Israel, descendiente de Abraham. Después de la fantástica creación de la familia de Jacob, cuyos doce hijos habrían de constituir las doce tribus de Israel, se produce la extraordinaria historia de José y la presencia de israelíes en Egipto. José, primer hijo de Raquel y Jacob, era el ojito derecho de su padre, lo cual fastidiaba a sus hermanos, pero lo que peor les sentaba del mozo es que tuviera sueños maravillosos y se empeñara en contárselos: en todos ellos, los hermanos terminaban postrándose a sus pies, haciendo su voluntad o sirviéndole. Total, que decidieron matarle, aunque recapacitaron a tiempo y terminaron vendiéndolo a una caravana de ismaelitas que pasaba por allí camino de Egipto. Luego mataron un cordero, ensangrentaron la túnica de José y se la llevaron al padre, asegurándole que le había matado una fiera.

Mientras Jacob lloraba inconsolable a su hijo, este era vendido en Egipto a Putifar, jefe de la guardia del faraón. José era un mozo guapo y despierto que supo granjearse el aprecio del señor, que le convirtió en su mayordomo. Lo malo es que también se fijó en él la esposa de Putifar, que, pese a su oposición, trataba sin desmayo de fornicar con él. Finalmente, la encendida señora, despechada, le acusó de intentar violarla y Putifar, enfurecido, le encarceló. Ocurrió entonces un episodio ya adelantado cuando se narró la historia de Sargón: coincidió José en la celda con el repostero y el copero del faraón, que habían caído en desgracia. Una noche ambos tuvieron extraños sueños que contaron a José y este se los interpretó: al copero le dijo que tres días después recuperaría el favor del faraón; al repostero, que sería ahorcado tres días más tarde. Y así ocurrió. Languidecía José en la prisión cuando el faraón tuvo el famoso sueño de las siete vacas flacas que se comieron a las gordas y de las siete espigas rebosantes de grano que fueron devoradas por otras siete espigas secas y agostadas por el sol. Despertó angustiado el monarca y nadie acertó a interpretar su sueño hasta que el copero se acordó de José. Fue este llevado a presencia del faraón, al que sacó de su perplejidad:

El sueño es uno solo. Las siete vacas son siete años, lo mismo que las siete espigas. Vendrán siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto y, tras ellos, llegarán siete años de escasez que harán olvidar la abundancia y consumirán la tierra... (Génesis, 41, 25-28).

Y, a continuación, le aconsejó que nombrara a un administrador sabio y previsor que acopiara los excedentes de los años de abundancia y los reservara para los de escasez. Admirado el faraón, le entregó su anillo y le designó visir, encargado de la administración de Egipto. José almacenó el grano sobrante año tras año y, cuando llegaron los tiempos de escasez, lo fue administrando para que el país no pasara hambre.

Pero la sequía había hecho estragos también en Canaán, de modo que los hermanos de José fueron a Egipto a comprar trigo; José, sin identificarse, los despachó cargados de cereal, ordenó que les metieran el dinero pagado en los sacos y les despidió exigiéndoles que volvieran con el pequeño, Benjamín, al que Jacob no había permitido hacer el primer viaje por temor a perderle. El patriarca se negó en redondo, pero el trigo se terminó y tuvieron que regresar a Egipto y, naturalmente, con el hermano pequeño. De nuevo José les despachó cargados de trigo y con el dinero en los sacos, pero en el de Benjamín hizo meter también su copa de plata. No se habían alejado mucho cuando les alcanzó el mayordomo de José, acompañado de sus guardias, y les reprochó el hurto, asegurándoles que tomaría como esclavo al ladrón. Todos quedaron aterrados cuando, al registrarles, apareció la copa en el saco de Benjamín y porfiaron para volver con el hermano pequeño y sustituirle en la condena.

Cuando José contempló la aflicción de sus hermanos, rompió a llorar al tiempo que se daba a conocer. Hizo entonces que fueran a Canaán con la orden de que recogieran a sus familias y sus ganados y regresaran a Egipto. Jacob, informado del prodigioso suceso, ordenó la partida y así todo Israel se trasladó a Egipto, recibiendo tierras para cultivarlas y pastos para su ganado.

La maravillosa peripecia de José, naturalmente, no es histórica. Sin embargo, deben de serlo muchos de los mimbres con que se trenzó. Las caravanas que atravesaban Palestina desde Asia camino de Egipto, las épocas de hambre, las compras de trigo en Egipto, los pastores que en busca de alimento llegaban al Delta arreando sus ganados..., y con esos datos la imaginación de aquellos seminómadas, reunidos en torno a la lumbre en las largas guardias de los apriscos, iría configurando el fantástico relato.

En los archivos de Tel el Amarna hay referencias a unos «habiru» a los que se supuso hebreos. Hoy, la mayoría de los historiadores no los identifica como tales, aunque estos habiru, gente desarraigada, forajidos a veces y, en general, opuesta a Egipto, pudieron ser hebreos o pudo haber hebreos entre ellos. La primera mención egipcia de un pueblo llamado Israel —así se autodenominaban ellos, mientras que hebreos les llamaban los extranjeros— aparece en la estela de Meremtah, sucesor de Ramsés II, que reinó unos diez años en torno a 1220 a. C. Esa estela hace referencia a un pueblo semita que pululaba por los bordes de Canaán, con el que debieron de tener algún choque, porque asegura: «Israel está destruido. No queda una simiente suya». Pero en este punto surge la pregunta: ¿de dónde había salido?

Según la Biblia, los descendientes de José vivieron aceptablemente en Egipto y, quizá, colaboraron con los hicsos. Expulsados estos por la XVIII dinastía, los hebreos comenzaron a ser maltratados y esclavizados y se les representa trabajando bajo el látigo en las grandes construcciones de Ramsés II. Históricamente el asunto tiene encaje complicado: entre la llegada de extranjeros asiáticos con sus rebaños al Delta y Ramsés II transcurrió medio milenio.

Sigamos con el relato contenido en los primeros capítulos del Libro del Éxodo. Los egipcios estaban alarmados ante el crecimiento vertiginoso de Israel, de modo que el faraón ordenó que se matara a todos los varones que nacieran; en cuanto a sus mujeres, deberían mezclarse con los egipcios. Como la orden no se cumpliera, el faraón mandó que se ahogara a cuantos niños israelíes se encontrara. Una mujer burló el terrible mandato: dio a luz en secreto y, tres meses después, metió a su pequeño en un canastillo de papiro y lo dejó entre unos juncos a la orilla del río. Y allí lo encontró la hermana del faraón, que se prendó del gracioso bebé, lo llevó a su casa y le llamó Moisés, que significa «salvado de las aguas».

El muchacho se crió como un príncipe, hasta que un día, escuchando la voz de la sangre, vio como un egipcio maltrataba a un israelí y lo mató. Como el asunto trascendiera, el faraón quiso castigar a Moisés, pero este escapó y se refugió entre los nómadas de Madián, un territorio situado entre el Sinaí, el sur de la actual Jordania y su vecino desierto de Arabia. Allí se casó con una madianita y, mientras apacentaba los rebaños de su suegro, vio una llama ardiendo que no se consumía, lo que atrajo su curiosidad. Entonces escuchó la voz de Yavé:

He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y escuchado los clamores que provoca la opresión y conozco sus angustias. He bajado para librarles de las manos de los egipcios y subirles de esa tierra a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel, la tierra que habitan los cananeos, jeteos, amorreos, fereceos, jeveos y jebuseos (...). Ve pues. Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto.

Moisés marchó hacia Egipto para solicitar al faraón que permitiera a Israel salir durante tres días al desierto a rezar a su dios. Pero, como Yavé había previsto, el monarca egipcio no quiso escucharlo. Volvió el hebreo a ver al faraón, acompañado de su hermano Arón, quien, para demostrar el poder del dios de Israel, arrojó al suelo el cayado de Moisés, que se convirtió en una amenazadora serpiente. Eso no arredró al faraón: llamó a sus magos que, a su vez, lanzaron al suelo sus bastones y estos se convirtieron también en serpientes, con la particularidad de que la de Moisés se zampó a las demás. Pero ni por esas se ablandó el corazón del faraón. Y a partir de entonces comenzaron las plagas: la primera convirtió en sangre todas las aguas de Egipto, ríos, estanques e, incluso, el agua que se hallaba en las tinajas para el consumo de cada casa; en la segunda, las ranas invadieron el territorio, las tierras, las casas y todas sus estancias, vasijas, camas; en la tercera el polvo se convirtió en mosquitos; la cuarta fue la invasión de los tábanos, que solo picaban a los naturales de Egipto y respetaban a los israelíes; en la quinta, Yavé mató a todos los animales de



los egipcios, pero no pereció ni uno de los israelíes; la sexta cubrió a todos los egipcios de pústulas y tumores; la séptima fue una granizada tan grande, con pedrisco tan grueso, que acabó con cuanto se hallaba en el campo, plantas, bestias y hombres, salvo los sembrados y propiedades de los hijos de Israel; en la octava, nubes de langostas cayeron sobre la tierra y devoraron cuanto había en los campos, y en la novena, densas tinieblas invadieron Egipto durante tres días, en los que el sol no apareció, ni llegó la aurora, creyendo todos que había llegado el final de los tiempos. El faraón dijo entonces: «Id a adorar a vuestro dios, con vuestras mujeres e hijos, pero dejaréis aquí el ganado». Como Moisés no aceptara, aquel le amenazó de muerte si volvía por su palacio. El profeta hebreo emitió entonces las amenazas más terribles:

He aquí lo que dice Yavé: en medio de la noche pasaré por la tierra de Egipto y morirá todo primogénito, desde el primogénito del faraón, que se sienta sobre su trono, al primogénito de la esclava, que está detrás de la muela, y todos los primogénitos del ganado. Entonces se alzarán en toda la tierra de Egipto gran griterío, como nunca antes lo hubo ni lo habrá. Pero entre los hijos de Israel, en hombres y en animales, ni siquiera ladrará un perro, para que sepáis la diferencia que hace Yavé entre Egipto e Israel...

Moisés se dirigió a su pueblo diciéndole que se dispusiera a partir, pero después de celebrar la Pascua: deberían matar, entre dos luces, un cordero o cabrito macho sin defecto, asar su carne y cenarla acompañada de pan ácimo y lechuga silvestre. Comerían prestos para partir: con la ropa ceñida, el calzado puesto y el báculo en la mano. Previamente, habrían untado sus puertas con la sangre del cordero, para indicar al ángel exterminador que aquella era la casa de un israelí. Ante la tremenda tragedia que se iba a producir y la solemnidad del momento, Moisés dejó un mandato: «Este día será para vosotros memorable y lo celebraréis solemnemente en honor de Yavé de generación en generación; será una fiesta a perpetuidad».

Y aquella noche la muerte visitó las casas de los egipcios y arrebató la vida a todos los primogénitos, levantándose en toda aquella tierra un lamento universal, de modo que el faraón les pidió que se marcharan. Así partieron los israelíes de Egipto, después de haber permanecido allí 430 años, según el dato bíblico. Eran «unos 600 000 infantes, sin contar los niños» y les acompañaba toda suerte de gentes, con sus animales de carga y sus rebaños de ovejas y vacas. Los escrituristas concluyen que si los infantes eran gente armada, el pueblo entero, incluyendo mujeres, niños y ancianos, amigos y criados, debería ascender a dos millones y medio, una cifra hiperbólica, comprensible solo desde una óptica religiosa o propagandística.

Guiados por la nube de Dios, los israelitas no cruzaron el Sinaí por el camino natural, siguiendo la línea costera entre el Delta y Gaza, sino que bordearon la península por el sur. Al llegar al mar Rojo se planteó el problema de cómo atravesarlo con tanta muchedumbre y con el faraón, recuperado del pavor y la ruina sembrada por tanta plaga, marchando contra ellos con su ejército y seiscientos carros de guerra.

Pero cuando los egipcios ya afilaban sus armas, Yavé hizo caer una densa niebla

que les impidió iniciar su ataque. Mientras, Moisés dirigió su cayado hacia el mar y un fortísimo viento solano abrió las aguas para que Israel pudiera atravesarlo «a pie enjuto», es decir, con los pies secos. Los egipcios creyeron, cuitados, que el prodigio también les beneficiaba a ellos y se lanzaron tras los fugitivos, pero cuando ya casi les tenían a tiro se cerraron las aguas ahogando a hombres y bestias y destruyendo los carros del faraón.

Termina en este punto la fantástica aventura de la partida de Egipto, para entrar en el interminable peregrinaje por el desierto. Hay que reiterar que estamos ante una epopeya, ante una serie de leyendas hilvanadas, pero si no se tocan, se nos evapora el origen de las tradiciones y de la religión monoteísta que ha vertebrado al pueblo judío y que le ha servido para sobrevivir hasta hoy superando dificultades extraordinarias.

Muchos de los detalles históricos narrados aquí u omitidos por razones de espacio no son privativos de Israel. Las plagas se identifican con toda la serie de catástrofes naturales padecidas por las sociedades campesinas y que, al desconocer las explicaciones naturales, se atribuían a castigos divinos acumulados por varias tradiciones. Véase, por ejemplo, que los castigos de Yavé contra Egipto destruyen varias veces las mismas cosas: la quinta, la séptima e, incluso, la décima plaga acaban con todo el ganado de los egipcios... ¿Qué comería la langosta de la octava plaga después de que el agua se convirtiera en sangre, de la invasión de las ranas, los mosquitos, los tábanos y el pedrisco? Y, tras todo ello, incluyendo la destrucción del faraón y todo su ejército y sus carros, ¿no habría desaparecido Egipto? Por cierto, ¿quién tiraba de los carros del faraón si todos los animales habían muerto varias veces? En la secular configuración del relato bíblico —de transmisión oral en sus primeras épocas— no se atienen los narradores a estos detalles. ¡Qué más da! Todo es posible para la omnipotencia de Dios.

Por otro lado, asuntos tan prodigiosos como el paso del mar Rojo no lo eran realmente. En el Reino Nuevo, la morfología del terreno era distinta de la actual. Al norte del Sinaí había —y, aunque en menor medida, aún existen— grandes zonas marismosas, a veces de unos treinta kilómetros de anchura, que ofrecían dificultades de tránsito; si soplaban el solano, el viento del este, el agua iba paulatinamente descendiendo de nivel, acumulándose en las zonas más bajas del oeste o del norte y dejando caminos franqueables. Cuando cesaba el viento, el agua regresaba a su embalse original y si sorprendía en la zona a un ejército podía sumergirlo y destruirlo. No es una hipótesis: en esa región el agua se tragó varios ejércitos en la Antigüedad; una de las expediciones asirias fracasó porque perdió mucha gente e impedimenta en ese paso. Según Estrabón, también un ejército tolemaico, tras haber realizado una exitosa expedición de castigo contra el rey Sarpedón de Tiro, penetró en esas marismas y fue engullido en buena parte por las aguas. Sucesos como este circularían por la vecina Canaán y el relato bíblico no podía renunciar a un asunto así en la liberación milagrosa de su pueblo.

Muchos historiadores se inclinan hoy a pensar que de Egipto escapó una banda de

israelíes acaudillada por Moisés, que lograron burlar a los batidores de fronteras del faraón y, en vez de ir por la costa, donde hubieran sido fácilmente cazados, se internaron en las montañas del Sinaí, por las que deambularon algún tiempo antes de alcanzar la tierra de Canaán. Hubiera hecho falta un milagro cotidiano como el maná, decenas de miles de bandadas de codornices que se dejaran atrapar como pollitos y la apertura de centenares de fuentes en el puro granito para sacar adelante a un pueblo numeroso en aquellas áridas soledades. La atrevida huida, la experta dirección de Moisés y las peripecias vividas en el desierto irían engrosando la leyenda en los campamentos pastoriles, hasta convertirla en una fantástica epopeya.

Elemento fundamental es la celebración de la Pascua el 14 del mes de Nisan (tercer mes lunar del año, equivalente a marzo), que los judíos siguen practicando. Su significado literal es «paso» y el relato bíblico dice que se trata de recordar «que Yavé pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a Egipto, salvando nuestras casas». La fiesta, sin embargo, es mucho más antigua que este relato; pertenece a las primeras sociedades sedentarias agrícola-ganaderas, que celebraban el paso del invierno a la primavera, la resurrección de la naturaleza, el crecimiento de las cosechas, el momento del destete de los corderos y de la oferta de las primicias del rebaño. El profesor García Iglesias escribe:

La Pascua, el sacrificio de un cordero, es rito propio de pastores y son las circunstancias de la cautividad en Egipto las menos apropiadas para su origen. Los ambientes seminómadas palestinenses de época patriarcal o similares posteriores aportarían mejor explicación.

Pero, aunque existiera desde antiguo, muchos autores ven en la celebración de la primera Pascua, la de la noche del paso del ángel exterminador por las moradas de los egipcios, el auténtico momento fundacional de Israel. Aquello fue un pacto entre Dios y su pueblo, alianza acrisolada en su deambular por el Sinaí y el Neguev y los bordes orientales de Palestina durante cuarenta años, en los cuales Yavé les entregó, por medio de Moisés, el Decálogo, además de muchos otros preceptos de tipo jurídico o ritual, y se sellaron alianzas entre Dios e Israel, que ofreció sacrificios en su honor. Al respecto, el profesor García Iglesias encuentra que tales ritos «inherentes al pacto no son desconocidos entre los viejos pueblos nómádicos y las formulaciones de la alianza recuerdan muy de cerca los contratos de vasallaje conocidos en diversos ambientes próximo-orientales, especialmente entre los hititas».

Pieza consistente de esa alianza fue el Arca, que Yavé encargó a Moisés para que pusiera «el testimonio que yo te daré», es decir, las tablas de la ley y, quizá, alguna cosa más nunca declarada. Moisés se la encargó a sus carpinteros y orfebres con instrucciones muy claras e Israel deambuló por el Sinaí con ella a cuestas. Prestó un magnífico servicio, pues sirvió para que el pueblo pudiera vadear cómodamente el Jordán y, ya se contó cómo, tras dar siete vueltas a Jericó, al son de las trompetas, se desmoronaron sus murallas y los israelíes se apoderaron de la ciudad. El Arca era llevada a las batallas con resultados victoriosos, salvo que Israel hubiera pecado; por

eso, por ejemplo, pudieron apoderarse de ella los filisteos, pero les provocó tantas calamidades que optaron por devolvérsela a Saúl. Estaba guardada en el tabernáculo, un santuario provisional, y en el templo cuando lo hubo. Según la tradición, en caso de peligro de que Jerusalén fuera asaltada por el enemigo, el Arca era ocultada en un lugar secreto. Eso ocurrió por última vez en época de los Macabeos, ante la dominación siria. Fue el profeta Jeremías el encargado de hacerlo y es fama que la escondió en el monte Nebo, desde el que Moisés había podido ver la tierra de Canaán antes de morir.

Dicen que buscadores de tesoros, aventureros, sectas esotéricas y fanáticos han rastreado con ahínco esta fantástica pieza que otorgaría un poder ilimitado, directamente emanado de la alianza con Yavé. O, quizá, no ha existido nunca tal búsqueda y es solo cosecha de los escritores de ficción, pero, después del éxito de la película *En busca del arca perdida*, de George Lucas y Steven Spielberg, con el famoso Indiana Jones (Harrison Ford) como protagonista, ¿quién se atrevería a dudar de ella?

¿Cómo se llega al Dios único con el que se ha sellado la alianza? Probablemente, existía desde tiempos patriarcales en algunas de las tribus de Israel la tradición de una promesa de Yavé a Abraham, renovada con Isaac y con Jacob; la idea de un dios exclusivamente suyo, lo que no impedía que hubiera otros, como se advierte a lo largo del Génesis. La vida en Egipto debió de fortalecer, sobre todo en tiempos de desgracia, la fe en ese dios privativo. De la tendencia a la idolatría es muestra inequívoca el becerro de oro, fundido al pie del Sinaí, mientras Moisés recibía el Decálogo escrito en tablas de piedra por el dedo del propio Yavé.

Cuando, poderosos, aguerridos y fuertemente cohesionados, penetraron los israelíes en la tierra de Canaán bajo la dirección de Josué, hallaron que las gentes de su estirpe que allí habían permanecido tenían el recuerdo de Yavé y, quizá, la memoria de la promesa, pero adoraban también a las deidades locales. Aunque fueron prescindiendo de las creencias idolátricas y agregándose a las leyes mosaicas, hubo muchas infidelidades. Más aún, debió de ser lo habitual, por lo menos hasta después de la cautividad en Babilonia. Las prospecciones arqueológicas han demostrado que se tenía en Israel gran devoción a Ashira, deidad cananea a la vez virgen y meretriz, diosa del amor, madre de los hombres y, paradójicamente, de la guerra y consorte de Yavé. Existen algunas representaciones de la diosa y varias inscripciones y decoraciones cerámicas de los siglos IX-VII a. C. en que aparecen ambos esposos. Y el de Ashira no es un caso único.

Pero regresemos ahora al relato de la peripecia de Israel. Tras su accidentado y largo retorno a través del Sinaí, los hebreos disponían de una religión monoteísta estrictamente reglamentada, de una fuerte cohesión en torno a ella y de una sólida estructura política. Al viejo líder, Moisés, no le permitió Yavé alcanzar Canaán por un desvanecimiento de su fe, pero pudo verla desde el monte Nebo; luego murió y el ángel del señor le enterró en un lugar secreto de aquella región.

Josué sucedió a Moisés en la dirección de Israel. Este se nos presenta como un pueblo poderoso que, unido a otras tribus de su mismo origen pobladoras de la región, se adueñó de toda Palestina, llevando sus límites hasta el Eúfrates, para lo que debieron vencer a 31 reyezuelos pertenecientes a seis pueblos distintos. Siempre según el relato bíblico —sin que conste en documentos de los afectados, las poderosas ciudades fenicias y arameas, ni existan evidencias arqueológicas—, el reparto de la tierra de Canaán entre las doce tribus de Israel indicaría que la antigua Palestina abarcaba desde Damasco, por el norte, hasta la convergencia de los desiertos del Sinaí y Árabe, por el sur. Comprendía toda la franja costera, incluyendo parte del actual Líbano por el oeste, y se adentraba, por el este, en el desierto transjordano, hasta más allá de Amman. Puede estimarse, pues, que se trataba de un territorio de unos 90 000 kilómetros cuadrados (superficie que triplica la de la Cisjordania partida por la ONU en 1947), pero la mayoría de los autores asume que tales límites corresponderían más a la tierra codiciada que a la tierra poseída.

A aquel momento de conquista siguió otro de asentamiento, salpicado por numerosas guerras con sus vecinos moabitas, madianitas, edomitas, ammonitas y filisteos, como consecuencia de las cuales sobrevendría el periodo más brillante de la historia antigua de Israel: la época de los reyes, que se inició con Saúl y tendría su máximo apogeo expansivo con David y Salomón. Ya se ha visto a David, con sus grandezas y miserias, al hablar de otros pueblos, pero detengámonos un instante en su hijo, el sabio que dictó una de las sentencias más famosas de la historia.

Se presentaron ante el tribunal de Salomón dos mujeres de mala vida. Ambas vivían juntas y ambas había tenido un hijo por las mismas fechas. Una mañana, al despertarse, el niño de una de ellas había muerto asfixiado por el peso de su madre y ambas se disputaban el niño vivo, asegurando que era el suyo. Escuchado el caso, el rey tomó la palabra:

—La una dice: mi hijo es el que vive, el tuyo ha muerto; la otra replica: no, es el tuyo el que ha muerto, el mío vive. Traedme una espada.

Le entregaron al rey la espada y dijo:

—Partir por medio al niño vivo y dad la mitad de él a una y la otra mitad a la otra.

Una de las mujeres estalló en lágrimas y se dirigió a Salomón:

—¡Oh, señor, rey!, dadle a esa el niño, pero vivo; que no le maten.

La otra estaba conforme con el veredicto:

—Eso, ni para ti ni para mí: que lo partan.

Entonces Salomón sentenció:

—Dad a la primera el niño vivo. Ella es su madre.

Según la Biblia, Salomón fue un rey extraordinariamente poderoso y rico. Baste decir que se le atribuyen 4000 carros de guerra y 12 000 jinetes, cifras tan exageradas que, seguramente, exceden las de los mayores imperios de la época, como el asirio, el babilonio y el persa. Lo del oro no es menos formidable: dice la Biblia que anualmente recibía 666 talentos de oro, o sea, ¡27 972 kilos! Y aquí surge una

pregunta. ¿Existió, realmente, aquel reino? Con los límites y poder que se le atribuyen, rotundamente, no. Quizá fue un pequeño reino, comprimido entre la costa y el Jordán y el mar Muerto, en torno a Jerusalén, Hebrón y Jericó. Incluso se duda de que David y Salomón hayan sido personajes históricos; no se ha hallado ningún resto arqueológico incontestable y lo que se les atribuye es, verdaderamente, insignificante; del Jerusalén de Salomón y de su templo no quedan vestigios. Pero, ya se ha dicho, la historia importante no es la que realmente ocurrió, sino la que ha trascendido, la que ha ejercido su influencia a lo largo de tres milenios.

Uno de los pasajes que resaltan la importancia de Salomón es la famosa visita que le hizo la reina de Saba, una próspera nación enriquecida por el tráfico caravanero, situada en el extremo suroeste de Arabia, que hoy identificaríamos con Yemen, aunque otros la hacen coincidir con el reino de los sabeos, en el norte de Arabia. Se pretende un gran viaje de naturaleza económica, pues los mercaderes de Saba comerciarían con Israel y sus rutas atravesarían territorio judío camino de Egipto. La reina portaba fantásticos presentes para Salomón y este correspondió espléndidamente, de acuerdo con su riqueza. La Biblia resalta la admiración de la reina:

Verdad es cuanto en mi tierra me dijeron de tus cosas y de tu sabiduría. Yo no lo podía creer antes de venir y verlo con mis propios ojos. Pero cuanto me dijeron no es ni la mitad. Tienes más sabiduría y prosperidad de la fama que me había llegado.

En Etiopía —que cree que Saba estaba en su territorio y que la reina era suya— existe la tradición de que ella quiso tener con Salomón un hijo que heredara su sabiduría. Y como a aquellas damas nada se les ponía por delante, logró su propósito, regresando embarazada; su hijo iniciaría la dinastía real etíope, los *negus nagasti*.

Dada la tendencia rijosa del rey, a la reina de Saba no le costaría mucho meterse en su cama. Dice el Libro de los Reyes:

El rey Salomón, además de la hija del faraón, amó a muchas mujeres extranjeras: moabitas, ammonitas, edomitas, sidonias, jeteas, de las naciones prohibidas por Yavé a los hijos de Israel: «No entréis en ellas ni entren ellas a vosotros, pues seguro que arrastrarán vuestros corazones tras sus dioses». A estas, pues, se unió Salomón con amor. Tuvo setecientas mujeres de sangre real y trescientas concubinas y las mujeres torcieron su corazón. Cuando envejeció Salomón, sus mujeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos y no era su corazón enteramente de Yavé (...) y se fue Salomón tras de Astarté, diosa de los sidonios, y tras de Imilcón, abominación de los ammonitas (11, 1-6).

Más aún, para que sus esposas estuvieran contentas, erigió en Israel santuarios y altares donde «quemaban perfumes y sacrificaban a sus dioses».

La sabiduría de Salomón y su relación con astrólogos y religiones extranjeras le granjearon, a partir de la baja Edad Media, fama de mago. Se le atribuyeron libros de magia y claves de hechicería, así como el llamado «anillo salomónico», con un sello formado por dos triángulos equiláteros entrelazados, que constituiría uno de los paradigmas de la ciencia hermética, además de figurar en la bandera del Estado de Israel.

Muestra menos extravagante de esa sabiduría son los muchos versos que escribió o que se le atribuyen, por ejemplo, el Cantar de los Cantares, en el que poco hubiera podido participar, pues es obra medio milenio posterior a su controvertida existencia. También se le atribuyó un Libro de los Salmos que incluso fue canónico en algunas iglesias cristianas y que, realmente, es obra de la época de Herodes el Grande. En el Libro de los Salmos canónico, el que figura en la Biblia, conocido como Salterio de David, se le supone responsable de varios cantos, uno de ellos, el 72:

Da, ¡oh Dios!, al rey tu juicio  
y tu justicia al hijo del rey.  
Para que gobierne a tu pueblo con justicia,  
y a tus oprimidos, con juicio...

Salomón llevó a Israel a su máximo esplendor, poder y riqueza, pero con él se inició, también, el declive. Aquel reino creado y engrandecido hacia los siglos X-IX a. C. comenzó a agrietarse. Dice García Iglesias que «Salomón dotó al reino de los mecanismos de los Estados desarrollados de la zona, pero no pudo solucionar las contradicciones atávicas de Israel e, incluso, añadió nuevos factores descompensatorios». Las peleas dinásticas de sus sucesores empeoraron rápidamente el débil entramado: diez de las tribus crearon el reino de Israel, al norte, con capital en Siquem; las tribus de Judá y Benjamín fundaron al sur el reino de Judá.

La debilidad ocasionada por esa escisión, unida a la pujanza de algunos de sus vecinos, terminaría en poco tiempo con la influencia hebrea —siempre que existiera, reitero— sobre el corredor sirio. En sucesivas campañas, Asiria arrebató a Israel las tierras del norte y esclavizó y deportó a sus habitantes hacia Mesopotamia. Israel desapareció como reino en el 721 a. C. mientras Judá resistió a duras penas el empuje asirio, pero no pudo hacer lo mismo con la nueva potencia hegemónica, Babilonia, que en el año 587 a. C., bajo el reinado de Nabucodonosor, conquistó y destruyó Jerusalén y el templo erigido por Salomón. Los hebreos quedaron unificados por el cautiverio babilónico y comenzarían a ser conocidos como «judíos», sin distinción de tribus. Según algunas fuentes no serían más de 150 000 entre los deportados, los que pudieron permanecer en Palestina y los que optaron por huir a Egipto. En el año 539 a. C., Persia dominó Babilonia y un año después, gracias al edicto de Ciro II, se produjo el último gran retorno judío a la Tierra Prometida en época antigua, como se narró al hablar de aquella fantástica ciudad-Estado mesopotámica.

Acabamos de entrar en la época histórica, aquella que, aparte de la información bíblica, podemos contrastar con la documentación de los pueblos limítrofes o de los imperios afectados. Hasta aquí se trata solo de leyenda épica, a veces ligeramente refrendada por otras fuentes. La investigación histórica y arqueológica, de hecho, desmonta casi toda esa construcción y la reduce a un hermoso mito. Thomas F. Thomson, catedrático de Estudios Bíblicos en la Universidad de Copenhague y una de las más prestigiosas autoridades mundiales en la nueva visión de la Biblia, afirma:

No existe evidencia alguna de una monarquía unida, ni de una capital en Jerusalén, ni de ninguna fuerza política unificada coherente que dominara ese territorio (...) no tenemos evidencias de la existencia real de reyes llamados Saúl, David o Salomón ni de ningún templo en Jerusalén en este periodo. Y lo que sabemos de Israel y Judá en el siglo X a. C. no nos permite interpretar esta falta de evidencia como un vacío en nuestro conocimiento sobre el pasado, un mero resultado de la naturaleza accidental de la arqueología. No hay espacio, ni contexto, ni artefacto o archivo que apunte a las historias contenidas en la Biblia sobre la Palestina del X a. C. (...) uno no puede hablar históricamente de un Estado sin una población, ni de una capital sin una ciudad. Las historias solas no son suficientes.

Israel Finkelstein, director del departamento de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv y autoridad arqueológica reconocida a escala mundial, asegura: «Los hebreos nunca estuvieron en Egipto, no deambularon por el desierto, no tomaron la Tierra Prometida. Los reinos de David y Salomón, descritos por la Biblia como potencias regionales, no eran más que pequeños reinos tribales».

Otro arqueólogo israelí, Ze'ev Herzog, también profesor en la Universidad de Tel Aviv, remacha: «Los actos de los patriarcas son pura leyenda»; sobre la conquista de la Tierra Prometida al regreso de Egipto, asegura: «A medida que más y más ciudades se excavaron la conclusión de los arqueólogos fue inevitable: no existen bases fácticas que respalden la versión de una conquista militar de Canaán»; sobre la naturaleza de las antiguas poblaciones excavadas precisa: «Se trataba de asentamientos no fortificados que, en el mejor de los casos, consistían en unas pocas estructuras o en el palacio del gobernante, más que en una verdadera ciudad».

Es decir, en toda la narración que nos ha legado la Biblia apenas existen asuntos históricos probados, al menos hasta épocas relativamente recientes, como la babilónica, la griega y la romana; lo anterior, casi todo, es leyenda. No se trata de opiniones de una serie de historiadores diferentes o pintorescos: el profesor de Estudios Bíblicos de la Universidad de Sheffield, Philip Davies, comentaba la unanimidad sobre gran parte de estos asuntos: «En la última gran conferencia académica de la Nortwester University de Chicago sobre los orígenes del pueblo judío, ya no hubo ni un solo ponente que defendiera la historicidad de las narraciones de los patriarcas del Génesis», pese a que allí se reunió en 2000 lo más granado de la Historia Bíblica del mundo.

El catedrático de la Universidad La Sapienza de Roma, Mario Liberiani, ha llevado a cabo un estudio comparado de las fuentes históricas, literarias y arqueológicas más recientes en *Más allá de la Biblia: historia antigua de Israel* (2005). En ella demuestra que muchas de las historias bíblicas proceden de otras culturas; la de José, por ejemplo, concebida más de un milenio después de su presunta existencia. La narración del Éxodo constituiría una metáfora sobre la liberación del yugo extranjero y el retorno a casa tras una deportación, probablemente la del asirio Sargón en el siglo VIII a. C.; pero ese texto fue reelaborado siglo y medio después, durante la cautividad en Babilonia: los israelíes necesitaban nuevamente una leyenda liberadora e imaginaron toda suerte de desgracias para quienes los retenían. Y el paso siguiente, la entrada en Canaán bajo la dirección de Josué, debería leerse en



clave de los problemas que suscitaba la posesión de la tierra para los que volvían del destierro de Babilonia.

El templo de Salomón nunca habría existido. Responde a la concepción ideal que tenía el profeta Ezequiel para erigir un templo a Yavé en Israel; sabía lo que decía, ya que estaba hablando de algo que había visto, pues parece calcado de la estructura de un palacio persa del siglo V a. C. Incluso el Decálogo, elaborado en parte con materiales del II milenio a. C., no sería anterior al siglo VII a. C.

Vayamos ya a la historia comprobable, a la deportación a Babilonia, donde se pone de manifiesto que Israel tenía un pasado consistente, aunque no fuera llamativamente relevante. En ese episodio se revelaría la madurez adquirida por el pueblo judío como grupo político-religioso. Por un lado, la esclavitud y el exilio no lograrían cambiar su fidelidad religiosa, sino que esta se acrisoló en aquellas duras pruebas; por otro, comenzó a mostrarse entonces la proverbial disposición judía para adaptarse a todas las situaciones e, incluso, para sacar provecho de la adversidad. La cautividad de los judíos en Babilonia y su dispersión por Oriente no les haría olvidar la Tierra Prometida, sino que arraigaría en ellos un sentimiento indestructible de nacionalidad, asentada sobre un territorio reducido y que, lejos de «manar leche y miel», resultaba bastante árido, pobre y conflictivo. En aquel destierro se acuñó la promesa del retorno: «El año que viene, en Jerusalén», se decían —y aún lo hacen— al celebrar la Pascua fuera de Palestina; 2500 años no han restado vigor a la fórmula.

Al edicto de Ciro II sucedió una época de reconstrucción de Israel, favorecida por Artajerjes y Jerjes I de Persia. En Jerusalén, volvieron a elevarse muros y puertas, pero el pueblo judío no pudo conseguir su unidad e independencia políticas. Las luchas religiosas y las diferencias tribales le impidieron sacudirse el yugo persa, imperio del que fue tributario durante dos siglos. En esta época sitúan los exegetas bíblicos el famoso episodio de Judit, la heroína judía, y Holofernes, el general persa (o asirio, según lo presenta la Biblia).

Avanzaba Holofernes con sus tropas por el corredor sirio sin oposición, cuando sus espías le informaron de que en Canaán había un pueblo que pensaba cortar el paso, Israel. Preguntó a los ammonitas quienes eran aquellos israelíes y le respondieron contándole la historia de Israel y el poder de Yavé, su dios único. Aquello no atemorizó al militar, que marchó contra Betulia, cercó la ciudad, estranguló la entrada de alimentos e interrumpió el suministro de agua. Betulia estaba perdida. Al cabo de 34 días hubo motines y el jefe, Ocías, prometió que capitularía si, pasadas cinco jornadas, Yavé no había remediado su desesperada situación. Fue entonces cuando, inspirada por Yavé, una hermosa mujer llamada Judit, que había enviudado tres años antes y llevaba una vida retirada y piadosa, visitó a Ocías y a sus consejeros, asegurándoles que en el plazo dado a los amotinados se habría solucionado el problema.

... se despojó de sus vestiduras de viuda, bañó en agua su cuerpo, se ungió con ungüentos, aderezó sus cabellos y los cubrió con la mitra, se vistió con su mejor vestido, calzose las sandalias, se puso los brazaletes, ajorcas, anillos, aretes y todas sus joyas y quedó tan bien ataviada que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban. (Judit, 10, 2-5).

Y así se dirigió al campamento enemigo, siendo interceptada por una de sus avanzadillas, a la que dijo que disponía de informaciones que interesarían a Holofernes para lograr una victoria inmediata. Fue conducida ante el general, que quedó deslumbrado por su elegancia y hermosura y por sus atinadas razones, con las que le persuadió de que en cuatro días le sería entregada la ciudad, porque había pecado contra Yavé. En un lugar discreto de la gran tienda, junto al aposento de Holofernes, pasó tres días, en los que solo era vista cuando, de madrugada, salía a orar al campo. Al anoecer del cuarto día, Holofernes, encendido de deseo por ella, dio un banquete y trató de embriagarla para que no se resistiera, pero Judit, con sus arreglos y gracias, se las arregló para que él bebiese lo que les sirvieron a ambos. Terminado el banquete, los invitados y criados se marcharon rápidamente, despejando el campo a su señor. El general, totalmente ebrio, cayó presa del sueño. Judit tomó su espada, colgada del poste que sostenía la tienda, y con dos certeros golpes decapitó a Holofernes. Envolvió su cabeza en una cortina y se la entregó a su criada, que la metió en el cesto de las provisiones. Luego, ambas abandonaron la tienda, cosa que no extrañó a los centinelas, habituados a sus idas y venidas madrugadoras.

Tras regresar a Betulia, colgaron la cabeza de Holofernes de los muros y la guarnición salió de la ciudad en orden de batalla. Los centinelas enemigos dieron la alarma y los capitanes corrieron a avisar a Holofernes, pero no respondió a sus voces ni a la llamada de la trompeta. Cuando su criado decidió entrar en la tienda y vio su cuerpo descabezado en un gran charco de sangre y vino, comenzó a gritar y un inmenso clamor se levantó en todo el campamento. El pánico y la confusión se apoderaron del ejército invasor, que optó por retirarse ante el empuje de los israelíes y fue aniquilado en su huida.

No fue suficiente. Los persas dominaron toda la región hasta que en el siglo IV a. C. llegó Alejandro Magno y la integró en su efímero Imperio macedonio. Cuando murió el rey y sus generales se repartieron sus conquistas, Palestina quedó incluida en el reino egipcio de Tolomeo I Soter. Pero tampoco esta situación fue muy duradera, pues pasó a poder del reino sirio de Antioco III el Grande, vencedor de Tolomeo V Epifanes en Panion, en 199 a. C.

El puño sirio fue más pesado que el egipcio. Antioco IV, a fin de controlar más estrechamente la región, intentó una mayor helenización del pueblo judío, para lo que comenzó por imponer a un sumo sacerdote prohelénico. Ante la negativa judía a cumplir sus disposiciones, Antioco IV proscribió la religión mosaica, decretó el politeísmo y saqueó el Templo, atropellos que originaron la sublevación de los Macabeos, último intento anterior a nuestra era de crear un reino de Israel

independiente. Judas Macabeo protagonizó aquella efímera grandeza con sus victorias sobre los generales seléucidas enviados a someterle, y consiguió erigir el reino asmoneo. Pero, muerto Judas, estalló nuevamente la división interna: los defensores de la pureza religiosa mosaica, conducidos por Jonatán y Simón Macabeo, hubieron de combatir simultáneamente contra los sirios y contra los judíos helenizantes, sin que sus éxitos militares lograran una auténtica consolidación política.

Sus descendientes continuaron dependiendo de Siria y, cuando esta tierra fue incorporada a las posesiones de Roma, Palestina siguió la misma suerte. En el año 63 a. C. el cónsul Pompeyo el Grande hizo su entrada en Jerusalén y, para terminar con las luchas dinásticas existentes, nombró sumo sacerdote —sin título de rey— a Hircano II, uno de los pretendientes al trono, y le hizo responsable ante Roma. Su autonomía fue relativa, pues dependía directamente de un gobernador romano establecido en la provincia de Siria.

El final de la familia asmonea llegó en 37 a. C., cuando el Senado romano designó rey de Judea a un príncipe idumeo, Herodes, que gozó de una situación interesante: era aliado de Roma, de cuyo poder, de Augusto realmente, dependía; y solo para algunos asuntos militares y administrativos estaba sometido al gobernador de Siria. En general, Roma le permitió una gran autonomía salvo en asuntos de política exterior y defensa. Este gentil convertido al judaísmo promovió el último fulgor de Israel; lo embelleció con notables construcciones y lo dotó de obras públicas: erigió un gran templo, un palacio, la Torre Antonia y un acueducto en Jerusalén y, fuera de la capital, el palacio de Herodium y las fortificaciones de Masada y Maqueronte, que le merecieron el título de Grande, otorgado por los judíos. Por otro lado, se ganó la confianza de Roma, a la que sirvió hasta su muerte en el año 4 a. C.

De su reinado quedan restos notables como el Muro de las Lamentaciones, levantado para sujetar el terreno sobre el que se erigió el nuevo Templo, que se edificó en lo que conocemos como Explanada de las Mezquitas. Ese muro es para los actuales israelíes el recuerdo palpitante de su vieja religión. Gran interés tiene, también, el palacio real de Herodium, situado en el borde del desierto de Judea, al sureste de Jerusalén, en los territorios ocupados de Palestina. Con dos partes bien definidas, la zona alta y la baja, cumplía una triple finalidad: palacio, fortaleza, tumba. Hoy es un gran campo arqueológico, de unas veinticinco hectáreas de extensión.

El Herodium bajo, del que solo se conserva la traza y poco más, parece dibujar una residencia veraniega, articulada en torno a una gran alberca de unos 3500 metros cuadrados. En el norte, en el camino de Jerusalén, se identifican los entronques de una zona de viviendas y foro, donde seguramente viviría el personal al servicio de los palacios.

El Herodium alto es más interesante. Desde el llano, apenas si se advierte otra

cosa que una especie de pequeño cono volcánico al que se sube por una rampa. Al llegar a su cima, el viajero se encuentra sobre un borde circular de entre cinco y diez metros de ancho, mirando los restos de una enorme construcción emplazada en el fondo de ese cráter artificial: los restos del palacio.

Lo describiremos tal como se edificó. Sobre una colina que dominaba el palacio bajo, erigió el rey un edificio circular de 63 metros de diámetro y 30 de altura. En su centro se abría un gran patio circular de 46 metros de diámetro, formando una corona habitable de poco más de ocho metros de anchura. Adosadas a esa corona había cuatro torres, tres semicirculares de la misma altura que el conjunto y la cuarta, cilíndrica, de más de 40 metros, atalaya desde la que se divisaría toda la región. Sobre el patio se abrían las ventanas de decenas de amplias y luminosas habitaciones; bajo él, había tres plantas donde se encontraban cocinas, almacenes, comedores, salones y zonas de recepción, que recibían su luz gracias a las aperturas practicadas en el patio.

Terminado el monumental edificio, la colina fue sobreelevada unos seis metros, cubriendo con tierra y piedra la zona baja de la construcción, de modo que desde el exterior se vería un cono del que emergía un gran edificio de 20 metros y una torre que lo dominaba todo. Se ignora con qué finalidad se enterró la quinta parte del palacio, salvo que fuera una idea funeraria. En mayo de 2007, el arqueólogo de la Universidad de Jerusalén Ehud Netzer encontró los restos muy deteriorados de una tumba que, voluntariamente, identificó como la última morada de Herodes. Si el arqueólogo israelí tuviera razón, parece plausible la idea funeraria del terraplén exterior.

Durante el reinado de Herodes nació Jesús de Nazaret y en el Evangelio de san Mateo el monarca aparece como un malvado que trataba de asesinar al recién nacido y que, como no lo hallara, desencadenó la «matanza de los inocentes», porque si eliminaba a todos los niños, también terminaría con el amenazador Mesías. Seguramente, nunca se produjo tal salvajada, pero Herodes era, ciertamente, un tipo de cuidado, que ahogó con la espada o la cruz todo intento disidente o levantisco; más aún, en los últimos años de su vida, tratando de mantenerse en el poder a toda costa, ordenó matar a tres de sus propios hijos. El caso llegó a oídos de Augusto, quien habría exclamado horrorizado: «En casa de Herodes es preferible ser cerdo que hijo». Semejante atrocidad habría sido tergiversada por la tradición para convertirse en una matanza de niños que se empleó para contextualizar la infancia de Jesús.

¿Cómo era Israel bajo el reinado de Herodes? Una región pobre y atrasada, como tantas de las que formaban parte del Imperio romano. La mayoría de la población era campesina; trabajaba, en general, tierras de secano que producían cultivos mediterráneos; quienes vivían en torno al lago de Tiberíades alternaban la pesca con la agricultura, lo mismo que los habitantes del litoral mediterráneo; había también pastores, artesanos, gentes que se ocupaban en la burocracia religiosa o en la administrativa, soldados... En total, no más de 200 000 o 250 000 habitantes.

La principal fuente de riqueza era el comercio que originaban las rutas

caravaneras. Desde los puertos mediterráneos penetraban hacia las importantes ciudades de la Decápolis o discurrían entre Líbano, Siria y Egipto o desde Yemen alcanzaban el Mediterráneo cargadas de incienso, mirra y oro, justamente los mismos presentes que portaban los Reyes Magos que llegaron a Belén. Fuente importante de riqueza eran las grandes peregrinaciones a Jerusalén en las fiestas solemnes del judaísmo.

El idioma popular era el arameo, pero las clases cultas empleaban preferentemente el hebreo. El griego era idioma imprescindible tanto en las transacciones comerciales como en la burocracia administrativa. Hoy sabemos que Jesús predicó en arameo, pero es seguro que conocía el hebreo, en el que leería el Antiguo Testamento. Y, probablemente, hablaría griego, idioma en el que se entendería con personajes como el centurión a cuya hija resucitó o con Poncio Pilato.

En cuanto al nacimiento de Cristo, desconocemos con precisión el año, pero es seguro que nació antes de lo que fija la tradición, porque aún reinaba Herodes el Grande, que, como se ha apuntado, falleció en el 4 a. C. El error en la datación se debe al monje medieval Dionisio el Exiguo, que se ocupó de averiguar el momento del nacimiento de Cristo y se confundió, atrasándolo entre cuatro y seis años.

A Herodes o a su familia se les vuelve a hallar en las narraciones evangélicas. Notable es el episodio de Juan el Bautista, primo y precursor de Jesús, quien en sus peticiones de morigeración de las costumbres y de penitencia por los pecados se fijó, especialmente, en Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, al que reprocha que viviera públicamente en pecado con su cuñada Herodías. Por ello, el reyezuelo le encarceló en la fortaleza de Maqueronte. Herodías tenía una hija muy hermosa, Salomé, ojito derecho de Herodes, para el que, con ocasión de una gran fiesta de cumpleaños, danzó primorosamente.

—Me ha complacido muchísimo tu baile, Salomé —le dijo el tirano, que, según el historiador judío Flavio Josefo, estaba enamorado de la muchacha—. ¿Qué quieres que te regale? Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.

Tras cuchichear un momento con la arpía de su madre, Salomé dijo:

—Quiero la cabeza de Juan.

Herodes permaneció unos segundos pensativo. Había comprometido su palabra en público y no podía volverse atrás. Finalmente, dio la fatídica orden al jefe de la guardia y, antes de que terminara la fiesta, volvió el soldado con una bandeja tapada por un lienzo. Levantó la ensangrentada tela y allí estaba la cabeza del Bautista.

En cuanto a Salomé, se casaría con un reyezuelo, Filippo, y a la muerte de este, con un príncipe, Aristóbulo, y ahí se pierde su memoria. Pero la fantasía no se conformó con un final tan injusto, de modo que, tras hacerla caer en desgracia, Salomé moriría entre los témpanos de un río helado. Y, en España, se pretendió que su muerte hubiera tenido lugar en el Segre, cuya corteza helada se habría roto mientras lo atravesaba y, al cerrarse el hielo, ¡la habría decapitado!

Pero volvamos sobre Jesús. Su vida pública, su predicación y milagros, la

fundación de su Iglesia, su crucifixión, muerte y resurrección, debió de ocurrir entre los años 26 y 30 de nuestra era. Su muerte se produjo el catorce o quince del mes de Nisán, que coincidiría con nuestro siete u ocho de abril. La edad de Cristo estaría, por tanto, entre los 32 y los 36 años, pues, como se ha dicho, el comienzo de nuestra era está retrasado entre cuatro y seis años.

¿Por qué fue apresado, condenado y ejecutado? Desconocemos la ideología política que podía tener Jesús, por tanto hemos de atenernos a los mensajes evangélicos, a sus diatribas contra fariseos y saduceos y a los juicios que Anás y Caifás llevaron a cabo tras su captura. En todo caso, no pudieron hallar nada que le hiciera reo de muerte. No fueron capaces de demostrar que hubiera blasfemado, porque eso habría sido motivo para ejecutarlo, cosa que —en contra de lo que dice erróneamente el Evangelio de san Juan— hubiera podido hacer el Sanedrín, con el simple trámite de comunicarlo al prefecto romano.

«Como no hallaron en él culpa alguna», lo enviaron a Pilato. El romano sí encontraría motivos para castigarlo con sumo rigor: se había declarado rey; provocaba tumultos, como la expulsión de los mercaderes de la explanada del templo; encendía entre sus seguidores expectativas de liberarles del yugo romano; era sospechoso de conspiración y bandidaje: andaba por los campos congregando gentes a las que daba extraños mensajes de libertad... En el Huerto de los Olivos dice Jesús: «habéis venido a prenderme como si fuese un forajido». Estas acusaciones en manos de Pilato eran materia de pena capital.

Poncio Pilato, personaje fundamental en la condena a muerte de Cristo, era un romano del segundo rango nobiliario, presumiblemente del orden ecuestre, es decir, de los caballeros. Llegó a Judea en el año 26, durante el reinado de Tiberio, es probable que gracias a la recomendación de Sejano, mano derecha del emperador. Este influyente y turbio personaje era un reconocido enemigo de los judíos y Pilato debió de ser en Palestina su informador y una prolongación de su antijudaísmo.

En sus casi diez años de prefectura en Judea se distinguió por sus continuas provocaciones: paseando estandartes que se consideraban sacrílegos, acuñando moneda con símbolos religiosos romanos, apoderándose del tesoro del Templo para pagar una conducción de agua para Jerusalén... Claro que, muchas veces, hubo de dar marcha atrás ante la oposición judía, que amenazaba revueltas. No convenía que las cosas pasaran a mayores, porque en Roma podían tomar represalias.

Historiadores de la época lo describen como inflexible, arrogante, rencoroso, violento. Si trató de evitar la muerte de Cristo fue para contrariar a los judíos y, al final, lo condenó porque temió que se produjeran disturbios, y más durante la Pascua, con Jerusalén llena de visitantes. Además, existía una comprometida manifestación política: Jesús se había proclamado rey y en Judea no había entonces otro rey que el César, es decir, Tiberio.

El benevolente trato evangélico, seguido por numerosas tradiciones cristianas que le hacen convertirse al cristianismo e, incluso, lo elevan al martirio —la Iglesia copta,

sin ir más lejos—, se debe, fundamentalmente, a motivos políticos: los cristianos, que debían vivir bajo el gobierno romano, no deseaban aparecer como discípulos de un rebelde condenado a muerte por Roma. Prefirieron que la culpa de la ejecución recayese sobre fariseos y saduceos, inductores de la persecución porque no podían sufrir el desafío de Cristo.

Sobre la crucifixión de Cristo tenemos un hallazgo arqueológico clarificador. En 1968, a menos de dos kilómetros de la Puerta de Damasco de Jerusalén, aparecieron unas cuantas tumbas; entre ellas, una que contenía los restos de un crucificado de época contemporánea a la vida de Cristo. La cruz tenía forma de «T» y en su travesano horizontal se fijaron los brazos del crucificado, clavados por encima de la muñeca, entre el cúbito y el radio. Había, probablemente, una especie de taco de madera donde quedaba medio sentado, lo que no era un alivio, sino una forma de prolongar el tormento durante horas. Las piernas del condenado no estaban estiradas a lo largo del madero, sino contraídas, como si estuviera de rodillas, y los pies, clavados lateralmente, un tobillo sobre el otro, por un clavo de diecisiete centímetros. Ese clavo tenía junto a su cabeza una tablilla de madera, que quizá servía para fijar mejor los pies, sin que se desgarrasen, o quizá para escribir los delitos del crucificado. Ahí pudo figurar el famoso INRI, y no en el madero vertical situado por encima de la cabeza, que probablemente no existía.

El tormento de este crucificado duró horas y expiró poco después de quebrársele las piernas, pues, al rompérselas, el cuerpo quedó pendiente de los brazos, pereciendo por asfixia. Como se sabe, a Cristo le dieron un lanzazo, según el Evangelio, para que se cumplieran las Escrituras, que aseguraban que no se le rompería hueso alguno.

Tras la muerte de Cristo, y ante el rechazo mayoritario de los judíos por la doctrina cristiana, los apóstoles y sus discípulos se dispersaron por los cuatro puntos cardinales, predicando la nueva religión. Hasta entonces, el cristianismo se mantenía unido al tronco del judaísmo, pero, sobre todo bajo el impulso de Pablo de Tarso, la apertura hacia la gentilidad y el abandono de la ley mosaica determinaron un alejamiento radical e, incluso, a veces, una confrontación mortal.

Pero la vida de los judíos seguía en Palestina y los primeros intentos por sacudirse el yugo de Roma se produjeron durante el mandato de Calígula, quien confió el gobierno a Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande. Tras su muerte, ya en época del emperador Claudio, Palestina quedó definitivamente bajo control directo de procuradores romanos, lo que la convirtió en provincia del Imperio. El gobierno despótico de los procuradores y su carencia de tacto en asuntos religiosos, al exigir culto al emperador, promovieron en el año 66 d. C. la sublevación de los zelotes, que consiguieron importantes éxitos militares contra las guarniciones romanas de Palestina y Siria. La rebelión alcanzó tanta importancia que Nerón envió a uno de sus mejores estrategas, Vespasiano, al frente de 50 000 hombres.

El general, empleando magistralmente el tan romano «Divide y vencerás», fue

aplastando poco a poco la resistencia en Galilea, pero sufrió tantas bajas que no pudo lanzarse directamente sobre Jerusalén. Mientras recibía refuerzos y preparaba su ejército para una nueva campaña, fue proclamado emperador por las legiones y hubo de regresar a Roma para hacerse cargo del poder. Con la misión de pacificar el territorio, permaneció en Palestina su hijo, Tito, que reunió un ejército de 80 000 soldados con el que avanzó sobre Jerusalén en el año 70 d. C.

Pese a la desproporción de fuerzas, el asedio se prolongó cuatro meses, al cabo de los cuales los legionarios lograron penetrar en Jerusalén, donde pasaron a cuchillo a los defensores, incendiaron la ciudad y el Templo y tomaron unos 50 000 prisioneros, a los que deportaron o vendieron como esclavos. Aunque fuera un asunto episódico, la resistencia judía prosiguió durante tres años, a cargo de un millar de zelotes, desde la fortaleza de Masada, junto al mar Muerto, que fue tomada por los romanos el 2 de mayo de 73 d. C., tras una resistencia auténticamente numantina. Los únicos supervivientes fueron cinco niños y dos mujeres en las que pesó más el amor de madre que el fanatismo y que optaron por refugiarse en una escondida galería para esquivar la general autoinmolación final.

Palestina quedó despoblada, pues a las deportaciones debe añadirse que los cuatro años de guerra habían ocasionado cerca de 100 000 víctimas. Superando aquella inmensa calamidad, aún quedaron en Palestina núcleos de población judía dispersos en pequeñas comunidades campesinas que, poco a poco, fueron reconstruyendo el hogar judío en un periodo de relativa calma, durante el que la actividad política — prohibida por Roma — fue sustituida por la religiosa.

Mas de las escuelas religiosas volvió a surgir la llama de la independencia, que se encarnó en Simón Bar-Kojba («El hijo de la estrella») en el año 132 d. C. La sublevación estalló cuando el emperador Adriano decidió reconstruir Jerusalén como ciudad romana, rebautizándola Aelia Capitolina. La guerra fue tan sangrienta que el historiador Dión Cassio elevó a medio millón el número de víctimas; la cantidad está extraordinariamente exagerada, pues los judíos serían, como máximo, la mitad, pero es reveladora de la violencia de la lucha.

Adriano, decidido a terminar de raíz con los conflictos de la zona, de gran importancia estratégica para el Imperio, ordenó la deportación de los judíos; la Explanada del Templo fue consagrada a Júpiter y Venus; se prohibió la práctica de la religión mosaica, la circuncisión, la fijación del calendario hebreo, la celebración y observancia del sábado, el funcionamiento de las escuelas de doctores. Incluso la entrada de judíos en Jerusalén llegó a estar castigada con la muerte.

El cumplimiento estricto de las leyes de Adriano hubiera significado el fin del pueblo de Israel, pues falto de su cohesión religiosa nada hubiera podido ya mantener el vínculo nacionalista de varios cientos de miles de judíos dispersos por todo el Imperio romano. En la Tierra Prometida apenas quedaron 50 000 israelitas cuyo poder y cultura fueron decayendo hasta que Palestina se convirtió en un enclave pobre y olvidado de Bizancio. Sin embargo, la ley mosaica continuó practicándose en



la clandestinidad y las autoridades religiosas arbitraron nuevas leyes para poder sobrevivir en aquellos tiempos difíciles. En primer lugar, la importancia del estudio pasó a ser superior a la propia observancia de las leyes, pues el conocimiento de la Torá llevaría a la obediencia de los preceptos religiosos. En segundo lugar, se instituyó el mandato de conservar la vida; solo en tres casos debería morir un judío antes de ceder: ante la idolatría, el adulterio y el sacrificio de sangre inocente.

El estudio y la práctica de la ley mosaica, unidos a la flexibilidad religiosa en tiempos de persecución, permitieron la supervivencia del pueblo judío, que en el ocaso de Roma estaba establecido por todo el Mediterráneo y alcanzaba desde la península Arábiga hasta Persia —donde muchos judíos se habían asentado antes de las deportaciones romanas— y Egipto. Y en cada una de aquellas familias, el día de la Pascua, se repetía: «El año que viene, en Jerusalén».

La cultura judía ha sido tan influyente como la griega o la romana pese a la escasa relevancia de sus manifestaciones artísticas. Pobres e ignorantes pastores, constreñidos, además, por el miedo a la idolatría, no produjeron un arte reseñable; su pintura no existe, su escultura, poco menos; su cerámica no es maravillosa, su arquitectura es tardía y lo poco que nos ha quedado de ella refleja la profunda influencia de los imperios que dominaron Palestina en los siglos inmediatamente anteriores a nuestra era. Sin embargo, basta la Biblia. De esta fuente mana, probablemente más que de cualquier otra, la inspiración poética, literaria y artística en todas sus facetas que ha configurado la gran cultura occidental. Y eso por no hablar de las tres grandes religiones monoteístas que existen en el mundo; sí, también, el islam, que tiene como profetas a Abraham, Moisés y Jesús de Nazaret, y que manifiesta profundas influencias tanto del judaísmo como del cristianismo.

## ANTE EL TRONO DEL REY DE REYES

**E**l Gran Rey, sentado en su trono, sonríe fríamente a un dignatario medo que un tanto azorado se dirige a él, escoltado por dos guardias; a veces, un criado sostiene una especie de gran sombrilla, un palio, sobre el monarca. Tras él se halla, esperando órdenes, un consejero persa, acaso un príncipe asociado al trono. La escena se repite en los diversos momentos de la historia y el arte aqueménidas. Unas veces el Gran Rey se llamar a Ciro, otras Cambises o, tal vez, Darío o Jerjes, pero siempre se reproducir a el mismo ceremonial e idéntica majestad helada en el soberano. Todo en aquel imperio ocurría ante el Gran Rey, porque incluso lo que sucedía en los más recónditos lugares de sus inmensos reinos llegaba hasta su trono. Ese control central, supervisado y regido por los gobernadores enviados por el monarca, los sátrapas, hizo del gran imperio surgido en la meseta irania una potencia que, bajo unas u otras formas, perduró un milenio y rechazó las persistentes embestidas romanas, quebrándose solo ante el talento de Alejandro y desapareciendo bajo la avalancha de acero y fe de los ejércitos islámicos.

La meseta irania, de la que surgieron medos, persas, partos y sasánidas, es un conjunto de altas tierras (1 648 000 kilómetros cuadrados) rodeadas de cadenas montañosas: la del Elbruz, al norte, que bordea la zona meridional del mar Caspio; los montes Zagros, que levantan sus picos en paralelo a la llanura mesopotámica y al golfo Pérsico; y, en el este, los montes Koppeh, que cierran el acceso hacia Asia central, y las montañas afganas, que se interponen en el camino de la India. En el centro, la gran llanura persa, enorme y desértica, una alta meseta situada a 1200 metros sobre el nivel del mar dividida por otra cordillera de menor entidad.

A estas tierras llegaron hace unos tres milenios o poco más gentes indoirania que se mezclaron con las poblaciones autóctonas. Al sur del actual Azerbaiyán, en el ángulo formado por la cordillera del Elbruz y los montes Zagros, se organizaron en aldeas fortificadas cuya dedicación primordial ser a la agricultura y el pastoreo, aunque algunos grupos del Lurist n, al oeste de la actual Ispah n, se distinguieron, también, por trabajar el bronce con maestría.

El territorio, conocido como Media, fue objeto de las razias depredadoras asirias, lo que debió de impulsar a esas comunidades independientes —al parecer, más de cuarenta— a agruparse en torno a algún príncipe especialmente distinguido. Es muy significativo que su capital se denominara «Lugar de la asamblea», Ecbatana (hoy, Hamadan), lo que parece indicar que all  se reunieron los diversos jefes locales para designar un rey, que fijar a su residencia en el lugar. También podría significar que all  existió al comienzo del reino medo una asamblea consultiva de los representantes de las diversas comunidades, que, según Jaime Alvar, pronto «constituyeron la aristocracia cortesana meda». La información más detallada sobre el nacimiento del

poderoso reino medo la proporciona Heródoto:

Quando los asirios llevaban 520 años de dominio sobre el Asia oriental, los medos fueron los primeros en separarse de ellos. Y en su lucha contra los asirios por la libertad, debieron de conducirse con valor, pues se sacudieron la esclavitud y ganaron su independencia. Y, tras ellos, los demás pueblos hicieron lo mismo que los medos. Pero cuando todos los pueblos del continente eran independientes, volvieron a caer en el sometimiento...

Cuenta, a continuación, el historiador greco-persa la fantástica historia de Deyoces, un personaje obsesionado con el poder absoluto, que ideó una extraordinaria estratagema para conseguirlo. Como jefe local se distinguió por un ejemplar ejercicio de la justicia. Pronto su fama de hombre probo y justo se expandió por toda la región y en los litigios complicados se solicitaba su concurso. Al poco tiempo, nadie aceptaba un veredicto judicial si no estaba refrendado por Deyoces. Se había convertido en imprescindible.

Repentinamente, abandonó la administración de justicia, con el pretexto de que debía preocuparse de sus propios asuntos, y se enseñorearon de la región el desorden, la delincuencia y el caos. Desesperados, los notables medos se reunieron para solucionar el problema y decidieron que necesitaban perentoriamente un rey. Pero ¿a quién podían nombrar? De inmediato se propuso el nombre de Deyoces. Este, tras hacerse de rogar, respondió que aceptaría el trono, pero bajo determinadas condiciones: le construirían un palacio digno de la realeza, reclutarían una guardia real, fortificarían Ecbatana... Las aceptaron, pero paulatinamente fue acumulando nuevas exigencias: acatarían sus decisiones bajo pena de muerte, se prohibiría el acceso directo al rey, salvo que este lo solicitara, para comunicarse con el soberano se crearía la figura del delegado, la corte se regiría por un solemne ceremonial: en presencia del rey se castigaría severamente hablar, cuchichear, reír o escupir...

La mítica fundación del reino medo abandonó pronto la leyenda y se hizo sentir en sus alrededores: Fraortes, hijo y sucesor de Deyoces, encontró estrechos sus dominios, por lo que «entró en guerra con los persas, que fue a los primeros que atacó y a los primeros a los que convirtió en vasallos».

Los reyes del amanecer medo quizá no se denominaran así, pero el proceso podría ajustarse al relato de Heródoto. El principio habría tenido lugar entre el 727 y el 653 a. C., momento en que Media cayó bajo la influencia de los escitas. Estos nómadas, famosos como jinetes y arqueros, deambularon entre el norte del mar Negro y el amplio territorio que lo separa del Caspio y nunca formaron un gran reino con un poder centralizado, sino que prefirieron vivir del saqueo y de los tributos de los pueblos sojuzgados, que entre los siglos VIII y VI a. C. fueron Asiria, Urartu o Media. El reino medo estuvo bajo su influencia y fue pasto de sus correrías un cuarto de siglo, hasta que los primeros monarcas conocidos, Ciaxares y Astiages, a los que se atribuyen largos reinados, los rechazaron.

Fue el gran momento de los medos, que en contacto con los escitas adquirieron gran destreza con el arco y el caballo. Según Heródoto, fue Ciaxares (hacia

624-585 a. C.), un gran caudillo militar, quien disciplinó sus tropas, organizó secciones de jinetes, arqueros y lanceros, cruzó los Zagros y cayó sobre Asiria, odiada y temida desde antiguo. Venció a sus ejércitos y se apoderó de Assur, pasando a su población a cuchillo y saqueando los fantásticos tesoros acumulados allí por sus rapaces monarcas. Aliado con Babilonia, tomó Nínive y es fama que el propio rey asirio se arrojó a las llamas de su palacio cuando los medos penetraron en la ciudad.

En este momento imperial, los medos dominaron el curso alto del Tigris, penetraron profundamente en Asia Menor e impusieron su poder en la meseta irania. Se trató de un esplendor efímero. Según Heródoto, el gran problema fue que Astiages (hacia 585-550 a. C.), monarca tan poderoso como cruel y entregado al zoroastrismo y a las visiones de sus magos, logró irritar y ofender a gran parte de la nobleza meda. Y colmó el vaso de su paciencia cuando, tras algunas diferencias con Hárpago, uno de los personajes más importantes del reino, le ofreció un banquete de reconciliación. Acudió confiado Hárpago y todo el convite transcurrió con cordialidad y alegría... hasta el final. El rey se inclinó hacia su invitado y le inquirió si le habían gustado las viandas:

—Todo el festín ha sido excelente, pero la carne me ha parecido maravillosa —respondió, satisfecho, el aristócrata.

—Sí, también a mí me ha gustado —replicó el rey— y he de darte las gracias, porque me la han enviado de tu casa.

Hárpago se despidió extrañado, pues nada sabía del asunto, y cuando llegó a su palacio encontró caras de profunda preocupación.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Que los guardias del rey prendieron a tu hijo y se lo llevaron.

Como si un rayo cayera sobre el desdichado padre, este comprendió que su hijo había sido asesinado, cocinado y servido en el banquete. Pero Hárpago era hombre avisado, de modo que abandonó su morada inmediatamente, salió de la ciudad y se dirigió a su región natal, al tiempo que enviaba mensajeros a cuantos gobernadores y aristócratas le unían vínculos de amistad o vasallaje. Tras poner su región en pie de guerra, ofreció el trono medo a Ciro, hijo de un noble persa, Cambises, y de la princesa Mandana, hija de Astiages. Combatido por los persas, acaudillados por su nieto y por Hárpago, con las tropas que se les unieron, Astiages fue derrotado y muerto. Esta leyenda podría ser un pretexto interesado de la nobleza meda para deshacerse de su rey, pero de lo que no existe duda es de que Ciro, que gobernaba Elam y Persia como vasallo de su abuelo, se levantó contra él apoyado por parte del ejército medo.

Hay otra versión sobre la entronización de Ciro. Cuentan que el rey Astiages tenía una única hija, de cuya hermosura hablaba toda Media, y numerosos príncipes la habían solicitado en matrimonio. Andaba el rey cavilando qué pretendiente sería el más apropiado cuando una noche tuvo un sueño en el que aparecía su hija, la bella Mandana, y de ella crecía una gran parra que tapaba toda Media. Consultó el rey a

sus astrólogos y adivinos y le dijeron que Mandana sería madre de un poderoso príncipe que se adueñaría de su reino.

Asustado, el rey descartó de inmediato a todos los pretendientes ricos y poderosos de su hija, hasta el punto de condenarla a la soltería, provocando la indignación de la princesa con su padre. Así estaban las cosas cuando se presentó en la corte meda un buen mozo persa llamado Cambises, portador de un mensaje para el rey. Este le interrogó, enterándose de que era el segundón de una pequeña familia nobiliaria con escasos recursos, posición que le convertía en el yerno adecuado. Cambises regresó a su casa en Susa sin poder creer su buena fortuna, casado con la maravillosa hija del más poderoso de los reyes, y su felicidad fue aún más completa cuando Mandana quedó embarazada.

Lejos, en su palacio de Ecbatana, Astiages no pegaba ojo por la noche: el sueño de la parra volvía a atormentarle. Entonces el rey tomó la bárbara decisión de enviar a Hárpago, su hombre de confianza, a Susa para que se apoderase de su nieto en cuanto naciera. El poderoso Hárpago no tuvo gran dificultad en secuestrar al niño y en llevárselo a una perdida montaña donde quedaría a merced de las alimañas. En el momento en que, muy apesadumbrado por tener que cometer aquel infanticidio, iba a abandonar al niño, escuchó los balidos de un rebaño de ovejas. Aquello le dio la idea de endosar el crimen al pobre pastor, que accedió a cumplir el encargo ablandado por un puñado de monedas.

Cuando regresó a su cabaña, el pastor halló a su mujer en un mar de lágrimas. Incapaz de articular palabra le mostró a su hijo, nacido unos días antes, que había muerto repentinamente aquella tarde. Entonces, la atribulada mujer escuchó un llanto infantil que llegaba del corral, donde el pastor había dejado en un zurrón al nieto del monarca. Mientras el marido le contaba la asombrosa historia que acababa de sucederle, la llorosa madre tomó al niño, le lavó cuidadosamente, le envolvió en los humildes pañales de su hijo muerto y calmó su hambre dándole de mamar.

Limpio y saciado, el niño se durmió apaciblemente en el regazo de la esposa del pastor, que tramó un plan: pondrían a su hijo muerto las hermosas ropitas del príncipe y cumplirían el encargo de abandonarlo en el campo. Días después, los criados de Hárpago hallaron el cadáver de la criatura y el tema pareció zanjado, salvo para los desolados padres, Mandana y Cambises, que no acertaban a explicarse la misteriosa desaparición de su hijo.

Pasaron los años y un día se enteró Astiages del extraño caso de un muchacho que había proporcionado una tanda de latigazos a un compañero de juegos porque se negaba a reconocerle como rey. Con un atroz presentimiento traspasándole el alma, quiso conocer al atrevido mozo. En cuanto le vio, advirtió quién era: tenía un porte natural distinguido que diez años corriendo tras las ovejas no habían eliminado y era hermoso como sus padres.

Hárpago, aterrado, mandó llamar al pastor, que le contó la verdad sin esperar a que le dieran tormento. Luego corrió a postrarse ante Astiages, suplicándole perdón.

Los magos del rey, entre tanto, le recomendaron que no hiciera daño a su nieto y lo devolviera a sus padres, pues el infanticidio de un heredero sería mal visto en el reino. Lo que debía era prepararle para gobernar para cuando llegara su hora. Así lo hizo Astiages, que, incluso, trató de disipar los temores de Hárpago invitándole a un festín.

Esta es otra versión del famoso convite de Astiages. El rey y Hárpago comieron hasta saciarse, y solo cuando ya retiraban los platos preguntó el rey si le había gustado la carne. Respondió el cortesano afirmativamente y entonces ordenó el rey a unos criados que trajeran una cacerola en la que, al levantar la tapa, vio el aterrado Hárpago que allí se hallaba la cabeza de su propio hijo.

Pasaron los años, creció Ciro y se convirtió en un bien adiestrado guerrero; envejeció Astiages, siempre atormentado por el dichoso sueño de la parra; maduró el deseo de venganza de Hárpago, que malquistaba a la nobleza con el rey, animaba a Ciro a levantarse contra su abuelo y trazaba planes para terminar con Astiages.

Llegado el momento oportuno, Ciro y Hárpago pusieron en marcha su astuto plan. Los nobles de Persia recibieron una carta llegada desde la corte de Ecbatana en la que se les comunicaba que Ciro había sido nombrado general de las tropas persas y se les citaba a todos a una reunión en Susa. La nobleza persa acató el deseo del soberano medo y puso sus soldados a las órdenes de Ciro. Cuando Astiages se enteró, trató de frenar a su nieto con amenazas, aunque en su fuero interno sospechara que el sueño de la parra era ineluctable. Ciro replicó a su abuelo que estaba a punto de hacerle una visita y el rey supo que llegaría al mando de un ejército, de modo que ordenó que se reunieran sus tropas bajo el mando de Hárpago.

Dicen que avanzó el ejército de Ciro hacia Ecbatana y le salieron al paso las tropas de Media. Pero, cuando estaban las moharras a punto de atravesar los pechos enemigos y la tierra aguardaba un baño de sangre, Hárpago detuvo a sus soldados y Astiages, que contemplaba desde un altozano la maniobra, abrió la boca asombrado. La victoria de Ciro fue incruenta. No se resignó Astiages, que regresó a Ecbatana a una de caballo, puso la ciudad en pie de guerra, rebañó los últimos soldados y salió al campo a combatir. La lucha fue breve, porque aquellas fuerzas eran mínimas para contener al poderoso ejército persa-medo organizado por Ciro, y el propio Astiages fue hecho prisionero.

Cuenta Heródoto que Hárpago fue a ver al derrotado rey para hacerle sentir su venganza, pero, en su desgracia, Astiages aún mantenía su grandeza y le dijo:

—Eres el hombre más tonto e injusto que he conocido.

—¿Cuáles son tus argumentos, ¡oh rey!, para decirme eso?

—Un hombre listo, con el poder que yo te he dado, habría conquistado el trono para sí mismo. En cuanto a tu injusticia, radica en que para vengarte de un solo hombre has puestos a todo el pueblo medo bajo el yugo persa.

## POR LA GRACIA DE AHURA-MAZDA: LOS AQUEMÉNIDAS

Con Ciro II el Grande (556-530 a. C.), Media hace mutis tras las bambalinas de la historia y aparece en el escenario internacional el deslumbrante sol aqueménida, que durante algún tiempo fue el imperio más poderoso del orbe y uno de los más extensos, pues, de oeste a este, comenzaba en Anatolia, alcanzaba Palestina, dominaba parte de las riberas de los mares Negro y Caspio y toda Mesopotamia, descendía hasta el golfo Pérsico y, caminando hacia el sol naciente, llegaba hasta la India y penetraba en remotas regiones de Asia central. El formidable imperio aumentaría bajo el empuje de los sucesores de Ciro, en particular de Cambises II y Darío I, que añadirían Egipto, Arabia, las tierras del bajo Danubio, parte de Grecia y la legendaria Cólquida, la tenebrosa tierra a la que Jasón y sus argonautas fueron en busca del Vello de Oro.

Pero volvamos al momento fundacional. Ciro II se autotituló descendiente de Aquemenes, legendario personaje fundador de la monarquía persa —de ahí que su dinastía se denominara aqueménida—, y «emperador de Persia, Media y otras tierras», es decir, las que pudiera conquistar, porque fue un monarca especialmente guerrero, a la par que unía a su carácter una rara magnanimidad. Así, tras apoderarse de Ecbatana, respetó la ciudad, a sus habitantes y a los medos, y aunque trasladó su capital a Susa, solía pasar los veranos en Ecbatana. Más aún: cuando se apoderó de Babilonia, emitió el famoso edicto liberador de los judíos, que ha sido considerado la «primera declaración de derechos humanos de la historia»; y no resultó solo generoso en las palabras, sino, también, en los hechos: les devolvió los tesoros tomados por los babilonios y les instó a que reconstruyeran el Templo. Seguramente, su conducta no fue provocada por el altruismo o la bonhomía, sino por su visión política: proyectaba conquistar Egipto y tener un pueblo amigo y agradecido a las puertas del país de las Dos Tierras era muy conveniente.

No logró llevar a cabo esta conquista. En el 530 a. C., cuando contaba unos sesenta años, murió combatiendo contra los masagetas, un aguerrido pueblo que habitaba al norte de Persia, en lo que hoy es Azerbaiyán. Cuenta Heródoto que su campaña comenzó con una victoria sobre Spargapises, hijo de Tomiris, la reina masageta, conseguida gracias a una astuta maniobra. Seleccionó a sus peores tropas y las lanzó frontalmente contra los masagetas, mientras ocultaba sus fuerzas escogidas. Al tiempo, en su campamento, ordenó que se dispusiera un gran banquete, con una inmensa cantidad de cerveza e hidromiel. Spargapises desbarató el ataque persa y persiguió a los fugitivos hasta el campamento, donde halló preparado el festín y decidió aprovecharlo. Los masagetas comieron hasta la saciedad y bebieron hasta la embriaguez; al atardecer, cuando ya no se tenían en pie, apareció Ciro con sus mejores soldados y desencadenó una matanza. Solo Spargapises sobrevivió, pues Ciro deseaba tenerlo como rehén para negociar con su madre, la reina. Pero no tuvo la oportunidad de hacerlo, ya que el príncipe masageta optó por suicidarse en cuanto

halló la ocasión.

Tomiris trató de tomarse la venganza antes de vestir el luto. Reunió cuantas tropas tenía y las lanzó contra los persas. Hubo una batalla más cruenta que «cuanto antes se había oído entre los bárbaros», en la que los persas fueron derrotados y Ciro el Grande, muerto. Hallado su cuerpo, Tomiris hizo que le cortaran la cabeza y la metieran en una tinaja llena de sangre, mientras pregonaba su venganza: «Perdiste a mi hijo, capturándole con engaños, a pesar de que yo, su madre, vivía y de que, al fin, he logrado vencerte. Pero yo saciaré tu sed, cumpliendo mi palabra».

Según las noticias persas, el cuerpo de Ciro fue retirado del campo de batalla y conducido a Pasargada, donde se le enterró en un potente mausoleo, erigido en piedra bien labrada sobre un basamento que se levanta del suelo 5,5 metros de altura gracias a escalones decrecientes. En la plataforma final descansa la cámara sepulcral, de 5,20 metros de altura, en forma de casa con tejado a dos aguas. Todavía se mantiene en pie, severo y solemne, en la llanura persa.

Cambises, su hijo primogénito, heredó el trono (530-522 a. C.), desde el que sostuvo durante ocho años una intensa actividad militar. Parecía tener una doble obsesión: el poder y la conquista de Egipto. Para avanzar en ambos intereses se asegura que le pidió al faraón Amasis II la mano de su hija Mitetis. Amasis accedió, pues no deseaba contrariar a tan poderoso rey, pero luego reconsideró la situación, ya porque no quisiera separarse de su hija, ya porque él mismo deseara hacerla su esposa.

Entonces se le ocurrió la argucia de enviarle a Miteritis una mujer de su harén, confiando en que no advirtiera el cambio o en que, de hacerlo, podría escudarse en una confusión nominal. Como era lógico, Cambises II advirtió la superchería en cuanto habló con la dama egipcia. Desde el día siguiente comenzó a preparar una enorme expedición que no solo le diera Egipto, sino otros lugares de África cuyo renombre llegaba a Susa.

Por tanto, supuso que permanecería mucho tiempo lejos de Persia, quizá años, por lo que trató de eliminar primero los peligros domésticos, asesinando a su hermano Bardiya y a una hermana. Con la retaguardia asegurada, marchó sobre Egipto, muy contrariado pues cuando estaba a punto de partir recibió la noticia de que había muerto Amasis II. Su sucesor, Psamético III, abandonado por sus aliados y por las tropas mercenarias que había reclutado, no pudo evitar la victoria persa a las puertas del Delta. La venganza de Cambises II fue terrible: desenterró el cadáver embalsamado de Amasis, lo hizo quemar públicamente y mandó matar a sus hijos, salvo al faraón, al que envió a Susa cargado de cadenas, para exhibirlo a su regreso.

Ya dueño de Egipto, quiso alcanzar los objetivos que se había fijado: la conquista de Etiopía, de Cartago y del oasis de Siwa, en el desierto líbico. Los tres se le escurrieron entre los dedos. Lo de Etiopía fue un fracaso, pues no había calculado que su ejército, a partir del Delta, tendría que seguir el curso del Nilo más de 3000 kilómetros, salvando un desierto desolado y dominado por belicosas tribus. Y sucedió



lo que cabía suponer: sus hombres, agotados en Nubia por el calor, la escasez y los ataques de los príncipes del desierto, iniciaron el retorno. Lo de Cartago comenzó con un ataque contra los libios, a los que venció fácilmente, pero cuando sus tropas habían avanzado durante unos diez días por el desierto de Cirenaica, se vieron obligadas a regresar: Cartago aún se hallaba a diez semanas de marcha por aquel pedregoso desierto donde nada había, salvo polvo, piedras, plantas espinosas y algunas alimañas. Aunque su ejército arribó al Delta diezmado, Cambises II intentó realizar la expedición por mar, pero ya se ha dicho que los fenicios se negaron a poner su flota al servicio de la invasión de su colonia hermana.

Ni siquiera pudo desentrañar el secreto de Siwa, si es que fue su verdadero interés, porque, según algunas versiones, lo que deseaba realmente era destruir el oasis y el templo de Amón para vengarse del oráculo, que había predicho su derrota. Es fama que envió hacia Siwa 50 000 hombres, lo que no deja de ser una hipérbole. Las tropas salieron de Tebas; tras siete días de marcha alcanzaron el oasis de Kharga, situado a poco más de doscientos kilómetros; luego partieron hacia el oasis de Dakla... Y nunca más se supo. No ha sido esta la única vez que ese desierto se ha tragado una gran expedición, la última que se recuerda fue una caravana compuesta por unas 2000 personas y cerca de 10 000 animales de carga que, en 1805, hacía la ruta desde Darfur, en Sudán, hacia Asyut, en el centro de Egipto: perecieron todos, personas y bestias, sepultados por una tempestad de arena.

Los reveses enloquecieron a Cambises, que, según narra Heródoto, al ver a los egipcios celebrar una de sus tradicionales fiestas religiosas, creyó que se burlaban de sus fracasos. Apresó a los sacerdotes que dirigían los festejos y los sometió a tormento para que le confesaran la razón de la celebración. Solo tras matar a varios se convenció de que realmente festejaban al buey Apis, propiciador de la fecundidad, por lo que su furor se volvió contra la encarnación animal de la deidad, el hermoso buey venerado en Menfis, al que ordenó degollar.

Meditaba hacia dónde dirigir su actuación cuando recibió la noticia, procedente de Susa, de que el mago Gaumata, físicamente parecido a Bardiya, el hermano al que había asesinado, se había hecho pasar por este, proclamándose heredero del trono y, lo más irritante, parecía haber sido muy bien aceptado. Cambises inició el viaje de retorno, pero por razones nunca bien explicadas, se suicidó. Según unos, por remordimiento: había asesinado a su hermano para evitar que pudiera arrebatarse el trono y ahora un falsario le suplantaba y ceñía la corona. Según otros, por melancolía: llevaba muchos años gobernando, primero como asociado a su padre y, después, como monarca absoluto, y su pueblo le volvía la espalda; ¿para qué tantos trabajos por ampliar el imperio?

El mago Gaumata apenas disfrutó unos meses de su impostura. Gentes de la estirpe aqueménida, como Darío y otros nobles persas, conocían perfectamente al falso Bardiya, de modo que tramaron una conjura, le arrojaron del trono y le quitaron la vida. El problema, según la leyenda, era determinar quién ceñiría la corona y,

puesto que eran amigos, acordaron que el trono sería de aquel cuyo caballo relinchara primero al alborear el día. Oebasres, el astuto escudero de Darío, decidió que no le interesaba dejar a la casualidad la elección del rey, de modo que, sigilosamente, por la noche, llevó una yegua al campo y la dejó donde el caballo pudiera verla con las primeras luces del amanecer. Cuando la lechosa claridad de la mañana hizo visible la yegua, relinchó alegremente el caballo y Darío ganó el trono.

Seguro que fue de otra manera. En el camino que hoy va de Kermanshah a Hamadán existen estupendos bajo-relieves que narran las victorias de Darío I el Grande (522-486 a. C.) y, en la zona central, protegido por las grandes alas del señor de la sabiduría, Ahura-Mazda, aparece el monarca venciendo al mago Gaumata y a los «ocho falsos reyes», lo que parece mostrar que el trono no lo ganó gracias al relincho de un caballo en celo, sino en una feroz lucha por el poder que se prolongaría durante cerca de diez años.

Darío el Grande tuvo un largo reinado durante el cual reunió el mayor imperio conocido hasta entonces, que, de norte a sur, se extendía desde los mares Negro, Caspio y Aral hasta Nubia, la mitad de Arabia y el océano Índico y, de este a oeste, desde el Indo al Mediterráneo.

Este inmenso imperio fue dividido sagazmente en veinte satrapías (gubernaciones), cada una a cargo de un sátrapa, que debía dar cuenta directa al rey. Las satrapías no eran regiones naturales, sino que, con frecuencia, las dividían y un sátrapa gobernaba dos porciones geográficas habitadas por pueblos diferentes, incluso en lengua y religión, estrategia que tenía la finalidad de dificultar las sublevaciones. Los sátrapas tenían una fuerte autonomía, siempre que fueran fieles al soberano y enviaran puntualmente los impuestos recaudados. Pero, además, estaban obligados a informar sin demora de cuanto ocurriera en su gobernación y de las medidas adoptadas; con este fin, Darío instituyó una especie de correo real, que, a base de postas, se movía con inusitada celeridad. Para que todo estuviera en orden existían los «oídos del rey», inspectores que recorrían las diversas satrapías e informaban al monarca de la situación encontrada, o espías, que, en secreto, enviaban sus informes a Susa.

Desde el punto de vista europeo, lo más interesante de su expansión es su presencia en el mundo griego. Sus antepasados ya controlaban Anatolia, pero fue con Darío cuando los persas penetraron profundamente en Grecia. Es fama que la formidable expedición emprendida por el Rey de Reyes en el año 513 a. C. constaba de 700 000 soldados, que serían muchos menos, aunque, sin duda, debió de ser un formidable ejército. Todas las satrapías que se hallaban en su camino contribuyeron con refuerzos y víveres. Al sátrapa de Capadocia le correspondía una de las misiones fundamentales y más complejas: facilitar el paso del estrecho del Bósforo; para ello contó con un genio de la ingeniería de la época, Mandrocles, que reunió barcas durante meses, las amarró unas a otras y las cubrió de tablones, proporcionando una ancha calzada por la que las tropas cruzaron los setecientos metros de esa vía de agua

que une los mares Negro y de Mármara.

Dominadas ambas riberas del Bósforo, los persas penetraron en Tracia, remontaron, primero, las costas del mar Negro, cruzaron el Danubio y, finalmente, marcharon contra los escitas, a los que despreciaban tanto —despectivamente les llamaban «perros»— como temían. Se dice que los escitas enviaron un mensajero a Darío: cuando estuvo ante él le entregó un pájaro, un topo, una rana y un haz con cinco flechas, pero no supo decirle lo que significaba. Los magos y adivinos persas no tardaron en desentrañar el sentido de la misiva: «Si entras en nuestro territorio tendrás que volar como un pájaro, andar bajo tierra como un topo o moverte bajo el agua como una rana para escapar de nuestras flechas». Fue un error reírse del mensaje.

Avanzaron los persas sin hallar a los escitas, que se escurrían entre sus dedos, retrocediendo siempre hacia el norte y tendiendo continuas celadas que causaban enormes penalidades a aquel inmenso ejército. En su tenaz persecución, parece que los persas cruzaron el Dniester y se internaron en Ucrania, pero ante la inmensidad de aquellas llanuras, lo anchuroso de sus ríos, las feroces acometidas de la caballería escita, la progresiva carencia de alimentos y la proximidad del invierno, Darío ordenó regresar. La retirada debió de resultar penosísima, pero pese a aquel fracaso, Darío dominó Tracia y penetró profundamente en Grecia, logrando la sumisión de Macedonia y de algunas ciudades helenas del Egeo.

El enfrentamiento que provocó la presión persa sobre Grecia duró medio siglo y dio lugar a las Guerras Médicas (por Media), uno de los conflictos más famosos del mundo antiguo, en el que se libraron batallas tan célebres como las de Maratón, Termópilas, Salamina, y en el que se ha querido ver un enfrentamiento Este-Oeste, una lucha entre un Oriente bárbaro y un Occidente civilizado, que jamás se planteó en esos términos y con semejantes características.

El avance de los intereses persas afectaba el comercio y el desarrollo interheleno, pero el ambiente griego era claudicante, menos en Esparta, dispuesta a resistir. Finalmente, la decidida postura espartana logró la adhesión ateniense y su alianza atrajo a las ciudades de Jonia (suroccidente de Asia Menor, donde se hallan Éfeso, Mileto, Halicarnaso o Sardes), que expulsaron a los persas.

La reacción de Darío fue terrible. Envió un gran ejército que arrasó Bizancio y otras ciudades y cuando, al cabo de dos años de asedio, tomó Mileto, deportó a todos los supervivientes y los vendió como esclavos. Después, aprestó una flota de seiscientos buques y los envió contra Eretria, en la isla de Eubea, a unos cien kilómetros de Atenas, confiando en que tal demostración de fuerza rompiera la alianza entre Atenas y Esparta. Tras superar con graves pérdidas un duro temporal, los persas asediaron y asaltaron Eretria, que sufrió el fuego, el hierro y la deportación. Pero su resistencia sirvió para acicatear el espíritu independentista de los helenos y sus ansias de venganza.

En septiembre del año 490 a. C. el general ateniense Milcíades salió al paso de los

persas y ambos ejércitos se encontraron el día 13 (otros dicen el 26) en la llanura de Maratón. Once mil eran los griegos y el doble los persas, por lo que la mayoría de los capitanes deseaba retardar la acción a la espera de los espartanos, que por motivos religiosos no podían salir al campo de batalla antes del plenilunio, pero Milcíades, advirtiendo dudas en el campo persa, los persuadió para dar la batalla. Al rayar el alba, avanzaron cantando sus himnos de guerra y, a la carrera, la larga línea griega se precipitó sobre el ejército enemigo. Mal lo pasó el centro griego, mientras los hoplitas atenienses y las milicias urbanas de Platea, que formaban las alas derecha e izquierda de los helenos, arrollaron a sus oponentes y envolvieron el centro de los asiáticos, forzando su huida hacia las naves que les esperaban en la playa. Según Heródoto, «murieron unos 6400 bárbaros y 192 atenienses» y estos lograron apoderarse de siete naves. Atenas estaba salvada, pero suponiendo la inmensa inquietud que reinaría en la ciudad, Milcíades despachó al más rápido de sus soldados como mensajero de la buena noticia. Voló el guerrero espoleado por la euforia, corrió hasta la extenuación para llegar al ágora y exclamar: «¡Hemos vencido!» y, luego, caer muerto por el esfuerzo.

Pero Maratón ha trascendido las páginas de la historia para convertirse en hazaña deportiva. El barón Pierre de Coubertin, fundador de las Olimpiadas modernas, quiso que fuera Atenas la ciudad que acogiera los primeros Juegos Olímpicos del mundo contemporáneo en el verano de 1896 y que se disputara por vez primera una carrera pedestre de fondo, que recordara la hazaña de Milcíades y del corredor que portaba la buena noticia. Comenzaría la carrera en Maratón, junto al túmulo donde fueron enterrados los griegos que perecieron en aquella jornada, y finalizaría en el estadio olímpico; en total, 42,195 metros. La prueba estuvo rodeada de gran expectación; incluso el millonario Averoff, mecenas de los Juegos de Atenas, prometió la mano de su hija al vencedor de esa carrera. Grecia tembló de emoción y euforia aquel día porque casi desde el comienzo un pequeño atleta griego, Spiridon Luis, mostró que solo él estaba dispuesto a sufrir como el soldado de Maratón por lograr la victoria. Sobre Spiridon llovieron homenajes, honores y la inmortalidad olímpica, porque por entonces el olimpismo era totalmente *amateur* y no existía recompensa económica alguna. Ni siquiera emparentó con el millonario Averoff, pues ya estaba casado.

Derrotados en Maratón, los persas intentaron algunos desembarcos que fueron rechazados por los atenienses, ya con ayuda de los espartanos, que llegaron con la luna nueva. Pero el Rey de Reyes no olvidó la derrota. Muerto Darío el Grande, le sucedió en el trono su hijo Jerjes (486-465 a. C.), que levantó un ejército de un millón de soldados —cifra que Heródoto aún eleva a dos millones y que a un especialista como Fernando Quesada le parece «delirante», admitiendo que 400 000 por todos los conceptos ya sería un número extraordinario y que, como combatientes, «150 000 sería una fuerza colosal»—. Sea como fuese, Jerjes se lanzó contra los griegos con un formidable ejército. Para cruzar el Bósforo es fama que hizo construir dos puentes de barcos: uno, con los fenicios, amarrados con esparto; otro, con los egipcios, unidos

con papiro, pero a ambos se los llevó por delante un temporal. Jerjes se enfureció con el mar, ordenó arrojar al agua un par de grillos en son de burla, estigmatizarlo a fuego (¡!) y propinarle trescientos azotes mientras se lo cubría de improperios. El mar debe andar preguntándose todavía si el persa estaba en su sano juicio; esa pregunta, sin embargo, no pudieron hacérsela los artífices de ambos puentes, que fueron decapitados.

Al fin, el ejército de Jerjes pasó a Europa. Los griegos habían pensado frenarlo en el estrecho de las Termópilas, un angosto paso entre la montaña y el mar, pero sea porque hubo una defección ateniense o porque esa era la estrategia pensada por los griegos, cuando los persas llegaron al desfiladero dice la leyenda que solo estaban allí para defenderlo 300 espartanos con su rey, Leónidas, al frente. La realidad parece un poco distinta: hubo allí otras fuerzas griegas, quizá hasta sumar unos 10 000 hombres, a los que habría que añadir un millar de guerreros focenses que fueron colocados en un paso de montaña para evitar que los persas lo cruzaran y pudieran sorprenderles por la espalda.

En un campo de batalla tan angosto, esos 10 000 hubieran podido aguantar allí durante meses. Lo comprobaron los persas durante tres días de ataques frontales, tan sangrientos como infructuosos, pero tuvieron la suerte de que, al final del segundo día, un conocedor de la montaña les vendiera una ruta para rodearla. Subieron por las duras pendientes los mejores guerreros persas y, para fortuna suya, los focenses estaban durmiendo. Los persas les desbordaron sin ocuparse de ellos, pues su traidora pereza sería castigada por el vituperio eterno. Salvada la angostura, la suerte de Leónidas y su gente estaba echada, tanto si eran 300 como 10 000: cogidos por ambas bocas del desfiladero y asaetados de frente y por la espalda, fueron masacrados.

Pasadas las Termópilas, nada podría ya frenar a Jerjes, que se plantó ante Atenas, pero la ciudad le esperaba vacía y con las puertas abiertas, pues, conocida la derrota de Leónidas, la población recibió la orden de retirarse hacia Salamina. Los persas saquearon e incendiaron la Acrópolis, mientras los almirantes griegos, con 310 barcos, se disponían a enfrentarse a la flota enemiga, compuesta por un millar de naves chipriotas y fenicias. Pero, a veces, cantidad no es lo mismo que superioridad. Los griegos habían elegido campo: la bahía de Salamina, cuya angostura no permitía el movimiento desahogado de todos los barcos al unísono, minimizando la superioridad numérica persa. Asimismo, el reducido espacio anularía la maniobrabilidad de las naves enemigas, poniendo de relieve la mayor solidez y potencia de las propias. Por otro lado, los griegos sabían que en la victoria se jugaban la supervivencia, mientras que las naves mercenarias escaparían a toda boga si las cosas se ponían muy negras.

Cuentan que Jerjes, rodeado de cortesanos y cronistas, se apostó al alba del 20 de septiembre del 480 a. C. en un observatorio que le habían acondicionado sobre el cabo Egaleo, que domina Salamina. Sus emociones y frustración debieron de ser inmensas cuando, en la terrible confusión de más de un millar de naves debatiéndose

en aquella bañera, observó cómo, paulatinamente, sus esperanzas de victoria se iban hundiendo con sus trirremes y cómo, cuando el resultado estaba más que comprometido, numerosos barcos optaron por escapar para salvarse. Para muchos autores, aquel día cambió la historia: al amanecer, los pueblos mediterráneos calculaban los tributos que exigirían los persas cuando llegaran a sus puertas; al caer la tarde, los feudatarios del Gran Rey ya cavilaban cuál sería el momento oportuno para sacudirse su dominio.

Decepcionado y con el invierno echándose encima, el Rey de Reyes dejó en Grecia un ejército al mando de Mardonio —que sería derrotado al año siguiente en Platea— y se volvió a Persia. Sobre el regreso de Jerjes cuenta Heródoto una tremenda leyenda. Subió el Gran Rey a una nave fenicia, con muchos de sus cortesanos. Durante el viaje, les sorprendió una feroz tempestad:

... más violenta aún por hallarse la nave cargada, ya que iban en cubierta muchos persas de los que regresaban con Jerjes. Entonces el rey se llenó de espanto y preguntó a gritos al piloto si había alguna manera de salvarse, y este repuso: «Ninguna, señor, como no haya medio de desembarazarse de estos numerosos tripulantes». Cuéntase que al oírlo dijo Jerjes: «Persa, cada uno de vosotros muestre ahora cómo vela por el rey: en vuestras manos está mi salvación». Esto dijo; ellos, haciéndole reverencia, saltaron al mar, y el barco así aligerado llegó en salvo a Asia. No bien desembarcó Jerjes hizo lo que sigue: por haber salvado la vida de su rey, regaló al piloto una corona de oro, y por haber causado la muerte de muchos persas, le cortó la cabeza. (8, 118, trad. María Rosa Lida).

De Jerjes cuenta Heródoto otros sucesos que muestran el poder despótico de aquellos personajes y la discrecionalidad terrible con que lo manejaban. Al parecer, el Gran Rey tenía un hermano, Masistes, hombre valeroso y fiel que había combatido a su lado en todas sus campañas, incluida la de Grecia. A su paso por Sardes, ambos hermanos compartieron un palacio y allí se enamoró el rey de la esposa de Masistes. Pese a sus requerimientos, la mujer permaneció fiel a su marido. Con todo, el rey no renunciaba a ella y, a fin de mantener el contacto, se le ocurrió pedir a su hermano que le diera a una hija para casarla con su hijo, el príncipe Darío. Aceptó Masistes y le entregó a Artáinta.

Ya en su capital, Susa, el rey se prendó de la muchacha y la convirtió secretamente en su amante. Pero todo llegó a saberse porque Amestris, la esposa de Jerjes, le había tejido durante su ausencia un manto de diversos y preciosos colores, que complació sobremanera al rey. Ufano del regalo, lo lució en uno de sus apasionados encuentros con Artáinta, a quien, en un arrebató amoroso, juró darle el regalo que quisiera. Y, para desolación de Jerjes, Artáinta le pidió el manto. Le faltó tiempo a la joven para lucir la prenda y, naturalmente, se enteró Amestris, que de inmediato intuyó que su marido frecuentaba la cama de su sobrina. Hubiera podido vengarse de ella, pero supuso que aquellas relaciones las habría tramado su cuñada, la madre de Artáinta, e ideó su venganza.

Aprovechando la fiesta del cumpleaños real, en la que el rey nada podía negar a quien se lo pidiera, Amestris solicitó a su marido que le entregara a su cuñada. El rey advirtió lo que ocurría, pero como no pudiera cambiar la voluntad de su mujer, le

entregó a la pobre y fiel esposa de su hermano. Acto seguido, llamó a Masistes, rogándole que renunciara a su esposa y ofreciéndole, a cambio, a una hija. La negativa de este, alegando que él amaba a su esposa, enfureció a Jerjes: «Esto es lo que has negociado, Masistes: ni te daré a mi hija para que te cases, ni vivirás más tiempo con tu mujer, para que aprendas a recibir lo que se te da». El desolado Masistes abandonó la sala y corrió a su casa presa de los peores presentimientos. En efecto, allí encontró lo que quedaba de su esposa. Su cuñada Amestris «le cortó los pechos y los arrojó a los perros, y después de arrancarle la nariz, las orejas, los labios y la lengua, la envió así mutilada a su casa». Masistes, sabiéndose en peligro y ardiendo de ira, reunió a sus hijos y deudos y partió hacia la lejana Bactra, capital de la Bactriana (en el actual Afganistán), donde tenía amigos y simpatizantes, con la intención de sublevarla, pero Jerjes ya había intuido su reacción y despachó tropas que alcanzaron a los fugitivos y los mataron.

Jerjes reinaría catorce años más desde su desastrosa aventura en Grecia y no volvió a intentar su conquista. Se dedicó a la administración de su reino y al embellecimiento de Susa y Persépolis, hasta que la espada del jefe de su guardia terminó con su vida, en 465 a. C.

Aunque aún el gran imperio aqueménida prolongaría su poderosa existencia por más de un siglo, ya nada sería igual. Las aventuras en Grecia fueron bajando de tono, tratando ya más de mejorar posiciones mediante el «oro persa», activando las rivalidades internas, que acometiendo empresas conquistadoras, tanto que, a caballo de los siglos V y IV a. C., vemos cómo un ejército de mercenarios griegos participó en una de las varias contiendas civiles que sacudieron a la dinastía: la lucha por el poder entre Artajerjes II y su hermano Ciro el Joven. Reinando aún su antecesor, Darío II (423-404 a. C.), su esposa Parisátide logró para su hijo Ciro las golosas satrapías de Lidia, Frigia y Capadocia, es decir, gran parte de Asia Menor. Ciro era, en consecuencia, un hombre muy poderoso y, cuando su hermano Artajerjes accedió al trono (404-358 a. C.), intentó, primero, asesinarle durante su coronación en Pasargada y, como no lo lograra, le declaró la guerra, reclutando fuerzas en sus satrapías o en el extranjero, como fue el caso de cerca de 15 000 mercenarios griegos.

Concentró su ejército cerca de Babilonia y se trabó batalla en Cunaxa el 3 de septiembre del 401 a. C. Los griegos, que formaban el ala derecha, desbarataron el ala izquierda del Rey de Reyes, iniciando una impetuosa persecución. Mientras, el ambicioso Ciro trató de lograr una acción decisiva contra el centro enemigo, buscando terminar directamente con su hermano; al parecer, logró herirlo, pero resultó a su vez alcanzado y desmontado. En la confusión de la pelea, volvió a ser herido, esta vez mortalmente.

Las tropas rebeldes se dispersaron y los griegos regresaron sobre sus pasos, repeliendo el ataque del grueso del ejército persa, que se desmadejó ante su furiosa acometida. Aunque dueños del campo de batalla, los mercenarios se hallaron en una

complicadísima situación: su causa estaba perdida, lo mismo que sus bastimentos y soldadas. Les quedaba salvar su vida, regresando ordenadamente y recorriendo 2000 kilómetros por un territorio hostil que se adentraba ya hacia el invierno. Pese a todo, rechazaron la oferta de Artajerjes II para que entregaran las armas a cambio de vituallas para el retorno. Y tenían razón en desconfiar, pues los principales caudillos griegos fueron arteramente asesinados.

Los helenos eligieron entonces nuevos jefes, entre los cuales se hallaba el ateniense Jenofonte, que plasmó el tremendo repliegue en un clásico universal: la *Anabasis* o *La retirada de los Diez Mil*, número al que habían quedado reducidos. En medio de incesantes luchas para abrirse camino, atravesando ríos y montañas, soportando lluvias torrenciales y fríos heladores, hambres y penurias sin cuento, los Diez Mil atravesaron las satrapías de Babilonia, Asiria, Armenia y Cólquida, hasta alcanzar las costas del mar Negro y, bordeándolo, llegar a las ciudades griegas de Asia Menor.

Al parecer, todo el empeño de Artajerjes en impedir su retorno radicaba en un solo objetivo: evitar que en Grecia se descubrieran la debilidad del imperio y su ineficacia militar. Poco después, el rey espartano Agesilao tomaría buena nota de la narración de Jenofonte y de los abundantes testimonios que circularon por toda la Hélade sobre su supremacía militar, y atacó a los persas, deshaciendo sus ejércitos de mantequilla hasta que el oro del Gran Rey frenó sus avances. Dos generaciones más tarde, Alejandro volvió a aprovechar el declive de las armas persas y esta vez ni el oro pudo frenar al macedonio. Pero la *Anabasis*, dejando aparte su valor literario, ha sido uno de los libros que más han interesado a los teóricos del arte militar: «Jenofonte ha enseñado al mundo cómo se debe dirigir una retirada, cómo se manda una retaguardia (...). Tras el paso de veintitrés siglos, no hay mejor texto militar que la *Anabasis*» (Theodore A. Dodge, coronel norteamericano, profesor de Historia Militar).

El último aqueménida fue Darío III Codomano (336-330 a. C.). Por entonces, tal y como venía advirtiéndose desde el final del siglo anterior, Persia era un inmenso imperio mal cohesionado y lleno de rivalidades. Sus ejércitos, además, se habían quedado obsoletos para hacer frente al progreso griego en el arte de la guerra: la falange macedónica rizaba el rizo de la perfección en el empleo de la infantería. Y, por encima de todo, Darío tuvo un problema: habría de tropezar con Alejandro.

Su único gran error fue menospreciar inicialmente a su enemigo, al que, quizá, hubiera podido vencer en el Gránico si hubiese destinado a aquella batalla todas sus fuerzas o, luego, si hubiera escuchado a quienes le aconsejaban asolar el territorio y permitir que Alejandro se internara en Mesopotamia, para batirle en aquellas llanuras con fuerzas muy superiores y en mejores condiciones físicas. Después, apabullado, acobardado, nunca acertó a combatir al macedonio y, en último término, vio en él a un dios ante el que solo cabía escapar. Y huyó hasta que le alcanzó la muerte, a manos de Besso, el sátrapa de Bactriana, que ingenuamente esperaba congraciarse



con Alejandro ofreciéndole el cadáver de Darío a cambio de la corona de aquella satrapía.

La fragilidad interna del Imperio persa facilitó la rápida victoria de Alejandro, que fue recibido como un libertador por la mayoría de las ciudades y, además, tuvo la perspicacia política de no tocar nada, de mantener la estructura como la encontró, de proclamarse heredero de Darío y de casarse con Roxana, hija de un cortesano persa, todo lo cual facilitó aún más la aceptación de su autoridad. Aún así, la sumisión de algunas satrapías debería ganársela con la espada, como en el caso del citado Besso de Bactriana, que se proclamó rey con el nombre de Artajerjes IV y fue vencido y muerto por los macedonios.

Pero la herencia aqueménida fue completa: junto con las ventajas, Alejandro debió asumir los problemas de aquel gran imperio en ruina y la sustitución al frente de las satrapías de macedonios por persas no solucionaba la cuestión. Su muerte sirvió como señal para la demolición.

Los historiadores suelen preguntarse por las claves de la construcción y consistencia de aquel imperio inmenso, más grande y complejo aún que el que unos siglos después reuniría Roma, a partir de una región no muy rica ni especialmente poblada, y concluyen que sucedió por una concatenación de factores positivos. No cabe duda de que Ciro II fue un genio de la guerra, pero también de la política y de la diplomacia, y personalmente era generoso, moderado y tolerante. Salvo en el caso de que se tratara de hacer un escarmiento, las ciudades conquistadas no eran destruidas, por el contrario, solían ser beneficiadas y embellecidas, lo mismo que su población, templos, dioses... Ese carácter moral y positivo lo resalta Antonio Elorza como una característica fundamental del poder aqueménida:

En la representación de los personajes reales no existe violencia, en ninguna de sus formas. A diferencia de lo que ocurría en el mundo asirio, apenas hay escenas de guerra ni de caza. En todo caso, aparecen imágenes emblemáticas de la confrontación victoriosa del héroe real, siempre despersonalizado, con la fiera que encarna la fuerza bruta.

Factor clave fue, sin duda, el carácter de la religión practicada por los aqueménidas. Pese al despotismo de sus monarcas, el Rey de Reyes no era un dios, aunque estaba muy cerca de la divinidad, pues a través de él se manifestaba el poder de Ahura-Mazda, «creador de la tierra, del hombre, de la guerra y de todo lo que existe; él ha donado el trono a su familia [los aqueménidas] y es quien lo defiende del mal». El dios supremo de Persia cela por el mantenimiento de la armonía universal y el rey es su brazo. En la tumba de Darío hay una inscripción junto a un relieve en el que, bajo una representación de Ahura-Mazda, aparece el monarca: «Por la voluntad de Ahura-Mazda, mi naturaleza me hace favorable a lo que es justo y enemigo de lo que es injusto; no quiero que el débil sufra la ley del fuerte, ni que este padezca el daño del débil».

Ahura-Mazda no es un dios sanguinario, brutal o arbitrario, como solían serlo

gran parte de las divinidades antiguas, sino que emite un mensaje moral y armonioso, compuesto por dos factores esenciales: defender la verdad y la justicia; castigar la mentira y la injusticia. Este dios de la sabiduría fue el resultado de la reforma teológica de Zaratustra o Zoroastro, personaje al que se sitúa entre los siglos VII y VI a. C., aproximadamente durante el reinado de Ciaxares, pero que, según algunos otros autores, podría ser dos siglos anterior. No se trataba exactamente de un monoteísmo, pues en torno a él pululaban dioses menores con funciones específicas: como la luz (Asha), el fuego (Apam Napat), el agua (Haurvatat), el ganado (Vohu Manat) o las plantas (Ameretat), que terminaron por cambiar de nombre y convivir en un plano casi de igualdad con Ahura-Mazda. Frente a este se encontraban siempre en pie de guerra los demonios, como el supremo espíritu del mal (Anra Mainyu), el dragón de tres cabezas (Dahaka) o el mal de la sequía (Apaosha).

Zaratustra predicó una religión esencialmente pacífica, cuyo lema supremo era «Piensa bien, habla bien, obra bien». Esos principios debían mantenerse en permanente lucha contra los demonios y las limitaciones de la naturaleza e inteligencia humanas. Y quien lograra observarlos en su vida se salvaría, mientras quien se dejara llevar por el mal y los instintos se condenaría. Existía, por tanto, un más allá que surgiría al final de los tiempos, cuando llegara alguien no bien determinado: el Salvador o el propio Zaratustra o alguno de sus herederos o, quizá, el viejo dios Mitra, el gran intermediario entre dios y el hombre. Ante este se produciría el último acto de la humanidad: la resurrección de los justos y réprobos, que irían a un paraíso que reproducía el mundo conocido, con todas las perfecciones, sin dolor ni muerte; los demonios serían definitivamente derrotados y quedarían encerrados en el infierno junto con los condenados.

Los expertos creen ver en este tipo de escatología un parentesco próximo entre la doctrina de Zaratustra y la mosaica. Parece que no se puede profundizar mucho más en este asunto porque el libro sagrado, el *Avesta*, escrito por Zaratustra «con letras de oro sobre la piel de diez mil bueyes», fue quemado por Alejandro Magno en Persépolis. Seguramente es una acusación totalmente falsa, porque ni siquiera está demostrada la propia existencia de tal obra. El *Avesta* que hoy conocemos data de época sasánida, probablemente del siglo IV d. C., aunque las compilaciones más antiguas que existen son de la baja Edad Media.

Las comunicaciones fueron, también, eficaces lazos de unión y progreso. Se abrieron y pavimentaron caminos que unían el centro del imperio con Asia Menor. Así, por ejemplo, desde la mediterránea Éfeso se podía viajar a la asiática Susa, a unos 2200 kilómetros de distancia, en noventa días y el correo real cubría ese trayecto en una semana; de Sardes a Halis, a unos 550 kilómetros, el viajero tardaba veinte días y el correo, dos. El tránsito era seguro gracias a la vigilancia de patrullas militares y el viajero podía gozar de cierta comodidad, pues jalonando las rutas había albergues para cada final de etapa.

Estas comunicaciones, junto con la adopción del sistema monetario, el crédito y

la letra de cambio, activaron extraordinariamente el comercio y las rutas comerciales que cruzaban el imperio entre Oriente y Occidente y entre Europa y Arabia. Ese activísimo tráfico de todo tipo de mercaderías (especias, oro, plata, perlas, turquesas, lapislázuli, cornalinas, manufacturas de cuero, cobre, bronce y, al final, hierro, maderas, cueros, productos agrícolas, sal, salazones, carnes y pescados ahumados...) propagó por todo el inmenso imperio técnicas metalúrgicas, incentivó la minería, introdujo numerosos tipos de animales de lejano origen y cultivos que se adaptaron perfectamente a Persia, como los pistachos, el arroz, el sésamo o la vid. La actividad comercial, aunque fundamentalmente seguía vinculada a los templos, comenzó a registrar una creciente incorporación de particulares.

En cuanto a la cultura, sus creaciones artísticas hasta la época aqueménida fueron muy elementales. Cuando se expandió su imperio y entraron en contacto con Babilonia, las ciudades griegas y Egipto, los persas descubrieron el gran arte y comenzaron a levantar suntuosas construcciones con su especial acento, ideadas, en todos los casos, para enaltecer la figura del Rey de Reyes. En cuanto a los templos, debieron de ser muy sencillos, pues el dios Ahura-Mazda no los necesitaba: se hallaba siempre sobre el monarca, protegiéndole y dirigiéndole. Esa exaltación del trono, del poder y grandeza de los reyes nos ha llegado a través de tres tipos de manifestaciones: los grandes relieves rupestres, en lugares donde excavaron sus tumbas o desde donderegonaron al viajero sus hazañas, como los de Naqh-e-Rostam o Ganjnameh; los magníficos relieves con los monarcas en majestad, sentados en su trono, recibiendo embajadores o tributarios o cortesanos, labrados en grandes ortostatos de pizarra o en rocas duras que servían de columnas; y sus palacios en Pasargada, Susa o Persépolis.

En estos últimos suelen repetirse varios elementos de interés: los poderosos toros con cabeza humana que servían de pórtico de acceso a algunas de las construcciones; las dilatadas columnatas, rematadas, a veces, con un espectacular capitel en forma de doble cabeza de toro o de grifo; y, sobre todo, las apadanas, que son plataformas de grandes dimensiones sobre las que se levantaba un salón techado. La apadana de Persépolis, erigida sobre una base de 76 metros de lado, daba lugar al gran salón cuadrado, con 3600 metros de superficie y cubierto por una techumbre sostenida por 36 columnas de 19 metros de altura. En ese recinto se localizaba el trono donde el rey recibía a sus visitas. Las escaleras de acceso están decoradas con magníficos relieves, que muestran a representantes de los diversos pueblos que avanzan hacia el Rey de Reyes portando ofrendas y tributos, o a su guardia, los Inmortales, o a nobles persas y medos.

Una de las muestras más bellas de los palacios son sus frisos de ladrillos policromos moldeados y vidriados. Los persas los copiaron de Babilonia e, incluso, en época de Darío fueron contratados numerosos artesanos babilonios que trabajaron en la decoración del palacio de Susa. El friso de los arqueros o el del león, procedentes del palacio de Darío, se hallan entre las piezas más admiradas del Museo

del Louvre.

Darío I hizo grabar en su palacio de Susa una lápida sobre la procedencia de los materiales y de los artífices que lo construyeron:

La madera de cedro fue traída de una montaña llamada Líbano (...) la de yaxá fue traída desde Gandara y de Carmania. El oro, de Sardes y de Bactriana (...). Las piedras preciosas de lapislázuli y cornalina (...), de la Sogdiana. Las turquesas, del Corsaán (...). La ornamentación con que se adornó la muralla fue traída de Jonia. El marfil que se utilizó se trajo de Etiopía y de Aracosia. Y las columnas de piedra se trajeron de Elam. Los canteros que tallaron la piedra fueron jonios y habitantes de Sardes. Los joyeros que trabajaron el oro fueron medos y egipcios. Los ladrillos cocidos eran de Babilonia. Los que adornaron la muralla eran medos y egipcios...

Aunque la inscripción hable de joyeros egipcios y medos, la habilidad metalúrgica autóctona es indiscutible: ya se han mencionado los magníficos bronce del Luristán en torno al I milenio a. C.; pero los fundidores, joyeros y orfebres de época aqueménida nos han legado piezas de gran calidad y fantasía, jarras, ritones, vajillas y representaciones de animales como los del tesoro de Oxus —cerca de dos centenares de objetos y más de un millar de monedas de oro—, hallado en Bactriana. Tal tesoro debió de ser fruto de una larga acumulación, seguramente por parte de un templo. Fue descubierto en 1877 y hoy puede admirarse en las vitrinas del Museo Británico de Londres.

### **PARTOS Y SASÁNIDAS: LA FRUSTRACIÓN DE ROMA**

Tras el paréntesis de Alejandro entramos en la prolongación imperial persa gracias a partos y sasánidas, que mantendrían enormes dominios desde Asia Menor hasta la India, y desde el Caspio hasta el Índico, ensamblados en una estructura política que se mostró tan sólida como para resistir durante ocho siglos presiones formidables como las de romanos, hunos o bizantinos, sucumbiendo solo ante el avance islámico en el siglo VII d. C.

Los partos eran gentes de origen escita; nómadas que movían sus tiendas y rebaños entre los mares Caspio y Aral, en las tierras que hoy constituyen Turkmenistán, al norte de Irán. Y, como escitas, se distinguían por su carácter belicoso, su excelente manejo del arco y el dominio del caballo. Este pueblo penetró a mediados del siglo III a. C. en el territorio seléucida, que recibía su nombre de Seleuco I, uno de los generales de Alejandro, quien en el reparto de su imperio se quedó con el núcleo central de la Persia aqueménida. La expansión de los partos al sur del Caspio chocó contra Seleuco II, que trató inútilmente de expulsarlos. De esta manera, a finales del siglo III a. C. existía ya un pequeño reino parto, gobernado por la monarquía arsácida (de su fundador, Arsaces).

El futuro parto estaba en el aire a causa de la presión de los seléucidas, que llegaron a someterles a tributo, pero quiso su suerte que la expansión de Roma hacia

Oriente arrollara a los descendientes de Seleuco. De esta manera, el triunfo romano sobre un imperio decadente brindó la alternativa a la emergente monarquía arsácida, con la que pronto tendría que medir sus armas Roma, en su más frustrante empresa conquistadora.

Durante el siglo II a. C. los partos ensancharon sus dominios de la mano de un monarca poderoso, Mitridates I, autotitulado Rey de Reyes y heredero de los aqueménidas, que fundó su capital en Ctesifonte, junto al Tigris, en el centro de Mesopotamia. Los sucesores de Mitridates debieron de ser hombres de valía política y militar, tanto que frenaron a los escitas, sus lejanos parientes, se expandieron por Asia central y presionaron hacia Asia Menor y el corredor sirio, chocando con los intereses de Roma.

Tras diversos conflictos diplomáticos o guerras indirectas a través de naciones interpuestas, la tensión entre romanos y partos estalló en confrontación directa cuando Licinio Craso recibió del Senado romano el gobierno de la provincia de Siria. Craso no se contentaba con ser el romano más rico ni con su fama siniestra por haber terminado con Espartaco y los esclavos insumisos: realmente, envidiaba la gloria militar de César, de modo que, dispuesto a superarle, cruzó el Eúfrates y venció a algunas avanzadillas partas que se le opusieron.

Visto lo fácil de la expedición, regresó a sus bases en Siria y dispuso una campaña para conquistar Ctesifonte. Comenzó su marcha el 53 a. C. con siete legiones, 4000 jinetes y otros tantos arqueros auxiliares. Pero lejos de seguir los consejos de sus asesores de avanzar siguiendo el curso del Eúfrates o de atacar desde la aliada Armenia el centro del poder parto, optó por adentrarse en Mesopotamia, tratando de lograr una victoria fulminante. Cuando comenzaba su marcha le alcanzó un mensajero del rey enemigo, Orodes: «Si el ejército romano ataca a los partos, será la guerra, la guerra sin piedad. Pero si, como yo creo, Craso actúa contra la voluntad de su pueblo y en su propio interés, el rey Orodes será comprensivo y benevolente con la vejez de Craso».

A la amenaza del parto replicaba el romano con una bravata: «Daré a conocer mi respuesta cuando me halle en Seleucia». Seleucia era la mayor urbe comercial de Mesopotamia, con medio millón de habitantes de cultura griega, gran centro caravanero y activo puerto fluvial sobre el Tigris. No lejos de ella estaba enclavada Ctesifonte, la capital de Orodes.

No avanzó tanto. Los partos observaron su progreso por rutas polvorientas machacadas por el sol y cuando se les brindó una oportunidad, en forma de tempestad de arena que batía a los legionarios de frente, lanzaron su caballería contra ellos, asaeteándolos sin piedad. Una desesperada carga de la caballería de Publico Craso, hijo de Licinio, consiguió rechazar a los jinetes partos, y el joven Craso los persiguió alejándose de su infantería. El impetuoso romano había caído en una celada: los que huían volvieron grupas y cargaron contra la caballería romana, que era envuelta por otra unidad montada hasta entonces oculta. La caballería de Craso fue casi

exterminada, con su jefe al frente, pero su sacrificio dio tiempo a las legiones romanas para tomar posiciones en una colina y poder resistir organizadamente los ataques partos hasta la caída del sol. Luego se retiraron hacia Carras, donde comenzaron a padecer la escasez de provisiones y agua. La lucha se reinició tras estériles negociaciones: cerca de 30 000 romanos y aliados quedaron muertos o prisioneros, incluido el jefe, lográndose salvar muy pocos.

En Carras perdieron las legiones sus estandartes y su fama de invencibles y en Roma estalló un clamor de sorpresa y de venganza, pero los partos estaban muy lejos y eran demasiado poderosos para improvisar una operación de castigo. Once años después, César se sintió con ánimos para planificar el asalto al dominio parto y la recuperación de las águilas legionarias, pero los puñales de los *idus* de marzo de 44 a. C. abortaron el proyecto.

Durante los dos siglos y medio siguientes hubo de todo: políticas de no agresión, como la de Augusto, o de conquista, como la de Trajano, que se apoderó de Ctesifonte y alcanzó el golfo Pérsico en el 114 d. C., aunque la muerte interrumpiera sus proyectos. El emperador Lucio Vero penetró, nuevamente, hasta el corazón del poder arsácida e incendió su capital, pero no sometió el territorio, de manera que Septimio Severo decidió terminar de una vez por todas con el problema parto y fue estrepitosamente derrotado en Hatra (197 d. C.). La cuestión parto se convirtió en una pesadilla para Roma, sobre todo a partir de que un emperador tan débil y efímero como Macrino pagara, en 217 d. C., cincuenta millones de dracmas (unos 150 000 kilos de plata) en concepto de indemnizaciones de guerra.

Malos tiempos para el Imperio romano y, también, para el parto: a su rey, Artabano V, no le bastó esa enorme suma para controlar la sublevación que se estaba gestando en Pérsida, al suroeste del territorio. En 224 d. C., un nieto de Sasan, gran sacerdote de Istar y señor de la región, se levantó contra el monarca parto, acusándole de ser un poder extranjero. Con el apoyo de las poblaciones de origen persa, a las que pronto se unieron los medos, se proclamó rey con el nombre de Ardashir I y creó su propia dinastía, la sasánida. Los sasánidas reunieron un gran imperio, siempre en confrontación con Roma, y lograron su máxima expansión y esplendor entre los siglos V y VII, momento en que llegaron a dominar desde el Tauro hasta el Indo, influyendo, además, de una u otra forma, en gran parte de Asia Menor, Egipto, Palestina y el corredor sirio.

Esa grandeza comenzó con Shapor I (241-272 d. C.). Lo pregona un gigantesco relieve en el farallón rocoso de Naqh-e-Rostam, donde el emperador Valeriano se postra ante él. En una inscripción, tras rendir pleitesía a Ahura-Mazda y enumerar sus inmensas posesiones, Shapor I se describe como azote de Roma:

El César Gordiano reunió en todo el Imperio romano un ejército de godos y de germanos y marchó contra Asuristán, contra el Imperio de Irán y contra nosotros. Y en los confines de Asuristán, en Misikhe, tuvo lugar una gran batalla. Y el César Gordiano pereció y nosotros vencimos al ejército romano. Y los romanos proclamaron César a Filippo. Y el César Filippo hizo acuerdos con nosotros y a cambio de su vida nos dio 500 000 denarios y se convirtió en nuestro tributario (...). Y el César mintió

de nuevo y perjudicó a la Armenia. Y nosotros atacamos al Imperio romano y destruimos en Barbalissos un ejército romano de 60 000 hombres. Y hemos incendiado, devastado y saqueado la Siria (...).

En el transcurso de la tercera campaña, puesto que habíamos atacado y asediado Carras y Edesa, el César Valeriano marchó contra nosotros. Traía consigo tropas procedentes de Germania, de Retia, de Noricum, de Dacia, de Panonia, de Misia, de Istria, de Hispania, de Mauritania (...) un ejército de 60 000 hombres. Y más allá de Carras y de Edesa tuvimos una gran batalla con el César Valeriano. Y al César Valeriano lo hicimos prisionero nosotros mismos con nuestras propias manos... (Citado por Javier Arce, *Bajo el palio del Gran Rey*).

Evidentemente, se trata de propaganda política. Gran parte de los datos están manipulados o son falsos: Gordiano III no fue derrotado por los sasánidas; tampoco Filipo el Árabe, aunque llegó a un acuerdo diplomático pésimo. En cuanto a Valeriano, fue, efectivamente, derrotado y apresado por Shapor en 260 d. C. Vivió en cautividad hasta su muerte, acaecida unos nueve años más tarde, y dice la leyenda que al rey le gustaba llevarle encadenado a su carro, para utilizarlo como estribo para subir y bajar del vehículo. También se asegura que la prisión y las humillaciones le hicieron perder el juicio, por lo que Shapor le metió en una jaula, exponiéndole a la burla pública. Por fin, el persa habría ordenado que fuera desollado vivo y que la piel fuera curada y rellena de paja.

Pero quizá la clave del dilatado poder y vitalidad de esta dinastía reside en el talento organizador, político y militar de Shapor II (309-379 d. C.). Este monarca, que utilizaba el título de «Rey de Reyes, partícipe de las estrellas, hermano del Sol y la Luna», la tradicional titulación de los antiguos emperadores persas, no estuvo muy lejos de reunir bajo su corona un territorio tan amplio como el de Darío I e, incluso, mereció de Roma un reconocimiento de paridad: el emperador Juliano, que dirigió con habilidad una campaña contra él, le menciona como «el mejor enemigo», refiriéndose a que fue el más duro contrincante. Juliano estuvo a punto de terminar con Shapor y con su imperio, pero una flecha cortó su sueño y su brillante carrera militar en Samarra, cuando ya la victoria sonreía a las armas romanas (366 d. C.).

Ya desde antes del largo reinado de Saphor II vivió la sociedad y la corte sasánida una importante crisis que no se solucionó del todo pese al empleo de la violencia. En el siglo III, mientras penetraba en Persia el cristianismo, surgió un profeta autóctono, Manes o Maní (216-276 d. C.), predicador de un sincretismo conocido como maniqueísmo, que partiendo de un fondo cristiano, mezclado con mazdeísmo y budismo, creía en la existencia de dos principios en permanente lucha: la luz frente a las tinieblas, el bien frente al mal, el resplandor luminoso frente a la materia. Según esta doctrina, el dios bueno creó al hombre, pero este fue capturado por la materia y vive preso de sus pasiones, esperando ser redimido por la luz, que se presenta como conocimiento. En otras palabras, el alma-luz vive retenida por el cuerpo-materia-oscuridad y solo podrá emanciparse por el conocimiento. Su clero renunciaba al sexo, el consumo de carne, las riquezas, la envidia y la mentira; sus fieles, aunque podían llevar una vida normal, se distinguían por la práctica de la oración, la pobreza y la

virtud en los actos cotidianos.

Maní gozó de gran éxito en la corte de Shapor I, que fue su seguidor y amigo, pero tras su desaparición tropezaría con la oposición del mazdeísmo, la religión nacional. El clero mazdeísta, que vio en peligro sus prebendas sociales y políticas, trató de eliminar a sus competidores. La ocasión se le presentó durante el reinado de Vahram I, que debió luchar contra un movimiento secesionista dentro del reino; evidentemente, la unidad religiosa favorecía la unidad política y el rey halló un decidido apoyo en el clero de Ahura-Mazda. El precio fue la persecución de las otras religiones, sobre todo del maniqueísmo. Manes fue apresado, decapitado y, según la leyenda, desollado; para universal escarmiento, con su piel se habría cubierto una de las puertas de la ciudad de Gundhisapur, que se llamó Puerta de Maní.

Dos siglos después, cuando del Imperio romano de Occidente solo quedaban cenizas enseñoreadas por los bárbaros, el Imperio sasánida luchaba a brazo partido contra las incursiones de los hunos blancos (heftalíes) procedentes de la gran llanura de Turania (en los actuales Turkestán, Uzbekistán y Kazajstán) y perdía terreno ante los invasores mientras se debatía en problemas internos. Pese a las persecuciones, persistía el maniqueísmo y avanzaba el cristianismo, cuando surgió otro profeta, el mago Mazdak, que dirigía un templo en Nichapur, desde el que predicaba la igualdad social; según él, bienes y mujeres debían ser comunes, lo mismo que el fuego y las plantas; el matrimonio y la propiedad no eran sino dos formas de egoísmo.

Pero ¿cómo alcanzar esa sociedad igualitaria a partir de las estructuras existentes? Mazdak tenía una receta infalible: la supresión de la herencia. Cuanto poseyera un difunto, bienes y mujeres, sería repartido entre los que no tuvieran nada; de esta manera, en una generación se habría conseguido una sociedad totalmente igualitaria. Sus enemigos eran poderosos, pero el mago contó con un protector inesperado: el joven rey Kavád. Según la leyenda, logró acceder a él durante una epidemia de peste y le convenció de que, para salvar su imperio y su trono, debía consultar directamente a Ahura-Mazda en su templo de Nichapur. Acudió el monarca al santuario y, tras pasar un día en ayuno y oración, después de horas de salmodias repetidas hasta el agotamiento y flotando en nubes de incienso y sándalo, pudo entrar en contacto con el dios. Dicen que todo fue fruto del delirio real, inducido por aquellos preparativos, aunque los más maliciosos aseguran que el altar estaba hueco y que dentro se hallaba un servidor del mago, responsable de aquella voz cavernosa y retumbante. Sea como fuere, el caso es que el propio Ahura-Mazda le dijo al rey que la doctrina de Mazdak era palabra de dios.

El crédulo monarca puso en marcha el despliegue legal para terminar con las herencias y proceder al reparto de bienes y mujeres. Pero como era de esperar, una conjura nobiliaria le apartó del trono y, estimándole un pobre perturbado, le encarceló, aunque sus partidarios lograron arrancarle del presidio y trasladarlo a la frontera de los hunos. No tardó mucho en regresar al frente de un ejército bárbaro con el que recuperó el trono, en el que permaneció muchos años. Al parecer, durante su



estancia entre los hunos blancos se le pasaron los fervores igualitaristas de Mazdak y cuando volvió a ceñir la corona ordenó ejecutar al mago; con todo, muchas de las medidas de su reinado tuvieron una fuerte carga social, que el citado Javier Arce ha denominado «comunismo sasánida».

Pese a estas crisis, la vitalidad de los sasánidas aún fue capaz de producir otro siglo de poder, expansión y riqueza, de la mano de los Cosroes: dos reyes con los que el imperio logró su máxima expansión y riqueza, gracias a una mejor organización social —dicen que muy influenciada por las ideas de Kavad—, profundas reformas administrativas y una hábil diplomacia que se alió con los turcos para rechazar a los hunos y con los bizantinos para terminar con las disensiones dinásticas internas.

También reorganizaron el ejército, que siempre había dispuesto de una poderosísima caballería y una infantería tan numerosa como poco útil en los momentos difíciles. Cosroes I organizó levadas de campesinos, a los que se proporcionaba un adiestramiento básico para actuar en formación, protegerse y atacar con la lanza; aumentó la caballería, tanto la pesada —catafracta o clibanaria, con jinete y caballo protegidos por corazas de placas articuladas combinadas con cota de malla— como la ligera, compuesta por diestros jinetes, esencialmente arqueros, y aumentó su mortal eficacia con la creación de un nuevo arco compuesto. Para que el reclutamiento y adiestramiento fueran seguidos de cerca creó cuatro regiones militares, tantas como grandes regiones administrativas formaban el imperio, bajo el mando de un comandante militar. Fortificó las fronteras para dificultar los ataques exteriores y recuperó un viejo arte en el que sus ingenieros habían sido maestros, las máquinas de sitio: catapultas, balistas, torres.

Con estos medios, Cosroes II —que había vivido como refugiado político en Bizancio, protegido por el emperador Flavio Tiberio Mauricio— penetró en Anatolia en el año 604 d. C. y atacó a los bizantinos pretextando que iba a vengar a su protector, asesinado junto con toda su familia. Durante los diecisiete años siguientes, alcanzó todos los objetivos militares que se propuso. Llegó al Bósforo aterrorizando Constantinopla; penetró en el corredor sirio y se apoderó de las ciudades fenicias y Damasco; y asedió, tomó y saqueó Jerusalén, trasladando a Ctesifonte las santas reliquias. Asegura la leyenda que solo se libró del expolio la iglesia de la Natividad porque en el mosaico que decoraba el dintel de la puerta los soldados identificaron a tres personajes con vestiduras persas: se trataba de una representación de los Reyes Magos. Después de tomar Palestina, penetró en Egipto y siguió avanzando hacia el sur hasta alcanzar Etiopía. Y desde sus bases en el Delta partieron sus tropas hacia el oeste, avanzaron por el desierto de Cirenaica, destruyeron Cirene y, ya agotadas, desistieron de seguir marchando hacia occidente y alcanzar Cartago, su gran objetivo.

Con los expolios y pillajes de esas campañas engrandeció las ciudades persas y mesopotámicas que le resultaban más queridas, pero, sobre todo, creó un centro de fasto y riqueza inigualable en Destagarda, donde se retiraba a descansar tras sus agotadoras correrías. Se dice que tuvo un palacio sostenido por 40 000 columnas de

plata, en el que había una fantástica cúpula de la que pendían mil globos de oro, que un artilugio movía imitando las trayectorias de los cuerpos celestes. La corte disponía de 12 000 esclavas y de 3000 doncellas libres, elegidas entre las más bellas de Asia, dedicadas a la organización del trabajo, al bienestar y deleite de los cortesanos e invitados. La seguridad estaba en manos de 6000 guardias, los más apuestos de los Inmortales. Y en sus parques y establos, aparte de infinidad de fieras, gacelas, avestruces y pavos reales, contaba con 960 elefantes, 12 000 camellos, 8000 dromedarios y 6000 caballos.

El emperador bizantino, Heraclio, suponiendo que Constantinopla sería su siguiente víctima, le ofreció un tratado de paz en el 621 d. C., pero Cosroes pidió que el rey y todos sus súbditos abjurasen de la fe cristiana y abrazaran el mazdeísmo. Ante aquel imposible, Heraclio se preparó para la lucha y, para demostrar su determinación, ejecutó a los embajadores persas. Cosroes pidió entonces un inmenso tributo anual: mil talentos de oro (43 630 kilos), otros mil de plata, mil vestidos de seda, mil caballos de raza y mil doncellas.

La respuesta indujo a Heraclio a atacar a Cosroes con todas sus fuerzas y, bajo el signo de la cruz, con el apoyo en pleno de la Iglesia y el fervor de sus súbditos, condujo una brillante y rápida expedición que batió a los sasánidas en Armenia y penetró en Mesopotamia, repitiendo victorias en Nínive y Destagarda. Las campañas de Heraclio se sucedieron hasta la muerte del Rey de Reyes (628 d. C.), arruinando el Imperio sasánida, al que dejó en paz tras llegar a un pacto con el nuevo Gran Rey, Siroes, por el que este devolvió los tesoros expoliados, las reliquias robadas en Jerusalén y se sometió al pago de un tributo.

Cosroes II fue el canto del cisne de un imperio que, en sus cuatro etapas, alcanzó un rango milenar y una extensión superior a cualquier otro de sus contemporáneos. Catorce años después de su muerte, tras las victorias árabes en Qadisiya y Nahavand, el Imperio persa quedó inmerso en el océano islámico.

## EL HIERRO Y EL ORO

**A**sirios, mitanios, hititas y egipcios dominaron un milenio de la historia del Próximo Oriente y zonas colindantes gracias a que su riqueza o situación les dieron acceso al bronce, metal escaso, caro y de compleja tecnología. Pueblos ricos, avanzados, organizados, que sojuzgaban a sus vecinos más pobres y atrasados. Pero el hierro cambió la historia.

Si la piedra, el bronce y el caballo hubieran seguido siendo los medios para hacer la guerra, sus fines e intensidad jamás hubieran rebasado los niveles alcanzados en el I milenio a. C. y la humanidad, salvo en las zonas confinadas y favorables de los grandes valles fluviales, no habría evolucionado más allá del pastoreo y la agricultura primitiva. El hombre necesitaba otro recurso con el que atacar en las zonas templadas y arbóreas, pero también para oponerse a la posesión de las tierras habitadas por las minorías fuertes y ricas que habían monopolizado la costosa tecnología de la guerra en la Edad del Bronce. Ese material fue el hierro. (John Keegan, *Historia de la guerra*).

De pronto, hace unos 3400 años, comenzó a difundirse un metal fantástico: era más fiable que el bronce y, sobre todo, era barato porque la naturaleza lo ofrecía por doquier, pues constituía el 4,2% de la masa terrestre. Las armas de hierro igualaron a los pobres con los ricos; las herramientas de hierro permitieron que terrenos no muy propicios pudieran desbrozarse, labrarse y convertirse en productivos; se facilitó la tala de bosques para obtener madera con la que construir barcos, casas y realizar trabajos de carpintería, con la que obtener leña para el fuego y para fabricar carbón vegetal, cada vez más demandado; recibió un poderoso impulso la minería...

¿Quién descubrió el hierro? Algunos autores especulan con que fueron artesanos caldeos, en busca de pigmentos de la gama de los ocres que extraían de los óxidos ferruginosos, los primeros en profundizar en las menas de hierro, abundantes a cielo abierto. Quizá pulverizarían la piedra ferruginosa y, tratando de buscar mayores concentraciones de ocre o colores más intensos, se les ocurriera calentar el polvo obtenido o la propia piedra. Lucubraciones. La verdad es que se ignora el camino seguido y el tiempo transcurrido desde que se comenzó a experimentar hasta lograr la técnica para transformar la mena de hierro en metal, pero los pasos que deben seguirse para obtener un metal de calidad obligan a pensar que el procedimiento ensayo-error-ensayo-aproximación debió de durar siglos.

La fusión de la mena, dependiendo del mineral férrico utilizado (magnetita, oligisto, limonita, siderita, por citar solo aquellos más ricos en contenidos de hierro), se produce a los 1537 °C. Lo obtenido tras calentar largamente la mena a una temperatura tan alta, y difícil de conseguir hace cuatro milenios, sería una informe pella de metal esponjoso lleno de impurezas. Vuelta a calentar, se le extraerían parte de los residuos mediante martillado, pero el metal resultante no sería de gran utilidad: a veces, según la rapidez del enfriamiento y de la utilización o no de agua en el

proceso, sería hierro blando o duro, maleable o quebradizo. En esa paciente experimentación a un herrero se le ocurriría introducir el lingote entre carbones incandescentes. Para mantener la alta temperatura se inventaron los fuelles: primero, los manuales; luego, los hidráulicos, accionados por la corriente de agua, como los molinos, según los pudo ver Heródoto en el siglo IV a. C. El resultado sería un metal duro al que habría que sacar las impurezas a martillazos, mientras se calentaba una y otra vez para obtener la forma deseada. Logrado el instrumento, la herramienta o el arma, habría que enfriarlo con agua. Lo obtenido sería un objeto de acero, pero dependiendo de la proporción de carbono mezclado con el metal, de la rapidez del enfriamiento y del agua utilizada, resultarían armas o herramientas de distinta dureza, diferente resistencia a la torsión y más o menos tenaces o quebradizas ante los choques o las flexiones. Miles de ensayos en centenares de años irían determinando el acero más apropiado para cada uso.

Sean cuales fueren los caminos seguidos para la obtención del hierro, lo seguro es que hacia 1400 a. C. ya lo monopolizaban algunos pueblos. Se cree que fue Hatti el primero que obtuvo de él ventajas en los campos de batalla, pero también se tiene por seguro que hacia 1200 a. C. había otros pueblos en el secreto. Se supone que el final del Imperio hitita tuvo que ver mucho con esa difusión, pues dispersó a sus forjadores por las naciones limítrofes, donde serían acogidos con los brazos abiertos: Asiria, Siria, Persia, Fenicia, Palestina, Mesopotamia y, algo más tarde, Egipto.

Ya fuera ese u otro el proceso de difusión, lo seguro es que las consecuencias del dominio del hierro serían múltiples: primero, emergerían de la noche a la mañana pueblos que suscitaron una efervescencia político-militar en el entorno del I milenio a. C., coincidente con las invasiones de los pueblos del mar; segundo, las grandes potencias económicas, recuperadas de la sorpresa, se equiparían con las nuevas armas y, gracias a su riqueza, armarían ejércitos cada vez mayores.

La difusión de la nueva tecnología estuvo rodeada de secretos y reservas: en Frigia, Creta o Samotracia, las fraguas tuvieron carácter casi sagrado y estuvieron vinculadas a los templos; los metalúrgicos que las manejaban tuvieron en algún momento carácter sacerdotal. Pero el secreto se propagaba vertiginosamente. En la rapsodia IX de *La Odisea* se cuenta cómo Ulises y sus compañeros, para escapar de la caverna donde les tenía encerrados Polifemo, extirparon el ojo del cíclope clavándole una rama de olivo con la punta recalentada. Narra Homero:

Y la cálida sangre brotaba y la evaporación de la pupila ardiente le quemaba los párpados y cejas; y las raíces del ojo crepitan como cuando un herrero sumerge una guadaña o una azuela en agua fría y rechina, estridente, al adquirir el temple que da la fuerza al hierro. (Edición de Domingo Plácido).

Si resulta que la composición final de la obra es de mediados del siglo VIII a. C. habrá que admitir que en esa época todo el mundo sabía cómo se templaba el hierro. Justamente por entonces el bronce estaba siendo sustituido por el hierro, como atestiguan ajuares descubiertos en tumbas de esa época, en los que se mezclan

corazas de bronce con espadas de hierro. Y es que fue en el campo bélico donde se apreciaron los primeros resultados de la nueva tecnología; los guerreros del carro se encontraron ante una oposición inesperada: el soldado de a pie, con lanza y espada de hierro, se organizaba en cuadros impenetrables erizados de afiladas puntas y las flechas resultaban menos eficaces ante las defensas metálicas que ya eran de uso común en cabeza, cuello, cara, piernas, hombros y como refuerzo de los escudos.

En todo el Mediterráneo y en Europa central se produjo una gran movilidad, un hervor de actividad. Es el gran momento de la expansión comercial fenicia, del apogeo persa, de los balbuceos etruscos, del fin de la Edad Oscura de los griegos de la península Helénica y del enjambre de las islas del Egeo, y comienzan a bullir en el centro de Europa los celtas, una serie de pueblos con afinidades culturales que se fueron expandiendo durante medio milenio desde el Elba a la península Ibérica y desde el mar Negro a las islas Británicas.

### **FUROR GUERRERO: LOS CELTAS**

Los celtas no construyeron una gran civilización material visible en la permanencia de grandes restos estructurales; su sociedad, no nucleada e iletrada en sus caracteres básicos, produjo una cultura a la que muchas veces no es posible acceder por una vía directa. Y, sin embargo, a diferencia de lo que sucede con otras civilizaciones antiguas, la céltica ha sobrevivido en Europa, contribuyendo de forma decisiva a su definición cultural. Los celtas crearon la legislación y la literatura más antiguas del continente —excepción hecha de Grecia y Roma—, su lengua se sigue hablando en zonas muy concretas de Irlanda, Gales, Escocia o la Bretaña francesa, espacios en los que la huella de sus costumbres ha persistido con fuerza ciertamente decreciente, a pesar del renacimiento del interés por su cultura producido en los últimos años. (Francisco Marco Simón, *Los celtas*).

Fenómenos políticos de corte nacionalista más o menos consistentes —un tercio del Parlamento escocés es partidario de la independencia; la casi totalidad de los galeses opina que la autonomía se les ha quedado pequeña— o potentes corrientes culturales como la música céltica corroboran esa pervivencia.

No menos rica y persistente es la estela de sus leyendas y poemas, cantados hasta el medioevo por los juglares, y de su fuerza constituye un magnífico ejemplo *Los poemas de Ossian, el bardo céltico olvidado*, recopilación de las obras del escritor escocés James Macpherson publicadas entre 1758 y 1763. Esos poemas, que el autor aseguraba haber escuchado en sus excursiones por las montañas escocesas y de los que únicamente se declaraba recopilador, tuvieron un formidable éxito y le hicieron rico, pero suscitaban la sospecha de sus detractores, que le acusaban de falsificación. La polémica no impidió que alcanzara una fama inmensa, un escaño parlamentario y una tumba en el panteón de los poetas de la abadía de Westminster. Un siglo después, el sistemático análisis de la obra demostró que el escritor se había empapado en el estilo y el ambiente y que había escuchado en las aldeas perdidas de Escocia algunos fragmentos de poemas antiguos, pero la mayor parte era mera ficción literaria.

No es este el caso de la aventura de Oisín, un cuento de auténtica raíz céltica que

narra cómo este guerrero, mientras estaba cazando por los bosques que rodean el lago Leane, al suroeste de Irlanda, vio aparecer entre la neblina la forma difusa de una amazona.

—¿Quién eres? —preguntó el guerrero, aprestando su arco.

—Soy Niamh, princesa del Otro Mundo —dijo la desconocida con una maravillosa voz musical, saliendo de la niebla. Oisín quedó pasmado ante aquella pálida y estilizada mujer de cabellos dorados, grandes ojos azul turquesa y sonrisa enigmática.

—¿Qué buscas?

—He venido a buscar a Oisín, hijo de Finn.

—Yo soy Oisín —replicó él, rendido ya ante la hermosura de la joven y el encanto de su voz.

—Ven conmigo.

Oisín subió al caballo, abrazándose fuertemente a la princesa, que guió su montura hacia el centro del lago, en el que desaparecieron para surgir de inmediato en el Otro Mundo. Allí fue Oisín muy alabado porque su amor había vencido al temor de tan trascendental paso, de modo que el padre de Niamh autorizó su boda. Tuvieron tres hijos y fueron tan extraordinariamente dichosos durante tres siglos que a Oisín se le pasaron en un suspiro. Pero al cabo de ese tiempo, el guerrero, que seguía siendo tan joven y vigoroso como cuando conoció a Niamh, le dijo un día a su esposa, más bella aún que cuando se casaron:

—Me gustaría hacer una visita a Irlanda para ver, aunque sea unos minutos, a mi padre.

—Mira, Oisín, debes considerar que tu padre habrá muerto hace muchos años y que las cosas que encontrarás allí en nada se parecerán a las que dejaste. Te recomiendo que no vayas.

Pero, al final, la princesa cedió, dándole una sola recomendación:

—No descendas del caballo: no se te ocurra pisar tierra irlandesa, pues perderás el camino de regreso.

Oisín partió feliz, prometiendo regresar de inmediato. Su caballo salió del agua y el guerrero contempló el paisaje, aparentemente igual que cuando lo había dejado, pero de su castillo solo quedaba un montón de arruinadas piedras entre las que crecían las zarzas. Preguntó a un labrador por el gran Finn, su padre, y el hombre le respondió que él solo conocía a un Finn, que era tonelero, salvo que se refiriera a un héroe mítico al que solo recordaban los bardos en los mercados de los pueblos.

Oisín comprendió de golpe que había estado mucho tiempo en el Otro Mundo y deseó regresar al lado de la bella Niamh, pero estaba tan apesadumbrado por la desaparición de su momento histórico que, inadvertidamente, echó pie a tierra.

En aquel instante sintió un fuerte mareo y cayó al suelo. Cuando recuperó el sentido, se encontró muy cansado. Observó sus manos, arrugadas y envejecidas, miró su barba antes rojiza y ahora blanca como la nieve. Intentó ponerse en pie y solo pudo

hacerlo con la ayuda de un peregrino que estaba a su lado. Sin embargo, Oisín era un hombre afortunado: el peregrino era san Patricio, recién llegado a la isla para evangelizarla. De modo que, aunque anciano, pasó a ser acompañante del santo patrono de Irlanda y, para atraer fieles a sus sermones, se convirtió en bardo, contando sus prodigiosas aventuras en el Otro Mundo al pasmado auditorio.

La estupenda leyenda de Oisín y Niamh contiene muchos de los elementos que caracterizaron a los celtas. Según sintetiza Marco Simón, fueron gente valiente, aventurera, inconformista, amante de lo fantástico, de lo sobrenatural, del ensueño, de la metamorfosis, de lo indeciso, de las «formas vagorosas engendradas por las brumas y los cielos neblinosos de la Europa del norte, las orillas húmedas de las islas, los lagos y los mares...». La presencia de san Patricio al final de la historia de Oisín señala otra de las causas de la pervivencia céltica: «el cristianismo de Irlanda marca profundamente a la Europa occidental y central y la belleza profunda y misteriosa de las leyendas célticas penetra en la literatura medieval».

Esta búsqueda de la pervivencia de lo celta nos ha desplazado de la zona y el momento en que se percibieron sus primeros latidos. Aunque se les supone de origen indoeuropeo, de las estepas del Don y el Volga, donde los encontramos por vez primera es en Hallstatt, en la Alta Austria, junto a un lago. Esta es hoy una pequeña localidad que apenas contará con 1500 habitantes, pero fue muy conocida a partir del siglo IX a. C. por sus minas de sal, cuyo comercio pervivió durante siglos. Su nombre saltó a la historia cuando, en 1846, se descubrió una gran necrópolis —más de dos millares de tumbas, muchas bastante bien conservadas gracias a la sal que impregna toda la zona—, en la que se hallaron ajuares del final del Bronce y del comienzo del Hierro. Especialmente relevantes son las grandes espadas de este último metal, que se convirtieron en características de la primera Edad del Hierro europea, en torno al siglo VIII a. C., bautizada como cultura de Hallstatt por el lugar del hallazgo.

Los arqueólogos han determinado que en el lugar vivieron durante varios siglos entre cien y doscientas familias dedicadas a la extracción de la sal. Aquellas gentes se enterraron durante cuatro siglos —entre el 800 y el 400 a. C. aproximadamente— en la citada necrópolis, próxima al poblado y al yacimiento. Sus tumbas consistían en una gran fosa cuadrada en la que se enclavaba una amplia construcción de madera, sobre la que se disponía el cuerpo, a veces incinerado, acompañado por los objetos que le fueron más queridos al difunto. Esa construcción era cubierta por una potente capa de tierra, formando un túmulo. Los ajuares hallados en ese cementerio denotan tanto la prosperidad de aquellos mineros como sus contactos con el exterior gracias al activo comercio de la sal: allí se han encontrado objetos procedentes de Grecia, Italia, el mundo germánico o el escandinavo.

Por lo que al hierro se refiere, se han determinado dos épocas bastante bien definidas. La más antigua es la de las mencionadas espadas, armas para golpear con el filo, aptas para el combate a caballo; la más moderna muestra una espada corta y

fuerte cuya hoja se encastra mediante cuatro o cinco remaches a una empuñadura en forma de herradura: un arma para herir de punta, muy apta para el combate de infantería. La fase más reciente de Hallstatt finalizó a comienzos del siglo V a. C. en las zonas que mantenían un mayor contacto con el mundo griego; en las más aisladas perduró un siglo más.

La influencia de la cultura de Hallstatt, subdividida por los especialistas en cuatro periodos, alcanzó a casi toda Europa, pero su área de expansión, de norte a sur, podría situarse entre el Elba y la mitad noroeste de la península Ibérica y el tercio norte de la Itálica y, de este a oeste, entre la llanura húngara y el canal de la Mancha (con cierta influencia en Gran Bretaña). Un área muy grande en un espacio temporal dilatado, con características y realizaciones diferentes, pero en la que pueden advertirse algunos elementos comunes: la población se establece en poblados amurallados enclavados en zonas altas, de fácil defensa, atalayas desde las que puede controlarse la comarca, en la que debe haber agua, tierras de cultivo y pastizales para sus ganados. El gran comercio estuvo protagonizado por la sal, el ámbar, las nuevas armas, los objetos decorativos y las joyas.

Los enterramientos típicos son los túmulos, unipersonales o de grupo, y se practica tanto la inhumación como la incineración; de la importancia que el carro tuvo como señal de poder y prestigio es buena muestra que soliera acompañar a sus propietarios hasta la tumba —a veces, incluidos los caballos— o que, en algunos túmulos, hayan aparecido representaciones de carros fundidos en bronce, metalurgia que coexistió junto a la creciente importancia del hierro y que se presenta en adornos y utensilios domésticos variados. En estos ajuares predomina la cerámica multiforme modelada a mano, con preferencia por la decoración de tipo geométrico.

En Hochdorf, cerca de Stuttgart, se encontró un túmulo de 600 a. C. cuya tumba, aunque hundida, se hallaba intacta. Según J. P. Mohen:

El muerto, un personaje que medía más de 1,80 metros, vestido con ricas ropas y joyas, estaba tendido sobre una banqueta grande de bronce y hierro de tipo griego pero de trabajo indígena, decorada con figuras de orantes e incrustaciones de coral a los pies, y combatientes con espada o montados en un carro tirado por caballos en la cabecera. La cabeza, cubierta con una especie de gorro cónico de corteza de abedul, descansaba sobre un cojín de hierbas trenzadas. En el cuello le habían puesto un collar ancho de hoja de oro estampada. Tenía varias fíbulas de oro sobre el pecho y pulseras en las muñecas. En la cintura llevaba una placa y un puñal de bronce metido en la vaina y, para la ceremonia funeraria, le habían cubierto el calzado con una hoja de oro.

En un rincón aparecía un caldero de bronce, con capacidad para quinientos litros —su análisis determinó que había estado lleno de hidromiel—, bellamente decorado con tres leones de bronce. Junto al gran recipiente se hallaba un fantástico servicio para beber: una copa y ocho cuernos de oro.

Había también un enorme *riton*, antiguo vaso en forma de cuerno, que mide 1,23 metros de largo, y es el más grande que se conoce. Es de hierro forjado y estaba reservado al príncipe, al que se lo ofrecía un servidor en una ceremonia a la que asistían ocho invitados. Los cuernos estaban colgados de una de las paredes. Un carro de cuatro ruedas, adornado con placas de hierro y de bronce, había servido para llevar



al príncipe.

La segunda Edad del Hierro centroeuropea recibe su nombre de una localidad suiza situada junto al lago de Neuchâtel, La Tène, que debía de ser un punto de contacto comercial y militar de gran relevancia, pues ha proporcionado restos de los tres periodos en que se subdivide esta cultura, entre el 500 a. C. y nuestra era. El área de influencia geográfica es más amplia que la de Hallstatt: cubre las islas Británicas, penetra profundamente en Italia, los Balcanes y alcanza el mar Negro y Capadocia. Refiriéndose a los celtas de esta época, Diodoro Sículo escribe:

Estos son los que tomaron Roma, los que saquearon el templo de Delfos e impusieron tributos a gran parte de Europa y no pequeña de Asia y se asentaron en las tierras conquistadas por la guerra, los que se llamaron helenogálatas por la mezcla con los griegos y los que, en fin, destruyeron muchos ejércitos romanos.

Aunque los tiempos no eran más seguros, el incremento de la población había hecho muy incómodos aquellos cerros iniciales y los poblados descendieron al llano; el aumento de su número también les confería mayor fuerza y, por tanto, seguridad, aunque persistiese el amurallamiento de sus ciudades.

Los enterramientos siguen registrando la variedad de inhumación o incineración y, aunque existiera una preferencia por el túmulo, también se hallan sepulturas abiertas en el suelo, protegidas por ortostatos. Los carros ceremoniales de cuatro ruedas dieron paso al carro de guerra de dos ruedas, en el que se utilizaba el hierro para ensamblar las piezas. Las armas continuaron evolucionando hacia el acero, cada vez de mejor calidad, y en los ajuares funerarios se advierten ya diversos tipos de espadas apropiadas para el combate de infantería y para el de caballería, puñales, puntas de lanza, jabalinas, regatones, hachas de guerra, cascos, corazas, varios tipos de protectores corporales a base de cuero y acero, bocados de caballo, herraduras... Y, también, muchos otros objetos de cobre, bronce, hierro, plata y oro: fíbulas, hebillas, brazaletes, anillos y los fundamentales torques, señal de autoridad y prestigio, aunque no son frecuentes en las tumbas porque, al parecer, los heredaban quienes sustituían al difunto al frente de la familia o el clan. En la cerámica persistió la tendencia geométrica, combinada con decoración esquemática de fauna y flora y con un nuevo elemento, la espiral, que se puso de moda tanto en la decoración como en la orfebrería.

La gran expansión, poder y fama de los celtas es de esta época y se produjo, fundamentalmente, entre los siglos IV y II a. C. Numerosos autores afirman que el aumento de la población de las tribus célticas establecidas entre el Rin y el Sena hizo obligada su expansión en busca de nuevos asentamientos. Según la leyenda, el rey Ambagatus de los bituriges («reyes del mundo») tuvo que dividir su pueblo en dos: los que se quedaban y los que deberían emigrar, y a estos, a su vez volvió a desgajarlos en dos grupos, poniendo al frente de ellos a sus dos guerreros más capaces, sus sobrinos. A uno le recomendó que penetrara en el valle del Danubio y

siguiera su curso hacia el sureste; al otro, que atravesara los Alpes en verano.

Aquellas gentes rubias, de ojos azules, estatura aventajada y poderosa constitución no le temían a nada, si acaso a que «el cielo se desplomara sobre sus cabezas», según fanfarroneaban. Vivían una existencia sencilla: ganaderos, pobres cosechadores de cereales, sobre todo de cebada, forjadores de metales, de hierro fundamentalmente, y guerreros. Primordialmente, guerreros, diestros con la espada y el venablo —menos con el arco— y excelentes jinetes, duchos con la lanza y las largas espadas de hierro. Según el geógrafo e historiador grecorromano Estrabón, que vivió en época de Augusto y que, por tanto, debió de conocer bien a los galos recién dominados por Julio César:

Son irritables y necesitan poco para llegar a las manos, pero son sencillos y nada malintencionados. Ante la más mínima provocación se congregan y precipitan a la lucha directamente, sin planificación alguna (...). Cualquier pretexto les basta para aceptar el envite y arrostrar los mayores peligros, aun sin otra arma que su fuerza y su arrojo (...). Las migraciones de los galos hacia tierras lejanas se explican por su tendencia a obrar tumultuosamente, en masa, y en su disposición a desplazarse junto con sus familias cuando se ven atacados en sus tierras por un enemigo más fuerte.

Bien fuera por la mencionada presión demográfica, bien por el empuje de otros pueblos celtas, algunas tribus galas acometieron la brava empresa de atravesar los Alpes con todo cuanto tenían, que no era mucho, pues, según Polibio, sus únicos bienes eran «el ganado y el oro». Hacia 400 a. C. penetraron en el valle del Po y ahuyentaron a las poblaciones indígenas, aterradas ante unos hombres que, según Diodoro, «tienen un aspecto espantoso. Su voz es grave y ruda su entonación (...). Usan un tono amenazador, altivo y trágico». Al aspecto debe añadirse el número, quizá hasta 300 000 en las sucesivas migraciones, y cuéntese, además, su poderosa caballería, sus fuertes armas, su fuerza, bravura y raras costumbres, que asombraron a los etruscos, los enemigos más organizados que se les opusieron. Las formaciones de infantería que les salieron al paso quedaron amedrentadas cuando los galos se abalanzaron desnudos sobre ellos, en informe masa, gritando como locos, blandiendo sus largas y pesadas espadas y arrollando sus primeras filas por el ímpetu de su carrera y el golpe retumbante de sus grandes escudos.

Tardaron los itálicos en acostumbrarse a cerrar sus filas, oponer su destreza a la impetuosa embestida y a la algarabía de los galos, y cuando lo consiguieron estos estaban tan bien afianzados en la llanura padana que esa región fue denominada Galia Cisalpina; la principal urbe etrusca, Felnesina, mudó a Benonia, actual Bolonia, y hasta las tropas de la emergente república romana fueron dispersadas el 16 de julio de 387 a. C. a orillas del río Alia, a dieciséis kilómetros de Roma, por los galos senones del caudillo Breno.

Los celtas entraron en Roma y la saquearon sin misericordia, pues permanecieron en ella siete meses. Cuenta el historiador romano Tito Livio que la derrota originó una huida en masa de la ciudad, por lo que los ancianos patricios decidieron dar ejemplo de dignidad y, cubiertos con sus togas impolutas y revestidos con sus estolas

e insignias, se sentaron inmóviles y solemnes cual dioses en los atrios de sus palacios. Los galos, que llegaban pillando e incendiándolo todo, quedaron sobrecogidos, sin saber si se trataba de estatuas o dioses. Al fin, uno se acercó a Marco Papirio y le tiró de la barba, recibiendo un bastonazo en la cabeza que lo dejó sin sentido. Allí terminó el encantamiento y comenzó la degollina de los patricios y el saqueo de sus mansiones.

En Roma solo resistía el fortificado Capitolio, donde se habían refugiado parte de los soldados derrotados, numerosos sacerdotes de diversos templos y la gente adinerada de la urbe que no había logrado escapar. Sin máquinas de asedio, los galos intentaron tomar el poderoso edificio por las bravas y fueron rechazados con pérdidas cuantiosas. Volverían a intentarlo de nuevo: con sigilo y a favor de la oscuridad de la noche escalaron los altos muros, no muy vigilados, y cuando ya los primeros galos alcanzaban las almenas, comenzaron a graznar desesperadamente los gansos del templo de Juno, despertando a los guardias, que se precipitaron a las murallas arrojando de ellas a los asaltantes.

El ímpetu galo fue sustituido por la paciencia: esperaron a que los asediados agotaran sus provisiones y se decidieran a negociar. El trato consistió en que los romanos deberían entregar determinada cantidad de oro: pero cuando los platos de la balanza estaban casi equilibrados y los romanos depositaban algunos anillos para hacer el fiel, el caudillo Breno colocó su pesada espada sobre el plato de las pesas y dijo con tremenda voz ronca:

—Tenéis que poner más oro.

Como los atemorizados romanos no dieran crédito a la vulneración de lo acordado y trataran de alegar que se trataba de una injusticia, el galo se mostró inflexible, limitándose a decir:

—Vae victis! [«¡Ay de los vencidos!»].

No es extraño que Roma recordara este episodio con pavor, que levantara y reforzara sus murallas y que cada vez que era necesario reclutar fuerzas para la defensa de la ciudad y restaurar los muros se esgrimiera el argumento de la desolación y el pillaje sufridos a manos de los celtas de Breno.

Sólidamente establecidos en la zona más rica de la península italiana, los diversos pueblos celtas participaron activamente en la política del territorio, casi siempre como aliados de los enemigos de Roma. Pero el poder de la República crecía y, tras sus victorias sobre los etruscos, los samnitas, Pirro, los piratas... y Tarento, en 272 a. C., era dueña de toda la península, incluida la llanura padana. Los galos se convirtieron en aliados o feudatarios, con excepción del lapso de tiempo en que militaron en las filas de Aníbal cuando este penetró en Italia. Los últimos en caer ante Roma fueron los boyos, que serían deportados a las Galias y Suiza en 191 a. C. La aventura céltica en Italia había durado dos siglos.

Pero retrocedamos al momento en que el rey Ambagatus de los bituriges tuvo que dividir su pueblo y enviar a sus sobrinos hacia los Alpes y hacia el Danubio. Estos

últimos se corresponderían con los escordiscos, de cuyo paso se encuentran rastros por Chequia, Eslovaquia y Hungría. Al parecer, deambularon durante un siglo por esa zona, sin progresar hacia el sur a causa de la poderosa presencia de Macedonia en tiempos de Filipo y de Alejandro. Pero durante la descomposición del Imperio alejandrino, en 280 a. C., atravesaron el territorio macedonio, donde se escindieron, dirigiéndose unos hacia Tracia y Asia Menor, para alcanzar Capadocia y formar el reino gálata («celta», en griego) sobre el territorio que un milenio antes acogía el Imperio hitita, mientras otros penetraron en Grecia.

Pausanias asegura que 172 000 «salvajes guerreros celtas» se dirigieron hacia Delfos con el propósito de saquear el rico santuario. Los griegos les salieron al paso en enero del año 278 a. C. y, al parecer, les rechazaron en un infernal combate librado durante una tempestad de viento y nieve. Pero las fuentes no se ponen de acuerdo sobre el resultado de la batalla, pues Diodoro Sículo asegura que los celtas vencieron y saquearon el templo de Delfos; más aún, que la contemplación de las esculturas de héroes y dioses provocaba la risa de los feroces celtas, tanto por su idea abstracta de la divinidad, como porque las admirables estatuas helenísticas les parecían afeminadas. Alcanzaran o no Delfos, no se quedaron. Volvieron sobre sus pasos, se adueñaron de Tracia, convirtieron en tributarias las ciudades sobre el Bósforo y fundaron un efímero reino que fue destruido por los tracios.

En cuanto a los gálatas, parece que mantuvieron una estructura tribal, dentro de cierta unión ante peligros comunes. Para no chocar entre ellos, se repartieron las zonas agrícola-ganaderas y, también, sus regiones de caza y correrías depredadoras. Existía un poder supratribal integrado por trescientos representantes, un centenar por tribu, que se reunían en el Drunemeton, nombre alusivo a los cultos druídicos, lo que parece indicar que la reunión de ese consejo se produciría en la época del Lugnasad (asamblea de Lug o Lugus, dios de la guerra y de las artes), una de las cuatro festividades fundamentales de los celtas, que se celebraba el 1 de agosto y tenía carácter propiciatorio de la paz y la abundancia. Antes de la celebración lúdica, con comida, bebida, música y danza, seguramente se produciría un acto político con carácter deliberatorio y decisorio para resolver problemas comunes.

La expansión más occidental de los celtas fue la de las islas Británicas e Irlanda —además de la del centro y oeste de la península Ibérica—, según una secuencia imprecisa que se ha avanzado: durante Hallstatt llegaron a Gran Bretaña algunas avanzadillas de britanos que le dieron nombre; el resto del poblamiento céltico es de la cultura de La Tène. En Irlanda, la gran influencia es de los pictos, un pueblo precéltico, y sobre todo, de gidelos, belgas y venetos.

Las diversas oleadas de celtas de La Tène no debieron de estar exentas de tensiones, y es muy visible la enemistad existente entre el oeste, Connacht, y el noreste, Ulster, tal como se refleja en la más antigua epopeya irlandesa, según la cual llegaron a la guerra a causa del robo de un toro fantástico. La historia comienza en el

lecho de los reyes de Connacht, Ailill y su esposa Maeve. Era esta una prodigiosa mujer distinguida por su belleza y, también, por su valor, su ambición y un apetito sexual tan inmenso que ni siquiera podía satisfacerla el héroe Fergus Mac Roich, un gigante con la fuerza de setecientos hombres que comía cada día siete vacas, siete cerdos y siete ciervos, bebía siete toneles de cerveza y se acostaba con siete mujeres. Fergus, aunque nacido en el Ulster, se había refugiado en Connacht a causa de la conducta criminal de su rey.

Maeve se había casado con el rey Ailill porque este era riquísimo, generoso y condescendiente con la promiscuidad de su esposa, y aquella noche el matrimonio discutía sobre quién era más rico. Las cosas estaban muy igualadas hasta que el rey incluyó en la lista su famoso toro de cuernos blancos, tan grande, fuerte y bello como poderoso semental; aquello ponía en desventaja a la reina, que pospuso el final de la puja, pues estaba dispuesta a conseguir un toro de similar prestancia. Tras arduas investigaciones se halló que en el Ulster existía un toro pardo comparable. La reina pidió a su propietario que se lo vendiera y este respondió que ni loco y menos a una reina de Connacht de tan dudosa reputación.

Maeve montó en cólera y decidió robar el toro pardo, para lo cual envió al Ulster a sus soldados y a muchos otros reclutados en toda Irlanda. A la cabeza de esa tropa marchaba el gigante Fergus. Aunque los guerreros del Ulster estaban incapacitados para combatir a causa de una maldición, defendía aquella tierra el gran guerrero Cuchulainn, al que Fergus no podía enfrentarse porque eran amigos y habían jurado no combatir el uno contra el otro. Cuchulainn atacó a los soldados de Maeve, a quienes mataba de dos en dos, luego de tres en tres y, al final, a cientos. Nadie quería luchar con él, aunque la reina prometía grandes recompensas, incluyendo «sus cordiales muslos».

Tras muchas complicaciones, Fergus logró que su amigo dejara el campo libre y pudieron llevarse el toro, no sin que antes se librara una batalla campal entre los guerreros de Connacht y el Ulster, liberados finalmente de la maldición. Cuando Fergus entraba en combate, ganaba Connacht; cuando se ausentaba y luchaba Cuchulainn, avanzaban las filas del Ulster. La victoria final correspondió al Ulster, pero para entonces el problema en Connacht era otro: el toro pardo y el toro de cuernos blancos se habían enzarzado en una descomunal pelea. Tras día y noche corneándose por Irlanda entera, el toro pardo despanzurró al de cuernos blancos al amanecer y esparció sus restos por toda la isla, retirándose luego al Ulster; pero, agotado y malherido, al llegar a la frontera emitió un bramido que retumbó en toda Irlanda y, después de lanzar un vómito de sangre que originó un lago, cayó muerto. Así termina la leyenda. Ni vencedores ni vencidos: la sangre de tantos irlandeses de nada había servido. ¡Menuda premonición!

Respecto a la presencia céltica en la península Ibérica, es uno de los temas más controvertidos de nuestra antigüedad. Dejo el tema en manos de un especialista, Marco Simón: «Los elementos hallstáticos o de La Tène que se dan en la Península

no suponen la llegada de estas culturas como tales, sino solo de elementos aislados en el tiempo y en el espacio», lo cual no impide que la presencia de los celtas constituya «una herencia clara en el terreno lingüístico, lo mismo en la toponimia que en la onomástica, los elementos de la cultura material o las informaciones de los autores clásicos o de la epigrafía».

En el catálogo de la exposición *Celtas y vetones*, organizada en Ávila en 2001, el académico Martín Almagro Gorbea mantiene una tesis similar: «Hubo movimiento de gentes, pero de efecto limitado, tal como documenta la arqueología». A su pequeño número y a su contacto con iberos se debería su especial personalidad cultural, diferente a la de los celtas de Francia y Centroeuropa.

Eso les llevó a adoptar antes la cerámica a torno, la vida en ciudades e, incluso, la escritura, hasta el punto de que Hispania ofrece el mejor conjunto epigráfico de una lengua céltica anterior a los textos literarios irlandeses medievales, testimonio directo de su lengua y mentalidad en la Antigüedad.

Las diversas tribus célticas, capaces de imponer su presencia en un inmenso territorio, no lograron formar un Estado y se combatieron entre sí con la misma energía con que se enfrentaron a otros pueblos; por tanto, su destino era previsible. El empuje de los germanos les expulsó hacia el sur, obligándoles a dejar Renania, pero el mazazo final se lo asestaría Roma, de la mano de Julio César, procónsul de las Galias. El astuto político y hábil general se las arregló siempre para contar con recursos y aliados para sus propósitos: penetró en la Galia Transalpina (año 58 a. C.) llamado por los eduos, que habían sido atacados por los helvecios, y venció a estos con ayuda de aquellos. Ya en el corazón del mundo celta-galo, fue sometiendo una tribu tras otra, hasta desbaratar a los duros belgas (57 a. C.). Pero lo más arduo de la campaña de las Galias estaba por llegar, como consecuencia de la unión de gran parte de las tribus galas (52 a. C.) bajo el mando de Vercingétorix, gran guerrero y príncipe carismático, al que siguió la mayoría, aunque no incondicionalmente.

Nada sabríamos de él sin los *Comentarios a la guerra de las Galias (De Bello Gallico)* y tampoco la narración de César nos aclara demasiado, pues Vercingétorix no era su nombre, sino su título: «Rey de los que combaten al enemigo». Dicen que había servido en las filas de la caballería de César y, por tanto, conocía bien el adiestramiento y las tácticas romanas, y que, cuando contaba unos veinte años, regresó a su pueblo, donde su padre había sido asesinado, y se hizo coronar rey con ayuda de familiares, amigos y soldurios (guerreros unidos por un pacto al jefe: recibían protección de este y, a cambio, entraban en combate a su lado, cubriéndole flancos y espalda, retirándole del campo de batalla si caía herido o muriendo junto a él).

Aprovechando que César se hallaba en Italia ocupado por los espinosos problemas del triunvirato, los carnutos, una tribu con gran predicamento e influencia por ser su territorio sede de las reuniones de los druidas, se sublevaron y mataron a la guarnición y a los comerciantes romanos de Cenabun (Orleans), y temiendo las

represalias que no tardarían en llegar, se unieron a sus poderosos vecinos del sur, los arvernos de Vercingétorix.

La rebelión prendió en la franja central de las Galias, entre los ríos Loira y Garona, obligando a César a regresar precipitadamente y emprender una campaña invernal en la que sus tropas padecieron tanto como las de los galos, que causaron graves quebrantos a las líneas de abastecimiento romanas, saquearon alguno de sus almacenes de pertrechos y practicaron la táctica de tierra quemada durante los duros meses iniciales del año 52 a. C. para que los romanos no hallaran ni alimentos ni cobijo.

Vercingétorix estaba logrando sus objetivos cuando se plantaron los bitúriges, que le exigieron que se defendiera su capital, Avaricum (Bourges), amenazada por César. La capital bitúrige fue defendida y, como no podía ser de otra manera, perdida, junto con su guarnición. El desastre fue muy gravoso, pero convenció a los galos de que era conveniente seguir las ideas del caudillo, que atrajo a César hacia el Macizo Central francés, el bastión de su pueblo, combatiéndose en torno a Gergovia (Clermont-Ferrand), la capital de los arvernos. En ese momento se sublevaron los eduos, lo que atrapaba a César en una tenaza e interrumpía sus comunicaciones y suministros. El romano, considerando que ganar Gergovia le llevaría demasiado tiempo, dirigió sus legiones hacia el norte contra los eduos, que saquearon los almacenes romanos en Noviodunum (Nyon).

Casi rodeado, César logró salir del atolladero marchando con grandes penurias hacia el noroeste, donde se unió al resto de sus fuerzas, conducidas por Labieno, que llegaba de vencer a senones y parisios en la zona de Lutecia (París). Abastecido y reforzado con caballería mercenaria germánica, volvió sobre sus pasos y, en territorio de los lingones, le salió al paso Vercingétorix, que, confiando en la superioridad de su caballería, había cambiado de táctica. Equivocadamente, pues César se impuso en la batalla del río Laignes (afluente del Sena, cerca de Dijon).

El mazazo deprimió a Vercingétorix o debilitó su posición, de modo que se refugió en Alesia, un *oppidum* que había ordenado fortificar meses antes. El romano era consciente de que el sitio sería largo e infructuoso el asalto, pero, también, de que allí se decidía la contienda, por lo que organizó un cerco impenetrable. A la misma conclusión llegó la confederación gala, que reunió un gran ejército para atrapar a César entre dos fuegos, pero este fortificó, a su vez, su perímetro exterior. Cuando tanto los romanos como los asediados en Alesia estaban agotando las subsistencias, los galos del exterior hicieron lo que César esperaba y deseaba: le atacaron en la peor de las posiciones y sufrieron una estrepitosa derrota, que les dispersó. Alesia estaba sentenciada y Vercingétorix, para ahorrar a su gente las penalidades de un asedio sin esperanza, se entregó.

César procedió cruel y hábilmente: a los prisioneros eduos y arvernos los dejó en libertad, granjeándose la amistad de dos de los pueblos galos más importantes y quebrantando la unidad de la confederación celta; a los demás, los esclavizó,

entregándoselos a su ejército o vendiéndolos.

La guerra de las Galias había terminado y con ella la independencia de los celtas en esa zona, que fue provincializada en tres grandes regiones por Augusto. Otro territorio céltico, Gran Bretaña, tras los vanos intentos de César por conquistarla, cayó en manos romanas en el siglo I d. C. Sin romanizar quedaron solo dos reductos célticos, Escocia e Irlanda.

En cuanto a Vercingétorix, se presentó ante César, que le esperaba sentado en un trono. Hizo caracolear su caballo, luego se apeó, tomó sus armas y las puso a los pies del general romano, ante el que se postró según había sido convenido. Después fue enviado a Roma cargado de cadenas. El caudillo galo estuvo prisionero seis años y cuando César celebró su triunfo, en 46 a. C., fue paseado por la urbe como uno de los trofeos de la victoria de las Galias. Cumplido su papel, fue públicamente estrangulado.

Se ha visto cómo aparecen, cómo se expanden y cómo declina su poder, pero ¿cómo eran los celtas? En 1959, la revista francesa *Pilot* comenzó a publicar las *Aventuras de Astérix el Galo*, con guión de Goscinny e ilustraciones de Uderzo; su fantástico éxito dio alas a guionista y dibujante, que fueron publicando sus historietas durante tres décadas. El cómic narra las andanzas del pequeño galo, que cuando bebe la poción mágica que prepara el druida Panorámix se convierte en un ciclón capaz de arrasarlo todo; comparte el protagonismo con el gigantón Obélix, tallador y repartidos de menhires, que posee fuerzas hercúleas gracias a que, de pequeño, cayó en la marmita de la poción mágica. Ambos viven en una irreductible aldea, situada más o menos en Bretaña y rodeada de campamentos romanos, que se resiste a capitular tras la victoria de César.

Fantasia aparte, los autores de las divertidas andanzas de Astérix y Obélix han documentado con precisión cuanto conocemos de la vida en las Galias en la época de la conquista romana: vestimenta, costumbres, religión, profesiones, alimentación, armas. ¿Cómo eran los celtas que comenzaron a llamarse galos en el siglo III a. C.? Pues como los representan Goscinny y Uderzo.

Altos, fuertes, musculosos, afeitaban su rubicunda cara o llevaban barba corta, pero gustaban de dejarse largos bigotes y una amplia melena, habitualmente blanca, pues teñían su rubio pelo con cal. Vestían, con gran extrañeza del mundo grecorromano, pantalones, prenda de origen eurasiático que adoptaron por sus contactos con los pueblos de las estepas, jubones de lana o piel y, en las épocas frías, grandes capas de piel.

En combate, sus primeras filas marchaban desnudas, solo con sus armas (lanza y espada), defensas (casco adornado con cuernos o figuras de animales y gran escudo ovalado), torques y brazaletes. Al combatir desnudo el guerrero celta estaba ofreciendo su cuerpo a la muerte, que no temía y consideraba un trance más de la vida, y que debía de abrir la puerta a otro mundo. Si caía en combate, su cuerpo se



abandonaba a los buitres para que su alma llegara más fácilmente al cielo. No obstante, paulatinamente, cuando tuvieron que enfrentarse a las formaciones cerradas de la falange griega o de la legión romana, debieron protegerse, pues ante ellas sus ataques tumultuosos solían tener poco efecto y sus cuerpos desnudos eran presa fácil para lanzas y espadas.

El guerrero celta adoraba el combate singular. En su moral bélica, si un guerrero se apresta a combatir en solitario, solo se medirá con él otro combatiente. En los combates de campeones, el espectáculo más deseado por los celtas, los desafiantes recitan «orgullosamente las hazañas de sus antepasados y proclaman su propio valor, ridiculizando y minimizando al mismo tiempo al oponente», dice Diodoro Sículo. El recuerdo de los discursos desafiantes y del feroz combate que los seguía era el tema preferido de las conversaciones en los banquetes de guerreros o de las historias que allí solían cantar o recitar los bardos.

Los banquetes eran tanto un culto a la hospitalidad como una manera de apretar los lazos de solidaridad y fidelidad. Se trataba de descomunales comilonas donde se servían ciervos, jabalís o cerdos cocinados en grandes calderos o asados en espetones sobre hogares, que, de paso, calentaban las grandes cabañas donde se disponían. Se bebía vino de procedencia griega o itálica y cerveza de elaboración celta. El formidable ruido provocado por las conversaciones y discusiones, la acumulación de humo, vapores y aromas, y el tráfico del ir y venir de las cazuelas de viandas y las jarras de las bebidas debían de producir un efecto de fantástico caos. Pero existía un gran orden en la colocación de los comensales: el rey o el jefe, sus lugartenientes o huéspedes y, a continuación, los guerreros según su antigüedad y mérito; también, en el reparto de los bocados que solía abrir el banquete, y con el que el rey o el jefe obsequiaba a quien quisiera distinguir, y, si aquel era el momento, en la distribución del botín o de recompensas por los hechos guerreros. Sin embargo, dada la cantidad de bebida ingerida y los posibles agravios suscitados por el reparto de distinciones y prebendas, no era raro que los banquetes terminaran «como el rosario de la aurora», en medio de trifulcas, ofensas y peleas.

Estrabón, quizá el más elocuente de los autores que se ocuparon de los celtas, dedica algunas páginas a describir su carácter y costumbres:

A su franqueza y fogosidad naturales los galos añaden una gran ligereza y mucha fanfarronería, así como la pasión por el aderezo, pues se cubren de joyas de oro (...) y sus jefes se visten con telas teñidas de colores brillantes, de bronce y de oro. Esta frivolidad hace que la victoria haga insoportable su orgullo, mientras que la derrota les consterna. Pese a sus actitudes ligeras, tienen ciertas costumbres que denotan algo muy feroz y salvaje en su carácter, algo común —hay que decirlo— entre la mayor parte de las naciones del norte.

Vivían de la agricultura (cereales, en particular), a la que, probablemente, aportaron el arado con ruedas, y de la ganadería (cerdos, ovejas, vacas y, al final, gallinas y ocas). La vaca merece especial atención, pues la leche y sus derivados, sus crías, carne y cueros fueron quizá la mayor fuente de riqueza de aquellos granjeros.

Tuvo gran importancia la industria artesanal y familiar derivada de las explotaciones agrícola-ganaderas (cerveza, hidromiel, tejidos de lana, pieles, industria del cuero), contándose entre sus aportaciones el tonel de madera. Mayor nivel alcanzó la minería del hierro, del cobre y del estaño, la metalurgia del bronce y el acero, que se exportaba en lingotes o manufacturas: armas, herramientas de labranza, objetos de adorno y útiles domésticos. Y no le anduvo a la zaga su alfarería, con vasijas fabricadas al estilo Arezzo —de barniz rojo brillante, selladas o decoradas con escenas míticas o de la vida cotidiana— que circularon por todo el Imperio romano, de tan buena calidad y precio que terminaron con los talleres originales. Respecto a la tecnología, se cree que imprimieron un fuerte empuje a la utilización de las corrientes de agua como fuerza motriz para los fuelles de sus fraguas o molinos de harina.

Trabajaban parcelas de entre una y cinco hectáreas, rodeadas de altos setos. Según cálculos especializados, una familia de seis personas podía cultivar una hectárea en unos quince días de trabajo y necesitaría para alimentarse entre dos y tres hectáreas, de modo que con cuarenta y cinco días acumularía los alimentos que precisaba para un año, y si disponía de cinco hectáreas, podría obtener excedentes para comprar ropa, calzado, útiles, mobiliario...

Las granjas y pequeñas explotaciones agrícolas solían tener como centro una aldea pequeña —aunque algunas hubo grandes— con servicios mínimos, acaso un herrero, un carpintero, un molinero, a veces un alfarero, una posada si estaba junto a un camino frecuentado y, en ocasiones, un mercado mensual. En general, se trataba de una serie de construcciones de planta cuadrada —circular en Gran Bretaña, Irlanda o la península Ibérica—, en cuya hechura intervenían la piedra, el adobe, la madera y la paja. Algo tan modesto que ni siquiera estaba protegido por una cerca y mucho menos por una muralla.

Las fortificaciones defensivas sí existían en el modelo típico de la ciudad gala, bien conocida por las descripciones de Julio César, que la denomina *oppidum*. Esta ciudad podía estar en el llano o, más habitualmente, sobre una colina o varias; contaba con una muralla que podía tener cuatro o más metros de altura y circunvalar poblaciones establecidas hasta en doscientas hectáreas, aunque las había mayores, como Manching (Baviera), que se extendía por una superficie de 380 hectáreas y estaba rodeada por una muralla de casi ocho kilómetros de perímetro. Este *muris gallicus* era de curiosa construcción: piedra armada, con relleno de barro y trabazón de maderos para darle consistencia, y un refuerzo de tablones de madera, sujetos a la piedra por fuertes clavos de hierro.

Los elementos sustanciales de estas ciudades son el citado amurallamiento y la urbanización: zona de viviendas, talleres artesanales y mercado. Las investigaciones arqueológicas no han detectado templos, edificios públicos o palacios. Eran ciudades con una fuerte vinculación campesina, según denotan sus instalaciones: silos, graneros, bodegas, pozos, hornos para cocer pan, cercas para el ganado y almacenes; también se advierte una sustancial presencia de artesanado: hornos de cerámica y de

fundiciones metalúrgicas, herrerías, talleres de forja, de metalurgia fina, de acuñación de moneda, de vidriado, tenerías...

Uno de los *oppida* mejor excavados ha sido Bibracte, famoso porque en los *Comentarios a la guerra de las Galias* aparece como el lugar donde César derrotó a los helvecios, donde Vercingétorix fue elegido caudillo de los galos y donde el romano fijó su cuartel general tras la capitulación de Alesia, en el invierno de 52-51 a. C., último de aquella contienda. Dejando aparte su gran extensión (135 hectáreas), su potente muro de 5,35 kilómetros y su emplazamiento en una prominencia del terreno que desde sus 820 metros de altura domina una amplia comarca, se ha hallado una gran plaza empedrada en la que Martín Almagro Gorbea y su equipo de arqueólogos localizaron en 1987 un fantástico estanque formado por sillares de piedra bien labrados, en forma de ojo, que medía 10,48 metros de largo por 3,65 de ancho y un metro de profundidad. El prehistoriador nos dice:

Esta alberca estaría destinada a facilitar la recogida de agua al servicio de las casas o talleres de esta zona de la población, pero su magnífica labra evidencia que se trata de un edificio de carácter suntuario y, probablemente, público, tal vez relacionable con algún manantial o culto a las aguas, tan característicos del mundo celta.

También en Bibracte, lugar de encuentro galo-romano, se han hallado vestigios de edificios de utilización política y religiosa. Siguiendo a J.-P. Mohen, esto lleva a la conclusión de que, mientras aún se libraba la guerra, los galos más adinerados y buena parte de sus aristócratas convivían con los romanos, que ya comenzaban a asentarse allí, y todos hacían buenos negocios. Estaba a punto de producirse el ocaso de los celtas.

Como consideración final, cabe decir que los *oppida* célticos son el origen de numerosas ciudades europeas nacidas sobre ellos o en sus proximidades: París, Ginebra, Berna, Basilea, Budapest, Belgrado, Praga, Bratislava...

Se ha dicho que en los *oppida* —en la mayoría, al menos— no se han hallado espacios que puedan suponerse templos. Y eso se debe a que la religión céltica, aunque con numerosas manifestaciones distintas, tuvo una idea abstracta de las divinidades, que se vinculaban con los pozos, ríos, fuentes y lagos. El templo favorito de los celtas era un claro en el bosque o la cima de un monte, con el cielo como techo y el Sol o la Luna como luminarias.

La mayoría de los celtas se reconocería hijo de un dios creador de todo, denominado Dagda en Irlanda o Sucellus en las Galias; dios bondadoso que se transforma para los guerreros en el Golpeador, dios que maneja la maza y el caldero del que manan los alimentos e, incluso, el vino; por tanto, también, dios de los premios y de los castigos. Igualmente extendido debió de estar Lugus o Lug (de ahí, por ejemplo, Lyon, Leyden, Laon...), deidad de origen solar, luminoso, poderoso, patrono de los guerreros y de todas las artes; se le ha asimilado al romano Mercurio y también a Marte. César dice que esta es la más universal de las divinidades celtas. Otro de los dioses populares era Belenus, el brillante, dios de la luz y del calor, dios

de las cosechas y patrono de los enfermos. Taranis era el dios de las tormentas, peligroso porque manejaba el rayo y, a la vez, benéfico, porque portaba la lluvia y la fertilidad. Y, además, existían muchas otras divinidades que se ocupaban de aspectos más concretos, como Epona, dedicada a dos asuntos fundamentales para los celtas: la maternidad y los caballos. Estos dioses no tuvieron representación antropomorfa significativa hasta época romana.

Los sacerdotes de los celtas fueron los druidas, pero realmente eran mucho más que lo que hoy podemos entender como sacerdotes: los druidas se ocupaban de los asuntos religiosos, de la administración de la justicia, de la enseñanza, de la medicina y la farmacopea, del buen gobierno, por lo que o participaban en las asambleas de la comunidad o, en el caso de que hubiera reyes, en su elección y consejo; incluso se les encuentra ejerciendo funciones diplomáticas frente a Roma, que siempre les supuso en la entraña del espíritu de resistencia nacionalista céltico.

Al parecer, la formación del druida duraba veinte años, en los cuales vivía retirado en las profundidades de un bosque en algo que podría asimilarse a una escuela para druidas, aprendiendo de memoria cuanto abarcaba la sabiduría acumulada por los celtas en todos los campos, desde el código legal a la historia, las leyendas, la teología y los himnos sagrados, la astrología, la medicina y la farmacopea, que tenía en el bosque una magnífica escuela práctica... ¿Por qué no se escribió ese caudal centenario de conocimientos?

Podrá responderse: «Porque los celtas no tenían escritura», pero eso no significa que no hubieran podido transcribirlo mediante otra, como hicieron con algunos asuntos en griego, etrusco, latín o ibérico (bronce de Botorrita). Probablemente no lo hicieron porque el largo aprendizaje oral en contacto con el maestro y la naturaleza les parecía más eficaz, pero, también, porque era una manera de guardar sus secretos; en consecuencia, eran sagrados e insustituibles. César da otra razón: la importancia del cultivo de la memoria.

Sea como fuere, el papel de los druidas fue clave dentro de la sociedad celta. Junto a ellos pululaban otros dos personajes relacionados con la profesión: los bardos, encargados de aprender himnos y leyendas y contarlos o cantarlos para instrucción y divertimento de una sociedad iletrada, así como de confeccionar poemas que fueran engrosando el acervo comunitario con las grandes realizaciones y hazañas de su pueblo; y los adivinos, que se ocupaban de los sacrificios y de los vaticinios consultando determinadas porciones de los animales muertos o, incluso, parece, de los humanos, cuya muerte ritual debió de ser frecuente entre los antiguos celtas y que, atenuada, aún seguía practicándose en la época de la romanización, según varios autores latinos.

Los mismos historiadores se ocuparon de las ceremonias drúidicas. Escribe César: los druidas «en cierta época del año se reúnen en el país de los carnutos, que consideran el centro de toda la Galia. Allí convergen de todas partes aquellos que tienen litigios y se someten a su parecer y juicio». No dice cuándo se producía tal

reunión, pero, probablemente, en alguna de las cuatro grandes festividades célticas, en torno a las cuales giraba el calendario, que también fijaban los druidas. Samain, el primero de noviembre, celebraba el comienzo del año, tiempo de recogerse en casa, de matar el cerdo y ahumar su carne; fiesta de vecinos y de regalos. Imbolc, el primero de febrero, era la fiesta del invierno, íntima y familiar. Beltaine, el uno de mayo, festejaba la primavera, el renacer de la naturaleza, la llegada de los largos días y del esplendor del sol; esta era, al parecer, la gran fiesta religiosa, pero también popular y, tradicionalmente, de descubrimiento amoroso: las jóvenes que al llegar el invierno se recogieron adolescentes en casa surgían en primavera convertidas en resplandecientes mujeres, llenas de encantos sorprendentes, y los chicos granujientos aparecían transformados en esbeltos mozos, aspirantes a entrar en la comunidad de los guerreros. Finalmente, Lugnasad, la fiesta del dios Lug, patrono de la guerra y de todas las artes y actividades; fiesta cívica y patriótica y víspera de los trabajos más duros y reconfortantes del año: la recogida de la cosecha de cereales y de las frutas.

Probablemente, aunque este era el mayor de sus secretos, en esta última época o, quizá, en la estación siguiente, la primera del año, recogerían los druidas el muérdago, la planta maravillosa que era el antídoto contra todos los venenos y curaba la esterilidad y múltiples dolencias. Plinio, un especialista en la materia, escribe sobre los druidas: «Nada tienen más sagrado que el muérdago y el árbol que lo porta». Según el famoso naturalista, el druida, armado con una hoz de oro, buscaba el sexto día de la luna excepcionales robles sobre los que creciera este arbusto y lo cortaba pronunciando las oraciones o conjuros apropiadas para que las ramas recolectadas surtieran sus prodigiosos efectos.

Lamentablemente, Plinio no pudo enterarse a qué mes pertenecía esa sexta luna ni cuáles eran las frases mágicas que debían acompañar a la poda. Tampoco los alquimistas medievales, que se devanaron las meninges buscando la clave de esta planta parásita, cuya única utilidad conocida —dejando al margen su empleo como adorno navideño— es fabricar liga, una especie de goma pegajosa que se empleaba para cazar pájaros.

El más conocido de los druidas, por las diversas menciones que César hace de él, es el eduo Diviciaco, que fue comisionado por su pueblo para que lograra el apoyo de Roma ante la presión que estaba sufriendo por parte de los germanos. Diviciaco viajó a Roma, donde causó sensación por su elocuencia y lo atinado de sus juicios políticos y propuestas, y hasta el propio Cicerón dejó constancia de la admiración que le produjeron sus conocimientos. En el mundo céltico había centenares de druidas, y dedicados al difícil aprendizaje de la profesión, seguramente millares, lo que significa que, aunque iletrados, los celtas estaban en contacto con un mundo rico en ideas y experiencias y contaban con una cultura oral muy desarrollada. Estrabón confirma que mediante la persuasión «se dejan inducir de buen grado a hacer algo útil, como lo prueba la aplicación que demuestran actualmente [se refiere a su época, a caballo de nuestra era] para el estudio de las letras y el ejercicio de la elocuencia».

La lástima es que esos celtas disfrutaban y desarrollaban una cultura latina, mientras se perdía la céltica, arrasada por la romanización y la prohibición de la religión y las enseñanzas de los druidas por Augusto, Tiberio y Claudio, que provocó sublevaciones célticas cada vez más esporádicas y débiles. La evangelización de los territorios célticos centroeuropeos y británicos sepultó lo poco que iba quedando, salvo en Irlanda, donde el cristianismo no trató de erradicar las diversas manifestaciones de la cultura celta, sino de encauzarlas, prestándoles «un nuevo patronazgo y una nueva razón de ser», en palabras de Marco Simón.

Los monjes enseñaron a escribir a los celtas irlandeses y en las salas de estudio y escritura monacales se recopiló cuanto recordaba el pueblo de las viejas historias, mitos y leyendas de los celtas de Irlanda y sus representaciones artísticas tradicionales, estilizadas por los miniaturistas para iluminar no solo los textos gaélicos, sino también los de carácter religioso o profano de la nueva cultura nacida de la simbiosis de lo celta, lo latino y lo cristiano. Esos conventos formaron millares de misioneros que evangelizaron desde Europa central a Rusia y que, en algunos casos, regresaron a las tierras donde habían florecido los celtas para cristianizarlas y, de paso, recordar a sus habitantes sus viejas leyendas. Un caso fantástico es el de san Colombano, monje irlandés que en el siglo VI evangelizó la Bretaña francesa y amplias zonas de Renania, Austria y la llanura del Po, en Italia, fundando numerosos conventos y una regla conventual tan estricta que la de san Benito parecía leve. En Bretaña, junto a Saint Maló, existe una hermosa villa, Saint Coulon, que le tiene como patrono, porque según la tradición allí desembarcó el santo monje, junto con otros doce misioneros, tras haber viajado desde Irlanda hasta aquella playa, ¡navegando sobre una piedra!

Y una idea final sobre el arte céltico. No nos legó edificios importantes. No dejó una notable escultura en piedra: apenas un muestrario relativamente escaso, rudo y vigoroso, ejemplificado por los guerreros lusitanos, los verracos castellanos, las representaciones de dioses bifrontes de Roquepertuse, las cabezas cortadas de Entremont (ambas en Francia), rocas talladas en sus altares rupestres, como los de Ulaca (Ávila) o Mérida (Badajoz), y poco más. Donde brilla el talento artístico de los celtas es en la orfebrería, la metalurgia del bronce y el hierro y la cerámica, en cuya elaboración distinguen los especialistas numerosos estilos clasificados en los distintos momentos de Hallstatt y La Tène y en las diferentes áreas geográficas que se produjeron. Salvo las espadas, los cuernos, algunos grandes calderos, varios carritos votivos o rituales, los pocos escudos que han llegado hasta nosotros y algunos fantásticos cascos, con frecuencia más ceremoniales que de uso bélico, se trata, en general, de objetos de pequeño tamaño, a veces de unos pocos centímetros: torques, brazaletes, alfileres, pendientes, broches, vasos, collares, lúnulas, fíbulas, diademas, navajas de afeitar... Realmente, un legado escaso para un pueblo tan relevante, pero, expurgadas las influencias griegas y orientales, sus diseños son originales: denotan fantasía y capacidad de abstracción y ambigüedad, consonantes con el carácter céltico

y la elegancia que exigía la clientela aristocrática de ese arte.

## LA CODICIA DE MIDAS

Mientras se universalizaban las técnicas para convertir el hierro en el rey de los metales y mientras los celtas se expandían por gran parte de Europa, el mundo experimentaba otra revolución no menos trascendental: la difusión de la moneda, que se extendió con sorprendente rapidez por el Mediterráneo, de la mano de fenicios y griegos, y por el Próximo Oriente, gracias a los persas. Los pueblos célticos de la cultura de La Tène utilizaron moneda en sus transacciones comerciales e, incluso, los más afectados por los contactos con fenicios, griegos y otros emporios comerciales del Mediterráneo la acuñaron en oro, plata y bronce; hoy existen catalogadas más de 30 000 monedas batidas por las diversas tribus de las Galias.

Roma pasó del trueque a la cultura monetaria en el siglo VI a. C., utilizando piezas griegas, fenicias, lidias, frigias o persas, y no comenzó a acuñar moneda propia hasta mediados del siglo III a. C. Aunque sus cecas (taller donde se labra la moneda) fueron tardías, la expansión romana tendría mucho que ver con la universalización de los usos monetarios entre los celtas más occidentales y los pueblos germanos, ya en el borde de nuestra era.

Las primeras monedas aparecieron quizá en la India o en China, probablemente en el siglo XI a. C., pero en nuestro ámbito cultural no fueron acuñadas hasta el siglo VII a. C. en el reino de Lidia, situado en la zona más occidental de Asia Menor, con capital en Sardes. Hasta entonces, el comercio se había efectuado mediante el trueque de conchas, pieles, sílex, trigo, bueyes, vacas, carneros... y metales (oro, plata, bronce, hierro). El invento lidio fue acuñar piezas de electro (mezcla de oro y plata), luego, de oro, de plata o de bronce y, más tarde, de sus aleaciones y de combinaciones con otros metales, con peso fijado, una ley concreta (pureza del metal) y una contraseña que identificaba al emisor y, en consecuencia, al responsable de que fueran ciertas las propiedades de la moneda.

Pese al casi seguro origen lidio, una leyenda sitúa las primeras monedas en la vecina Frigia, donde reinaba el famoso rey Midas, cuyos buenos oficios le granjearon las simpatías de la deidad de aquella tierra, Dionisos, que le prometió concederle lo que le pidiera. Midas, personaje más codicioso que sagaz, pidió al dios el don de convertir en oro cuanto tocara. El comienzo fue maravilloso, pero los problemas del monarca llegaron cuando quiso saciar su hambre y los alimentos se convirtieron en oro, y cuando tuvo sed y tanto el vaso como el agua se tornaron en el precioso metal. Al cabo de dos días se hallaba al borde de la muerte ante la rechifla del alegre Dionisos y sus amigos.

El desesperado Midas terminó invocando al dios para que le librara de aquella pesadilla y este, advirtiéndole de que había que tener mucho cuidado con lo que se le

pedía a los dioses, le ordenó que se lavara en el río Pactolo, cuya agua se llevó el don del rey, no sin que antes la corriente extrajera de las manos de Midas una cantidad considerable que convirtió en auríferas las arenas del río, de modo que en ellas se buscaba el metal para acuñar las monedas.

Otra leyenda sobre el origen de la moneda es la de Giges, que fue rey de Lidia de forma absolutamente prodigiosa. Cuando de mozo era pastor, penetró en una cueva tras una oveja descarriada y tuvo que llegar al fondo para recuperarla; en esas estaba cuando, aterrorizado, advirtió que había allí un cadáver desnudo. Nada tenía en su cuerpo salvo una sortija. La joya no era muy espectacular, pero le pareció un tesoro al humilde pastor: se la puso, tomó su oveja y abandonó la cueva. Pronto notó que algo le pasaba al rebaño y al perro, pero no pudo advertir de qué se trataba hasta que, de regreso al poblado, un pastor, que no se molestó en saludarle, se preguntó en voz alta:

—¿Dónde estará Giges, que hoy vuelve solo su rebaño?

¡No le había visto! Giges volvió sobre sus pasos y dio varias vueltas alrededor de él y ¡nada! Optó entonces por hablarle y el hombre huyó dando aullidos, invocando a todos los espíritus protectores. Se quitó después la sortija y se la guardó en el bolsillo. Ya en el pueblo encontró a su amigo, que contaba espantado a un grupo de paisanos que un espíritu se había dirigido a él con la voz de Giges. Al verle, salieron a su encuentro y él juró por todo lo sagrado que no había visto ni había hablado con nadie.

Giges comenzó a planificar su futuro. Deseaba poder y riqueza. ¿Quién tenía eso en Lidia? El rey. Se puso la sortija, tornose invisible y penetró en palacio, donde se dedicó a deambular por las ricas estancias convenciéndose de la excelencia de su idea, y más cuando vio a la reina en su habitación y le pareció la más adorable de las mujeres. Luego encontró al soberano y, en cuanto estuvo cerca de una ventana, lo arrojó por ella.

Los lidios buscaban rey, pero ningún pretendiente osaba acercarse a palacio, pues quienes lo habían visitado aseguraban que estaba embrujado: escuchaban voces, veían moverse los objetos, incluso les habían tirado de las barbas. Salvo la reina, que parecía encantada con la nueva situación, pues entre el viejo monarca y el joven que se le metía en la cama todas las noches había un abismo. De acuerdo con ella, Giges se vistió ropajes de hombre de categoría y, con la sortija en el bolsillo, se presentó en palacio: la reina le aceptó como consorte y le asoció al trono. El rey Giges fue el primero en acuñar moneda en el mundo occidental; por eso, según el economista Jacques Attali, al que debo la mención de la leyenda de Giges: «La moneda hace invisible la violencia y reemplaza los cadáveres».

Lidia no perdió su empuje monetarista y uno de los sucesores de Giges, el gran Creso, batió monedas de forma almendrada y elevada pureza tanto de oro como de plata, en cuya cara figuran un león y un toro enfrentados, y en su cruz, un cuadratín incuso con el contraste. Este Creso, por cierto, es el fabuloso personaje al que se refiere la frase «¡Más rico que Creso!».

El uso de las monedas se difundió con suma rapidez y, con la misma velocidad,



las ciudades-Estado y las grandes potencias de la época advirtieron la carga propagandística y política que portaban: la fidelidad de su ley prestigiaba al emisor y favorecía su comercio, la propia belleza de la acuñación provocaba que una moneda fuera preferida a otra y la representación de una figura política universalizaba su fama. En fecha tan temprana como 527 a. C. los atenienses batieron tetradracmas de plata (17,2 gramos de metal puro en un 95%) con una bellísima *koré* de sonrisa arcaica en el anverso: se trata de una representación de Atenea, patrona de la ciudad; en el reverso figura una lechuza, símbolo de la diosa, junto con un ramo de olivo, árbol donado por Atenea a la ciudad. Esta moneda se acuñó durante casi un siglo, añadiéndosele a partir del año 490 a. C. un creciente, una media luna, que simbolizaba la victoria griega sobre los persas en Maratón.

Claro que los persas también habían descubierto el valor propagandístico de la moneda y acuñaban los daricos, en los que figuraba el gran rey arrodillado con un arco en la mano; esta moneda fue tan apreciada por su ley que circuló por todo el Mediterráneo y alcanzó el mundo céltico.

En el siglo VI a. C. se labraba moneda por todo el Mare Nostrum, con la particularidad de que paulatinamente iban desapareciendo los modelos almendrados, comunes al principio, y se imponían las formas redondas. De ese siglo se conocen bellos ejemplos de Corinto, Egina, Paestum o Sybaris (ciudad tan rica que todo lo hacía a lo grande, sin escatimar medios, por lo que de ahí deriva la voz «sibarita»).

Durante el siglo siguiente alcanzaría su apogeo el clasicismo griego, que se reflejó en la producción de las monedas más bellas de todos los tiempos. Por entonces trabajaba en Atenas el genial Fidias, que fue el comisario de las obras de la Acrópolis, el escultor que planificó las metopas del Partenón y el autor de la gran estatua de Atenea, construida con materiales preciosos y entronizada en el gran templo. Fidias fue acusado de sisar parte de los materiales, por lo que sufrió un proceso, que se complicó con otro por impiedad, y se vio obligado a abandonar Atenas. Eso propició que fuese a trabajar a Olimpia, donde levantó la famosa estatua criselefantina (de oro y marfil) de Zeus, reputada como una de las siete maravillas del mundo. La estatua desapareció, pero de ella queda como muestra una estátera de plata, acuñada en Olimpia hacia 421 a. C., en cuyo anverso figura, presumiblemente, la cabeza de la estatua de Fidias vista de perfil.

Y como ya ha habido varias alusiones al respecto y otras vendrán, abordemos el asunto de las siete maravillas del mundo antiguo, que es una clasificación tan indicativa como discutible de las creaciones geniales de la humanidad realizada en *De septem orbis miraculis*, una obra anónima del siglo II a. C. Son, por este orden: las pirámides de Egipto, los jardines colgantes de Babilonia, las murallas de Babilonia, la estatua criselefantina de Zeus Olímpico, el Coloso de Rodas, el templo de Diana en Éfeso y el mausoleo de Halicarnaso.

Antes de nuestra era se modificó la lista: los jardines colgantes y las murallas de

Babilonia fueron refundidos y el séptimo puesto lo ocuparon el faro de Alejandría o el altar de Pérgamo. En siglos posteriores y hasta nuestros días, el chovinismo de cada país ha tratado de incluir sus propias glorias monumentales en la lista maravillosa: el templo de Herodes en Jerusalén, la basílica Vaticana, el Taj Mahal, el monasterio de El Escorial, el palacio de Versalles...

Mas no nos dispersemos y volvamos a nuestras monedas. En el siglo IV a. C. Macedonia, respaldada por su dominio de Grecia y, sobre todo, por el fulgurante imperio conquistado por Alejandro, tendría una presencia espectacular en el mundo monetario. Las estáteras de oro acuñadas por el rey Filipo, con la efigie de Apolo grabada en el anverso, circularían desde el mundo céltico a Mesopotamia y Egipto. Mayor impacto tendría aún la moneda labrada en época de Alejandro y de los diadocos, sus sucesores, que circuló por todo el Mediterráneo activando exponencialmente el comercio. De este siglo data la costumbre de plasmar la efigie del soberano en el anverso de las monedas, buscando el efecto propagandístico, desde luego, con la consecuencia derivada de que hoy podemos conocer a aquellos soberanos retratados por los mejores grabadores de sus reinos: Alejandro, buena parte de los descendientes de Tolomeo Lágida (Egipto) o de Seleuco y Antíoco (Persia y Siria).

Una de las potencias de la época fue la pequeña isla de Rodas, en el Egeo, que, con solo 1460 kilómetros cuadrados y limitados recursos naturales, participó con papeles destacados en los conflictos de aquel tiempo, desde las Guerras Médicas a la Guerra del Peloponeso —siempre al lado de Esparta y en contra de Atenas—. ¿Cómo con tan poco se hizo valer tanto? Gracias a su posición estratégica, a su política naval y a su poderoso comercio, sostenido por monedas prestigiadas tanto por su calidad como por su belleza. El ascenso de Alejandro proporcionó a la isla uno de sus momentos más esplendorosos: el apoyo de su flota contra Tiro y la destrucción de esta ciudad fenicia le entregó su comercio; más aún, la fundación de Alejandría fue como el maná para Rodas, pues gozó de las enormes ventajas estratégicas y políticas que le brindaba un trato comercial favorable.

Precisamente ese comercio con Egipto y la pujanza de su moneda enfrentó a Rodas con uno de los monarcas poderosos del momento, el macedonio Demetrio —hijo de Antígono, general de Alejandro—, llamado Poliorcetes, «Expugnador de ciudades», por el buen arte que se daba para rendirlas; de ahí deriva el término «poliorcética», que es la técnica para el asedio de fortalezas. Demetrio asedió Rodas en 306 a. C. y, tras quince meses de inútiles esfuerzos, desistió de su propósito, llegó a una paz con los rodios y, según la leyenda, les regaló las máquinas que había fabricado durante el cerco; con el producto de la venta de los materiales de aquellos artefactos se reunió el dinero necesario para erigir una estatua a la entrada del magnífico puerto de la ciudad: el Coloso de Rodas, obra de Cares de Lindo, discípulo del gran escultor griego Lisipo, que trabajó en ella durante doce años.

Esta representación del dios Helios medía más de treinta metros de altura y

consistía en un esqueleto de hierro, revestido de cobre. La iconografía la ha presentado con sus piernas apoyadas a ambos lados de la boca del puerto —los barcos pasarían bajo ellas—; el Coloso tendría en su mano diestra un pebetero que serviría de faro y en la izquierda una flecha, como recuerdo del asedio. Esa imagen es mera fantasía. Realmente, la prodigiosa obra fue erigida sobre un pedestal en un lateral del puerto y su existencia fue realmente efímera: inaugurada hacia 290 a. C. fue derribada por un terremoto en 225 a. C. El montón de chatarra en que quedó convertida permaneció allí hasta que los árabes tomaron la ciudad en 653 d. C. y vendieron los restos a un judío que, según es fama, necesitó novecientos camellos para llevárselos.

Contemporáneo fue el apogeo de Pérgamo, capital del reino de Misia, uno de los que florecieron en la zona occidental de Asia Menor, junto a Frigia y Lidia. Debió su prosperidad al comercio y a la moneda, lo mismo que sus vecinos. Según la leyenda, Lisímaco, uno de los diadocos, erigió allí una acrópolis para guardar un fantástico tesoro procedente de Persia, de 9000 talentos (165 000 kilos de oro y plata), y lo puso bajo el gobierno de su lugarteniente Filetairo mientras combatía contra su excompañero Seleuco. Derrotado y muerto Lisímaco, Filetairo, con el respaldo de aquella inmensa fortuna, se proclamó rey y fundó la dinastía de los atálidas (en honor de su padre, Atalo), que legó a su sobrino, Eumenes I. Esta dinastía de astutos políticos, excelentes administradores y militares inundó los mercados mediterráneos con sus tetradracmas, fundidas con la plata persa, que durante buena parte del siglo III a. C. llevaron la efigie de Filetairo, impuesta por sus agradecidos sobrinos. Desde mediados de esta centuria, durante los reinados de Atalo I, Eumenes II y Atalo II, la pequeña Misia reunió un territorio considerable, dominando la mitad suroccidental de Asia Menor (Lidia, Caria, Panfilia y Frigia).

En el panorama internacional, los atálidas apostaron firmemente por Roma, de la que se convirtieron en el mejor aliado en Oriente. Esa alianza, que desembocaría en su incorporación voluntaria a la república romana en 133 a. C., cuando Atalo III así lo dispuso, les proporcionó una gran seguridad en sus fronteras, facilitó su papel de árbitros en la política del Mediterráneo oriental y les permitió dar rienda suelta a sus aficiones culturales y artísticas, que convirtieron Pérgamo en «la ciudad más celebrada de Asia», según Plinio. Fue famosa por sus pergaminos, sus perfumes y ungüentos —tanto medicinales como cosméticos— y las cerámicas que solían contenerlos.

Eumenes II fundó una magnífica biblioteca, arruinada, como se ha dicho, por el enamorado Marco Antonio, que regaló sus fondos a Cleopatra para compensar las destrucciones sufridas por la de Alejandría. La biblioteca reunió en su entorno a famosos filósofos, astrónomos, matemáticos, botánicos y médicos. La medicina y la farmacopea pergaménicas gozaron de gran fama: en las afueras de Pérgamo se encontraba el principal templo dedicado al culto de Asclepio, dios de la medicina, y junto a él se levantaba un hospital. De su famosa farmacopea baste decir que hasta

sus reyes, muy aficionados a la botánica, se dedicaban a ella: es el caso de Atalo III, un reputado especialista en venenos.

Todo esto generaba un gran movimiento económico y favorecía la circulación de sus prestigiadas tetradracmas, que tuvieron un nada despreciable campo de actuación gracias al «turismo» de la época. Pérgamo contaba con numerosos edificios de gran belleza, y la fiebre constructora y artística de la dinastía atálida puso en marcha una escuela de escultura que repercutiría en toda Grecia; allí trabajaron genios como Praxíteles, Mirón de Tebas y, probablemente, Antígono de Caristo.

El más famoso de los monumentos que embellecían Pérgamo fue el fantástico altar de Zeus, considerado como una de las maravillas de la Antigüedad, no solo por su bellísima realización y proporciones, sino, también, por su carácter innovador: sobre el arranque de cuatro escalones se levanta un basamento y, encima de este, un friso sobre el que fue esculpida la batalla entre los dioses y los gigantes, pieza maestra en la que trabajaron grandes artistas. Encima, una elegante columnata jónica, no muy alta, en cuyo centro se hallaba el área sacrificial, rematada por un sencillito tejado a dos aguas y escasa inclinación. A esa zona superior se accedía por una escalera, de solemne simplicidad.

A finales del siglo XIX, toda la formidable acrópolis era una informe montaña de ruinas y maleza que dominaba la modesta aldea turca de Bergama. Equipos arqueológicos alemanes comenzaron su excavación en 1878 y lo más notable de lo encontrado, fundamentalmente los relieves del friso del altar de Zeus, fue llevado a Berlín, donde hoy se expone.

Con todo, entre los sucesores de Alejandro, los que más moneda acuñaron fueron, sin duda alguna, los seléucidas, es decir, los descendientes de Seleuco I Nicator («el Vencedor»). Este, lugarteniente de Alejandro y jefe de su caballería, fue el que mostró mayor capacidad militar y visión política de los diadocos, y poco le faltó para reunir las diversas piezas del inmenso imperio alejandrino. Entre sus muchas fundaciones se encuentra Antioquía, que, aunque ya existiera, él transformó en una gran ciudad y en la capital de su dinastía en Siria, tierra de paso que se convirtió en el corazón de un imperio. Sus descendientes, tras numerosos avatares, perpetuaron su poder dos siglos y medio. De esta manera, la moneda seléucida circuló desde las costas mediterráneas hasta la India y desde el mar Negro hasta Egipto, y su plata de buena ley seguía moviéndose en las transacciones comerciales un siglo después de que hubiera desaparecido su poder.

En la historia de Seleuco hay un episodio que pregona la generosidad del personaje. Contaba alrededor de sesenta años en el momento de contraer matrimonio con Estratónica, hija de Demetrio Poliorcetes, al que hemos visto en el asedio de Rodas. Cuando el rey presentó a su segunda esposa a su familia, el heredero del trono, Antíoco, quedó deslumbrado por la belleza y gracia de su jovencísima madrastra. Tanta fue su obsesión que todo pretexto le parecía bueno para emprender viajes que le alejaran de palacio y para dirigir las más expuestas misiones militares.

Al final, Antíoco cayó enfermo sin que los médicos de la corte acertaran a dictaminar el origen de sus males. Al parecer, quiso la casualidad que mientras Seleuco visitaba angustiado a su hijo enfermo, pasara por la habitación la reina Estratónica y Antíoco sufrió tal impresión que el padre adivinó al punto el origen de los males de su heredero.

El veterano monarca quiso saber los sentimientos de su esposa hacia el príncipe y se enteró de que ella también le estimaba, pero que siempre se había mantenido apartada de Antíoco por fidelidad a su marido. Entonces, Seleuco regresó a la habitación del enfermo:

—Un padre siempre está dispuesto a dar la vida por su hijo. Salvarte a ti me va a costar menos: una bella esposa, lo que a mi edad no es mucho perder. Por que recuperes la salud y en agradecimiento al respeto que tú y Estratónica me habéis guardado, te la entrego como esposa.

Antíoco sanó y se casó con Estratónica, siendo asociado al trono de su padre y recibiendo la gobernación de todas las tierras seléucidas situadas al este del Eúfrates, es decir, gran parte de lo que había sido el Imperio aqueménida.

El numismático Agustín Yáñez, mi lazarillo en este capítulo, resalta cómo en el último tercio del siglo III a. C. se produjo otro fenómeno interesante, de la mano de un emporio comercial como Cartago. Para evitar las dificultades que suscitaban los diferentes pesos y valores, a veces sin múltiplos sencillos, los cartagineses recurrieron a la unificación: partiendo del shekel fenicio de 7,20 gramos, los egipcios habían elaborado su moneda, la tetradracma de 14,4 gramos (dos shekels), y Cartago adoptó este sistema, logrando que también lo hiciera Siracusa, con lo que monedas y valores fueron similares en todo el Mediterráneo occidental. En la Península, por ejemplo, los cartagineses acuñaron en el 237 a. C. monedas de dos shekels para pagar las soldadas a sus mercenarios hispanos.

Roma, aunque tarde, como se ha dicho, también introdujo su impronta en la historia de las monedas. Para empezar, extendió la cultura monetaria hasta el último confín de su inmenso imperio. Además, creó un sistema decimal con múltiples monedas que favorecían el cambio, llegando a parámetros relativamente similares a los actuales: la más pequeña era el as; el denario —de donde procede el término «dinero»— valía diez ases (sobre el denario había dos divisiones: el sextercio, que era un cuarto de denario o dos ases y medio, y el quinario, que era medio denario, o sea, cinco ases). Más adelante se creó una moneda de oro, el áureo o *denarius aureus*, que, aunque apenas circulaba, equivalía a veinticinco denarios de plata.

La moneda de uso corriente en época republicana era de plata y sus valores más corrientes eran el denario, el sextercio y el as. En época imperial y hasta el siglo II de nuestra era, aunque con variaciones, las monedas de prestigio fueron el áureo y el medio áureo; en plata se batía el denario (dieciséis ases, que habían cambiado de equivalencia) y el medio denario; en cobre o bronce, el sextercio (cuatro ases), el

doble as, el as, el medio as y el cuarto.

¿Cuánto ganaba un romano? En una magnífica investigación, el historiador francés Jean-Louis Vatinel da una idea bastante precisa de cómo funcionaban las cosas en Roma al comienzo de nuestra era. Para empezar, la consideración del dinero era exactamente igual a la de hoy: «Un as tenéis, un as valéis; haber considerable, hombre considerado», escribía Petronio. La escala social tampoco era distinta: al margen de los esclavos, los obreros del campo recibían cuatro sextercios (más la comida) trabajando de sol a sol; los soldados ganaban algo parecido: unos mil sextercios al año, más la manutención y el equipo; un centurión, hasta 40 000 sextercios si era muy experimentado y apreciado; un profesor de retórica, unos 100 000 sextercios; un alto funcionario estatal, unos 200 000 sextercios; un médico famoso, 400 000 sextercios; los más altos cargos del Estado, un millón de sextercios.

¿Qué se podría comprar con esos salarios? ¿Cuál era el coste de la vida? No era barata la alimentación en Roma: una frugal comida para tres personas a base de algo de carne, unas pocas verduras, pan, queso, aceite y vino y algunos dátiles costaba más de un denario; ¿qué podría comer la familia del que solo ganaba un denario o menos? Y solo hablamos de alimentación, sin mencionar vestido, calzado, casa, muebles, combustible...

Por eso, los hogares de los romanos pobres eran la esencia de la miseria. Juvenal describe uno: «Codrus poseía una cama demasiado pequeña incluso para Prócula; seis cantaritos adornaban su alacena, encima de la cual había una copita con un asa y un chitón». Marcial describe otro, cuyo ocupante no podía pagar el alquiler e iba a ser desahuciado: «Una mala cama, una mesa coja, un infiernillo, una lámpara, un ánfora para conservar pescado, una marmita, un tazón de madera y un orinal».

La vajilla y la ropa también eran caras y más para la precaria economía de la clase humilde, de modo que sus enseres domésticos eran escasísimos; su ropa, mísera. Un cacharro para hervir agua, un as, lo mismo que una lámpara de aceite; un vaso para beber, el doble; un cubo para el agua, nueve; una marmita metálica debía de ser inalcanzable para los más humildes, pues en Pompeya se recompensaba con quince ases la devolución de una, que había sido robada. Una túnica se compraba por quince sextercios, aproximadamente lo mismo que unas sandalias.

En Roma, la mayoría de la población habitaba en viviendas alquiladas, en *insulae*, manzanas limitadas por cuatro calles, que podían alcanzar hasta seis pisos. Una casa de dimensiones no concretadas, pero en torno a cien metros, se alquilaba anualmente por 2000 sextercios; como la cantidad era inalcanzable para la mayoría, se subalquilaban las habitaciones, de modo que en esa superficie terminaban infraviviendo tres o cuatro familias; otros inquilinos realizaban obras para ganar espacio, convirtiendo las *insulae* en auténticos laberintos donde reinaban la miseria, el hacinamiento y la promiscuidad.

El esclavo era elemento casi indispensable incluso entre la clase media baja. Su precio rondaba al comienzo de nuestra era el millar de sextercios, el doble que una

mula, salvo que fuera un especialista, como un esclavo viticultor que se vendió por 8000 sextercios o un buen cocinero por el que un patricio pagó 10 000, pero el récord lo estableció un profesor de gramática: ¡700 000!

Una idea final del coste de las cosas nos la da un diálogo satírico hallado en una estela entre un viajero y un tabernero:

—Tabernero, hagamos cuentas.

—Tienes un sextercio de vino, un as por el pan y dos ases por el guiso.

—Conforme.

—Ocho ases por la moza.

—Conforme también.

—Y paja para la mula, dos ases.

—¡Esta maldita mula me arruinará!

El vino, muy apreciado y consumido por los romanos, resultaba barato cuando su calidad era ínfima; si era bueno, costaba caro. Como ahora. Un cartel de una taberna pompeyana anunciaba: «Aquí se bebe por un as; por dos se bebe mejor y por cuatro se bebe Falerno [un buen vino]».

Entre los siglos VI a. C. y I d. C. se agilizaron asombrosamente los instrumentos comerciales: nacieron el crédito y los réditos, las ventas a plazo, la letra de cambio, el pagaré, el seguro. Este, al parecer, lo inventaron los griegos cuando llegaron a Mesopotamia con Alejandro para aminorar las graves pérdidas que sufrían a causa de la huida de sus esclavos: instituyeron una prima que debían pagar los propietarios y con el dinero reunido se indemnizaba a los damnificados por esas fugas.

La letra de cambio y los pagarés, en forma rudimentaria, se hallan ya en tablillas babilónicas y asirias anteriores al nacimiento de la moneda y, aunque dentro de los parámetros que hoy utilizamos son de origen medieval, en lo básico fueron de común utilización por todo el comercio mediterráneo, entre otras cosas para impedir que los viajeros por tierra o por mar tuvieran que llevar encima grandes cantidades de dinero, exponiéndose a que se lo robaran ladrones y piratas. Bastaba una carta respaldada por un banquero para que en el lugar de destino se le entregara el dinero al portador.

El crédito, los réditos y la usura también se pierden en la noche de los tiempos: quien no pagaba un crédito podía ser castigado a muerte o a la cárcel hasta que pagara, o reducido a la esclavitud. El primer código romano (*Las doce tablas*), recopilación de leyes ancestrales por las que se había regido aquella sociedad, estipulaba que el deudor sería cortado en tantos trozos como acreedores tuviera y cada uno recibiría su porción.

Sociedades campesinas enteras fueron sumergidas en la miseria o la esclavitud cuando, a causa de una mala cosecha o del aumento de los impuestos, debían recurrir al crédito para salir adelante; si no pagaban el principal o los intereses, perdían sus propiedades e, incluso, sus tierras y la libertad. En algunos momentos hubo medidas políticas excepcionales para corregir la situación: por ejemplo, Solón sacó al

campesinado ateniense de la ruina y permitió que pudieran trabajar sus tierras reduciendo el valor de la moneda. Fue —asegura Attali— la primera devaluación que se conoce. El legislador ateniense perfeccionó su obra con la prohibición de que los acreedores pudieran recuperar su dinero esclavizando a los deudores, puso en libertad a los que la habían perdido por esa causa y les devolvió sus propiedades.

Aristóteles clamaba contra el cobro de intereses: «La forma más odiada de lucro es la usura (...), pues la moneda se ha hecho para el intercambio, no para la acumulación mediante el interés». El argumento del gran filósofo no pasó del intento moralizante. Cuentan que un prestamista de Assos (Asia Menor) colgó de su tenderete un cartel que decía: «Aquí se presta con interés; el que lo quiera sin interés debe dirigirse a casa de Aristóteles».

En Atenas no había bancos, pero como no era cosa de fiar los ahorros al colchón o meterlos debajo de un ladrillo, convirtieron a los dioses en banqueros. Los particulares depositaban sus caudales al amparo de un dios y recibían entre el 2% y el 3% de rentabilidad; pero ¡ojo!, a los dioses no les estaba prohibida la usura, por lo que prestaban incluso al 20% de interés. Cuenta Montanelli que el asunto cambió en época de Temístocles, que en la guerra contra los persas logró amasar una fortuna valorada en 500 000 dracmas (equivalentes a 2150 kilos de plata, cuyo valor hoy sería 1 125 000 euros, aproximadamente). Como no le convencieran los intereses que le ofrecían en los templos, negoció un interés del 5% con un banquero extranjero. En Atenas se escandalizaron no por la inversión de Temístocles, sino porque ese dinero beneficiara a otra economía. A partir de entonces, es decir, hacia el 470 a. C., comenzó a haber mercado de cambios y, enseguida, negocio bancario.

Otro capítulo es el crédito usurario, es decir, con un interés desmesurado, condenado universal y repetidamente. Eduardo Dato Iradier, abogado y político español asesinado por anarquistas catalanes en 1921, cuando era presidente del Consejo de Ministros, decía en el curso de una conferencia académica:

Desde Roma, por no remontar más allá el curso de la historia, viene la sociedad en lucha con la usura, perseguida por la legislación medieval y moderna, y secundada enérgicamente por la Iglesia con sus anatemas. Con todos luchó la usura y todos fueron vencidos. Burló la ley, se mofó de la amenaza canónica y, ¡oh ironía singular!, mientras la ley alfonsina negaba sepultura al usurero que en trance de muerte no confesaba su pecado, ella, la implacable usura, ha conseguido llevar a la fosa de la derogación la tasa del interés y bien puede enorgullecerse de que el sol no se pone nunca en sus dominios.

Y es que la codicia, la sed insaciable de riquezas —con lo cual enlazamos con la historia de Midas, del comienzo de nuestro breve recorrido por el nacimiento de la moneda— es una de las mayores pasiones que mueven y encadenan al hombre.



**DEL MITO A LA CONQUISTA DEL MUNDO****EN BUSCA DEL MINOTAURO**

**C**ronos y Rea habían tenido cinco hijos, pero el dueño del mundo, temeroso de que sus vástagos trataran de destronarle, se los tragó uno tras otro. Rea, desolada, urdió un plan para impedir que también se zampara al que tenía en sus entrañas, de modo que, en cuanto dio a luz, le puso por nombre Zeus, lo escondió en una cueva del monte Dicte, en Creta, y lo dejó al cuidado de la cabra-ninfa Amaltea. Volvió deprisa y entregó una piedra alargada envuelta en pañales a su celoso marido, que la engulló sin percibir el engaño.

Cuando Zeus creció, un pariente de Amaltea, el hombre-cabra Pan, se ocupó de su educación y, ya mozo, también intervino en su formación Metis, la bella ninfa marina, famosa por su sabiduría y múltiples recursos. Fue ella quien ideó la venganza de Zeus contra Cronos y, quizá, Pan, conocedor de todos los secretos del bosque, fue quien elaboró la poción que originó un cataclismo en el estómago del dios, que primero regurgitó la piedra y luego, uno tras otro, a los hijos que se había tragado: Hestia, Poseidón, Hades, Era y Deméter. Zeus, aceptado como jefe por sus agradecidos hermanos, presidió el Olimpo; entre todos terminarían con el dominio de los titanes y con la tiranía de su padre, al que confinaron en el Averno. A la vez, Zeus recompensó a quienes tanto le habían cuidado de niño: Amaltea recibió la constelación de Capricornio; Pan se contentó con ser dios de los bosques.

Creta fue, en adelante, un lugar muy apreciado por Zeus. Y así, cierto día, contemplando desde su alto sitio en el Olimpo las playas de Fenicia, llamó su atención un grupo de guapas chicas que recogían flores en los prados litorales y, entre ellas, una, la princesa Europa, le robó el corazón. Quiso la fortuna que pastaran por allí las vacas del rey fenicio y Zeus aprovechó la ocasión para mezclarse entre ellas, adoptando la apariencia de un bello toro. El revuelo del ganado atrajo la atención de las jóvenes hacia el hermoso semental. Se acercaron las muchachas, se atrevieron a acariciarlo e, incluso, Europa, osada, se subió sobre él.

No bien la sintió sobre sus lomos, se arrancó el toro, dispersó a las jóvenes y, derecho, se introdujo en la mar. Bella y bicho salvaron con exhalación las olas hasta llegar a las playas de Creta, donde Zeus recuperó su apariencia y Europa cayó en sus brazos. De esos amores nacieron Minos, Radamanto y Sarpedón, reyes fantásticos de las ciudades cretenses.

**POR LOS CAMINOS DE LA LEYENDA**

Esta u otras variantes del relato mítico eran bien conocidas por Arthur Evans (1851-1941), un sólido arqueólogo, conservador del Ashmolean Museum, que había seguido los descubrimientos del alemán Heinrich Schliemann. Tras algunas experiencias en Finlandia y Laponia, excavó en Sicilia, Dalmacia, Balcanes... Conoció Atenas y no perdió la ocasión de escarbar entre los montones de bagatelas, falsificaciones y piedras de dudoso origen de las tiendas de los anticuarios. Allí, hacia 1885, encontró varias piecillas con motivos marinos y signos grabados que ninguno de sus colegas de Oxford pudo descifrar. Evans intuyó que procedían de Creta. No conocía la isla, aunque sabía de memoria las palabras de Ulises en la *Odisea*:

En medio del vasto mar se encuentra el país de Creta, isla hermosa y fecunda; contiene innumerables hombres y noventa ciudades. Están mezcladas en ellas diversas lenguas; viven allí los aqueos, los magnánimos cretenses autóctonos, los cidonios, los dorios divididos en tres tribus y los divinos pelasgos.

La afirmación de Homero sobre la existencia de noventa ciudades era quizá exagerada, pero otro personaje que conocía sus obras de memoria y las tomaba como fuente de información arqueológica, Heinrich Schliemann, soñaba con excavar una colina cerca de Cnosos, en Creta. Después de todo lo visto en Troya, Micenas y Tirinto, el famoso arqueólogo alemán sospechaba que la clave era anterior a Micenas y se hallaba en Creta, tan poco excavada hasta entonces como famosa por la leyenda del Minotauro.

Todo el mundo sabía que el laberinto de Minos era tan intrincado que se había perdido hasta su autor, Dédalo, que tuvo que ingeniárselas para escapar de él gracias a unas alas unidas con cera a sus brazos; de allí salieron volando él y su hijo Ícaro, que le cogió gusto a las alturas y, pese a las advertencias paternas, se dirigió raudo hacia el Sol hasta que el calor derritió la cera y el desgraciado cayó al mar. El resto de la historia, no apta para los niños, era menos conocida. Minos, hijo del amor de Zeus por Europa, estaba desesperado: sin causa conocida, sus esposas solo parían reptiles y sabandijas. Finalmente logró la tan deseada paternidad con la bella Pasifae, que dio a luz a Fedra y a Ariadna. Todo era felicidad en el palacio de Cnosos, cuando el rey ofendió a su tío Poseidón, que se vengó de él atravesando en la vida de todos un bello toro.

El toro era en Creta objeto de culto, centro de juegos lúdicos y religiosos en los que bailarines, atletas, volatineros y recortadores, hombres y mujeres, saltaban y danzaban arriesgando la piel ante los cuernos de la bestia. Todas esas escenas estaban representadas en expresivos frescos en los muros del palacio y eran muy admiradas por Pasifae.

Y un día apareció en los jardines de palacio un toro fantástico del que Pasifae se enamoró perdidamente, y deseaba más que nada en el mundo la reina tener con él relaciones sexuales. Mas ¿cómo? Supo la ardiente Pasifae que había llegado a Creta un famoso ingeniero ateniense, Dédalo, fugitivo a causa de un crimen pasional, y le expuso sus pretensiones. Pese a sus reticencias, construyó Dédalo un artilugio,

Pasifae gozó a su toro, nació el fruto de sus amores y Minos no tardó ni un segundo en enterarse de quién era el padre, porque la criatura era un Minotauro, un hombre-toro.

Fuera de sí, Minos se apresuró a ocultar la prueba de su deshonor y recurrió a Dédalo, al que encargó construir un laberinto del que fuera imposible salir; el ingeniero se esmeró en la obra, dándose por satisfecho de que el rey no hubiera tomado venganza por su participación en el lance amoroso de Pasifae. ¡Se equivocaba!: cuando lo tuvo terminado, él y su hijo fueron a parar al laberinto, de donde solo pudieron escapar volando.

Entre tanto, el Minotauro se había convertido en una bestia feroz que recorría el laberinto bufando y dando tamañas coces que temblaban hasta los cimientos. Para aplacarle, Minos le entregaba todos los años catorce jóvenes, siete de cada sexo, que constituían su pitanza preferida. Minos recababa ese tributo entre sus feudatarios hasta que le tocó pagar a Egeo, rey de Atenas, a quien le faltaba corazón para arrebatar a sus súbditos las chicas y chicos exigidos. Intervino entonces su hijo, Teseo:

—Padre, yo iré a Cnosos, mataré al Minotauro y devolveré sanos y salvos a mis compañeros de aventura.

Llegado el grupo de los jóvenes atenienses a Cnosos, fue agasajado en palacio, y allí la rubia princesa Ariadna sintió derretir su corazón de amor al contemplar al apuesto Teseo. Toda la noche caviló cómo salvarlo. De madrugada visitó al príncipe y le entregó un ovillo para que fuera soltando el cabo en cuanto penetrara en el laberinto. Así lo hizo Teseo: mató a la bestia y, siguiendo el hilo, alcanzó la salida, en la que le estaban esperando sus amigos atenienses y la enamorada Ariadna, que se fugó con él.

Por separado, Schliemann y Evans llegaron a similar conclusión: Creta había estado llena de «ciudades» y algunas habían sido tan poderosas que exigían tributos a otras, incluso en el continente. Utilizando los cantos homéricos y los viejos mitos como fuente informativa, Schliemann recorrió Creta y se fijó en un olivar plantado sobre una colina, pero indignado por la informalidad del dueño, que modificó los mojones de las lindes tras haber llegado a un acuerdo con el arqueólogo alemán, renunció a la operación y se fue de Creta para no regresar, pues fallecería un año después, en 1890.

Evans cayó a finales del siglo XIX por la región de Cnosos, consiguió un permiso para excavar y compró la colina del olivar que pretendiera Schliemann. En dos años sacó a la luz un enorme palacio que, con sus construcciones auxiliares, ocupaba 25 000 metros cuadrados. Aquel era, sin duda, el palacio de Cnosos, el palacio de Minos, que, probablemente, no era un personaje, sino un título real o el nombre de una dinastía. Anterior a Micenas, su grandiosidad mostraba a las claras que lo hallado en Tirinto y otras excavaciones, aunque pertenecía a la misma cultura, era un pálido reflejo de Cnosos, acaso dependencias coloniales.

Y, sin duda, Cnosos era el laberinto. El palacio propiamente dicho estaba erigido en una colina, se extendía por 17 000 metros cuadrados, descendiendo por la ladera a base de terrazas y escaleras laberínticamente enlazadas, y sumaba 1500 habitaciones de todo tipo, carácter y tamaño, en edificios de hasta cuatro alturas. Seguro que el visitante de Cnosos en su apogeo quedaría anonadado ante semejante sucesión de ambientes: patios, salones, aposentos, hornos para cocer el pan, cuartos de baño..., incapaz de hallar sin ayuda el acceso a su habitación o la salida a la calle. De sus dimensiones y magnificencia quizá los datos más elocuentes sean los de sus despensas, almacenes, silos y bodegas: ¡solo las tinajas de aceite encontradas por Evans tenían capacidad para 75 000 litros!

En el curso de sus prospecciones y en las tres décadas que tardó en elaborar los cuatro tomos que relatan, analizan y valoran sus trabajos, Evans concluyó que, partiendo de un poblamiento neolítico con unos 8000 o más años de antigüedad, floreció la cultura minoica entre el 3000 y el 1200 a. C., esto es, durante no menos de dieciséis o dieciocho siglos, con un momento de apogeo en torno a 1600 a. C., que correspondería a la época del mítico Minos. Pero Evans ya no tenía la exclusividad en Creta: en vísperas de la Gran Guerra trabajaban allí misiones arqueológicas italianas, francesas, alemanas, norteamericanas, griegas, sacando a la luz una decena de construcciones palaciales que empequeñecían cuanto hasta entonces se había hallado en el mundo griego.

¿Cómo se explica tal florecimiento económico y cultural cuando la mayor parte del Mediterráneo deambulaba por el Neolítico? Probablemente sus monarcas, al socaire de la prosperidad agrícola-ganadera, potenciaron las excelentes condiciones portuarias de la isla y las actividades a ellas vinculadas: pesca y comercio. La evolución de las técnicas de construcción naval y de navegación permitiría la exportación de los productos locales (vino, aceite, queso, salazones o ahumados de pescado, cueros, tejidos de lana) y la importación de lo que ofrecían las culturas más avanzadas del Creciente Fértil y Egipto.

Punto y aparte merecen dos especialidades artesanas locales: la cerámica y los trabajos en piedra, cuya extensión por el Mediterráneo demuestra el empuje comercial cretense. Merece recordarse la cerámica por su extraordinaria variedad de estilos, formas y tamaños, adecuados para múltiples usos, con una finura incomparable en aquella época y con una decoración distinta a cuanto modelaban los alfares más avanzados del Próximo Oriente y Egipto. La piedra no le fue a la zaga, gracias a la riqueza lítica de la isla: jarrones, vasos, tiestos, ánforas de caliza hermosamente veteadas. No menos relevante fue la industria del sello, en manos de escultores especializados en el trabajo de la miniatura pétreo. Y, además, otra impensable: en Creta hubo talleres donde se tallaban los clásicos idolitos cicládicos de piedra blanca.

Toda esta actividad, unida a la falta de conflictividad relevante —las ciudades no tenían murallas—, convirtió Creta en el emporio más importante del Mediterráneo y en la base de las flotas más poderosas, gobernadas por los marinos más competentes.

Eso le permitió avanzar a la vanguardia de la nueva fuente de riqueza: la metalurgia del bronce, la plata y el oro, y de una industria para la que crecía la demanda externa: las armas.

Esta talasocracia (imperio marítimo) dio lugar a una cultura urbana desarrollada, que erigió palacios superiores en extensión, magnificencia y comodidad a sus contemporáneos de Asiria, Babilonia o Egipto. En ellos dispusieron de agua corriente; de cuartos de baño cuyas aguas residuales iban a un alcantarillado que llegaba a fosas sépticas excavadas en las zonas más bajas; de profundas bodegas para conservar el vino.

Esos palacios principales —de los cuales se han hallado cuatro: Cnosos, Malia, Faistos y Zacro— funcionaban como epicentros urbanos, en torno a los cuales se organizaba la vida ciudadana: templos, edificios administrativos, zonas artesanales, agrarias, comerciales, residenciales. Los grandes centros —que, realmente, no eran muy grandes: 2000 habitantes y, en el caso de Cnosos, un máximo de 10 000— estaban comunicados con otros menos relevantes por vías transitadas por carros y caballerías.

En ese ambiente de estabilidad política y de paz, prosperidad artesanal, agrícola y comercial, se desarrolló una civilización refinada que, aparte de una notable arquitectura en piedra y de una cerámica comparable a lo mejor de su época, produjo extraordinarias manifestaciones pictóricas al fresco, aunque la destrucción nos haya dejado escasas muestras.

Jacobo Storch, al que mucho debo en estos temas, resalta que, aunque la influencia mesopotámica y egipcia es rastreable en materia de técnica, «la pintura minoica desarrolla un mundo peculiar en las formas y temas tratados en sus murales, muy alejados de las rigideces y los convencionalismos» de aquellas pinturas.

Los temas de inspiración son tan variados como los de la naturaleza: paisajes, plantas, animales terrestres y acuáticos, a veces extraídos de los bestiarios fantásticos de la mitología y siempre en movimiento esforzado. Los colores se aplican a discreción, buscando la efectividad y el contraste, al margen del realismo: pájaros y monos azules, delfines y toros polícromos... Pero lo más relevante es el tratamiento de la figura humana, mucho más moderna que la que estilaban sus más avanzados contemporáneos. Como escribe Storch:

El cuerpo humano en Creta es joven, de contextura atlética y muy ágil; siempre imberbes, los hombres tienen también el cabello largo y visten, generalmente, un faldellín corto más o menos complicado, algunas de cuyas formas son de claro origen egipcio. Las mujeres son muy conocidas por sus largos trajes ceremoniales de volantes y ceñido corsé, generalmente abierto y realzando unos senos que se muestran al desnudo (...).

Predominan las representaciones de grupos de hombres y mujeres presenciando algún tipo de acto (...) o en el momento de realizar una ceremonia (como) el juego del salto sobre el toro (...), las hermosísimas damas de la *Casa de las mujeres* o los viajeros en los barcos (...). Entre las figuras aisladas sobresalen dos: *La Parisina*, así llamada por Evans debido a su parecido con algunas mujeres del París modernista de la época de su hallazgo (...). Y el *Príncipe de los lirios*, o el *Príncipe sacerdote*, un fresco en relieve de estuco en el que un joven avanza gallardamente por un campo de lirios, sobrevolado por una mariposa.

Entre los enigmas cretenses se halla el de su alfabeto y lengua primitiva, anteriores a las invasiones micénicas, y su desaparición, casi súbita, tras su época de mayor florecimiento. Como en el caso de Mesopotamia, la prosperidad, el almacenamiento y el comercio obligaban a dejar constancia escrita de compras y ventas, de contratos y herencias. Los cretenses optaron por un sistema de escritura pictográfico (cuya mejor muestra es el magnífico disco de Faistos), de cuya evolución, afectada por otros elementos, derivará una escritura silábica que los filólogos denominan Lineal A, aparecida hacia 1650 a. C. y desaparecida hacia 1450 a. C., coincidiendo con el declive de la civilización cretense. La escritura Lineal A constituye un misterio. No ha podido ser descifrada y ni siquiera conocemos la lengua que se halla tras sus misteriosos signos.

El Lineal A fue sustituido por otro sistema de escritura silábica denominado Lineal B, descifrado hace seis décadas por el británico Michael Ventris, quien demostró que procedía del tronco heleno, prueba de que los aqueos micénicos habían dominado Creta e impuesto su lengua y su escritura.

Pero ¿cómo se produjo ese fenómeno?, ¿cómo los poderosos cretenses fueron conquistados por la emergente Micenas? La explicación más sencilla es la del gran arqueólogo griego Spyridon Marinatos: hacia 1500 a. C. se produjo una violentísima erupción volcánica en la isla de Tera, provocando un maremoto que arruinó la talasocracia cretense y aún los emporios comerciales de toda la zona.

La agricultura perdió varias cosechas como consecuencia de la caída de una asfixiante capa de ceniza. Cesó el comercio por falta de buques, instalaciones y géneros. La interrupción de la rutina comercial privó a Creta del mercado egipcio. Sobre la civilización minoica se abatió la pobreza, y con ella comenzaron las rivalidades y luchas entre los diversos centros de poder. Sin flota protectora, divididos y sin experiencia militar, los cretenses cayeron fácilmente en poder de los griegos micénicos y, hacia el siglo XII a. C., se apagó el último resplandor con las invasiones dorias.

### **EL ROSTRO DE AGAMENÓN**

En las navidades de 1876, el rey Jorge I de Grecia recibió el mejor regalo que hubiera podido desear. Desde una perdida estafeta de la Argólida había llegado un telegrama: «Con extraordinaria emoción y júbilo comunico a su majestad que he descubierto las tumbas en las que, según la tradición, están sepultados Agamenón, Casandra, Aurimedón y sus compañeros, asesinados por Clitemnestra y su amante Egisto durante el famoso banquete que les había ofrecido». Lo firmaba Heinrich Schliemann, que, en compañía de su esposa Sofía, acababa de conseguir en Micenas uno de los mayores éxitos de la arqueología de todos los tiempos y, seguramente, el más famoso del siglo XIX.

Heinrich Schliemann (Neubukow, Mecklenburg-Schwerin, 1822-Nápoles, 1890) fue hijo de un pastor protestante apasionado por la Antigüedad, afición que contagió a su heredero. Schliemann estaba dotado de una singular inteligencia, que utilizó para enriquecerse, aprender idiomas y adquirir, de forma autodidacta, una extraordinaria cultura clásica, especialmente literaria y mitológica. En cuanto tuvo ingresos buscó a un sacerdote griego y le contrató como profesor. Tiempo después, ya con 46 años, rico, culto, preparado y viudo, Schliemann dejó los negocios en manos de sus administradores y se trasladó a Grecia. Necesitaba una esposa y quería que fuera griega, para lo que escribió a su amigo y antiguo profesor, que ya era obispo: «Ha de ser pobre, pero culta, apasionada por Homero y por el renacimiento de nuestra querida Grecia... Ha de tener tipo griego, morena, de pelo negro y apuesta, pero, sobre todo, debe tener un corazón ardiente, capaz de amar». Así encontró a Sofía, de diecisiete años, sobrina del obispo. Se casaron en 1869.

Muy poco después de la boda, Schliemann comenzó a excavar en una zona situada en la actual Turquía, donde, por su interpretación de las descripciones homéricas, debía estar la mítica Troya. Asunto de pura fe: se dudaba de su existencia, creyéndola mera figuración literaria y las excavaciones efectuadas no habían logrado detectar nada. Pero Schliemann tenía una enorme ventaja sobre las misiones arqueológicas: entusiasmo ilimitado y recursos económicos inmensos (su fortuna se elevaría a unos ¡1000 millones de euros!).

Estaba a punto de dar fin a las excavaciones de la tercera campaña cuando ese mágico último golpe de azadón que todo arqueólogo espera abrió un hueco donde Heinrich intuyó que había hallado un tesoro. Licenció a sus obreros un día antes de lo acordado y se dispuso a disfrutar del hallazgo junto a Sofía: pieza a pieza extrajeron el contenido del escondrijo y se hallaron frente a lo que denominarían «el tesoro de Príamo», rey de Troya: objetos de cobre, recubiertos de tierra y ceniza, entre ellos un escudo como los descritos por Homero. Aquello era Troya, y aunque las piezas nada tuvieran que ver con la familia real, sí eran el ajuar de una familia pudiente.

Según su inventario, en Troya hallaron los Schliemann varios objetos de oro: dos diademas con cadenas y hojas colgantes, dos juegos de pendientes y colgantes, seis pulseras y 57 aretes finos y decenas de pequeños objetos de múltiples formas para ser cosidos sobre vestidos. Y, además, todo un ajuar doméstico, compuesto por múltiples vasijas de cobre y de cerámica.

Schliemann había descubierto Troya siguiendo al aedo (cantor épico o religioso, vate, poeta) a pies juntillas. Aquel rico hombre de negocios, con tanto interés por la antigua Grecia como desconocimiento de las técnicas arqueológicas, creía que los relatos de los poetas e historiadores de la Antigüedad contenían un importante fondo de verdad y precisión, no solamente en el tratamiento de personajes, instituciones y acontecimientos, sino, también, en la descripción de lugares monumentales, urbanos o geográficos. Esa fe le llevó a descubrir Troya, aunque fuese solo su acrópolis (estrato II, 2500-2000 a. C.), muy anterior a la guerra de Troya, en la que se sitúa la

discutida acción de la *Iliada* homérica (estrato VII-A, 1300-1200 a. C.). Eso no lo sabría nunca Schliemann. Dos décadas después, tras la muerte de su marido, Sofía financiaría las excavaciones del arqueólogo Dorpfeld, que fijó los diversos niveles de las ruinas. Realmente, durante 3000 años habían existido nueve ciudades distintas, asentada cada una de ellas sobre los restos de la anterior, y Schliemann había excavado uno de los estratos más antiguos.

Y con los clásicos como guía, Schliemann y Sofía se dirigieron hasta la inhóspita Micenas, cuyas viejas piedras se esparcían al pie de la árida y solitaria Eubea, la más perdida montaña de la Argólida.

Según el relato del dramaturgo Esquilo en su *Orestíada*, mientras Agamenón, el jefe de los griegos, combatía en Troya, Egisto —un príncipe pariente suyo— se quedó «tranquilamente en un rincón de Argos, donde pacen los caballos, seduciendo con palabras melifluas a la esposa de Agamenón» hasta hacerla caer en sus brazos. Cuando el héroe victorioso y algunos de sus compañeros de gloria regresaron a casa, Egisto les ofreció un banquete y, tras la comida, les degolló «lo mismo que se mata a un toro en su pesebre». La historia contada por Esquilo sigue ocho años más tarde, cuando Orestes, el hijo de Agamenón, regresa a Micenas y vengas a su padre, matando a su madre, la infiel Clitemnestra, y a Egisto, el traidor que había arrebatado a Agamenón esposa y vida.

Si aquello había ocurrido así —y Schliemann no tenía dudas sobre su veracidad—, las tumbas de Agamenón y sus amigos debían hallarse allí y el arqueólogo alemán preparó una campaña de excavación a lo grande, con cuantos medios podía desplegar. Sin duda, le movían la curiosidad arqueológica y, también, la ambición de la gloria y el hallazgo de un tesoro como el de Troya. Pero ¿por qué allí? Micenas era una zona arqueológica explorada, en la que ya habían hurgado ilustres arqueólogos y conocidos buscadores de antigüedades, como el alemán Ernst Curtius y el británico Thomas Bruce, séptimo lord Elgin, que se llevó a Gran Bretaña lo hallado en el Tesoro del Atreo (o Átrida, de los hijos del rey Atreo, Agamenón y Menelao), el gran túmulo que se halla a unos quinientos metros de la Puerta de los Leones de Micenas.

Pero Schliemann —criticado por su carencia de formación arqueológica y sus discutibles métodos de trabajo— creía que no habían buscado bien. Él había leído a Pausanias, historiador y geógrafo griego que en el siglo II d. C. había recorrido aquellas ruinas y conocía de memoria sus palabras. Refiriéndose a Micenas, en su *Descripción de Grecia*, Pausanias relata:

Quedan trozos de muralla y la puerta, sobre la que hay unos leones. Todo se dice que es obra de los Cíclopes, que también construyeron para Proteo la muralla de Tirinto. También hay en las ruinas de Micenas una fuente llamada Persea y las construcciones subterráneas de Atreo y de sus hijos, donde ocultaron sus tesoros. Allí se encuentra la tumba del Atreo y las de todos los que, al retorno de Ilion (Troya), fueron muertos por Egisto... Una pertenece a Agamenón, otra a Aurimedón, su auriga, otra a Telédamo y Pélope, hijos gemelos de Casandra, niños a los que Egisto mató junto con sus padres... Clitemnestra y Egisto están sepultados un poco apartados de la muralla, pues no se creyó que merecieran serlo dentro, donde yacen Agamenón y los que con él fueron muertos.



Para Schliemann, un texto claro como el agua. Y, sin aguardar la autorización oficial, inició unas excavaciones clandestinas que le obligaron a suspender. Aquella aventura filibustera le costó la reiterada negativa de las autoridades griegas a concederle una licencia para excavar en Micenas, a pesar de sus suculentas ofertas al Estado. Esto había ocurrido antes de su éxito en Troya, lo que cambió el criterio gubernamental: al socaire de su celebridad y fortuna, a Schliemann le bastó la insinuación de que donaría a Grecia el tesoro de Troya y la aceptación en los trabajos de un comisario oficial, Panayotis Stamatakis, para lograr el permiso.

Las excavaciones dieron comienzo el 7 de agosto de 1876 ante la Puerta de los Leones. Luego alcanzaron una zona donde identificaron un gran círculo de veintiséis metros de diámetro, determinado por una doble hilera de lajas de piedra perfectamente escuadradas y talladas y, a continuación, una especie de escalón de piedra que recorría todo el perímetro interior del círculo. Schliemann supuso que se hallaban en la plaza pública, el ágora. Aquel escalón sería el banco donde tomarían asiento los notables, y las piedras verticales servirían como respaldo. Si aquello era el ágora, el cementerio deberían buscarlo en otro lugar y eligieron el palacio, donde, quizá, el Atreo y sus descendientes «enterraron sus tesoros».

Mientras se retiraban los escombros, Heinrich buceaba en los autores antiguos en busca de una señal. Se acortaron los días y las horas de luz para el trabajo. Schliemann comenzó a releer a Pausanias y, en un capítulo de su *Descripción de Grecia* distinto al referido a Micenas, halló la descripción de otra ágora: «En ella se celebraban reuniones, consejos y deliberaciones, para que la tumba del héroe se hallara dentro del recinto de la asamblea». Fue una revelación. ¿Cómo no se había dado cuenta? Agamenón y sus compañeros, héroes de la guerra de Troya, habían sido enterrados bajo el ágora para que presidieran desde el más allá las asambleas.

Se concentraron todas las fuerzas en la excavación del ágora. La labor se hizo muy lenta, pero fueron apareciendo lajas verticales de piedra que identificaron como estelas funerarias, algunas de ellas talladas con motivos de guerreros, caballos y carros. El 6 de diciembre de 1876 lograron delimitar la primera tumba del ágora — realmente, como se supo más tarde, un círculo funerario— y en los días siguientes descubrieron un total de cinco amplias fosas. Las delimitaron y vaciaron con mimo, profundizando hasta cinco metros y hallando los restos de diecinueve adultos y de dos niños. La fe de Schliemann en los clásicos obtenía un fantástico premio: tenían ante ellos la opulenta Micenas, «rica en oro», según Homero. Lo cuenta el propio Schliemann:

Los rostros de los hombres se hallaban cubiertos con máscaras de oro y sus pechos, con coseletes, adornados de oro. En cuanto a las mujeres, dos de ellas portaban sendas bandas áureas sobre sus frentes y otra, una bella diadema. Los niños habían sido amortajados en tejido bordado en oro. Junto a los hombres, a mano, sus espadas, puñales, copas de oro y plata para las libaciones y otros objetos. Al lado de las mujeres, sus cofrecillos con los adminículos de tocador, también de oro, además de fíbulas de diversos metales y ricos vestidos adornados con colgantes de oro: discos, mariposas, pulpos, rosetas y espirales.

En la quinta fosa, que suponían la última, hallaron tres cuerpos masculinos adultos, con máscaras de oro y petos con incrustaciones también áureas. Al extraer las máscaras, dos de los cráneos se pulverizaron:

... pero la redondeada faz del tercero, sepultado en la zona septentrional de la tumba, se había conservado perfectamente, manteniendo parte de los tejidos. No conservaba el pelo, pero podían verse perfectamente los ojos y la boca, que, quizás a causa del peso que había soportado, se presentaba abierta, enseñando una dentadura de 32 piezas, lo que permitió diagnosticar que el individuo había muerto, aproximadamente, a los 35 años de edad.

Sin embargo, a Schliemann no fue esta máscara la que más le impresionó, sino otra, con las severas y hermosas facciones de un hombre maduro, al que, de inmediato, identificó como Agamenón.

El tesoro descubierto por Schliemann en Micenas era fantástico: en total, más de quince kilogramos de oro, lo cual nada era comparado con su valor histórico. Y todo casaba en el puzzle que, mentalmente, había desarrollado el arqueólogo alemán. Aquel era Agamenón; otro de los allí sepultados, su auriga; una de las mujeres sería, indudablemente, Casandra, la princesa troyana que le había tocado a Agamenón en el reparto; los restos de los dos niños corresponderían a los hijos de esta; los demás cuerpos, a los compañeros que habían regresado de la guerra junto al rey y que asistieron al criminal banquete.

Las investigaciones posteriores han cambiado un tanto la composición histórica de Schliemann. Este se dio por satisfecho tras descubrir cinco tumbas creyendo que estaba resuelto el misterio de Agamenón y su familia. Sin embargo, un siglo de trabajos, que aún continúan, han hallado nuevas sepulturas y ocho *tholos* más, la estructura de la acrópolis micénica y los subterráneos del palacio y más de tres millares de objetos. También fue errónea su datación. Las máscaras funerarias que extrajo de las tumbas del Círculo A no tenían relación alguna con el héroe homérico, pues datan del siglo XVI a. C., mientras que la guerra de Troya habría tenido lugar en torno a los siglos XIII y XII a. C.

En los años siguientes, Schliemann recopiló sus apuntes y observaciones, publicó su obra *Micenas*, realizó algunas excavaciones de escaso relieve en Olimpia y, en 1884, se implicó en la tercera gran campaña arqueológica de su vida, la de la fortaleza de Tirinto, cuyos muros bien merecen el calificativo de ciclópeos. Pero esa excavación no llenó sus ansias de conocimiento y, ya se ha dicho al hablar de Creta, comenzó a creer que la clave del enigma griego se hallaba en la isla. La excavación de Cnosos, que hubiera podido iniciar en 1887, hubiese redondeado su espectacular carrera de hallazgos, pero se interpusieron en su camino unas diferencias económicas. El 25 de diciembre de 1890 sufrió un colapso mientras caminaba solo por una calle de Nápoles y tardó en ser atendido en un hospital porque le tomaron por un indigente. Falleció al día siguiente, a los 68 años de edad.

Hemos seguido los pasos literario-arqueológicos de los Átridas, los más renombrados entre los pueblos micénicos. ¿Pero quiénes fueron estos? Hace unos

4200 años comenzaron a penetrar en Grecia pueblos indoeuropeos que destruyeron los débiles centros de poder autóctonos, dominaron el territorio, se fusionaron con las poblaciones heládicas locales y fundaron modestas poblaciones que no merecen el nombre de ciudades. En aquella remota época inicial sus casas eran pobres, pequeñas y construidas con adobe y madera; algunas, seguramente propiedad de príncipes o señores locales, eran más relevantes, pero no palacios. En ellas se distinguía el *mégaron*, una gran pieza rectangular que en sus orígenes debía comprender toda la casa y evolucionó hasta convertirse en un gran salón de cien o más metros cuadrados, con un fuego en el centro, que servía como lugar de reunión, de banquete, de consejo. Es el lugar legendario donde se encontraban los héroes para beber y contar sus hazañas. Homero se refiere al *mégaron* como «lo más digno de la morada real».

En suma, se trató, inicialmente, de gente dedicadas al pastoreo y a la agricultura, con una economía muy modesta, culturalmente pobre y cerrada, que desarrollará en el siguiente milenio, en contacto con el mundo minoico, una estructura económica más próspera, con creciente actividad comercial y poder naval. De esa sociedad surgieron elites políticas y guerreras opulentas, aunque todavía toscas, como se manifiesta en los enterramientos de Micenas.

Cuando Creta perdió su flota y su comercio, cuando se debilitó su economía y estallaron disensiones internas, los griegos micénicos, apenas castigados por el maremoto de Tera, invadieron la isla e impusieron su gobierno y, en poco tiempo, sus gustos, modos de vida y cultura. No pocos interpretan el mito de Teseo como la parábola de ese proceso: el héroe aqueo Teseo, harto de pagar el tributo de los catorce jóvenes, se dirige a Creta, mata al Minotauro con ayuda de la hija del rey, Ariadna, «la de las hermosas trenzas rubias», y luego la abandona. O sin mito: los aqueos, hartos de pagar tributos, aprovechan la debilidad cretense, invaden la isla, eliminan al Minos de Cnosos, probablemente con apoyo de facciones rivales, destruyen su palacio y, tras cierta convivencia, sojuzgan a los ocasionales aliados, imponen su poder, se hacen con sus rutas comerciales y se labran una prosperidad similar.

En contacto con Creta, los aqueos micénicos adquirieron parte de su gusto refinado por la pintura, la cerámica y las artes decorativas, así como el alfabeto, sin perder su perfil de guerreros, cazadores y constructores ciclópeos, dando lugar a una cultura propia de la que, materialmente, nos ha llegado poco, aparte de los sillares de algunos palacios y fortalezas, como las de Argos y Tirinto, el fantástico círculo de tumbas de Micenas y los *tholos* de sus príncipes, impresionantes sepulturas de falsa cúpula.

Pero de ese momento culminante de Micenas nos ha quedado, sobre todo, la época más fascinante de la mitología y la epopeya universales. Los héroes «de hermosas grebas» cantados por Homero en la *Iliada* son aqueos micénicos. Micénico, de Ítaca, es Ulises; micénico, de Tesalia, Aquiles; micénicos, de la Argólida, los Átridas, Agamenón y Menelao. El nivel Troya VII-A correspondería a la próspera ciudad destruida por los aqueos a mediados del siglo XIII a. C. y, desde luego, la

guerra no fue por rescatar a la hermosa Helena, secuestrada por Paris, sino por dominar las rutas del mar Negro, que permitían acceder a los cereales de las llanuras danubianas y al comercio del ámbar.

Dicen que Helena nació de un huevo. Ocurrió que el rijoso Zeus se enamoró de la bella Leda, esposa del espartano Tíndaro, que para escaparse del acoso se convirtió en cisne. No conocía aquella ingenua beldad las artes del padre de los dioses, que, de inmediato, se tornó en el más hermoso de los cisnes para deslumbrarla y conseguirla. El fruto de aquel trance fue la bella Helena. Tan hermosa que todos los príncipes aqueos pretendieron casarse con ella. Para evitar conflictos, su padre adoptivo, Tíndaro, hizo jurar a los pretendientes que aceptarían la decisión de Helena y que todos se unirían contra quien vulnerara su voluntad. Helena optó por el átrida Menelao, con inmenso enfado de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. Resulta que el apuesto Paris había dirimido en favor de Afrodita el concurso de belleza al que se había presentado junto con Hera y Atenea, optando a la «manzana de la discordia». Aquellas diosas tramposas trataron de vencer comprando al árbitro y fue Afrodita la que lo logró porque, además de ser la más hermosa, le había prometido darle como esposa a la más bella de las mujeres. ¿Cómo Helena se casaba con Menelao? Ni las diosas ni el amor se paran en barras: ayudado por Afrodita, Paris secuestró a Helena y se la llevó a Troya. Entró en vigor el juramento y los príncipes aqueos, de mejor o peor grado, alistaron a su gente, aparejaron sus naves y se lanzaron contra Troya.

Sobre la voluntad de Helena habría mucho que hablar. Según unos, aquella medio diosa, medio princesa, aparte de su hermosura, era una mujer virtuosa a la que únicamente pudo acceder Paris a causa de las artes de Afrodita; otros, en cambio, opinan todo lo contrario y creen que Helena estaba encantadísima en los brazos del bello y alegre Paris, en lugar de Menelao, que era un oso aburrido. Paris no era un Marte en el combate, pero sí un fantástico arquero, que acertó a flechar a Aquiles en el tobillo, su punto flaco, y le mandó al Hades. El caso es que, tras diez años de guerra, la argucia de Ulises de regalar a los troyanos un caballo de madera como voto por la paz y la amistad permitió a los aqueos, escondidos en la tripa del animal, traspasar los muros de Troya.

Cuando los troyanos quisieron darse cuenta, ya estaba el enemigo dentro, pasando a sangre y fuego la ciudad. Para entonces Paris ya había muerto y Helena, casada con un hermano del difunto, recibió feliz a los vencedores; así volvió al tálamo de Menelao, pero muerto este fue expulsada de Esparta y se refugió en Rodas, donde Polixa, celosa de las atenciones que le dispensaba su esposo, el rey Tlepólemo, la mandó asesinar.

Personaje contradictorio, Helena encarna el inmortal prototipo de la belleza y así la han representado brillantes artistas y literatos, desde la antigüedad greco-romana a nuestros días. Y así lo hizo Homero, que recopilaba, enlazaba y reconstruía historias, y que seguramente desconocía los motivos reales que provocaron aquel conflicto y, si

los conocía, le importaban un bledo. ¿Quién iba a escuchar a un bardo que cantara una vulgar guerra comercial pudiendo emocionarse con una fantástica confrontación entre héroes, con los dioses continuamente implicados en la melé, por salvar el honor de un rey y recuperar a Helena, con cuyas perfectas tetas se habían hecho los moldes para las más bellas copas de Grecia?

En tiempos de Homero, la época micénica sería recordada, sin duda, como la edad de oro del poder, del comercio y de los héroes. La referencia absoluta. Porque, ¿no fueron los héroes quienes aportaron toda aquella prosperidad? ¿No fueron ellos los que descubrieron ignotos lugares de donde trajeron cosas maravillosas? ¿Y no fueron Teseo, Ulises, Jasón o Perseo los que liberaron Grecia de la dominación extranjera y abrieron las rutas del mar y del comercio con lejanas tierras, como Sicilia, el sur de Italia, el mar Negro, Chipre o las costas de Siria? ¿No fue en su época cuando las naves micénicas comerciaban con Egipto, Fenicia y todos los puertos del Egeo y Asia Menor, y cuando sus reyes firmaban tratados con poderosos imperios como Hatti?

La historia, amasada con mitos, leyendas y héroes, formó la sustancia del espíritu griego, su feroz localismo, pero el nacionalismo heleno se forjó también contra Troya. Aquella guerra perdida entre las brumas de la epopeya se convertiría siglos después, en el enfrentamiento con Asia, en el antecedente de las invasiones persas. Más aún, la guerra contra Troya sería el recuerdo dorado de la alianza de los griegos contra el enemigo común, unión que no lograron contra el Gran Rey.

Y, de pronto, a comienzos del siglo XII a. C., los héroes fueron abatidos, las murallas ciclópeas, asaltadas, los palacios, quemados, los emporios comerciales, arruinados, las flotas, hundidas. «Sin que sepamos el cómo y el porqué —escribe Branco Freijeiro— sobreviene la catástrofe. Ni las riquezas, ni los ejércitos, ni las pavorosas murallas que rodearon sus ciudades libraron a los micénicos del calamitoso fin que les aguardaba».

¿Quién puso fin a la gloria de Micenas? Tradicionalmente se creyó que, debilitados por la larguísima y sangrienta guerra de Troya, los aqueos micénicos fueron presa fácil de los dorios, un pueblo de duros y aguerridos montañeses que habitaban en Grecia central en torno al monte Parnaso. La responsabilidad de los dorios en ese desastre estaba respaldada por la leyenda de los Heraclidas, los descendientes de Heracles (Hércules), que fueron desposeídos de la Argólida por el rey Euristeo, aquel monarca que había tenido durante doce años a su servicio al fundador de la dinastía, obligándole a realizar los famosos doce trabajos. El caso es que los descendientes de Heracles tuvieron que huir a las montañas, donde fueron acogidos por Egimio, rey de los dorios; más aún, Hilo, hijo de Heracles, fue prohijado por el monarca y, al frente de un ejército dorio, regresó al Peloponeso, venció a Euristeo y le dio muerte.

Pero no terminaron ahí las peripecias de los Heraclidas, pues sobre aquella tierra

cayó el azote de la peste. Interrogado el oráculo, manifestó que la pandemia se debía al retorno precipitado de los Heraclidas; para que cesase el castigo, habían de marcharse y no regresar a aquella tierra hasta «pasado el tercer fruto». Los sucesores de Heracles volvieron a las montañas y se presentaron tres años después, suscitando nuevas tragedias. En vista de ello, consultaron de nuevo al oráculo y este les aclaró su vaticinio: el tercer fruto no era la tercera cosecha de la tierra, sino la tercera generación de los descendientes de Heracles, de modo que, tras esperar 75 años, regresaron, recuperaron el Peloponeso y se lo repartieron.

Leyenda aparte, la investigación moderna ha demostrado que los dorios eran un pueblo de origen indoeuropeo que debió de penetrar en tierras helenas durante el II milenio a. C., y que vivía en Grecia en contacto con los reinos micénicos, probablemente subordinado a ellos. La leyenda de los Heraclidas refleja, sin embargo, aspectos no contemplados antes: problemas internos entre príncipes, ciudades o familias que produjeron una revolución en la que los dorios lograron imponer su fuerza o su número. No hubo una invasión, más bien, se produjo un cambio radical, con la destrucción de los centros de poder, los palacios, unida a un debilitamiento de las estructuras económicas, sociales y políticas.

Pero tampoco eso explicaría un declive tan rápido y brutal, hasta el punto que, en palabras de Antonio Blanco, «de no haberse conservado las técnicas de la cerámica de torno y de la metalurgia del bronce, podría hablarse de un retorno a la Prehistoria». A la inestabilidad interna deben añadirse otros dos factores: una intensa actividad sísmica y la invasión de los pueblos del mar, cuya presencia en la región también se advierte en esta época.

Por esos motivos concatenados y, acaso, por otros, el mundo griego, tal como sintetiza Manuel Bendala:

... quedó sumido en una profunda recesión: desaparecida la vida urbana, con una sociedad desarticulada y apenas atareada en una economía de subsistencia, prácticamente aislada. Se había regresado, en pocas palabras, a una protohistoria (...). Pero la realidad posterior demuestra que el pueblo griego mantuvo de alguna manera, como hibernada, una parte de su cultura, y habría de recuperarse con ímpetu suficiente como para cubrir las etapas más brillantes de su historia. ¿Quién no admite esa misteriosa perduración del legado micénico teniendo en las manos los poemas homéricos?

## **TRAS LOS PASOS DE HOMERO**

Y sacando la afilada espada que al costado pendía, grande y pesada, se arrojó sobre Aquiles, semejante al águila que, sosteniéndose en las alturas, desciende al llano por entre las nubes sombrías para coger la débil oveja o la liebre tímida. Así se abalanzaba Héctor, blandiendo la espada afilada. Y colmando de una rabia feroz su corazón, Aquiles se abalanzó también al priamida. Y llevaba en el pecho su hermoso escudo, y agitaba su casco relumbrante, que tenía cuatro conos y espléndidas y oscilantes crines sujetas por Hefesto a la cimera. Cual en medio de los astros de la noche se alza el Héspero, la más bella de las estrellas uránicas, así resplandecía el relámpago de la punta de bronce que, para perdición de Héctor, blandía el périda, buscando en su bello cuerpo un sitio donde herir. Las hermosas armas de bronce que el priamida había arrebatado al cadáver de Patroclo cubríanle por completo, excepto en la unión del cuello con el hombro, por donde más pronta es la fuga del alma. Allí clavó el divino Aquiles

su lanza, cuya punta atravesó el cuello de Héctor; pero no cortole la garganta la pesada lanza de bronce y podía él todavía hablar... (*Iliada*, XXII, 305-330).

Este es el momento culminante de la *Iliada*, en el que su indiscutible protagonista, el griego Aquiles, hijo de Peleo, venga la muerte de su amigo Patroclo, matando en singular duelo al héroe troyano, Héctor, hijo de Príamo. Y esta es la vivacidad, el color y la estremecedora grandeza de la narración homérica. Pero ¿quién fue Homero? O, incluso, ¿existió Homero? En la antigua Grecia nadie dudaba de ello, aunque solo se conocieran sus leyendas, pero el asunto se ha debatido hasta la saciedad a partir del siglo XVII; hoy, la mayoría de los especialistas supone que existió entre los siglos IX y VIII a. C.

Sobre su vida nada se sabe. Lo que sí parece cierto es que los textos de las dos obras maestras que se le atribuyen, la *Iliada* y la *Odisea*, con las aportaciones finales de los Homéridas —familia de Quíos que pretendía descender de Homero y que había recopilado los poemas—, terminaron en manos del tirano ateniense Pisístrato, quien, con la ayuda de su hijo Hiparco, fijó en el siglo VI a. C. la redacción definitiva y escrita. Pero los escasos datos conocidos no resuelven ni la autoría ni el origen, ni si *Iliada* y *Odisea* han salido de la misma mano.

Respecto a las fuentes, hoy se cree en su pluralidad: tradiciones, poemas, leyendas orales y escritas, amalgamadas por uno o varios autores. Incluso, según sugiere Domingo Plácido, «el texto puede haber sido el resultado de la celebración del recitado monumental, con participación de varios aedos». Aunque no es menos cierto que los varios estilos que se observan entre la *Iliada* y la *Odisea* pueden deberse a la diferencia de las fuentes, los lugares e, incluso, la época en que el poeta, Homero o como se llamara, reunió, amalgamó y terminó la estructura de ambos poemas, que, como se ha visto, sufrieron interpolaciones posteriores al siglo VIII a. C.

Tan interesante como el misterio que rodea a Homero, a la autoría y origen de la *Iliada* y la *Odisea*, es la historicidad del relato, comenzando por la de la propia guerra.

Arrojó Héctor contra Áyax su lanza reluciente; pero este, al darse cuenta, evitó la pica de bronce, que alcanzó a Esquedio, hijo de Hifito (...). En mitad de la garganta se le clavó la pica, y la punta de bronce salió por el vértice del hombro. Cayó con ruido el hombre y sus armas retemblaron sobre él. Y Áyax pinchó en el vientre al bravo Forcis, hijo de Fénope, cuando defendía el cuerpo de Hipotoo. Rompió el bronce la concavidad de la coraza, y destrozole las entrañas. Y cayó él asiendo la tierra con sus manos, y retrocedieron las primeras filas, como también Héctor. Y entre grandes gritos, los argivos arrastraron muertos a Forcis y a Hipotoo y les quitaron las armas. (*Iliada*, XVII, 305-319).

Con este realismo, ritmo y expresividad narraba Homero uno de los combates que se desarrollaron en torno a Troya, y lo hacía muchos años después de que ocurriera, sin otra información que la oralmente aportada por cantos y leyendas. Esa es una de las numerosas facetas del problema homérico: el poeta canta un suceso cuya realidad todavía se debate, aunque se admita que los aqueos pudieron destruir la Troya del nivel VII-A.

Otro aspecto es la precisión. Homero describe con espeluznante detalle, sin duda interesado en poner los pelos de punta a su auditorio, decenas de combates en los que más que los movimientos de masas le interesan las confrontaciones entre héroes. No narra batallas en las que un estratega impone su pericia; le importan, como excelente conocedor de las emociones humanas, los duelos singulares, los retos de los campeones de uno u otro campo, que se abaten «como un águila» o como «un león» sobre un guerrero del bando contrario, al que se identifica por su nombre y estirpe, mientras se le escapa el alma por la brutal herida abierta por el bronce. El motivo del narrador es claro: su auditorio quedaría frío ante un relato genérico; por eso lo personaliza. Probablemente, las descripciones se ajustan a la realidad de la guerra de su tiempo, pues el combate cuerpo a cuerpo no habría cambiado tanto en los cuatro o cinco siglos transcurridos entre el presunto conflicto troyano y la época homérica. Más aún, seguro que escucharía numerosas versiones de primera mano sobre ese tipo de combates y, si fue soldado, incluso habría participado en ellos. Se advierten, sin embargo, importantes anacronismos en las armas y equipos, que sí habían variado: a veces, dota a sus héroes de las armas que existían en el siglo VIII a. C. y otras les equipa con panoplias muy anteriores a Troya.

Nos interesa, en particular, el reflejo de la vida y la sociedad de la época en ambas obras maestras, que aportan cuanta información tenemos —aparte de las muestras pobres que brinda la arqueología— sobre la Edad Media de Grecia, no en vano llamada «oscura», que transcurre entre la desaparición de la civilización micénica y la Época Arcaica, es decir, entre los siglos XII y VIII a. C. En esos cuatrocientos años, aproximadamente, los datos arqueológicos denotan una recesión y empobrecimiento llamativos, con la excepción de la cerámica, que produjo el fenómeno geométrico. Su profusa utilización en los ajuares funerarios nos ha legado la única forma avanzada de la cultura griega de la época. Este tipo de cerámica, de gran calidad y finura, probablemente debido a la utilización de un torno mejorado, se inició en Atenas y se difundió por la península y las islas, aportando cada región sus peculiaridades. De variada forma, en su momento más evolucionado, esta cerámica proporcionaba a los artistas una base de color ocre claro sobre la que plasmaban una decoración oscura de tipo geométrico —líneas paralelas, onduladas, meandros de ángulo recto, zig-zags, dameros, círculos— y, finalmente, figuras zoomorfas y humanas muy esquematizadas, que terminarán narrando auténticas historias. El espíritu que había forjado las civilizaciones de Creta y Micenas seguía vivo.

Nadie lo diría al ver lo que muestran los demás restos arqueológicos. Han desaparecido las ciudades. La gente sobrevive a duras penas en aldeas paupérrimas de cabañas que habían retornado a formas neolíticas redondeadas, erigidas con adobe y paja, en el mejor de los casos sobre un zócalo de piedra. Villorrios —con escasas excepciones— sin protección exterior o tan débil que no ha dejado rastros.

Ese panorama comenzó a cambiar entre los siglos IX y VIII a. C., en los que los ajuares funerarios denotan cierta prosperidad: en los masculinos se hallan algunas



armas de bronce; en los femeninos, alfilerones con el vástago de hierro rematado por una bolita de bronce. Aunque excepcionales, se han excavado tumbas con modestas joyas de oro y algunos objetos de importación. Estaba resucitando el comercio.

Otro avance es el hierro, que ofrece pocas muestras arqueológicas, porque la corrosión ha hecho desaparecer las armas y herramientas férreas que, sin duda, existieron. Recuérdese, en la *Odisea*, la vívida comparación entre el crepitar del ojo del cíclope, que hierve cuando Ulises y sus compañeros le clavan la estaca incandescente, y el del hierro al rojo vivo cuando el herrero lo sumerge en el agua. Si el poeta lo había visto y escuchado es que el hierro se trabajaba en su época.

Y ya tenemos a las dos grandes epopeyas aportando información sobre el periodo en que se compusieron. Las escenas que construye Homero no pueden ser troyanas; ya ha quedado claro que, salvo por lejanas referencias, sabía poco de los auténticos perfiles del conflicto, aunque trataba de hacer verosímil la vieja historia, adornando su narración con detalles arcaicos —como el uso de determinadas armas— obtenidos de fuentes antiguas. Por tanto, si apartamos los elementos «envejecedores», tendremos que las descripciones homéricas retratan un momento histórico a caballo entre los siglos IX y VIII a. C. Una sociedad pobre, reunida en pequeños centros de población, regida por una aristocracia basada en las armas o la agricultura y, quizá en algunos lugares, por una incipiente monarquía. Unas elites sociales iletradas, celosas de su honor, violentas, prestas a llegar a las manos y casi amorales, pues nada se opone a sus deseos. El fantástico Ulises es una figura paradigmática de esa moral relajada: mentiroso, infiel, vengativo, cruel. Para estos personajes solo parece haber dos cosas sagradas: la amistad y la hospitalidad, quizá porque ambas eran imprescindibles para sobrevivir en tiempos tan difíciles.

La escritura había desaparecido. El aedo no menciona a escriba alguno; los héroes de la Edad Media de Grecia no leían poemas; sus goces eran mucho más primarios: disfrutaban con algunos objetos hermosos, como las armas primorosamente cinceladas, para presumir de ellas antes del combate, o las bellas copas o los vasos de bronce bien labrado, para beber «dulce vino»; y con las comilonas, a base de corderos, lechones o jabalíes, en toda ocasión señalada: la llegada de un huésped, una boda, un funeral, una fiesta religiosa. Cuando Ulises, Fénix y Áyax visitaron a Aquiles para convencerle de que depusiera su cólera y volviese al combate, el héroe les recibió alborozado y pidió a su amigo Patroclo:

«Tráenos una gran crátera, haz una dulce mixtura y prepara sendas copas, pues a mi tienda han venido hombres que me son muy queridos» (...). Aquiles dispuso en un gran tajo, cerca de la lumbre, el lomo de una oveja, el de una rolliza cabra y el de un cerdo cebado. Y mientras sujetaba Automedonte la carne aquella, el divino Aquiles cortábala en pedazos, ensartándolos en largos pasadores (...). Puso los pasadores por encima de los carbones apoyándolos en piedras y los espolvoreó con sal sagrada. Y asados ya los pedazos de carne, los colocó en la mesa Patroclo, repartiendo el pan en lindas cestas. Y Aquiles trinchó la carne y se sentó frente al divino Ulises, ordenando a Patroclo que ofreciera sacrificio a los dioses. Y este hizo libaciones en el fuego. Y todos tendieron las manos hacia los manjares que servían de ofrendas. Y apagadas el hambre y la sed de cada uno (...) el divino Ulises, llenando de vino su copa, habló así a Aquiles... (*Iliada*, IX, 200-220).

En la escena se observan hospitalidad, amistad, hábitos alimenticios y religiosidad: antes de comer, Patroclo hace libaciones en honor de los dioses. ¿Qué dioses? Bajo la autoridad del padre Zeus habitaba en el Olimpo una caterva de dioses poco ejemplares que, con frecuencia, no representaban virtudes sino habilidades, cuando no vicios. Eran deidades imaginadas por hombres que las configuraron como paradigma de sus propios intereses y pasiones. El genio creador de los griegos no se paraba en barras; los poetas se ganaban el pan creando deidades protectoras para las ciudades que les patrocinaban y, con fortuna, se encaramaban en el Olimpo.

Así se fue creando una corte olímpica en la que la jerarquía brillaba por su ausencia, pues aunque era general el reconocimiento de Zeus, todos trataban de engañarle y no dudaban en maldecirle o en desobedecerle. El Olimpo era una corte llena de rencillas, envidias, celos, chismes y rivalidades.

Pese a eso, existe una especificidad y una unicidad religiosas en la cultura griega, cuya configuración y ordenamiento, con todos los antecedentes que se quieran, se producen en esta época gracias a los poemas homéricos. Según Mario Veggetti:

... está aquí, en el politeísmo antropomórfico y ordenado según precisas relaciones funcionales y de poder de la *Iliada*, el signo de una extraordinaria revolución intelectual, que forja la religión griega en la que acabaría por ser su forma histórica.

Se trata todavía de un universo primitivo, pero tan determinado, tan definitivo, que Hesíodo, el poeta didáctico beocio, que vivió presumiblemente uno o dos siglos después que Homero, entretuvo sus largos inviernos de campesino escribiendo la *Teogonía*, la única «introducción a la religión griega» dedicada a ordenar el Olimpo, y no tuvo más remedio que organizarlo por generaciones, pero sin modificar la escala y propiedades fijadas. En un estadio inicial impera el Caos, de donde surge casi todo: el día, el cielo, la muerte, la fortuna, la pobreza, el rencor, la mentira, la discordia (de la que a su vez derivan la injusticia, el asesinato, la guerra). La primera generación de dioses está encabezada por Gea, la tierra, que se encuentra sola y, por tanto, por autofecundación, da a luz a Urano, el cielo, que cubre a Gea, de cuyo vientre surgirán todo tipo de monstruos, entre los que los cíclopes nos son familiares. No resulta raro, teniendo en cuenta que eran fruto de la coyunda de madre e hijo. El incesto, totalmente prohibido a los griegos, es, sin embargo, habitual entre sus dioses.

Tras algún reprensible fornicio extramatrimonial, Gea concibió a Dafne, la más pura y hermosa de las ninfas, que inflamó de amor el corazón del mismísimo Apolo. Pero dejémonos de pequeñeces: la gran generación de los descendientes de Gea y Urano fue la de los seis titanes y las seis titánides, en general, dioses de la naturaleza, algunos de los cuales dejarán gran rastro: Océano (dios de los mares); Rea (diosa madre), Mnémisine (diosa de la memoria) y Cronos (dios del mundo). El grave problema del matrimonio entre Gea y Urano era que este, temeroso de que uno de sus hijos le destronara, obligaba a Gea a tragárselos, de modo que la pobre tierra vivía con un doble dolor: la falta de sus hijos y la hinchazón que le producían en las

entrañas. Decidida a terminar con aquel tormento, convenció a Cronos para que castrara a su padre, proporcionándole una afiladísima hoz. Urano ya no volvería a ser él mismo y quedaría arrinconado, pero de su sangre en contacto con la tierra surgieron todo tipo de monstruos, entre ellos, las furias, y sus testículos, que terminaron en el mar, produjeron en contacto con las olas un remolino de espuma del que emergió la hermosa Afrodita, diosa del amor. Pero volvamos a Gea, que, con convulsiones que originaron varios cataclismos, pudo rescatar de sus entrañas a sus hijos los titanes.

La segunda generación, descendiente del Caos, engendró todo tipo de desgracias: el dolor, el lamento, el engaño, la discordia (Eris). En la tercer generación brotan decenas de deidades, pero las que nos interesan son Rea y Cronos, cuya historia ya hemos visto al hablar de Creta. De esa pareja de hermanos-esposos nacería la gran constelación de los dioses mayores, llamados olímpicos por su morada: Zeus (padre de los dioses, dueño del rayo, de la tempestad, protector de las *poleis* griegas y, en general, de los pueblos helenos), Deméter (madre de los cereales), Hera (esposa de Zeus, patrona del matrimonio, de la fidelidad de las esposas y de la fertilidad de la naturaleza), Hades (dueño del infierno), Poseidón (señor de los mares, en cuyas simas habitaba, gobernando los terremotos y sismos) y Hestia (virgen, protectora del hogar).

De ellos, de una u otra forma, surgirán el resto de los dioses, algunos fundamentales para los griegos, otros más o menos secundarios, salvo en las regiones donde se les rendía culto. Los que más interesaron a la mayoría de los helenos, además de los mencionados Zeus, Hera, Poseidón, Afrodita y Deméter, fueron:

- Atenea, prodigiosamente nacida de la cabeza de Zeus, hija predilecta, diosa guerrera, inteligente e industriosa, virgen tan bella y racional como fría, patrona de Atenas.
- Apolo, hijo de Zeus y Leto, polifacético protector de las musas, los rebaños, los navegantes, los aventureros, la profecía, supremo arquero, diestro con la lira, patrono de Delfos.
- Artemisa, hermana de Apolo, cazadora infalible con el arco, montaraz virgen seductora, tan deseable como peligrosa, patrona de los animales salvajes, de bosques y despoblados. Patrona también de Éfeso, su templo fue el único incluido entre las maravillas del mundo antiguo.
- Hermes, hijo de Zeus y de la ninfa Maya, dios de los caminos y peligroso compañero de viaje, astuto y ladrón; lleva calzado con alas porque los dioses le utilizan como mensajero y porta un bastón de caminante con propiedades mágicas. En su juventud, robó la vacada a Apolo; este revolvió Grecia entera para castigarle, pero el pícaro Hermes le aplacó regalándole la lira que acababa de inventar y enseñándole a tocarla; Apolo, complacido, le entregó las reses, por eso tenía también la devoción de pastores y gentes que vivían al raso. Fue padre de Pan, al que proporcionó un caramillo y sus aficiones por la

naturaleza y las zonas agrestes. Allí Pan vivía feliz, emborrachándose, tocando, bailando con los faunos y persiguiendo ninfas.

- Ares, hijo de Zeus y Hera —¡uno legítimo, al fin!—, violento y guerrero, pero no muy poderoso: Atenea casi le desgracia de una pedrada; el aqueo Diómedes a punto estuvo de liquidarlo de un lanzazo; se enfrentó a Hércules y casi perece; a sus hijos los mataba cualquiera y él no lograba vengarlos; fue prisionero de los gigantes durante casi un año y en una jaula seguiría si no lo hubiera liberado el astuto Hermes. A Ares, brutal y patético, quizá solo lo quería Afrodita, que con frecuencia lo acogía en su lecho: la bella y la bestia.
- Hefesto, del que ya hablamos al comenzar la metalurgia, un genio en la fragua, capaz de fabricar collares, pulseras, pendientes y broches auténticamente «divinos». De poco le servía, pues sus deformidades provocaban la hilaridad de sus colegas y sus desventuras amorosas: parece que estuvo loco por Atenea y que, en un momento de debilidad, la diosa lo admitió en su lecho, pero a última hora se echó atrás y el semen de Hefesto terminó en la tierra, donde engendró a Erictonio, que se crió en la Acrópolis y fue el primer rey de Atenas. Hefesto estuvo casado con la bella Afrodita, amante de Ares. Según uno de los chismes que sobre el asunto circulan, mientras se estaban dando un revolcón los vio Apolo y fue a contárselo a Hefesto, quien forjó una red mágica, la lanzó sobre los ensimismados amantes y los dejó allí, en pleno despendole, con gran regocijo del Olimpo en pleno.
- Dionisos, dios especial, no tanto por su origen, pues nació de una más de las aventuras amorosas de Zeus, como por sus ocupaciones: la naturaleza, la vegetación, la fiesta, la alegre compañía, la bebida sin tasa, la danza frenética de las bacantes al son de panderos y timbales, la bacanal, la orgía. En suma, el desmadre y la conculcación de las normas sociales. Se le representaba con un enorme falo, símbolo en este caso de su impulso creador, de la renovación de la naturaleza. También era patrono del teatro, por su temperamento artístico, la afición a las máscaras y a la farándula. Tenía mucho predicamento en Asia Menor, en Delfos y en Creta.

Aparte de estos y de los ya citados, hubo otros muchos, como Helios (el Sol), Selene (la Luna), Hécate (diosa de los caminos, tétrica bruja en vez de protectora de caminantes), Hades (dios de ultratumba), Thanatos (la muerte) o Niké (la victoria). Mención especial merece Eris (la discordia, madre del hambre, el dolor y la guerra; hermana de Thanatos y las Parcas, amiga de Ares, al que acompaña excitando a los combatientes en la batalla para enconar su furia). Salvo ella, todos los dioses fueron invitados a la boda de Tetis y Peleo, los padres de Aquiles, pues no en vano Tetis era una inmortal. Eris no soportó el desplante y, para vengarse, se presentó inopinadamente en el banquete y lanzó rodando por el suelo una manzana —la «manzana de la discordia»— que decía «para la más hermosa». Tres diosas la

pretendieron de inmediato: Hera, Atenea y Afrodita, y tal bronca montaron que hubo de intervenir Zeus y pedir a Mercurio que las acompañara hasta el monte Ida, donde un árbitro experto en el bello sexo, Paris, apacentaba su rebaño. Paris, engatusado por Afrodita, le entregó la manzana. La venganza de Eris, como sabe el lector, fue rotunda: su acción provocó la guerra de Troya, en la que pereció Aquiles, el hijo de Tetis y Peleo; murieron millares de héroes griegos y troyanos, muchos de ellos descendientes de los propios dioses; también cayó Paris, y Troya fue destruida.

Pese a un panteón tan escasamente edificante, los griegos eran religiosos a su manera: en esta época de precariedad económica y escasas posibilidades arquitectónicas, elevaban modestos templos a sus dioses, les ofrecían sacrificios, libaciones, cánticos y oraciones, anticipo del fasto con que las ciudades helenas honrarían después a sus divinidades. Los griegos creían en la salvación, gracias a la práctica de una religiosidad muy formal. Diógenes decía mordazmente que un bandido que supiera realizar un sacrificio y una libación correctamente pasaría con más holgura al mundo de los bienaventurados que un hombre honesto que se mostrara torpe en tales prácticas. Salvo en algunas sectas, no había fe ni espiritualidad entre ellos. Tampoco existía una clase sacerdotal: eran los magistrados, las autoridades civiles de la polis, los que ejercían como sacerdotes. Pero como sacrificios, libaciones, cánticos y rezos obedecían a un riguroso protocolo, eran ayudados por conocedores del oficio que ni pertenecían a una casta levítica ni obedecían a ningún reglamento o voto que les vinculara a la profesión.

Había, sí, especialistas que tenían un oficio más complicado, el de adivino: en el caso de los hombres, se les llamaba oráculos; si mujeres, pitonisas o pitias. En los poemas homéricos aparecen numerosas referencias a los oráculos, cuya habilidad debía de ser en algunos casos hereditaria. Hubo en Grecia centros proféticos famosos —el más importante en Delfos— y un cuerpo sacerdotal especializado en traducir el lenguaje críptico de oráculos y pitonisas, que, frecuentemente, hablaban en trance. De todo ello hablaremos más adelante.

El gran periodista y escritor italiano Indro Montanelli se chanea de la religión de los griegos y de su carencia de valores morales, pero admite que tenía una potente importancia política:

Con todo, fue la religión la que impuso aquellos fundamentales deberes sin los cuales ninguna sociedad puede existir. Convertía en sagrado y, por ende, indisoluble, el matrimonio, en moralmente obligatoria la procreación de hijos, y en apremiante la fidelidad a la familia, a la tribu y al Estado. El patriotismo de los griegos estaba estrechamente ligado a la religión y morir por el propio país equivalía a morir por sus dioses. Esto es tan verdad que, cuando los dioses fueron destruidos por la filosofía, los griegos, no sabiendo ya por quién morir, cesaron de combatir y se dejaron subyugar por los romanos, que todavía creían en sus dioses.

En Homero hallamos también información sobre la importancia de la familia, el papel de la mujer y el hombre, la educación de la prole o las costumbres. La mujer ocupaba un lugar distinguido. La mitad del Olimpo estaba formado por diosas, a

veces presumidas, casquivanas, murmuradoras y caprichosas, pero nunca insignificantes. Protegían el amor, la maternidad, la fertilidad, la prosperidad del hogar, la laboriosidad, la industria y hasta el valor.

El matrimonio lo decidían los padres y los de la chica tenían que ofrecer una dote, generalmente, ganado o, en el caso de gente rica, propiedades y regalos en armas y joyas. La edad de los contrayentes debía oscilar entre los dieciocho y los veinte años para la mujer y entre los veintiocho y los treinta para el hombre. La boda era una ceremonia civil de compromiso seguida de uno o varios días de fiesta: comida, bebida, música y danza al son de las flautas, esencialmente. Terminada la juerga, daba comienzo la vida cotidiana, el trabajo, la casa, el marido, la maternidad.

La mujer era fiel —salvo contadas excepciones, los guerreros de uno y otro bando disponen de esposas que soportan sus ausencias e infidelidades—, gobernaba el hogar, tejía y educaba a sus hijos en asuntos tales como la disciplina, el sacrificio, el amor a la familia y a la estirpe. Del padre dependía el aprendizaje del trabajo, del oficio (labrador, pastor, herrero, alfarero, albañil, carpintero y, según las familias, guerrero). Pero la educación de las hijas era asunto de la madre: limpiar, moler, cocer el pan, hilar, tejer, cuidar a sus hermanos pequeños... La comida era cosa de mujeres y hombres; ellas cocían verduras y legumbres y cocinaban pasteles; ellos mataban las reses, las desollaban para curtir la piel y preparaban las carnes. Las bebidas también eran competencia de los dos sexos: ellas elaboraban una especie de cerveza, que consumían los labradores; ellos, el vino, la bebida más apreciada, fundamental en el banquete de los héroes.

La casa de la gente pobre —casi todos— era muy simple. Constaba de dos o tres piezas: una para el ganado, otra para la familia y, si acaso, una tercera para almacén o despensa. En la habitación principal se hacía de todo: cocinar, comer, hilar y tejer y dormir. En las casas aristocráticas las habitaciones eran múltiples, dedicadas a usos especializados, pero tres resultaban imprescindibles: una gran despensa, el gineceo, para las mujeres, y el *mégaron*, el espacio noble donde el dueño recibía a sus amigos, a sus huéspedes, a sus clientes, a los guerreros de su grupo, a los políticos, en suma, a la *fratría*, tan importante para la formación de los ejércitos como para el gobierno de la comunidad.

En esta época primitiva, los invitados, quizá entre veinte y treinta, comían sentados alrededor del *mégaron* sobre pequeñas mesas individuales. El banquete, servido por esclavos o esclavas —a las mujeres libres les estaba vedado asistir—, solía tener dos partes: en la primera se consumía pan, vino y carne, bien escaso, alimento sagrado ofrecido a los dioses, se hablaba poco y los comensales estaban atentos a devorar sus porciones hasta saciarse; la segunda constituía la fiesta propiamente dicha: los invitados bebían vino y picaban pastelillos de avena y miel, charlaban del objeto de la reunión y escuchaban a un aedo recitar fragmentos de la *Iliada* o de la *Odisea*, acompañado por la cítara.

Pasados los tiempos oscuros, el banquete cambió sus formas. Los comensales

comían ahora tumbados sobre hermosos lechos; esta forma redujo a la mitad el número de invitados, que no solían superar los doce o dieciséis, salvo en los grandes palacios. Y el aedo cantor de los viejos poemas épicos fue sustituido por poetas que recitaban composiciones exaltando el valor y la belleza de la muerte en juventud de quienes combatían junto a los amigos por la polis o los dioses.

Paulatinamente aumentó la concurrencia: al guerrero empezó a acompañarlo su *erómenos*, su joven amante, que se sentaba a su lado y le escanciaba el vino. Asistían, también, esclavos que repartían los manjares, esclavas que, medio desnudas, tocaban instrumentos musicales, bailaban o realizaban acrobacias. Lo que venía luego ya se sabe: los chicos y las bailarinas terminaban en los lechos de los comensales y aquello degeneraba en una orgía. Aubulos, un poeta cómico ateniense del siglo IV a. C., escribía:

Yo solo mezclo tres cráteras para quienes son moderados; la primera es para la salud. La segunda es para el amor y el placer, la tercera, para el sueño; cuando se ha bebido esta, los más juiciosos se van a su casa. La cuarta crátera ya no es nuestra sino de la *hybris*, la quinta, del alboroto, la sexta, de la procesión de los borrachos y la séptima, la del ojo a la funerala. La octava es la de los tribunales, la novena, la de la bilis y la décima, la de la locura y la de destrozar todo el mobiliario (*Ateneo*, 2, 36).

En época homérica no existía una autoridad real; el poder, atomizado, se lo repartían las aristocracias locales, entre las que despuntaría inevitablemente un jefe por razones de riqueza, de fortaleza, de valor o buen juicio. Con el transcurso del tiempo, esa aristocracia estableció sus residencias en una acrópolis, altura fortificada, donde se erigieron, también, los edificios administrativos y religiosos; a sus pies creció el *asty*, popular y abierto. Al final de esta Edad Media de Grecia, se avanzó con rapidez hacia la polis, la ciudad-Estado, que, con frecuencia, solo abarcaba la zona urbana y un pequeño entorno de tierras agrícola-ganaderas.

En estas comunidades la mayoría eran hombres libres pero muy pobres, y la minoría, terratenientes que progresivamente incrementaban su hacienda comprando a la baja las tierras de los que, en época de malas cosechas, atravesaban tal miseria que ni disponían de semillas para sembrar. De esta manera, unos pocos llegaron a ser dueños de casi todo, mientras la mayoría se convertía en aparceros o sirvientes, en condiciones no mucho mejores que las de los esclavos, escasos en esta época.

Tal como se adelantó, entre los siglos IX y VIII a. C. mejoró el panorama económico y el comercio volvió a latir, sobre todo con Chipre, un centro metalúrgico de primer orden. Atenas, Eléusis, Corinto, Mileto y otras antiguas poblaciones portuarias salieron de su hibernación; aumentó la producción agraria, porque se advierte un fuerte incremento de la población, fenómeno que, unido al acaparamiento de las tierras, obligó a los griegos a emigrar. Regresaron entonces al mar, lanzando sus barcos hacia la península Itálica, Sicilia o Asia Menor, creando o resucitando prosperas colonias y ciudades: Naxos, Regio, Tarento, Siracusa, Trapezunte. Un fenómeno fantástico que promovió la prosperidad de Grecia, suscitando cambios sociales, urbanos y políticos; esparció por todo el Mediterráneo la cultura helénica,

que ejerció gran influencia en los pueblos con los que tuvo un contacto más íntimo y amplio, como en la Magna Grecia, y facilitó que esta recibiera aportaciones fundamentales de otras culturas, como, por ejemplo, de las ciudades fenicias, de donde tomó el alfabeto, probablemente a comienzos del siglo VIII a. C., adaptándolo y enriqueciéndolo.

### EL MOMENTO DE LOS LEGISLADORES

La polis, ese mini-Estado compuesto por la ciudad y las tierras agrícolas que la rodeaban, solía tener, como Atenas, Corinto o Tebas, unos 2000 kilómetros cuadrados; Esparta era más grande, pero la generalidad era mucho más pequeña.

Sin embargo, en esos reducidos espacios geográficos surgieron los «primeros Estados de derecho de la historia», según alguien ha dicho, formados por ciudadanos gobernados por un código de leyes que determinaban los deberes y derechos comunes. Con su inimitable estilo periodístico, Montanelli sintetiza lo que significó la polis:

Una mentalidad, costumbres y hábitos que nadie logrará destruir. El espíritu de la polis, o sea, aquella fuerza coagulante que hace de cada griego un ciudadano tan sensible a lo que sucede dentro como tan indiferente a cuanto ocurre fuera de su ciudad...

Por más que lengua, cultura y arte determinen un conjunto griego unitario —visión por la que tanto peleó el nacionalismo panhelénico del siglo XIX—, la realidad es que la atomización geográfica e histórica de los helenos fue tan extremada que incluso la polis solía parecerles demasiado grande: Platón decía que como máximo debería tener 5000 habitantes; Aristóteles rechazaba toda polis cuyos ciudadanos no se conocieran, al menos de vista. Atenas, en su máximo apogeo, con Pericles, no sobrepasaba los 50 000 habitantes. Tebas, seguramente la segunda polis por número de ciudadanos, no tendría más de 30 000; Corinto, quizá la tercera, apenas 20 000, y la próspera Olinto, epicentro de la liga calcídica, al noreste de la península, menos de 15 000.

Demóstenes, para expresar la maldad de un enemigo suyo, decía: «evita la ciudad», lo que en la Atenas del siglo IV a. C. debía de ser una acusación grave, y es que Atenas fue la quintaesencia de la polis. El Ática es una península de unos 2200 kilómetros cuadrados que penetra en dirección sureste en el mar Egeo; sus costas son escarpadas, con buenos puertos, como El Pireo, y su morfología, accidentada, con montañas prominentes que superan los 1200 metros y que forman amplios valles y algunas llanuras, donde se cultivan cereales, olivos, y son famosos sus higos y su miel. La cabaña de ganado lanar nunca fue rica. Los recursos minerales eran reducidos (sal, plata, hierro, plomo y poco más), salvo en el caso de la piedra, entre la que sobresale el mármol del Pentélico, y la arcilla. Así, la fuente de riqueza más



importante estaba en el mar, no solo por la pesca, que era abundante, sino por el comercio, para cuyo impulso y protección dispuso Atenas de una poderosa flota que fue señora del Mediterráneo oriental durante su época de esplendor y de una moneda prestigiosa, la dracma. El Ática debió contar con unos 250 000 habitantes, divididos en comunidades dependientes de Atenas, a veces con fuerte oposición, porque incluso en un área tan reducida surgían particularismos e intereses.

En este ámbito se desarrolló la grandeza de Atenas, cuya tradicional monarquía había sido sustituida por un gobierno aristocrático, el *arcontado*. Esta institución evolucionó desde designaciones vitalicias a un cuerpo de nueve magistrados, elegidos anualmente, que llevaban a cabo tareas especializadas: el *epónimo* se dedicaba a labores representativas, era, por así decirlo, el presidente de la República; el *basileos*, el rey, dirigía las ceremonias religiosas; el *polemarca* se ocupaba del ejército y la política defensiva; los seis restantes, llamados *tesmotetes*, vigilaban la observancia de las leyes.

De la judicatura se ocupaba el *areópago*, institución compuesta por antiguos arcontes de fama y virtudes contrastadas. El trabajo legislativo le correspondía a la *boulé*, un organismo compuesto por cuatrocientos ciudadanos, elegidos anualmente, que se reunían en el ágora. Finalmente, hay que citar el cuerpo electoral, la *ecclesia*, los ciudadanos, que votaban las leyes. En esencia, un sistema que no difiere mucho de una democracia y que era contemplado con reticencia por los extranjeros. El filósofo escita Anacarsis, famoso por su sabiduría, se burlaba: «Es curioso que según vuestra constitución las leyes sean elaboradas por los sabios y las deban aprobar los locos».

Trabajo fundamental fue el de los *tesmotetes*, que, según Aristóteles, fueron elegidos «para que redactaran por escrito y publicaran las normas de derecho tradicional y las conservaran para decidir en los casos conflictivos». La codificación de esas leyes, según José Antonio Monge, supuso un avance decisivo:

... se pasó de una sociedad en que imperaba la ley del más fuerte y en la que cada uno, si podía, se tomaba la justicia por su mano, a una situación en la que la justicia se convertía en competencia del Estado, excepto el crimen de adulterio, que se siguió solventando a la antigua usanza.

El primero que recibió tal encargo debió de ser Dracón, un mítico legislador de cuya existencia se ha llegado a dudar; al parecer fue *tesmotete* hacia el 624 a. C. La única memoria que de él queda es la dureza de sus leyes, que «no estaban escritas con tinta, sino con sangre». Plutarco también comentaba que se distinguían por el excesivo rigor, «porque para casi todos los delitos no impuso más que una sola pena, la muerte».

Bajo ese duro régimen legal vivió Solón, al que sus conciudadanos, ante la grave crisis campesina de comienzos del siglo VI, eligieron como arconte. Abolió las deudas de los campesinos, repatrió a los que habían sido vendidos como esclavos y prohibió que tal motivo les sumergiera en la servidumbre. Su siguiente paso legal fue abolir el

código de Dracón, graduando aquellas durísimas penas para los delitos más leves, aunque manteniendo un alto grado de severidad.

Mayor trascendencia democratizadora tuvo el nuevo censo, en el que los ciudadanos fueron divididos en cuatro categorías, en función de sus ingresos. Esta clasificación determinaba la cantidad de impuestos que cada tipo de ciudadano debía entregar al Estado y su capacidad para participar en la vida política. Ocupaban el último escalón los *tetes*, jornaleros con escasos medios económicos que no podían aspirar a las más altas magistraturas, pero pertenecían a la *ecclesia*, eran electores, debatían en la plaza y podían acceder a la *heliea*, un tribunal de control de la función pública.

Entre lo que se conoce a ciencia cierta y lo que se le atribuye, pocas facetas de la vida escapan a su regulación en el corpus legislativo de Solón. Pero en algunas cuestiones se quedó a medias: la reforma agraria, por ejemplo, exigida por los desposeídos y contestada por los mayores hacendados. No le faltaban motivos a su amigo Anacarsis para burlarse de sus agotadores trabajos: «No te afanes tanto, porque no merece la pena. ¿No sabes que las leyes son como las telarañas, que solo sirven para atrapar a las moscas pequeñas, mientras que las grades las rompen?».

Las leyes de Solón no pudieron impedir el malestar social y las continuas protestas y revueltas. De encauzar aquel desmadre se encargaría su primo Pisístrato, que proclamó la tiranía, en la que perduró entre 561 y 527 a. C. El catedrático de Historia Antigua Víctor Alonso Troncoso sintetiza agudamente el carácter de esta institución, una forma de gobierno específicamente griega:

La figura del *týrannos* hizo su aparición en casi todas las comunidades-Estado más avanzadas y de ella podría afirmarse que fue el producto típico de un estado de necesidad. Este personaje emerge en medio de los disturbios y de los padecimientos del pueblo como un caudillo popular que se hace por la fuerza con el poder y lo ejerce en primer lugar contra la aristocracia. Él mismo suele ser uno de sus pares y, si consigue imponerse a ellos, es por su falta de cohesión interna y la ayuda de un grupo de leales, muchas veces simples mercenarios. El pueblo, que no tiene nada que perder, presta al usurpador su callada aquiescencia.

Pisístrato terminó con los cargos electivos y toda apariencia de democracia, pero aplicó a rajatabla las leyes de Solón y realizó una notable reforma agraria, distribuyendo entre los campesinos las tierras confiscadas a sus enemigos y procurándoles herramientas y semillas. Además, promovió numerosas obras públicas (puentes, calzadas, acueductos, fuentes, templos) que convirtieron el poblachón que era Atenas en una ciudad, mejoró la calidad y la ley de sus acuñaciones monetarias y creó la flota más potente de Grecia, lo que permitió la proliferación de colonias atenienses. Gran interés tuvo, también, la institución de los Juegos Panhelénicos, a los que acudían atletas de toda Grecia. Todo esto propició gran desarrollo y riqueza. Atenas se convirtió en el polo de atracción de artistas e intelectuales en busca de trabajo y mecenazgo.

Un gobernante tan inteligente y experto como Pisístrato cayó en el error ordinario

que provoca el amor paternal: convirtió su tiranía en hereditaria, dejando el trono a sus hijos Hiparco e Hípias, que prolongaron la dinastía hasta el 510 a. C. Continuó la prosperidad, se fomentaron las fiestas religiosas, el patrocinio a intelectuales y artistas y, como se ha adelantado, probablemente en tiempos de Hiparco se recopilaron y fijaron los textos de la *Iliada* y la *Odisea*.

Como suele suceder incluso en los mejores ejemplos, como es el de los Pisistrátidas, la tiranía tuvo un trágico ocaso. Así, Hiparco, al que se reconoce un gobierno tan moderado como ilustrado, fue asesinado por Harmodio y Aristogitón, a los que el orador Esquines calificaba de «amantes nobles y célebres». Por ahí llegó el problema. Cuentan que el tirano Hiparco, aparte de por la poesía, tenía una gran debilidad por los chicos guapos, como debía ser Harmodio, al que acosaba con sus pretensiones. Pero el deseado muchacho tenía un protector, el aristócrata Aristogitón, que enloqueció de celos y urdió una conspiración política con otros terratenientes, deseosos de ajustar las cuentas de las expropiaciones de la tiranía, para terminar con Hiparco. El tiranicidio se produjo durante un banquete: Aristogitón apuñaló a Hiparco y, al parecer, la guardia del tirano le mató en el acto. Hípias, que realmente era quien gobernaba y que, de hecho, sucedió a su hermano en el poder, enloqueció a causa de la mortal conjura y desencadenó una caza de brujas.

Hípias se mantuvo en el poder hasta que Clístenes, con ayuda espartana, lo expulsó de él. El tirano se vio obligado a huir de Atenas y se refugió en el Imperio persa, donde fue acogido por Darío I. Veinte años después, en 490 a. C., ya anciano, regresaría a Grecia con el ejército persa que fue derrotado en Maratón.

Sumo interés tiene, por lo que se refiere al gobierno de la polis, el papel desempeñado por Clístenes, artífice del final de la tiranía. La victoria sobre Hípias no le dio manos libres para ejercer el poder, pues su labor legisladora, que continuaba las de Solón y Pisístrato, encontró la oposición del bando aristocrático, apoyado por los espartanos, contrarios a la política democratizadora y social adoptada por su antiguo protegido. Derrotado y desterrado, pudo regresar triunfante gracias a una sublevación popular.

Su obra más reconocida fue la duplicación del cuerpo electoral, con la incorporación a la *ecclesia* de metecos (extranjeros) y libertos, que hasta entonces no gozaban de plenos derechos cívicos. Y, también, la división del Ática en cien agrupaciones (*demos*) en las que se confeccionaron listas de ciudadanos, un auténtico censo de gran utilidad a efectos políticos, hacendísticos y militares. A su vez, el territorio fue dividido en diez tribus, sobre cada una de las cuales ejercería el mando militar un estratega —Clístenes suponía que, dividiendo el poder, serían más difíciles los golpes militares—; en el ámbito político, cada tribu tenía derecho a cincuenta escaños en la *boulé* (la asamblea legislativa pasó a estar integrada por quinientos *buleutas*). Estas reformas tuvieron un efecto democratizador, redujeron el poder de la aristocracia y satisficieron a los más desfavorecidos y a los habitantes de las áreas más atrasadas y alejadas de la ciudad.

Para defender la democracia, Clístenes ideó el sistema del ostracismo, del destierro. Bastaba que la mitad más uno de los miembros de la *ecclesia* (formada por 6000 cabezas de familia, es decir, una elevadísima proporción de los ciudadanos de la polis) anotara en los *ostrakos* (trozos de cerámica) previstos al efecto que determinado ateniense constituía un peligro, para que este, obedeciendo la voluntad popular, debiera abandonar Atenas durante diez años. Curiosamente, uno de los primeros desterrados fue Clístenes, porque quienes tanto le debían sintieron que podía convertirse en una amenaza para la democracia que había creado. Clístenes abandonó Atenas y nunca regresó, pues, según es fama, entendió y aceptó los motivos de sus conciudadanos.

Atenas se había convertido en la primera polis de Grecia, quizá la más próspera, democrática y bella, pero simultáneamente florecieron otras, también poderosas y ricas, por ejemplo Corinto, Tebas, Olinto o Delfos; en las islas, Rodas, Quíos o Mitilene, y, en la costa de Asia Menor, Halicarnaso, Mileto o Samos. Pero el gran poder rival de Atenas durante siglos fue Esparta, la gran polis del Peloponeso, primera o segunda potencia de Grecia hasta la aparición en el firmamento heleno del poder macedonio.

Laconia es la región más meridional de la península helena. Con una superficie de 4230 kilómetros cuadrados, montañosa —con algunas alturas por encima de los 2000 metros—, húmeda y pedregosa, era una tierra pobre, que producía cereales, aceite y algo de uva. Su ganadería era la propia de montaña: ovejas y, sobre todo, cabras. En su costa, con buenos caladeros, más que puertos comerciales florecieron marinos intrépidos, que obtuvieron sus mejores ganancias durante un tiempo de la piratería.

Allí se desarrolló durante la Edad Media griega un Estado militar con aspiraciones expansionistas y en el siglo VI a. C. ya dominaba Mesenia y Argólida. Estos territorios eran tan pobres como el núcleo inicial espartano, aunque Mesenia tenía una agricultura de cereal y viñedo algo más productiva. En cuanto a Argólida, era rica en historia y leyenda: había sido el epicentro del poder micénico; su rey fue uno de los protagonistas de los «Siete contra Tebas» —asunto que parece histórico aunque perdido en las brumas de la leyenda— y estaba en el origen de la tercera gran epopeya de los helenos: la expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro. Y, también, era la patria de Perseo, uno de los héroes aqueos, protagonista de la fantástica leyenda de la muerte de Medusa, tema recurrente en la cultura occidental.

Ocurrió que el rey de Argos, advertido por el oráculo del peligro que representaba para él uno de sus descendientes, resolvió conjurar el riesgo encerrando a su única y bellísima hija, Dánae, en una torre inaccesible. Pero el lugar no fue lo bastante secreto para escapar a los ojos de Zeus, que trató de conquistar a la bella convirtiéndose en lluvia de oro. La triste y aburrida princesa la recibió como regalo del cielo, que le dejó como recuerdo a Perseo, bendecido desde el Olimpo y maldecido por el rey, que resolvió desprenderse de hija y nieto abandonándolos en

una caja a merced de las olas. Protegidos por los dioses, arribaron a la isla de Sérifos, donde los recogió el rey Polidectes, que quedó obnubilado por la belleza de Dánae. Esta logró esquivar el acoso del monarca con el pretexto de criar al niño, pero cuando Perseo creció, el rey, en pago de sus favores y cuidados, le impuso la misión de traerle la cabeza de Medusa: confiaba el monarca en quitárselo de en medio y tener, al fin, el camino libre hasta Dánae.

No contaba con que aquel tenía influyente parentela en el Olimpo: Hermes le dio una espada; Atenea, un escudo tan bruñido que semejava un espejo; su tío Hades le prestó un capuchón que le convertía en invisible, y una ninfa, que le miraba con ojos tiernos, sus sandalias aladas.

Medusa era una de las tres Gorgonas, deidades infernales relegadas a los confines de la tierra, y la única visible, porque se encaprichó de Poseidón y para poderse fundir con él en un abrazo amoroso tuvo que adoptar una forma humana. Como los amores fueron de tapadillo, eligieron un templo solitario sin advertir en sus premuras que estaba dedicado a Palas Atenea. Esta se enteró y, con Poseidón fuera de su alcance, su furia cayó sobre Medusa, cuyos hermosos cabellos se convirtieron en serpientes.

Medusa, cuando estaba en reposo, era bellísima, y sus cabellos eran de sedoso color castaño claro; pero el ingenuo que se acercaba fiado de tanta hermosura al punto resultaba muerto por la mirada asesina de aquel engendro, cuya melena se tornaba en un tupido haz de víboras de mortal veneno.

Su palacio estaba guardado por gigantes, capaces de despedazar a un héroe con solo sentarle la mano. Pero Perseo se puso la capucha y, ya invisible, avanzó volando con las alas de la ninfa, llevando por delante el escudo y, tras él, oculta, la espada. Los gigantes nada vieron, solo su imagen en la reflectante superficie del escudo, antes de que la silbante espada segara sus cabezas. Medusa sintió un leve batir de alas y se puso en guardia, con todas sus armas prestas a repeler cualquier intrusión. Perseo avanzó hacia la Gorgona, que se miró aterrorizada en el espejo y lanzó el mortal rayo de sus ojos, volviéndole tarumba su reflejo, mientras los áspides de su cabellera no acertaban a abrir la boca. El fulgor de la espada cortó aquel espantoso momento: la cabeza de Medusa saltó por el aire y Perseo se apresuró a meterla en un saco.

Maravillado, contempló cómo del charco de sangre surgía un caballo prodigioso. Allí estaba el alado Pegaso esperando órdenes. En ese momento, Perseo reparó en un espejo encantado que tenía Medusa y vio reflejado en él a la más hermosa de las mortales, Andrómeda, prisionera en Tiro y a punto de ser devorada por un monstruo. Con el corazón palpitando de amor por la bella desconocida, montó en Pegaso dispuesto a liberarla, pero no era el caso de presentarse con las manos vacías. ¿Qué podía ofrecerle? Desde el cielo observó un jardín lleno de manzanos, cuyas frutas eran de oro... Estaba seguro de que uno de aquellos árboles derretiría el corazón de Andrómeda. ¡Lástima que el huerto estuviera guardado por Atlante!, un gigantesco forzado que no se andaba con chiquitas. Pero Perseo ideó un plan: con velocidad de

halcón se lanzó Pegaso sobre el desprevenido Atlante, que, cuando levantó la cara para ver qué se le venía encima, se encontró ante los ojos la cabeza ensangrentada de Medusa. El coloso se desplomó cuan largo era y allí quedó convertido en montaña. Arrancó Perseo el más bello de los árboles de las manzanas de oro y alcanzó Tiro, a tiempo para degollar a la bestia cuando ya abría sus fauces para devorar a Andrómeda. La hermosa hija del rey de Etiopía cayó en sus brazos sin más preámbulos.

Pero Perseo —tras el himeneo con su amada— aún debía regresar a Sérifos, cosa que hizo en un santiamén, caballero en Pegaso. Y fue oportuna su llegada: el rey Polidectes, harto de dilaciones, estaba a punto de violentar a Dánae. El héroe nada tuvo que adivinar pues todo estaba a la vista: sacó la cabeza de Medusa y el frustrado amante recibió tal impresión que quedó petrificado para siempre.

Ya era hora de volver a Argólida a conocer al abuelo, que quedó asombrado y lleno de pesar, porque su presencia le recordó el nefasto oráculo. Con razón se preocupaba: aquella tarde visitó a su nieto en sus aposentos y le encontró limpiando la espada y el escudo, y tuvo la mala suerte de tropezar con el saco donde estaba la cabeza de Medusa y caer sobre la espada, que le atravesó el vientre. ¡Qué difícil resulta esquivar al destino!

Tras visitar el Olimpo para devolver sus herramientas y regalar a Atenea la cabeza de Medusa, Perseo regresó a Argos con Dánae y su esposa Andrómeda, y entregó el trono a un primo suyo, pues le pesaba sobremanera la muerte de su abuelo. Después, no lejos de allí, se proclamó rey de Tirinto, levantó su ciclópea fortaleza y, a continuación, fundó Micenas y reinó sobre ella... para mayor gloria de Schliemann. Pocas historias han dado mayor juego literario y artístico que esta leyenda, de la que ya se hicieron eco en la Antigüedad Horacio y Ovidio.

Pero de poco servían héroes tan pretéritos ante el empuje militar espartano en el siglo VI a. C. Esparta tuvo sus orígenes en las invasiones dorias, que llegaron a Laconia en el siglo X a. C. de la mano de dos reyes, dos Heraclidas, que reclamaron la región como su herencia y se enseñorearon de lo mejor, el gran valle que recorre el territorio de noroeste a sureste, guiando el curso del río Eurotas. La población allí asentada fue esclavizada, transformándose en *ilota*. Los recién llegados que no hallaron buen acomodo en el valle y se perdieron como pastores por las montañas o como campesinos miserables por los recovecos del territorio fueron postergados y se convirtieron en los *periecos*, los «habitantes de los alrededores».

Al frente, dos reyes, descendientes hereditarios de dos familias; el indispensable arbitraje lo ejercían los *éforos* que, en número de cinco, eran elegidos anualmente; la acción legislativa y consultiva dependía de la *gerusía*, consejo de veintiocho ancianos y, en la base, se situaba una asamblea popular, *apella*, elegible y electora, a la que tenían acceso los varones con más de treinta años de edad (*homoioi* o «semejantes»); los participantes no se manifestaban con votos sino a voces y, frecuentemente, en medio de fenomenales trifulcas. Profesionalmente, los espartanos eran soldados,

adiestrados como nadie en el combate de infantería, aunque también contaron con caballería y marina de guerra, a veces, excelente. Los licenciados del ejército podían administrar las tierras que concedía el Estado o ejercer otras profesiones, pero debía de ser infrecuente, porque los espartanos despreciaban esos trabajos y preferían ser soldados hasta la vejez.

Los *periecos*, hombres libres, se dedicaban a la agricultura, la artesanía o el comercio, pero también servían lealmente en el ejército, aunque sin cargos de responsabilidad. Los ilotas o esclavos desempeñaban los trabajos más humildes en la ciudad y en el campo, dependiendo de un patrono, preferentemente un *homoios* (singular de *homoioi*), al que entregarían la mitad de su cosecha.

El aumento demográfico impulsó a esta sociedad guerrera a expandirse a costa de sus vecinos, convertidos en ilotas, aparceros de sus propias tierras repartidas entre los *homoioi*. El poeta Tirteo, que no era lacedemonio por nacimiento, se ganó la ciudadanía sirviendo en su ejército, encorajinando a sus guerreros con sus versos y cantos, pero, hombre sensible, advertía la desgracia de los sometidos a esclavitud:

Abrumados como asnos por grandes cargas,  
entregando a sus señores, bajo dolorosa imposición,  
la mitad de todo el fruto que produce su tierra.

Como es obvio, aquellos hombres libres convertidos en esclavos estuvieron siempre dispuestos a sublevarse y, de hecho, provocaron conflictos sangrientos. La situación acentuó el carácter militar de Esparta: los espartanos se vieron en la necesidad de mantener una política militarista para defender lo que detentaban. Por tanto, esas guerras de conquista terminarían por grabar a fuego el carácter especial de los espartanos. Alonso Troncoso es determinante:

Un velo de austeridad y hermetismo se correrá sobre sus fronteras. Enmudecerán la poesía y el canto coral, cerrarán los viejos talleres de hermosa cerámica y figurillas de bronce y el brillo de los Juegos Olímpicos dejará de atraer a la gran mayoría de sus guerreros. Esparta se cerraría sobre sí misma para convertirse en un campamento militar en permanente estado de guerra, y con un cuerpo ciudadano consagrado por entero al servicio del Estado.

¿Cuántos habitantes tenía ese «campamento militar»? No existen cifras indiscutibles pero en el momento de su mayor poder, mediado el siglo V a. C., pudo contar con medio millón de integrantes: unos 30 000 *homoioi*, 170 000 *periecos* y 300 000 ilotas. Eso brindaba un campo de reclutamiento que, como máximo, podría alcanzar 30 000 o 40 000 soldados, de los cuales menos de 10 000 pertenecerían a la elite de los «semejantes», mientras el resto serían *periecos*, con un adiestramiento militar mediocre.

Las leyes de Esparta emanaban de un código atribuido a Licurgo, personaje medio mítico que vivió entre los siglos IX y VI a. C. y que fue tutor de un rey. Licurgo lo presentó a sus paisanos con una frase intranquilizadora: «La esencia de lo que vais a oír es el desprecio de lo cómodo y de lo agradable». La asamblea quedó petrificada

ante la dureza de aquel compendio legal. Se dice que, tras los oportunos debates, Licurgo propuso que su código fuera aceptado provisionalmente y que se retirara si, pasado un plazo, fueran más los inconvenientes observados que sus aportaciones positivas.

—¿Qué plazo propones? —le preguntaron.

—Voy a emprender un viaje a Delfos, a consultar el oráculo. Quisiera que os comprometierais a conservar estas leyes hasta el día siguiente de mi regreso.

Licurgo partió hacia Delfos, pero, en vez de consultar al oráculo, se encerró en el templo de Apolo y, sin que nadie lo advirtiera, se dejó morir de hambre. Sus leyes se convirtieron así en sagradas y eternas. Platón se mofaba de un amigo espartano: «La más perfecta de vuestras leyes es una que prohíbe terminantemente a vuestros jóvenes discutir si cualquiera de ellas es justa o no».

Se desconoce la literalidad del código de Licurgo porque, probablemente, nunca fue escrito, pero han llegado hasta nosotros las más llamativas de sus manifestaciones. Según Plutarco, «se propuso desterrar la insolencia, la envidia, la corrupción, el regalo y, principalmente, los dos mayores y más antiguos males: la riqueza y la pobreza». Uno de los medios para suprimir la codicia y la avaricia fue terminar con la circulación de monedas de oro y plata, de modo que el comercio se redujo hasta casi el aislamiento y la autarquía.

Los recién nacidos eran examinados por una comisión; los que mostraran taras físicas serían desechados y arrojados, según es fama, a un precipicio del monte Taigeto, el más alto de Lacedemonia. A los siete años se iniciaba su educación estatal, que comprendía la enseñanza de la lectura, la escritura y unos rudimentos elementales de matemáticas; el resto eran ejercicios gimnásticos e instrucción paramilitar.

Con doce años los muchachos se apartaban de la familia y vivían acuartelados bajo una disciplina rígida, que les acostumbraba a una obediencia ciega y a un endurecimiento ante todo tipo de contingencias: caminaban descalzos, dormían sobre un lecho de ramas y la escasa alimentación les inducía al robo, que no entrañaba deshonor, pero sí castigo: el robo no era malo, lo malo era ser atrapado. Todas las actividades se encaminaban a formar supersoldados: ejercicio físico, uso de las armas, práctica incesante de los movimientos hoplíticos (el orden cerrado, escudo solapado al del compañero, formando un caparazón impenetrable en el que unos protegían a otros). Todo ello acicateaba la solidaridad del grupo, la camaradería y la homosexualidad.

Ya con diecinueve años se llevaba a cabo un rito iniciático. El aspirante se internaba en el bosque, donde debía permanecer acompañado de las alimañas, procurándose su sustento y, al parecer, adquiriendo su primera experiencia sangrienta con el sigiloso asesinato de algunos ilotas.

A partir de los veintitrés años, los hombres podían casarse. Seguramente, aunque les estaba prohibido el trato carnal con ella, tenían a la muchacha bien localizada y vista, pues las chicas practicaban varias disciplinas atléticas, tiraban con arco y



luchaban desnudas en la palestra, de modo que los jóvenes podían elegir a la que más se ajustara a sus gustos. El matrimonio era obligatorio antes de los treinta años so pena de tener que vivir desnudo hasta el invierno y entonar un himno vergonzante en el que los hombres se acusaban de haber infringido la ley. La elección de esposa conllevaba ciertos problemas: si no era apta para la reproducción, el marido tenía que pagar una multa, y si le era infiel, tenía derecho a matar al adúltero, aunque, si este era más fuerte y ducho con las armas, debía tolerar la situación, con la consiguiente rechifla. Los celos estaban mal vistos, pues, según Licurgo, eran ridículos e inmorales.

Hasta los treinta años, los espartanos vivían en su unidad militar, y solo a partir de entonces podían residir permanentemente en su casa, pero acudiendo cada día a los ejercicios militares y no faltando a las asambleas. No desarrollaban labor intelectual, artística o artesanal alguna; entretenían su tiempo con practicas atléticas y militares y, en los ratos libres, solían emplear su ocio cantando en coro. Si tenían algún interés musical podían tocar trompetas de guerra, flautas y panderos, que servían para acompañar el ritmo del avance o el retroceso de las unidades, y liras para acompañar el canto.

La pitanza, siempre frugal, era muy simple: pan o gachas, vino, queso e higos, además de algo de carne. La comida era comunitaria hasta los sesenta años y los espartanos debían estar magros por el ayuno y fibrosos por el ejercicio; los gordos estaban mal vistos, aislándoseles y sometiéndoles a una cura de adelgazamiento.

Visto el panorama, un visitante extranjero comentó: «Ya comprendo por qué los espartanos son tan valerosos. Llevando esta vida, ¿qué miedo van a tener a la muerte?».

Esparta, poderosa y temida, quedó en nada cuando perdió su poder en el siglo IV a. C. Como escribe Montanelli:

La fuerza centrípeta de su sociedad y sus costumbres heroicas la mantuvieron en pie más tiempo que a Atenas. Pero las leyes que se habían dado no les permitían ninguna evolución. Hoy, quien vaya a visitarla, no halla más que un villorrio sin carácter de 5000 almas...

La negativa visión del gran periodista italiano, que visitó la población hace tres cuartos de siglo, apenas habría mejorado ante la actual Esparta, que cuenta con unos 15 000 habitantes. En su ciudad antigua no quedan restos de aquella mítica república aristocrático-militar; su museo es modesto, aunque son interesantes algunas muestras escultóricas de estilo arcaico, lo que denota que antes de su aventura expansionista y de las guerras mesenias Esparta vivía a la hora de Grecia. El militarismo terminó con todo. Callaron sus poetas e, incluso, sus oradores perdieron la elocuencia, dando lugar a un lenguaje parco, serio, conciso y seco, conocido como «laconismo». Dicen que hubo en Corinto una cosecha muy escasa de cereales y que el hambre se enseñoreó de aquella polis. Los corintios enviaron una delegación a Esparta, a la sazón aliada suya, para pedirles trigo. Para escucharla se reunió la *gerusía*, el consejo

de ancianos. El embajador corintio les soltó un florido e interminable discurso y, cuando concluyó, los ancianos deliberaron unos segundos y su portavoz respondió:

—Del principio no nos acordamos; lo del medio está confuso; el final no nos gusta. ¿A qué habéis venido?

Los corintios comprendieron y mostraron un saco vacío.

—De acuerdo. Os venderemos trigo —replicaron los ancianos.

### POR UNA CORONA DE LAUREL

El resto de las *poleis* no fueron tan diferentes como Atenas y Esparta —en general, se parecieron más a Atenas—, y su gobierno estuvo marcado por el pensamiento político de sus propios legisladores, pero en todos los casos, incluida Lacedemonia, los griegos tuvieron las leyes como salvaguarda de sus libertades y aquellas y estas dependieron de la voluntad de los ciudadanos, como decía Pericles:

Una misma persona puede ocuparse de los problemas de su casa y de la polis, y personas con trabajos muy diferentes son competentes en los asuntos públicos; pues consideramos inútiles y no pacíficos a quienes se desentienden de los intereses de su comunidad.

Por tanto, la participación en la «cosa pública» fue una de las características que posibilitaron los momentos de entendimiento interhelénico, algo que les hacía reconocerse distintos a los pueblos extranjeros, bárbaros, súbditos de déspotas que eran en sí mismos la ley.

Otra característica unificadora de los griegos fue la religión «politeísta, antropomórfica, naturalista y monárquica» —decía Pericot—, muy unida a las *anfitionías*, cofradías de tipo religioso que organizaban las fiestas en honor a las deidades de cada ciudad, invitando a los representantes de todas las *poleis* de Grecia.

En este sentido operaban también el prestigio y respeto del que gozaban sus oráculos, principalmente el de Apolo en Delfos, al que se peregrinaba sin excepción de cultura, poder o fortuna. Cuando el turista sube la pendiente que conduce al templo de Apolo, puede observar que está jalonada por ofrendas, exvotos y tesoros donados por las diversas *poleis*, tanto de Grecia como de las colonias.

Antes de llegar al templo, los aspirantes a consultar el oráculo debían pagar un canon y ofrecer un sacrificio a Apolo para ver si permitía la consulta. El sacerdote interpretaba el sentido de la experiencia: por ejemplo, si se rociaba una cabra con agua y el animal tiritaba era señal del beneplácito del dios, al igual que si el jabalí comía los garbanzos que se le ofrecían. En caso contrario, el peregrino tenía que regresar a su tierra o, quizá, aguardar una segunda oportunidad. En cualquier caso, la ofrenda era inmolada y quemada en honor a Apolo. El visitante, provisto de un nuevo presente, penetraba en el templo y lo depositaba en una gran mesa sagrada. A continuación, llamado por su nombre, entraba en una amplia sala y descendía unos

escalones que le conducían a un espacio sin solar, donde se supone que existía una grieta que comunicaba con el ombligo de la tierra. Frente a ella, en un alto trípode, se hallaba la pitia, pero el consultante no la veía, solo podía oír ruidos, gritos, gemidos y palabras ininteligibles que un sacerdote interpretaría. La adivina actuaba en trance o en medio de un delirio, furor o histeria, al parecer inducido por emanaciones de gases que provenían de la grieta. Sea como fuere, el veredicto de la adivina se recibía como «palabra de dios» y eso a pesar de las innumerables historias conocidas sobre sobornos y engaños en sus profecías, hasta el punto de que el propio Heródoto mencionaba numerosos casos en que la pitia, adecuadamente «untada», profetizaba en uno u otro sentido.

¿Quiénes eran estos oráculos, adivinos, pitonisas y demás parentela? Aparte del prólogo más o menos teatral y del delirio inducido por gases, brebajes, perfumes, hipnosis o sonidos, debían de ser gente espabilada, con un fuerte entrenamiento, mucha gramática parda y ciertas dotes teatrales. Sobre sus vaticinios existen múltiples historias, que, traducidas, tienen menos gracia que en griego o latín. Valga como ejemplo la del padre de un guerrero que, acongojado por la partida de su vástago hacia la batalla, pregunta:

—¿Qué va a pasar con mi hijo?

Tras unos segundos, en los que el angustiado visitante no sabe si los siniestros ruidos que hacen retumbar la habitación proceden del ombligo del mundo o de su angustiado corazón, escucha:

—Irás, volverás, no morirás en la guerra.

Pero el desgraciado guerrero murió e, indignado, regresó el dolorido padre a reprocharle al oráculo su fallida profecía:

—¿Por qué me engañaste diciéndome: «Irás, volverás, no morirás en la guerra»?

Y, tras la consabida espera, los ruidos, suspiros misteriosos y nubes de incienso y pachulí, habló la voz heladora:

—Tus oídos están cerrados. Te dije: «Irás, volverás no. Morirás en la guerra».

Hay un caso, pretendidamente histórico, espectacular: Creso, rey de Lidia, consultó a la pitia cuál sería el resultado de su guerra con el persa Ciro y la profetisa respondió:

—Si Creso atraviesa el río Halys, destruirá un gran reino.

Y Creso cruzó el Halys y fue aplastado por los persas. La pitia acertó: el reino de Lidia desapareció engullido por Ciro.

El fenómeno dio lugar a finales del siglo VII a. C. a los Juegos Píticos, que, en su pleno desarrollo, hacia 582 a. C., se celebraban cada cuatro años, en agosto-septiembre. Los juegos tenían, esencialmente, tres partes: la primera era la fiesta religiosa, con procesiones y ofrendas a Apolo; la segunda, un certamen músico-escénico, y la tercera consistía en pruebas atléticas, aunque lo más esperado era la carrera de carros, a la que concurrían las mejores cuadrigas y los aurigas más diestros. Uno de ellos fue el célebre *Auriga de Delfos*, cuyo nombre desconocemos,

pero cuya representación, atribuida a Pitágoras de Samos, constituye una de las joyas del estilo severo del arte griego, que puede contemplarse en el museo de la ciudad.

Poderosos elementos unificadores fueron, también, los ya mencionados Juegos Panhelénicos que se celebraban en Atenas y, sobre todo, los Juegos Olímpicos, que cada cuatro años tenían lugar en Olimpia. Estos últimos comenzaron, quizá como culto a los muertos o a divinidades locales, entre los siglos VIII y VII a. C., pero no tardarían mucho en constituir una manifestación deportiva asociada al culto de Zeus y de Hera.

Su apogeo se produjo hacia la segunda mitad del siglo VI a. C. y fueron paulatinamente decayendo hasta la conquista romana. Ya en época imperial tuvieron un renovado esplendor, a veces caricaturesco, en torno a los siglos I y II d. C., antes de su total decadencia y prohibición por Teodosio en 393. Pero esa segunda parte romana tuvo ya muy poco que ver con el espíritu fundacional y las reglas competitivas originales.

Los Juegos Olímpicos fueron el acontecimiento más esperado por los griegos. Se celebraban a finales de primavera y sus prolegómenos comenzaban con la proclamación de la tregua religiosa, la *ekecheiría*, que paralizaba las guerras y garantizaba la seguridad de las personas y bienes que se trasladaran a Olimpia. Allí, según Menandro, se reunía una verdadera «muchedumbre, entre la que proliferaban las intrigas, los saltimbanquis, los juerguistas y los ladrones».

Los juegos se desarrollaban durante una semana con un estudiado ritual. Treinta días antes, los atletas debían concentrarse en Elis, capital de la Elida, en cuyo territorio se hallaba Olimpia, para terminar el entrenamiento y efectuar la selección. La víspera del comienzo los atletas, entrenadores, familiares y autoridades se trasladaban en lucido cortejo hasta Olimpia, donde llegaban a media tarde, tras haber recorrido los 57 kilómetros que separan ambas ciudades. La llegada era apoteósica, pues, deseosa de celebrar a los atletas, les aguardaba una impaciente multitud, hombres, sobre todo, pero también mujeres, aunque les estuviera vedado el acceso al estadio.

El día primero tenía lugar el juramento olímpico ante la estatua de Zeus Horkio, donde los atletas, entrenadores y familiares afirmaban haber observado las prescripciones exigidas durante los diez meses anteriores y, sobre todo, que iban a competir limpiamente, sin contravenir ninguna de las reglas. El segundo día estaba dedicado a las pruebas de los jóvenes: carreras de velocidad, salto, boxeo, el feroz pancrancio (que combinaba el pugilato y la lucha) y el complejo pentatlón (carrera, salto, tiro de jabalina y de disco y lucha), que debía ser el plato fuerte del día. Ya Homero, en la *Iliada*, describía el épico combate entre Ulises y Áyax, dos de los campeones aqueos:

Crujían sus espaldas duramente presas  
por los fuertes brazos. Sudaban los cuerpos.  
Cruentos cardenales pintaban costados y espaldas.

Los dos anhelaban, furiosos, lograr la victoria  
y alcanzar con ella el hermoso trípode.  
Pero, ni Ulises derribaba a Áyax ni este a su enemigo,  
poderoso y fuerte. La lucha seguía...

Se cuenta que entre los centenares de madres que acompañaron a sus hijos hasta Olimpia estuvo Ferénica de Rodas, considerada descendiente del propio Heracles. No queriéndose perder el combate, Ferénica se coló en el estadio disfrazada de hombre, en el grupo de los entrenadores. Pero, durante la lucha, corrió hacia la palestra alentando y aconsejando a su hijo con grandes voces y peleándose contra quienes pretendían retirarla. Perdidos los papeles y el disfraz, solo se salvó de la condena a muerte por la intervención del propio Heracles, que descendió del Olimpo para asegurar que se trataba de su hija. Las cosas quedaron así, pero, en adelante, atletas y acompañantes debieron entrar desnudos en el estadio, de manera que no pudiera repetirse el caso.

La jornada tercera, epicentro de los juegos, tenía como escenario el hipódromo. Era el día más esperado, pues podían entrar las mujeres. Nadie quería perderse la espectacular pugna de los troncos de caballos más veloces y hermosos de todo el Mediterráneo; nadie, el lujo y la ostentación de los príncipes, tiranos, grandes comerciantes y ricos hombres, que lucían su poderío presentando corceles, arreos, carros, y riendo escandalosamente con su cuadrilla de famosos amigos, junto a las acicaladas mujeres de su casa o a hermosas hetairas, siempre cerca, como hoy, de los boxes de la fama y el dinero. Quienes mayor atención suscitaban eran los aurigas, los más renombrados de todo el Mediterráneo, y bien pagados por ello. Sin embargo, la gloria de la victoria se la llevaba el propietario. Alcibíades, político y dandi ateniense, presentó ¡siete cuadrigas! que coparon las tres primeras plazas en los juegos de 412 a. C. No sabemos quiénes eran los aurigas, porque Eurípides solo cantó la gloria del rico general, cuya volubilidad política era equiparable a su genio militar:

A ti te cantaré, oh hijo de Clinias,  
bellísima cosa es la victoria,  
pero más bello es lo que ninguno de los griegos alcanzó jamás:  
ganar con el carro el primero, segundo y tercer premio  
y partir coronado de olivo dos veces sin trabajo alguno,  
pregonado vencedor por el heraldo.

Por la tarde, de nuevo en el estadio, se celebraban las competiciones de pentatlón de categoría absoluta. El vencedor era considerado el rey de los atletas de los juegos. Según la epopeya, el pentatlón fue idea del propio Jasón durante el viaje de los Argonautas. El héroe deseaba complacer así a su amigo Peleo, a quien nadie podía superar en la lucha, y que era muy bueno, pero no el mejor, en lanzamiento de disco y jabalina, en la carrera y el salto. De esta forma, Peleo fue considerado el mejor de los atletas griegos. El lanzamiento de disco debió de ser una prueba atlética de gran prestigio, al menos así parece si nos dejamos guiar por la belleza del *Discóbolo* de Mirón, una de las más hermosas esculturas del arte universal. También parece

corroborarlo que Homero la recuerde en la *Odisea*:

Se levantó furioso dando un alto,  
tomó un disco mayor que el que lanzaban los feacios,  
lo impulsó con la diestra y lo mandó silbando por el aire.  
Los varones de Esqueria, los remeros  
que bogaban por los mares,  
se agacharon temerosos de la trayectoria de la piedra  
que volaba ligera como un ave.

Al atardecer, vacío ya el estadio, la concurrencia se dirigía a cumplimentar a los difuntos y, especialmente, a los atletas ya desaparecidos, ante la tumba del gran atleta local Pélope. Allí se ofrecía el sacrificio de un carnero negro, símbolo de la negrura que invade los ojos de los muertos.

La jornada cuarta estaba dedicada a Zeus y era la fiesta más famosa del padre de los dioses. Al amanecer, el gran cortejo formado por oficiantes, atletas, jueces, entrenadores, familiares, representantes de las *poleis* y sus invitados extranjeros, artistas, poetas y público en general se dirigía en procesión hasta el templo de Zeus, donde tenía lugar la hecatombe, es decir, el sacrificio de cien bueyes bien cebados. Cumplido el ritual de la muerte, las piezas de las víctimas se extendían sobre una inmensa pira que ardía hasta la noche, reduciéndolas a cenizas.

Mientras se consumaba el sacrificio, los visitantes contemplarían pasmados la fantástica estatua de Zeus modelada en oro y marfil por el gran Fidias, reputada como la obra cumbre del más famoso escultor de Grecia, por encima de su genial *Atenea Partenos*. Hoy no podemos ni imaginar la belleza y el alarde técnico de aquellas enormes esculturas de doce metros de altura; de la primera, como se dijo, nos queda la efigie de una moneda; de la segunda, una mínima replica, de un metro de altura, que puede contemplarse en el Museo Arqueológico de Atenas.

El quinto día continuaba la contienda atlética con las pruebas para los adultos, las más duras y brutales: la carrera de resistencia, el pugilato, el pancraccio... La lucha, con los medios y reglas que entonces se estilaban, encerraba un mortal peligro. Al profesor Ramiro Jover le he leído un caso espeluznante: libraban un combate de boxeo Creugas de Epidauro y Damóxenos de Siracusa. Por entonces no había asaltos ni descansos; se combatía hasta que uno de los contendientes abandonaba o caía derrotado. Con contendientes parejos, los combates se prolongaban hasta el aburrimiento, por lo que se decretaba una decisión por *clímax*: cada púgil propinaba un golpe a su oponente, que lo soportaba sin defenderse, hasta que uno de los dos caía o decidía abandonar. Realizado el sorteo, le tocó golpear a Creugas, pero Damóxenos esquivó el golpe mientras proyectaba su mano extendida, con toda su fuerza, contra el abdomen de su indefenso y sorprendido rival. La mano de Damóxenos penetró como una lanza en el paquete intestinal de Creugas, que cayó al suelo desparramando sus tripas por la palestra. De la barbarie del combate da cuenta la continuación del caso: Damóxenos reclamó la victoria, desentendiéndose de su

agonizante víctima, y los jueces se la negaron por haber vulnerado el reglamento, otorgándosela, a título póstumo, a Creugas. Se ignora si, a continuación, el superviviente fue procesado por asesinato.

Cuando ya la tarde declinaba, se celebraba la carrera hoplítica, en la que se competía con el pesado equipo de guerra, un recuerdo de tiempos heroicos y, a la vez, del origen de los juegos, homenaje a los guerreros caídos. Con esa prueba terminaba la competición. Sonaban las trompetas y el heraldo se dirigía a todos con la frase ceremonial de clausura: «Cese el *agón*, motivo de los premios». Píndaro, el gran poeta de los Juegos Olímpicos, consideraba que nada podía superar la emoción del momento.

Si cantar los juegos quieres, corazón mío, amigo,  
no verás fuera del Sol  
otro astro que más luzca por el día  
en el desierto espacio  
ni celebrar podremos competición  
más bella que la olímpica.

Por la mañana del día sexto se congregaban los vencedores ante la fachada del templo de Zeus, junto a estatuas conmemorativas y exvotos, bajo una alta columna desde la que les miraba Niké, la diosa de la victoria. Allí eran recompensados con una corona de olivo. Después del reconocimiento a los vencedores, se llevaban a término la ceremonia de acción de gracias y las ofrendas al padre del Olimpo.

Por la noche, tenía lugar una cena de despedida, con atletas, árbitros y autoridades. Hasta la madrugada duraban las fogatas y se escuchaban las canciones de los más animados. Y, durante el séptimo día, la interminable procesión de carros y peregrinos que abandonaban Olimpia y se desparramaban por todos los caminos de la Élide, camino de sus *poleis*, donde a los vencedores aún les esperaba una recepción triunfal.

Mito y literatura aparte, se pueden apuntar algunas observaciones que bajan del Olimpo aquellas brillantes celebraciones y las colocan al nivel mortal de nuestros juegos. Respecto al sagrado amateurismo y a los juramentos de guardar la pureza olímpica, nada es menos cierto. El filósofo Jenófanes escribía en una de sus elegías:

Quien alcanza la victoria en Olimpia se asegura la manutención a cargo de la ciudad y un regalo que guardará como recuerdo. Y, sin embargo, es menos merecedor de esas recompensas que yo, pues mi sabiduría es superior a la fuerza de los hombres o los caballos. Si existe en la ciudad un buen púgil o un atleta distinguido en el pentatlón, en la lucha o en la carrera, no por ello estará mejor gobernada. Y poco bienestar puede proporcionar a su ciudad la victoria de un atleta, pues esto no enriquece sus arcas.

Ramiro Jover nos lo confirma: «El profesional de los juegos atléticos está documentado desde finales del siglo VI a. C. A partir de entonces, la profesionalización fue imparable», aunque este estudioso de los Juegos Olímpicos antiguos admite que, junto a los profesionales, competían atletas sin fines de lucro.

Respecto a la unánime concurrencia de los griegos, debe decirse que era caro

asistir a los juegos y eso, por ejemplo, retrajo, a partir del siglo VI a. C., la concurrencia de los espartanos. De hecho, algunos estudios indican la relación entre poder económico y número de concursantes y galardones. En épocas de depresión económica, la mayoría de los atletas eran locales; a partir del siglo III a. C., gran parte de los vencedores procedían de Rodas y Alejandría, centros comerciales de enorme empuje durante el helenismo. Aun así, y como ya se ha señalado, parece claro que los Juegos Olímpicos generaron entre los griegos un poderoso vínculo de unión, una indeleble idea de pertenencia a una misma familia, por encima de desavenencias y particularismos, y fomentaron el intercambio económico y cultural en un momento de comunicaciones escasas.

Pero en general, aparte de Píndaro y su fervor olímpico, los intelectuales griegos no se mostraban muy entusiasmados. El dramaturgo Eurípides escribía que entre las plagas que padecía Grecia la peor era la de los atletas, y los filósofos y educadores observaban que la especialización progresiva que requería la participación olímpica iba en detrimento de la formación y cultivo intelectual de la juventud. Los reproches más duros, no obstante, se dirigían a los luchadores; el autor hispanorromano Lucio le dedicaba unos versos a un tal Estratofón:

Apenas cuatro años después de  
dedicarte a la lucha, ya nadie  
en el pueblo te reconoce,  
hasta los perros te ven como a un extraño.  
Si vieras tu semblante en el espejo  
también tú jurarías: ¡Verdaderamente  
este no puede ser Estratofón!

### LA HORA DE LOS CAUDILLOS

En la fantástica trayectoria de los griegos tampoco faltaron los caudillos. Al abordar la historia persa ya tocamos el fracaso en su intento de dominar Grecia, por lo que aquí nos limitaremos a recordar a alguno de aquellos estrategas que capitanearon el triunfo de las pequeñas *poleis*, nunca del todo unidas, ante los inmensos ejércitos y medios económicos del Gran Rey.

El peligro persa llevaba tiempo anunciándose, desde las conquistas de Ciro en Asia Menor, pero los griegos volvieron la espalda a la evidencia. La muerte de Ciro y la obsesión de Cambises con Egipto demoraron el problema. Pero entonces llegó Darío, que, desde la península de Anatolia, alcanzó los Balcanes en su campaña contra los escitas. Y aunque fracasó en esta empresa, dejó bien cubiertas sus espaldas, controlando Tracia, Macedonia y Jonia, lo que le permitió poner a salvo su ejército. El fracaso persa y la sublevación de Jonia alentaron el levantamiento de las colonias griegas de Asia Menor. Darío sofocó la revuelta y tomó nota del papel jugado por Atenas en la campaña antipersa. Se ha dicho que el Gran Rey ambicionaba dominar



la ribera norte del Mediterráneo, del mismo modo que controlaba la meridional hasta el desierto líbico. Probablemente, al menos al comienzo, sus intereses fueron mucho más modestos: asegurar su dominio sobre las ricas ciudades de la costa de Asia Menor. Y para evitar nuevas sublevaciones, pensaría que lo más conveniente era controlar la costa ateniense. Sabía tan poco Darío sobre la Hélade que cuando Hípias, el tirano ateniense refugiado en su corte, le animaba a emprender la conquista del Ática, le pregunto: «¿Pero quiénes son esos griegos?».

En 490 a. C. habría de enterarse. Las poderosas fuerzas persas doblegaron a cuantas ciudades se les resistían hasta llegar a la llanura de Maratón, a las puertas de Atenas. Aunque los atenienses convocaron a todos los griegos a defenderse ante aquel peligro, solo se presentaron los guerreros de la pequeña Platea. Las cosas no podían pintar peor, pero allí estaba Milcíades, a la sazón jefe militar de una de las diez tribus en que había quedado dividida Atenas.

Milcíades pertenecía a una de las familias aristocráticas atenienses más adineradas y había gozado de la confianza de la tiranía de Pisístrato y sus hijos, que le encomendaron misiones de gran responsabilidad en el lejano Quersoneso (península de Crimea, en el mar Negro), donde tenían una próspera colonia. Cuando Darío guerreó contra los escitas, Milcíades participó a su lado mandando tropas greco-persas, y cuando el Gran Rey abandonó, fracasado, aquella campaña, confirmó a Milcíades como gobernador del Quersoneso —a la sazón, ya en manos persas— por veinte años. El general tuvo que librar numerosas batallas contra los escitas en defensa de ese territorio y, luego, contra los propios persas, como consecuencia de la mencionada sublevación de ciudades griegas en Asia Menor. Contaba con poco más de cincuenta años de edad y con no menos de treinta de experiencia militar y, aspecto fundamental, conocía desde dentro la manera de combatir al persa. Su planteamiento dio a las armas griegas la victoria —como se relató al hablar de los aqueménidas— y Atenas quedó a salvo.

La victoria ateniense en Maratón mostró la pobreza solidaria de los griegos: los lacedemonios llegaron a marchas forzadas dos días después, por haber seguido los augurios —que les impedían entrar en batalla antes de la luna llena— en lugar de correr en auxilio de los intereses helenos. Pero, sobre todo, hizo patente el acierto de las medidas militares de Clístenes: la organización del ejército, la superioridad de la técnica hoplítica sobre las masas combatientes persas y, también, la peligrosidad de los caudillos, pese a la cortapisa que significaba la división en diez tribus. Milcíades, recibido como vencedor en Atenas, logró que le concedieran una flota para atacar Paros, que había prestado barcos a los persas. Con setenta naves se dirigió a la isla, exigiendo a la ciudad que le entregara cien talentos como indemnización (unos 75 millones de euros, que entonces supondrían mucho más dada la escasez de metales preciosos y de moneda). Según Heródoto, la expedición de Milcíades era menos «patriótica» de lo que aparentaba, pues el general trataba a la vez de saldar viejos agravios con los parios y de cobrarse los servicios prestados, quedándose con la

mitad de lo exigido.

Sobre la continuación existen dos versiones: según una, Paros resistió y Milcíades, herido, tuvo que regresar a Atenas con las manos vacías; según la otra, Paros pagó. El final ofrece menos dudas: el general fue acusado de haber engañado a los atenienses y se pidió para él la pena de muerte. Y aunque el maltrecho Milcíades salvó la vida, hubo de pagar cincuenta talentos, no se sabe si como indemnización por el empleo de la flota o como devolución de parte de lo que había cobrado. Murió poco después, en 488 a. C., y su hijo Cimón tuvo que hacer frente a la enorme deuda.

La derrota persa en Maratón terminó la primera fase de las Guerras Médicas: aunque Darío ordenó que se levantara un gran ejército para reanudar la contienda, los griegos tuvieron la fortuna de que se sublevara Egipto, de modo que las fuerzas fueron destinadas a sofocar aquella rebelión. Cuando Jerjes logró hacerse con el trono y comenzó nuevos preparativos para invadir Grecia, los griegos habían evolucionado mucho militarmente. Atenas se había convertido en una gran potencia naval que contaba con doscientas poderosas trirremes, que exigían una tripulación de ¡nada menos que 34 000 remeros y unos 10 000 jefes de boga, marineros, timoneles, carpinteros y gente de armas!

De resolver los problemas suscitados por el reclutamiento y la preparación de la guerra se encargó un tipo excepcional, Temístocles, del que Plutarco dice: «No aprendió gran cosa de los maestros que intentaron enseñarle cómo hay que ser, pero había aprovechado intensamente cuantas instrucciones recibió de lo que había que hacer para triunfar». Era rico, decidido, excelente orador, simpático, buen estratega y carecía de escrúpulos, de modo que halló en el ostracismo una herramienta fantástica para derribar los obstáculos que se atravesaron en sus planes dispuestos para vencer a los persas. Parece que contribuyó al destierro de Jantipo y, con seguridad, al de Arístides, infatigable luchador contra la corrupción y todo atisbo de tiranía. Temístocles y Arístides habían sido amigos, pero tuvieron la mala suerte de enamorarse de la misma mujer, la adorable Estesilao de Ceo, lo que les condujo a una antipatía insuperable, pese a la prematura muerte de la chica. Como ocurre con la voluntad divina, la sabiduría ateniense escribía derecho con líneas torcidas: ante la amenaza persa se necesitaba a un tipo hábil y duro como Temístocles y no a un moralista como Arístides, por lo que le condenaron al ostracismo.

Los inmensos preparativos persas hicieron reaccionar a los helenos, que, en el Congreso del Istmo, entablaron su más amplia alianza: a las *poleis* del Peloponeso se unieron Atenas, Platea, Corinto, Egina, Megara, Calcis y otras, aunque, finalmente, no acudieron todas. Los vaticinios del oráculo de Delfos, vendido al oro persa, no eran halagüeños, ya que recomendaba como alternativas huir o mantenerse en calma; esto es, dejar el campo libre a los persas o abrazar su causa. Pero la Liga del Istmo hizo caso omiso y acordó una doble opción estratégica: el rey espartano Leónidas trataría de frenar a los persas en el desfiladero de las Termópilas, mientras, en paralelo, la flota ateniense atraía sus barcos a los angostos pasos entre la isla Eubea y

el continente.

Como se narró en el capítulo persa, los griegos, aprovechando la angostura del desfiladero, soportaron las embestidas persas hasta que, al tercer día, un conocedor de la abrupta región vendió a los ejércitos del Gran Rey la situación de un paso de montaña, por el que cayeron a espaldas de los defensores del desfiladero. Al parecer, Leónidas ordenó la inmediata retirada de las fuerzas griegas para que no fueran vanamente exterminadas, al tiempo que avisaba a la flota para que se replegase; luego, sus lacedemonios y unos centenares más de griegos prolongaron la lucha hasta el último hombre; bueno, realmente hubo dos supervivientes: uno de ellos se suicidó, avergonzado, días después; el otro aseguró que había conservado la vida para poderla ofrecer con mayor utilidad en otra ocasión: murió combatiendo en Platea. La resistencia de Leónidas sirvió para que la flota pudiera retirarse ordenadamente, atravesando el difícilísimo paso de Calcis, que solo permitía el tránsito de una trirreme a la vez.

El momento decisivo de aquella guerra se produjo el 20 de septiembre de 480 a. C. en la bahía de Salamina. Aunque Atenas proporcionaba el grueso de las naves, el almirante de la flota griega era un espartano, Euribíades, pero esa fue una de las más astutas decisiones de Temístocles, cuya idea era fortalecer la unión de los helenos. Su figura estaba detrás de todo: en vísperas de la batalla, temiendo que se produjera una deserción masiva en sus filas si la situación se prolongaba demasiado, envió un mensajero a Jerjes haciéndose pasar por traidor e informándole de que los griegos estaban muy desmoralizados y faltos de lo más necesario, por lo que parecían a punto de dispersarse; por ello le encarecía que atacara de inmediato para poderlos atrapar a todos juntos. A la vez, procuraba levantar el ánimo de su propia flota. Cuenta Plutarco que, pareciéndole un tanto indeciso el almirante espartano, Temístocles le presionaba para que se apresurara y aprovecharse la gran ventaja táctica que se brindaba. Euribíades, indignado, le replicó:

—¡Oh, Temístocles!, en los juegos, a los que se adelantan a la señal les dan de palos.

—Sí, pero en los juegos no coronan a los que se retrasan.

Y cuando el lacedemonio levantó amenazadoramente su bastón, Temístocles le dijo:

—¡Pega, pero escucha!

Euribíades se plegó a los deseos del general ateniense. Con todo, el miedo al persa era tanto que resultaba difícil retener a los helenos en Salamina; afortunadamente, Jerjes cerró las diversas salidas de la bahía: ya solo quedaba combatir. La víspera de la batalla, el desterrado Arístides se presentó en la nave de Temístocles para ocupar un puesto como combatiente y, a petición de este, visitó y arengó a las tripulaciones atenienses.

Tras la victoria griega, el Rey de Reyes se apresuró a sacar sus tropas de Grecia, aunque no todas: dejó en el Ática un ejército mandado por Mardonio, reforzado con

contingentes helenos. Pese al triunfo de Salamina, la situación de los griegos era muy difícil: los persas tenían aliados en el norte del territorio, ocupaban el centro y controlaban las islas y ciudades de Asia Menor. Los griegos solo mantenían el control del Peloponeso y el mar. Atenas, Platea o Eubea estaban en poder del enemigo. Temístocles fracasó al intentar que Esparta y la Liga Peloponésica colaboraran en la liberación del territorio ocupado, lo que le costó el cargo de estratega, es decir, de jefe militar de los atenienses, que recurrieron a dos ilustres desterrados, Arístides y Jantipo. Pero no fueron estos los que resolvieron la situación, sino la torpe política de Jerjes I, que en su afán por dividir a los griegos ofreció a los atenienses evacuar el Ática y un tratado de amistad si se separaban de la liga.

Arístides se presentó en Esparta y planteó la alternativa: arrojar a Jerjes de Grecia o quedar aislados y combatidos por tierra y mar por atenienses y persas. No había la duda. Bajo el mando del espartano Pausanias se reunió el mayor ejército griego de toda la contienda: unos 40 000 hoplitas. La gran batalla de Platea, librada en agosto de 479 a. C., la ganaron los griegos, pese a ser inferiores en número y a carecer de caballería, porque en el momento decisivo los hoplitas espartanos barrieron a la infantería persa. Mientras los restos del ejército persa se replegaban hacia Asia Menor, en las ciudades e islas griegas de la costa de Jonia tocaban a rebato levantándose contra los persas, y entre los aliados griegos del Gran Rey cundía el espanto.

Cuentan que el general espartano Pausanias, al apoderarse del campamento de su oponente, Mardonio, quedó asombrado por su lujoso tren de vida y concibió una idea original. Tras invitar a cenar a todos los jefes de las tropas griegas, ordenó a los cocineros y camareros persas que organizaran un banquete fastuoso, al tiempo que sus criados preparaban un convite espartano. Cuando todo estuvo dispuesto y llegaron los invitados, les mostró las mesas, servicios, manteles y manjares de la cena persa y de la espartana. Luego, les dijo:

—Griegos, os he convocado para que comprobéis la insensatez del persa, quien, pese a tener tantos medios y riquezas como los que se ofrecen ante vosotros, ha venido a nuestra tierra para arrebatarnos las pobres cosas que nosotros tenemos.

Quien primero advirtió la gran diferencia entre ambos convites fue el propio Pausanias, que optó por vivir como un persa en vez de consumirse como un lacedemonio, mientras, como jefe de la flota aliada, llevaba a cabo misiones militares relevantes, entre ellas la ocupación de Chipre y la toma de Bizancio. Tan llamativa resultó su ostentación cuando gobernaba esta plaza que fue convocado a Esparta y juzgado. Tras su exculpación, regresó y retomó el control de Bizancio, con el apoyo del propio Jerjes. Expulsado de la ciudad por los atenienses, vivió como fugitivo hasta que pudo ser juzgado por los espartanos y condenado a muerte, aunque logró escapar y refugiarse en el templo de Atenea. Para no violar el derecho de asilo, los espartanos decidieron tapiar las puertas y dejarle morir allí. Según la leyenda, fue su propia madre la que llevó la primera piedra para cegar la entrada.

Ya no hubo más Guerras Médicas, aunque Persia siguió perturbando la vida de los griegos durante todo el siglo V a. C., ora con operaciones militares menores, ora pagando conspiraciones o financiando ejércitos para que los helenos vivieran en perpetua discordia. En efecto, las victorias y las alianzas no unieron a los griegos ni les confirieron un aliento patriótico: después de Salamina quedó demostrado que para los espartanos y sus aliados de la Liga del Peloponeso contaba mucho más su península que el resto de Grecia.

Por el contrario, Atenas, envalentonada y deseosa de sacar todo el provecho a su poderosa flota, formó la Liga Délica, con sede en la isla de Delos, en el centro del archipiélago de las Cícladas. Las islas contribuían con sus barcos o sustituían la prestación militar con dinero. La escuadra de la liga mostró su utilidad batiendo a los persas cuantas veces se midieron, sobre todo en la batalla de Eurimedonte (469 a. C.).

Pero quien estaba sacando verdadero brillo a la liga era Atenas, que comenzaba a tener aspiraciones imperialistas, extendiendo sus dominios e influencia. Eso suscitaba el recelo lacedemonio, cuya desconfianza fue subiendo de grado conforme crecían el poder y riqueza atenienses. El proyecto culminante fue la unión de Atenas con el puerto de El Pireo, situado a ocho kilómetros de distancia, con una muralla que encerraba en su perímetro tres magníficas ensenadas, de modo que la enorme flota tuviera allí bases y abrigos. La obra, realizada por el arquitecto Hipódamo de Mileto, convirtió Atenas en el epicentro de la mayor base naval del Mediterráneo, en la que tenían amarre trescientas trirremes. Además, El Pireo era el puerto comercial más activo de todo el Egeo y, en el momento culminante de su prosperidad, de todo el Mare Nostrum.

En Esparta entendieron que el poderío de su infantería quedaba conjurado por las murallas atenienses, cuya flota no solo minimizaría los problemas de un largo asedio, sino que golpearía donde le interesara y sojuzgaría a cuantos le salieran al paso. Así ocurrió, y las primeras víctimas de Atenas fueron sus propios aliados de la Liga Délica o Liga Marítima. Algunos de ellos, descontentos, comenzaron a no pagar el canon convenido, que les fue exigido por la fuerza, como si se tratara de un tributo; los disidentes vieron confiscados sus barcos, derruidas sus murallas y ocupados sus territorios; el tesoro de la liga pasó de Delos a la Acrópolis y Atenas lo administró a su albedrío, financiando con él gran parte de los edificios de la época de Pericles.

Atenas nadaba en la abundancia. Faltaba personal en el ejército, el remo, los astilleros y los oficios; los talleres de los artistas no daban abasto para tallar, esculpir y fundir las esculturas más bellas del arte universal. Es el momento de arquitectos como Ictino y Calícrates, de escultores como Fidias o Mirón, de pintores como Polignoto o Micón de Atenas. Al mismo tiempo, en los cenáculos intelectuales se congregaba numeroso público para escuchar a Sócrates y en el teatro de Dionisos, en la ladera de la Acrópolis, se estrenaban las obras de Sófocles, Eurípides y Aristófanes. Montanelli concluye: «Fue un florecimiento rápido y ágil, que en dos siglos dio a la humanidad lo que otras naciones no han aportado en milenios».

Pero tanta pujanza, belleza y prestigio no inspiraban a sus vecinos admiración y afecto, sino temor y envidia, y los dirigentes atenienses, encabezados por el más famoso de cuantos tuvo, Pericles, no templaron el ambiente. Hijo de la más rancia y prestigiosa aristocracia ateniense, rico, inteligente y formado por los mejores maestros, Pericles (495-429 a. C.) desempeñó a lo largo de casi treinta años el máximo poder que la democracia ateniense permitía. Aunque muchas de sus decisiones políticas parezcan hoy discutibles, él presumía de íntegro y debió de serlo, porque ni engordó su fortuna con el poder ni lo utilizó políticamente en su beneficio.

Dicen que era un hombre frío, con dos grandes pasiones, Atenas —su prosperidad, su seguridad y su embellecimiento— y Aspasia, una mujer singular de la que se murmuró que había sido prostituta de postín en Mileto, aunque probablemente solo fuera una maledicencia esparcida por el comediógrafo satírico Aristófanes. El hecho es que su isla natal se le quedó pequeña y que se estableció en Atenas como maestra de retórica. Allí abrió un salón frecuentado por la nata de la intelectualidad y el arte, comenzando por Sócrates —del que pudo ser amante—, quien aseguraba que había aprendido de ella «el arte de argumentar», y siguiendo por artistas como Fidias, dramaturgos como Eurípides o políticos como Pericles. El salón era el escaparate de su escuela, consagrada a la mujer ateniense, a enseñarle a hablar, a formarse, a comportarse socialmente y cobrar relevancia pública, algo que habría podido llamarse «academia de emancipación femenina», aunque el viperino Aristófanes la consideraba «escuela de hetairas». Pericles se divorció de su mujer y contrajo matrimonio con Aspasia, con quien tuvo un hijo. La buena sociedad, tan liberal en muchos aspectos, sobre todo sexualmente, no lo aceptó de buena gana. Pericles fue socialmente aislado e, incluso, en el ocaso de su vida, hubo de suplicar por la vida de Aspasia, acusada de impiedad. Colmando el absurdo, la rumorología ateniense llegó a culparla de la Guerra del Peloponeso.

Pero en palabras del gran historiador Tucídides, el «verdadero motivo de la guerra, aquel sobre el que se guardó el más profundo silencio, fue el desarrollo creciente del poderío de Atenas, que inspiró serios temores a los lacedemonios». ¿Tenía Atenas otra opción que su imperialismo helénico? Renunciar a sus dominios, a la hegemonía de su flota, a sus monopolios, le habría devuelto a su condición de pequeña polis, reducida a los recursos de una agricultura pobre, a sus escasas materias primas y a una artesanía limitada. Ningún político en sus cabales habría elegido ese futuro desde la situación de poder y prosperidad en que se hallaba.

La ayuda a Córira frente a Corinto, el asedio de Megara, el auxilio a Platea, su fiel aliada, la intervención de Esparta al frente de la Liga del Peloponeso en apoyo de Corinto... son otros tantos episodios derivados de lo anterior y conducentes a una guerra general que se sitúa entre los años 433 y 404 a. C.

La lucha, con diferentes oscilaciones en favor del bando ateniense o del espartano, se desarrolló por los cauces previsibles: el poder espartano en tierra asoló año tras año el Ática, tropezando con las insuperables murallas de Atenas, mientras la

flota de esta barría las costas del Peloponeso, arruinaba el comercio de los lacedemonios y sus aliados y mantenía el abastecimiento de su polis. Tres décadas de lucha agotaron a todos: acabaron con el dinero ateniense y con la juventud espartana y, al final, con la gloria de Atenas, que, a la postre vencida en el mar, tuvo que dismantelar sus murallas y resignarse a ser una potencia de segundo orden, pese a su reciente pasado esplendoroso.

La muerte de Pericles, que falleció durante la peste de 429 a. C., resultó nefasta para Atenas. Según Tucídides, que había sido su rival político:

... mientras Pericles estuvo al frente del Estado, gobernó con moderación y Atenas fue poderosa. Cuando la guerra estalló, apreciando justamente la fuerza de los atenienses, les dijo que si cuidaban de su marina, absteniéndose de conquistas y no precipitándose en aventuras, obtendrían la victoria. En todos estos puntos hízose lo contrario de lo que él aconsejaba (...). Si Atenas al fin cedió no fue hasta después de haberse aniquilado a sí misma por sus cuestiones interiores y por esto se ve que al principio de la lucha Pericles tenía motivos para creer que los peloponenses, por sí solos, serían incapaces de disputar la victoria a Atenas.

Tucídides y sus aportaciones a la creación de la ciencia histórica son una de las pocas cosas positivas que surgió de aquel conflicto. Lejos de Heródoto — contemporáneo, aunque de una generación anterior—, que en sus *Nueve libros de la Historia* recoge lo que le cuentan, leyendas y mitos, además de sus experiencias personales, paisajes, ciudades y costumbres que ha conocido, Tucídides (465-395 a. C.) constituye un gran salto modernizador: es conciso, crítico, narra lo que conoce, intenta comprobar lo que le dicen y razona el origen y las consecuencias de los asuntos que aborda.

Uno de los personajes a los que Tucídides achaca la ruina de Atenas es Alcibíades (450-404 a. C.), hombre excesivo y desaforado. Huérfano de padres muy ricos e ilustres, fue prohijado por su tío Pericles. Orgullosa, brillante y guapo por encima de todos los jóvenes de Atenas, valiente, inteligente e intuitivo en el campo de batalla, mostró en numerosas acciones sus habilidades tácticas, pero su soberbia, unida a su prestigio, ocasionó graves derrotas a Atenas.

La más grave fue la loca aventura de Sicilia, en la que perdió un gran ejército y parte considerable de su flota. Mientras el desastre se consumaba, fue llamado a Atenas para responder de una acusación de impiedad. El cargo era, probablemente, un infundio, pero Alcibíades optó por refugiarse en Esparta. Allí conquistó el aprecio del rey Agis, que bajo su consejo causó gravísimos daños a Atenas.

Aquel prototipo de vividor abrazó la causa espartana hasta en sus rigurosas costumbres, pero no tardó en meterse en la cama de Tikea, esposa del monarca lacedemonio, que se hallaba en campaña contra Atenas. Se cuenta que ella, enloquecida por su amor, lo contaba con orgullo, con lo cual el adulterio se convirtió en asunto de Estado, sobre todo porque Tikea quedó embarazada y circulaba el rumor de que Alcibíades presumía de haber logrado lo inimaginable: ¡colocar a un ateniense como heredero del trono espartano!

El ambiente se enrareció a su alrededor y Alcibíades decidió refugiarse en la corte del sátrapa persa Tisafernes, convirtiéndose en su compañero inseparable: nadie mejor consejero, tan diestro jinete, tan certero cazador, general tan hábil, contertulio tan divertido. Desde esa posición logró del persa dinero para alquilar la flota de Samos y atacar con ella a los espartanos. Desde 411 a 408 a. C. condujo esa flota de victoria en victoria, logrando que Atenas perdonara sus pasados errores y traiciones y le recibiera en triunfo. Fue un éxito pírrico, pues mientras se hallaba disfrutando de su recuperado prestigio, los espartanos batieron a las tropas que había dejado en Asia Menor, con lo que cayó nuevamente en desgracia y huyó para salvar la vida. Su final es confuso: sicarios de Atenas, espartanos o los hermanos de la bellísima Timandra, que hacía las delicias de su destierro, acabaron con él en su refugio de Tracia.

Derrotada Atenas, destruidos sus muros, vacíos sus puertos, Esparta se convirtió en la polis más poderosa, pero fue incapaz de sustituir a la primera potencia cultural y artística del Mediterráneo. Esparta, económicamente pobre y humanamente diezmada, era, además, una potencia provinciana, sin proyecto político, sin amplitud de perspectivas e hipotecada con Persia, de la que había recibido gran parte de los fondos utilizados para vencer a Atenas, por lo que siguió ocupándose de sus intereses en el Peloponeso; el resto de Grecia quedó descabezada por imposición persa, y los griegos de Asia Menor e islas litorales permanecieron bajo el cetro del Gran Rey.

En esa época de postración se produjo uno de los sucesos más debatidos de la democracia ateniense: la muerte de Sócrates (470-399 a. C.). El primer filósofo griego digno de tal nombre despreciaba el sofismo, que era una habilidad dialéctica encaminada a lograr el triunfo ante los auditorios sin atender a la verdad. Sócrates no pretendía ser ingenioso, sino ahondar en la verdad y, por tanto, la filosofía tenía para él un profundo contenido moral. Cuanto sabemos de su pensamiento se lo debemos a sus discípulos y contemporáneos —Platón, Jenofonte, Aristóteles o Aristófanes, que le satirizó hasta convertirse en uno de los factores de su condena—, según los cuales trataba de que sus interlocutores desconfiaran de las verdades establecidas y de que alcanzaran el conocimiento por sí mismos, utilizando un doble sistema: la ironía y la mayéutica. Por la primera, fingiendo ignorarlo todo, se permitía preguntarlo todo y llevarlos al convencimiento de que realmente sabían poco o nada. Por la segunda, mediante el diálogo, intentaba que quien conversaba con él fuera desvelando la verdad. La técnica funcionaba con los jóvenes más inteligentes, pero suscitaba la irritación y el odio de quienes caían en el ridículo y tropezaban con su silencio cuando le inquirían frontalmente sobre la verdadera naturaleza de un asunto. No era una posición despectiva, simplemente, desconocía la verdad: «solo sé que no sé nada», solía confesar. Platón escribiría poniéndose en el papel de su maestro: «En mí no hay alumbramiento alguno de saber y es justo el reproche que reiteradamente se me ha hecho de preguntar a los demás sin aportar nada sobre ningún asunto por falta de saber» (*Teeteto*, 150).

Ello le creó muchos enemigos, sobre todo entre los sofistas, a los que se sumaron



quienes odiaban a su íntimo amigo Alcibíades, traidor oficial en la Atenas derrotada, y los que le reprochaban la admiración que había mostrado por la austera Esparta. A esto habría que unir la acerada crítica vertida por Aristófanes en *Las nubes*, de modo que se creó un estado de opinión que hizo creíbles los cargos de corrupción de la juventud y de impiedad por introducir en la polis dioses nuevos. Su irónica defensa también le perjudicó: en vez de refutar las acusaciones y de presentarse como inocente, trató de buscar sus raíces, ridiculizando su origen. Fue condenado a muerte por ingestión de cicuta. De las vísperas de su muerte se cuentan numerosas anécdotas, como la visita de su esposa Jántipa, con la que había tenido una relación tormentosa. Sócrates quiso consolarla:

—No llores, los jueces me han condenado a muerte, pero ellos también han sido condenados a muerte por la naturaleza.

—Sí, pero tú eres inocente.

—¡Ah!, ¿te hubiera dolido menos si fuera yo culpable?

Lo más conmovedor, no obstante, son los recuerdos de Platón en su diálogo *Fedón*, con los entristecidos discípulos oyendo su disertación sobre la inmortalidad del alma mientras bebía la mortal poción.

Un par de años antes se había producido la ya comentada sublevación de Ciro el Joven contra su hermano Artajerjes II y la expedición de mercenarios griegos a Persia que terminó en la famosa retirada de los Diez Mil, magistralmente narrada por uno de los discípulos de Sócrates, Jenofonte, al que también debemos la reivindicación del maestro (*Memorables*) y varias obras históricas.

Uno de los que oyó contar a Jenofonte aquellos bravos sucesos fue el rey espartano Agesilao, que le tenía ganas al Gran Rey porque el persa repartía su oro siguiendo el principio de «divide y vencerás»: hoy para Esparta contra Atenas; mañana para Atenas contra Esparta. Agesilao, probablemente animado por Jenofonte, se puso en campaña contra los persas y los desbarató en varios encuentros menores, suficientes para que Artajerjes financiara una coalición ateniense-tebana y una flota para Atenas. El resultado no fue definitivo: Agesilao aplastó a los aliados en Coronea, pero la flota ateniense destruyó a la espartana en Cnido y la apartó del mar ya para siempre. El Gran Rey ganó tiempo; Atenas comenzó a respirar y los espartanos tornaron a sus cuarteles.

La crisis y la decadencia atenienses incidieron en la vida cultural de la ciudad, haciendo desaparecer la gran constelación de dramaturgos que había llenado el teatro del siglo v a. C. y apartando a los filósofos del ágora, porque la muerte de Sócrates había demostrado que, en tiempos de crisis, podía resultar muy peligroso opinar en público. Platón —así llamado por la anchura de sus espaldas, pues había sido un poderoso atleta— se fue de Atenas y viajó por Egipto, el norte de África, el sur de Italia y Sicilia, pero tampoco allí encontró el ambiente adecuado para sus enseñanzas. Peor aún, huésped de Dionisio de Siracusa, al que brindaba sus ideas políticas para el gobierno de la polis, se enfrentó con el tirano, que lo vendió como esclavo, condición

de la que fue rescatado por un discípulo.

Decepcionado, regresó a su ciudad, aunque limitó sus enseñanzas filosóficas al ámbito privado, a la Academia, que fundó hacia 387 a. C., en un placentero jardín. Allí exponía sus ideas superadoras de la fenomenología cotidiana y las cosas materiales, para buscar las esencias inmutables por medio de la inteligencia, que las habría conocido en una vida anterior.

El idealismo platónico nos ha sido transmitido, en su mayor parte, en forma de diálogo con su maestro Sócrates, una fórmula amena y viva para captar la atención del lector. En los veintiocho diálogos de Platón puede hallarse, en buena medida, el fundamento de la especulación filosófica occidental, y algunos de ellos, como *Fedón* (sobre la inmortalidad del alma), *Fedro* (sobre la belleza) o *El banquete* (sobre el amor), brindan todavía hoy una lectura apasionante.

Platón tuvo una vejez larga y feliz y murió como la mayoría elegiríamos: tendría unos ochenta años cuando asistió a la boda de uno de sus discípulos; fue el centro de la atención y del cariño de todos; comió bien, bebió un poquito más de la cuenta y, mientras seguía la fiesta, se acomodó para echar un sueñecito del que pasó a la eternidad.

Un cuarto de siglo de ensimismamiento laconio permitió que Atenas iniciara su recuperación y que Tebas lograra la primacía de Grecia. El estrellato tebano, brillante y efímero, se basó en su prosperidad comercial, el oro persa, la inspiración ateniense y la aparición de un genio, Epaminondas, una de las grandes espadas griegas.

Intelectual formado en la escuela pitagórica, reputado orador y político de proverbial honestidad y austeridad, Epaminondas debió de ser un tipo de cuidado. Sobre él se cuentan numerosas anécdotas, como aquella en que, invitado a cenar, llevó consigo una cesta con una frugal pitanza. Su anfitrión, extrañado, le preguntó si es que no se fiaba de él o si temía que quisiera envenenarle. Epaminondas replicó que no, y añadió: «Es solo que no quiero olvidar en tu casa lo que como en la mía». Lo que equivalía a: «No me vas a deslumbrar con tus manjares; no acepto sobornos; lo que tengo me basta».

A los veintiséis años, Epaminondas conoció a su compatriota Pelópidas, intelectual, político y homosexual como él, con quien estableció una relación amoroso-política que duraría hasta su muerte. Pelópidas fue el caudillo que levantó Tebas contra la ocupación espartana; Epaminondas, el estratega que aplastó a los espartanos aun disponiendo de fuerzas muy inferiores. El choque se produjo en Leuctra (371 a. C.) y, al parecer, la estrategia del tebano fue aligerar su centro, mantener el ala izquierda y potenciar sobremanera la derecha, donde formaba un cuerpo escogido de trescientos guerreros homosexuales juramentados para morir junto a su pareja antes de retroceder un paso. La habitual carga de las lanzas espartanas sobre el centro cayó en vacío; resistió la izquierda tebana, mientras, con la derecha, Epaminondas desbarataba a los lacedemonios y, girando hacia su izquierda,

golpeaba con toda su fuerza el flanco del desprevenido centro de Esparta, que se presumía vencedor.

En los nueve años siguientes, salvo en momentos puntuales, en que las tradicionales rencillas y envidias le marginaron —incluso, trataron de condenarle a muerte—, Epaminondas condujo victoriosamente a los tebanos, llegando a sitiar y ocupar Esparta por vez primera en la historia. Corrieron los ejércitos espartanos repartidos por toda Grecia en socorro de su ciudad y cerca de ella se libró la batalla de Mantinea, que fue la última victoria de Epaminondas —murió a consecuencia de las heridas que le infirió Grilo, hijo de Jenofonte—. Mantinea (362 a. C.) significó el ocaso de Esparta como primera potencia griega, pero, también, el de la efímera preponderancia tebana.

La Hélade estaba sumida en la decadencia política. Grecia se despoblaba y sus ciudades, inmersas en la revolución social, eran incapaces de reaccionar. Se mantenía el vigor de sus intelectuales, pero poco podían hacer gigantes como Platón, Aristóteles o Isócrates para enderezar el rumbo. Del dislate social mediado el siglo IV a. C. da fe este último:

Los ricos se han vuelto tan antisociales que prefieren tirar al mar todos sus bienes antes que ceder una parte a los pobres; en cuanto a estos, sienten mayor odio a la riqueza ajena que compasión por su propia miseria.

Aristóteles aseguraba que en Atenas existía un círculo aristocrático juramentado para trabajar contra la comunidad, porque esta beneficiaba a los más humildes. La lengua, la cultura, el arte, la religión comunes no bastaron para superar odios seculares. Incapaz de hallar una fórmula unificadora y solidaria, Grecia dilapidaba sus talentos mientras surgían los poderes que le iban a arrebatar prosperidad y libertad; en el oeste, el emporio cartaginés, que terminaba con las colonias griegas del Mediterráneo central y occidental; en el norte, los macedonios, helenos periféricos y, hasta entonces, pobres y alejados de los centros de producción de leyes, pensamiento, arte, pero también de sus vicios, odios y rencillas.

En su capital, un villorrio llamado Pella, había un rey al que las duras tribus montañosas le otorgaban cierta representación pero escaso respeto y, raramente, un apoyo unánime. Eso, hasta la llegada al trono de Filipo II (382-336 a. C.). El joven príncipe fue enviado como rehén a Tebas, con la inmensa fortuna de que llegó allí en su época de esplendor. No aprendió mucha retórica, filosofía o leyes, pero se fijó en cómo gobernaba Pelópidas y en las artes de Epaminondas. Con lo aprendido, sumado a la fortaleza de su carácter, a su astucia y a su total falta de escrúpulos, eliminó la concurrida lista de aspirantes al trono y, cuando contaba unos veinticinco años, ya mandaba en Pella. A continuación, con fiestas, juergas, juego, vino y mujeres, se atrajo a los jefes de las tribus y familias principales. Tenía el poder y contaba con el apoyo de su pueblo, por vez primera unificado bajo una mano de hierro. Le hacía

falta un ejército y, mejorando los esquemas de Epaminondas, creó la falange, un instrumento de guerra que dominaría los escenarios militares hasta la aparición de las legiones romanas.

La falange era una compacta formación de guerreros (los *pezhetairoi*, los «compañeros de a pie») armados con una larga pica, la *sarissa*, que medía unos cinco metros de longitud y se manejaba con las dos manos; eso forzaba a que el armamento defensivo fuese ligero: un casco frigio y un pequeño escudo que pendía de una correa; las primeras filas solían llevar, además, una coraza liviana y grebas. La formación (unos 1500 hombres estructurados entre ocho y dieciséis filas) se convertía en un erizo impenetrable para la caballería, y ante ella las tropas con lanza corta resultaban inofensivas; las alas operaban fuertemente protegidas por la caballería y una de ellas, habitualmente la derecha, solía estar reforzada por los *hipaspistai*, infantería ligera que podía formar parte de la falange o actuar autónomamente con mayor rapidez. Esta ala derecha, quizá reminiscencia de la táctica de Epaminondas, se utilizaba con cierta frecuencia para triturar el ala izquierda contraria y, a continuación, actuando los *hipaspistai* como bisagra, giraba hacia la izquierda para destrozar el flanco del centro enemigo. Además, Filipo contaba con fuerzas especializadas aliadas o mercenarias: arqueros cretenses, infantería ligera agriana (pueblo de Tracia), excelentes formaciones de caballería de Tesalia y Tracia y regimientos de caballería y hoplitas griegos.

Con este nuevo ejército puso en marcha su proyecto panhelénico. Admiraba la grandeza griega, pero le indignaba la incapacidad vertebradora de aquellos mini-Estados, consumidos por ruines rivalidades, y se creyó capaz de cauterizar a fuego y hierro las viejas úlceras, canalizando contra Persia las energías de los helenos. Ese fue el origen del helenismo, término que después pasaría a designar el extraordinario bagaje cultural y artístico suscitado en la época y, finalmente, el gran ámbito político creado por los sucesores de Alejandro Magno.

Pero no adelantemos acontecimientos. El primer paso de Filipo fue unir bajo su autoridad a todos los griegos de la única forma posible: con la fuerza. Venció repetidamente a diversas *poleis* griegas y aplastó a los atenienses y sus aliados en Queronea (338 a. C.).

Uno de los grandes derrotados en Queronea fue el mayor orador de su tiempo y, quizá, de la historia griega, Demóstenes (382-322 a. C.), que había levantado a Atenas contra Filipo II, oponiéndose al pactismo de Foción, un ilustre gobernante que había sido elegido estratega 45 años seguidos. La encendida oratoria de Demóstenes unió a los partidarios de la guerra, que, para reunir un ejército, sacaron dinero hasta de lo más sagrado para la polis: el presupuesto de las fiestas.

De Demóstenes se cuenta que, hijo de un armero rico, quedó huérfano y sus administradores se apoderaron de su herencia. Para resarcirse, decidió estudiar leyes y convertirse en orador, sobreponiéndose a la naturaleza, que le había hecho tartamudo. Según Plutarco, salía al campo con una piedrecita en la boca y se obligaba

a declamar durante horas, corriendo o, incluso, subiendo cuestras, para vencer el defecto, acompañar la respiración a la recitación, conseguir fuertes cuerdas vocales y poderosos pulmones que le permitieran dominar a sus auditorios.

Preparaba sus discursos minuciosamente —se conservan unos setenta—, al igual que sus causas forenses, empleando todos los medios a su alcance (espías, policías, soplones). Antes de intervenir, pasaba horas ensayando ante el espejo: muecas, gestos, sonrisas irónicas, lágrimas, burlas, gritos estridentes..., toda una puesta en escena que los atenienses adoraban. De esta manera, litigó frente a los administradores desleales y los venció y, aunque parece que no logró recuperar su hacienda, se convirtió en el más famoso polemista de Atenas.

¿Por qué la campaña antimacedónica planteada en sus «Filípicas»? Se ha dicho siempre que fue por la libertad y el patriotismo, aunque no falte quien le acuse de estar a sueldo del oro persa. Y es que, moralmente, su actitud vital no parece irreprochable: escribió discursos para facciones enfrentadas, defendiendo, con similar ardor y poderosas razones, causas contrapuestas, y suspendió procesos contra rivales a cambio de dinero, ignorando ofensas o heridas recibidas. Salvando estos «pecadillos» —a los que algunos sumarían el de lujuria—, desempeñó con eficacia y honestidad probada numerosos cargos públicos y varias embajadas, tanto para promover alianzas contra Filipo como para pactar con él, luciendo en todas ellas la brillantez de su oratoria.

Muerto Alejandro, Demóstenes levantó una coalición contra Macedonia, pero fue derrotada por Antípatro, uno de los diádocos, que exigió la entrega del orador. Demóstenes huyó y fue localizado por los agentes macedonios en el templo de Poseidón, en la isla de Calauria. Al mando estaba un antiguo actor, Arquías, que trató de convencerle para que se entregara. El orador contestó:

—Como actor no has logrado conmoverme nunca y tu palabrería de ahora aún me convence menos.

Arquías, encolerizado, pasó a las amenazas, es decir, a la verdadera naturaleza de su misión. Demóstenes le replicó:

—Ahora sí que te encuentro en tu papel de oráculo macedonio; antes solo representabas. Aguarda que escriba a mis amigos.

Se retiró al fondo del templo, tomó la pluma, la mojó en tinta y comenzó a mordisquearla como si meditara qué escribir: se estaba envenenando con una poción que llevaba en el tintero. Cuando advirtió que las sombras de la muerte comenzaban a cubrir sus ojos, se levantó y, tambaleándose, se dirigió hacia Arquías:

—Ya puedes cebarte en mi pobre cuerpo dejándolo insepulto.

Y volviéndose luego hacia el altar del dios:

—Yo, piadoso Poseidón, abandono tu templo aún con vida. Antípatro y sus macedonios han hecho lo posible por mancharlo.

Y cayó desmadejado.

Cuando, declinante el poder macedonio, Atenas recuperó el resuello, erigió a

Demóstenes una estatua en cuyo pedestal se leía: «Si tu fuerza, Demóstenes, hubiese igualado a tu genio, el Marte macedonio nunca hubiera dominado Grecia».

Filipo II pudo disfrutar por poco tiempo de esa victoria y del reconocimiento como caudillo por parte de la mayoría de las *poleis*. Durante las bodas de su hija, en 336 a. C., fue asesinado por uno de sus capitanes, Pausanias, a causa de una grave afrenta: el joven militar había sido violado por un miembro de la aristocracia y sus amigos, y el rey se negó a castigar al agresor e, incluso, prohibió la venganza de la víctima. Su heredero sería Alejandro, que, con la colaboración de su madre, Olimpíade, una esposa políticamente intrigante y celosa custodia de los intereses de su hijo, ordenó eliminar a los miembros de la corte que pudieran ser una amenaza para él, incluyendo a su jovencísima madrastra y al hijo que esta acababa de tener.

Filipo tuvo siete esposas; la que más conocemos, por obvios motivos, es Olimpíade, princesa de Épiro, descendiente de Aquiles. Por tanto, el linaje de Alejandro se remontaba nada menos que a héroes de ascendencia divina e, incluso, hasta al propio Zeus. Según una de las múltiples leyendas que rodean la figura de Alejandro, la noche nupcial de Filipo con Olimpíade, el rey se entretuvo más de la cuenta tomando los últimos vinos con sus amigotes. Cuando estaba a punto de entrar en la habitación, atrajo su atención el ruido que había en el interior, curioseó por un agujero lo que hacía su esposa y, ¡sorpresa!, la vio copular con una serpiente. Filipo renunció a la noche de bodas y consultó al oráculo, que le dio una noticia buena y otra mala: la buena, que la serpiente era el propio Zeus, que no perdonaba una; la mala, que perdería el ojo con que había figgado el revolcón. A los nueve meses nació Alejandro y a Filipo le saltaron un ojo en Metona.

Hasta los doce años, Alejandro vivió en la corte de Pella; Filipo y Olimpíade no se soportaban y uno de los motivos de fricción era el ascendiente de la madre sobre el hijo y su empeño en instruirle en los cultos dionisiacos, que ella practicaba. Para reducir su influencia y, a la vez, poner en marcha su proyecto de convertir Macedonia en la cabeza de Grecia y afianzar la lealtad de las grandes familias, Filipo II hizo llamar a Aristóteles.

De origen macedonio, Aristóteles (384-322 a. C.) llegó a Atenas poco antes de cumplir los veinte años. Fue alumno de Isócrates, del que aprendió retórica, y se integró en la Academia de Platón hasta la muerte del fundador, hacia 347 a. C. Durante unos cinco años ejerció como maestro de retórica y filosofía en diversas ciudades de Asia Menor y Atenas hasta que, en 342 a. C., fue reclamado por Filipo II para que se encargara de la educación de los hijos de la aristocracia macedónica.

A tal efecto, el monarca hizo acondicionar en Mieza un antiguo santuario. Allí, los alumnos del filósofo aprendían en pequeños grupos gramática, retórica, filosofía, historia, derecho, teoría política (que en esos momentos se estaba inventando), práctica diplomática, geografía, geometría, física, música, teatro, botánica, zoología, nociones de astronomía y conceptos sobre estrategia. Y practicaban mucho ejercicio físico, adiestrándose en la equitación y en el manejo de las armas.

Aristóteles aún no había escrito las grandes obras que le hicieron famoso, pero, en plena madurez, aprovechó su estancia en Mieza para recopilar buena parte del material que luego llevaría a sus escritos. Abandonó Macedonia en la época en que Alejandro inició su marcha sobre Persia y hacia 334 a. C. se estableció en Atenas, donde abrió una escuela junto al templo de Apolo Lykeios, por lo que recibiría el nombre de Lyceo, y sus alumnos fueron llamados «peripatéticos» porque el maestro enseñaba paseando por las arboledas situadas al sur de la ciudad. A esa época pertenece gran parte de su obra: la *Poética*, el *Organon* (lógica), la *Física*, la *Metafísica*, la *Política*, el *Tratado sobre el alma*, además de numerosos ensayos sobre ética, gramática, física, botánica..., una auténtica compilación y sistematización del saber enciclopédico de su tiempo, expuesto de forma científica.

Durante los doce años del Lyceo, sus charlas versaban, por la mañana, sobre filosofía, y estaban dirigidas a amigos y discípulos habituales, y, por la tarde, con asistencia libre, sobre política, retórica u otros temas. De esos millares de paseos del maestro se han conservado otras tantas anécdotas, que, aunque apócrifas en su mayoría, muestran la precisión de su análisis:

—¿Por qué nos sentimos atraídos por las cosas hermosas? —Esa es una pregunta de ciego—.

\*

—¿Cuál es el castigo de la mentira?

—Que al mentiroso no se le crea cuando dice la verdad.

\*

—Cuando no estás presente, hablan mal de ti.

—Me es indiferente. En ausencia incluso pueden azotarme.

Para que esto no ocurriera o, lo que hubiera sido más grave, para no ser condenado a muerte, Aristóteles huyó de Atenas en 322 a. C. Eso ocurrió porque, muerto Alejandro, Atenas se había sublevado contra el yugo de Macedonia y una de las primeras víctimas fue el filósofo, que, acusado de ateísmo, se refugió en Calcis. Muy quebrantado, falleció poco después, con 62 años de edad.

Aristóteles fue el filósofo de mayor influencia en el Medioevo occidental, no solo por su vigor y la solidez de su argumentación, sino, sobre todo, porque santo Tomás de Aquino, creador de la filosofía tomista, adoptó su sistema.

Pero volvamos a Alejandro, quien, probablemente, permaneció bajo la tutela de Aristóteles los cuatro años que, según las disposiciones reales, le correspondían. Era un muchacho de bello rostro y mirada soñadora, que adquiriría un brillo y un magnetismo especiales cuando se excitaba, emocionaba o indignaba, según lo representa Lisipo, el escultor favorito del príncipe. Uno de sus rasgos físicos notables era su cabellera, de pelo fino y abundante; una cabellera que, en combate, podía servir como pendón a sus soldados, pues, como sucedió en Isos, solía tirar el casco y lucirla al viento, guiando y enardeciendo la carga de sus mejores lanzas. Debía de medir cerca de 1,70 metros, ligeramente por encima de la media de los jóvenes de su generación; era de complexión fuerte, fibrosa, endurecida por los deportes, la caza y

los ejercicios de armas, pero no muy musculoso.

A los dieciocho años se le halla jefe de la caballería del ala izquierda del ejército macedónico en Queronea; a los diecinueve, en una gravísima pendencia con su padre. Ocurrió durante la boda de Filipo con su séptima esposa, Cleopatra (o Eurídice), cuyo tío, Átalo, brindó por la nueva reina, «que dará a Esparta un heredero legítimo». Alejandro arrojó una copa a la cara del ofensor, rugiendo y lanzando relámpagos por sus ojos:

—¡Miserable! ¿Quién soy yo? ¿Acaso soy un bastardo?

Filipo, tambaleándose a causa de la borrachera, le gritó:

—No te permito que insultes al tío de la reina.

—¡El rey de Macedonia debería elegir mejor a sus parientes!

La discusión subió de tono. Padre e hijo se insultaron y Filipo desenvainó su espada y avanzó hacia Alejandro, pero tropezó en la alfombra y cayó cuan largo era. Alejandro le miró mientras trataba de levantarse y le dijo despectivamente, al marchar:

—¿Cómo quieres ir de Grecia a Asia si no eres capaz de pasar de una cama a otra?

Fue desterrado a Iliria con cinco de sus amigos. Un año más tarde, reconciliado con Filipo, presenció la muerte de su padre, se encargó de vengarle y de exterminar a cuantos hubieran podido hacerle sombra, y desarticuló antes de que fuera efectiva la alianza que tramaba Atenas para oponérsele. En Corinto reunió a los representantes de las *poleis* y, con la ausencia de Esparta, se acordó declarar la guerra a Persia. A este momento se atribuye la conocida anécdota de su encuentro con Diógenes, figura señera de la escuela cínica, que veía la virtud como objetivo primordial del hombre. Sus miembros practicaban una vida ascética, rechazaban las convenciones sociales, la política, la cultura; usaban una sinceridad desnuda, aunque resultara hiriente o grosera, y ponían al perro (*kyon*, de donde procede «cínico») como modelo de austeridad, lealtad, espontaneidad, alegría y desvergüenza. Diógenes, de buena familia, vivía en la calle y es fama que en ella hacía sus necesidades o gozaba con una mujer ante la mirada de quien quisiera verle, pues su vivienda era un tonel. Frente a tal guarida se plantó Alejandro, diciéndole que conocía su filosofía y que estaría encantado de otorgarle lo que deseara, ante lo cual el cínico replicó:

—Que te echas a un lado, porque me estás quitando el sol.

Aseguradas las fronteras del norte y acalladas las sublevaciones en Grecia tras una durísima represión en Tebas, partió a la conquista de Persia con un ejército de 45 000 hombres. Antes había gastado todos sus bienes en preparar la campaña o en regalos para sus amigos. Con ese bagaje, un talento militar extraordinario y un magnífico ejército, dirigido por una mezcla de generales veteranos curtidos junto a Filipo y de jóvenes talentos salidos de la escuela de Aristóteles, penetró en Asia, desbarató en el río Gránico al primer ejército persa que trató de cortar el paso y



avanzó por la costa de Lidia, privando de bases a la flota persa y entregándoselas a la suya. Dirigió sus fuerzas hacia Frigia y en Gordio, su capital, tuvo lugar una de sus anécdotas más conocidas: la del famoso nudo que había servido para unir el yugo y el timón del carro de un antiguo rey frigio. Según la leyenda, quien lograra desatarlo conseguiría dominar Asia. Alejandro inspeccionó someramente el nudo —del que no se veía ningún cabo—, y con gesto rápido, desenvainó su espada y de un tajo lo partió por la mitad.

Respaldado por la profecía, se dirigió sin vacilar en pos de su destino. En Isos recibió una desagradable sorpresa: Darío apareció a su espalda. El macedonio venció por la superior calidad de sus tropas y por su táctica genial, perfectamente secundada por sus generales. Pero en esa batalla también fueron decisivos los errores del Gran Rey, que eligió una zona estrecha en la que no podían sacar ventaja ni su poderosa caballería ni sus mercenarios griegos, que, al menos, duplicaban a las fuerzas de Alejandro.

De esa feroz batalla, en la que los macedonios tuvieron medio millar de bajas mortales y unos 4500 heridos, el propio Alejandro entre ellos, ha llegado hasta nosotros una extraordinaria representación artística: *La batalla de Isos*, un mosaico relativamente bien conservado, procedente de Pompeya, que puede contemplarse en el Museo Arqueológico de Nápoles, probablemente copiado de un original de Filoxenos de Eretria, uno de los grandes artistas del periodo.

La fantástica composición había sido tradicionalmente atribuida a Apeles (siglos IV-III a. C.), pues este fue el más distinguido pintor griego de la época y el preferido de Alejandro. De las relaciones del conquistador y del pintor se conserva un rico anecdotario, probablemente más leyenda que realidad. Pintaba Apeles al aire libre y llegó Alejandro, llevando a *Bucéfalo* de las riendas; el rey expresó algunos reparos sobre la representación de un caballo. En esto, *Bucéfalo* se fijó en la pintura y relinchó.

—Rey, tu caballo es mejor crítico que tú —comentó Apeles.

El propio Apeles realizó una magistral representación de *Bucéfalo*, el caballo salvaje regalado a Filipo II que nadie había logrado domar hasta que lo hizo Alejandro y que se convirtió en el preferido del conquistador hasta la muerte del animal. Cuando esta se produjo, Alejandro, muy apenado, ordenó que todos los días se pusiera pie en el *Bucéfalo* de Apeles.

Una de las anécdotas sobre la generosidad de Alejandro también se refiere al pintor. Andaba Alejandro enamorado de una dama llamada Campaspe y le pidió a Apeles que la retratara. Campaspe posó varias veces para el pintor, que también se enamoró de aquella hermosa mujer. Alejandro, advirtiendo los sentimientos de Apeles, le dijo cuando le entregó el cuadro.

—Has logrado una representación tan hermosa que te mereces un regalo: quédate con el original.

El caso brinda la oportunidad de hablar sobre las relaciones amorosas de

Alejandro, un motivo clásico de fabulación. La bibliografía contemporánea más solvente niega los excesos que se le han atribuido tanto con las mujeres como con los hombres. Se le suponen tres o cuatro relaciones permanentes en las que tuvo tres hijos conocidos. Al parecer, solo estuvo enamorado de la bellísima Roxana, hija del sátrapa de Bactria. Respecto a sus relaciones homosexuales, seguramente tuvo las consideradas normales entre jóvenes griegos, entre guerreros que pasaban muchos meses solos en campamentos, asedios, marchas y preparación de batallas.

En Isos, Alejandro abrió la puerta de Asia. Luego, como se ha visto ya al abordar Fenicia, se apoderó tras duros asedios de Tiro y Gaza, penetró en Egipto, el oráculo de Siwa le reconoció como hijo y los egipcios, como soberano. En 331 a. C., tres años después del comienzo de la gran aventura conquistadora, Alejandro batió decisivamente a Darío en Gaugamela y se le entregó el Imperio persa, pero, no satisfecho aún, penetró en Asia central y descendió hasta el curso del Indo en 326 a. C. Los dos últimos años de su vida los empleó en replegarse hasta Persépolis y Susa, asegurar las fronteras, organizar el mejor aprovechamiento económico de Mesopotamia, reformar la gobernación de tan extensos dominios y buscar la vertebración del gran imperio con una fusión entre griegos y persas, ensamblaje que tendría su base en matrimonios mixtos. Él mismo dio ejemplo con dos princesas (Statira, hija de Darío, y Parisatis, hija de Artajerjes) y organizó los matrimonios de sus generales y colaboradores con distinguidas damas persas. Aquella boda multitudinaria celebrada en Susa a mediados de 323 a. C. no alcanzaría el objetivo buscado, porque el entramado obedecía a la voluntad de Alejandro y este tenía los días contados.

Y acabemos esta somera semblanza de un gigante —que se ha ido colando por diversos resquicios de nuestra historia— con su deificación. Alejandro terminó creyéndose dios: no era raro que ya hubiera tenido tal tentación a la sombra de su madre y de sus antepasados, Aquiles y Hércules. Que Amón lo adoptara como hijo quizá no pasó de una afortunada estrategia para que Egipto cayera en sus manos como un don del cielo. Pero fueron demasiados los éxitos, la adulación, el poder, la riqueza, el esfuerzo por asimilar el espíritu y la cultura de Persia —donde el rey era el representante de Dios y Rey de Reyes por la voluntad de Ahura-Mazda— como para no tener vértigo, para no asumir la divinidad y recibir encantado la adoración de sus súbditos postrados ante él.

La postración ante el soberano estaba dentro de las costumbres persas, pero para la mayoría de los griegos no era sino idolatría, sumisión servil propia de bárbaros. Y algunos optaron por no hacerlo. Uno de ellos fue su biógrafo, Calístenes de Olinto, que en sus escritos consideraba a Alejandro sobrehumano, aunque no dios; durante un banquete, el escritor fue invitado a postrarse ante el monarca, pero se negó a hacerlo y ofreció al rey su muestra de amor, respeto y lealtad: un beso. Alejandro lo rechazó y Calístenes, dignamente, abandonó la sala, diciéndole: «Te quedas un beso más pobre».

Pongamos punto final con la opinión de Manuel Bendala acerca de la divinización de Alejandro:

... significó un hito decisivo en la concepción divina del soberano, en un momento en que las estructuras políticas del mundo englobado en la *koiné* griega caminaban definitivamente hacia la formación de Estados de vocación universal, uno de cuyos elementos aglutinadores fue la autoridad absoluta del soberano, a la que le interesaba adquirir el rango de indiscutida sobrehumanidad que la divinización otorgaba.

La influencia de los reinos helenísticos en el Imperio romano y, después, en todas las formas de poder imperial que se escalonan en la historia con la poderosa referencia modélica de Roma —desde Carlomagno a Napoleón— será enorme y ese es uno de los parámetros que hacen excepcional la figura de Alejandro.

De Alejandro Magno nos ha llegado una biografía precisa, aunque parcial, que escribió Tolomeo, compañero y amigo de toda su vida, con la ayuda de los escritos del citado Calístenes, que le acompañó a Asia. Su figura y su descomunal obra suscitaron desde la Antigüedad el máximo interés, tanto histórico, como literario y artístico.

Tras la muerte de Alejandro, según se ha reiterado, sus colaboradores y amigos se repartieron el imperio. Dicen que en sus últimos momentos le preguntaron quién debía ser su sucesor y que respondió con un hilo de voz: «El mejor». Casi todos se creyeron con méritos suficientes. Algunos se quedaron con las tierras cuyo gobierno les había encomendado el propio Alejandro, como Tolomeo (Egipto), Antígono (Asia Menor), Lisímaco (Tracia), Antípatro (Grecia) y Seleuco (desde Siria al Indo). Pero el imperio se desmoronó paulatinamente porque era insostenible, porque se enfrentaron entre sí, porque algunos prefirieron seguir por su cuenta. El caso es que todos aquellos territorios estaban en otras manos 100 o 150 años después de la desaparición de Alejandro: en Persia surgió el Imperio parto, que reconstruyó lo que habían sido los territorios asiáticos del Gran Rey, y el resto lo engulló Roma de una u otra manera. Ese fue, también, el destino de la propia Grecia: su comercio, sus artistas, sus intelectuales siguieron floreciendo, cada vez en tono menor, hasta su extraordinario renacimiento en Bizancio. Pero esa es otra historia.

### EL CRISOL DE EXCELENCIAS

No podemos abordar ni siquiera someramente la cultura griega, su arte, las grandes creaciones de su literatura, teatro, filosofía, matemáticas, geometría, ciencia o medicina, que hemos espigado en algunas de sus realizaciones y en varias de sus figuras señeras. Ni es esta la pretensión de la obra ni lo permite su extensión. Con todo, aprovecharemos este colofón para citar dos decenas de nombres ilustres en los más diferentes campos del saber que no hemos vertebrado en la narración, y para sintetizar algunas ideas de la cultura que más ha contribuido a lo que conocemos como civilización occidental.

Los griegos iniciaron la consideración racional del ser humano y de la naturaleza y, en sus manifestaciones políticas y culturales, actuaron antes que ninguna otra civilización sobre el respeto a la libertad, la búsqueda de la verdad, la armonía entre el desarrollo del cuerpo y de la mente y el cultivo de la belleza. No menos trascendente es su convicción de que el hombre es capaz de perfeccionarse, de intentar la superación moral de las circunstancias, de enfrentarse, y aún de vencer, al destino ciego, como se plasma tanto en su filosofía como en su teatro. El académico Guillermo Díaz-Plaja escribía hace medio siglo:

Quando decimos y repetimos que «somos todavía griegos» queremos decir que estamos inscritos en el ámbito de un pensamiento que fue asombrosamente aflorado bajo el claro cielo de Grecia hace 2500 años. Pensar «platónicamente» es, desde entonces, un lugar común, una larga tradición de nuestra cultura que recoge la lección verbal y el contenido moral de Sócrates y crea una filosofía de permanencia universal. Desde el punto de vista literario, de Platón deriva toda una línea de espiritualidad, una teoría de la poesía como «cosa alada» y un sentido trascendente de la belleza, como eco o reflejo de una superior hermosura.

Sobre su arquitectura, solo decir que lo verdaderamente importante es admirarla y disfrutarla en los monumentos diseminados por Grecia y por todo el Mediterráneo, y un pensamiento, que también tomo prestado del profesor Díaz-Plaja:

Si bien se mira, frente a la exhuberancia caprichosa de lo oriental, esta es una lección de arquitectura regida por la sed de verdad. Las columnas sostienen el techo necesario; en cuanto a los frontones, bien se ve que son el vértice del tejado de doble alero que reparte el agua de la lluvia. Nada más y nada menos. Para llegar a esta difícil sencillez hubo que derribar muchos fantasmas extraños y perturbadores.

Y acerca de la escultura, acentuar la lógica evolución desde el rígido arcaísmo, de sonrisa helada en la boca y pliegues simétricos en las vestiduras, a la severa representación de la belleza, tan elegante como serena, fría incluso. Este momento, clásico, es el de los más brillantes escultores de la Antigüedad, tan admirados por Roma, que no se cansó de copiar sus obras, gracias a lo cual hemos podido disfrutar de gran parte del torrente creativo de Fidias (algunos relieves del Partenón), de Mirón (*Discóbolo*), de Policleto (*Doríforo*, tenido como canon de la belleza masculina) o de Praxíteles (*Hermes con Dionisos niño* o *Afrodita de Cnido*). Esta última, de la que nos ha quedado una hermosa copia que puede admirarse en los Museos Vaticanos, causó sensación cuando fue expuesta al público hacia el año 360 a. C. Se supone que fue Friné, la más famosa hetaira de Atenas, la modelo que posó para el artista.

Friné administraba sus encantos con usura y, en público, siempre aparecía cubierta con velos, salvo dos días al año: en las fiestas de Afrodita y de Poseidón se dirigía a la playa, se desnudaba y se bañaba ante toda Atenas. Esto elevaba su cotización como la espuma. Alguien que, deslumbrado, pasó por caja dejándose una fortuna, recapacitó tras haberla disfrutado y puso una denuncia, considerando el precio abusivo; ya ante el tribunal, en el turno de defensa, el abogado de la bella la colocó frente a los jueces y le quitó un velo, lo que permitió la pública contemplación de un pecho. Fue absuelta sin más alegatos.

Alguna alusión se ha hecho ya sobre el arte helenístico al hablar de Alejandro, mencionando dos artistas singulares: el escultor Lisipo y el pintor Apeles. En líneas generales, durante el helenismo se calienta la expresión de las figuras, que expresan emociones, alegría, tensión, furia y, sobre todo, dolor, y se presentan en movimiento, incluso en las obras más próximas a los maestros del clasicismo, como las de Scopas: su *Ménade* se contorsiona y su *Póthos* languidece de amor; en ocasiones, resulta obligado girar en torno a la obra para contemplarla en todo su dintorno, como ocurre con el *Apoxiomeno*, el luchador sorprendido por Lisipo mientras se limpia la arena adherida a sus brazos.

Y esa pasión y movimiento crece hasta alcanzar representaciones realistas, casi fotográficas, como el *Galo Ludovisi*, el *Galo Capitolino* o el *Fauno Barberini*, obras todas ellas del siglo III a. C. Y aún habrá más, un barroco esplendoroso, con realizaciones como el *Niño de la oca*, el *Toro Farnesio* o el *Laocoonte*, una de las obras más espectaculares de todos los tiempos, que representa la agonía del sacerdote troyano muerto por las serpientes enviadas por Palas Atenea para evitar que descubriera la añagaza urdida por Ulises con su caballo de madera; hoy está emplazada en el Patio Octogonal de los Museos Vaticanos.

Ante la perfección técnica, la sinceridad, la elegancia, las proporciones, la pasión, el movimiento e, incluso, el volumen que caracterizan cada época, solo cabe el asombro y más ante el ingente número de obras y la proliferación del genio por todo el Mediterráneo. ¿Cómo tan pocos pudieron hacer tanto en un tiempo tan escaso?

Y hubo muchas más cosas que no se han abordado y que es imposible siquiera exponer mínimamente: en el campo del arte, la cerámica fue uno de los más brillantes testimonios del genio griego. Existieron dos docenas de tipos distintos de vasijas de gran calidad y elegancia, y su decoración nos ha brindado exquisitas muestras de la pintura griega, especialmente las de figuras negras sobre fondo rojo y las de figuras rojas sobre fondo negro. Al margen de su calidad artística, gran cantidad de información sobre la visión griega de la mitología y sobre la vida cotidiana se la debemos a las representaciones que nos proporciona la cerámica.

Entre las aportaciones más espectaculares de Grecia a la humanidad está la ciencia, así como algunos de los personajes más sabios de la Antigüedad. Uno de ellos fue Tales de Mileto, que vivió a caballo de los siglos VII y VI a. C. Un sabio esférico: matemático, geómetra, astrónomo, filósofo, viajero, comerciante, amable, bondadoso y muy aficionado a los espectáculos deportivos, en una de cuyas manifestaciones murió, ya muy anciano.

En su juventud, viajó por todo el Mediterráneo oriental y tierras adyacentes, conociendo los adelantos científicos fenicios, mesopotámicos y egipcios.

—¿Cuánto mide esta pirámide? —preguntó a su guía, que hizo un vago gesto de que mucho, pero vaya usted a saber—. Mañana vendremos a medirla.

Y al día siguiente, a media tarde, estaban los dos en Guiza. Tales trazó una raya

en el suelo y se puso sobre ella; su acompañante hizo otra en el lugar que alcanzaba su sombra y midieron. Luego hicieron lo propio con la sombra que proyectaba la pirámide de Keops.

—Si yo que mido tanto, proyecto una sombra de...; la pirámide de Keops, cuya sombra es de... —Se agachó en la arena y comenzó a hacer números con un palito—. Mide 140 metros de altura.

Fruto de sus reflexiones son numerosos principios de la geometría, formulados hace 2600 años: «Los ángulos opuestos resultantes del cruce de dos rectas son iguales» o «Los ángulos de la base de un triángulo isósceles son iguales» o «Dos triángulos que tienen en común dos ángulos y un lado son iguales».

—Y estas tonterías en las que pierdes el tiempo, ¿para qué sirven? Si al menos pudieran utilizarse para medir un campo —le decían sus paisanos en el ágora.

Y él, al parecer, sonreía amablemente y, con infinita paciencia, explicaba que esos principios también servían para medir los campos y para hacerlo con mucha mayor rapidez y precisión. Otras veces les hablaba de astronomía y le miraban como a un soñador, aunque tomaban nota cuando sus observaciones se referían a la agricultura o a la meteorología. La general estima que despertaba su bondad y paciencia le salvó la vida cuando predijo el eclipse de Sol de 585 a. C.: su anuncio suscitó la rechifla general y, cuando se produjo, el pánico. ¿Sería un brujo? Pero sus conciudadanos siguieron reuniéndose a su alrededor para escuchar que todo tenía un principio único, que él creía que era el agua, o a plantearle cuestiones:

—¿Qué es lo más difícil para el hombre?

—Conocerse a sí mismo.

—¿Qué es Dios?

—Aquello que no comienza y no acaba.

—¿En qué consiste la práctica de la justicia?

—En no hacer a los demás lo que no deseas que te hagan a ti.

—¿Cuál es la mejor forma de gobierno?

—Aquella en que reina la igualdad de las fortunas.

Hasta un siglo después no se dieron cuenta de la talla científica de su amable y sencillo paisano: la lista de los siete sabios de Grecia elaborada por Sócrates estaba encabezada, precisamente, por Tales, al que seguían Kilón de Esparta, Pitarco de Mitilene, Bias de Priene, Solón de Atenas, Cleóbulo de Lindos y Periandro de Corinto.

Más tarde, Plutarco alargó la lista hasta dieciséis, y en ella aparecía Pitágoras (Samos, hacia 570-Crotona, Metaponte o Tarento, hacia 490 a. C.), un sabio especial, muy centrado en la religión y en la mística, del que realmente se conoce poco. Al parecer, hijo de un acomodado comerciante, conoció Egipto, algunos puertos fenicios y, probablemente, Babilonia. Radicado en Crotona, se rodeó de discípulos y terminó fundado una auténtica congregación religiosa de tipo órfico: Pitágoras creía en la transmigración del alma y llegó a asegurar que la suya, unos siglos antes, había

morado en una famosa ramera y, tiempo después, había participado en la guerra de Troya, animando el cuerpo del valiente Euforbo; tanto que, durante una visita a Argos, había reconocido «la coraza de hierro» (¡!) que aquel empleó en la contienda.

Que la trasmigración fuese un tránsito feliz o sujeto a dura purificación dependía de la elevación de la persona por medio de una existencia muy austera consagrada a la búsqueda de la verdad mediante el estudio. Sus seguidores más próximos, hombres y mujeres, vivían en comunidad de bienes, bajo estrictas reglas de castidad y la abstinencia de ciertos alimentos (carne, huevos y ¡habas!) y bebidas alcohólicas; vestían con sencillez y decoro, practicaban una seriedad formal que impedía la risa e impulsaban una política muy conservadora, teocrática y dirigida por la aristocracia.

Aparte de las actividades requeridas por la vida material (sueño, limpieza, cocina), tenían el paseo diario como una obligación y el resto del tiempo se dedicaba al cultivo del intelecto: geometría, aritmética, música, astronomía, filosofía, medicina. A Pitágoras o a su escuela se deben definiciones geométricas esenciales («La suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos» o «El cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos») o el descubrimiento de que las notas musicales dependen del número de vibraciones. En astronomía, advirtieron que la Tierra es una esfera que gira sobre sí misma, aunque creyeran que los demás cuerpos celestes lo hacían a su alrededor.

La escuela no debió de durar mucho y desapareció en el transcurso de la revuelta. La influencia pitagórica fue enorme en todo el mundo helénico, aunque hoy sea muy difícil discernir lo originario de Pitágoras y su escuela y las atribuciones sufridas durante el siglo V a. C.

En el firmamento de la ciencia griega, abstracta, concebida para elevar los espíritus hacia el razonamiento lógico, tan distinta al utilitarismo que los egipcios dieron a sus conocimientos, brilla también con luz singular la estrella de Euclides, de padres griegos, pero nacido en Tiro (315-225 a. C.), cuya vida discurrió entre Damasco y Alejandría.

Según la leyenda, fue el propio Tolomeo I quien le encargó una síntesis de los conocimientos existentes sobre geometría. Y a ello dedicó más de medio siglo. El resultado son sus *Elementos de geometría*, conocidos como *Elementos de Euclides*: trece libros que mantuvieron su vigencia hasta el siglo XIX y en los que Euclides no se limitó a recopilar y sistematizar rigurosa y ordenadamente cuanto se conocía, sino que demostró, además, las intuiciones de antiguos geómetras como los pitagóricos.

No menos extraordinario fue su contemporáneo Arquímedes de Siracusa (287-212 a. C.), genio inventor del tornillo sin fin, la rueda dentada, la polea móvil y otros muchos «chismes» que satisfacían las necesidades que se le presentaban. Más compleja es su aproximación al valor pi ( $\pi$ ), que fijó en 3,1418, lo que no está nada mal; su sistema de cálculo para áreas y volúmenes fue útil hasta que se generalizó el conocimiento de las integrales, esto es, hasta comienzos del siglo XX.

Mantiene toda su vigencia su «principio», fundamental en hidrostática, para hallar el peso específico de los cuerpos. Dicen que Hierón de Siracusa había entregado a un joyero una cantidad de oro para que le hiciera una corona. Al rey le gustó el trabajo, pero sospechaba que el orfebre le había sisado mezclando cierta proporción de plata, y planteó al sabio cómo averiguar si era de oro puro sin destruirla. Un día, mientras se bañaba, Arquímedes halló la solución y, medio desnudo, corrió a palacio gritando: «¡Eureka, Eureka! [“Lo encontré, lo encontré”]». Y explicó a Hierón que «todo cuerpo sumergido en un fluido pierde de su peso uno igual al fluido que desaloja». Lo que nunca he sabido es lo que pasó luego, es decir, si la corona era toda de oro o tenía mezcla.

Cuando Roma atacó Siracusa, Arquímedes se convirtió en el alma de la resistencia, inventando potentes máquinas que lanzaban piedras a larga distancia o juegos de espejos capaces de concentrar los rayos del sol para incendiar las velas de los buques. En el momento en que las tropas romanas asaltaron la ciudad, se cuenta que Arquímedes se hallaba en la plaza, ensimismado en sus cálculos y figuras geométricas. Un soldado se dirigió a él para detenerlo, pero, absorbido por sus pensamientos, el sabio no respondió, por lo que el soldado, interpretando su silencio como un desprecio, lo mató.

En el campo de la astronomía sería injusto soslayar la figura de Aristarco de Samos, a quien se debe la primicia sobre el heliocentrismo, 1700 años antes de que lo anunciaran Copérnico y Galileo; pero también él hubo de retractarse: tampoco los griegos soportaban la idea de no ser el ombligo del universo.

Del templo de Esculapio en Epidauro, erigido en el siglo IV a. C., hoy no quedan más que los cimientos, pero hace veinticuatro siglos, y hasta época romana, aquello estaba tan concurrido como Lourdes. Numerosas placas donadas por agradecidos enfermos que allí hallaron la curación así lo atestiguan. Una cita el caso de una mujer a la que una tenia estaba consumiendo la vida. Como acudiera a ver a Esculapio y el médico estuviera muy liado en aquel momento, su hijo quiso ayudar: cortó la cabeza de la señora, metió la mano por el esófago, pasó al estómago y persiguió al bicho por los intestinos hasta que lo cazó y lo extrajo enterito. El problema vino después, cuando, incapaz de empalmar toda aquella maraña de huesos, nervios, venas, arterias, conductos y músculos, se llegó hasta su padre, temeroso ante la regañina que le esperaba. Pero Esculapio se limitó a aconsejar al muchacho que se entrenara con asuntos más sencillos, y se puso a reparar el estropicio.

Esculapio, o Asclepio, fue hijo de Apolo y de Coronis, princesa lapita. Hallándose ella embarazada, el dios enloqueció y de un golpe desafortunado la mató; aterrado ante su acción, al menos quiso salvar al niño, entregándoselo al centauro Quirón, afamado médico. Este cuidó al muchacho y le enseñó cuanto sabía, pero pronto fue desbordado por la sabiduría de Esculapio, que en época homérica era considerado dios de la Medicina.

Sin embargo, la medicina en Grecia tiene poco que ver con Esculapio y el



visitante de las ruinas de su compejo en Epidauro advierte con prontitud que aquello era, sobre todo, un negocio bien montado: estadio, gimnasio, termas, fuentes, biblioteca, odeón, propileos, hotel y una publicidad bien organizada a base de curaciones extraordinarias explicadas en las lápidas y exvotos.

El personaje que realmente impulso la medicina griega fue un genio llamado Hipócrates (Cos, 460-Larissa, hacia 377 a. C.), quien desterró la religión como causa de la enfermedad, achacándola a causas naturales. Hipócrates pensaba que el cuerpo se componía de sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra, y que su falta o exceso producían las enfermedades. Para que eso no ocurriera se debía vivir en equilibrio: aire sano, aguas puras, limpieza, moderación en el comer y el beber, ayuno de vez en cuando, largos paseos, dormir al caer la noche y levantarse con el gallo.

Se cuenta que fue llamado a Atenas en 430 a. C., con ocasión de la famosa peste que asoló la ciudad, y que, tras advertir que los fundidores, herreros y alfareros enfermaban menos que el resto, ordenó que ardieran día y noche grandes hogueras en las calles, que se ventilaran las casas, se limpiara todo con esmero y se tomara una pócima de su invención (¿?). No se sabe si estas medidas contribuyeron a terminar con la peste, pero Hipócrates adornaba sus remedios con sentencias tan sesudas que a todo el mundo dejaba en suspenso, de modo que terminaron por levantarle una estatua. A él se le atribuye aquella frase que dice: «La tarea es mucha, pero la vida es breve».

Es fama que, por encima del juramento que él mismo inventó para los médicos, prevalecía su patriotismo, por lo que rechazó el oro del Gran Rey cuando este le invitó a que frenara la peste en Persia. Por lo demás, fue el verdadero creador de la profesión médica. Su leyenda es riquísima y, aunque apenas hay datos de su vida, su prestigio fue inmenso.

En su tierra, Cos, floreció una prestigiosa escuela de medicina que proporcionó médicos a toda Grecia, pero los avances más espectaculares se consiguieron en la Alejandría tolemaica, donde en el ambiente de la Biblioteca y el Museo funcionó una especie de academia interdisciplinar en la que colaboraron científicos de todo el Mediterráneo y Mesopotamia. Gracias a ello, a las subvenciones y al abundante trabajo que proporcionaba la protección médica oficial, se produjo en pocos años un progreso extraordinario en el conocimiento médico. Ese fue el gran momento de Herófilo de Calcedonia (325-280 a. C.), que dejó numerosos estudios anatómicos, basándose en la disección de cadáveres. Los progresos de la escuela alejandrina continuaron hasta la época romana y, salvo en contadas especialidades, no serían superados hasta el Renacimiento.

Siglo y medio antes de nuestra era, Grecia sufrió el total eclipse de su independencia. Los vencedores fanfarronearon con su victoria deportando a Roma a dos millares de los hombres más ilustres en todos los campos del saber y robando las obras de arte más hermosas, que, en adelante, embellecerían lugares públicos y

palacios romanos. Lo mejor de Grecia pasó a Roma, helenizada en los campos del saber y la belleza. Como reconoce una frase áurea latina: *Graecia capta ferum victorem cepit* («La conquistada Grecia cautivó al bárbaro conquistador»).

## LOS CONQUISTADORES

## HIJOS DE RÓMULO

**E**neas dejó a la reina Dido en Cartago suicidándose por amor para ir en pos de su destino, que le llevó hasta la península Itálica, donde se casó con Lavinia, hija del rey Latino. Su hijo, Ascanio, fue rey del Lacio y fundó su dinastía en la ciudad de Alba Longa. Todo fue bien hasta que uno de los monarcas de esa familia, Procas, que tenía dos hijos, se empeñó en que ambos fueran reyes. Mal asunto, porque el pequeño, Amulio, expulsó a su hermano Númitor y mató a sus sobrinos para evitar reclamaciones. Realmente dejó viva a una muchacha, Rea Silvia, pero la hizo sacerdotisa, con lo cual estaba obligada a guardar el voto de castidad de por vida. Mas Amulio propone y Marte dispone: Marte era el dios de la guerra para los romanos y hete aquí que vio el belicoso dios a la casta sacerdotisa tan dormida junto a un arroyo que la dejó embarazada sin ni siquiera despertarla. Aunque según otros, la muchacha cayó en realidad en brazos de un mozo garrido que la dejó encinta y, viéndose en ese estado, optó por inventar la violación del dios. El caso es que, llegada la hora, la sacerdotisa tuvo gemelos, Rómulo y Remo, y el rey Amulio se dijo: si son hijos de Marte, que él se ocupe de ellos; los metió en una barquichuela, los soltó en la mar y, como suele ocurrir en las leyendas afortunadas, la embarcación quedó varada en la desembocadura del río Tíber, donde los halló una loba, que los amamantó. Sobrevivieron hasta que los descubrió el pastor Fáustulo, quien los crió como hijos suyos. Al respecto, también hay dudas, y Tito Livio, el gran historiador romano que vivió a caballo sobre los siglos I a. C. y I d. C., creía que la loba era la propia esposa del pastor, que ayudaba a sacar adelante su casa con el ejercicio de la prostitución.

Andando el tiempo se repitió una historia universal: los chicos se enteraron de su pasado, asaltaron el trono, mataron a Amulio, buscaron a su abuelo Númitor y le repusieron en el trono. Hecha justicia, establecida su estirpe real, Rómulo y Remo regresaron al lugar donde habían vivido, el Lacio, para levantar su reino junto al río. Pero allí había varias colinas, ¿cuál sería la más adecuada? Rómulo se decantaba por el Palatino, Remo, por el Aventino. Ni para ti ni para mí: que lo decidan los dioses, y cada uno se fue a su colina preferida esperando una señal. Horas después se reunieron.

—He visto la señal —dijo Remo—. Seis buitres sobre el Aventino.

—Pierdes, hermano. Esa era, sin duda, la señal, pero yo he visto doce buitres sobre el Palatino —replicó Rómulo.

Remo ayudó a su hermano a estaquillar los límites de la urbe y, luego, colaboró guiando la pareja de bueyes uncidos al arado, con cuyo surco Rómulo quería iniciar los cimientos de los muros que defenderían la ciudad, a la que dio el nombre de

Roma, declarándola recinto sagrado y jurando que mataría al que osara saltar su muralla. Remo se burló de su hermano y, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, pisó el surco, atravesando los límites. Rómulo, encolerizado, cumplió el juramento y ensartó a su hermano con la espada. ¡Roma tenía unos principios prometedores! Sangre en sus cimientos y un solo rey, colérico y dispuesto a cumplir sus amenazas. Eso ocurrió, según la crónica de Marco Terencio Varrón, autor latino que vivió en el siglo I a. C., el 21 de abril del año 753 a. C. ¡Y la fecha debe ser tan exacta como la leyenda fundacional! ¿O es más que una leyenda?

Pues puede que sí. En 2006 el prestigioso arqueólogo romano Andrea Carandini encendió una viva polémica en el mundo de la historia antigua. Tras una vida dedicada a Roma y a la excavación de sus restos, Carandini llegó a la conclusión de que alguien, se llamara Rómulo o de cualquier otra manera, levantó a mediados del siglo VIII a. C. una ciudad en la colina del Palatino, la rodeó de una muralla, erigió un templo a Vesta y se construyó un palacio.

En la vecindad de Roma —si su fundación se produjo realmente en este momento histórico— crecía Etruria, con una cultura peculiar desarrollada, probablemente, a partir de la mezcla de una población autóctona con elementos foráneos afincados en ese centro occidental de la península Itálica. Y no lejos pululaban picenios, umbros, sabinos, samnitas, volscos y muchos otros pueblos que habitaban en el territorio desde el Neolítico y que, mezclados con nuevas invasiones de comerciantes, artesanos y buscadores de metales, configuraban pequeños reinos. Pronto, además, llegaría el fuerte empuje de griegos y púnicos, organizadores de prósperas colonias.

Quienes, al parecer, antes estuvieron en condiciones de medirse a estos osados fundadores griegos fueron los etruscos, gentes volcadas hacia el Tirreno, con fama de piratas desde la Antigüedad y que, incluso, puede que formaran una de las oleadas de los pueblos del mar que azotaron Asia Menor y Egipto. Dentro de la península, los etruscos se expandieron, por el norte, hasta la llanura del Po, y por el sur, hasta Campania. Catón lo confirmaría siglos después: «Casi toda Italia ha pertenecido a los etruscos». Roma, también.

Pero no adelantemos acontecimientos. Entre las leyendas fundacionales de Roma se inscribe la del rapto de las sabinas, cuya mejor recreación es el enorme lienzo del pintor francés David, que concentra multitudes en el Museo del Louvre. Ya contamos la historia en el capítulo 3 al referirnos a la forma de conseguir mujeres, el don máspreciado en el Neolítico: si Rómulo y su grupo de fundadores carecían de mujeres, lo probable es que llegaran a un acuerdo con los sabinos y el asunto terminaría en una amistosa unión.

Según la tradición romana, el fundador tuvo larga vida, cargada de campañas victoriosas contra todos sus vecinos. Aseguran que no murió, sino que su padre, Marte, lo envolvió en una nube y se lo llevó a la morada de los dioses. Le siguieron reyes no menos míticos, como el piadoso Numa Pompilio, que se dedicó a organizar en la tierra los asuntos religiosos: sacerdocio, vestales, culto, templos. A este le

sucedió Tulio Hostilio, de carácter crespito y guerrero, que se apoderó de Alba Longa, la ciudad madre, cuya aristocracia formó, con la romana, la *crème de la crème* de la República y el Imperio. Y es que, por una vez, Hostilio renunció a la hostilidad y optó por una fórmula razonable para dilucidar qué ciudad, Alba o Roma, sería cabeza del nuevo reino. Los tres hermanos Horacios representarían a Roma; los Curiacios, a Alba. Ambos ejércitos formaron la palestra para el combate y sus campeones comenzaron la lucha. Tras acometerse fieramente, quedaron en pie los tres Curiacios, aunque heridos y sangrantes; muertos yacían dos Horacios, pero el tercero estaba indemne. Este, evitando pelear con los tres simultáneamente, comenzó a correr por la palestra, perseguido por los Curiacios; cuando estos se hallaban separados, se volvía el Horacio y acometía al que tenía más cerca y, así, uno tras otro, los mató a los tres. Regresó el ejército vencedor y Roma recibió exultante de alegría al héroe, salvo su hermana, prometida de uno de los muertos, que le reprochó su crueldad. El Horacio, indignado por las invectivas y por la falta de patriotismo de su hermana, la mató. ¡Qué tragedia! Tras la leyenda parece ocultarse una realidad no menos terrible: Alba Longa fue destruida y su rey, descuartizado.

El cuarto rey mítico de Roma fue Anco Marcio, hombre polifacético que dedicó parte de su tiempo a las leyes, convirtiendo la declaración de guerra en un acto legal. Fue afortunado con las armas y se ocupó de la prosperidad del reino, cuidando el comercio y abriendo mercados para su ciudad. ¡Reyes fantásticos, fabulosas realizaciones!

Hacia el año 600 a. C. Roma sufrió un cambio radical: se instauró una dinastía nueva, etrusca. No hizo falta invasión alguna: al socaire de la prosperidad comercial se habían ido instalando en el Lacio muchos comerciantes etruscos. Uno de ellos, Tarquinio Prisco, culto, rico, hábil y ambicioso, logró que la Asamblea Popular le designara rey. Su nombramiento elevó Roma de cochambroso poblachón a ciudad moderna, con cloacas, foro, circo, templos y teatros. Heredó el trono Servio Tulio, que realizó el primer censo, levantó los Muros Servianos, muralla con once kilómetros de perímetro, entregó la ciudadanía a los libertos y reformó profundamente el ejército, que abandonaría su composición aristocrática para convertirse en una formación hoplítica de tipo censitario. Esta modificación estuvo combinada con la clasificación de los ciudadanos en 193 centurias, repartidas en cinco categorías según su riqueza. Dionisio de Halicarnaso, historiador griego del siglo I a. C., lo explica con claridad: «Si se necesitaban 10 000 hombres, se dividía ese número entre las 193 centurias y, a continuación, se ordenaba a cada centuria que proporcionase el número de soldados que le correspondían».

Lógicamente, quienes debían proporcionar más tropas —la primera clase, que integraba un total de 98 centurias— disponían de mayor influencia al legislar (*comicios curiados*), al elegir cargos políticos (*comicios centuriados*) o al arbitrar impuestos (*comicios tributos*). En la toma de decisiones, cada centuria se reunía, adoptaba la suya y emitía su voto, por lo que, como los intereses solían ser

coincidentes, la primera clase imponía su voluntad. Pero tales medidas también mejoraban la representación de las clases medias y bajas, porque, aunque el sector aristocrático mantuviera su predominio, a partir de entonces existiría un contrapeso —95 centurias— que no era baladí si se producían escisiones en su voto. Ya viejo, Servio Tulio fue golpeado por todas las desgracias. Sus dos hijas estaban casadas con Lucio y Arrunte, hijos de Tarquinio Prisco, su protector; pero Lucio se enamoró de su cuñada, Tulia Minor, y ambos tramaron el asesinato de sus respectivos cónyuges y hermanos, Arrunte y Tulia Mayor. Consumado el crimen, se casaron e iniciaron el asalto al trono, para lo que les bastó que un Senado aterrorizado ante las amenazas del joven Tarquinio, al que ya se llamaba «el Soberbio», aceptase su candidatura real. Después fue a palacio, cogió en brazos al rey y lo arrojó a la calle. Y para redondear el crimen, Tulia Minor pasó por allí con su carro de caballos y lo atropelló, abandonando su cadáver.

Esta historia atufa a propaganda política contra Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma. Su reinado se distinguió por sus éxitos militares, a costa, sobre todo, de Etruria, a la que expulsó del Lacio, y por su contribución al embellecimiento de Roma. Pero la nobleza romana, que le odiaba por su política dictatorial y despótica, aprovechó que estaba ocupado en el sitio de Ardea para organizar un golpe de Estado.

Según la leyenda, el hijo menor del rey, Sexto, codició a Lucrecia, la esposa de su primo, Tarquinio Colatino, y aprovechó la ausencia de este para penetrar en su dormitorio y forzarla. Al día siguiente, Lucrecia llamó a su padre y a su esposo para narrarles lo sucedido y, sacando un puñal que llevaba escondido, se suicidó. Acudió entonces el patricio Lucio Junio Bruto, a quien el dictador había dejado huérfano. Arrancó el puñal del pecho de la desgraciada y, enarbolando el arma ensangrentada, recorrió las calles clamando venganza. Después, reunió al Senado, concluyendo con una llamada a la libertad. Varios senadores expusieron otros crímenes del Soberbio, que fue destronado. Cuando el rey regresó de Ardea para hacer frente a la situación, halló las puertas cerradas y la guarnición sobre ellas. Tarquinio y su familia se refugiaron en Etruria para salvar la vida, pero Sexto fue asesinado.

Esa revuelta coincidió con la decadencia etrusca al sur del Lacio, lo que, probablemente, tuvo mucho que ver con el desplome de los Tarquinius. Pero fuese como lo cuenta la tradición o de cualquier otra manera, extendió el certificado de defunción a la Monarquía y el de nacimiento a la República en 509 a. C.

### **BLANCAS TOGAS, PUÑO DE HIERRO**

Y en Roma proclamaron la República. Los comicios centuriados eligieron dos cónsules, con atribuciones militares, religiosas, judiciales y administrativas y, ¡cómo no!, optaron por dos hombres de la aristocracia y, a la sazón, en la cima de la popularidad: Lucio Junio Bruto y el viudo Tarquinio Colatino. Según Antonio

Blanco:

Aunque los revolucionarios pretendiesen que el movimiento había partido del pueblo y del ejército, ni aquel ni este habían movido un dedo. Solo los jefes y oficiales latinos del ejército real se habían alzado en armas, arrastrando tras sí al pueblo, primero, y al ejército, luego. Los partidos políticos suelen conservar las señas de identidad de sus orígenes. La facción que implantó en Roma la República no fue una excepción. Hasta el final la República conservará el carácter aristocrático y elitista de sus fundadores, pertenecientes a un puñado de familias romanas y albanas a las que pronto se sumarán algunas de otros pueblos vecinos. La historia de la República romana la hicieron una treintena de familias.

Como el viudo Tarquino renunciara, se eligió a Publio Valerio, llamado Publícola, «amigo del pueblo», autor de algunas leyes que perdurarían hasta el final de la República: una condenaba a muerte a quien pretendiera obtener un cargo público sin la aprobación de la Asamblea; otra, permitía a todo romano asesinar a quien conspirara para proclamarse rey. Dos leyes que no serían suficientes para frenar a personajes como Mario, Sila o César, que ambicionaban un poder personal.

Los cónsules —dos, para evitar un poder único— se desprendieron rápidamente de las funciones religiosas, jurídicas y administrativas, que pasaron a sacerdotes, pretores y cuestores, también duales y pertenecientes a la primera clase. El consulado tenía un año de vigencia, aunque en algunos periodos pudo renovarse, de forma inmediata o pasado un plazo. El poder de los cónsules los equiparaba a jefes de Estado. La plebe, insatisfactoriamente representada, logró que se anulara esa institución en 445 a. C.; fue sustituida por tres —más tarde, seis— tribunos militares. Una nueva reforma, impuesta por el peligro galo, la reimplantó. Se elegía entonces a tres cónsules, dos para el gobierno y el ejército y otro para la justicia, que en caso de necesidad también tenía potestad militar, y, ¡gran conquista!, uno de ellos podía salir de la plebe; una modificación posterior permitió que los plebeyos pudieran ser, incluso, dos. Para limitar las prerrogativas de los cónsules se creó la figura del censor.

El ocaso consular comenzó con la decadencia de la legalidad republicana, en el siglo I a. C., cuando Mario se hizo designar cónsul varios años seguidos, Sila recortó los poderes de la institución y César terminó prácticamente con ellos. En época imperial, aparte de presidir el Senado, los cónsules eran figuras decorativas.

Aparejado al consulado surgió otro cargo básico en la historia de Roma: el de procónsul. Se trataba del cónsul saliente, que recibía un mandato de otro año para, al frente de un ejército, terminar una guerra, organizar una provincia recién conquistada o gobernar algún territorio. El cargo fue el coladero por el que se infiltraron los poderes personales que terminaron con la República, porque, al mando de potentes ejércitos y con la experiencia y clientela logradas con el consulado, ¿qué poder político podía oponérselos? Procónsules por tiempo largo o ilimitado fueron Pompeyo, César o Augusto.

El Senado, inicialmente, no tenía función oficial alguna; se trataba de un órgano consultivo creado en la más remota antigüedad romana por el monarca para que le asesorara. A los senadores se les denominó *patres*, («padres»), y darían lugar a una

clase superior denominada *patricios*, condición hereditaria. Andando el tiempo, accedieron al Senado otras gentes de la primera clase censitaria, es decir, ricos, que serían *nobiles*, pero no patricios.

En época fundacional, el Senado estaba compuesto por cien personas de edad y supuesta sabiduría, pero su número fue incrementándose con el tiempo (llegaron a ser novecientos, con César). Eran elegidos por los cónsules, preferentemente entre quienes hubieran desempeñado magistraturas (cónsules, pontífices, pretores, cuestores) y, por tanto, pertenecían a la primera clase censitaria, hasta que, en el siglo II a. C., obtuvieron escaño los tribunos de la plebe.

Como asamblea consultiva, era reunida por los reyes y, ya en la República, por los cónsules (más tarde, también por pretores y tribunos de la plebe). Pese a sus escasas prerrogativas iniciales, el Senado adquirió con el tiempo gran poder, sobre todo en épocas de crisis —estaba previsto que, en caso de un vacío de poder, ejerciera la primera magistratura de la República—, y llegó a tener el control de la economía, la justicia, la política exterior y la organización de las tierras conquistadas, hasta caer en decadencia y total sumisión a los emperadores.

Otra institución fundamental es la mencionada de los tribunos de la plebe, creada en el siglo V a. C. como concesión al pueblo, sublevado a causa de su falta de derechos. Primero fueron dos, luego, cinco y, finalmente, diez. Su cometido era defender los intereses de la plebe, por medio del *auxilium*, que servía para ayudar a los oprimidos, perseguidos, injuriados, etc., y de la *intercessio*, opción de veto respecto a medidas contrarias a sus representados. Para poder cumplir su misión tenían el privilegio de la inviolabilidad, por el cual sus personas eran intocables, lo mismo que sus casas. En la cúspide de sus prerrogativas, promulgaban edictos, convocaban al Senado, presidían los comicios e imponían multas.

Aunque con los siglos perdieron su radicalidad revolucionaria, siempre mantuvieron su extracción popular hasta que la reforma de Sila, en el siglo I a. C., terminó con la institución. Algunos de sus nombres están grabados a fuego en los anales de Roma, como los Gracos o Livio Druso.

Hubo, también, tribunos militares. Solía haber seis por legión y ostentaban su mando por turno, dedicándose los demás a labores de estado mayor y de intendencia. En época imperial, el mando de las legiones lo ejercían los legados, de modo que el papel de los tribunos se limitó a estado mayor, organización y suministros.

Básica para el funcionamiento de la República fue la censura, institución creada en la segunda mitad del siglo V a. C. El censor procedía de la primera clase, ejercía su cometido durante dieciocho meses y se encargaba del censo, del listado de senadores y caballeros, de la supervisión de los presupuestos, de las subastas de las obras públicas, del arrendamiento de los cargos de recaudadores, de la vigilancia de las costumbres y de instruir causas por actos de cobardía en el desempeño de las misiones militares. En suma, un cargo de control con una triple función: censar, vigilar y censurar.



En este cargo perdura el recuerdo de Catón el Viejo, llamado «el Censor» (234-149 a. C.), aquel severo personaje que exigía la destrucción de Cartago («¡Delenda est Carthago!») y que clamaba contra la relajación de costumbres que estaba experimentando Roma. De origen campesino, se hizo célebre como abogado y político, logrando cuantos cargos públicos ambicionó, entre ellos el consulado. Combatió en las guerras púnicas y se enriqueció durante sus dos años de misión en Hispania (195-193 a. C.), vendiendo como esclavas a las poblaciones sometidas. De aquella campaña se cuenta una anécdota demostrativa de que la severidad no está reñida con el buen humor. En vísperas de una batalla se le presentó un soldado abatido por la preocupación:

—Me ha sucedido algo que no augura nada bueno: mientras dormía, una rata me ha roído una sandalia.

—¡Por el contrario! Se trata de un buen presagio: mañana roeremos y venceremos al enemigo. Sin embargo, me habría angustiado que tu sandalia se hubiera comido la rata.

Se asegura que la fortuna conseguida en Hispania se la gastó en el ejercicio de sus cargos públicos, cosa creíble dada su integridad, llevada hasta límites extremos, como sucedió en su confrontación con Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal, al que convocó a rendir las cuentas de una misión militar victoriosa en Asia Menor a la que había acompañado a su hermano Lucio. Era una pretensión legítima, aunque caída en desuso y un tanto vejatoria, porque aquella ley se resucitaba para revistar las cuentas del personaje más popular de Roma. Escipión, humillado, acudió al Senado acompañado por su hermano, que, como jefe de la misión, llevaba los justificantes. Iniciada la sesión, se levantó Lucio, tomó los papeles y los hizo pedazos. Tal menosprecio le valió una acusación de fraude, que no fue castigada porque la vetó el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco. El caso es que el proceso pasó a una nueva fase, dándose la circunstancia de que Escipión el Africano fue convocado a testificar nuevamente ¡en el aniversario de la batalla de Zama! Iniciada la sesión, el general se levantó e invitó a todos a acudir al templo de Júpiter a la celebración religiosa prevista para conmemorar aquella extraordinaria victoria. Terminada esta, se despidió diciéndoles que estaba hasta las narices de todo el asunto y que se retiraba a su villa campestre: no se le volvió a ver por Roma.

A su larguísima carrera política unió Catón una apreciable actividad como escritor, siempre en latín, pues, aunque conocía bien el griego, abominaba de cuanto procedía de Oriente como si fuera la peste. Se cuenta al respecto que en 155 a. C. el filósofo platónico Carnéades, que estaba en Roma con una embajada ateniense, negó en una conferencia la existencia de los dioses y aseguró que justicia e injusticia no eran conceptos universales, sino convencionalismos adoptados por cada sistema político. Enterado, el anciano Catón exigió al Senado que se expulsara a aquel blasfemo. Carnéades fue devuelto ignominiosamente a Atenas, pero la influencia griega sería imparable.

A fin de manejar con cierta soltura los cargos políticos fundamentales en la vida de Roma, hemos postergado el momento fundacional de la República, que resultó harto azaroso porque los etruscos, confederados bajo el mando de Porsena, primer magistrado de Clusium (Chuisi), le infligieron tal derrota que Roma tardó mucho en recuperarse. Al desastre militar se añadió el político: la República carecía del talento comercial que había caracterizado a la monarquía etrusca e, incluso, la paulatina decadencia de las ciudades etruscas fue negativa para el desarrollo romano.

La situación popular era pésima; el servicio de las armas había dejado las tierras yermas, las haciendas destruidas y arruinados a los campesinos, cuyas deudas conducían inexorablemente a la cárcel o la esclavitud. No eran mejores las condiciones de las demás clases populares, y sus quejas a los cónsules y al Senado no tenían resultado positivo alguno. Como medida de presión, la plebe, en una acción histórica sin precedentes, abandonó Roma en 494 a. C. y se retiró al Monte Sacro, ignorando los llamamientos de la primera clase ante el peligro de invasión. La revuelta social solo se solucionó cuando los poderosos accedieron a condonar sus deudas, liberar a los esclavos e instituir el cargo de tribuno de la plebe, a tiempo para formar un ejército que, al mando de Coriolano, rechazó las primeras incursiones de volscos y ecuos, rústicos pueblos montañoses que habían descendido a la llanura ante el vacío de poder ocasionado por la decadencia etrusca y la postración romana.

El caso de Coriolano es espectacular. De rancio abolengo e ideas ultraconservadoras, soportaba mal el avance plebeyo alcanzado tras su determinada protesta. En 491 a. C., ante la escasez de alimentos, la República compró trigo en Sicilia, pero la aristocracia, con Coriolano al frente, decidió no entregar ni un grano al pueblo si, previamente, no renunciaba a los tribunos de la plebe que acababan de iniciar su actividad. El pueblo resistió y sus tribunos llevaron a Coriolano ante los comicios, por lo que este, sabiéndose condenado, huyó de Roma refugiándose entre los volscos. Ansiando vengarse, Coriolano condujo a los volscos hasta las afueras de Roma, pero la presencia en su campamento de su madre, su esposa y sus hijos hizo que depusiera su actitud y levantara el asedio.

Su figura ha resultado sumamente atractiva para la literatura. Shakespeare le dedicó la tragedia *Coriolanus*; Víctor Balaguer —uno de los protagonistas del renacimiento catalán—, su obra *Coriolá*; y el dramaturgo austriaco Collin, *Coriolan*, especialmente interesante porque inspiró a Beethoven una de sus más famosas oberturas.

Otro personaje de esta época balbuceante de Roma es Lucio Quincio Cincinato, tan de incierta existencia real como de espectacular envergadura humana. Cincinato, perteneciente al orden ecuestre, vivía retirado con su familia en la hacienda que tenía en el Trastévere —hoy uno de los barrios populares con más sabor de Roma—. Acosada la ciudad por los ecuos, hacia el año 460 a. C., los romanos recordaron su figura y le entregaron el poder provisionalmente a título de dictador. Tras la victoria, fue recibido triunfalmente en Roma, y al día siguiente, cuando el Senado esperaba sus

peticiones, devolvió el poder y regresó a sus tierras. Ante otro peligro, esta vez provocado por Veyes, ciudad de los etruscos, los romanos pensaron ofrecer a Cincinato un nuevo mandato dictatorial.

—¡Quita!, ¡quita!, que ya debe ser muy viejo —se dijeron.

—Nada perdemos. Si aún tiene energías, se lo propondremos.

Le hallaron en sus campos, vigilando la marcha de la sementera.

—Yo siempre estaré al servicio de mi patria —respondió a los emisarios, y les acompañó a Roma.

Y repitió la hazaña: organizó el ejército, lo condujo a la victoria y, terminada la misión, renunció al poder. Murió pacíficamente tras una vida sencilla, apartada del ruido, la adulación y el boato. La humildad y el cumplimiento del deber por sí solos no suscitan pasiones: Cincinato no ha inspirado una gran tragedia, ni una epopeya, ni una ópera, pero sí le recuerda, aunque indirectamente, el nombre de una gran ciudad de Estados Unidos, Cincinnati.

Paulatinamente, Roma se fue recuperando. Rechazó a los invasores, se apoderó de la vecina Veyes y, conforme ensanchaba su población y territorio, perfeccionaba sus leyes, sobre todo bajo la continua presión plebeya: las que eran de utilización consuetudinaria fueron recogidas y publicadas en la Ley de las Doce Tablas; en adelante no serían aleatorias, sino que todos los ciudadanos responderían al contenido de ese código. Otra reforma importante fue la soldada. Hasta entonces las tropas no recibían estipendio alguno; peor aún, debían costearse su equipo, por eso los plebeyos se resistían al reclutamiento y más de un motín hubo cuando se trató de realizar a la fuerza. La solución fue el pago del servicio, la soldada, que era baja porque igualmente bajos eran los salarios populares.

Sobre esa Roma en pleno progreso cayeron los senones, tribu gala que había cruzado los Alpes y llevaba tiempo enseñoreándose de la llanura padana, tal como se vio al tratar de los pueblos celtas y su aventura italiana. La ciudad tuvo que pagar su libertad a precio de oro, pero aprovechó la lección para iniciar un esfuerzo reconstructor que la puso en pie y reparó y amplió los Muros Servianos. Mientras Etruria se acercaba a su ocaso y declinaba el brillo de las colonias griegas, Roma dominó el Lacio y se convirtió en una potencia expansiva en la segunda mitad del siglo IV a. C.

De esta época data el ascenso de los plebeyos: tuvieron acceso al consulado, a mandos militares del mayor nivel y a cargos religiosos; a partir del siglo III a. C. podían ser custodios de los libros sibilinos, augures, pontífices y hasta *pontifex maximus*, que era un cargo vitalicio de gran relevancia. Algunos, pocos, pues el electorado romano solo otorgaba sus votos a personas de familias antiguas y muy conocidas, lograron escalar hasta la aristocracia. Según Antonio Blanco:

... los afortunados de ahora, la nueva nobleza plebeya, llegó a ser tan encopetada y exclusivista como la nobleza patricia. Llegar a la cúspide por méritos propios siendo un *novus homo*, como Cicerón, era poco menos que imposible, entre otras razones porque quienes llegaban no ayudaban a otros como ellos a

subir a su altura.

El siguiente avance romano se forjó en una crisis que se prolongó más de medio siglo (343-266 a. C.): las guerras samnitas. Los samnitas eran un pueblo belicoso que habitaba en el centro de la península, a ambos lados de los montes Samnio y Apeninos. La primera chispa parece que surgió cuando los samnitas intentaron apoderarse de Capua. Esa guerra rindió gran fruto político a Roma que, en adelante, lo decidiría todo desde el Lacio hasta Nápoles, a lo largo de la costa tirrena.

La segunda guerra samnita tuvo mayor entidad bélica y se cerró con un episodio fantástico. Un ejército romano procedente de Campania penetró en la zona de los montes Samnio, corazón del poder samnita, a través del desfiladero de Caudio, un largo y angosto paso interrumpido en su centro por un ensanchamiento con agua, arbolado y hierba abundante. Según José Antonio Monge:

En semejante trampa cayeron los romanos, engañados por unos falsos pastores que les hicieron creer que el ejército samnita se encontraba en la otra punta de su territorio. Cuando las legiones, con los cónsules a la cabeza, atravesaron la campa central y se dirigieron a la segunda parte del desfiladero encontraron la entrada cegada por árboles cortados y una ingente mole de rocas. Advertir el engaño y la presencia de los samnitas en las alturas fue todo uno.

No hubo opción a la retirada, y allí, impotentes, quedaron a la espera de la decisión del enemigo. Este optó por la generosidad: se limitó a desarmarles y humillarles, haciéndoles pasar medio desnudos bajo el yugo —especie de puerta formada por dos lanzas verticales y una horizontal—. La situación fue tan vergonzosa que la frase «pasar por las horcas caudinas» ha pasado al lenguaje coloquial con el significado de «someterse, pasar por el aro, aceptar condiciones humillantes».

Aquella derrota sirvió a Roma para modificar su estructura militar y la táctica ante Samnio, a la que rodeó de colonias bien comunicadas gracias a la construcción de la Via Apia, la gran calzada que llegaba a Capua, 200 kilómetros al sur, avanzando en paralelo a la costa tirrena. A continuación terminó con lo poco que ya quedaba de los ecuos y, afianzada su posición en el norte y el centro, se volvió contra los samnitas, a los que laminó en varias campañas que finalizaron en 293 a. C. En esta época surgió el primero de la larga y gloriosa saga de los Escipiones. Una inscripción en su sepulcro reza:

Lucio Cornelio Escipión Barbado, hijo de su padre Cneo, hombre enérgico y prudente cuya figura se ajustaba a su valor. Cónsul, censor, edil (...). Conquistó Taurasia y Cisauna en el Samnio, sometió Lucania entera y recuperó a los rehenes.

Sus descendientes entregarían a Roma en el curso de los dos siglos siguientes la península Ibérica y Cartago.

A comienzos del siglo III a. C. Roma, dotada ya de un excelente ejército y una flota notable, era la gran potencia peninsular: dominaba el centro, avanzaba hacia el norte, combatía a los galos senones y a los boios (283 a. C.), y meditaba cómo hacerse con el sur, el pie y tacón de la bota itálica, donde era señora Tarento. Esta

vieja y próspera colonia de fundación griega disponía de la mejor escuadra, pero lo suyo no era la guerra. Gracias a sus recursos económicos (lana y productos derivados, cerámica, comercio) no precisaba de grandes ejércitos para sostener su poder: cuando se veía en peligro contrataba mercenarios en Grecia.

Pero Roma no temía a nadie, al punto de que envió una flotilla al Adriático a patrullar la costa lucana y el comodoro de aquellas naves osó fondearlas en el golfo de Otranto, frente a Tarento. ¡Eso sí que no!, se dijeron los tarentinos, cuya flota hundió o dispersó a la romana y cuyas tropas asaltaron Turios, aliada de Roma.

Era la guerra. Una guerra especial, pues en ella participó Pirro, rey de Épiro, en Asia Menor, uno de los grandes generales de la Antigüedad, que, sediento de aventuras y gloria, aceptó encantado la oferta de Tarento. Llegó con un ejército de 20 000 hombres, 3000 jinetes y varias docenas de elefantes y batió a los romanos en Heraclea (280 a. C.) y en Asculum (279 a. C.), aunque tras los daños sufridos en esta última comentó a sus generales:

—¡Otra victoria como esta y estoy perdido!

Y su situación comenzó a ser comprometida: había tenido un fuerte desgaste, las legiones se revelaron comparables a su falange y los aliados de Roma se mantuvieron firmes junto a la metrópoli. Solo le cabía negociar la paz con garantías para la Magna Grecia. Envió a Roma una misión, encabezada por su secretario, Cineas, quien conducía a 2000 prisioneros romanos que quedarían en libertad si Roma aceptaba la paz. Cineas habló ante el Senado y su elocuente discurso convenció a la mayoría. El acuerdo parecía ya a punto cuando se levantó un anciano ciego, el censor Apio Claudio, constructor de la Vía Apia.

—Es indigno que estemos negociando con un extranjero mientras su ejército acampa cerca de nuestras murallas. ¡Romanos, esto no es una negociación, sino un ultimátum, un ultraje! Que vuelva cuando sus tropas estén lejos de Roma, hoy nuestra única respuesta posible es continuar la guerra.

Cineas regresó junto a Pirro con los romanos prisioneros y el general, sobrecogido por la reacción senatorial a la par que harto de los incumplimientos de sus aliados, optó por seguir sus aventuras en Sicilia, donde su yerno, el tirano Agatocles de Siracusa, acosado por los cartagineses, reclamaba auxilio. Retornó después a Tarento, en apuros debido a la presión romana. Cerca de la actual Benevento, Pirro logró (275 a. C.) lo que tanto había perseguido: una batalla decisiva contra el grueso de las fuerzas de Roma. Dicen que ya acariciaba la victoria cuando entraron en combate tropas auxiliares romanas de fresco, que dieron la vuelta a la situación. Derrotado, Pirro regresó a Grecia. Murió en 272 a. C., a los 44 años de edad, durante el asalto a Argos: es tradición que golpeado por una teja lanzada por una mujer, que le hizo desplomarse del caballo. Fama aparte, Pirro dejó escrita una historia de sus campañas que constituye un excelente ensayo sobre las ideas militares de la época.

Para expresar la «victoriosa» racha italiana de Pirro, se acuñó el dicho «victoria

pírrica», que, según glosa José Antonio Monge, es aplicable «a litigios de cualquier tipo en los que el beneficio para el ganador es, al final, escaso o desproporcionado al costo invertido».

El siglo siguiente habría de ser fundamental para la grandeza de Roma, en la que paulatinamente se estaba despertando una vocación imperialista. Tras la toma de Tarento (272 a. C.), casi toda la península Itálica estaba bajo su control o era aliada suya, y disponía de un gran ejército que se oxidaba en la inactividad. Muchos creen que la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.) fue un mero pretexto militar con el que los cónsules esperaban conseguir gloria y dinero, mientras las legiones «conocían mundo» y obtenían un gran botín en el más próspero emporio del momento. De esta manera, con la excusa de ayudar a un grupo de mercenarios itálicos que se habían alzado con el poder en Mesina, desembarcaron tropas romanas en Sicilia, rompiendo el tratado que, en 508 a. C., la República había firmado con Cartago.

Roma lamentaría durante años haber provocado aquella guerra. Inicialmente, los cartagineses le infligieron un duro castigo en la mar y la República tuvo que improvisar una escuadra capaz de medirse a la púnica, probablemente la mejor del Mediterráneo. Se dice que los romanos lograron capturar una trirreme y que, copiándola pieza a pieza, pronto consiguieron disponer de una flota de 130. Quizá fuera así, pero la victoria naval romana de Milas (260 a. C.) parece muy temprana para una flota novata; probablemente obtuvo barcos en su aliada Siracusa.

Sea como fuere, Roma se convirtió pronto en un rival temible en el mar y, paulatinamente, superó a los cartagineses; pero estos, a su vez, sorprendieron a los romanos revelándose como duros enemigos en tierra: la mayoría de sus soldados no procedían de Cartago, eran númidas, itálicos, griegos, galos, hispanos, baleáricos, mercenarios todos ellos. Los púnicos contrataron en Esparta —aún militarmente prestigiosa— a Jantipo, que llegó con unos centenares de lanzas. Jantipo adiestró a su ejército a la manera espartana y aplastó con sus falanges a las legiones del cónsul Atilio Régulo que se atrevieron a desembarcar en Cartago (255 a. C.).

Con éxitos y frustraciones continuó la guerra cinco años más, hasta que el cartaginés Asdrúbal —nada que ver con los Barca— sufrió el más grave varapalo de la contienda cuando intentaba tomar Palermo. Cartago comenzaba a estar cansada e intentó negociar la paz enviando una embajada con Atilio Régulo, todavía prisionero. Tras la oferta presentada por los emisarios cartagineses ante el Senado, habló Régulo, que sorprendió a todos animando a los romanos a proseguir la lucha. La embajada regresó con las manos vacías y Régulo, que había empeñado su palabra, lo hizo con ellos. Una vez en Cartago fue condenado a morir de insomnio.

La última fase de la guerra fue esencialmente naval y estuvo dirigida por el púnico Amilcar Barca y por el romano Lutacio Cátulo. Ante las operaciones cartaginesas contra los puertos de Italia, Roma comenzó a vislumbrar el fantasma de la derrota. Y así hubiera sido si las familias más ricas no hubiesen empeñado sus

fortunas para construir doscientas naves que equilibraron la situación. El momento decisivo sobrevino cuando una gran armada púnica de cuatrocientos barcos, cargada con hombres y pertrechos para combatir en Sicilia, fue atacada por Cátulo, en contra de las órdenes senatoriales. Acertó: aunque sufrió tantas bajas como las que infligió, los barcos cartagineses optaron por regresar a su base, dejando a Amilcar en Sicilia sin medios para iniciar una campaña victoriosa. Pese a sus penurias, Amilcar escaramuzó durante años hasta forzar una capitulación honrosa: Cartago pagaría una fuerte indemnización de guerra y sus tropas, con armas y bagajes, evacuarían Sicilia.

La Primera Guerra Púnica realmente solo había sido el asalto inicial de la dura pugna entre Cartago y Roma por el dominio del comercio y el control del territorio en el Mediterráneo occidental, y de él había salido mucho mejor librada Roma que Cartago: disponía de una flota plenamente competitiva, dominaba Sicilia, había conseguido una importante tajada en los mercados y las indemnizaciones habían compensado las pérdidas. En esa época alcanzó el control completo de la península, sometiendo a ligures, ilirios y a los galos del valle del Po. Más aún, crecida por la victoria continuó su acoso contra Cartago y, vulnerando los tratados, se apoderó de Córcega y Cerdeña.

Entretanto, Cartago no advirtió que la paz era solo un intermedio y que debía aprovechar el tiempo porque estaba en juego su existencia. Aquella república de mercaderes se consagró a sus negocios, menospreció al ejército, arrinconó a Amilcar y, con el pretexto de que su tesoro estaba vacío, dejó de pagar a sus mercenarios, que se sublevaron y llegaron a cercar Cartago. Ante el peligro, los sufetes (magistrados supremos) recurrieron a Amilcar, que rompió el asedio y aniquiló a los amotinados tras una larga guerra.

El victorioso Amilcar trató en vano de que Cartago respaldara una activa política militar; únicamente le permitieron —quizá por quitarle de en medio— que se trasladara con una pequeña fuerza a la península Ibérica. Lo que ignoraban los sufetes es que Amilcar tenía el proyecto de convertirla en su base de operaciones en la lucha que, según preveía, debería librar Cartago por su supervivencia. Murió mientras trataba de someter a una tribu ibérica, pero su obra fue continuada por su yerno Asdrúbal y, cuando este cayó, por su hijo Aníbal (247-183 a. C.). El joven general asentó el poder cartaginés en la Península, entablando alianzas, contratando mercenarios y sojuzgando a quienes le resistían. Con esa base se vio capaz de llevar a cabo, a los veintiocho años de edad, la venganza jurada de niño ante el altar de Melqart: «Juro odiar eternamente a los romanos».

El pretexto se lo brindó Sagunto, aliada de Roma: la ciudad resistió ocho meses el asedio de Aníbal, desesperado ante la saguntina resistencia, y Roma, crecida por sus últimas victorias, declaró la guerra a Cartago, justamente cuando la ciudad levantina sucumbía consumida por el hambre.

Algunos detalles militares de esta Segunda Guerra Púnica (219-202 a. C.), ya se abordaron en el capítulo referido al mundo fenicio. Vencedor en Tesino y Trebia,

Aníbal avanzó hacia Roma y batió nuevamente a los romanos en Trasimeno. La República aguzó el ingenio: Aníbal en plenitud era invencible; por tanto, la clave era cortarle los suministros, misión que encomendó a un ejército enviado a la Península al mando de los hermanos Cneo y Publio Cornelio Escipión. Estos frenaron a los cartagineses en el Ebro, paralizando el envío de refuerzos a Aníbal.

Simultáneamente, Roma renunció a algunas libertades: designó dictador a Quinto Fabio Máximo y le entregó un nuevo ejército. Fabio Máximo actuó con astucia: paseó su poder de un lugar a otro sin implicarse en una batalla, consciente de que Aníbal trataba de sublevar a los antiguos enemigos de Roma y de que no lo conseguiría mientras su ejército estuviera en pie.

Sin embargo, a Fabio Máximo no se le amplió el mandato y el poder se entregó a dos cónsules agresivos que, al frente del mayor ejército reunido por Roma, corrieron a Cannas para sufrir una de las derrotas más graves *ab urbe condita*, es decir, desde su fundación. Al frente de los que pudieron salvarse regresó a Roma el cónsul plebeyo Terencio Varrón —al que se atribuye la derrota—, quien quedó anonadado cuando, ante las puertas de la ciudad, fue recibido por el Senado, las altas magistraturas y el pueblo, vestidos de luto:

—Estamos de luto por la derrota y por la muerte de tantos romanos, familiares y amigos —le dijeron al asombrado cónsul—, pero os recibimos aquí para agradeceros vuestra valerosa lucha y que, regresando, hayáis confiado en vuestra ciudad.

Así era Roma: no era momento de perder el tiempo en reproches, sino de levantar un nuevo ejército y mantener la lucha.

Mientras, Aníbal no avanzó sobre Roma, sino que se replegó a Capua. Tradicionalmente, se ha considerado que desperdició el momento de asestar el golpe definitivo. A veintidós siglos de distancia es imposible calibrar sus expectativas respecto a la llegada de refuerzos y al resultado de sus negociaciones con diversos pueblos itálicos, pero, sin duda, ante un asedio rodeado de enemigos y sin máquinas de guerra, debió de pesar en su ánimo el recuerdo de la resistencia saguntina y de la enorme dificultad de tomar una ciudad bien amurallada.

En realidad, después de Cannas, Aníbal sostuvo en Italia una guerra en tono menor, sin acciones relevantes, mientras el peso de la lucha cambiaba de escenario y se trasladaba a Hispania. Los Escipiones habían descendido hacia el sur, siguiendo la costa Mediterránea, rastrillando los núcleos del poder púnico y penetrando en la Bética en 211 a. C. Allí cambió la fortuna de las armas y le sonrió al cartaginés Asdrúbal Barca. Los dos Escipiones perecieron en la lucha, lo que fue utilizado como argumento por su hijo y sobrino, Publico Cornelio Escipión, para pedir el mando en Hispania. Para su fortuna, Roma confió la suerte de sus armas a aquel joven de veinticuatro años, curtido en las sucesivas derrotas contra Aníbal.

Publico Cornelio Escipión llegó a Hispania en 210 a. C. y en cuatro años desmontó el poder cartaginés. Luego, repitió éxito en Sicilia y, a continuación, organizó el ejército y la imprescindible flota para llevar la guerra a Cartago. El resto



se ha contado: Aníbal, después de diecisiete años de victorias en Italia, tuvo que regresar a África para auxiliar a su república, amenazada de muerte. En Zama (202 a. C.) le abandonó la suerte: fue vencido por Escipión, que allí se ganó el sobrenombre de Africano.

Roma se había convertido en la indiscutible primera potencia del Mediterráneo y en la referencia obligada de los pequeños Estados griegos que se sentían amenazados. Eso ocurrió, por ejemplo, cinco años después de Zama, cuando Egipto, Rodas y Pérgamo pidieron ayuda a Roma contra Filipo V de Macedonia, el monarca griego más poderoso del momento. Tito Quinto Flaminio, un romano educado en la Magna Grecia, derrotó a los macedonios en Cinoscéfalos (197 a. C.), pero sorprendió a todas las *poleis* reunidas en Corinto al proclamar que eran libres de gobernarse como desearan. Roma, de momento, prefería cultivar aliados y abrir mercados, mientras se expandía por la península Ibérica, más rica y menos desarrollada.

Pero las *poleis* no advirtieron la excepcionalidad del personaje y de la circunstancia y volvieron a llamar a los romanos cuando fueron amenazados por Antíoco. Esta vez, Roma envió a Lucio Cornelio Escipión, hermano del Africano, que le acompañó en aquella expedición. El monarca sirio fue derrotado y el vencedor, aparte de granjearse el apodo de Asiático, regresó a Roma acarreando la indemnización de guerra y la amistad eterna de Pérgamo, y propagó su convicción de que los griegos no solo eran débiles, sino incapaces de gobernarse adecuadamente. Escipión el Asiático y la famosa indemnización pagada por Antíoco fueron el origen del pleito ya descrito al hablar de Catón el Censor.

Una tercera intervención en Grecia fue promovida por la alianza entre Macedonia y algunas ciudades de Asia Menor, que ponía en peligro a pequeñas repúblicas como Pérgamo y los propios intereses romanos en la zona. Roma envió contra ella a Emilio Paulo, que venció y desencadenó una dura represión. Tras arrasarlo medio centenar de ciudades, estableció guarniciones en Asia Menor y regresó a Roma cargado de obras de arte, indemnizaciones de guerra, rehenes y esclavos.

Ni así entendieron los griegos que estaban jugando con fuego y, aunque el yugo de Roma aún era ligero, aprovecharon la Tercera Guerra Púnica para organizar una liga antirromana. La República demostró entonces su formidable potencia militar: mientras sus legiones combatían en Hispania y Escipión Emiliano marchaba contra Cartago, envió al cónsul Mumio contra la liga aquea. En 146 a. C. Cartago fue asaltada, incendiada y destruida para siempre; mientras, en Corinto, Mumio venció a la liga, asaltó y saqueó la vieja ciudad, pasó a cuchillo a sus defensores, esclavizó a todos sus habitantes y se llevó a Roma cuanto fue de su gusto. Y, para evitar nuevos levantamientos, reorganizó Grecia: Atenas y Esparta quedaron bajo dependencia directa de Roma mediante sendos gobiernos griegos leales; el resto de las *poleis* fueron unidas y sometidas a un gobernador romano.

Tras estas campañas, Roma enseñoreaba desde Gibraltar hasta Asia Menor, incluyendo la mitad oriental de la península Ibérica y una porción nada despreciable

del norte de África. Ciertamente es que para afianzar ese dominio en el Mediterráneo aún tendría que limpiarlo de piratas, sofocar revueltas de esclavos y vencer a poderosos enemigos como Viriato, Yugurta o Mitridates, pero en la segunda mitad del siglo II a. C. sus problemas vitales serían internos.

## REVOLUCIONARIOS, CAUDILLOS Y DICTADORES

Las victorias militares proporcionaron a Roma grandes extensiones agrícolas y miles de esclavos para cultivarlas; a la vieja aristocracia se unieron los nuevos ricos, surgidos al socaire de la guerra, los suministros, los préstamos, los tributos y el inmenso campo comercial abierto por conquistas y sumisiones. Roma nadaba en la abundancia, proliferaban las obras públicas, los templos, los magníficos palacios, pero el mármol y el *glamour* de las modas procedentes de Oriente no podían ocultar la miseria que aplastaba al campesinado libre, a los viejos ciudadanos que habían labrado la prosperidad de la República con la espada. Los agricultores se empobrecían a ojos vistas, incapaces de competir con la mano de obra esclava y con los avances técnicos introducidos en las grandes propiedades, por lo que no les quedaba otra salida que vender a los latifundistas lo poco que tenían y convertirse en lumpen urbano. Este fenómeno desencadenó en Roma un proceso revolucionario de gran calado, que en su último estadio terminaría con la República.

Estamos en el comienzo de la revolución y su primer capítulo tuvo como protagonistas a los Gracos. Hablando de Catón el Censor, salió a colación su padre, el tribuno Tiberio Sempronio Graco, político notable que fue también cuestor, cónsul, tribuno de la plebe y censor. Y, por si fuera poco, consiguió el amor de una hija de Escipión el Africano, Cornelia (189-110 a. C.), la dama más admirada de Roma por su alcurnia, su belleza, sus virtudes, su cultura e inteligencia. Las tertulias de su casa eran frecuentadas por políticos, filósofos, poetas, historiadores y artistas. En sus salones se arbitraba la moda, la cultura y, en cierto modo, la política de Roma. Es famosa la anécdota de aquel grupo de matronas que trataban de deslumbrarse unas a otras presumiendo de sus alhajas, sus riquezas, sus obras de arte o sus villas. Cornelia callaba, y cuando finalmente sus amigas la apremiaron para que exhibiera sus joyas, llamó a sus hijos y se limitó a mostrarlos: «Estos son mis tesoros». Tiberio y Cayo Graco acababan de ser presentados en sociedad.

Ambos recibieron una esmerada educación por parte de su madre y los preceptores griegos que les asignó y, desde su juventud, se mostraron dignos miembros de la dinastía, una de las más ilustres de Roma. Tiberio participó en la última guerra púnica, fue cuestor en Hispania y, de regreso a Roma, a comienzos de 134 a. C., consiguió ser elegido tribuno de la plebe, a la edad de veintinueve años. Conocía bien el problema agrario, cuyas repercusiones había padecido en el ejército, que sufría escasez de legionarios a causa del éxodo campesino hacia las ciudades; era

este un grave problema, porque solo los ciudadanos con recursos económicos estaban obligados al servicio de las armas y su gran masa procedía del campo. No menos alarmante era la situación de cientos de miles de esclavos hambrientos y desnudos, no solo por su inhumanidad, sino, también, por el peligro que acarrearía; así lo demostraban sangrientas revueltas como la de Sicilia, que estaba en trance de ser asfixiada tras seis años de lucha (139-133 a. C.) y que había arruinado el campo y el erario público, culminando con el aterrador espectáculo de millares de crucifixiones.

Su solución para el problema agrario —basada en la antigua ley licinia del siglo IV a. C.— fue prohibir la disposición de más de 125 hectáreas de suelo público (250 para quienes tenían dos o más hijos); el excedente así creado sería distribuido entre campesinos sin tierras a razón de cinco o seis hectáreas, con alquileres muy bajos. La pequeña propiedad podía legarse en herencia, pero no cederse o venderse a terceros, y estaba sujeta a inspecciones, para comprobar que estaba siendo cultivada. Al final de una larga concesión, todas las tierras debían devolverse al Estado, que volvería a adjudicarlas según las leyes imperantes en el momento.

La medida era razonable, pero irritó a los perjudicados: los concesionarios de tierra estatales, que a su vez las tenían arrendadas. Como es de suponer, estos eran los patricios, los caballeros —nobleza del dinero—, los nuevos ricos, en general, la gente que ostentaba el poder en Roma. Y, además, escocía la incontenente vena populista de Tiberio, que, por ejemplo, arengaba a la plebe en estos términos:

Nuestros generales nos incitan a combatir por los templos y las tumbas de nuestros antepasados. Ocioso y vano llamamiento. Vosotros no tenéis altares paternos. Vosotros no tenéis tumbas ancestrales. Vosotros no tenéis nada. Combatís y morís solo para procurar lujo y riqueza a los otros.

La Roma opulenta se levantó airada; el Senado rechazó las leyes y convenció a otro tribuno, Marco Octavio, para que las vetara, única vía para impedir su promulgación. Tiberio devolvió el golpe declarando a Marco Octavio «enemigo del pueblo», pues se oponía a una ley conveniente para la mayoría. Octavio fue depuesto y la ley entró en vigor, pero la batalla no había terminado.

A mediados de 133 a. C. Tiberio debía dejar el cargo de tribuno de la plebe, de modo que el Senado luchaba por retardar los avances de la reforma. Pero Tiberio, decidido a sacarla adelante, madrugó a la institución con una resolución que constituía un pequeño golpe de Estado: se presentaría a la reelección como tribuno, un cargo no reelegible, prometiendo a la plebe «el oro y el moro». El día de los comicios apareció en el foro protegido por una guardia plebeya. Esta, sin embargo, lo abandonaría a su suerte cuando, mediada la votación, penetró en la plaza un gran grupo de senadores encabezados por Escipión Násica, su lejano pariente, armados con estacas. Los cadáveres de Tiberio Graco y sus partidarios más distinguidos terminaron en el Tíber.

Su hermano Cayo, que acababa de volver de Numancia, fue nombrado cuestor en Córcega para mantenerle alejado. Roma quedó estremecida por el crimen, el Senado

se cubrió de oprobio, Escipión Násica recibió un empleo en colonias y las leyes agrarias siguieron adelante, pues su abrogación habría sublevado a la plebe.

Poco después, con el asesinato de Escipión Emiliano —destructor de Cartago en la Tercera Guerra Púnica y de Numancia—, el clan entró en declive: no apareció el asesino, pero los rumores inculpaban a su esposa, con la que mantenía pésimas relaciones. Su propia suegra, Cornelia Escipión, fue salpicada por el suceso, añadiéndose este disgusto a la muerte de su hijo y a los achaques de la edad, pero a la gran matrona aún le quedaba una baza que jugar: su hijo menor, Cayo Graco.

Cayo, aunque más maduro como político que Tiberio, estaba de acuerdo básicamente con las reformas de su hermano y durante diez años redondeó un proyecto de actuación. En 123 a. C. logró ser elegido tribuno de la plebe. Repartió nuevas tierras en el sur de Italia y en África; obtuvo el apoyo de la plebe subvencionando el 50% del coste del trigo y el de las legiones haciendo que el Estado costeara el armamento, que hasta entonces era asunto de los propios soldados, y disfrutó de un primer mandato próspero y tranquilo y de una fácil reelección (122 a. C.). Pero los problemas llegaron con el resto de su programa. Su objetivo era recortar los poderes del Senado, duplicando el número de senadores (hasta un total de seiscientos) y haciendo que los segundos trescientos fueran elegidos por la Asamblea (los comicios). Para lograrlo, intentó atraerse a la plebe con disposiciones de interés general, como la concesión de la ciudadanía romana a los habitantes del Lacio y aun a gran parte de los de Italia, y utilizando la memoria de su hermano:

Si os digo que procedo de una noble familia patricia, que perdí a mi hermano por su empeño en defender vuestros intereses, que soy nieto de Escipión el Africano e hijo del primer Tiberio Graco, y os pido una tregua para que mi estirpe no sea destruida y para que perviva una rama de mi familia, es posible que me concedáis lo que solicito...

Sin éxito. Por el contrario, el Senado, amenazado de muerte por aquella propuesta, ideó medidas populistas para rebasar a Cayo Graco por la izquierda: para ello compró la voluntad del tribuno Livio Druso, que prometió eliminar el modesto canon que sobre las concesiones de tierras exigía la reforma agraria de Tiberio y aseguró la entrega de 42 000 pequeñas parcelas para otras tantas familias de romanos desheredados. La Asamblea acogió las fantásticas promesas de Livio Druso y dejó en la estacada a Cayo.

En el año 121 a. C., ya sin cargo oficial, Cayo seguía metido en política defendiendo los intereses populares. Fue entonces cuando el pueblo, ante la incapacidad del Senado para hacer frente a las promesas de Druso, advirtió que había sido engañado y comenzaron los enfrentamientos entre los partidarios de Graco y los senadores y su gente. Según una de las versiones, Cayo trató de impedir la refriega, pero, superado por la violencia, se tiró al Tíber, cruzándolo a nado. Desde la otra orilla presenció la batalla campal y, abrumado por el encanallamiento de la situación política, ordenó al esclavo que le acompañaba que le diera muerte con un puñal.

Terminados los disturbios, el Senado, que desconocía la muerte de Cayo Graco,

tasó su cabeza en su peso en oro; un plebeyo que tuvo la fortuna de tropezar con el cuerpo de Graco, le cortó la cabeza y la rellenó cuanto pudo de plomo, recibiendo una crecida recompensa. Al parecer, cuando la plebe se enteró de su muerte corrió a su casa a saquearla: una casa pobre, pues había abandonado el palacio familiar para instalarse en un barrio popular con la intención, según decía, de «estar en medio del pueblo y conocer mejor sus necesidades». La revuelta, seguida de ejecuciones sumarias, costó más de 3000 vidas.

Terminada la turbulenta época de los Gracos, la revolución romana apenas se tomó un respiro. Nada estaba resuelto: la reforma agraria había quedado en paños calientes, la del ejército, también; el Senado carecía de prerrogativas; las asambleas disponían de todos los poderes, pero se habían desacreditado en un ejercicio tan confuso como manipulable; los tribunos de la plebe, con mandato reducido a un año, carecían de tiempo para acometer empresas relevantes, que, además, estaban mediatizadas por el posible veto de un compañero de cargo; los consulados contaban con un tiempo cada vez más escaso para solucionar problemas progresivamente más complejos y lejanos: ahora las guerras eran en Hispania, África o Capadocia.

Cuenta el catedrático de Historia Antigua José María Blázquez que, a comienzos de los años sesenta, perdió una oposición por gastar una broma al tribunal al referirse a uno de los personajes clave de la Roma de finales del siglo II a. C.: «Cayo Mario, como buen militar, no tenía cabeza», y es que en aquella España era mejor no tocar ciertas cosas. Efectivamente, Mario (157-86 a. C.) fue un gran general y un notable organizador, que terminaría por convertir las legiones romanas en el mejor instrumento militar de la época, pero políticamente resultó nefasto.

Los restos de la revolución de los Gracos se habían ido al garete: el Senado, jaleado por la nobleza del dinero, destruyó estúpidamente la pequeña propiedad, permitiendo que los minifundistas enajenaran las tierras que los Gracos habían distribuido. Como consecuencia, se reunieron latifundios tan grandes que, según Apiano —autor greco-romano de los siglos I-II d. C. a quien se debe una fundamental *Historia de Roma*—, solo quedaron unos 2000 propietarios, los demás ciudadanos eran *proletarii* («proletarios», es decir, los que solo tienen prole, hijos) o menesterosos. Cuando Mario entró en escena, la situación política y social en Roma era desastrosa y la militar, también, pues cada vez era más difícil reclutar soldados; con todo, la República tuvo la fortuna de que no surgieran en aquellos años grandes conflictos bélicos, hasta que estalló el enfrentamiento con Yugurta, en 112 a. C.

Este personaje era hijo natural del rey de Numidia, territorio norteafricano que, en líneas generales, corresponde a la actual Argelia. La región estaba habitada por tribus nómadas, de etnia beréber, gente indómita y magníficos jinetes que constituyeron la caballería mercenaria de Cartago; su alianza con Roma, al final de la Segunda Guerra Púnica, fue, probablemente, la clave de la victoria de Escipión sobre Aníbal. Pues bien, Yugurta, heredero de una tercera parte del reino y preceptor de sus dos hermanastros, asesinó a uno de ellos y se quedó con su parte, mientras el segundo

pedía auxilio a su aliada. Roma envió embajadores, pero Yugurta los devolvió a la península Itálica cubiertos de oro, portando promesas de fidelidad eterna, mientras eliminaba al otro hermano y organizaba el asesinato en Roma del último príncipe númida, para evitar competidores. Harta, la República le declaró la guerra.

Roma no envió a África a buenos generales, ni su ejército estaba en el mejor momento, por lo que se sucedieron los reveses hasta que, en 109 a. C., con 46 años de edad llegó allí Mario, un personaje tallado en roble. Hijo de labradores, grande, fuerte e inculto, buscó su fortuna en las armas y aprendió el oficio a las órdenes de Escipión Emiliano en Numancia, mostrando tanto valor, iniciativa y energía que mereció las alabanzas del general y su promoción dentro del ejército. Gracias a eso fue tribuno de la plebe, pretor y gobernador de la Hispania Citerior. Roma le eligió —gran escalada para un plebeyo— cónsul (107 a. C.) y le confió el mando supremo en África, donde contó con Sila como máximo colaborador. Ambos vencieron a los números y sus aliados, los mauritanos, cuyo rey les entregó a Yugurta. En 106 a. C. Mario hacía su entrada triunfal en Roma.

Ante él se abrió el poder y la gloria. Siete veces fue cónsul, magistratura desde la que acometió la reorganización del ejército, en la que demostró su talento práctico y el conocimiento de la estructura militar, desde la base hasta la jefatura.

El ejército fue una de las grandes realizaciones de Roma. Sin una máquina militar tan perfecta hubiera sido imposible que una ciudad ni muy grande ni muy rica reuniera un imperio que abarcó todas las tierras ribereñas del Mediterráneo y penetró profundamente en África, Asia, Europa central y balcánica e, incluso, en las islas Británicas; y que mantuviera más de medio milenio el control de ese cúmulo de tierras, reinos y culturas e introdujera en ellos su idioma, sus leyes y sus comunicaciones. Más aún, el ejército fue el vehículo en el que viajó el impulso romanizador.

En la primitiva ciudad-Estado anterior al siglo VI a. C., el ejército procedía de las principales familias, la clase dirigente, la *gens*, el linaje, que militarizaba a sus miembros más distinguidos, capaces o valerosos. A esa tropa permanente, fundamentalmente jinetes, héroes ecuestres, se unía en tiempo de guerra el resto de los varones del linaje en edad militar. En esa Roma arcaica, la prestación militar era más una prerrogativa que una carga: simbolizaba la preeminencia social de los patricios. La técnica militar, según José Manuel Roldán, «se basaba esencialmente en el encuentro individual, en el que jugaban un papel de primer orden el carro y el caballo; el valor personal era decisivo en la suerte de la guerra, de carácter típicamente heroico».

Durante el reinado de Servio Tulio, en el siglo VI a. C., se formó el ejército de tipo hoplítico y nació la legión como gran unidad militar. Este nuevo ejército ya no se basaba en el linaje, sino en la capacidad económica. Estaban obligados a contribuir con sus personas, equipos y dinero aquellos ciudadanos con posibilidades de sufragar

tales gastos. Tito Livio escribe: «Este reglamento imponía a cada cual la obligación de contribuir a las necesidades del Estado, así en paz como en guerra, no por tasas individuales y comunes, como antes, sino en proporción a sus rentas...».

Como consecuencia de la reforma censitaria serviana, vista al abordar aquel reinado, quienes disponían de una fortuna superior a 100 000 ases debían contribuir con ochenta centurias; veinte centurias aportaban los que poseían entre 100 000 y 50 000 ases; finalmente, los propietarios de 25 000 a 11 000 ases contribuían con treinta centurias. Esta modesta clase aportaba, además, dos centurias no armadas, una especie de fuerza de ingenieros, y entre los aún más pobres se reclutaban tres centurias de artesanos y músicos. En total, 175 centurias, a las que hay que sumar la caballería, compuesta por dieciocho centurias y que era aportada por la clase más pudiente. Como ya se ha indicado, esas 193 centurias eran proporciones electorales y contributivas, no centenares de hombres. Cuando Roma necesitó y estuvo en disposición de reclutar, por ejemplo, 21 000 infantes, la primera clase debía proporcionar y armar 9600; la segunda, tercera y cuarta, 2400 cada una; la quinta, 3600; las dos más pobres, 600 «ingenieros», artesanos y músicos.

Las 170 centurias de infantería armada se dividían en *juniores* —entre 17 y 45 años— y *seniores* —más de 45 años—. Las primeras, 85 centurias de infantería con diverso equipo y adiestramiento, combatían en campo abierto. Las segundas, en igual número, constituían la reserva, debían defender las ciudades y mantener el orden.

También se innovó la forma de luchar. Del combate singular se pasó al enfrentamiento en línea. La infantería de las tres primeras clases —las más pudientes— estaba armada con lanza y espada, y dotada de escudo. Esa fuerza, sesenta centurias (la otra mitad eran *seniores*, por tanto no están incluidas aquí), constituía la legión, que con todos sus efectivos contaba con 6000 hombres. Los soldados de las otras clases carecían de equipo pesado y escudo o armadura y actuaban como auxiliares: lanzadores de jabalina, honderos, etc. A la caballería le estaba reservada la cobertura de los flancos, para impedir que los envolviera el contrario y, a su vez, vencer a las alas del enemigo para buscar la espalda de su infantería. A los *equites* o jinetes correspondía, también, la explotación de la victoria.

Pese a la reforma serviana, seguía siendo un ejército limitado, que solo operaba en tiempos en que no hubiera siembra o cosecha, ya que los soldados eran mayoritariamente de extracción campesina y debían ocuparse de sus campos. Era una fuerza defensiva o, a lo sumo, pensada para luchar contra los vecinos. Pero, a comienzos del siglo IV a. C., la inestabilidad originada por las invasiones galas implicó a los romanos en conflictos cada vez más frecuentes, prolongados y distantes. El creciente descontento —los campesinos más modestos dejaban sus tierras yermas y, con frecuencia, se veían obligados a venderlas para mantener a sus familias y adquirir equipos militares— fue atajado por el *stipendium*, la soldada: dos óbolos diarios para el legionario, cuatro para el jinete y seis para el centurión. Esta paga, apenas suficiente para sostener a una familia pobre, constituyó un formidable

movilizador social porque permitió eliminar paulatinamente el carácter clasista del reclutamiento.

La modificación organizativa más importante de esta época fue la de la unidad combativa básica, que pasó de la centuria al manípulo, equivalente a dos centurias. Esto significó el fin de la formación hoplítica: a finales del siglo IV a. C., el ejército romano abandonó la rígida fila acorazada tras los escudos y erizada de lanzas y la sustituyó por una unidad menor, capaz de desgajarse del conjunto y maniobrar con autonomía, conservando la coherencia interna.

Según Tito Livio, las legiones se componían de 45 manípulos, con un total de 90 centurias reducidas a unos 60 hombres, lo que daría un total de 5400 soldados. Livio describe, también, el modelo de actuación:

... ocupaban la primera fila los *hastati*, formando quince manípulos, separados entre sí por corto intervalo; el manípulo tenía veinte hombres de tropas ligeras (*velites*) y el resto armado con rodela; los ligeros solo llevaban lanza y jabalina. Esta línea de batalla la formaba la flor de la juventud más aguerrida. Después venían los hombres de edad más robusta, divididos en igual número de manípulos, llamados *principes*, portadores de escudo largo (...).

Los *hastati* iniciaban el combate, si estos no lograban desordenar al enemigo, retirábanse paso a paso en medio de los *principes*, que se abrían para recibirlos; entonces acometían los *principes* y les seguían los *hastati*; los *triarii* permanecían inmóviles bajo sus banderas, con la rodilla izquierda en tierra, el escudo apoyado en el hombro, fija en el suelo la lanza, con la punta hacia arriba (...). Si el ataque de los *principes* tampoco triunfaba, retrocedían poco a poco hacia los *triarii*, y de ahí el dicho que se utiliza ante los grandes peligros: «Esto toca a los *triarii*». Levántanse los *triarii*, abren sus lanzas para franquear el paso a *principes* y *hastati* y las cierran enseguida para cortar el paso al enemigo (...). De esta manera, formando una sola masa muy compacta, que constituye el último recurso, cargan sobre el enemigo...

Ese ejército, superior al de sus rivales de la península Itálica y capaz de afrontar los retos planteados por dos de los genios de la guerra antigua, Pirro y Aníbal, mostró también extraordinarias dotes para evolucionar y afrontar las nuevas necesidades. Tras la espantosa derrota de Cannas, Roma acudió a levadas extraordinarias (*tumultus*) entre el proletariado e, incluso, fueron reclutados esclavos y presidiarios. Exceptuando esa medida forzada por el peligro, la República aún no abrió el ejército a los *proletarii*, pero, angustiada por la escasez de soldados, abarató los mínimos fijados: de 11 000 ases se pasó «provisionalmente» a 4000, lo que permitió enrolar a unos 75 000 hombres más. Esta rebaja se perpetuó y aún resultaría insuficiente: Roma se había convertido en la primera potencia militar del Mediterráneo y se involucró en una serie ininterrumpida de conflictos, a veces simultáneos.

Durante el primer tercio del siglo II a. C. el reclutamiento anual era de unos 50 000 hombres, lo que constituía una carga insoportable para una población masculina adulta calculada entre 300 000 y 400 000 individuos, y determinó la ruina del campo romano por falta de brazos. Los pequeños propietarios se fueron arruinando y convirtiendo en proletarios. Eso recortó la recaudación de impuestos, repercutiendo en los ingresos del erario público. Otra consecuencia del brutal reclutamiento y de la larga permanencia en filas fue la recesión de la población. Así



se pasó al reclutamiento de aliados, *socii*, de procedencia italiana. Se les organizó en unidades similares a las legiones, aunque con la denominación de *alae* para distinguirlos del ejército ciudadano.

Pero, como todo fuera poco, se recurrió también a los extranjeros. Durante la Segunda Guerra Púnica, Roma comenzó a enrolar soldados en los territorios sometidos, pero no los vertebró en su ejército como a las *alae* itálicas, sino como cuerpos especializados. Pronto utilizó caballería nómada o hispana y, más tarde, gala y, en época imperial, honderos baleares, arqueros griegos y cretenses, infantería ibérica o germánica.

En Roma cada vez era más difícil levantar ejércitos, pues los legionarios se sentían mal pagados y peor considerados. Quien podía esquivaba guerras siempre muy duras a causa del clima, el terreno, el enemigo y la falta de alicientes. En consecuencia, el gobierno bajó el listón censitario y recurrió a cuantos tuvieran una renta superior a 600 ases —que era ser pobre de solemnidad— y a levatas obligatorias de veteranos que ya habían sido licenciados, lo que en ocasiones provocó disturbios. Las leyes servianas imponían el servicio de las armas en dieciséis campañas de tres o cuatro meses, en general entre la siembra y la recolección; pero en el ejército permanente, el servicio duraba ya seis años seguidos.

Como se ha visto, el tribuno Tiberio Graco ideó una solución revolucionaria: la reforma agraria que habría de convertir en propietarios a millares de proletarios; paliaba la miseria, proporcionaban brazos al campo y ensanchaba la base de reclutamiento, pero el asesinato del tribuno dejó sin resolver el problema militar, además del agrario. Para hacer frente a ese problema, Cayo Mario —y aquí alcanzamos el relato histórico que nos ocupaba— recurrió, con la autorización del Senado, a levatas especiales. Así pudo reclutar hombres de todas las clases sociales: convirtió a los proletarios en soldados sin esquilmar a la población campesina y con general aceptación, por la soldada y la esperanza de botín. Según Salustio:

Mario lo hacía por la escasez de soldados y, de paso, ganarse la simpatía de la plebe, toda vez que era a esta clase a la que el cónsul debía su fama y su elevación y que, para un hombre que aspira al poder, los más necesitados son precisamente los más oportunos, porque, como nada tienen, nada exponen, y cuanto pueda aportarles recompensas les parece legítimo.

Lo que nadie calculó es que esta reforma tuviera un efecto bumerán sobre la cuestión agraria: los que se licenciaban del ejército se encontraban tan pobres como cuando se alistaron. La máxima aspiración de los veteranos era recibir algunas tierras con las que poder sacar adelante una familia, pero ¿cómo lograrlo? Recurriendo a lo que parecía más eficaz: la mediación de un caudillo.

En todas las épocas, los soldados se han vinculado a su jefe, sobre todo si este es afortunado con las armas y magnánimo con sus hombres. Surge entre el soldado y su general una lealtad y devoción —que en Roma se llamaría *fidélitas*— más fuerte, a veces, que la propia nacionalidad. Esto se había producido ya en los mandatos prolongados de los mejores jefes, como los Escipiones, y, a mayor escala, ocurriría en

los casos de Mario, Sila, Sertorio, Pompeyo o César y, ya en época imperial, con los emperadores soldados, entronizados por sus hombres.

La mecánica sería algo así: los veteranos pedirían tierras a su general y este replicaría que la demanda era justa pero no estaba en su mano satisfacerla; la solución dependía del poder político. Claro, que si él tuviera ese poder... Por tanto, los soldados seguirían a su jefe apoyando su candidatura para las más altas magistraturas o, llegado el caso, en el asalto de Roma, como hicieron Mario, Sila o César. La demanda de tierras, el caudillismo, los enormes ejércitos licenciados en tiempos de paz y la desigualdad de derechos entre las tropas se contaron entre las causas de las guerras sociales y civiles que conmocionaron el ocaso de la República.

Mario introdujo también reformas en la estructura legionaria y en su manera de combatir. Fundó la cohorte como primera gran subdivisión de la legión, integrada por 6000 hombres al completo de sus efectivos; la cohorte era su décima parte, 600 legionarios, y se componía de tres manípulos que se subdividían en dos centurias. Además, eliminó la vieja especialización (*hastati*, *principes* y *triarii*), de modo que todos combatían con el mismo armamento.

Otro elemento introducido por Mario fue la movilidad. Hasta entonces, las legiones se movían a la misma velocidad que su impedimenta; tras su reforma, los legionarios se acostumbraron a largas marchas con las armas, los equipos y los alimentos que necesitaban para uno o varios días. El precio lo pagaban los lomos de los legionarios, que se trasladaban cargados como acémilas, al punto de que se les llamaba *mulus marianus* («mulos de Mario»).

Al concederse a todos los pueblos de Italia la ciudadanía romana, Mario pudo acometer otra reforma: unificar legiones y *alae*. Las legiones estaban ya prestas para crear el más formidable imperio de la Antigüedad occidental, y aún las mejoraría César, integrando como unidades las fuerzas coloniales contratadas para cada campaña. Con todo, el ejército republicano adolecería de importantes defectos —la falta de una garantía de permanencia para los soldados y la carencia de jefes cualificados, especialmente— que lo situaban con frecuencia al borde de la sedición o lo ponían en manos de los caudillos que se habían ganado su lealtad. Augusto cambiaría las cosas, pero eso ya en época imperial.

Mario, en su larga y ajetreada vida —ya se ha dicho— solo demostró talento militar: victorias sobre nómadas, cimbrios y teutones, y en las guerras sociales y civiles. Su comprensión y manejo de las legiones le otorgaron el caudillaje, que, con ciertos altibajos, le sostuvo durante veinte años en el poder, pero instalado en él evidenció sus carencias políticas y no resolvió los graves problemas del momento: la miseria de agricultores y esclavos, la deficiente estructura del Estado, la peliaguda cuestión de la ciudadanía romana.

Después de siglos de asociación con Roma y, en la mayoría de los casos, con una fidelidad probada, todos los pueblos de la península Itálica aspiraban a recibir la ciudadanía romana, por las ventajas económicas, militares y políticas que conllevaba.

Tras el fracaso de Cayo Graco, otro tribuno de la plebe, Cayo Druso, intentó resolver la grave injusticia, que suscitaba tensiones intermitentes. Pero su propuesta de concesión de la ciudadanía fue cercenada por el puñal asesino e Italia se puso en pie de guerra. Ante la amenaza, Roma llamó a Mario y este hizo una escabechina entre los itálicos, sin resolver el problema. Peor aún, su incompetencia tuvo que ver con las graves crisis que sacudieron Roma incluso tras su muerte.

Su última «hazaña» tuvo lugar tras la partida de Sila hacia Oriente, dejando Roma bajo el gobierno de dos cónsules, Octavio y Cinna, que anduvieron a la greña desde el principio. Cinna ideó la manera de hacerse con el poder absoluto: para ello utilizó a Mario, que se hallaba por entonces en África corroído por el alcohol, el complejo de inferioridad, el rencor por hallarse apartado de todo poder e influencia y el odio a Sila.

Por cierto, que este odio no procedía de sus diferencias políticas, sino de los celos ante el éxito de Sila. Se cuenta que el rey de Mauritania trató de ganarse el aprecio de este cuando alcanzó el consulado y le regaló una gran placa de oro grabada en la que aparecía como vencedor en la guerra contra los númidas. Sila no dudó en ufanarse del regalo, provocando la indignación de Mario, que había sido el jefe militar en aquella contienda. Y el pique entre ambos subió de tono porque Mario, aunque al borde de los setenta años, aspiraba al mando del ejército destinado a combatir a Mitridates, que le había sido concedido a Sila, y, con ayuda de la plebe, organizó un motín que empavoreció al Senado, logrando revocar el nombramiento y hacerse con el mandato. Pero Sila no era hombre que se parara en barras y sublevó a las legiones, las introdujo en Roma, aplastó a los partidarios de Mario y le obligó a buscar refugio en África.

Por eso, cuando Mario recibió la llamada del cónsul Cinna, vio el cielo abierto y corrió a Roma, no sin antes convocar en varias ciudades a sus veteranos, a la plebe y a los esclavos: se presentó ante ellos demacrado, vestido y calzado como un pordiosero y luciendo sus viejas heridas de guerra; mostraba así sus muchos méritos y la recompensa que se le había dado. Allí les prometió tierras y, a los esclavos, la manumisión. En un santiamén reunió casi dos legiones, las encuadró y avanzó sobre Roma, que, indefensa, le abrió sus puertas en 86 a. C. La matanza entre los partidarios de Sila fue atroz: los senadores que no lograron escapar fueron decapitados y sus cabezas, ensartadas en picas, recorrieron procesionalmente Roma. Mario, con el hígado corroído por el alcohol y el odio, murió ese mismo año en el machito del poder, pues se había hecho designar cónsul al alimón con Cinna.

Lucio Cornelio Sila (138-78 a. C.) dispuso del mayor poder personal que existió en toda la historia de la república romana anterior a César. Era de familia aristocrática venida a menos y en su juventud vivió como un crápula, vegetando a costa de una ramera griega mayor que él a la que dio muy mala vida. Probablemente gracias a las influencias que aún conservaba su familia, obtuvo el cargo de cuestor y se encontró en el equipo que Mario se llevó a Numidia, donde dio muestras de su inteligencia y sagacidad, y logró la entrega de Yugurta.

Tras las guerras, regresó a Roma, pero, a pesar de que ya contaba cuarenta años, no sentó la cabeza ni mostró interés en hacer carrera política al socaire de su fama militar. Finalmente, quizá picado por el orgullo de casta o escapando de los acreedores, consiguió un puesto municipal en el que desarrolló algunas de las mañas aprendidas en las tabernas, entre jugadores, gladiadores y ramerías; dicen que nadie había organizado mejores espectáculos circenses y que fue el primero que brindó a los romanos una pelea de leones.

Ahí comenzó su tardía carrera política. Fue elegido pretor en 93 a. C. y, gracias a eso, un año más tarde se hallaba en Asia Menor tratando de contener a Mitridates con medios diplomáticos. Tuvo éxito y regresó a Roma rico y cargado de botín. Ya como paladín del bando aristocrático, consiguió el consulado en 88 a. C. y el mando del ejército reunido para combatir a Mitridates, que incumplía los acuerdos firmados y levantaba gran parte de Grecia contra Roma, creando quizá el mayor de los peligros exteriores que sufrió la República después de las guerras púnicas.

Tras la disputa con Mario por el mando del ejército de Asia, Sila partió hacia Grecia en 87 a. C. Su campaña demostró tanto su brillantez táctica como su rigor: asaltó Atenas tras un largo asedio y dio rienda libre a los desmanes y al saqueo para que las legiones se cobraran un anticipo de sus promesas y olvidaran las pagas atrasadas. Según Plutarco: «No se sabe cuánta gente mataron, pero las calles se convirtieron en ríos de sangre, que inundaron los suburbios».

Con fuerzas cinco veces inferiores, venció a Mitridates en Queronea y Orcómenes y le persiguió hasta Asia, logrando sentarle en la mesa de los vencidos. Respetó su reino y su vida a cambio de la devolución de los prisioneros romanos, la cesión de millares de esclavos, la entrega de rehenes, de 2000 talentos de plata y ochenta galeras de guerra. Mucho más duro fue con los griegos: pasó a cuchillo a los responsables y a numerosos prisioneros, tomó millares de esclavos, exigió una indemnización exorbitante, se apoderó de gran cantidad de tierras en Grecia y en Asia Menor y las distribuyó entre sus legionarios. Victorioso, regresó a Roma en 83 a. C. con un inmenso botín en metales preciosos (30 500 kilos de plata y 4500 de oro, tras haber pagado las soldadas de cuatro años de guerra a unos 30 000 legionarios), obras de arte y millares de esclavos.

Allí desencadenó una espantosa venganza sobre los seguidores de Mario y sobre los personajes más significados del bando popular. Al parecer, la degollina alcanzó a más de 12 000 personas, de cuyos bienes se apropió para alimentar la *fidelitas* de sus legiones: de su implacable venganza es ejemplo elocuente que ordenase desenterrar y aventar las cenizas de Mario. Aniquiladas las últimas rebeldías, se hizo llamar *Felix* («Feliz», o sea, elegido por los dioses) y proclamar dictador.

Al margen de su poder omnímodo y de su culto a la personalidad —se le erigió la primera estatua ecuestre que se vio en Roma y se instituyó en su honor una festividad en el calendario—, Sila no pretendía destruir la República, sino moldearla según su criterio: vulneró las leyes cada vez que le convino, pero, a la vez, restauró las

prerrogativas del Senado —aumentando el número de senadores hasta seiscientos, con lo que disminuyó el poder patricio y aumentó el burgués— y lo convirtió en la clave del poder; conservó las funciones de los cónsules, pero prohibió su reelección antes de diez años e impidió que tuvieran tropas a sus órdenes durante sus mandatos —hecho extensible a los pretores—; disminuyó la fuerza de los censores, de los comicios centuriales y de las asambleas populares, pero mantuvo las funciones de los tribunos de la plebe, sometiendo sus propuestas legales a la aprobación senatorial. Y, además, repartió más de 100 000 parcelas de tierra en Campania a sus veteranos, repoblando una región asolada por las guerras internas.

Cuatro años después de su retorno, en 79 a. C., decidió súbitamente abandonar la dictadura, reponer sus poderes al Senado, restaurar los mandatos consulares y retirarse a su mansión de Cumas, no lejos de Nápoles, en la rica Campania. Allí vivió como un patriarca, rodeado de la adoración de sus veteranos, mientras disfrutaba del amor de la bella Valeria, su esposa, 35 años más joven que él, a la que había conocido durante un espectáculo circense. Y allí murió un año más tarde, dejando como epitafio una frase lapidaria: «He correspondido con creces a los amigos que me hicieron favores y a los enemigos que me ofendieron».

Las medidas de Sila se demostraron ineficaces. Siguieron los conflictos y se sucedieron las tentaciones autoritarias, y no precisamente por gente lejana, sino por parte de dos de sus jóvenes colaboradores, Cneo Pompeyo, llamado «el Grande», y Licinio Craso, que tuvieron que afrontar dos de los graves problemas que cayeron sobre Roma en la década de 70 a. C. Uno atañe a Hispania, las guerras sertorianas; el otro, que llegó a encoger el ombligo de Roma, se ha convertido en un mito universal: la revuelta de Espartaco.

Quinto Sertorio (121-72 a. C.) se distinguió en las guerras contra los germanos y en las contiendas civiles a las órdenes de Mario. Fue uno de los generales que asaltó Roma con este, aunque no tomó parte en las represalias y saqueos. Muerto el caudillo, no le pareció conveniente para su salud quedarse en Roma a esperar el regreso de Sila. Aunque logró la gobernación de la Hispania Citerior (aproximadamente la mitad este), tropas enviadas por Sila le obligaron a refugiarse en Mauritania. Allí se labró una fama al servicio de príncipes indígenas y reunió un pequeño ejército romano, con el que regresó a la península Ibérica llamado por una facción de lusitanos levantadas contra Roma.

Durante dos años mantuvo en jaque continuo a las legiones, desgastándolas en una implacable lucha guerrillera, al punto de que Roma tuvo que enviar refuerzos desde su provincia Narbonense, en las Galias. Con ellos también pudo Sertorio, a cuyas filas llegaban continuamente los perseguidos del bando de Mario. Aunque prometiera la libertad a sus aliados autóctonos, debía pretender organizar en la península Ibérica un contrapoder a la dictadura de Sila; de hecho, fundó en la portuguesa Eborac un régimen copiado de la República romana, con Senado incluido, y para que los diversos pueblos hispanos mantuvieran la fidelidad, recabó rehenes

entre los hijos de los notables, con el pretexto de instruirles en la cultura romana, y los concentró en Osca (Huesca).

Muerto Sila, es muy posible que Sertorio sopesara la posibilidad de reclutar en Hispania un ejército suficiente para invadir Italia y conquistar el poder para el bando marianista o popular. Y es que, aunque sus generales sufrieran algunos reveses, su mando directo fue siempre afortunado, batiendo repetidamente a Metelo y a Pompeyo, enviados por Roma para terminar con el problema. Sus aliados creían que un interlocutor divino le advertía de los movimientos romanos: una cabra —según otros, una cierva— consagrada a Diana, que mediaba entre la diosa y él. Y todo parecía indicar que así era, pues el año 74 a. C. Sertorio aplastó a los ejércitos de Metelo y Pompeyo en Calagurris (Calahorra), obligándolos a huir a las Galias y a pedir nuevos refuerzos.

La situación en Hispania se convirtió en el primer problema de Roma, pues Mitridates había visto en Sertorio el aliado que necesitaba para devolver a aquella los golpes que le propinara la década anterior y le prometió cuarenta galeras de guerra y 3000 talentos (equivalentes al salario de cinco legiones durante tres años) si concertaban una actuación combinada contra la República y firmaba la cesión de todos los territorios de Asia Menor que Sila le había arrebatado. Aunque la oferta de Mitridates fuera tentadora, Sertorio la rechazó, diciendo a los embajadores:

—No acrecentaré nunca mi poder con daño de la República. Decidle que guarde la Bitinia y la Capadocia, que Roma no le disputa, pero no consentiré que se apodere ni de una sola pulgada de nuestros territorios en Asia Menor. No he tomado las armas contra mi patria, sino contra un tirano, y estoy obligado a mantener sus dominios, no a provocar su ruina.

La respuesta sorprendió a Mitridates, que habría comentado:

—Si utiliza esos argumentos hallándose proscrito y combatido por Roma, ¿qué no haría si fuera dictador?

El caso es que llegaron a un acuerdo sobre las propuestas de Sertorio, y el caudillo envió a Mitridates una delegación, presidida por un general al que Sertorio nombró pretor y gobernador del Asia romana. Le acompañaban varios oficiales avezados, algunos centuriones expertos y unos centenares de legionarios veteranos que pudieran instruir a los soldados del Ponto y formarlos en legiones.

Cuando Roma conoció estas noticias, se apresuró a mandar a Pompeyo tropas y dinero. Con esos medios y nuevas ideas regresó a Hispania. En adelante no trataría de enfrentarse al peligroso general, sino de socavar su poder restándole aliados y atrayéndose a sus lugartenientes con promesas y dinero. Así, el oro compró la voluntad de Perpenna, uno de los colaboradores de Sertorio, tan ambicioso como fatuo, pues soñaba enriquecerse y sustituir al bragado caudillo. En Osca (72 a. C.) le emboscó en un banquete, durante el cual le degollaron los sicarios, igual que a algunos de sus más estrechos colaboradores. El plan posterior de Perpenna fracasó: perdió aliados nativos y romanos, fue derrotado y cayó prisionero de Pompeyo. Dicen

que este le hizo asesinar para que no revelara las relaciones y complicidades que Sertorio tenía en Roma y se guardó esos datos para utilizarlos en su provecho cuando regresara, aunque todavía le costara más de un año pacificar Hispania. Es fama que los miembros de la guardia nativa sertoriana se dieron muerte mutuamente para no deponer sus armas y que la resistencia de Calahorra fue tan feroz y prolongada que sus defensores recurrieron a la antropofagia, salando los cadáveres para alimentar a los vivos.

Pompeyo se coronó de gloria con la sumisión de Hispania y regresó a Roma, en posición prominente, en el preciso momento en que su amigo y rival, Craso, estaba acogotando a Espartaco en Calabria.

Aunque los esclavos aún no constituían la formidable cantidad que llegarían a ser en el Imperio, su situación era tan grave como para que Roma se lo tomara en serio, pero, entretenida en las guerras internas y en los conflictos de Asia Menor e Hispania, pospuso el espinoso asunto hasta que se convirtió en una guerra que acabó ensangrentando Italia durante tres años.

El conflicto estalló en 73 a. C., en la escuela de gladiadores que Léntulo Batiano tenía en Capua; de ella procedían muchos de los mejores campeones que combatían en el circo romano. Se ignora por qué un grupo de gladiadores asaltó la cocina, se apropió de cuantos objetos cortantes y punzantes había, mató a los guardianes, sublevó a la escuela entera y todos, apenas un centenar, se refugiaron en las laderas del Vesubio. En aquellas brañas se las arreglaron para batir a las pequeñas partidas enviadas a reducirles, con una doble consecuencia: se apoderaron de su armamento y sus caballos y por toda la región del Samnio corrió la noticia de la sublevación, de modo que se les fueron uniendo viejos rebeldes samnitas, marianistas huidos, esclavos y forajidos, agrupándose todos bajo la égida de un gladiador famoso, Espartaco. Era este un *mirmillon* (combatiente con espada corta, protegido por escudo en forma de teja, casco cerrado y defensas de cuero o lana en la pierna izquierda y brazo derecho) de origen probablemente tracio. Cuando se lo permitió su número y organización, descendieron desde la región de Nápoles hasta el puerto de Metaponto, en el sur de la península, donde esperaban hallar barcos para pasar a Sicilia o regresar a sus tierras de origen. No los hallaron y se pusieron en marcha hacia el norte siguiendo la ribera adriática, lo más lejos posible de Roma para soslayar a sus legiones.

Casi displicentemente, la República comenzó a preocuparse por aquellos desharrapados y envió una legión a la que hicieron pedazos cuando intentó cortarles el paso. Otros tres pequeños ejércitos trataron en vano de reducirles con efectos contraproducentes: crecía su fama, uniéndoseles muchos galos cuando alcanzaron la llanura del Po. Parecía que deseaban cruzar los Alpes, pero sin que se conozca la explicación, durante el año 72 a. C. regresaron hacia el sur. El Senado envió entonces una tropa más numerosa, a la que pulverizaron en Piceno. La amenaza era tan seria

que se le entregaron a Licinio Craso ocho legiones, unos 40 000 hombres con su correspondiente caballería, fuerza mayor que la de Escipión en Zama.

Pese a todo, Craso cosechó algunos reveses iniciales, pero entre Espartaco y su gente empezaban a surgir divergencias internas: unos preferían dividirse y dedicarse al bandidaje; el galo Criso arrastró tras de sí a los celtas que deseaban regresar hacia los Alpes y fue aplastado por Craso, mientras Espartaco dirigía al resto hacia el sur, tratando de escapar hacia Oriente en una flota que habían de enviar piratas cilicios. Pero los piratas se quedaron con el anticipo y les dejaron con un palmo de narices, embotellados en Calabria. Craso construyó una zanja y una empalizada de sesenta kilómetros para rendirlos por hambre. Una tempestuosa noche de febrero de 71 a. C., los esclavos abrieron una brecha y abandonaron el pie de la bota, pero, empujados por refuerzos romanos, tuvieron que dirigirse hacia Brindisi. Era el final: sin alimentos y sin salida, decidieron morir matando. Cuentan que antes del combate a orillas del Silaro, Espartaco les arengó montado en su caballo:

—Compañeros, de la victoria en esta batalla depende nuestra suerte. Nuestros despiadados dueños nos tienen reservados los más atroces suplicios si caemos en sus manos. El único camino es combatir hasta el último aliento: o libres o muerte gloriosa.

Echó pie a tierra y, poniéndose al frente de su infantería, cargó contra las legiones. Las fuentes romanas aseguran que aquel día murieron 34 000 esclavos y que 6000 fueron apresados. Craso pudo organizar el escarmiento soñado: crucificó a los prisioneros a lo largo de los cuatrocientos kilómetros de la Vía Apia que separan Brindisi de Roma.

La mitificación de Espartaco no ocurrió inmediatamente. Aunque haya algunos antecedentes, el mito comenzó con una carta de 1861 en la que Karl Marx le decía a Friedrich Engels que Espartaco era el mejor exponente del proletariado antiguo, representante de la lucha de los oprimidos contra los opresores. No entraremos en el análisis de la sesgada visión marxista de la figura del esclavo gladiador, pero de esa idea surgió la denominación de un grupo desgajado del Partido Socialdemócrata Alemán en 1916, encabezado por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, que firmaba como Espartaco sus artículos revolucionarios. Tras la capitulación alemana, los espartaquistas se convirtieron en el Partido Comunista Alemán y, en 1919, organizaron un fallido levantamiento revolucionario; sus líderes fueron asesinados camino de la cárcel. No obstante, el universal prestigio de Espartaco se debe, especialmente, a la novela homónima del norteamericano Howard Fast, un relato históricamente bien documentado y apasionadamente vívido que, gracias al empeño del actor Kirk Douglas, que convenció a la Universal para que comprara los derechos y le diera el papel de protagonista, fue llevado al cine con enorme éxito.

Mientras los dos gallos principales del reñidero romano, Pompeyo y Craso, trataban de controlar el poder, lejos, en Asia Menor, el cónsul Lucio Licinio Lúculo



(117-57 a. C.) realizaba una campaña de mucho mérito contra Mitridates. Lúculo llegó a Oriente con escasos medios, pero aquel aristócrata de buen pasar, rico en cultura, experto en leyes, filosofía, literatura, arte y cocina, era un halcón con la espada en la mano. En su guerra contra Mitridates se reveló como un fértil estratega que, en seis años de campaña, conquistó Asia Menor para Roma y arrinconó en las montañas de Armenia al incombustible rey del Ponto, aportando a la República incontables tesoros y haciéndose, de paso, inmensamente rico.

Durante su estancia en Oriente, hasta Lúculo llegaban de tarde en tarde noticias políticas y rumores de Roma, algunos de los cuales afectaban a su matrimonio con la hermosa Clodia Claudia, tan bella e insaciable que sus amantes se contaban a pares y tan esquiva al amor del poeta Catulo que este escribió para ella sus versos más desesperados:

Odio y amo. Tal vez preguntes por qué lo hago.  
No lo sé, pero siento que es así y sufro.

En 65 a. C. Lúculo, con la victoria al alcance de la mano, fue relevado del mando porque Pompeyo se lo birló con sus tejemanejes. Pero regresó a Roma con un tesoro que le daría la inmortalidad, por encima de su fortuna militar: de Armenia trajo plantones de cerezo, que no tardaron en dar una de las frutas más apreciadas en Occidente. Después, liberado de la bella e infiel Clodia, se alejó de la política, según Plutarco, «porque la República adolecía de muchos vicios y no era fácil de manejar», y se dedicó a vivir como un príncipe, cultivando sus aficiones. Parece que solo hizo una excepción: cuando Pompeyo regresó victorioso de Asia y quiso que el Senado aprobara en bloque las medidas que había adoptado allí, Lúculo se opuso y logró que tuviera que defenderlas una a una, con lo cual fueron rechazadas parte de ellas, devolviendo así la ofensa que había supuesto su injusta deposición en la guerra contra Mitridates.

Su biblioteca estaba abierta a todos, en su palacio menudeaban las tertulias, frecuentadas por intelectuales griegos y latinos, como Cicerón, y en los jardines de sus villas se exhibían las réplicas de las estatuas más bellas y originales de afamados artistas contemporáneos. Plutarco, que muestra admiración por él, expresa un tono de censura al hablar de su ostentación y gula. A la par, debía de tener un gran sentido del humor. Cenando solo un día le parecieron escasos los manjares que engalanaban la mesa. Incomodose el glotón y reprochó tal parquedad al encargado del comedor; alegó este que, como estaba solo, no había creído necesaria más comida. A lo cual Lúculo replicó: «¿Cómo es esto? ¿No te has enterado de que esta noche Lúculo ha invitado a cenar a Lúculo?».

Pero volvamos a Pompeyo y a Craso, a los que, liquidada la rebelión de Espartaco, dejamos a las puertas de Roma. Ambos se conocían bien. Marco Licinio Craso (115-53 a. C.) era un aristócrata adinerado que corrió a prestar sus respetos y servicios a Sila cuando regresó victorioso a Italia en 83 a. C. La formidable represión

del dictador puso en el mercado tantos bienes que permitió a un águila de los negocios como Craso convertirse en el hombre más rico de Roma y, también, de los más poderosos e influyentes gracias al patronazgo de Sila. Como pretor, le tocó lidiar con la revuelta de Espartaco, y se sintió desairado cuando el Senado le negó el triunfo porque no consideraba honroso derrotar a unos míseros esclavos.

Cneo Pompeyo (106-48 a. C.) descendía de políticos ricos y relevantes, aunque su padre, Pompeyo Estrabón, quien durante las guerras sociales de 89 a. C. liquidó la sublevación en el Piceno y se alzó con inmensas posesiones, fuera hombre de fama cuestionable. Permaneció al margen de los conflictos entre Mario y Sila, y cuando este regresó a Italia, en 83 a. C., se encontró al avispado joven esperándole en Brindisi con un pequeño ejército reclutado a sus expensas. Dispersó a los marianistas en África y los exterminó en Sicilia. Regresó vencedor a Roma, y su protector, contra la legislación y la costumbre, le otorgó el triunfo. Hinchido de orgullo, cultivaba un mechón de pelo que le caía en la frente como a Alejandro, por lo que, burlonamente, Sila le llamaba Pompeyo Magno. Quedó encantado con la broma y le gustaba que lo llamaran así, y así es recordado por la historia.

Realmente, debía de ser un tipo singular, inteligente, ambicioso y bello. Cuentan que la más famosa meretriz de Roma, la gran Flora, se moría por él y, cuando tenía que partir, le daba un mordisco para recordar su sabor. Pero ni Flora ni ninguna otra mujer logró retenerlo mucho: Pompeyo se casó cinco veces, contándose entre sus esposas una hija de Sila y otra de César; las mujeres fueron para él una forma de avanzar hacia su última meta: el poder supremo.

En aquel 71 a. C., Pompeyo y Craso eran los hombres más poderosos de la República, y el Senado contaba con que se contrarrestaran mutuamente. Pero hicieron lo contrario: se aliaron y dinamitaron el sistema. Entre ambos acabaron con la restauración de Sila, haciéndose designar cónsules en 70 a. C. y tomando una serie de disposiciones que acrecentaban su poder y cercenaban la autoridad del Senado: le arrebataron el monopolio en la administración de la justicia, restauraron las funciones de los tribunos y reimplantaron el cargo de censor.

La corrupción en Roma alcanzó cotas inigualadas; solo contaban el dinero y el poder, y este podía comprarse con dinero. Se cuenta la anécdota de un auténtico estafador, Léntulo Sura, que, pese a su evidente culpabilidad, fue absuelto por los jueces con dos votos de ventaja. Salió del juzgado sonriente y faroleando: «He calculado mal: he comprado un voto de más. ¡Y a menudo precio están ahora los jueces!».

En aquel río revuelto iba a pescar el poder y la gloria el más listo del lugar, Julio César (100-44 a. C.). De familia noble pero pobre, no tenía antepasados ilustres, salvo uno, su tío Mario, lo que a punto estuvo de costarle la vida durante la represión de Sila, ya que fue detenido con tan solo dieciocho años. Una vez en libertad, optó por alejarse de Roma: sentó plaza de soldado, aprendiendo el oficio en las guerras de Oriente y en la lucha contra los piratas, y mejoró su educación y oratoria en Grecia.

En uno de sus viajes, su nave fue apresada por los piratas y hubo de pagar veinte talentos —una millonada— por su libertad; cuando logró reunir la suma y quedó libre, hizo decir a los piratas que los ahorcaría a todos. Lo cumplió al poco tiempo.

De vuelta a Roma, fue pontífice y tribuno militar, trabajando para Craso, que le financiaba las deudas contraídas en su incipiente carrera política. En 68 a. C. obtuvo el cargo de cuestor en Hispania. Los cuestores desempeñaron atribuciones muy diferentes, pero en esta época y en provincias tenían un gran poder civil: administraban las rentas de la provincia, se encargaban de la construcción y gestión de los servicios públicos o de la organización de las fiestas. César regresó rico a Roma, pero hacer carrera política resultaba muy caro. Desempeñó cargos cada vez más relevantes (edil curul, pontífice máximo) que le endeudaron hasta las cejas, tanto que para poder abandonar Roma y regresar a Hispania como pretor, en 62 a. C., tuvo que acudir a Craso, que salió como fiador por la suma de 830 talentos, casi cinco millones de denarios, una montaña de dinero, equivalente más o menos al trabajo de 20 000 obreros durante un año en su época o a 20 000 kilos de plata. En dos años pacificó la Hispania Ulterior, por lo que regresó a Roma con la edad (unos cuarenta años), la experiencia, la fama y el dinero para aspirar al poder.

En aquella convulsa ciudad, la más poderosa del Viejo Mundo, se hallaba en la cumbre de su celebridad y poder otro personaje clave en la inmensa crisis civil que iba a terminar con la República: Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.). Pertenecía a la nobleza provinciana, lo que le permitió estudiar retórica y leyes con los mejores especialistas romanos y filosofía con los neopitagóricos griegos establecidos en Italia. Comenzó a adquirir celebridad como abogado durante la dictadura de Sila, en una causa contra un protegido del dictador, lo cual le proporcionó dinero para alejarse prudentemente de Roma y vivir dos años en Grecia en contacto con los intelectuales más famosos del momento.

Muerto Sila, en 78 a. C., regresó a Roma e inició su gran carrera política y forense. En los veinte años siguientes sería cuestor, edil, pretor y cónsul e intervendría en numerosos procesos en los que brilló su oratoria y su habilidad jurídica. Autor de deslumbrantes discursos, los más célebres fueron los cuatro contra Catilina, una causa en la que se jugó la suerte de la República.

Lucio Sergio Catilina fue, al parecer, un crápula que dilapidó la hacienda familiar con prostitutas, jugadores, gladiadores y hampones. Se las arregló para enriquecerse durante la dictadura de Sila, extorsionando a los sospechosos de connivencia con el marianismo, y volvió a gastárselo todo. Pero recuperó la fortuna tras repudiar a su esposa para casarse con una matrona rica a la que dejó en la miseria en cuatro días. Logró entonces cargos políticos en África, donde esquilmo a las poblaciones nativas, y retornó rico. Las quejas de los damnificados le valieron un proceso, del que salió absuelto gracias al oro que repartió entre los jueces.

Mas el dinero no pudo recomponer su fama y no obtuvo el consulado que pretendió conseguir. En poco tiempo volvió a arruinarse e ideó una fallida conjura

contra el cónsul que le había vencido. En 63 a. C. intentó de nuevo acceder al consulado, enfrentándose a Cicerón, pero su desprestigio le costó el rechazo del electorado. Arruinado y mordido por los celos, tramó una conjura para asesinar a Cicerón, a Catón el Joven —de similar integridad al Viejo— y a los senadores conservadores, e incendiar Roma. Incluso parece que logró atraerse de alguna manera a Craso y César, pero —siempre según la rumorología de la época— el millonario, temiendo verse implicado en un golpe fracasado que podía costarle la vida, avisó a Cicerón, entregándole papeles probatorios «hallados casualmente». Examinados los documentos por el Senado, el 22 de octubre, Cicerón fue investido con el *Senatus consultum ultimum*, los máximos poderes senatoriales, a los que unía el consulado.

El 27 de octubre, dos días antes de la conspiración, Cicerón reunió el Senado esperando que Catilina se diera a la fuga y todo quedara en agua de borrajas, pero este, con toda la cara del mundo, se presentó a rebatir la acusación. En aquella memorable sesión, pronunció el orador su primera «catilinaria», uno de los discursos más conocidos de la historia, no solo por sus consecuencias políticas, sino porque todos los estudiantes de latín durante siglos hemos tenido que traducir algunos párrafos de la extraordinaria pieza oratoria, que comienza «Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?» («¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?»).

Catilina abandonó la ciudad, pero no huyó, sino que reunió a los comprometidos en la conjura, con los que levantó un ejército. El cónsul envió tropas contra ellos, al tiempo que ordenaba la detención de todos los partidarios de Catilina emboscados en Roma, ocasión en que pronunció su segunda «catilinaria»; capturados estos, ¿qué debía hacerse con ellos?, se preguntaba Cicerón en su tercera «catilinaria». César proponía que se les condenara a cadena perpetua, pero el orador, en su cuarta «catilinaria», defendió la condena a muerte y logró que se aplicara. «Han muerto», declaró ante el Senado solemnemente antes de ser proclamado Padre de la Patria.

A Cicerón, eufórico, se le había ido la mano. El pueblo le vio como responsable de las ejecuciones y sus enemigos le acusaron de haber procedido ilegalmente, ordenando ejecutar a ciudadanos romanos sin juicio previo. Mientras, Catilina y sus seguidores, cada vez menos numerosos, trataban de escapar a las Galias, pero fueron aniquilados en la batalla de Pistoya. Terminado el caso, Cicerón comenzó a tener problemas: al final de su consulado, en diciembre de ese mismo 63 a. C., cuando pronunciaba el discurso en el que hacía balance de su mandato, se levantó el tribuno Metelo y le interpeló abruptamente:

—Basta de palabrería. Nos es suficiente con que jures que no has hecho nada contra la República.

A lo cual, cazando la oportunidad al vuelo, Cicerón replicó:

—Juro que he salvado a la patria.

Una ola de emoción recorrió la asamblea y casi todos clamaron:

—Juramos que dice la verdad.

Mientras César pacificaba Hispania, Cicerón, que había continuado su exitosa carrera forense, se vio implicado en el proceso contra Clodio. Era este un tipo desleal, turbulento y corrupto que, al parecer, sostenía —o lo pretendía— relaciones amorosas con Pompeya, segunda esposa de César, y se introdujo disfrazado de mujer en su casa durante una fiesta reservada a las damas. Fue descubierto y tuvo que salir huyendo, dando a César la oportunidad de repudiar a su mujer, porque «la mujer del César no solo tiene que ser honesta, sino que también debe parecerlo».

Cicerón acusó de sacrilegio a Clodio, pero este logró comprar a los jueces y fue absuelto, lo que le permitió conseguir un empleo en provincias y alejarse prudentemente de Roma mientras llenaba su faltriquera. Sin embargo, no olvidó el proceso y, de regreso, tras haber obtenido con triquiñuelas diversas el cargo de tribuno, logró el destierro de Cicerón, en 58 a. C., valiéndose para ello del antiguo asunto de las ejecuciones de los secuaces de Catilina.

Esto no le hubiera sido posible cuando en Roma mandaba el Senado y Cicerón era su mascarón de proa, pero el panorama político había cambiado mucho en tres años. Tras su regreso victorioso de Oriente, Pompeyo había visto cómo eran rechazadas parte de sus propuestas políticas en Asia Menor —entre ellas, la entrega de tierras a sus veteranos— y andaba frustrado porque no lograba avanzar en la obtención de un segundo mandato consular. En tal situación le halló César cuando, en el verano de 60 a. C., retornó de su misión en Hispania.

César renunció a la celebración del triunfo para optar, también, al consulado, lo que cerraba totalmente las puertas a la renovación consular de Pompeyo. Pero, en tales circunstancias, ideó una fantástica trama que no le daría el efímero poder consular, sino el «poder» con mayúsculas. Logró que Pompeyo se reconciliara con su amigo-enemigo Craso y propuso a ambos hacerse con el control de Roma formando una alianza. Sus maniobras políticas consiguieron el resultado apetecido: el triunvirato. Con el favor del pueblo, entre el que habían repartido 20 000 parcelas de tierra, y el de los caballeros, a quienes rebajaron en un tercio los impuestos, lograron que se aprobara la gestión de Pompeyo en Oriente y debilitaron al Senado —apoyando los destierros de Cicerón y de Catón el Joven—. Para sí consiguió César el proconsulado durante cinco años en las Galias, que sería prorrogado hasta 49 a. C. Y el tercer triunviro, Craso, recibió el mando militar en Siria, donde Roma se enfrentaba con los partos, esperando alcanzar la codiciada victoria que le mereciese el triunfo que se le había negado tras la guerra contra Espartaco.

En este punto despediremos a Craso, al que ya vimos, al hablar de los partos, derrotado y muerto en Carras en el año 53 a. C. En cuanto a Pompeyo, que obtuvo un mando en Hispania durante cinco años, ni encontró allí una guerra que diera brillo a su historial, ni grandes riquezas, cosas que a César le sobraban en las Galias. Sus celos vivían contenidos por su esposa Julia, hija de César, y por Craso, pero la muerte de ambos desbridó al general, que logró la designación consular en 52 a. C. y la

prórroga de su mandato en Hispania hasta 47 a. C.

Por su parte, César se postuló como cónsul para el año 48 a. C., pues necesitaba el cargo para lograr la aprobación de sus obras en las Galias, pero las intrigas pompeyanas lo impidieron; intentó la prórroga de su mandato, que —como se ha apuntado— terminaba en 49 a. C., pero el Senado lo rechazó e, incluso, se le denegó la permanencia al frente de sus legiones mientras llegaba un sustituto. Y, desatando la ira de César, se le conminó a que obedeciera de inmediato so pena de que se le acusara de traidor y se entregara el mando de las Galias a Pompeyo, al que se otorgaron poderes ilimitados para que protegiera al Estado. Estaban jugando con fuego.

César, que ya esperaba algo así, había penetrado en la península Itálica con una legión —aunque le seguían otras dos, además de veintidós cohortes, no menos de 20 000 hombres— y, según dice la fama, esperó noticias de sus asuntos junto al río Rubicón —límite entre la Galia Cisalpina e Italia propiamente dicha, por lo que su paso con tropas armadas significaba la invasión de la patria, que acarreaba la acusación de «enemigo público»—. Cuando Casio y Antonio, que gestionaban sus intereses en Roma, le alcanzaron con la noticia, arengó a sus legionarios y pronunció su famoso «Alea iacta est!» («¡La suerte está echada!»).

Las cosas quizá no fueran exactamente así. Lo más probable es que partiera desde Rímimi y avanzara hacia Roma. En cuando a la frase, los especialistas aseguran que lo que realmente dijo al abrir la marcha fue una frase en griego, del poeta Menandro: «Aneríphtho kibos!» («¡Que rueden los dados!»).

Pompeyo trató de reunir gente y se retiró hacia el sur, dispuesto a combatir en Hispania, donde contaba con tropas y muchos partidarios. César, venciendo escasa resistencia, pues la mayoría de las ciudades le abrían sus puertas y sus guarniciones se le unían, se adueñó de Roma y desplegó una política clemente, tratando de atraerse a todos los que no fueran enemigos declarados; así lo hizo con Cicerón, que, finalmente, le rechazaría, uniéndose a Pompeyo. Necesitado de dinero, César se apoderó del tesoro de reserva, custodiado en el templo de Saturno para combatir a los galos. Al tomar el dinero y los metales preciosos que allí había, dijo burlescamente que dispensaba a Roma de mantener aquel depósito, pues «los galos ya no son un peligro; yo he terminado con ellos».

Cuatro años de guerra civil costó el enfrentamiento entre César y Pompeyo. César arrojó a Pompeyo de Hispania y le alcanzó en Grecia, derrotándole en Farsalia. Como ya se dijo al hablar de Egipto, Pompeyo fue asesinado cuando creyó hallar allí refugio (48 a. C.). Luego, tras la peripecia egipcia que ya se narró, César prosiguió la guerra contra aliados y familiares de Pompeyo, batiéndolos en Asia Menor, África y, finalmente, Hispania, donde, en 45 a. C., derrotó a los hijos de su rival en la decisiva batalla de Munda, que no es Montilla —como quiso Prosper Mérimée— sino Osuna, según quedó demostrado a finales del siglo xx. Sin más enemigos enfrente, César regresó a Roma vencedor y dueño de todo el poder.

Realmente, lo de Munda fue un epílogo, pues para entonces, tras su victoria en África sobre el ejército pompeyano mandado por Metelo Escipión, al que apoyaba el rey Juba de Mauritania, César ya había ganado la guerra, y las fiestas y las paradas triunfales se sucedieron en Roma entre septiembre y noviembre de 46 a. C.

En la celebración del triunfo sobre las Galias, sus legionarios se pasaron un tanto en las bromas respecto a su jefe, haciendo especial hincapié en su proverbial lascivia. Y es que César estuvo casado varias veces y tuvo amantes bien conocidas, como Servilia (la madre de Bruto, tanto que se rumoreó que este podía ser hijo suyo) o Cleopatra, o mil damas o mujeres vulgares de las tierras donde había gobernado o hecho la guerra. Pero en el cortejo triunfal hubo también alusiones a la falta de prejuicios sexuales del general: «César sometió las Galias y Nicomedes a César». Se referían a Nicomedes IV, el rey de Bitinia, famoso por su crueldad, ante el que el joven César había desempeñado una embajada en busca de barcos para la guerra contra Mitridates hacia el año 80 a. C. Las malas lenguas aseguran que César logró los barcos a costa de pasar por el lecho del rey. Toda su vida arrastró esta fama, gratuita o merecida. Incluso una vez en el Senado tuvo que escuchar que era un libertino afeminado, incapaz, por tanto, de acometer grandes obras:

—Marido de todas las mujeres de Roma y mujer de todos los maridos.

Y, según la fama, César, sin molestarse en negarlo, replicó:

—Te olvidas de la historia. Recuerda que Semíramis sojuzgó al Oriente y que las Amazonas conquistaron Asia.

Cuenta Nieves Fidalgo, a la que debo varias de estas citas, que, para celebrar los mencionados triunfos, «distribuyó al pueblo diez modios de trigo y otras tantas libras de aceite por cabeza, con trescientos sestercios que había prometido, añadiendo cien más por la tardanza» (cantidades que equivalen, respectivamente, a 87,5 litros de trigo, a unos cinco litros de aceite y a cien jornales de un obrero del campo de la época). También invitó a los romanos a formidables banquetes públicos; al más famoso de estos se refiere Plinio el Viejo: «Cayo Hirio proporcionó 6000 morenas, sin querer cobrar nada por ellas». Son muchos los testimonios que nos informan acerca del gusto de los romanos por las morenas. Así, Séneca, en su obra *De Clementia*, dice refiriéndose a un contemporáneo: «... cebaba a las morenas con sangre humana y ordenaba que quienes le faltaban en algo al respeto fuesen arrojados al criadero, que en nada se diferenciaba a uno de serpientes».

Al margen de succulentos peces carnívoros y de fastos victoriosos, celebraciones y promiscuidad sexual, sobre los hombros de César pesaba la reordenación del Estado, aquella que Sila hizo a su manera y dejó inconclusa. César no mejoró el modelo: mantuvo las instituciones acomodándolas a su interés y cargó con el poder de una forma dictatorial, aunque ocupándose con toda energía de solucionar los problemas que pesaban sobre el Imperio —pese a que aún no se utilizara tal nomenclatura política—, según un lema que denotaba una amplitud de miras muy superior a la de Sila: «En Italia, paz; en provincias, tranquilidad; en el imperio, seguridad».

Para lograrlo no llevó a cabo reformas radicales. Optó por garantías sociales y económicas para la clase privilegiada y algunas dádivas para la plebe. Creó grandes colonias en provincias, repartiendo parcelas entre los legionarios veteranos y entre los proletarios romanos, con una consecuencia triple: cumplió sus promesas como caudillo, aligeró el peso de la plebe sobre el presupuesto de la ciudad, disminuyendo la masa de los que sobrevivían gracias al reparto gratuito de alimentos por parte del Estado de 320 000 a 150 000, e impulsó la romanización de amplias regiones en las Galias e Hispania. La romanización avanzó en paralelo con la concesión de la ciudadanía a individuos significados o a comunidades enteras que hubieran prestado servicios a Roma y con la política de municipalización a la manera romana.

Sus reformas en el ámbito político procuraban fortalecer su poder personalista. En este sentido se inscribe el incremento del número de senadores hasta novecientos: colocaba así a sus amigos y dificultaba la cohesión del Senado, institución que odiaba y a la que pretendía reducir a su papel original consultivo o, mejor, meramente aclamatorio. A las magistraturas las privó de sus prerrogativas políticas, transformándolas en simples empleos funcionariales. Prohibió las asociaciones políticas ciudadanas; convirtió las asambleas populares, que habían sido el alma del poder político, en pregoneras de su voluntad; modificó la composición de los tribunales, endureciendo el castigo de todo delito y utilizando sumo rigor contra el soborno y la prevaricación de los jueces.

Introdujo también un nuevo calendario que regularizaba los días de los doce meses; al séptimo de ellos, según iniciativa de Marco Antonio, se le denominó *julius* (julio) en honor a Julio César; años después su heredero, Augusto, daría nombre al octavo mes: *augustus* (agosto). Ese calendario, con levísimos retoques, perduró hasta finales del siglo XVI, en que volvió a ser mejorado por iniciativa del papa Gregorio XIII, dando lugar al que desde entonces utilizamos.

El culto a la personalidad estaba en consonancia con el ejercicio dictatorial del poder. César ostentaba el título de Padre de la Patria y de Libertador; firmaba como Julio César *Imperator*; era Príncipe del Senado, en donde se sentaba entre los dos cónsules (designados por él), y los senadores, al acceder al cargo, juraban proteger su vida; tenía inmunidad religiosa, una guardia personal asignada y el derecho a utilizar el manto de color púrpura que en Roma estaba restringido a los vencedores el día de la celebración del triunfo. Como título de su poder absoluto pasó por varias etapas: dictador, cónsul, cónsul único y, finalmente, dictador perpetuo, aunque resultara efímero.

Este culto a la personalidad era vituperado por la tradicional sobriedad romana, y su papel histórico, cuestionado. ¿Qué había ganado César después de las Galias? En los cinco años anteriores había derrotado, batalla tras batalla, a romanos en una guerra civil, aunque tuviera otros elementos adheridos. Y, sin embargo, a Roma no le faltaban enemigos incordiantes, como los ilirios y, sobre todo, los partos, que se atrevían a intervenir en los asuntos de Siria y se ufanaban de los estandartes y águilas



legionarias arrebatadas a Craso. El poeta Lucano lo reflejaba en su *Farsalia*:

Mientras, el espectro del asesinado Craso vaga sin ser vengado,  
¿Irás al fin a una guerra para la que no habrá homenaje triunfal?

Por eso César preparaba con sumo cuidado una campaña contra los partos que sería, sin duda, larga y complicada. Para empezar, había reunido el mayor ejército de la historia de Roma: dieciséis legiones (unos 80 000 hombres) apoyadas por unos 10 000 jinetes, arqueros y honderos, a los que deberían unirse nuevos contingentes extranjeros reclutados en Egipto y Asia Menor. Al parecer, después de vencer y someter a los partos proyectaba regresar por Asia Menor, cruzar el Bósforo y remontar el curso del Danubio, para sojuzgar a dacios e ilirios, hasta alcanzar los territorios sometidos y regresar a Roma desde las Galias. Un sueño fantástico que culminaría su carrera militar. También, acaso, su última gran aventura, pues su salud comenzaba a deteriorarse: padecía ataques de epilepsia, pesadillas nocturnas de extraordinaria violencia y frecuentes dolores de cabeza.

Pero todo fue en vano. El 15 de marzo (los *idus* de marzo), tres días antes de la fecha fijada para su partida hacia Mesopotamia, cayó asesinado por una conjura nobiliaria cuando acudía a una sesión senatorial. Sobre el magnicidio se han vertido ríos de tinta. Nos quedamos con el juicio clásico: patricios y caballeros, de indudable ideología republicana, odiaban el autoritarismo de César y propagaban o atendían los rumores que aseguraban que solo esperaba una ocasión para proclamarse rey, figura históricamente odiada desde la proclamación de la República en 509 a. C. César era admirado, pero no querido. La nobleza, a la que, en un gesto apaciguador, había perdonado viejas cuentas, consideraba que nada le debía. El proletariado no se sentía beneficiado por él y se inflamaba ante los insistentes rumores esparcidos por sus enemigos: su presunta pretensión de ceñir la corona real, sus relaciones con Cleopatra, sus inmensas riquezas. La conspiración, en la que estuvieron implicados entre sesenta y ochenta personas, debía de conocerla toda Roma, pero, a la hora de la verdad, César se encontró solo y nadie le avisó o, quizá, despreció las advertencias.

El magnicidio se produjo en un salón contiguo al teatro de Pompeyo, donde se iba a celebrar la reunión senatorial. César entró solo y, según narra Michael Grant, uno de sus más brillantes biógrafos:

Acercándose al dictador, Tulio Cimber cayó de rodillas, suplicándole el perdón de su hermano, que estaba en el exilio. César le hizo un gesto para que se apartara, pero Tulio le aferró por la toga. Entonces, Casca le apuñaló lateralmente en la garganta; el golpe no fue efectivo y, tirando de su toga, César dio un salto, giró en redondo e hirió a Casca en un brazo con la pluma metálica que llevaba en la mano. Pero en ese momento, otro puñal se le clavó en un costado y, enseguida, los conjurados le atacaron por todas partes. Se había convenido que todos participaran en el sangriento sacrificio, y cuando César se volvió gimiendo hacia un lado primero y, luego, hacia el otro, Casio le hirió en el rostro y Bruto, en la ingle. Acribillado por veintitrés puñaladas de las que solo la segunda era fatal, César se cubrió la cabeza con el manto y se desplomó junto al pedestal de la estatua de Pompeyo...

Antes de caer pretende la tradición que, habiendo reconocido a Junio Bruto, cuya

madre, acaso, fuera la única mujer que verdaderamente había amado en su vida y en cuyo recuerdo le había perdonado la vida en Farsalia y, luego, distinguido con prebendas y cargos públicos, le dijo: «¡Tu quoque fili mi!» («¡Tú, también, hijo mío!»). Grant continúa:

De todos los senadores que le habían jurado lealtad solo dos hicieron además de intervenir, aunque fue en vano. Los demás permanecieron inmóviles en su sitio, como hipnotizados. Cuando el hecho estaba consumado, todos salieron corriendo del edificio, incluidos los conjurados, mientras la víctima seguía tendida en el mismo lugar donde había caído.

Marco Antonio, cónsul y amigo de César, se hizo cargo de la situación y, ayudado por Lépido, otro de los hombres del dictador, puso la ciudad casi en estado de sitio, pero los conjurados nada habían preparado para hacerse con el poder y, al final, temiendo su amenaza y la de Octavio, sobrino e hijo adoptivo de César, escaparon esperando que pasara la tormenta. Pero esta aumentó: cuando se abrió el testamento de César, se encontró que, muerto sin hijos, repartía su inmensa fortuna entre los 150 000 proletarios de Roma, lo que le dio una popularidad superior a la que había gozado en vida. Marco Antonio lo aprovechó para controlar el poder y organizar un funeral espectacular en el foro. Allí mismo, por deseo de la multitud conmovida y enfurecida, se realizó la cremación del cadáver.

César fue, físicamente, alto y delgado en su juventud y bastante fornido como adulto; de tez y pelo morenos, pronto calvo, sus ojos eran negros, su mirada viva y chispeante cuando estaba de buen humor, pero dura como la de un halcón cuando se irritaba. Tenía una voz poderosa, apta para las arengas y los discursos forenses, y un verbo fluido, fruto de su excelente educación a la griega, sobradamente demostrada en sus escritos, entre los que *De bello gallico* es una obra maestra de la literatura universal. Testimonios verídicos de su apariencia física se consideran dos bustos que se conservan en Berlín —uno con toga, otro, exento— y un tercero del museo de Nápoles —el más utilizado iconográficamente—; los Museos Vaticanos custodian una copia de un retrato contemporáneo del personaje, y el Museo Capitolino de Roma, una representación de cuerpo entero, con coraza y una manzana en la mano derecha.

Desde la Antigüedad su figura ha levantado pasiones: le fueron favorables historiadores como Salustio, Suetonio, Plutarco o Tácito y poetas como Horacio y Virgilio, mientras Catulo y Lucano se mostraron muy críticos; el emperador Marco Aurelio le profesó gran admiración y le dedicó un ensayo moralizante. La repercusión literaria de su figura es excepcional. En la Edad Media se ocuparon de él Dante y Petrarca; posteriormente deben mencionarse las tragedias *Julius Caesar*, de Shakespeare, *La muerte de Pompeyo*, de Corneille, y *La muerte de César*, de Voltaire, dos recreaciones tan críticas como interesantes: *César y Cleopatra*, de Bernard Shaw, y *Los negocios del señor Julio César*, de Berthold Brecht, y *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder (1948).

El epílogo de aquel turbulento ocaso republicano lo escribieron los sucesores de

César: Marco Antonio, Lépido y, sobre todo, su sobrino nieto, Octavio, designado heredero político. Aunque con disensiones siempre, lograron aunar voluntades para constituir el Segundo Triunvirato y lanzarse sobre Bruto y Casio, que habían procurado organizar su poder, respectivamente, en Macedonia y Siria, esquilmando esos territorios con impuestos. En la llanura macedónica de Filipos les alcanzaron, en 42 a. C., Octavio y Marco Antonio. Fue una dura batalla que se prolongó dos días; en el primero, sucumbió Casio y su ala resultó destrozada; en el segundo, Bruto fue derrotado y se supone que, al caer la noche, se suicidó. Sobre sus despojos no hay acuerdo; Suetonio asegura que Octavio ordenó cortarle la cabeza y arrojarla al pie de la estatua de César cuando regresaron a Roma; Salustio, por el contrario, asegura que mandó recoger el cadáver y tributarle honores fúnebres.

Meses antes había muerto Cicerón, degollado por orden de Marco Antonio, contra el que había pronunciado sus «Filípicas» (catorce discursos, entre 43 y 42 a. C., titulados así en recuerdo de los de Demóstenes contra Filipo de Macedonia), excitando al pueblo a combatirle. El gran orador había mantenido una tensa relación con César, alineándose con cuantos enemigos tuvo el dictador y, a la vez, plegándose servilmente cada vez que era perdonado y halagado. Fue sorprendido por los sicarios de Antonio a la salida de su villa, y se dice que murió con un gesto de grandeza: impidió que los esclavos que portaban su litera se enfrentaran a los soldados, sacando la cabeza por la ventanilla y diciéndoles:

—Sosegaos. No derramemos más sangre que la que reclaman los númenes. —Y volviéndose al tribuno Popilio, que dirigía la fuerza—. Acércate, veterano; demuestra cómo sabes herir.

Su cabeza y la mano derecha fueron enviadas a Antonio, y este se las mostró a su esposa Fulvia —viuda de Clodio, el perseguidor de Cicerón—, que le traspasó la lengua con un alfiler. Luego, ambos despojos fueron colgados en el foro, para que Roma entera fuera testigo de la venganza.

Un destino semejante esperaba a la agonizante República. Octavio terminó pronto con el fatuo Lépido, que hubiera podido vivir como un patriarca en África y se dedicó a buscarle las cosquillas al hombre fuerte de la situación. Aunque le costara años, también aniquiló a un vestigio del pasado, Sexto Pompeyo, que con una gran flota se había convertido más en un pirata que en un defensor de la República. El caso de Marco Antonio, batido en 31 a. C. en Accio junto a Cleopatra y muerto poco después en Alejandría, ya se comentó en su relación con Egipto.

Octavio, que desde el año 43 a. C., en la guerra contra los magnicidas, ostentaba el *imperium*, unió a ese título militar el de *princeps*, con el que combatió a Antonio y, a partir de 30 a. C., sumó a esas dignidades y poderes el de tribuno, que ya nunca dejaría, aunque hubiera de renovarlo año tras año. Con ese bagaje, aunque formalmente siguiera respetando las instituciones republicanas, las fue vaciando de contenido de forma paulatina, acaparando el poder absoluto. Comenzaba el Imperio.

## TRAS LAS ÁGUILAS

Dicen que Octavio (63 a. C.-14 d. C.) —sellada la paz interior, el Imperio casi pacificado, el ejército reducido, las arcas del Estado llenas— consultó a sus amigos si sería conveniente para Roma que devolviera todos sus poderes al Senado y se retirara a la vida privada. Contaba 36 años, su salud no era muy boyante, ya había renunciado a dirigir personalmente las operaciones militares y, además, estaba Livia, su bella y amada esposa, y los hijos que esta había aportado al matrimonio, Tiberio y Druso, a cuya educación deseaba dedicar más tiempo.

Y entre estos amigos ocuparon un lugar de honor dos personajes fundamentales en la historia de la Roma imperial: Mecenas, gran economista, astuto político y hábil planificador —hoy recordado por su protección a literatos y artistas, por lo que dio nombre a quienes ejercen esta actividad: «mecenas»—, y Agripa, gran constructor y arquitecto, invicto general, prudente organizador de las defensas del Imperio y de las reformas militares que debían limpiar el ejército de las lacras adquiridas a lo largo de más de medio siglo de guerras civiles y reducirlo de medio millón de hombres a unos 200 000.

Fuera así o de otra manera, el caso es que en 27 a. C., Octavio devolvió todos los poderes al Senado. Después de unos años de tranquilidad y de normativa formalidad, el amo se iba y ante la magna asamblea se irguió el fantasma de las luchas civiles. Por tanto, no aceptaron su dimisión: le dispensaron de algunas funciones en la administración de la justicia y, para que no pudiera rechazar el poder absoluto, le otorgaron un nuevo título, Augusto, que etimológicamente quiere decir «acrecentador, aumentador, desarrollador, vigorizador». Octavio, que, además, había aprovechado el nombre de su tío, pasó a denominarse Caius Iulius Caesar Octavianus Augustus.

La época de Augusto fue relativamente pacífica: apenas continuaba activo un remoto conflicto en Hispania: cántabros y astures campaban por sus respetos y su insumisión provocó una nueva guerra en 29 a. C. La feroz resistencia duró una década entera, aunque Roma no ahorró esfuerzos para doblegarla. Augusto deseaba poder proclamar la paz en todo el Imperio y cerrar las puertas del templo de Jano, que, según la tradición, permanecían abiertas mientras hubiera alguna guerra exterior, de modo que en 27 a. C. se personó en el escenario del conflicto, sin lograr avances reseñables. Fue su mejor general, Agripa, quien doblegó a aquellas independientes tribus casi por aniquilación en 19 a. C. Finalmente, el emperador pudo proclamar la *Pax Augustea*, que anunciaba la nueva política respecto a las provincias del Imperio, hasta entonces esquiladas por la República y por sus codiciosos administradores.

En la reorganización de Augusto, se transfirió al Senado el gobierno de las provincias pacificadas, que fueron llamadas «provincias senatoriales»; carecían de ejército, salvo para la protección de sus fronteras, y estaban bajo la administración de un gobernador. Las provincias en conflicto contaban con legiones acantonadas en las

zonas estratégicas y se las denominaba «provincias imperiales», pues estaban bajo la autoridad directa del emperador, que designaba legados o procuradores para gobernarlas. Esta reforma terminó con los abusos del pasado; además, muchos de los habitantes de las provincias senatoriales eran ya ciudadanos romanos y sus quejas alcanzaban Roma, de modo que los administradores debían andarse con tiento. El emperador Claudio lo expresaría con elocuente cinismo: «Se trataba de afeitarlas, no de deshollarlas».

Uno de los mayores empeños de Augusto fue la reordenación de la sociedad romana en los aspectos sociales, morales y religiosos. Respecto al primero, estableció el orden senatorial, que encuadraba a quienes tuvieran más de un millón de sestercios y aceptaran las cargas del *cursus honorum*, es decir, de la carrera política o militar, perfectamente escalonada y con una edad mínima fijada para cada grado, desde el tribunado militar, a los 18 años, hasta el consulado, a los 33. Después se situaba el orden ecuestre, que requería poseer más de 400 000 sestercios, y cuyos miembros se dedicaban a la administración y la burocracia, preferentemente.

Trató también de restaurar la antigua moralidad republicana, relajada durante los dos siglos anteriores: se multaba a los solteros y se les restringían algunos derechos civiles; también se sancionaba a los matrimonios sin hijos y, por el contrario, las familias numerosas recibían regalos y bonificaciones fiscales. Se castigaba el libertinaje y el adulterio. El marido tenía derecho a matar a su esposa y al amante si los sorprendía in fraganti; si no lo hacía y el asunto era público, cualquier ciudadano podía denunciar a los adúlteros, que pagarían con el destierro y la confiscación de sus propiedades. Esta ley era desigual en cuanto al sexo: el derecho solo correspondía al hombre respecto a su esposa adúltera. Y era económicamente discriminatoria: los castigos solo afectaban a quienes contaban con hacienda. También se prohibían la prostitución, el estupro y la corrupción de menores, todo ello con escaso éxito.

Asimismo, hubo una revalorización de los aspectos religiosos: construcción de templos, revitalización de los colegios religiosos y restauración de antiguos ritos y ceremonias, entre ellos, los Juegos Seculares, que debían celebrarse cada 110 años, estimándose que ese periodo correspondía a una era: la máxima duración de una vida humana. Perdidos durante los conflictos del siglo anterior, la restauración de los juegos por Augusto en 18 a. C., constituyó un acontecimiento grandioso.

Del programa político religioso nos ha llegado, casi por casualidad, el Ara Pacis, uno de los testimonios más característicos del arte romano y la obra cumbre del periodo augústeo, construida entre los años 15 y 9 a. C., como conmemoración expresa de la *Pax Augustea*. La pieza fue destruida y despedazada y los primeros trozos aparecieron en el siglo XVI, pero no se identificó su origen hasta el siglo XIX; a partir de ahí comenzó una afanosa búsqueda que culminó durante la dictadura de Mussolini, empeñado en celebrar por todo lo alto el bimilenario de Augusto. Aunque a la carrera, el fantástico monumento fue reconstruido, a falta de fragmentos que no parecen esenciales; en la actualidad está cobijado por un bello edificio del arquitecto

norteamericano Richard Meier, inaugurado en 2006 y no exento de polémica.

El Ara Pacis es un cubo de 11,65 metros de frente, 10,62 de lado y 5,40 de alto, al que se accede por una suave escalera de ocho peldaños. Una puerta adintelada, que miraba hacia el Campo de Marte, da acceso al interior. Consiste en una estancia de poco más de 40 metros cuadrados, ocupada por un gran altar elevado.

Lo más bello es el exterior: sobre un basamento de mármol de Carrara, como todo el edificio, sus cuatro fachadas, de unos cuatro metros de altura, están decoradas por dos frisos que lo ciñen por completo, exceptuando las puertas. El inferior ostenta una decoración floral de acanto, con hojas, flores y palmetas en composición caprichosa... Hermoso, pero políticamente neutro. En el friso superior desfilan en procesión cerca de ochenta personajes, tallados en relieve, de 1,55 metros de altura; en la cara sur, Augusto extiende la mano, quizá para tomar incienso de una naveta (falta el fragmento); le siguen magistrados, flamines, lictores, arúspides y, a continuación, la familia imperial, los principales colaboradores del emperador y aquellos entre los que estaría su sucesor, Agripa (que ya había fallecido cuando se inauguró el Ara), Cayo César, Livia, Tiberio, Antonia Minor, Germánico, Druso, Lucio Domicio, Antonia Mayor y sus hijos. En la cara contraria, sigue la procesión de personalidades de la vida de Roma, pero más alejadas del poder, entre ellas Julia, hija de Augusto, un pendón con mucha gracia que tenía escandalizada a toda Roma. Los estudiosos consideran que se trata de un ejemplo de propaganda política imperial: Augusto, descendiente de Eneas, de Rómulo y Remo —representados en el frontal de acceso—, festeja la *Pax Romana* y anuncia a sus conciudadanos sus proyectos sucesorios.

Unos años felices en que se construyeron grandes vías (las calzadas de las Galias), numerosos acueductos, termas, edificios públicos fantásticos (como el teatro de Marcelo o el foro de Augusto), media docena de templos (entre ellos el extraordinario Panteón), dos arcos triunfales, etc. Fue el gran momento de la arquitectura civil y religiosa y de las obras públicas, con el genial Agripa como constructor más destacado.

Y, sin duda, también fueron los años cenitales de la literatura latina. Es el momento de la epopeya, con Virgilio como exponente máximo. La *Eneida* glorifica el origen de Roma y hace descender a Augusto de Eneas, el héroe troyano que puso en marcha el proceso fundacional. En el libro VI, Eneas alcanza, por fin, las costas de Italia y visita a la Sibila de Cumas, que le acompaña al infierno; en los Campos Elíseos, donde moran los bienaventurados, halla a su padre Anquises, que le profetiza el futuro de Roma y anuncia a su protagonista culminante:

Ese, ese será el héroe que tantas veces te fue prometido, César Augusto, del linaje de los dioses, que por segunda vez hará nacer los siglos de oro en el Lacio, en esos campos que antiguamente enseñoreó Saturno; el que llevará su imperio más allá de garamantas e indios, a regiones situadas más allá de donde brillan los astros fuera de los caminos del año y del Sol, donde el celífeo atlante hace girar sobre sus hombros la esfera tachonada de lucientes estrellas. (Trad. de Eugenio de Ochoa).

Y junto a la épica, la lírica, con el mismo Virgilio (*Bucólicas, Geórgicas*) y Horacio. Este último fue autor polifacético: didáctico en la *Epístola ad Pisones*, satírico en *Epodos* y, por encima de todo, lírico en sus *Odas*, donde se manifiesta representante genuino de la *aurea mediocritas* de las clases pudientes y distinguidas de Roma, tan apegadas a sus raíces campesinas, tan ufanas de sus lujosas quintas. Las *Odas* contienen piezas maestras como el *Beatus ille (Dichoso aquel)*, imitado centenares de veces, entre otros, por nuestro Fray Luis de León en su conocidísima «Oda a la vida retirada».

Tuvo Horacio estrecha relación con Augusto gracias a Mecenas, su protector; Augusto, que apreciaba mucho el arte del escritor, pidió a Mecenas que se lo cediera como secretario. Horacio declinó la oferta porque, según las malas lenguas, en casa de Mecenas se comía muy bien y muy mal en la del emperador. Con seguridad eso tenía poco que ver, pues Horacio era un hombre muy sobrio; la verdadera razón es que deseaba preservar su independencia. De hecho, fue muchas veces invitado por Augusto, al que ayudó en algunos trabajos epistolares, y de la buena amistad que les unió ha quedado rastro en cartas y poemas.

Contemporáneo es, también, el tercer grande de la poesía latina, Ovidio, autor de composiciones amorosas, con frecuencia subidas de tono (*Amores y Arte de amar*). Dicen que tropezó con la obra moralizadora emprendida por Augusto y que sus versos lascivos escandalizaban a la pacata Livia, que le hizo desterrar al mar Negro; aunque, más probablemente, debió de sucederle que picaba alto en su pasión amorosa y que, según se rumoreaba por Roma, tuviese relaciones con Julia (nieta de Augusto, hija de Julia y Agripa), a la que se ha identificado como Corina, la protagonista de sus *Amores*. El castigo cambió su poesía verduzca por versos melancólicos (*Tristes y Pónticas*) inspirados por la lejanía de la patria y la tristeza del exilio.

Ovidio ocupó también su talento en asuntos legendarios y mitológicos (*Heroídas y Metamorfosis*), de gran interés por doble motivo: la calidad poética del texto y la acumulación de mitos y leyendas, que reflejan las ideas romanas, a comienzos de nuestra era, sobre la creación del mundo, lo sobrenatural, los dioses y los héroes heredados del panteón griego. La sistematización ovidiana ha constituido, acaso, la primera fuente de información e inspiración para los artistas y literatos que abordaron estos asuntos. Ovidio, que debió de dedicar años a esta extensa obra, era consciente de su importancia, tanto que en sus versos finales vaticina:

Pero, en la mejor parte de mí yo viajaré inmortal por encima de los astros de las alturas, y mi nombre será indestructible, y por donde se extiende el poder de Roma sobre la tierra subyugada, la gente me leerá de viva voz, y gracias a la fama, si algo de verídico tienen los presentimientos de los poetas, viviré por todos los siglos (Libro XV, vers. 875. Trad. de Antonio Ruiz Elvira).

Partícipes de este momento áureo de la literatura latina son los poetas Albio Tíbulo y Sexto Propercio, que gozaron de fama en el último tercio del siglo I a. C. Y también vivieron el ocaso de la República y el comienzo del Imperio los más interesantes historiadores latinos. Salustio escribió su famosa *Conjuración de*

*Catilina* con datos de primera mano, pues vivió la época y conocería a muchos de sus principales personajes; aunque más lejana, no cede en interés *La guerra de Yugurta*, ya que aún perduraba el ambiente en que se libró aquel conflicto y vivían muchos de sus protagonistas.

Pero el gran historiador de ese momento y de Roma fue Tito Livio, cuyo ciclo vital coincidió con el de Augusto. Su *Ab urbe condita* (*Desde la fundación de la ciudad*) es más conocida como las *Décadas*, pues en décadas dividió su narración, que va desde la mítica fundación de Roma, hacia 755 a. C., hasta el 9 a. C., donde la dejó. Las fuerzas no le dieron para llevarla hasta la muerte de Augusto, en 14 d. C., tres años antes que la suya. De las *Décadas*, en cuyos 142 libros trabajó cerca de cuarenta años, se conserva menos de la mitad, pero la muestra es más que suficiente para apreciar su esfuerzo por encontrar el equilibrio entre el republicanismo y el imperialismo rampante, para valorar su voluntad investigadora, manifiesta en el empeño porque su narración —un tanto retórica— estuviera respaldada por documentos y datos fidedignos.

Augusto se casó muy joven y tuvo una hija, Julia, su única descendiente directa, pero a los veinticinco años conoció a Livia, que llegó hasta el triunviro para solicitar clemencia para su marido, un aristócrata capturado durante las convulsiones posteriores al asesinato de César. La belleza, el encanto, el tono y la situación enamoraron a Augusto tan apasionadamente que, a la vez que indultaba al marido, pedía la mano de su mujer. No debió de ser difícil el arreglo. Livia aportó dos muchachos de su anterior matrimonio, Tiberio y Druso, que nació ya en casa del emperador.

El palacio de Augusto nunca fue ostentoso, pero sí feliz durante algunos años, gobernado por la hermosa Livia, encarnación de las virtudes señeras de las matronas (fiel, hogareña, hacendosa y virtuosa). El problema comenzó con Julia, ojito derecho de papá y desesperación de Livia.

—Es normal, mujer, cosas de la pubertad —le diría Augusto a su esposa—. Esto se le pasará en cuanto la casemos y comience a tener responsabilidades e hijos.

La casaron, pero las esperanzas de Augusto no se cumplieron. Murió el joven esposo al poco tiempo y Julia se convirtió en una viuda bella, famosa, rica y licenciosa, que hacía desfilar por su cama a todos los tarambanas de Roma. Augusto, desesperado, le buscó un nuevo novio y se fijó, nada menos, que en su amigo y socio, el gran Agripa, un hombre de 46 años felizmente casado. Y, ¡lo que uno tiene que hacer por los amigos, sobre todo si son emperadores!, Agripa repudió a su buena mujer y se casó con aquella gamberra indómita de 18. Fueron todo lo infelices que puede suponerse, pero, por lo que respecta al lecho conyugal, ambos cumplieron con creces: tuvieron cinco hijos, todos el vivo retrato del general, lo cual tenía admirada a Roma, que la veía saltar de cama en cama. Cuentan que en alguna juerga debieron preguntarle cómo se las arreglaba y la muy fresca respondió sin rubor: «Yo solo hago



subir marineros a mi nave cuando ya la tengo cargada».

Agripa la dejó viuda en 12 a. C., con lo cual aún quedó más libre para escandalizar Roma y angustiar a su padre, que cometió un nuevo atropello. Quizá presionado por su mujer, decidió endosársela a su hijastro Tiberio —con el que simpatizaba poco, por más que fuera un excelente general—, pensando que sería capaz de encauzar a aquella desorejada. Con este arreglo matrimonial causó un trauma irreparable en Tiberio, que estaba casado y amaba a su esposa Vipsania, precisamente hija de Agripa. Tiberio, serio, tímido y retraído, la aguantó un tiempo hasta que, harto de ella, de sus infidelidades y estupideces, abandonó Roma para recluirse en Rodas y dedicarse al estudio.

La vida de Augusto, ya casi sesentón, se convirtió en un cúmulo de sinsabores. Había muerto su otro hijastro, Druso —al que el emperador profesaba un profundo afecto, pues le había visto crecer y avanzar hasta convertirse en un prometedor general—, en un accidente ecuestre mientras mandaba tropas en Germania. Poco después fallecieron sus nietos, Cayo y Lucio, con los que contaba en sus planes sucesorios. Su hija era la comidilla de Roma, pues ni la muerte de sus hijos contuvo su desenfadada lujuria, hasta el punto de que, con el corazón roto, la desterró y puso bajo vigilancia.

Y, como las desgracias nunca vienen solas, la paz imperial había comenzado a resquebrajarse. Los germanos se sublevaron y el gobernador Quintilio Varo fue desbordado por el caudillo Arminio, que aniquiló a sus fuerzas en Teotoburgo en el año 9 d. C. Una derrota de dimensiones históricas: tres legiones y fuerzas auxiliares, unos 20 000 hombres, perdió Roma en los bosques y lagos de Germania. A Augusto solo le quedaba Tiberio y, tragándose el orgullo, le llamó a Roma para asociarle al trono, concederle poderes tribunicios durante diez años y entregarle el mando de las legiones de Germania. Pero Roma vivía demasiado bien, había perdido nervio y echado tripa, y no hubo manera de reclutar los 15 000 hombres que necesitaba. Con unas diez cohortes hechas de retales y algunas fuerzas auxiliares sacadas de Hispania y las Galias estabilizó la situación, aunque replegando las posiciones romanas hasta el Rin.

Seis años transcurrirían hasta que, ya muerto Augusto, Germánico —hijo de Druso, sobrino de Tiberio—, con ocho legiones, logró abrirse camino hasta Teotoburgo, recoger y sepultar los restos que aún halló en la zona, rechazar a Arminio, recuperar dos de las águilas legionarias perdidas y, finalmente, fortificar bien la línea del Rin.

La pérdida de las águilas era asunto mayor. Cuando reformó las legiones, Mario dotó a cada una de ellas de un águila de plata como su principal distintivo. En palabras de Fernando Quesada: «El águila sería el símbolo por excelencia del poder de Roma, asociada a cada legión incluso por vínculos de carácter religioso». En este sentido, sigue Quesada:

Germánico aprovechó la devoción supersticiosa de las tropas por las águilas cuando, persiguiendo a

los queruscos, vio ocho águilas —tantas como sus legiones— penetrando en los bosques y «grita a sus hombres que avancen, que sigan a las aves de Roma, el espíritu de las legiones».

Hasta donde llegaron y pudieron anidar las águilas legionarias llegó la romanización. En Centroeuropa, tras la derrota de Teotoburgo, las águilas tuvieron que retroceder hasta el Rin y Roma dejó de soñar en el Elba.

Augusto falleció a los 76 años de edad, tras haber ejercido el poder compartido o absoluto durante más de medio siglo. Ocurrió durante un viaje a Campania: enfermo de bronquitis, se hizo conducir a una casa que poseía en Nola, en la que había muerto su padre, e intuyendo que estaba llegando al final, llamó a su lado a algunos familiares y amigos. Conversó largamente y a solas con Tiberio, se despidió muy afectuosamente de Livia y, cuando ya le abandonaba la vida, tuvo serenidad y humor para decir a los que le rodeaban: «Si he representado bien mi papel, amigos míos, despedidme de la escena con vuestro aplauso». Fue divinizado —costumbre que se continuaría con los demás emperadores— y se le hicieron grandiosos funerales a los que asistió Roma entera.

La historia y el arte nos han dejado un retrato fidedigno de su figura. En el Museo Vaticano se conservan tres piezas notables que lo representan de cuerpo entero: una, joven, de la época del triunvirato; otra, con armadura, y una tercera, como sumo pontífice. Estos y numerosos bustos, de su época o posteriores, reflejan la descripción de Suetonio:

Tenía el rostro tranquilo y sereno; nadie podía sostener la mirada de sus ojos, vivos y brillantes, sin bajar la vista, como ante el sol. Sus dientes eran pequeños y desiguales, sus cabellos, ligeramente rizados y castaños; las cejas, largas; las orejas, regulares, la nariz, aguileña y puntiaguda y su color entre moreno y blanco. Era bajo, pero tan bien formado y proporcionado que solamente se podía apreciar su exigüidad cuando estaba al lado de una persona más alta.

Su colosal figura dio nombre a una época, el siglo de Augusto o la era de Augusto y, sin embargo, careció de esas características heroicas o trágicas que convierten a algunos personajes en tema de inspiración para escritores y artistas.

Su sucesor, Tiberio, accedió al poder cuando ya contaba 55 años, siendo recibido con júbilo por los romanos, que le consideraban un hombre prudente, negociador, experto en política y un nuevo Marte que había celebrado cuatro triunfos, cosa que solo había logrado César. Imperó veintidós años, en gran parte de los cuales fue justo, honrado, austero y honesto, proporcionando al Imperio paz y riqueza. Roma disfrutó de la hacienda más saneada de su historia y las provincias, de la administración mejor organizada y justa.

Sin embargo, ya serio y tímido en su juventud, su carácter se fue tornando huraño y distante, y su crueldad haría recordar la peor época de Augusto y anunciaría monstruosidades futuras. Consecuencia de esa melancolía y retraimiento fue el abandono del poder en manos de un favorito, Sejano, al que permitió tropelías incontables. Pero su mala prensa no procede de tales desmanes, sino de que, en la

época de Sejano, el prefecto de Judea, Poncio Pilato, hizo crucificar a Cristo bajo instigación de las autoridades religiosas judías. Y el César —al que se hace mención en el relato bíblico— era Tiberio.

A esa propaganda negativa, reiterada durante setenta generaciones de cristianos, se unió el lamentable ocaso del emperador: harto de las intrigas de Sejano, le depuso e hizo juzgar por el Senado, que le condenó a muerte. Reasumió directamente el poder cuando ya superaba los setenta años y le afectaba un desequilibrio progresivo que acentuó su tendencia a la misantropía. Murió a los 78 años, en 37 d. C.: cayó en un largo letargo que le hizo parecer muerto, por lo que se puso en marcha la proclamación de su heredero, Calígula, como emperador. Inesperadamente, recobró la consciencia, pero quienes estaban a su lado consideraron que lo mejor era dejar las cosas correr y le asfixiaron con una almohada.

El ocaso de Tiberio es tenebroso, pero la historiografía disculpa algunas de sus postreras atrocidades, suponiéndolas fruto de su desequilibrio, y las compensa con sus muchos méritos. Lo peor fue su herencia, Calígula (12-41 d. C.), su sobrino-nieto, hijo de Germánico y de Agripina. Se le consideraba un buen soldado, un hombre austero, amante de las leyes y caritativo con los humildes, y Tiberio creyó que podría ser el reformador que Roma necesitaba, un legislador de hierro, un nuevo Dracón que metería en cintura aquella sociedad, pero no dejó un cilicio, sino un monstruo.

Se llamaba realmente Cayo Julio César Germánico, y Calígula era el apelativo cariñoso que le habían dado los oficiales de su padre cuando era niño al verle arrastrar las sandalias legionarias (*caliga*) por los campamentos de Germania y Oriente, donde vivió hasta la muerte de Germánico. Volvió a Roma junto con sus ocho hermanos a los siete años, edad en que podía percibir el rencor de su madre, Agripina, contra Tiberio, al que responsabilizaba de la muerte de su esposo. Agripina fue desterrada y sus tres hijos mayores, asesinados por orden de Sejano, probablemente con conocimiento de Tiberio, mientras Calígula crecía en casa de su bisabuela Livia. En 29 d. C. comenzó su *cursus honorum* en el ejército, donde pronto adquirió fama de valiente, hábil y juicioso. Mandaba una legión en el Rin cuando le golpeó la trágica noticia del suicidio de su madre, en 33 d. C., culminando la tragedia familiar.

En ese momento Tiberio le llamó a su lado y en palacio se fue curtiendo en los trabajos de Estado y en las intrigas políticas. Contaba veinticinco años cuando fue investido como emperador, y sus sabias y generosas disposiciones iniciales encantaron a los romanos: permitió el retorno de los desterrados por Tiberio y les restituyó los bienes incautados, disminuyó los impuestos, abolió la lista de libros prohibidos, suprimió la ley de lesa majestad, distribuyó víveres a la plebe, restauró las funciones de las asambleas populares... «¿Por qué he de temer? Nada he hecho para que me odien», solía decir ante denuncias de conspiraciones que solo eran rumores.

Su probidad duró un año. Al cabo, cayó enfermo, sufrió prolongadas fiebres y

delirios y Roma, que le adoraba, rezó por su salud. Se asegura que 160 000 animales fueron sacrificados y que el humo de los altares de los dioses oscurecía el cielo de la ciudad. La fiebre remitió, pero debió de causarle una grave lesión cerebral que le convirtió en un ser cruel, lascivo, despótico, avaricioso, extravagante, soberbio y vanidoso.

En los tres años siguientes no se ahorró ni una atrocidad. Aficionado al circo, le divertía sobremanera el ataque de las fieras hambrientas a los presos que arrojaba a la arena; pero para evitar los espantosos gritos de las víctimas, previamente hacía que les cortaran la lengua. Como el espectáculo horrorizara a los propios espectadores, arrojó a algunos a los leones para que el resto, aterrado, vitoreara y aplaudiera la masacre. Enterado de que durante su enfermedad algunos gladiadores habían ofrecido su vida a los dioses para que se recuperara, les dio las gracias antes de ordenar que los mataran: «Porque la vida ya no os pertenece y el incumplimiento de vuestro voto podría acarrearne represalias».

En una ocasión montó en cólera porque el espectáculo que había organizado no entretenía a los espectadores, que, poco a poco, estaban abandonando sus localidades. Ordenó que se cerraran las puertas y se retiraran los toldos que protegían el graderío del inclemente sol veraniego romano y allí tuvo cociéndose a aquellos desgraciados hasta el anochecer. Realmente, parecía odiar a sus súbditos, tanto que decía: «El pueblo romano debería tener una sola cabeza para podérsela cortar de un tajo». No podía asesinarlos a todos, pero lo hizo selectivamente: tomó ojeriza a los filósofos y condenó a muerte o al destierro a cuantos se hallaron en Roma; en otra ocasión se despertó con la idea de que los calvos eran un desdoro para la ciudad —a pesar de que él mismo tenía un principio de alopecia— y ordenó que los echaran a las fieras. A su abuela Antonia la obligó a suicidarse porque su hermosa cabeza no estaba en consonancia con sus hombros. Su manía con las cabezas fue obsesiva: le aterraban las tormentas y, tras una muy fuerte, ordenó que fueran decapitadas cuantas estatuas de Júpiter —dioses del rayo— hubiera en Roma.

Su gran favorito fue *Incitato*, su caballo, por el que cometió las mayores extravagancias y aberraciones: le construyó un palacio y en su gran cuadra de mármol un mayordomo le servía el pienso en un pesebre de marfil; también tenía asignados mozos de cuadra, varios pajes y un secretario, que debía anotar lo que pudiera decir. En el colmo del desvarío, hizo designar a su caballo miembro del colegio sacerdotal y cónsul. En cierta ocasión ordenó que se construyera un gran muelle de barcas que se internaba seis kilómetros en el mar y, mientras el tiempo respetó la obra y su estabilidad, Calígula paseaba a diario, caballero en *Incitato*, por aquella calzada. Centenares de personas le hacían calle y, como intuyera un día algún gesto de desagrado, ordenó arrojar a unas docenas a la mar, divirtiéndose con sus gritos de socorro y su angustiado braceo.

Los dispendios en sus diversiones y locuras fueron tan grandes que gastó el tesoro dejado por Tiberio, pero no le dio importancia alguna: encontró la manera de colmar

sus arcas restableciendo la ley de lesa majestad y haciendo ejecutar a todo ricachón cuya fortuna codiciara. Luego descubrió un sistema aún mejor: tras haber perdido ingentes sumas de dinero en el juego con varios patricios, hizo que le llevaran un catastro y señaló a los principales propietarios, que, para salvar la vida, tuvieron que apoquinar ¡150 millones de sestercios! (el salario anual de 150 000 obreros del campo). Dicen que, divertido, comentó: «¡Vosotros me ganáis poco a poco; yo puedo ganáros una fortuna en un instante!».

Entre sus perversas medidas está el invento de la «letra pequeña». Atribuló a sus súbditos con impuestos exorbitantes y los pasquines en que se anunciaban estaban escritos en letra grande; las condiciones del pago, en letra diminuta. De tal manera que quienes despreciaban o no podían leer la letra pequeña estaban abocados a pagar la contribución y la brutal multa que conllevaba no haberse enterado de los requisitos fijados en ella.

Restauró la censura, prohibiendo las obras de Homero, Tito Livio y Virgilio, por envidia a su talento. La vida en Roma se hizo imposible: las expropiaciones, destierros y asesinatos eran cotidianos.

Tres años duró esta pesadilla, y no porque los romanos no desearan eliminarle, sino porque soplones, espías y delatores proliferaron por Roma, y los pretorianos, que vivían como príncipes en aquel desmadre, ahogaron en sangre las incipientes conspiraciones. Finalmente, un jefe de pretorianos, harto de las burlas y vejaciones de aquel loco, le hundió su puñal entre las costillas cuando caminaban por el pasillo de un teatro. Tanto miedo había en Roma que nadie se apresuró a celebrarlo. Para certificar la autenticidad del magnicidio, los pretorianos asesinaron a su esposa y estrellaron contra el suelo a su hija. Al espantoso reinado se le puso fin con otra atrocidad. Ya no había crimen que pareciera repulsivo.

Los pretorianos comenzaban a tomarse las atribuciones que Tiberio no intuyó cuando permitió que Sejonio aumentara su número y les concentrara en un solo lugar bajo jefatura única. Muerto Calígula, sintiéndose árbitros de la situación, buscaron a alguien débil que se plegara a sus intereses: lo encontraron escondido, temblando de miedo, tras una columna del teatro, no lejos de donde habían asesinado a su sobrino. Se llamaba Claudio (10 a. C.-54 d. C.), contaba 51 años y era hijo de Druso, el gran general muerto en el Rin en un accidente, y parecía un ser inofensivo: contrahecho, cojo, tartamudo y con pinta de pasmado, al que el emperador muerto consideraba un estúpido bufón, opinión compartida por su propia madre, Antonia, que solía decir: «Es más necio que mi pobre Claudio».

Pero no tenía un pelo de tonto. Aunque tímido y desvalido por sus problemas físicos, era inteligente, sensible y muy culto: hablaba perfectamente griego y tenía amplios conocimientos de filosofía, historia, astronomía, geometría y medicina. «Sé que me consideráis un infeliz y un idiota, pero no lo soy. He fingido serlo durante toda mi vida y por eso estoy aquí», dijo en la sesión senatorial en la que le fue confirmado el poder.

Si le hubieran considerado un posible competidor, quizá no habría escapado de la «limpia» que hicieron Tiberio y Calígula, pero él, babeando y empujando el codo, tuvo una vida retirada y fértil, en la que produjo numerosos escritos. Sus obras históricas sobre Etruria, las guerras púnicas y las guerras civiles se han perdido, pero el famoso historiador italiano decimonónico César Cantú, gracias a los pocos documentos que han llegado hasta nosotros, aseguraba: «Claudio sabía más historia de Roma que Tito Livio».

Entre sus obras hubo una autobiografía, perdida como todo lo demás, que llegaba hasta la época de Calígula. La que todos conocemos (*Yo, Claudio*) es una fantástica ficción, hija de un erudito en historia y cultura romanas y de un maestro de la literatura, el inglés Robert Graves, publicada en dos volúmenes en 1934 y mil veces reeditada, que fue convertida en una serie televisiva de extraordinario éxito en los años setenta.

El «pobrecito Claudio», como decía Augusto, fue emperador durante trece años, un periodo de orden, prosperidad, obras públicas y ampliación de los dominios de Roma. Desmontó el atroz tinglado de Calígula: suprimió la censura, el delito de lesa majestad, hizo regresar a los exiliados, restituyó los bienes incautados, levantó acueductos, modernizó el puerto de Ostia, construyó grandes vías en el norte de Italia, en África y en Inglaterra —que le sirvieron para someter Mauritania y reconquistar Britania con solo tres legiones—, recuperó Tracia y Macedonia, conquistó Crimea, fijó la frontera del Rin y, en Germania, fundó Colonia, fortificó la línea del Danubio, contuvo a los partos, vigorizó las leyes familiares de Augusto y depuró la confusión religiosa, prohibiendo la importación de más dioses extranjeros, lo que complicaría la existencia de judíos y cristianos.

Se le ha reprochado tradicionalmente que dejase gran parte de los trabajos de gobierno en manos de sus libertos; hoy parece demostrado que funcionaron como excelentes ministros en materia de diplomacia, justicia, archivos y hacienda.

Su gran problema fueron las mujeres: se casó cinco veces y fue infiel a todas. Las dos últimas serían fatales: Mesalina tenía dieciséis años y él rayaba en los cincuenta cuando contrajeron matrimonio y, al poco tiempo, ella se ganó la fama de ser un pendón desorejado. A tal locura llegó aquella ninfómana que, en 48 d. C., estando él ausente, se casó con su amante de turno. Claudio, aunque en privado emboscaba a las sirvientas en los recovecos de palacio, vivía la contradicción de estar empeñado en la moralización de Roma, por lo que tuvo que tomar medidas respecto a la poliandria de su esposa: hizo ejecutar al amante —un cuitado que, suponiéndole un imbécil, pensaba alcanzar el trono retozando con Mesalina— y ordenó a los pretorianos que la mataran donde la encontraran: estaba en casa de su madre, y en brazos de esta la degollaron.

Cuentan que, impresionado por estos sucesos, dijo al jefe de los pretorianos que le matara si volvía a casarse. Promesas de marinero. Poco después cayó en brazos de su sobrina Agripina, de treinta años, hermana de Calígula, viuda con dos matrimonios de

experiencia y madre de un muchacho espabilado llamado Nerón. Agripina —que había sido enviada al destierro por Calígula— poseía un carácter de hierro, una ambición sin límites, unos rígidos conceptos morales heredados de su bisabuela Livia y una filosofía del poder similar a la de su hermano. Pronto logró que el emperador adoptara a Nerón como hijo y que le designase heredero y, para estrechar lazos, le hizo casar con Octavia, una excelente muchacha hija de Claudio. Entre bambalinas maniobró para elevar a su amigo Burro al puesto clave de jefe de los pretorianos y, previendo problemas futuros con Británico, hijo del emperador, limpió Roma de sus partidarios: volvieron los asesinatos, destierros, encarcelaciones, expropiaciones... Todo con la firma falsificada de Claudio, tal como la investigación ha demostrado. Alguien debió de avisar al emperador, que se dispuso a tomar medidas, pero lo que tomó fueron unas setas, aderezadas por Agripina, que le llevaron a la tumba a los 64 años de edad. Su heredero, Nerón, que era un tipo ingenioso, comentaría malvadamente: «Las setas son un plato divino: lograron transformar en dios a un tipo tan insignificante como Claudio».

Lucio Domicio Nerón Claudio (37-68 d. C.) era tataranieta de Livia, y, por tanto, descendiente de la casa de Augusto por vía materna. Cuando, gracias al matrimonio de su madre, llegó a palacio tuvo la fortuna de que Agripina contratara a Séneca como maestro. Este era un hispano rico, nacido en Córdoba y asentado en Roma como filósofo, ensayista y dramaturgo. Calígula, en su persecución de los filósofos, estuvo a punto de apiolarle, pero los sayones le hallaron tan enfermo de asma que le dejaron en su cama para que lo matara la enfermedad. Séneca también había tenido sus más y sus menos con Claudio por su acercamiento amoroso a su sobrina Julia, hermana y amante de Calígula, si era verdad lo que se rumoreaba por Roma. Julia estaba casada, por lo que el cordobés fue acusado de adulterio y condenado a muerte; como no se demostrara el delito, le desterraron a Córcega, donde permaneció ocho años escribiendo magníficas páginas estoicas.

Nerón, que accedió al poder a los diecisiete años, imperó durante catorce con dos épocas bien definidas: la primera, buena, bajo la batuta de Séneca y Agripina; la segunda, atroz, dominado por todas las pasiones y con un nombre propio capitalizando la nefasta influencia: Popea. Durante los primeros cinco años prosperó el comercio, se enriqueció el Imperio, estuvieron seguras las fronteras, florecieron las artes y las letras... Las cosas comenzaron a torcerse cuando Agripina reventó de celos hacia Séneca y este se negó a dejarse arrinconar. El primer asalto lo ganó el cordobés, mientras aquella se recluía a escribir unas memorias lastradas por el rencor. En esa crisis, Británico fue asesinado por orden de Nerón. Años antes, el día que tuvo que firmar su primera sentencia de muerte, había dicho haciendo pucheros: «¡Ojalá no supiera escribir!»; en adelante, prodigaría su firma, sin que le conmovieran un ápice las atrocidades que ordenaba.

Nerón era un tipo feliz que vivía mimado por la fortuna. Se ocupaba de la poesía y la cultura, jugaba algo a los soldados y delegaba los trabajos políticos en Séneca. Su

esposa Octavia soportaba con paciencia sus infidelidades; su hermosa amante, Acté, le adoraba y disculpaba sus abandonos, cada vez más frecuentes a causa de sus francachelas y correrías nocturnas. En una de ellas conoció a Popea, una bella rabiza desvergonzada y ambiciosa.

Cuando Agripina conoció la relación de su hijo con aquella zorra trató de alejarle de ella y, más aún, cuando Nerón, que temblaba ante su severa madre, fue a decirle que iba a separarse de Octavia para casarse con Popea. Dice Tácito que la desesperada madre, previendo la ruina de aquel hijo al que había dedicado la vida y por el que se había llenado las manos de sangre, llegó a ofrecérselo. Nerón la rechazó y, para evitar sus reproches, decidió eliminarla. Rodeada por los soldados de la guardia del emperador, Agripina les indicó el vientre donde había llevado a aquella bestia: «¡Heridme aquí!». No lo dudaron. Se asegura que, ante Agripina exangüe, Nerón solo acertó a decir: «Mi madre era muy hermosa».

Otras versiones, sin embargo, aseguran que, para evitar el descrédito de Nerón, fueron Séneca y Burro los que ordenaron el asesinato de Agripina en sus habitaciones el año 59 d. C. Sea como fuere, tras aquel asesinato Nerón cayó en todo tipo de atrocidades y estupideces. Repudió y desterró a Octavia, a la que, finalmente, hizo asesinar cuando apenas contaba veinte años, y se casó con Popea. Competía en el circo y obligaba a hacerlo a magistrados y senadores y condenaba a muerte a quienes rehusaban. Se las daba de tenor y actuaba en el teatro, llenando los graderíos con el público sacado de la calle por los pretorianos. Pretendía ser un gran poeta y, cuando Séneca intentó corregirle unos malos ripios, ordenó que se largara de palacio. Burro murió pronto y Nerón le sustituyó por un personaje perverso, Tigelino. Ambos se las arreglaron para ensangrentar Roma y dilapidar la hacienda, reponiéndola con los bienes de los asesinados.

Aquel monstruo perdió definitivamente la chaveta y se hizo proclamar dios. Por eso, cuando en julio del año 64 ardió Roma, fue inmediatamente responsabilizado del asunto. Pero ni estaba en Roma ni ha aparecido documento que le comprometa. De ese crimen le exime la historiografía contemporánea, pero no de la atrocidad de culpabilizar a los cristianos. Cuantos cayeron en sus manos fueron lanzados a las fieras, crucificados (como san Pedro, cabeza abajo, según la tradición) cubiertos de brea y convertidos en antorchas que iluminaban los jardines o, si eran ciudadanos romanos, decapitados (como san Pablo, aunque existe la duda de si murió en 64 o en 67). Roma advirtió la perversa superchería del emperador, aunque no lamentó la persecución del cristianismo, secta de la que se recelaba por su secretismo, a la que se despreciaba, pues la mayoría de sus seguidores eran pobres, y a la que se acusaba de subversiva.

Contemporánea es la conspiración de Pisón para terminar con aquel monstruo inútil, pero fue descubierta y Nerón cribó a la sociedad más distinguida de Roma, porque, sometidos los sospechosos a tormento, terminaban delatando a todo el que los investigadores quisieran perder. Así murieron personajes como Séneca, su sobrino



Lucano o Petronio, árbitro de la elegancia y autor del *Satiricón* —divertida visión satírica de la sociedad de su tiempo—, ajenos, probablemente, a la conspiración, pero a los que Nerón quiso eliminar.

También de la época es la muerte de Popea. Según la «mala prensa» de Nerón, este le habría propinado una patada en el vientre haciéndola abortar y pereciendo en el proceso. Parece que el aborto se debió a causas naturales y que Nerón sufrió mucho tanto por la desaparición de Popea como por la de la criatura, en la que tenía depositas grandes esperanzas. Aseguran que, andando enloquecido por las calles de Roma, encontró a un muchacho que se parecía extraordinariamente a la amada muerta; se lo llevó a palacio, le hizo castrar y se casó con él. Lenguas viperinas romanas comentaban: «¡Qué lástima que su padre no hubiera hecho lo mismo!».

Entre los disparates relevantes de la última época de Nerón están los cometidos durante su visita a Grecia, en el año 66, que duró quince meses. Para entonces era un hecho la helenización de la cultura romana y Nerón decidió que todo lo que en Roma valía la pena era de origen griego. Por tanto, fue a Grecia como si de una peregrinación se tratara. El viaje debió de tener momentos memorables, como su participación en una carrera de caballos en Olimpia, en la que se cayó nada más empezar, llegando el último con mucho; los astutos jueces olímpicos le dieron por ganador y Nerón, en el colmo de la felicidad, eximió a los griegos de los tributos de un año. Dicen que, entusiasmado por aquellos laureles, no desperdició la ocasión de competir como vate, actor, cantante o atleta en teatros y estadios, donde los griegos le aplaudieron con frenesí, llenándole de coronas, trofeos y medallas conmemorativas. A cambio, aquel genio les colmó de regalos y beneficios tributarios.

Demasiados excesos y demasiado tiempo. En las Galias se sublevó un legado con sus tropas; fue secundado por Galba, prefecto de la Hispania Citerior y, aunque hubo tropas que trataron de mantener la legalidad, en Roma parece que se esperaba una señal para terminar con Nerón. Abandonado por la guardia pretoriana, el emperador huyó a uno de sus palacios de Roma donde, incapaz de suicidarse, fue auxiliado por un esclavo, en enero de 69 d. C. Aunque vaya usted a saber lo que se dice en esos momentos en que la sangre fluye de la herida a borbotones, cuentan que Nerón aún pudo hablar: «¡Ah, qué artista pierde el mundo!». Con él desaparecía la primera dinastía imperial romana, la Julia-Claudia, que terminó con la República, instauró el Imperio, ensanchó los dominios de Roma y los enlazó con un magnífico sistema viario.

La caída y muerte de Nerón dio paso a un periodo de anarquía en el que las legiones —por el beneficio que del caudillaje esperaban— trataron de imponer como emperadores a sus jefes. Así surgen y se desvanecen personajes como Galba, Otón y Vitelio, que se eliminaron unos a otros y que no terminaron el año.

Tito Flavio Vespasiano (9-79 d. C.) iba a interrumpir la racha y a crear la dinastía Flavia, que perduró desde 69 a 96, con tres emperadores, él y sus hijos Tito y

Domiciano. Procedente de la pequeña burguesía, Vespasiano había hecho carrera en el ejército y combatía una sublevación judía cuando las legiones le encumbraron al poder. Tras llevar a cabo en Roma una limpia de partidarios de los tres anteriores emperadores, se dedicó a reorganizar el desmadre dejado por Nerón y por la anarquía posterior. Reformó el ejército y la hacienda pública, que estaba arruinada, mediante un sistema tan original como filibustero: arrendó los mandos militares y los altos cargos de la administración, obligando a los generales a rendir cuentas de tributos y tesoros conseguidos; a los administradores, tras haberles permitido que esquilmaran a los ciudadanos, los elogió por su diligencia y, acto seguido, les hizo entregar cuanto habían rapiñado, equilibrando el presupuesto hacendístico y devolviendo a los contribuyentes más perjudicados lo que legítimamente les correspondía. Dicen que a su hijo Tito, hombre escrupuloso y delicado, le desagradaba aquel proceder, y el taimado y realista emperador le decía sonriente: «Hijo, en el templo yo oficio como sacerdote. ¡Entre bandidos, como bandido!».

Las arcas públicas saneadas le permitieron embellecer Roma y dotarla de templos e instalaciones notables, entre ellas el Coliseo —terminado por su hijo—. Algunos autores aseguran que llenó las zonas más nobles de la ciudad de urinarios públicos en forma de columna hueca, que los romanos llamaron «vespasianas» (aún se conoce así en Argentina y Chile a los retretes callejeros); su uso debía pagarse y a los desahogados que optaban por una pared les caían encima las ordenanzas municipales. De su ingenio para rentabilizarlo todo es una buena muestra que estableciera un impuesto sobre la recogida de orines, utilizados para tratamiento de pieles y tejidos, en las letrinas públicas. Como su hijo Tito Livio le tomara el pelo con la procedencia de aquel dinero, Vespasiano le puso un denario bajo la nariz y le dijo: «Pecunia non olet» («El dinero no huele»).

Murió de un cólico tras una panzada de alubias con tocino o, quizá, bebió mucha agua de una fuente contaminada: los dolores intestinales y la alta fiebre le llevaron al Olimpo, pues fue deificado, siguiendo la costumbre. Aquel hombre sencillo y guasón se despidió de sus amigos con su humor habitual: «¡Ay, esto se acaba. Creo que me estoy convirtiendo en dios!».

Vespasiano fue un administrador excelente y sensato, pero tan codicioso que no se ahorró triquiñuela alguna para enriquecerse. Dicen que el día de su entierro, en una función teatral, un actor parodió al difunto emperador, que incorporándose en el féretro inquirió a los enterradores:

—¿Cuánto cuesta este entierro?

—Diez millones de sestercios.

—¡Por Júpiter, qué cara se ha puesto la muerte! Pero, hagamos un trato: dadme cien mil sestercios y tiradme al río.

Sobre este reinado está en circulación una estupenda serie de novelas históricas, que en 2010 ya sumaban veinte títulos, obra de la escritora británica Lindsey Davis y protagonizadas por el estrafalario personaje Marco Didio Falco, agente secreto del

emperador.

Tito Flavio Vespasiano (39-81) heredó a su padre y su reinado fue magnífico para las obras públicas, pero nefasto para el tesoro. Aunque la muerte se lo llevó apenas dos años después de acceder al poder, dejó el recuerdo de un amante de la justicia, la paz social y las bellas artes. Concluyó el Coliseo, erigió el Palacio Imperial, el foro de su nombre, aunque se le atribuya a Nerva, las termas y un templo en memoria de su padre.

En pie queda su magnífico arco de triunfo, que recuerda la toma y destrucción de Jerusalén en el año 70 —que ya se vio en su momento— y su regreso triunfal a Roma cargado con el tesoro del Templo y el candelabro de los siete brazos, como puede contemplarse en los relieves. De allí se trajo a Berenice, princesa judía, con la que trató de casarse. Lo impidió Vespasiano, y Tito, aunque loco de amor por ella, renunció por respeto a su padre y por no disgustar a los romanos. Esos amores frustrados inspiraron a Racine la tragedia *Berenice*, una de sus obras más representativas.

Pero lo que más se recuerda del reinado de Tito es la erupción del Vesubio, en el año 79, que destruyó Pompeya y Herculano. No tuvo suerte tan buen príncipe con las catástrofes, pues al año siguiente sufrió Roma un devastador incendio que calcinó la mitad de la urbe y, poco después, una epidemia de peste se llevó por delante a muchos de sus habitantes, incluido él mismo, contagiado porque fue el primero en dar ejemplo atendiendo a los enfermos.

Tito Flavio Sabino Domiciano (51-96) había sido asociado al trono por su hermano, pero él había renunciado porque, al parecer, envidiaba a Tito, «ojito derecho» de su padre. Hasta entonces había sido un hombre honesto y un político hábil, si hemos de creer a Marcial, que era partidario porque vivía de sus dádivas; por el contrario, Tácito le considera un villano desde siempre. Historiadores aparte, tuvo un largo y desigual reinado: comenzó bien, reconstruyendo Roma y atendiendo a la paz del Imperio, tanto que frenó el avance de Agrícola hacia Escocia y, como rezongara, le destituyó: de ahí viene el rencor de Tácito, yerno y amigo del general al que el emperador cortó las alas.

De pronto, cambió. Se asegura que le amargó tener que ponerse en campaña contra los dacios y, aún peor, que durante su victorioso desarrollo se tramase una conjura para asesinarle. Eso le volvió loco: mató a trochemoche a todo sospechoso y, para evitar más conspiraciones, se autoproclamó dios, pensando que el puñal del sicario se detendría ante su divinidad.

Esto desencadenó la segunda gran persecución contra los cristianos, que se negaban a adorarle. Algunos historiadores no creen que la persecución estuviera determinada porque Domiciano pretendiera ser dios, sino porque advertía que el cristianismo competía con el poder imperial. Según narra Hegesipo, historiador cristiano del siglo II, llegó al extremo de trasladar a Roma a los últimos descendientes de la familia de Jesús, nietos de su hermano Judas, y los devolvió a Palestina al

comprobar que se trataba de sencillos campesinos ajenos a toda idea política.

Todos le rehuían para no suscitar su ira, de modo que pasaba el tiempo solo. Y aseguran que era un excelente arquero capaz de matar una mosca de un flechazo, entreteniéndose así su soledad. Ambas circunstancias fundamentarían un famoso dicho: preguntado su mayordomo por si había alguien con el emperador, respondió: «Ni siquiera una mosca».

Tras un ocaso tan cruel como el de Nerón, fue asesinado en una conspiración palaciega. Patricios, caballeros y gentes adineradas se alegraron con su muerte, no el pueblo, que había asistido gracias a su extravagante munificencia a los mejores juegos circenses de la historia y a verdaderas batallas navales (naumaquias) y terrestres; tampoco los legionarios, a los que tenía contentos con las mejores soldadas que habían disfrutado.

Para controlar al ejército, el Senado ofreció el poder a Nerva, un prestigioso general de setenta años. Se le recuerda por su política juiciosa, continuista de la obra positiva de los Flavios, correctora de los excesos de Domiciano, estabilizadora de las fronteras y cuidadosa con la hacienda pública. Le avalan dos años de buen gobierno y, sobre todo, el haber elegido a Trajano como sucesor.

Durante el siglo II, Roma mostró numerosos síntomas de decadencia, pero la paz interna, la libertad, el equilibrio político entre las diversas magistraturas, el Senado y el trono y el talento mostrado por los emperadores mantuvieron la estructura en pie e, incluso, elevaron el poder, la riqueza y la cultura romana por encima de todo lo anteriormente conocido. A esa época se le ha denominado el siglo de los Antoninos, porque sus protagonistas, salvo Nerva, que les abrió el poder, estaban unidos por lazos familiares o matrimoniales. Uno de los personajes más espectaculares del periodo y de la historia romana fue Marco Ulpio Trajano (53-117). Este hispano de Itálica, hijo de una rica familia, se dedicó a la milicia y mandó tropas en Oriente, Hispania y Germania, donde se hallaba cuando le adoptó Nerva para que le sucediera. Fue emperador durante dieciocho años y puede decirse que resultó hombre infatigable como legislador, guerrero y administrador.

Aparte de las ruinas del foro, lo más conocido de su obra monumental es la Columna Trajana. Se compone de una gran base cúbica de 7,12 metros de altura; sobre ella se asienta el fuste, con 29,78 metros; la remata un capitel dórico cubierto por una cúpula y, sobre ella, una estatua del emperador (hoy, de san Pedro): en total, 45 metros. A lo largo del fuste se desarrolla una banda de unos 200 metros, esculpida en espiral, en la que están representadas unas 2000 figuras que narran, a la manera de un cómic, la campaña de Trajano contra los dacios del rey Decébalos, en los años 101-107. Una obra maestra que lleva dos milenios pregonando las hazañas del emperador.

El Imperio estaba en calma, Roma era más próspera y hermosa que nunca, el emperador, con sesenta años, seguía felizmente casado con Plotina, una bella hispanorromana que hacía la vista gorda a los desahogos de su marido con algunos

mozalbetes de buen ver... Tuvo que ser el parto Cosroes quien pusiera nueva emoción en la vida de Trajano atacando Armenia y amenazando al reino nabateo, amigo de Roma y con sumo interés comercial, pues controlaba las rutas caravaneras que salían del golfo Pérsico y de Yemen. La acción de Trajano fue implacable: penetró en Armenia, rechazó a los partos y la convirtió en provincia romana; descendió el curso del Eúfrates y se apoderó de Babilonia, Ctesifonte y Seleucia, alcanzando el golfo Pérsico. Había logrado lo que ningún otro romano, pero aquel momento de máxima expansión fue, verdaderamente, pírrico, fugaz, inútil. Tras organizar aquellas regiones como provincia y, sintiendo que se agravaba su hidropesía, inició el viaje de vuelta a Roma. Su regreso animó varias revueltas, la más notable la provocada por los judíos en Mesopotamia; pero Trajano ya no tenía fuerzas, ni siquiera pudo llegar a la capital imperial: murió en Cilicia a los 64 años de edad.

Uno de sus muchos aciertos fue designar como sucesor a un sobrino segundo suyo, también de origen hispano, Publio Helio Adriano (76-138), quien contó con el decidido apoyo de la viuda imperial, Plotina. El historiador Dión Cassio, que vivió en la generación siguiente y que contaba con excelentes fuentes informativas, asegura que, durante las largas ausencias del emperador con motivo de sus campañas militares, el mozo calentaba la cama de Plotina, una mujer muy hermosa y poco mayor que él.

Fuera por ese u otro motivo, el caso es que las puertas del poder se le abrieron de par en par al más grande emperador romano. Adriano consolidó las conquistas de su pariente, abandonando los insostenibles territorios de Mesopotamia y librando solo las guerras provocadas por pueblos insumisos o agresores externos, caso de judíos, sármatas, germanos y caledonios. A los judíos los exterminó en 132-135; a los sármatas los contuvo, fortificando los pasos del Danubio; frente a los germanos erigió el *limes germanicus*, en el Rin, y ante los caledonios, el Muro de Adriano, en Britania. Los repliegues suscitaron disensiones militares que solucionó suprimiendo a los generales disconformes, a los que el fin de las guerras privaba del chollo de botines, indemnizaciones y recompensas.

Adriano no era un pacifista, sino un renovador con visión aguda de la historia: la guerra continua no iba a garantizar la viabilidad del Imperio, que solo se consolidaría activando la romanización de las provincias con desarrollo económico, obras públicas, difusión de leyes y cultura, esfuerzo educativo y una administración cada vez más racional y justa. Él, un romano de Itálica, lo sabía bien.

Entre las obras que se conservan está su mausoleo, más conocido como castillo de Santángelo, la reconstrucción del Panteón de Agripa —el Panteón que hoy conocemos— y la fantástica villa Adriana, la más bella de las villas imperiales romanas, decorada con centenares de obras adquiridas en Grecia o copiadas de originales griegos. La cultura griega tuvo en él un enamorado, cuyo mayor placer eran las conversaciones filosóficas con Favorino, al que un día reprochó que siempre

le diera la razón. «Es que me parece extremadamente imprudente no dar la razón a quien dispone de veinte legiones para imponerla», contestó el filósofo.

La vida de Adriano sufrió un cambio repentino durante un viaje a Egipto. A su paso por Grecia se enamoró de Antinoo, joven de singular hermosura, al que incluyó en su séquito, en el que también estaba su esposa, Sabina. Antinoo murió ahogado en el Nilo, cerca de Beni Hassan, seguramente porque trató de aliviar la calorina con un chapuzón en aquellas aguas aparentemente calmas y, realmente, muy rápidas. Según la versión legendaria, el joven, muy enamorado del emperador, se suicidó porque un oráculo había predicho que su sacrificio prolongaría la vida de Adriano. Casi se la quita: el emperador enfermó de dolor y nostalgia y, obsesionado por el recuerdo del efebo, elevó en su honor un templo en el lugar de su muerte y erigió la ciudad de Antinópolis o Antinoe, de la que hoy ni siquiera perduran las ruinas porque sus piedras fueron canibalizadas en el siglo XIX para construir una fábrica azucarera.

Adriano, un personaje excepcional, ha merecido una novela consonante: *Memorias de Adriano* (1955), obra de Marguerite Yourcenar, la primera mujer aceptada en la Academia Francesa.

Cumpliendo la voluntad del emperador, le sucedió, en el año 138, Antonino Pío (85-161), un hombre sencillo y conservador dedicado a la prudente administración de lo recibido, a la cultura, la beneficencia, la religión y a la preservación de la paz. Trató de fortalecer aún más los *limes* en Britania, el Danubio y el Rin, pero esta era una empresa de titanes que su sucesor, Marco Aurelio (121-180), tuvo que acometer con la espada, aunque a este intelectual y pensador estoico, llamado «el emperador filósofo», le desagradara. Él prefería la actuación política, jurídica y económica y aborrecía la guerra por su bárbara naturaleza, por los gastos que originaba y porque le impedía el reposo intelectual que añoraba; sin embargo, tuvo que hacer frente a los partos en sus fronteras mesopotámicas, a los marcomanos y sármatas en el Danubio y a los germanos en el Rin.

La guerra no le dejó terminar en paz sus *Pensamientos*, doce libros que contienen máximas, aforismos, reflexiones morales, ideario y experiencias, contemplados desde la óptica estoica: desprecio de las pasiones humanas, corruptoras del mundo; búsqueda de los bienes sencillos y naturales que pueden conseguirse con la voluntad y esfuerzo propios. Entre los años 177 y 180 tuvo que desplegar una nueva y larga campaña en la frontera del Danubio, y falleció en Vindobona (Viena) a causa de la peste.

Marco Aurelio es el emperador que aparece al comienzo de la película *Gladiator* (1999), una de las producciones de mayor éxito de los últimos tiempos. En esa ficción resulta asesinado por su propio hijo, Cómodo, que, como se verá, fue un tipo de tan escaso talento como gran despotismo, aunque entre sus abyecciones no parece que estuviera el parricidio.

La elección de Marco Aurelio Cómodo (161-192) constituye el típico error de papá, en el que el amor obnubila la sabiduría. Era ya un muchacho caprichoso y cruel

cuando su padre trató de hacer carrera de él asociándole al trono. Así, con diecinueve años y la cabeza llena de soberbia, se vio emperador. Deseando volver a Roma para tributarse un triunfo, despilfarró tres años de campañas, vidas y dinero, aceptando una mala paz en el Danubio. En Roma, le faltó tiempo para entregarse a una vida desenfrenada, menoscabando toda autoridad y dándose a favoritos a cual peores. Como era inevitable, hubo conspiraciones, con lo que volvieron los atroces días de las represalias generales, de las confesiones obtenidas por medio de la tortura, de la corte de espías y delatores, de las ejecuciones en masa y de la expropiación de las víctimas para rellenar las exhaustas arcas del Estado. En sus últimos años, que fueron pocos, pues murió a los treinta, parece que había perdido la razón por completo: se proclamó hijo de Júpiter, encarnación de Hércules; suprimió el nombre de Roma, que pasó a llamarse Colonia Comodiana; el Senado fue denominado Casa de Cómodo, y los senadores, comodianos.

Locuras aparte, solo parecía interesarle la sangre, el sufrimiento de los demás y el dinero: torturar, matar a sus conciudadanos y divertirse en el circo presenciando combates gladiatorios o participando en ellos. Al parecer, tenía una fuerza extraordinaria y gran precisión con el arco, y gustaba de demostrar estas habilidades en el estadio: dicen que atravesó a un elefante de parte a parte con un tiro de jabalina y que mató a cien leones de otros tantos flechazos. Participó en 735 combates de gladiadores, en los que sus rivales tenían el difícil trabajo de complacer al emperador, ofreciendo resistencia, y, a la vez, resultar vencidos y salvar la vida, cosa que no siempre lograban.

Para conseguir dinero vendía los cargos públicos, permitía a los presos comprar la libertad y pagar un canon por asesinar a un enemigo; se detenía y encarcelaba a inocentes para pignorar su libertad u ordenaba asesinarlos para embargar sus bienes.

Se dice que su lujuria no tenía límite: coleccionó trescientas concubinas y parecido número de efebos; toda mujer que le pareciera deseable era detenida y violada, y su marido, penalizado con una multa por no haber denunciado el adulterio; si eran doncellas, los que pagaban eran los padres. Violó también a sus hermanas y a una de ellas la asesinó por haber aparecido implicada en una conspiración.

Roma estaba paralizada por el terror, y él, cada vez más solo y acosado por temores y remordimientos. Únicamente le aguantaba su favorita, Marcia, pero esta halló una lista de las personas que planeaba asesinar, y en ella, su nombre junto al del mayordomo y el jefe de la guardia. Se lo comunicó a ambos y envenenaron al monstruo, pero la poción fue insuficiente, de modo que un luchador profesional, contratado al efecto, le estranguló.

Se cerraba con una década ominosa el siglo del apogeo imperial romano. El siguiente fue el de los «emperadores soldados», que constituyó un desastre para Roma. Las legiones imponían emperador y muchos de ellos fueron asesinados; momentos hubo en que los pretorianos subastaron el cargo, como ocurrió en 193, en

que el banquero Didio Juliano ganó la puja ofreciendo unos 20 000 millones de sestercios. Surgidos de los campamentos legionarios, hubo emperadores juiciosos, como Septimio Severo, y auténticos monstruos, como su hijo Caracalla; orates depravados, como Heliogábalo, y amables inútiles, como Aurelio Severo Alejandro. La dinastía que proporcionó tales emperadores —y uno más que se coló en la lista—, es conocida como Severa y procedía de África, pues Severo había nacido en Tripolitania.

Septimio Severo, que siguió vinculado a sus legiones y que únicamente se sentía cómodo entre sus soldados, dejó el gobierno del Imperio a su esposa, la activa y posibilista Julia Domna. Le sucedió Marco Aurelio Antonio, conocido por todos como Caracalla, un malvado amoral que intentó eliminar a su padre y liquidó a su hermano, al que estaba asociado en el trono. Durante sus seis años de poder es fama que ordenó el asesinato de 20 000 romanos, cuyas fortunas embargó para pagar a los soldados, su única y final garantía de poder.

Pese a que su hijo era un monstruo, Julia Domna —quizá la mujer más poderosa de la historia de Roma— siguió a su lado, tratando de recomponer lo que él desbarataba. Caracalla gustaba de las guerras, pero, incapaz de ganarlas, compraba la victoria; empeñado en emular la gloria de Alejandro, luchó contra Persia y aburrió a su ejército en una campaña disparatada que solo cesó con su muerte. Fue asesinado en un complot organizado por Macrino, jefe de los pretorianos, que corrió a sentarse en el trono y desterró a la familia a su tierra, Emesa, en Siria. Julia prefirió dejarse morir de algo que hoy llamaríamos huelga de hambre.

Sin embargo, la dinastía Severa no había dicho la última palabra. Allí estaba Julia Mesa, hermana de la muerta, dispuesta a todo para recuperar el poder. Cerca de su residencia acampaba la legión III Gálica y Julia Mesa informó con gran misterio a su comandante, un viejo conocido, que su hija Soemias había sostenido una relación adulterina con su primo Caracalla, de la que había nacido su nieto Heliogábalo, por entonces un chaval de catorce años que vivía levitando en torno a Baal, el dios sol de la zona. Las legiones guardaban buen recuerdo de las prodigalidades de Caracalla y, como Julia Mesa contaba con posibles, organizaron una sublevación que aplastó a Macrino y entronizó a Heliogábalo en 218.

Aquel niño encontró fascinante el juego y dispuso el viaje a Italia llevando en procesión la «piedra negra» de Baal, venerada en Emesa. Llegaron a Roma, donde ya gobernaba Julia Mesa, tras casi un año de paradas, festejos, ceremonias y otras zarandajas. En la capital del Imperio alucinaron cuando vieron aparecer el estrafalario cortejo oriental, presidido por su emperador, un mozalbete seboso, maquillado y enojado, vestido de colorines, que pretendía terminar con los dioses romanos y sustituirlos por su Baal. Aquel pobre títere llevó al límite la indignación de los romanos cuando, poseído de su dignidad imperial y como sumo sacerdote de la nueva religión, exigió casarse con una virgen vestal, quebrantando la ley. Y los despropósitos familiares aún subieron de tono: aparte de las bacanales que tanto



complacían a Heliogábalo, este organizó un Senado femenino, encargado de arbitrar la etiqueta romana. Soemías, su madre, además, se había convertido en el escándalo de Roma —lo que es mucho decir— a causa de su impudicia; se asegura que no había en la ciudad una ninfómana más insaciable.

A finales de 221, Heliogábalo y Soemías habían colmado la paciencia de Julia Mesa, que trató de sacar a la familia de aquella situación insostenible mediante la repetición de su truco: tenía otra hija, Mamea, viuda y con un hijo, Alexiano, e hizo correr entre los pretorianos el rumor de que el simpático chaval era hijo natural de Caracalla. Preparado el camino, logró que Heliogábalo adoptara a su primo como hijo, para que «le quitase preocupaciones políticas y le dejara tiempo libre para culto y rituales», pero alguien debió de alertar a Heliogábalo, que trató de reaccionar eliminando a Alexiano. ¡Eso sí que no!, se dijo la abuela, y aflojó la bolsa para que unos pretorianos liquidaran de una tacada a la golfa de su hija y a su enloquecido nieto. ¡Todo por el poder!

Así llegó a la dignidad imperial Marco Aurelio Severo Alejandro que, según el catedrático de Historia Antigua José Manuel Roldán, al que debo estos datos, «ni tenía la sabiduría de Marco Aurelio, ni la firmeza de Severo, ni la fogosidad de Alejandro». Era un muchacho de catorce años, de carácter suave, serio, austero y responsable, pero débil. Su abuela Julia Mesa y su madre, Mamea, se encargaron de la regencia, ayudadas por una pléyade de excelente juristas, políticos, economistas y militares que dieron a Roma un respiro: se devolvieron los bienes incautados, retornaron los desterrados, se suprimió el delito de lesa majestad, se despreció a espías y soplones, y se concedió la libertad religiosa.

El problema de Roma es que tantos años de desorden, abandono de las finanzas y carencia de política exterior habían llenado de telarañas las arcas imperiales y de carcoma las fronteras. Y esos problemas se agravaron cuando faltaron algunos personajes que habían apuntalado el régimen, sobre todo tras la muerte de Julia Mesa. En el 232 Severo Alejandro hubo de correr a Mesopotamia a frenar a los persas sasánidas, cosa que lograron sus legiones con enorme esfuerzo. El año siguiente los alamanes cruzaron el Rin y dacios y otras tribus pillaron los territorios danubianos. El emperador, espantado, creyó que podría comprar la paz negociando con el enemigo. Las legiones se amotinaron, tanto porque lo consideraran una indignidad como porque el dinero hacía falta en las cajas legionarias para pagar atrasos y satisfacer demandas que no se atendían desde la época de Caracalla.

Una sedición terminó con el emperador y con su madre en 235. Los Severos comenzaron con un motín militar y terminaron en otro, 42 años después, pero, verdaderamente, durante todo ese periodo el gobierno estuvo en manos de tres emperatrices sirias.

Tras los Severos, llegó al poder Maximino. Con él comenzó una larga crisis que a punto estuvo de terminar con el Imperio en el siglo III. Soldados impuestos por sus

legiones se sucedieron en larga lista. De esa letanía de generales, cada vez menos distinguidos, se salvan algunos que fueron tirando del carro imperial a trancas y barrancas, hasta la llegada de Diocleciano al poder, en el 285. La nómina de los emperadores de ese medio siglo, Maximino, Gordiano, Filippo el Árabe, Decio, Treboniano, Valeriano, Galieno, Claudio II, Aureliano, Tácito, Probo, Caro, Numeriano (y algunos más, entre efímeros, asociados y duplicados), es un reflejo de la inestabilidad, las continuas luchas, la inmoralidad política y la pérdida del norte del poder imperial.

Y, sin embargo, pese a semejante desmadre, a la presión en todas sus fronteras y a las incursiones de francos, godos, alamanes y otros pueblos, que llegaron, incluso, a Hispania y a África, el Imperio romano siguió en pie. Escuché a Antonio Blanco explicar la razón: los cimientos estaban bien puestos, la doctrina jurídica, el tejido administrativo, las comunicaciones, la organización legionaria, su ingeniería y la experiencia militar en el mando eran excelentes, lo mismo que su tecnología agrícola, armamentística y naval. Roma era tan superior en recursos a los pueblos que trataban de romper los diques del Imperio, que logró capear desórdenes y crisis a la espera de cierta estabilidad que hiciera retornar la prosperidad y la pujanza militar, como sucedió con Galieno y Aureliano en ese convulso periodo dominado por la mediocridad de los espadones.

Galieno tuvo que lidiar con uno de los momentos más críticos del Imperio: recuérdese a su padre, Valeriano, vencido, prisionero y juguete del sasánida Shapor I. Sin embargo, Galieno logró reforzar su ejército, obtener numerosas victorias, mantener las fronteras y la cabeza sobre los hombros como asociado o como emperador durante quince años, algo excepcional en esta época procelosa. Además, favoreció las artes, la cultura y la filosofía neoplatónica, lo que promovió la libertad de culto para los cristianos y la restitución de los bienes confiscados por su padre.

De este emperador se cuenta una anécdota consonante con ese carácter: se indignó en una ocasión con un joyero que había vendido a su esposa adornos de falso oro. Lo hizo prender y lo condenó a ser devorado por un tigre. Arrojaron al infeliz a un foso, se abrió la reja y, al rato, tímidamente, apareció un gatito. Un heraldo explicó a los estupefactos asistentes la moralina: «El engañador merecía la sentencia de ser engañado».

Aureliano era un soldado profesional, uno de los mejores generales del siglo, que peleó con éxito en las fronteras del Rin y del Danubio y restableció los dominios de Roma en Siria. Aunque no era culto, fue un administrador hábil, que llenó las arcas de Roma, restauró numerosos edificios públicos y amplió sus murallas e inició las reformas políticas y administrativas que culminaría Diocleciano. Ya fuera por convicción o por táctica política, se proclamó seguidor del Sol Invictus, que debería, con el tiempo, sustituir a todos los dioses paganos de Roma, y adoptó en su corte un boato oriental: utilizaba trono, se tocaba con una corona, se ataviaba con lujosas vestiduras adornadas de pedrería y se hacía llamar *dominus* o *deus*.

Fuera de estos delirios, demostró ser un hombre cabal, moderado y con visión política. Durante la campaña de Siria, que terminó con la conquista del reino de Palmira y la sumisión de su famosa reina Zenobia, alcanzó la ciudad de Tiana (Capadocia), que le cerró sus puertas y coronó sus murallas con soldados y máquinas de guerra. Aureliano les conminó a la rendición y, como la rechazaran, juró que no dejaría en ella ni un perro vivo. Cercó la ciudad, la aisló, batió sus torres y los defensores capitularon, negociando condiciones ventajosas. Las legiones, indignadas porque se las privaba del pillaje, le recordaron su promesa, y Aureliano, que de su medida esperaba que otras ciudades le abrieran sus puertas, replicó: «Disculpad mi olvido. Entrad y matad a todos los perros que encontréis, pero ¡pobre del que toque a uno solo de sus habitantes, sus casas o haciendas!».

Bueno, malo o regular, ningún emperador de este periodo falleció de muerte natural en su vejez: la mayoría fueron asesinados, alguno pereció en combate o prisionero y uno o dos a causa de la peste. Y casi todos obtuvieron el poder gracias al apoyo de sus legiones o de las cohortes pretorianas. Cayo Aurelio Valerio Diocles, Diocleciano (245-313), no fue una excepción. Hijo de un liberto dálmata que hizo carrera en el ejército, en todo lo que emprendió demostró ser excepcional: como general, superior a la media; como golpista, exitoso; como analista de la situación imperial, absolutamente certero: Roma era un lugar muy peligroso, donde la vida del emperador pendía de un hilo, y excéntrico, muy distante de los frentes del Rin, del Danubio, de Britania, de Mesopotamia o Siria, donde pueblos llenos de vitalidad miraban codiciosos las tierras del Imperio; este carecía de viabilidad salvo que se acometieran profundas reformas militares, sociales, administrativas, tributarias...

Y, mostrando su capacidad organizativa, inventó la tetrarquía, el poder de cuatro: dos en la cúspide, los augustos; otros dos, asociados al gobierno, los césares. Él se proclamó augusto y designó como igual al general más capaz que conocía, Maximiano; debían elegir un César cada uno: jóvenes capaces a los que vincular al poder, donde obtenían experiencia, futuros augustos que continuarían el proceso escogiendo sus propios césares. Diocleciano eligió a Galerio y Maximiano a Constancio Cloro.

El segundo paso era descentralizar el poder: un augusto debía controlar Occidente; el otro, Oriente: Diocleciano estableció su capital en Nicomedia, en Asia Menor, y su César, en Mitrovitza, en los Balcanes; Maximiano se estableció en Milán; su César, Constancio Cloro, en Tréveris, junto al Mosela y no lejos del Rin. Ocho ojos observaban el imperio y podían olvidarse de vigilar sus espaldas: ya no había pretorianos que enterraran y levantaran emperadores. En esos años se pacificaron las fronteras renana y danubiana, cesaron las sublevaciones mauritana y britana, se llegó a una paz con los persas...

La reestructuración interna comenzó por la moneda, desprestigiada por las devaluaciones de su contenido de plata u oro. Los campesinos quedaron afincados en

sus tierras; los obreros y artesanos, vinculados a sus profesiones, que se convirtieron en hereditarias. La sociedad y el trabajo fue planificado; la economía, dirigida; los impuestos, reglamentados; las inversiones, fijadas. Todo estaba tan minuciosamente previsto que se necesitó una gran burocracia para controlarlo, tanto que la mitad de la población se dedicaba a administrar a la otra mitad. Este dirigismo estatal duró poco y se saldó con un fracaso. Ciudadanos romanos hubo que, para escapar de los recaudadores de impuestos o de las profesiones a las que habían sido encadenados, optaron por exilarse entre los bárbaros.

Mientras, Roma, sin corte, sin pretorianos, sin triunfos y con el Senado convertido en un ente sin autoridad y casi sin valor simbólico, languidecía y se despoblaba. La corte y el boato estaban, sobre todo, en Nicomedia, donde Diocleciano estableció su centro de gobierno, rodeándose de un lujo y etiqueta orientales; desde allí, en el 303, promulgó su primer edicto contra los cristianos, que, seguido por otros tres con progresivo endurecimiento de las penas, desencadenó la más dura de las persecuciones. ¿Por qué? Porque se suponía que el incremento del prestigio de la religión tradicional y del poder imperial, acrecentado con la sacralización del emperador, contribuiría a una mejor vertebración del Imperio.

En el año 305, Diocleciano cumplió su promesa de retirarse al cabo de veinte años y convenció al otro augusto, Maximiano, para que hiciera lo propio. Galerio y Costancio Cloro siguieron las disposiciones y fueron elevados a augustos. Pero la obra de Diocleciano fue efímera. Desde su magnífico palacio de Aspalathos, en la costa dálmata, ocupado del cultivo de su huerto, pudo contemplar irónicamente las luchas por el poder. Murió en su cama con 68 años, cuando ya el Imperio tenía un nuevo amo, Constantino.

Flavio Valerio Constantino «el Grande» (270-337) era hijo de Constancio Cloro —llamado así por la palidez de su piel— y de su concubina Elena, una liberta oriental. Cuando se fundó la tetrarquía y Cloro fue designado César, se le impuso la obligación de casarse con una hija de Maximiano. Eso transformó a Constantino en un segundón, lo cual no le vino mal porque su padre le alejó de la corte, encargándole arduas misiones militares que le convirtieron en un buen general. Juntos estaban en York, Britania, cuando Constancio Cloro falleció y las legiones le proclamaron César.

En esa época, Maximiano complicó todo con su regreso al poder y se creó una situación de anarquía que desembocó en una guerra civil. En ella, Constantino fue batiendo a los Césares y Augustos que habían ido surgiendo: el primero, Majencio, derrotado el 27 de octubre de 312, junto al puente Milvio que cruza el Tíber. La batalla tiene relieve legendario, pues, la víspera, Constantino soñó con una cruz deslumbrante que llevaba inscrita una frase: «Con este signo vencerás». A la mañana siguiente, los escudos de sus legionarios, que en gran parte eran ya cristianos, fueron pintados con una cruz. La victoria del puente Milvio, según la tradición cristiana, inspiró a Constantino el Edicto de Milán, del año 313, que no convertía el cristianismo en la religión del Imperio —como se ha llegado a decir—, sino que

permitía la libertad de cultos. Constantino terminó por hacerse con el poder y acabaría cambiando el rumbo de la historia: abandonó definitivamente Roma y creó una nueva capital, Constantinopla (actual Estambul), y dejó un testamento que dividía el Imperio en cinco porciones, lo que, inevitablemente, llevaría a la guerra civil y a la fragmentación territorial.

Pero no adelantemos acontecimientos. Constantino —convertido o no al cristianismo, que es tema debatido— debió de advertir en la nueva religión el mejor aglutinante del Imperio: ningún credo tenía ya tantos adeptos y ninguno tantos seguidores dispuestos a perecer por su fe. Más aún, en su larga experiencia vital y de mando había aprendido a fiarse de los cristianos: su madre lo era y cuantos conocía eran personas decentes, íntegras, pacientes, disciplinadas y plenamente fiables, aunque demasiado puritanas para su gusto. Constantino confió gran parte de las responsabilidades militares y administrativas a los cristianos, operando una revolución en el carcomido andamiaje imperial, porque —según Montanelli— «las revoluciones triunfan no por la fuerza de sus ideas, sino cuando logran constituir una clase dirigente mejor que la anterior. Y el cristianismo logró, precisamente, esa empresa». Con ellos terminaron la indisciplina y los asesinatos en las legiones y aumentó su eficacia; se moralizó la administración, la hacienda y la justicia.

Constantino fue el árbitro de los diversos cismas y herejías surgidos en el cristianismo; bajo su impulso y patrocinio se reunió en 325 el concilio de Nicea, el primero ecuménico, que estuvo presidido por Osio, obispo de Córdoba, por enfermedad del papa. Allí se condenó como herético el arrianismo y se estableció el Credo. Constantino asistió a las diversas reuniones, absteniéndose de intervenir en cuestiones teológicas, que no parecían interesarle. Cuentan que, a la hora de fijar las reglas, lo dejó claro: «Las cosas de Dios, que son las importantes, son asunto vuestro; pero las terrenales son cosa mía».

En eso no tenía dudas, ni el cristianismo —si realmente lo profesaba— le impedía proceder como los emperadores paganos. Su segunda esposa trataba de eliminar de la sucesión a Crispo, hijo del primer matrimonio del emperador y no dudó en calumniarle ante Constantino, asegurando que había tratado de seducirla. Mientras el emperador hacía sus averiguaciones, intervino su madre, Elena, en favor del nieto acusado. Constantino ejecutó a su mujer por calumniadora y, por si acaso, también a su hijo, aunque ya era un prestigioso general.

Sus sucesores se enzarzaron en una sangrienta disputa por la herencia y el Imperio se dividió en tres, pero pronto solo quedaron dos gallos en el corral y, al final, prevaleció uno, Constancio (317-361). Reinó veinticuatro años, en los que no gozó ni de uno solo de paz; fue un guerrero afortunado, un legislador prudente y un fervoroso arriano que condenó a muerte a los «convictos de celebrar sacrificios y adorar a los ídolos». En 355 le encomendó la defensa del Rin, cuyo *limes* estaba casi perdido, a su sobrino Flavio Claudio Juliano (331-363), nieto de Constantino, que se había salvado por casualidad de las matanzas derivadas del malhadado testamento

imperial. Y el muchacho se reveló como un rayo de la guerra: rechazó las incursiones, pacificó el Rin y sofocó las sublevaciones en Britania. Por decisión de sus soldados y por la muerte de Constancio se halló emperador.

Apenas ocupó el trono dos años y se le recuerda sobre todo por su apodo. ¿Por qué Juliano el Apóstata? No se sabe que apostatará de la fe cristiana, ni tampoco que persiguiera a los cristianos, aunque permitió la libertad de cultos antes de partir hacia Persia con un gran ejército para someter a Shapor. No lo consiguió: se atascó ante las murallas de Ctesifonte, en cuyo cerco recibió un flechazo. Consciente de que su muerte sería inmediata, hizo llamar a dos filósofos que le acompañaban y se puso a razonar con ellos mientras le abandonaba la vida. En el momento postrero retiró su mano de la herida y exclamó tendiéndola hacia el cielo: «¡Venciste, galileo!».

A su muerte se sucedieron los emperadores, consolidándose tres fenómenos que caracterizan la última fase del Imperio romano. En primer lugar, la división entre Oriente y Occidente, entre Roma y Bizancio, que, con diversas configuraciones, se convirtió en definitiva. En segundo, el debate interno en la Iglesia cristiana entre los partidarios de mezclarse con el poder político (Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán) y quienes preferían vivir su religión dentro de la sociedad, pero limitándola al plano espiritual; entre estos nacieron movimientos que optaron por alejarse del mundo: estaba surgiendo el monacato. Finalmente, el incremento progresivo de la presión de los bárbaros: a las fronteras romanas llegaban los hunos, lo que obligó a los godos a pedir asilo en el Imperio. Les fue concedido a condición de que ellos mismos se encargaran de defender las fronteras; unas veces lo hicieron y otras optaron por dedicarse al pillaje, causando graves perturbaciones que tuvieron que ser sofocadas por las legiones.

El último gran emperador romano fue un hispano de Cauca (Coca), Flavio Teodosio (347-395), general asociado al poder por Graciano. Era un hombre cabal, inteligente, pero militarmente tuvo que elegir los frentes que le era posible defender, por lo que las fronteras imperiales disminuyeron a ojos vistas: los alamanes penetraron en las Galias; los godos, en los Balcanes; los persas, en Mesopotamia y Armenia. En el interior, dos victorias contra sendos usurpadores le confirieron la soberanía sobre todo el Imperio, pero esa unidad le sirvió para dividirlo definitivamente entre Oriente y Occidente, entre sus hijos Arcadio y Honorio.

Teodosio mantuvo una relación tormentosa con Ambrosio, obispo de Milán. El más famoso de sus choques ocurrió a causa de la dura represión de un motín en Tesalónica, en la que hubo docenas de víctimas; Ambrosio excomulgó al emperador y este hubo de hacer penitencia para ser perdonado: uno de los más hermosos y solemnes himnos cristianos, el *Te Deum Laudamus*, fue compuesto para conmemorar la subordinación del poder temporal al espiritual. La imbricación del catolicismo con aquel culminó en 380 con el Edicto de Tesalónica, por el que el cristianismo se convertía en la religión del Estado, con sucesivas disposiciones contra todo tipo de prácticas religiosas paganas y con la convocatoria del segundo concilio ecuménico,

reunido en Constantinopla en 381.

Dentro de esta campaña contra las manifestaciones paganas se inscribe, probablemente, la supresión de los Juegos Olímpicos en el año 393. ¿Por qué? Los historiadores suponen que se debió al enroque del pensamiento pagano en Grecia conforme el cristianismo se iba propagando por Occidente. Los Juegos Olímpicos eran un magnífico escaparate no solo deportivo, sino también literario y filosófico, por lo que Teodosio, quizá pensando como cristiano o, acaso, como emperador que trataba de mantener la precaria unidad de sus dominios, cerró aquel púlpito del paganismo, eliminando, después de 293 ediciones de Juegos Olímpicos —casi doce siglos de tradición—, una de las manifestaciones más espectaculares y arraigadas de la Antigüedad.

Con Teodosio terminó casi todo lo que recordaba al Imperio romano de Augusto: dividido, solo Bizancio acertó a defender sus fronteras y a crear una sólida estructura política, social y militar, que, con algunos momentos de esplendor y expansión, perduró diez siglos. El Imperio de Occidente, Italia, las Galias, Hispania y África, se hundió. Defendido por jefes bárbaros, como el vándalo Estilicón, el más notable de todos ellos, y regido por emperadores tan débiles como inútiles, fue desbordado o atravesado por hordas bárbaras que todo lo destruyeron y ocuparon; y culminando la ruina, en 410, los godos de Alarico se apoderaron de la capital del Imperio. Roma era ya poco más que un cascarón vacío en el que reyes irresponsables liquidaban a sus mejores militares, como Honorio, que ordenó la muerte de Estilicón, y Valentiniano III, que asesinó a Aecio, el último gran general romano, aunque nacido bárbaro, vencedor de Atila en los Campos Cataláunicos. Por no ser, ya Roma no era ni la capital, pues el emperador residía en Rávena.

No podemos despedir el mundo antiguo sin recordar a una de las figuras míticas de las invasiones bárbaras, Atila, un personaje que debió de nacer hacia el 400 y al que se encuentra al frente de los hunos en el año 433 o 434, compartiendo el poder con su hermano Bleda. Atila era hombre de extraordinaria astucia, ambición insaciable y valor legendario, y un tipo así no comparte el poder con nadie. Una década más tarde, hacia el 445, había eliminado a su hermano y era el caudillo de los hunos, establecidos en la llanura húngara de Panonia. A partir de entonces, en una carrera fulgurante, extendió sus territorios hacia el sur, chocando con el Imperio de Oriente, que, a la postre, resultaría un hueso demasiado duro para él.

Por eso, Atila, que sería conocido como «Azote de Dios», volvió su poder hacia el Imperio romano de Occidente, parece que llamado por un reyezuelo tributario de Rávena. Los hunos cayeron como la langosta sobre las Galias en 450: saquearon Metz, asediaron Orleans y pillaron la rica región que se extiende entre París y Tours, creando la leyenda de que «la hierba hollada por las pezuñas del caballo de Atila ya nunca vuelve a crecer». Sin embargo, los hunos no pudieron tomar ninguna de estas ciudades porque se les venía encima el prefecto Aecio, apoyado por el visigodo Teodorico y el franco Meroveo. El 23 de febrero del año 451 se libró, a orillas del

Marne, no lejos de Reims, la batalla de los Campos Cataláunicos (o Campus Mauriacus), en la que Atila fue derrotado.

Dicen las antiguas crónicas que aquella fue la «madre de las batallas del mundo antiguo», que los combatientes eran medio millón o, incluso, 700 000, y que 165 000 hombres perdieron la vida, aunque hay cronistas que elevan la cifra a 300 000. Aquel terrible día se desencadenó en la llanura de Champaña el diablo de la desolación, pero estas cifras son hoy inaceptables: fue, sin duda, una gran batalla, en la que contendieron, como mucho, 100 000 hombres y si perecieron 20 000 o 25 000 constituiría ya una matanza más que desmesurada.

La derrota no neutralizó la amenaza de Atila. Los hunos debieron retirarse a Panonia, pero al año siguiente el caudillo regresó a Italia y, al negarle Valentiniano III la mano de la princesa Honoria —hija, como el emperador, de la famosa Gala Placidia—, se lanzó contra Roma. La ciudad se salvó, no se sabe si gracias a la superstición de Atila, que temía morir como Alarico si entraba en la antigua capital del Imperio, o por las dotes diplomáticas del papa León el Grande, que le visitó en su campamento y concertó con él una tregua.

Atila regresó a Panonia y allí, según la tradición, murió en 453, en la noche de su boda, en pleno alarde amoroso y a causa de un infarto. Como poco se sabe de cierto, el premio nobel de Literatura Darío Fo encontró en su obra *Ravena* un final mucho más rocambolesco; se basa en una crónica bajomedieval, según la cual, la princesa Honoria, fascinada por el prestigio de Atila y entregada a la salvación del Imperio de Occidente, habría accedido a casarse con el caudillo bárbaro. En la noche de bodas las leyendas confluyen: Atila forzó demasiado la máquina y haciéndole los honores a la princesa romana se le reventó el corazón. Esa noche nupcial cayó Atila definitivamente derrotado. Debía de rondar el medio siglo, edad respetable para la época.

Aunque el fin del Imperio romano suele fijarse en 476, el ocaso se había producido mucho antes: en 454, cuando los soldados de Aecio vengaron a su jefe asesinando a Valentiniano III, el último descendiente de la familia de Teodosio. Después de él nueve emperadores, títeres de jefes bárbaros, ocuparon un trono que solo era oropel. Hasta que Odoacro, caudillo hérulo, puso fin a aquella ficción, destituyendo al último emperador que, para mayor escarnio, se llamaba Rómulo Augústulo.

### **BAJO LA MIRADA DE TREINTA MIL DIOSES**

Tito Petronio, el refinado patricio romano que arbitraba el buen gusto en gestos, modales, hablar, vestir y comer, aseguraba, antes de que Nerón le obligara a abrirse las venas, que en muchas ciudades romanas había más dioses que personas. Varrón, el



historiador que vivió justo en la generación anterior, tenía la misma opinión y calculaba que los dioses en los que, más o menos, creían los romanos eran unos 30 000. Por esa época, en 25 a. C., Agripa, el gran militar y arquitecto que fue amigo y yerno de Augusto, erigió el Panteón, uno de los monumentos más admirados del legado romano. Estaba dedicado a Júpiter Vengador, que parecía tener una ligera prelatura en el concierto de los dioses, pero, también, a Marte, a Venus, a Julio César —que había abierto la vía del poder a Octavio Augusto—, y a todos los dioses.

Para los romanos, la religiosidad no estaba relacionada con la salvación personal y sí tenía, en cambio, un carácter político, con una evidente repercusión cívica. Los dioses se habían multiplicado en Roma gracias a las legiones, que los fueron tomando durante siglos de cuantos lugares conquistaron; no era solo la forma de ganar para Roma los beneficios que pudieran reportar, sino, sobre todo, de privar de ellos al enemigo. Así, en Roma estaba representado todo el panteón de los hispanos, los celtas, los germanos, los pueblos danubianos, los de Asia Menor, Mesopotamia, Persia, el corredor sirio, Arabia, Egipto y norte de África y, también, remotas divinidades de pueblos del mar Negro, de las estepas de Asia central y la India. Pero, sobre todo, estaba presente todo el Olimpo griego, con sus nombres transcritos o adaptados al latín y con atributos, en general, similares a los que tenían en Grecia. Los dioses más respetados eran Júpiter (Zeus), Saturno (Cronos), Neptuno (Poseidón), Marte (Ares), Vulcano (Hefesto), Mercurio (Hermes), Febo (Apolo), Hércules (Heracles) y Baco (Dionisos); y las diosas más veneradas, Juno (Hera), Vesta (Hestia), Venus (Afrodita), Minerva (Palas Atenea), Ceres (Deméter) y Diana (Artemisa). En todas esas divinidades creían vagamente la mayoría de los romanos, que, como devoción universal, tenían a los dioses de la familia: manes (espíritus de los antepasados), lares (protectores del hogar) y penates (celadores del bienestar, el abastecimiento y las relaciones familiares).

El jefe de la familia era el sacerdote máximo en casa, que podía ofrecer a esos espíritus domésticos desde un puñado de avellanas a un vaso de vino o un pollo. En público, las funciones religiosas las ejercían diversos tipos de sacerdotes, salidos de colegios sacerdotales; fundamentalmente fueron cuatro: pontífices, *flámines*, augures y vestales. Los pontífices estaban encargados del control del calendario, de la fijación de las fiestas, del ritual religioso, y tuvieron predicamento jurídico y administrativo; su número se elevó a quince, presididos por el pontífice máximo, cargo de suma relevancia política. Las funciones de los *flámines*, aunque revestidas de cierta prosopopeya, superaban en poco a las de los sacristanes; eran quince y estaban encargados de encender el fuego para los sacrificios y de realzar el trabajo de los augures. Estos, que llegaron a ser dieciséis, debían observar el vuelo de las aves, interpretar el canto de los pájaros y, sobre todo, examinar las vísceras de las víctimas inmoladas, prediciendo lo que convenía hacer dado el color, olor y aspecto que presentaran. Su importancia fue capital en algunos momentos, llegando a influir en trascendentales decisiones políticas y militares; su acierto estaba en la media

matemática: la mitad de las veces acertaban; la otra mitad, se equivocaban.

Especial respeto merecían las vestales, servidoras de Vesta y responsables de mantener perpetuamente encendido el fuego del hogar y de la vida, que estaba bajo la protección de la diosa. Entraban en el colegio antes de los diez años y debían mantenerse vigilantes y vírgenes durante treinta años; pasado ese periodo, retornaban a la sociedad, gozando de gran respeto y de libertad para casarse. Pero ¡pobres de ellas si perdían la virginidad mientras estaban consagradas! Se conocen varios casos en que fueron sorprendidas, apaleadas y enterradas vivas.

Las prácticas rituales y las festividades solían tener un denominador común: procesiones, danzas y sacrificios de animales, en los que, habitualmente, se ofrecía a los dioses la casquería, que se consumía en las brasas, y el aroma de una «gran barbacoa» de la que se beneficiaban los asistentes. Las grandes ceremonias generales tenían un sacrificio completo, mayor, la *suovetaurilia*, que consistía en el sacrificio de un cerdo (*sus*), una oveja (*ovis*) y un toro (*taurus*).

Las fiestas más relevantes estaban relacionadas con la guerra, la fecundidad, la recolección y la prosperidad. Especial solemnidad tenían las saturnales, en honor a Saturno, dios de la abundancia y la riqueza; se celebraban con ocasión del solsticio de invierno para propiciar la sementera; llegaron a durar una semana entera y nuestras celebraciones festivas navideñas han heredado alguno de sus elementos: los niños recorrían las calles pidiendo aguinaldo, se intercambiaban regalos..., eran días de excesos —incluso para los esclavos— en los que no se reunía el Senado, se suspendían las clases, las expediciones militares y el castigo de las faltas leves.

Aunque ese culto oficial y social se mantuviera hasta el siglo v d. C., a partir de nuestra era comenzaron a asentarse en Roma religiones de tipo oriental —religiones personalistas, cuyo fin último era la salvación del individuo— que alcanzaron gran predicamento, como la de Isis, de origen egipcio, la de Mitra, procedente de Mesopotamia y, de manera especial, la cristiana.

En general, los romanos no rechazaron a ningún dios e, incluso, fueron hospitalarios con ellos, pero uno de los fenómenos resaltados por la civilización cristiana son las persecuciones padecidas entre los siglos I y IV. ¿Por qué la tradicional tolerancia religiosa romana se quebró ante los cristianos? Primero, porque los cristianos rechazaban aquella caterva de dioses acogidos por Roma; segundo, porque se negaban a participar en los cultos cívicos, asunto importante en la vida romana; tercero, porque solían manifestar públicamente su categórico desprecio hacia ellos.

Todo eso, unido a la práctica secreta de sus ritos religiosos y a la extracción humilde de gran parte de sus seguidores, hizo que el cristianismo fuese sospechoso de ritos nefandos e, incluso, de conspirar contra la seguridad del Imperio. Esta hipótesis se acentuó tras la institucionalización de la divinización imperial y su culto. La negativa de los cristianos a rendir culto al emperador les convertía en conspiradores contra la seguridad del Estado. Pese a esto, la gran mayoría de los emperadores no tomó medidas contra ellos. En general, adoptaron la sabia decisión política iniciada

por Tiberio: «Dejemos que los dioses arreglen sus propios asuntos».

Pero ni todos fueron tan sabios y tolerantes ni vivieron un poder tan consolidado. Hubo emperadores que acometieron importantes persecuciones imbuidos en su propia divinidad, pero serían los menos; más bien estimaban que el rechazo cristiano del culto oficial al emperador conllevaba el repudio de su legitimación imperial. Otras persecuciones tuvieron que ver con motivos políticos o sociales. La expulsión decretada por Claudio estuvo, probablemente, instigada por los judíos; Nerón los utilizó como víctimas para quitarse de encima la sospecha del incendio de Roma; Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio los persiguieron en algunas zonas y durante cierto tiempo. Septimio Severo firmó el primer decreto general contra el proselitismo cristiano, pero no contra la práctica.

Las persecuciones más graves comenzarían a mediados del siglo III, con emperadores soldados que, no siendo príncipes de cuna, trataban de pasar por divinos, como Decio, Valeriano, Galieno y, sobre todo, a partir de 303, Diocleciano y Galerio. Las persecuciones, con algunos ligeros rebrotes, terminaron en Occidente hacia el año 305, y en Oriente, hacia 311. Cuantificar las víctimas es imposible, pero se sabe que la de Diocleciano, la más grave, no ocasionó más de 3000 mártires y se calcula que todas las persecuciones juntas no sobrepasarían los 10 000.

En España es célebre el martirio de san Fructuoso, obispo de Tarragona, que fue quemado vivo en tiempos de los emperadores Valeriano y Galieno, junto con sus diáconos Augurio y Eulogio. Su pasión dio pie, hacia el año 300, a la primera obra de la literatura hispano-cristiana, una narración piadosa y hagiográfica que tuvo gran difusión en la península Ibérica y el norte de África.

No obstante, fue la persecución de Diocleciano la que causó más estragos entre los cristianos de la Península, de la mano del prefecto Daciano. Es fama que se hallaba Daciano en Cesaraugusta (Zaragoza) cuando pasó por la ciudad la comitiva nupcial de la joven Engracia, una noble romana que, acompañada por su familia, se encaminaba a la Galia Narbonense —en el sureste de la actual Francia— a contraer matrimonio con un patricio romano. Daciano debió pretender agradar a aquellos aristócratas provincianos, pero, enterado de que eran cristianos, los conminó a que apostataran y, ante su rechazo, los decapitó.

Según la tradición, aquella degollina suscitó que muchos cristianos declararan públicamente su fe, lo que provocó su inmediata ejecución, hablándose por ello de «los innumerables mártires de Zaragoza». Aquel río de sangre no calmó el celo de Daciano, en cuya persecución fueron martirizados buena parte de los actuales patronos de las villas y ciudades españolas. En Cataluña, Félix y Cucufate; en Calahorra, los oficiales Emeterio y Celedonio, patronos de Santander; en Sevilla, las hermanas Justa y Rufina; en Alcalá, Justo y Pastor; en León, Marcelo; en Toledo, Leocadia; en Córdoba, Acisclo y Victoria, Zoilo, Marcias, Fausto y Jenaro.

La frustración de Daciano debió de ser extraordinaria al comprobar que, tras cada ejecución, se acrecentaba la cifra de los neoconvertos. Seguramente, no había leído a

Quinto Septimio Florens, padre de la Iglesia más conocido como Tertuliano, que un siglo antes ya había dicho que «la sangre de los mártires era semilla de cristianos».

¿Cuántos eran los romanos? Los datos son muy escasos y siempre controvertidos por las diversas catalogaciones de la población ya desde época antigua: ciudadanos, simples habitantes procedentes de ciudades aliadas, de las provincias del Imperio y esclavos. A comienzos de la Segunda Guerra Púnica, los ciudadanos romanos eran 260 000 y un siglo después, en la época de Mario, 395 000. Tras la guerra social que extendió la ciudadanía romana a todos los aliados itálicos, cerca de un millón. En el ocaso de la República se calcula que los habitantes de toda Italia eran 7 500 000; de ellos, el 40% esclavos. En el censo de Augusto del año 28 a. C., los habitantes del Imperio sumaban unos 54 millones; los ciudadanos romanos, cuatro millones. No existen cifras de esclavos, pero eran tantos que Séneca cuenta que el Senado rechazó que se les obligara a vestir una indumentaria especial por no destacar el escaso número de los hombres libres.

La implantación masiva de la esclavitud se produjo durante el siglo IV a. C., debido a las conquistas. Según cálculos modernos, en los dos siglos que van desde la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.) a la de las Galias (58-50 a. C.), llegaron Italia como esclavos 516 000 prisioneros de guerra. Pero esa fuente de suministro no era la única: la procreación en cautiverio suministraba millares de esclavos al año y, sobre todo, existían los mercados. Estrabón, que vivió en época de Augusto, asegura, sin duda exageradamente, que solo en el mercado de Delos se vendían a diario 10 000 esclavos. Tantos había en la época republicana que, como ya se ha dicho, en la Primera Guerra Servil (de *servus*, «esclavo» en latín) de Sicilia, en 135-132 a. C., se sublevaron 130 000 esclavos; tres décadas después, en la Segunda Guerra Servil, se implicaron 40 000. A Espartaco y sus compañeros gladiadores se les unieron unos 70 000 esclavos.

¿Pero tan mal se les trataba, tan desesperados estaban como para sublevarse, conscientes de que su destino sería la muerte? El esclavo no tenía derechos en época republicana, y aunque los dueños más sensatos procuraban dispensarles un trato razonable porque el buen clima laboral redundaba en mejores rendimientos, los abusos eran frecuentes. Realmente, su vida debía de ser tan insufrible que la muerte les parecía un alivio. Diodoro brinda el caso de un propietario llamado Damófilo:

Les marcaba el cuerpo a todos con un hierro candente; a unos los encadenaba; a otros los condenaba a los trabajos más duros o los destinaba al cuidado de los ganados y no les proporcionaba ni alimentos ni vestidos imprescindibles. Todos los días, sin motivo, Damófilo torturaba a alguno de sus esclavos. Su esposa Megallis, a la que le gustaba ser muy exigente, era la primera en castigar al que cometía una falta, ya se tratara de hombres o mujeres.

Por los escritos de Catón, Varrón y Columela se conoce bastante bien el tipo de vida de los esclavos. Su principal ocupación era la agricultura, en manos de latifundistas absentistas, como se ha visto repetidamente. Su alimentación en el

campo romano era básicamente de pan, aceitunas, higos secos y vino (casi un litro diario); lo demás estaba muy escatimado: medio litro de aceite al mes, nueve kilos de sal al año. Cualquier otro alimento, salvo la fruta en su sazón, era improbable.

El esclavo urbano vivía mejor: trabajaba menos, consumía mayor variedad de alimentos, disponía de tiempo y de algún dinero para pasear, practicar algún deporte, asistir al teatro, beber en las tabernas y frecuentar los burdeles. Muchos esclavos eran gladiadores y, si la fortuna les permitía seguir en la profesión, una vez liberados se convertían en profesionales o en matones a sueldo. Había esclavos que trabajaban como maestros, incluso como gramáticos y filósofos o como preceptores.

En la ciudad era más frecuente que en el campo la concesión de una cédula de manumisión, por la que el esclavo dejaba de serlo y se convertía en liberto. Cicerón, mediado el siglo I a. C., propugnaba que se les libertara al cabo de seis años de buenos servicios, pero tal cosa debió de ser excepcional; lo normal es que, en el caso de los esclavos nacidos en la mansión del señor, se les manumitiera cuando cumplieran treinta años. Eso ocasionaba que en Roma hubiera millares de libertos y que alcanzaran puestos directivos en los negocios, la administración, la burocracia y también a la política.

El fenómeno suscitó que paulatinamente se confiriera a esclavos y libertos más derechos y un trato más humano: Augusto prohibió que, salvo si eran delincuentes, se les obligara a luchar contra las fieras; Claudio reguló la relación entre dueños y manumitidos y abrió a estos las puertas de la ciudadanía con algunos requisitos; Domiciano prohibió que se les castrara; Adriano, que se les ejecutara sin que mediara una sentencia judicial; Antonino Pío dictó leyes que protegían la vida del esclavo y condenaban, incluso a muerte, a quien los asesinara.

Quizá el caso más espectacular de un esclavo enriquecido que se vio en Roma fue el de Trimalción, personaje del *Satiricón* de Petronio, que fue manumitido y, fiel como un perro, siguió sirviendo al amo hasta su muerte, en que heredó su fortuna:

Quando (como esclavo) vine de Asia no era más alto que un candelabro que diariamente me servía de medida (...). Durante catorce años fui el mayor deleite de mi amo, en lo cual hice muy bien, pues el primer deber de quien sirve es obedecer lo que se le manda. Al mismo tiempo fui el favorito de mi ama (...). Mi amo dividió su hacienda entre el César y yo (...). Y entonces se me metió en la cabeza hacerme comerciante (...). Cargué aquellos barcos con vino, tocino, habas, perfumes de Capua y esclavos (...). En un solo viaje gané diez millones de sestercios. Pronto compré todas las fincas que habían pertenecido a mi amo, construí un palacio y me dediqué a la compraventa de caballerías (...). En cuanto fui más rico que todos los propietarios de la comarca, dejé el comercio y empecé a prestar dinero a rédito a los libertos...

Probablemente la ceremonia más celebrada en Roma era el natalicio. Si en un hogar modesto o pobre nacía un varón y todos sus miembros estaban en el lugar correspondiente, era bienvenido; si se le veía algún defecto, con frecuencia se le arrojaba a la calle, como un desperdicio más; si era niña, podía correr la misma suerte, sobre todo si en la casa ya había varias. En los hogares distinguidos, el contrahecho lo tenía difícil, pero acaso lograra sobrevivir mezclado con los esclavos;

las chicas eran admitidas, teniendo en cuenta que la familia disponía de medios para dotarlas y podían servir para entablar provechosas alianzas.

Los bebés, a los ocho días de nacer, eran recibidos con una ceremonia religiosa y familiar en la que se les imponía el nombre. Crecían los niños y, mientras los pobres vivían en el arroyo, los ricos, de familias patricias o ecuestres, debían cargar con su abolengo. Obediencia, disciplina, sobriedad, respeto a las leyes, valor ante el peligro, dignidad en la desgracia eran la base de la educación del niño; a la niña, además de los trabajos considerados propios del sexo —cocinar, limpiar, tejer, cuidar a los niños—, se le inculcaba fidelidad hacia el marido y aprecio por la fecundidad.

Los chicos recibían, en época arcaica, la educación en casa: aprendían a leer y escribir, así como historia —por medio de relatos orales, porque libros no había— y operaciones simples de matemáticas y de geometría. Si la familia pertenecía a la nobleza campesina, la azada complementaba pronto a la pluma. Y, enseguida, la instrucción básica con las armas: la protección con el escudo, el ataque con lanza o espada. Y si la familia tenía posibles, la equitación a pelo o sobre silla —sin estribos, pues Roma no los conoció hasta el ocaso imperial— y el manejo de armas y montura. Si el chico vivía en la ciudad, es posible que se acentuara su educación intelectual mediante la iniciación política, presenciando los debates que se desarrollaban en el foro o en las asambleas. A los dieciséis años, los jóvenes se incorporaban al ejército, donde seguirían su aprendizaje militar.

La formación intelectual de los romanos —de las minorías dirigentes y, en general, urbanas— mejoró de forma sustancial con la conquista de Grecia. Millares de preceptores, gramáticos, filósofos y retóricos llegaron a Roma como esclavos, en general, y fueron utilizados por los padres de familia para que educaran a sus hijos, siempre de forma privada. La escuela, aunque existen indicios anteriores, comienza a desarrollarse con el Imperio. Se componía de tres fases: elemental, de siete a once años, en la que chicos y chicas aprendían a leer, escribir, recitar y operaciones matemáticas elementales; secundaria, de once a quince años, en la que se estudiaba, esencialmente, lengua, historia de la literatura (conocimiento de los autores greco-latinos), comentario de textos y redacción; y superior, en la que primaba la retórica, disciplina del bien decir que conllevaba estudios de gramática avanzada, poética, preceptiva literaria, dialéctica, filosofía y derecho.

Terminada la enseñanza superior, los jóvenes que pensaran dedicarse a la política o a la administración comenzaban su *cursus honorum*, esto es, su carrera desde la base hacia las más altas magistraturas. En época imperial, la edad mínima eran los diecisiete años y se iniciaba por el *vigintiviratus*, de este se pasaba a la cuestura, a los veinticinco; al tribunado, a los veintisiete; a la pretura, a los treinta, y al consulado, a los treinta y tres. Cumplidas cualquiera de estas magistraturas se tenía derecho a intentar acceder al Senado. Si el joven decidía hacer carrera en el ejército, podía optar al tribunado a partir de los dieciocho años y, a continuación, lo que fuera capaz de ganarse con sus méritos o los ascensos que su familia le consiguiera.

Este sistema educativo perduró durante unos tres siglos; a partir de Diocleciano se registró un mayor intervencionismo estatal, que controló la formación del personal docente e impuso la enseñanza de otras disciplinas imprescindibles para desempeñar las funciones burocráticas exigidas por los nuevos tiempos; inmediatamente después, tras el triunfo del cristianismo, la naciente Iglesia tomaría atribuciones en la educación hasta desembocar en el orden medieval, en que la enseñanza fue patrimonio de monasterios y escuelas catedralicias.

En el ocaso imperial, Teodosio II fundó en Constantinopla una universidad, con un cuadro de profesores formado por filósofos, gramáticos, juristas y retóricos.

Entre los inestimables legados de Roma estuvo su idioma, el latín; sobre ello el poeta alemán Heinrich Heine comentaba con humor que los romanos fueron capaces de desarrollar ingentes trabajos porque el latín ya lo tenían aprendido, mientras que los demás hemos tenido que emplear miles de horas en estudiarlo. Las manifestaciones literarias arcaicas del latín —de origen indoeuropeo— son de índole religiosa y muestran, según los especialistas, «un estilo arbitrario, rudo y expresivo, conciso y bárbaro a la vez». El latín se desprende de sus últimas asperezas hacia el siglo II a. C. con el comediógrafo Terencio, alcanzando su momento de clasicismo más depurado entre los siglos I a. C. y I d. C. con Cicerón, Virgilio, Horacio y Ovidio. A partir del siglo II d. C., se comienza a advertir su decadencia: pierde armonía, se descuida el estilo —salvo, claro, en los autores más distinguidos, como Juvenal—, menudean los solecismos, los barbarismos constituyen una plaga, lo mismo que los neologismos determinados por nuevos usos, costumbres e ideas. La degradación se acentúa a partir del siglo III d. C. con el asentamiento en el Imperio de pueblos germanos, tracios, godos, visigodos, empujándose unos a otros; su jerga bárbara se expande, de acuerdo con sus migraciones, por las Galias, Italia, alcanza la península Ibérica y, a través de ella, al África romana.

El cristianismo sería también agente del declive del latín clásico y de su vulgarización. La literatura cristiana —junto a casos ejemplares de claridad literaria, como Prudencio, Orígenes o Tertuliano— y la difusión doctrinal estuvieron, muchas veces, en manos de personajes escasamente letrados que, además, se dirigían a unos fieles sencillos y mayoritariamente analfabetos. Incluso autores como san Jerónimo —traductor de la Biblia al latín: la *Vulgata*— o san Agustín —con obra muy amplia, aunque son especialmente conocidas sus *Confesiones*— no pueden sustraerse al signo decadente de los tiempos y a las necesidades de comunicación con sus fieles, a la evangelización e instrucción y, salvo cuando pretenden elevar el tono, utilizan un estilo popular, una sintaxis pobre y desmañada. De todas formas, a esa literatura decadente y empobrecida se deberá, en gran parte, la conservación del latín; obligará durante siglos a la formación de nuevos latinistas y permitirá el conocimiento de los clásicos latinos, a la vez que emitían los primeros vagidos las lenguas romances que hoy se hablan: castellano, catalán, gallego, portugués, italiano, francés, rumano...

Al Imperio romano le correspondió, también, la universalización del saber griego.

Tal y como escribe Guillermo Díaz-Plaja:

Si la cultura clásica es hoy un modelo universalmente aceptado se debe a su integración en una Roma cuya red viaria y cuya integración política hacían posible que llegase a todos los confines, desde el Eúfrates a Finisterre, y a través del latín, los ecos de las inmortales aportaciones de la cultura helénica.

Otra de las contribuciones destacadas del latín fue la difusión del derecho romano, quizá el mayor legado espiritual de Roma. La idea de que las relaciones y conflictos humanos debían regularse según leyes escritas que obligaran por igual a todos, superando el estadio en que la interpretación sacerdotal o el poder dictaban sentencias arbitrarias según su humor, la clase social o la fortuna del afectado, fue una de las grandes conquistas de la humanidad y, en tal empresa, Roma tuvo un papel primordial.

Comenzando por la casi mítica Ley de las Doce Tablas, del siglo V a. C., draconiana pero igualitaria, Roma reguló con gran precisión y pragmatismo las relaciones y conflictos humanos, tanto que en algunos ámbitos (propiedad, sucesiones y contratos) se halla en la base de las leyes de gran parte del mundo occidental, de manera que el Romano, en la carrera de Derecho, fue y es, según me dice Cándido González, ilustre abogado, asignatura relevante y uno de los huesos para los alumnos, que de generación en generación se han ido pasando este chascarrillo: «Bendito derecho romano, que al esclavo manumite y a la esclava mite manu». Véase el texto de la compraventa de un esclavo en el siglo II d. C., que, salvando la terminología y el objeto de la transacción, resulta idéntico a uno actual:

Dasio Breuco compró y recibió en propiedad al esclavo Apalausto o de cualquier otro nombre, de origen griego. Belico, hijo de Alejandro, le entregó el comprobante de haber pagado 600 denarios y de ello puede dar fe M. Vibio Longo.

El esclavo le fue entregado sano, libre de acusaciones de robo y de otros delitos; que no es un vagabundo, ni un fugitivo, ni un esclavo sin dueño. Y si se demostrara que el esclavo antes mencionado tuviera algún tipo de limitación que impidiera que el comprador y nuevo dueño pueda usarlo, disfrutarlo, tenerlo y poseerlo, entonces Dasio Breuco reclama el doble del que le sería devuelto. De ello puede dar fe M. Vibio Longo. Por el esclavo antes mencionado, Belico, hijo de Alejandro, dijo haber recibido 600 denarios de Dasio Breuco. Firman las personas afectadas y cinco testigos. (Girard, *Textes de Droit*).

La legislación primitiva se fue modernizando, precisando y ampliando gracias a las nuevas leyes, a los *plebiscitos* aprobados por las asambleas populares o plebeyas (de ahí «plebiscito») y a los edictos del pretor. Es el *Ius quiritium*, propio de la sociedad patriarcal y campesina que fue la Roma arcaica. A partir del siglo III a. C. el derecho se flexibilizó y amplió su área de intervención, por lo que se hizo imprescindible un cuerpo jurídico que asesorara a los pretores, encargados de la administración de la justicia. En una larga decantación, ese cuerpo jurídico elaboró otros dos códigos legales: mientras el *Ius quiritium* seguía aplicándose a los ciudadanos romanos, para regular las relaciones entre los que no lo eran se impuso el *Ius gentium*, que terminaría aplicándose también a los romanos. En paralelo se fue



desarrollando el *Ius honorarium*, que modernizaba y humanizaba el *Ius quiritium*.

Desde el ocaso de la República al siglo III floreció una pléyade de juristas que construirían el gran edificio legal romano: Juliano, Ulpiano, Celso, Modestino, Papiniano, Paulo o Gayo alcanzaron gran reputación. El derecho romano, lo mismo que el Imperio, sufrió una degradación a partir del siglo III como consecuencia de la barbarización y del progresivo distanciamiento provincial. Apenas pervivió como tal en Roma; en las provincias se le adhirieron las leyes consuetudinarias locales y las que llegaron con los pueblos bárbaros que allí se asentaron. El absolutismo imperial menoscabó, igualmente, el trabajo de los juristas, ya que las constituciones y decretos imperiales se convirtieron en las principales fuentes de elaboración del derecho. Domicio Ulpiano, que vivió a caballo de los siglos II y III, lo tenía clarísimo: «Lo que place al emperador tiene fuerza de ley». Que es una forma más antigua del refrán castellano «Do hay reyes no mandan leyes».

El gran ciclo antiguo del derecho romano se cerró con Justiniano, el gran monarca del Imperio de Oriente que, en el siglo VI, ordenó a una comisión de juristas bizantinos su sistematización y compilación, lo que dio lugar a una de las obras más relevantes de aquel reinado: el *Corpus Iuris Civiles*, dividido en tres partes: *Instituciones*, que era un manual para estudiantes de leyes; *Digesto* o *Pandectas*, inmensa antología que recopilaba la jurisprudencia romana, y *Código*, reunión de constituciones, leyes y decretos imperiales. A ellas se añadió una cuarta parte, *Novelas*, que comprendía la legislación del propio Justiniano.

La obra legislativa del gran emperador bizantino perduró hasta la caída de Constantinopla en poder otomano, en el siglo XV. En Occidente, comenzó a ser estudiada en la Universidad de Bolonia a partir del siglo XI, de donde pasó a las grandes universidades europeas medievales, en las que se estaba formando una brillante pléyade de juristas que alumbraría el ordenamiento legal del Renacimiento y del mundo moderno. A partir de ahí, el derecho romano se convertiría en el cimiento del derecho aplicado en Europa hasta el siglo XIX (exceptuando Gran Bretaña y países nórdicos) y aún se advierte su vigencia en los códigos legales contemporáneos.

Uno de los aspectos más llamativos del mundo romano es el ocio. En el inicio imperial, los días festivos eran 76; en su ocaso, 175, casi la mitad del año. ¿Qué hacían los romanos en tantos días de ocio? Naturalmente, los esparcimientos dependían de su condición social. Los romanos ricos se entretenían en sus quintas, en sus villas, en las que, además del paseo, la conversación y los banquetes, se contrataban músicos, bailarines y grupos de actores. La plebe, que, junto a los esclavos, formaba la inmensa mayoría de la población, vivía y se divertía gracias a la munificencia del poder. En época republicana, cuando tenía gran peso en las decisiones políticas, quienes deseaban granjearse su favor para obtener las codiciadas magistraturas que otorgaban el poder la atraían con la organización de espectáculos

circenses y la concesión de dádivas en ocasiones especiales como los triunfos. En los días del Imperio, la plebe perdió peso político, pero el poder seguía requiriendo su aplauso y su apoyo como factor de legitimación, de modo que la distribución de alimentos y la financiación de espectáculos fueron la tónica general; de ahí la frase acuñada por Juvenal: «Panem et circenses» («Pan y circo»). En cualquier caso, los desocupados pululaban en gran número por el foro, gran pulmón urbano donde se hallaban los edificios públicos, los juzgados, numerosos templos y una zona reservada al mercado y a las tiendas. Disputaban partidas de dados en las escalinatas de los templos o se entretenían con las interpretaciones de artistas callejeros que representaban mimos, hacían música y bailaban o exhibían sus habilidades como volatineros y contorsionistas.

Otros preferían las termas, lugar donde los jóvenes alborotaban en la palestra, porfiando en ejercicios físicos a las órdenes de adiestradores, provocando el cabreo de la gente de edad que allí se reunía para hacer su tertulia. Antes habrían tomado las aguas: primero, el agua tibia del *tepidarium*, que acostumbraba al cuerpo al calor de una especie de sauna, el *sudatorium* o *caldarium* (cuando esa sudoración se obtenía por medio de calor seco, se denominaba *laconicum*); después, el agua fría del *frigidarium*, para recuperar el vigor. Y terminaba el ciclo cuando el cliente pasaba por las manos expertas de los masajistas. Las termas más espectaculares fueron las de Caracalla: un gran parque de unas doce hectáreas cuyos paseos, jardines y arboledas circundaban un gran edificio de 25 000 metros cuadrados donde se hallaban las instalaciones. En torno a las termas mejor acondicionadas solía haber pistas para el juego de pelota.

Existen casos especiales —algunas han sido halladas en Pompeya y, en 1996, en Salónica— de taberna-terma-lupanar: el cliente comería y bebería algo, y pasaría a las termas a relajarse o, simplemente, a ver a hermosas prostitutas bañándose y elegir a una para solazarse con ella. Un completo.

La proximidad de las termas fue uno de los emplazamientos preferidos para los teatros, quizá porque después del relax apeteciera a los romanos irse a reír un rato. Y es que el teatro en Roma fue, fundamentalmente, de crítica social o política. Livio Andrónico, que en época arcaica compuso tragedias al estilo griego, no tuvo seguidores y, al cabo de poco tiempo, pasó al olvido; disfrutaron de gran fama Plauto y Terencio, que compusieron sus comedias entre los siglos III y II a. C.: para sus montajes se inspiraron en los comediógrafos griegos Aristófanes y Menandro, introduciendo personajes, instituciones y asuntos típicamente romanos.

En su época comenzaron a construirse los primeros teatros fijos; el más famoso, de hechuras griegas, fue el erigido por Pompeyo en 55 a. C., con capacidad para 40 000 espectadores. Se trataba de una gran concha formada por gradas sucesivas que miraban hacia la escena en la que se desarrollaba la acción.

Pero incluso esta comedia clásica romana tuvo escaso predicamento en época imperial. La escena estuvo dominada por los cómicos, cuyas pantomimas se

destinaban sin rubor alguno al mero entretenimiento: las verdulerías, las situaciones ambiguas y la crítica política era lo que atraía al público, y empresarios hubo que tenían a sueldo a quienes «en horas veinticuatro» montaban un espectáculo teatral con el último escándalo o suceso, en el que los actores se conducían de forma exagerada y caricaturesca. La representación se acompañaba de música y cuadros de baile, a veces de tono subido, gracias a que los papeles femeninos —clásicamente interpretados por hombres disfrazados, pues para los romanos actriz y meretriz eran casi lo mismo— habían sido ya adoptados por las mujeres y, puesto que se las consideraba putas, poco se perdía con parecerlo en el escenario.

Y hablando del tema, el «oficio femenino más viejo del mundo» tuvo gran auge en Roma. Encontramos una prostituta ya en los orígenes míticos de la ciudad: la célebre loba, como se ha dicho siguiendo a Tito Livio, no era un bicho, sino una pelandusca. Con todo, las mujeres públicas estuvieron mal vistas por la estricta sociedad romana hasta el siglo III a. C.; a partir de ahí, moralistas y pensadores aceptaron el lenocinio como mal menor. Catón el Censor, tan estricto en cuestión de costumbres, alababa a un muchacho al que había visto salir de una mancebía, ya que evitaba así líos de faldas con respetables matronas. Según el académico José María Blázquez, tanto desarrollo tuvo la ramería en Roma que la hora de apertura de los prostíbulos estaba fijada por las normas municipales: desde las 13:30 horas hasta poco después de la media noche, de modo que la juventud pudiera descansar y cumplir con sus deberes por la mañana. Las ramerías debieron de ser tan numerosas que Calígula, en busca de fondos para satisfacer sus locuras, les hizo pagar impuestos.

La especialización de las hetairas romanas habla, también, de su abundancia: las más cotizadas solían residir o recibir en una mancebía, a cargo de un *leno* (de ahí «lenocinio»), que podía ser de toda categoría y precio. Las prostitutas callejeras estaban catalogadas según sus características: *rufae*, de cabellera de color rojo, llamativas y descaradas; *meretrices* («mercedoras»), que esperaban en su esquina fija; *ambulatrices* («paseantes»), que recorrían las calles con sus cortas túnicas enseñando las rodillas; *fornicatrices*, que ejercían su oficio bajo los puentes; *noctilucae*, que se ofrecían por la noche; *bustuariae*, que trabajaban cerca de los cementerios, y *lupae* («lobas»), busconas que trataban de hallar clientes en las encrucijadas de caminos.

En época republicana, cuando las fiestas profanas eran escasas, una ocasión apreciadísima era el triunfo, aquel honor deparado —como se ha visto reiteradamente— a los generales que hubieran ganado una batalla tan relevante que hubiera causado la muerte al menos a 5000 enemigos. Esa es una de las razones, aparte de la dificultad intrínseca del conteo, por las que los relatos históricos antiguos sobredimensionan las cifras de los ejércitos y el número de los muertos. Considérese que si el triunfo era inferior a 5000 muertos el vencedor debía contentarse con una ovación (vítores y aplausos) y con una ceremonia religiosa sencilla.

El triunfo consistía en una fantástica celebración en la que el general y parte de sus tropas más distinguidas se organizaban en procesión y, desarmados, penetraban en la ciudad por un arco triunfal vegetal. Andando el tiempo, los emperadores, que se concedieron cuantos triunfos desearon, decidieron perpetuar la memoria de sus hazañas erigiendo un gran arco triunfal en piedra, labrado en relieve con escenas alusivas a su éxito —como los de Tito, Septimio Severo o Constantino, que aún siguen en pie en Roma—. Pero volvamos a la ceremonia triunfal: abría el cortejo un grupo de trompeteros; les seguían los carros cargados con el botín conseguido; continuaban los animales destinados al sacrificio, cuya cantidad hablaba de la magnificencia del triunfo; tras ellos, una representación de los vencidos esclavizados, con su jefe —que generalmente no terminaría vivo el día— si hubiera sido apresado; detrás, los músicos, generalmente flautistas, que acompañaban la marcha de las legiones; luego los lictores y, ya, el vencedor, en pie, majestuoso, guiando una cuadriga, vestido con un manto púrpura y coronado de laurel. Al parecer, existió la costumbre en época republicana de que, tras el triunfador, para que las aclamaciones no le emborracharan, hubiera un funcionario que le iba repitiendo mientras sobre él llovían los vítores, aplausos y las flores: «Recuerda que eres hombre». Desfilaban después, ufanos, los hijos, parientes y amigos y cerraban el cortejo los representantes de las legiones, gente tosca que se divertía —y causaba la hilaridad de los espectadores— gritando finezas como aquellas dedicadas a César, en uno de sus cinco triunfos: «¡No mires a las matronas, calvoroto! ¡Confórmate con las putas!».

El triunfo, que podía durar varios días, seguía con los sacrificios a los dioses, grandes comilonas en las que se engullía la carne de las reses sacrificadas y otros manjares ofrecidos por el homenajeados y, a veces, podía incluir el reparto de algún dinero. Espectáculo, pitanza y aguinaldo. Espectáculo sobre todo, porque esos días el triunfador se esmeraba en ofrecer las más extraordinarias sesiones circenses que él o sus asesores hubieran podido imaginar y pagar.

Nada, en efecto, podía satisfacer más a los romanos que los espectáculos circenses. Los hubo de todo tipo: animales salvajes enfrentados entre sí o lanzados contra hombres armados, que hacían gala de su arte venatorio, o contra víctimas indefensas para que los espectadores gozaran del pánico de aquellos desgraciados y del cuadro de su muerte. En ocasiones, las bestias eran sustituidas por toros bravos —afición llegada de Creta— que, tras algunos recortes y guiñadas, terminaban por empitonar a aquellos infelices. Fue un sistema tan bestial como práctico para vaciar las cárceles romanas, pues el sacrificio de los presos era uno de los atractivos de la fiesta. En algunas persecuciones, los cristianos jugaron, también, ese papel.

Más frecuentes eran los enfrentamientos de hombres contra hombres: los combates entre gladiadores, que tuvieron un origen funerario para honrar a los muertos. De esclavos sin instrucción específica, aunque en gran parte guerreros capturados en los campos de batalla, se pasó a luchadores bien instruidos en las escuelas de gladiadores, que podían obtener su libertad si sobrevivían a determinado

número de combates o a tres años de ejercicio de la peligrosa profesión. Los gladiadores eran socialmente despreciados, pero «hacían tilín» a las romanas, según demuestran centenares de *grafitti*, como aquel referido a un tal Celadio: «susprium et decum puellarum» («anhelo y rompecorazones de las chicas»).

El público apostaba en favor o en contra del reciario, que, con su red y un tridente, acometía al secutor, que se defendía con su escudo y espada corta; se interesaba menos por los mirmilones o galos, que combatían con armas y protecciones ligeras, y desfogaba todo su entusiasmo con el combate de fondo, que enfrentaba al tracio, bien protegido con grebas y armado con espada curva y escudo ligero, con el hoplómaco, resguardado tras un gran escudo rectangular y armado con espada recta. Todos ellos, salvo el reciario, que actuaba sin casco, lucían espectaculares protecciones para la cabeza.

Árbitros armados con una vara dirigían el combate desde la arena; cuando uno de los contendientes, herido o agotado, caía, el público opinaba si se le debía indultar o rematar, pero la decisión final era de la autoridad que presidía el espectáculo, con frecuencia, el propio emperador: si levantaba el pulgar significaba *missio* («perdón»), si lo dirigía hacia abajo, *damnatio* («condena»), y, en este caso, el vencedor, ya preparado, le degollaba. El condenado —que no se rebelaba contra su destino y esperaba con serenidad o resignación el tajo definitivo— cumplía así con el grito ritual que, justo antes de comenzar el terrible espectáculo, los gladiadores habían empleado para saludar al emperador: «¡Ave, César, los que van a morir te saludan!».

No hubo quien pudiera hurtarse de la locura del circo, y los combates se popularizaron por toda la geografía del Imperio. En el año 2003, durante la excavación de los cimientos de un edificio en York, al norte de Inglaterra, aparecieron numerosos esqueletos antiguos, casi todos decapitados y con la calavera junto al resto de la osamenta. Las campañas pertinentes han determinado que «muchos de estos esqueletos pertenecieron a gladiadores romanos», según Kurt Hunter-Mann, del York Archaeological Trust. Los restos corresponden a los siglos II y IV, y muestran signos evidentes de mordeduras de fieras y heridas de armas metálicas.

El espectáculo se prolongaba durante todo el día e, inicialmente, se celebraba en el foro, en una instalación temporal; en época de César, la unión de dos teatros desmontables formó el primer anfiteatro, de forma ovalada. El primero que se construyó en piedra se erigió en tiempos de Augusto, que con ocasión de la *Pax Augustea* organizó ocho días consecutivos de juegos en los que combatieron 10 000 gladiadores. Pero el anfiteatro de Roma es, por antonomasia, el Coliseo, que se conserva parcialmente y nos da idea de su grandiosidad. Ordenó erigirlo Vespasiano y lo culminó su hijo, Tito. Se trata de un formidable edificio de cuatro plantas a nivel de calle, a las que, interiormente, debe añadirse un dédalo de sótanos que servían como almacenes, vestuarios, baños, armerías, cárceles y jaulas. Su altura era de 48,50 metros; su perímetro, de 524 metros. En sus graderíos podían acomodarse 40 000

personas; la arena tiene forma ovoide, con 86 metros de largo por 54 de ancho. Cuando Tito lo inauguró quiso otorgarle un empaque espectacular. Cuenta Montanelli que aquel día desfilaron ante los espectadores, mudos de asombro, 10 000 animales, elefantes, leones, tigres, osos, panteras, lobos, toros, hipopótamos, jirafas, cocodrilos, y que, al final del día, tras los feroces enfrentamientos, 5000 quedaron convertidos en despojos. El emblemático edificio fue copiado, en proporciones más modestas, por cerca de ochenta ciudades a lo largo y ancho del Imperio, quedando numerosos restos por doquier; en la Península son especialmente notables los de Itálica y Mérida.

Buscando siempre variantes, a alguien se le ocurrió representar las batallas navales, llamadas «naumaquias», para conmemorar la celebración, en 46 a. C., del cuádruple triunfo de César. Se abrió al efecto un gran estanque en el campo de Marte, que se llenó desviando agua desde el Tíber mediante un canal. Intervinieron más de cien barcos pequeños, con 4000 remeros y 2000 combatientes, recreando una batalla entre egipcios y tirios. Los participantes en la naumaquia eran esclavos, prisioneros de guerra y condenados a muerte, pero tal fue el entusiasmo que la prueba despertó que lograron tomar parte en ella numerosos caballeros y hasta un pretor.

Andando el tiempo, el estanque se convirtió en motivo de todo tipo de fiebres y epidemias, por lo que Augusto lo rellenó, erigió allí un templo a Júpiter y, en el año 2 de nuestra era, hizo excavar, junto al Tíber, un escenario fijo para las naumaquias de ¡dieciocho hectáreas!, en el que se recreó la batalla de Salamina, entre griegos y persas.

La brutalidad de la lucha era terrible, y morían muchos de los participantes, o todos, como en la del enloquecido Domiciano, que hizo excavar un nuevo estanque para celebrar la mayor y más trágica de las naumaquias que vio Roma. Se enfrentaron en ella dos flotas con un centenar de naves tripuladas por 20 000 remeros, marineros y combatientes. Durante la lucha estalló una violenta tormenta y parte del público comenzó a retirarse. Domiciano montó en cólera y ordenó a los pretorianos que impidieran la desbandada de los espectadores, a los que mantuvo en sus asientos hasta que murió el postrero combatiente.

La última naumaquia importante la organizó Filipo el Árabe para celebrar el milenario de Roma. Se utilizó el estanque de Augusto debidamente restaurado. Pese a disponer de esa inmensa instalación fija, rodeada de jardines y de un bosquecillo, las naumaquias eran tan costosas y difíciles de montar que se fueron abandonando u organizando en lugares más pequeños, por ejemplo, en circos y anfiteatros inundables, como hicieron Nerón, en dos ocasiones, o Tito, que celebró una naumaquia llenando de agua el Coliseo.

Pero si todo ello complacía sobremanera a los romanos, lo que más les apasionaba eran las carreras de carros. Las ligeras bigas, a las que hacían volar dos poderosos corceles, o las pesadas y velocísimas cuadrigas, tiradas por cuatro, podían competir en anfiteatros grandes, como el Coliseo, pero era el hipódromo el lugar más adecuado para su mejor lucimiento. Solía estar emplazado en un terreno rectangular

en cuyos bordes se elevaban los graderíos y en el centro, la pista de competición. Estaba dividida en dos calles por un nervio central, la espina, y en sus extremos describía una elipse para facilitar el giro de los carros. Las dimensiones de la pista eran de 300 a 350 metros de longitud por 50 a 70 metros de anchura, determinando un perímetro de 700 a 800 metros; las vueltas completas oscilaban entre siete y nueve, dependiendo de las dimensiones, para totalizar entre cinco y seis kilómetros. El más famoso de la Antigüedad fue el de Constantinopla, que podía acomodar a más de 40 000 espectadores.

En Roma competían cuatro facciones, bajo cuatro colores, con los que se identificaban los espectadores: azules, verdes, blancos y rojos. Al parecer, los azules eran los preferidos por la aristocracia, mientras los verdes capitalizaban el amor de la plebe. Juvenal, poeta satírico y moralista romano que vivió entre los siglos I y II d. C., escribía:

Roma entera está hoy reunida en el circo, un gran ruido llega a mis oídos, por lo que deduzco que el éxito favorece al verde. Si este fuera vencido veríamos a la gente triste y deprimida como cuando los cónsules fueron abatidos en la polvareda de Cannas.

Pero si en Roma las carreras de carros causaban furor, lo que sucedió en Bizancio alcanzó el grado superlativo del «forofismo». Justiniano había sido hinchado de los verdes y, en cierto momento, cambió a los azules. Procopio, historiador bizantino de los siglos V-VI, dramatiza el acontecimiento:

La consecuencia fue que todo el Imperio romano resultara sacudido desde su base, como si se tratase de un terremoto o de un cataclismo o como si cada ciudad hubiera caído en poder del enemigo.

El chaqueteo del emperador arrastró hacia los azules a todos los cortesanos y a toda la sociedad distinguida o que pretendía serlo, cambiando hasta la apariencia física y la moda:

Para empezar, los azules, extremistas, revolucionaron la moda del peinado. No se tocaban la barba ni el bigote, sino que adoraban dejarlos crecer lo más posible al modo persa; se cortaban los cabellos por delante hasta las sienes y por detrás los dejaban caer largos y salvajes, como los hunos (...). Todos tenían muy en cuenta la elegancia y vestían ropa mucho más vistosa de lo que les correspondía por su condición: es evidente que la conseguían por medios ilícitos.

En la calle menudearon las peleas y conflictos. Si un verde era advertido por los azules, estaba perdido: «Los extremistas azules dejaban al desgraciado tendido en el pavimento sin que los policías movieran un dedo contra el responsable». Y Justiniano, como un ultra más, se movía ufano entre los suyos.

En realidad, en cuantas ciudades del Imperio se disputaban carreras de carros sucedían cosas similares. Marcial, el poeta hispanorromano de Bóveda (cerca de Calatayud), buen conocedor del circo romano, decía: «Soy muy famoso en todo el mundo, es verdad, ¿pero, por qué me tenéis tanta envidia? No soy tan conocido como el caballo *Andremon*». Se cuenta que Marcial —que pasaba el día adulando a

Domiciano cuando no estaba en el circo o en un prostíbulo— perdió hasta las pestañas apostando a los caballos.

Los aurigas, si eran buenos y tenían la fortuna de no romperse el cuello en las frecuentes montoneras de carros, bestias y conductores que se formaban en los giros, eran, como los actuales ídolos del deporte, ricos, adulados, honrados y perseguidos por las muchachas más hermosas. Uno de ellos, Cayo Apuleyo Diocles, hispano del siglo II, acumuló la inmensa fortuna de 35 millones de sestercios solo en premios, aunque también es verdad que venció en 3000 carreras de bigas y 1462 de cuadrigas.

El auge del cristianismo y el rechazo de sus moralistas —aunque no de todos— arrinconaron el circo. Primero, Constantino, en el 326, prohibió la condena a las fieras, eliminando así el primordial suministro de vidas humanas; en el 404, Honorio suprimió también los combates de gladiadores, quedando únicamente las carreras de carros como muestra del antiguo espectáculo. Una nueva moral para un tiempo nuevo. Hasta entonces pensadores, moralistas y filósofos no censuraron la atroz diversión. Incluso Cicerón, en *Pro Murena*, uno de sus grandes discursos forenses, justifica la pasión por el circo:

¿Tengo que insistir en que el pueblo y la gente corriente disfruta enormemente de los juegos? No es de extrañar (...) si nosotros mismos, que a causa de nuestras ocupaciones no disponemos de tiempo para estas diversiones y podemos tener otras muchas satisfacciones en nuestra profesión, también disfrutamos con los juegos y nos dejamos arrastrar por ellos, ¿a qué admirarse de lo que ocurre con la masa ignorante?

Indro Montanelli habla de numerosos autores latinos que se pirraban por el circo:

Juvenal, que lo criticaba todo, era un hincha del circo y lo encontraba del todo legítimo. Tácito tuvo algunas dudas, pero reflexionó que lo que se derramaba en la arena era «sangre vil» y con este adjetivo lo justificó. Hasta Plinio, el más civil y moderno hombre de bien de entonces, encontró que aquellas matanzas tenían un valor educativo porque acostumbraban a los espectadores al estoico desprecio de la vida (ajena). No hablemos de Estacio y de Marcial (...) que se pasaban la vida en el circo, donde alcanzaron sus inspiraciones poéticas.

Entre los intelectuales del Imperio solo Séneca repudiaba el circo. Confiesa haber asistido una vez por compromiso y haber salido horrorizado y con el estómago revuelto; al llegar a casa tiró de pluma para reflejar su impresión: «El hombre, el ser más sagrado para el hombre, es aquí sacrificado por deporte y diversión».

Miserias y luces de una de las más fantásticas creaciones humanas, el Imperio romano. Como colofón a la grandeza y profunda huella histórica de Roma, sirvan unas palabras de Theodor Mommsen, el gran historiador, filósofo y jurista alemán decimonónico, una de las autoridades universales en la historia de Roma:

Aseguró la paz y la prosperidad de las muchas naciones agrupadas en él más largo tiempo y de modo más completo que ninguna otra potencia dirigente anterior. En las ciudades agrícolas del África, en los centros viticultores del Mosela, en los florecientes pueblos de las montañas de Licia, en los bordes mismos del desierto de Siria, podemos buscar y encontramos la huella de la época imperial. Existen todavía hoy ciertas comarcas, tanto en Oriente como en Occidente, en las que la época imperial marcó el



apogeo, muy modesto, pero jamás alcanzado ni antes ni después, de un buen régimen de gobierno y administración. (Introducción a *El mundo de los césares*).

## HISPANIA, LA CODICIADA TIERRA DE SEPTENTRIÓN

### EL DEBATE DE LOS NOMBRES Y LAS EXPLICACIONES INTERESADAS

Esta vieja tierra nuestra ha sido denominada de múltiples formas, dependiendo de los navegantes, descubridores o comerciantes que frecuentaran sus costas. Al parecer, un texto cuneiforme sirio de 2800 a. C. la llama Anaku; un versículo bíblico del borde del I milenio a. C. se refería a ella como Meschech; en otra cita bíblica de 800 a. C. aparece como Tarschisch, de donde, quizá, evolucionaría a Tarsis, la legendaria tierra donde el oro era tan abundante como la arena, aunque no sabemos, finalmente, si se trataba de la Península o de otro lugar, a pesar de que, ciertamente, aquí hubo una mina llamada así; Heródoto la denomina Hespérides, atribuyéndole el mismo nombre que a unas islitas del estrecho de Gibraltar, a las que habría viajado Hércules en busca de las manzanas de oro (luego se pensará que el jardín de las Hespérides eran las Canarias y, más tarde, que se hallaba en el Atlas). Ophiussa («Tierra de Serpientes») la designaron los griegos hacia el año 500 a. C., pero ya para entonces los fenicios llevaban tiempo comerciando en nuestras costas y la llamaban Sphan, de donde evolucionaría a Hispania con los romanos, para terminar en la actual denominación, España.

En el siglo XVII, el geógrafo francés Bochart supuso que Spania (España) derivaba de una pretendida palabra hebrea, *saphan*, cuyo significado sería «tierra de conejos». La explicación hizo fortuna porque algunos textos antiguos aseguran que liebres y conejos eran aquí muy abundantes. Y esto pese a que se sabía que los fenicios desconocían el conejo y, por tanto, no tenían en su lenguaje palabra alguna para designarlo; más aún, el académico, historiador y hebraísta Cándido María Trigueros pronunció a finales del siglo XVIII una famosa conferencia que apuntaba a la solución real: el término fenicio *sphan* significa «norte». Suponía Trigueros que los fenicios habían descubierto la Península en uno de sus viajes circunnavegadores de África, por lo que, antes de penetrar en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, tendrían dicho territorio al norte.

La impecable investigación filológica e histórica de Trigueros quedó enterrada en los archivos porque tenía un pequeño inconveniente: aunque hubo circunnavegaciones fenicias de África, la primera y única que conocemos es la encargada por el faraón Nekao en el siglo VI a. C. y a esas alturas los fenicios llevaban siglos comerciando con Sphan. Mientras se clarificaban las cosas, se buscaron otras posibles acepciones y significados, pero la investigación más actual — que he recorrido siguiendo a Aguilar Piñal y a Bendala— ha vuelto sobre la teoría de Trigueros, añadiéndole una explicación sencilla y, seguramente, acertada: los fenicios

veían la Península al norte porque la contemplaban desde el sur, la costa africana, su costa, la que llevaban recorriendo en navegación de cabotaje desde comienzos del I milenio a. C. y donde habían fundado Cartago y otros establecimientos en el siglo IX a. C.

Otro nombre que hizo fortuna y que designó a los pueblos del sur y el levante peninsulares fue el de «iberos». Se supuso que los griegos habían adoptado tal denominación para aquellos nativos con los que comerciaban porque moraban a orillas del río Iber, que algunos identificaron con el Ebro y otros, ajustándose a un texto de Estrabón que habla de iberos en relación a Huelva, con el Tinto. El nombre lo mantuvieron los griegos y, aunque los romanos prefirieran la designación utilizada por los fenicios e impusieran Hispania, no se olvidaron del término «ibero», que no solo les sirvió para designar a un conjunto de pueblos, sino a todo su ámbito geográfico, ya que comenzó a hablarse de península Ibérica.

Pero ¿de dónde venía el nombre?, porque lo cierto es que jamás se halló aquí un río Iber. Manuel Bendala propone una solución acorde con el pensamiento griego: ellos conocían una Iberia en las riberas del Pontos Euxeinos (mar Negro), aquella tierra mítica a donde fueron Jasón y sus argonautas a buscar el Vellocino de Oro. Según Estrabón, para los griegos existían dos Iberias o dos pueblos de iberos, ambos remotos y ricos en oro, uno en el mar Negro y otro en el límite occidental del Mediterráneo. Curiosamente, a ambos viajó Hércules: al primero, con los argonautas; al segundo, en busca de las famosas manzanas y a robar los toros de Gerión. También coincidía lo del Vellocino de Oro, que casaba tanto con la riqueza áurea de la Península como con la abundancia de sus ovejas, de excelente lana. Mitos y coincidencias causarían en los primeros navegantes griegos que aquí se acercaron la misma confusión que sufriera Colón al alcanzar América: a las nuevas tierras las llamó Indias, porque a las Indias pretendía ir navegando hacia el oeste.

¿Quiénes habitaban en esa fabulosa Sphan, la tierra del norte? En la posguerra se nos explicó nuestro origen de esta manera: por el sur penetraron en la península Ibérica pueblos de origen africano, bajos, morenos y fibrosos, a los que se llamó iberos por haberse asentado en Iberia; por el norte entraron los celtas, de aventajada estatura, esbeltos y rubios. La unión de iberos y celtas dio lugar a los celtíberos, la población típica hispana, que heredaron las características físicas de aquellos pueblos, gente resistente, sufrida, valiente y emprendedora... Se trataba de una visión política nada inocente, tendente a acercarnos a los arios, a la sazón de moda dada su pujanza y el racismo nazi. Y aunque el Tercer Reich fuera aplastado en la Segunda Guerra Mundial, esa versión persistió en las enciclopedias escolares hasta que, en los años setenta, cambiaron los textos y los manuales escolares reflejaron las investigaciones de los historiadores españoles que llevaban trabajando décadas en el misterio de los iberos.

En realidad los diversos pueblos peninsulares eran fruto de una milenaria decantación histórica, cuyas últimas filtraciones fueron gentes de origen céltico, de

las épocas de Hallstatt y La Tène —que llegaron en migraciones limitadas en su número y esparcidas entre los siglos VI y III a. C., como se vio al hablar de los celtas—, y grupos humanos procedentes de la fachada euroatlántica que penetraron por las costas gallegas mediado el I milenio a. C. Estos movimientos de gentes, «aislados en el tiempo y en el espacio» —como puntualiza Marco Simón—, son posteriores o, a lo sumo, coincidentes, con el fenómeno ibero, que tiene que ver con la cultura y no con la raza.

### HASTA LAS ANCLAS ERAN DE PLATA

Hacia el siglo VIII a. C. —y es posible que algo antes— comenzaron a frecuentar las costas peninsulares de la fachada mediterránea los fenicios, que buscaban metales, productos agropecuarios y pesqueros y que abrían mercados a las artesanías y manufacturas del Mediterráneo oriental, de Mesopotamia y Egipto. Según cuenta Timeo, historiador griego que vivió a caballo de los siglos IV y III a. C.:

Los primeros fenicios que llegaron por mar a Tartessos volvieron trayendo, a cambio de aceite y de las baratijas que habían llevado consigo, tal cantidad de plata que no podían cargar más, viéndose obligados a fundir en plata todas aquellas cosas de las que se servían; incluso las anclas.

Tartessos, reino del que se habló en la primera parte, fue, probablemente, el más importante de esa época en el sur peninsular, y enseñoreaba, aproximadamente, el territorio que luego se denominaría Turdetania. Allí, precisamente, comenzó el contacto entre fenicios y peninsulares.

La llegada de los fenicios la narra Estrabón, que la tomó de Posidonio, filósofo e historiador greco-sirio de los siglos II-I a. C., del que fueron alumnos personajes tan relevantes como Pompeyo y Cicerón:

Cierto oráculo mandó a los tirios (nativos de Tiro, Fenicia) fundar un establecimiento en las Columnas de Hércules. Los enviados llegaron hasta el estrecho que hay junto a Calpe (estrecho de Gibraltar) y creyeron que los promontorios que lo formaban eran los confines de la tierra habitada y el término de las empresas de Hércules. Supusieron que las columnas estaban donde hoy se levanta la ciudad de los exitanos (Almuñécar). Mas como en ese punto de la costa ofrecieran sacrificios a los dioses y resultase que las víctimas no fueran propicias, se volvieron. Tiempo después, los enviados atravesaron el estrecho, llegaron hasta una isla consagrada a Hércules, sita junto a Onuba (Huelva), ciudad ibera (...). Como creyeran que allí estaban las columnas, sacrificaron de nuevo a los dioses, pero como, nuevamente, fueran adversas las víctimas, regresaron a la patria. En la tercera expedición fundaron Cádiz y alzaron el santuario en la parte oriental de la isla (hoy es una península) y la ciudad, en la occidental.

Tal fundación, según diversos historiadores antiguos, habría tenido lugar en el siglo XI a. C., pero, por ahora, la investigación arqueológica sitúa los restos más antiguos en torno al siglo VIII. Vestigios de mercados, asentamientos y fundaciones fenicios han aparecido desde el cabo de San Vicente, en el Algarve, hasta el cabo de

Creus, en Gerona, con centros relevantes en Malaka, Abdera y Sexi (Málaga, Adra y Almuñécar).

La relación centenaria de las poblaciones nativas con esos comerciantes, los agentes que permanecían en los establecimientos, los guerreros que los protegían y los navegantes que amarraban en sus puertos originó la cultura ibérica, en realidad un conjunto de culturas a la vez similares y distintas, síntesis entre lo fenicio y las características de cada uno de los pueblos que habitaban esa extensa fachada atlántico-mediterránea. Al desarrollo de esas peculiaridades contribuyeron las influencias de los griegos (con Rosas y Ampurias como principales centros), que, a partir del siglo VI-V a. C., comenzaron a relevar a los fenicios. El posterior declive de las metrópolis helenas y el ascenso púnico, en los siglos IV-III a. C., determinó un nuevo cambio del peso comercial y cultural, aunque los cartagineses ya llevaban siglos tratando con las poblaciones ribereñas peninsulares, sobre todo con las Baleares. En Ibiza, por ejemplo, existen vestigios de esa presencia incluso anteriores al siglo VI a. C. y el arqueólogo alemán Schulten llegó a atribuirles, con ningún fundamento que se sepa, la destrucción de Tartessos hacia el siglo V a. C.

De norte a sur, a lo largo de toda la costa, con profundas penetraciones a lo largo de ríos como el Ebro o el Guadalquivir, convivieron caretanos, indiqetes, lacetanos, ilergetes, layetanos, ausetanos, edetanos, contestanos, oretanos, bastetanos, turdetanos... De estos últimos dice Estrabón: «Tienen fama de ser los más cultos de los iberos; poseen una escritura propia y antiguas crónicas, poemas y leyes en verso que, según afirman, cuentan más de 6000 años».

Vecinos de los iberos fueron los celtíberos, que figuran en las crónicas como gente indómita a la que algunos autores suponen nacidos de una fusión entre celtas e iberos y otros, probablemente más acertados, un origen celta y una cultura ibera. Vivieron en la ribera derecha del Ebro, el alto Duero y parte de la meseta norte, y su ciudad más importante debió de ser Numancia, cabeza de una de las resistencias más enconadas que se opusieron a Roma.

Cien años antes de aquellos acontecimientos, en la segunda mitad del siglo III a. C., había comenzado la conquista cartaginesa. Si hasta entonces la actividad púnica había circulado por los mismos itinerarios que la de fenicios y griegos: puertos, mercados, búsqueda de metales..., todo iba a cambiar con Amilcar Barca, que, como se ha dicho al hablar de las Guerras Púnicas, puso en marcha un proyecto conquistador destinado a convertir la Península en la gran base cartaginesa para combatir a Roma. Llegó el año 237 a. C. y en sus barcos no traía los productos habituales: aceite, vino, cerámica, perfumes u objetos exóticos, sino un ejército. No venía a hacer negocios con iberos y celtíberos, sino a conquistarlos, pero no se lo pusieron fácil: gran parte de esos pueblos se resistió a la dominación púnica y la mejor prueba es que dos de sus caudillos, el propio Amilcar y su yerno Asdrúbal, perecieron luchando en una guerra que duró dieciocho años y que Aníbal dio por terminada en el 219 a. C., cuando ya estaba en marcha algo que podría denominarse

Estado federal púnico-ibero, basado en las instituciones locales y aglutinado por lazos matrimoniales, de hospitalidad, de conveniencia material o de obligada vinculación por mor de la fuerza de las armas y de la toma de rehenes. El Barca, sintiendo que sus cimientos peninsulares eran firmes, decidió atacar Sagunto, motivo de la guerra con Roma.

La dilatada y enérgica resistencia saguntina denota que estos pueblos tenían un potente sentimiento independentista, apoyado en un importante desarrollo cultural, tecnológico, político y militar. La arqueología ha descubierto amplios yacimientos (La Bastida de les Alcuses, La Alcudia de Elche, el Cerro de los Santos, el Cigarralejo, la necrópolis de Galera...) donde han sido halladas piezas notables: las damas de Elche, de Baza, de Galera, del Cerro de los Santos, la *Bicha de Balazote* o el *Guerrero de Porcuna*, además de millares de figuritas, cerámicas y monedas, que muestran el desarrollo de un iberismo pleno entre los siglos V y III a. C. El arte ibero denota, claro, la influencia del Mediterráneo oriental —fenicia, griega, púnica e, incluso, egipcia—, pero, a la vez, refleja una originalidad que lo hace diferente e identificable.

Uno de los misterios del mundo ibérico es el idioma: podemos leer sus palabras, pero no entendemos lo que significan. La equivalencia de los signos ibéricos fue fijada por el arqueólogo Gómez Moreno gracias a la existencia de monedas bilingües, en las que en una cara aparecía el nombre latino de la ciudad emisora y en la otra, su equivalencia en caracteres nativos. Lorenzo Abad Casal, de la Universidad de Alicante, concluye:

Lo que nosotros identificamos como lengua ibera son, en realidad, varias lenguas que utilizan una escritura hasta cierto punto común, en la que pueden identificarse al menos tres sistemas diferentes —suroeste o tartésico, meridional y levantino—. A ellos hay que añadir la escritura grecoibérica, que utiliza signos alfabéticos tomados del griego jonio; es característica del sureste, donde coexiste con el sistema tradicional. La escritura ibérica es utilizada, también, por los celtíberos, aunque, en este caso, al tratarse de una lengua celta, su entendimiento no plantea problemas.

Escritura, cerámica, moneda y arte son los propios de pueblos evolucionados y, también, sus armas y herramientas: trabajaban magníficamente el bronce, el hierro y la plata. La falcata, la espada típica ibérica, tenía un diseño tan apropiado para el combate que mereció las mejores alabanzas de los romanos: su robusta hoja, de unos 50-55 cm de longitud, era ligeramente curva hacia abajo, algo más ancha en su zona central y con doble filo en la zona inferior y en la punta, muy apropiada para herir de frente o para golpear de canto, tal como había experimentado aquel legionario romano que en una reclamación recordaba: «En la batalla de Munda perdí un ojo y parte de los huesos de mi cabeza (...) porque una falcata hispana lo partió (el casco) por la mitad».

La utilización del hierro en arados y azadas propició un mejor cultivo, la ampliación de las superficies roturadas y, en consecuencia, la producción de excedentes cerealísticos; en esta época de iberismo pleno se extiende por la Península

el cultivo del olivo y la vid, además de frutales llegados de África, como la palmera, o de Oriente, como la higuera.

La organización de estos pueblos era esencialmente urbana. Las ciudades, llamadas *oppida* («plazas fuertes») por los romanos a causa de que estaban bien fortificadas y de que, habitualmente, se enclavaban en zonas altas que dominaban el paisaje circundante, se desarrollaban sobre dimensiones modestas —unas diez hectáreas de promedio— y constituían, como las romanas o las griegas, el centro político, administrativo y económico desde el que se dirigía el territorio, compuesto por granjas aisladas o villorrios de economía agraria o minero-metalúrgica. Estas ciudades solían estar vertebradas en conjuntos más amplios, en reinos, por relaciones de familia, de clientela o de *devotio*. La soberanía del rey Culcas, por ejemplo, se extendía a finales del siglo III a. C. a veintiocho ciudades.

La influencia imperialista cartaginesa fue muy poderosa, pero efímera en el tiempo y limitada en el espacio. Desde la llegada de los Barca hasta su total derrota y expulsión apenas transcurrieron treinta años y su presencia apenas afectó a la mitad occidental, a los pueblos iberos, incidiendo especialmente sobre los asentados entre las desembocaduras del Ebro y el Guadiana, con algunas incursiones hacia el interior, en territorio celtíbero o carpetano. De aquella alianza de los Barca con iberos y celtíberos, quedó para las páginas de la historia el reclutamiento de la más fiable infantería de Aníbal, que aún era lo más escogido de su ejército en Zama, diecisiete años después de comenzada la guerra, cuando ya todos ellos peinaban canas.

Pero, salvo excepciones, la alianza púnico-ibera no fue muy consistente: cuando llegaron los ejércitos romanos de los Escipiones muchos pueblos iberos no tuvieron empacho en unirse a ellos y formar sus *alae* auxiliares, de modo que, en pocas años, gran parte de los iberos habían pasado de enemigos a aliados.

## EL YUGO DE ROMA

Fue, por tanto, la Segunda Guerra Púnica la que brindó a Roma la conquista de la Península. Al principio, como elemento estratégico vital: de iberos y celtíberos extraían los Bárquidas los víveres y refuerzos que le enviaban a Aníbal a Italia. Era cuestión fundamental, por tanto, segar la hierba bajo los pies del púnico. A ello vinieron Cneo y Publio Cornelio Escipión a Hispania; su éxito fue lento, pero tan importante que cuando ambos fueron derrotados y muertos, en 211 a. C., habían alcanzado, operando desde el Ebro, el sur de la actual región de Murcia. Y, en los cinco años siguientes, bajo la dirección del hijo de Publio, el también llamado Publio Cornelio Escipión, que pronto se granjearía el sobrenombre de Africano por su victoria sobre Aníbal en Zama (202 a. C.), Roma culminaría la expulsión de los cartagineses. Se pasó entonces a una segunda fase: la conquista de la Península.

Geográficamente, esta protegía el flanco oeste de Italia y era el mejor paso hacia África. Económicamente, era rica desde el punto de vista agrícola y, desde la antigüedad más remota, famosa por sus yacimientos de cobre y plata. Además, los iberos eran excelentes guerreros y, obtenida su fidelidad, gente segura, como demostraron en el curso de esa guerra las tribus aliadas, cuya contribución fue notable para batir a los cartagineses.

Familia determinante en la conquista y romanización fue la de los Escipiones. Se acaba de mencionar a Publio y Cneo, muertos en la lucha, y a Escipión el Africano, que acaudilló la victoria contra Cartago. Si la política de su padre y de su tío había cosechado muchas alianzas entre los iberos, su empuje fue definitivo. La clave estuvo en la conquista de Cartagonova (Cartagena), la gran ciudad y base naval fundada por los Barca. El joven Publio, que acababa de cumplir veinticinco años, asedió la plaza por tierra y mar en 209 a. C. y la tomó en seis días, sin dar lugar a que recibiera los refuerzos que ya estaban en camino. La victoria se la debió a un pescador ibero, indignado, al parecer, por una afrenta púnica: el lado norte de la muralla estaba protegido por una amplia laguna, cuya profundidad era escasa para los barcos de guerra, pero sobrepasaba la altura de un hombre; el pescador comunicó a los romanos que conocía un paso que permitía el cruce de la laguna a pie. Según la leyenda, la quinta noche del asedio Publio llevó hasta el borde de la laguna a medio millar de legionarios y les arengó: «Romanos, Neptuno está con nosotros y nos entregará esta noche la ciudad. Seguiréis a este aliado nuestro y mientras el ejército y la flota atacan los otros flancos de las murallas, vosotros, en silencio, escalaréis el muro norte, más bajo y apenas defendido».

Los legionarios, pocos de los cuales sabían nadar, le miraban aterrados. ¿Cómo iban a atravesar la laguna, de casi tres kilómetros, sin barcas? El pescador ibero se metió en el agua, andando con ella por las rodillas o la cintura. Luego, el general añadió: «Ya habéis visto que se puede atravesar. Cuento con vosotros para que esta noche me entreguéis la muralla». Aunque llenos de aprensión y desconfianza, los legionarios siguieron al pescador en larga fila y, con algún que otro susto, avanzaron en silencio por la laguna, acercándose a las murallas, iluminadas con antorchas para evitar sorpresas. Apenas hallaron resistencia cuando escalaron el muro, y su actuación desde dentro propició el éxito del asalto. Tomada Cartagonova, Escipión se opuso al saqueo y se ocupó de liberar a los trescientos rehenes, miembros de familias relevantes, retenidos por los cartagineses para garantizarse la fidelidad de las tribus iberas. La fama de la conquista y la magnanimidad con los vencidos obraron milagros entre los iberos, aunque también ayudara mucho el gran tesoro que Escipión capturó en la ciudad para pagar amistades y ejércitos aliados.

Hubo más Escipiones: el general romano que tomó Numancia y terminó con la resistencia celtibérica fue Escipión Emiliano, nieto adoptivo del Africano. Y yerno de este fue Tiberio Sempronio Graco, el «mejor gobernador romano que hubo en Hispania» —según Blanco Freijeiro— y, por tanto, uno de los ejemplares exponentes



de la romanización peninsular.

Esta ni fue sencilla ni breve. Para empezar, las fidelidades de un día podían cambiar al siguiente. Existe un caso emblemático: el de los famosos caudillos Indíbil y Mandonio, régulos de los ilergetes, pueblo que habitaba la margen izquierda del Ebro, más o menos en el territorio de la actual provincia de Lérida. Habían sido aliados de los cartagineses y entre los rehenes hallados en Cartagonova se encontraban dos hijas de Indíbil y la esposa de Mandonio. Escipión las trató con respeto, las colmó de regalos y las devolvió a su pueblo. De esta forma, los ilergetes se pasaron al bando romano y combatieron junto a Escipión hasta que arrojó a los púnicos de la Península. Después, bien sea porque la guerra había terminado y los romanos no se iban, tal como prometieran, bien porque Escipión enfermó y corrió la voz de que había muerto, los ilergetes pensaron que su compromiso había terminado y se dedicaron a sus guerras internas, atacando a otros pueblos iberos aliados de Roma. Escipión organizó una expedición contra ellos, pero Indíbil y Mandonio se replegaron a sus tierras al saber que estaba vivo; como el romano no frenara su avance, los ilergetes se le enfrentaron a orillas del Ebro, donde cayeron derrotados en una batalla muy dura en la que, según los cronistas romanos, los iberos tuvieron más de 10 000 bajas y Escipión, la mitad.

La grave derrota obligó a Indíbil a enviar a su hermano Mandonio al campamento romano a implorar clemencia; se la concedió Escipión a cambio de su fidelidad y de dinero para pagar a sus tropas. Pero las cosas no terminaron en este punto: en 205 a. C., acaso porque los ilergetes pensaran que la marcha de Escipión a Sicilia les eximía de sus compromisos, Indíbil y Mandonio reunieron un ejército de 30 000 infantes y 4000 jinetes entre su pueblo y otros vecinos, como los ausetanos, que vivían en parte de la actual provincia de Gerona.

Las legiones romanas se aprestaron a conjurar la amenaza y, tras reñida lucha, dispersaron a los iberos, ocasionándoles 10 000 muertos, incluido el caudillo Indíbil, y otros tantos prisioneros. Los ilergetes pidieron la paz y la obtuvieron a cambio de reiterar la fidelidad a Roma, de pagar indemnizaciones de guerra y de la entrega de Mandonio y otros caudillos, que fueron ejecutados.

Actualmente, junto al Arc del Pont, uno de los lugares más representativos de Lérida, se alza un grupo monumental con dos guerreros erigido en 1946. La guía explica que el de más edad, que enarbola una falcata, representa a Indíbil y que el joven, que porta una lanza, es su hermano Mandonio. Pero no cuenta que este monumento es obra del escultor barcelonés Medardo Sanmartí, que modeló el grupo en yeso para la Exposición Nacional de 1884. Ni tampoco que la obra representaba a los caudillos turdetanos Istolacio e Indoertes, muertos en el año 237 a. C. luchando contra los cartagineses: el yeso estuvo sesenta años almacenado hasta que alguien decidió llevarlo a bronce, cambiando el nombre de los guerreros.

El de los ilergetes no fue un caso aislado. Tres décadas después de su sublevación

se registran los levantamientos de turdetanos, oretanos y bastetanos, más o menos lo que en la división imperial romana de la Península sería la Bética, en gran manera coincidente con la actual Andalucía. Y más violenta aún fue la confrontación con lusitanos y celtíberos, pueblos que coincidieron en un ansia independentista respecto al Imperio, a las sumisiones que imponía y a sus sistemático expolio.

Los lusitanos habitaban el oeste peninsular, en el corazón del Portugal de hoy, enmarcados por los ríos Duero y Tajo, por el Atlántico y las estribaciones de las sierras de la Estrella y Gata. En época romana tuvieron fama de bandoleros y salteadores. ¿Qué comarcas saqueaban? Los territorios de turdetanos, oretanos y bastetanos, la Bética, rica en cereales y en metales, por lo que era uno de los territorios mejor controlados y defendidos por Roma. Durante la primera mitad del siglo II a. C. diversos caudillos lusitanos pillaron la región y diezmaron a las legiones, causando gran revuelo en la metrópoli. Pero esta, en vez de pacificadores, envió a personajes ambiciosos y sin escrúpulos; de dos de ellos, Lúculo y Galba, guarda la historia negro recuerdo.

Lúculo atacó a los vacceos —que vivían al norte de la Meseta, en parte de lo que hoy serían Burgos, Palencia, Valladolid y Segovia y bordes limítrofes— en busca de botín y esclavos: fue vencido y se salvó mediante acuerdos. Pero una vez pacificada la región, se vengó pasando a cuchillo a la población de Cauca (Coca, Segovia). El crimen le costó a Roma el odio de los pueblos meseteños y a Lúculo una interminable persecución que le obligó a retirarse a la Bética. Allí se encontró con Galba, un tipejo del mismo pelaje que invitó a los lusitanos a firmar la paz con Roma: debían entregar las armas a cambio de tierras. Dicen que 30 000 le creyeron y bajaron de sus sierras a escucharle:

—La pobreza de vuestros suelos y la indigencia en que vivís os fuerza a llevar una existencia desahogada. Yo lo remediaré: os proporcionaré tierras y las distribuiré generosamente para que las colonicéis y, en adelante, vivamos en paz. Vamos a hacer tres colonizaciones.

Con este ardid logró que los lusitanos se dividieran en tres grupos y que, firmada la amistad con Roma, depusieran las armas. Así, aislados y desarmados, Galba masacró a una tercera parte y esclavizó al resto. Pese a lo bien urdido de la celada, algunos centenares de lusitanos lograron escapar, entre ellos un tal Viriato. Lúculo y Galba regresaron ricos a Roma; sus crímenes fueron juzgados, pero la fortuna conseguida en la Península bastó para sobornar a los jueces. Serían las tropas romanas las que pagaran un elevado precio. Tendrían que medirse a un temible caudillo, que en nuestros libros escolares tenía un pequeño hueco protagonista; aquel texto comenzaba «Viriato, pastor lusitano...». Cuando los romanos se enteraron de su existencia debía ser ya jefe de una partida tan importante de guerreros que pudo casarse con su elegida, una lusitana rica. Cuenta Diodoro Sículo que en su boda hubo gran fiesta, lujosas mesas, ricos manjares, pero él, despreciándolo todo, se limitó a sacrificar a los dioses y pidió que le entregaran a su mujer; montó a caballo, la subió

a la grupa y, seguido de sus guerreros, partió hacia su áspero refugio en la montaña.

Viriato, encelando con sus trucos a los romanos, logró, hacia el año 146 a. C., encerrar y exterminar al pretor Vetilio y a sus dos legiones en el desfiladero de Guadiaro. Seguidamente, penetró en la Carpetania —en líneas generales, Castilla-La Mancha—, diezmó a las legiones del cuestor Plantio y logró apoderarse de Segóbriga (Saelices, Cuenca) y toda la región. En esa época, o algo después, Viriato redujo el control romano en Hispania a la mitad noroeste de la Citerior, más o menos, Cataluña, Valencia y el oriente de Aragón.

Tal fue la alarma que Roma mandó a la Península al cónsul Fabio Máximo Emiliano con tres legiones, varias *alae* de caballería y hasta diez elefantes. El cónsul rechazó a Viriato en Baecula (Jaén), pero los lusitanos se refugiaron en Sierra Morena con escaso castigo. Mientras Viriato se reorganizaba, el cónsul regresó a Roma creyendo el asunto resuelto, pero Viriato volvió a la carga, venciendo a los ejércitos del cónsul Quinto Pompeyo y del pretor Quincio. Deseando terminar con el problema de una vez por todas, Roma envió a Hispania más de 20 000 hombres —cuatro nuevas legiones, caballería nómada y elefantes— al mando del cónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano.

El romano arrasó las tierras oretanas que habían apoyado a Viriato, mientras este se retiraba, sin cesar de combatir, hacia Lusitania, y a la altura de Arsa, al sur de Badajoz, le infligiría un duro castigo. Cansadas de una agotadora campaña, ambas partes se avinieron a negociar. Máximo Serviliano regresó a Roma y encargó cerrar el caso al procónsul Servilio Cepión, que tenía un plan victorioso: llenó de fortificaciones las rutas de avance y retirada de las huestes de Viriato, desembarcó tropas en sus costas y lanzó sendos ejércitos por los valles del Duero y del Tajo hacia el corazón de Lusitania. Los lusitanos más acomodados se apartaron del caudillo, que tuvo que avenirse a negociar en el año 139 a. C. Viriato exigía la devolución de los rehenes que Cepión tenía en sus manos; este, a cambio, demandaba la entrega de las armas antes de hablar del reparto de tierras posterior al cese de las correrías lusitanas.

La negociación era dura, pero Cepión halló un atajo: convenció a los emisarios de Viriato de que la única vía para lograr la paz era que eliminaran a su jefe, lo cual, además, les reportaría una generosa recompensa. Aquellos traidores, Ditalcón, Audax y Minuro, alcanzaron el campamento de Viriato durante la noche y se introdujeron en su tienda mientras dormía. No llegó a despertarse: le apuñalaron en el desprotegido cuello y murió sin poder emitir ni un gemido. Los asesinos corrieron a cobrar la recompensa. Cepión les escuchó con gesto frío y les expulsó despectivamente, diciéndoles, según la tradición: «Roma no paga a traidores».

El asesinato no era el mejor sistema para resolver los problemas. Roma ocupó el territorio y realizó repartos de tierras, pero la pacificación tardaría mucho. Según Estrabón, que vivió un siglo después, las incursiones de los lusitanos aún seguían en su época y solo cesaron cuando Augusto les obligó a bajar de sus montañas y les entregó tierras para cultivarlas.

Las guerras celtibéricas —en algunos momentos entrecruzadas con las lusitanas— tuvieron como motivo formal las acusaciones romanas de que algunas ciudades habían transgredido los acuerdos establecidos con Sempronio Graco respecto a sus fortificaciones. Realmente, lo que ocurría es que la explotación de la Península era tan rentable que Roma decidió conquistarla entera y someter a todos sus pueblos. La guerra se extendió durante veinte años por toda la meseta norte y el valle medio del Ebro, culminando en las campañas de Numancia.

Numancia comenzó a forjar su leyenda de ciudad irreductible en el 196 a. C., resistiendo a Catón, que resolvió el problema con tratados. Sempronio Graco hizo lo propio y tampoco logró hincarle el diente en su campaña de 179 a. C. Después, la ciudad aguantó las embestidas de dos cónsules entre los años 154 y 151, y repelió con graves daños a tres ejércitos romanos entre los años 141 y 137 a. C. El desafío numantino era ya insoportable para Roma, que envió a su primera espada, Escipión Emiliano, llamado Africano Minor por la destrucción de Cartago en 146 a. C. El general se trajo a la Península solo unos 4000 hombres, pero aquí reunió a unos 20 000. Limpió sus campamentos de prostitutas, buhoneros, mercachifles, adivinos y todo tipo de parásitos que vivían al socaire de las aglomeraciones militares. Metió a la tropa una dura ración de disciplina, ejercicio y ayuno y, finalmente, se acercó a Numancia. Simultáneamente, llegaron refuerzos de África (caballería, arqueros, honderos y elefantes dirigidos por Masinisa) y sus agentes reclutaron cerca de 20 000 auxiliares iberos. Por tanto, con unos 60 000 hombres frente a apenas 8000 numantinos, estaba en condiciones de iniciar una campaña rápida y victoriosa. Pero Escipión Emiliano no pensaba en enfrentamientos campales: tenía tiempo y medios, de modo que circunvaló Numancia con fuertes y fosos, aislándola del exterior.

Los numantinos no lograron hacerle librar una batalla campal pese a sus desafíos y, poco a poco, fueron debilitándose en las escaramuzas diarias y languideciendo a causa de la escasez de alimentos. El historiador Apiano cuenta el ocaso numantino:

Llegaron al extremo más inhumano y salvaje: el canibalismo. Con los restos de los muertos en la lucha se alimentaron algún tiempo los restantes. (...). Después les tocó a los enfermos, pero no gustándoles esta (carne), los más fuertes mataron a los más débiles (...) envilecidos, enfermos, desesperados, hubieron de rendirse...

Quince meses duró la resistencia, al final de la cual dice la leyenda que se mataron unos a otros y que las mujeres se suicidaron lanzándose a las llamas junto a los cadáveres de los últimos defensores o se arrojaron desde las murallas... Quizá fuera solo un mito, quizá el caso de algunos. Los numantinos capitularon, pero cuando Escipión entró en la ciudad solo encontró destrucción y gentes esqueléticas incapaces de sostenerse en pie. Enseguida ordenó incendiarla; según unos, como venganza: Roma no toleraba esos desafíos; según otros, como medida para evitar epidemias.

La memoria colectiva acuñó una frase: «numantina» se llamó a la resistencia más

allá de los límites racionales, y su recuerdo perduró en la Antigüedad, perdiéndose paulatinamente en las brumas de la leyenda, tanto que incluso se discutía su ubicación geográfica, hasta que investigaciones emprendidas en el siglo XIX la situaron en el cerro de Garray, dominando un recodo del Duero, cerca de Soria. La excavación general de los restos comenzó en 1905 por obra de una comisión arqueológica alemana que contaba con el patrocinio del káiser y estaba dirigida por Adolf Schulten; el asunto casi provoca un conflicto diplomático, porque en España se levantó una protesta nacionalista: tenían que ser los españoles quienes excavaran las gloriosas ruinas. Con el apoyo del propio Alfonso XIII, se llegó a una fórmula salomónica: los alemanes excavarían el perímetro del cerco romano; los españoles, las ruinas urbanas. La prensa, los políticos, la intelectualidad y el rey se volcaron en el asunto y los españoles engulleron como rosquillas los mil detalles arqueológicos que contaban los periódicos. En aquella España derrotada y deprimida, el mito numantino fue un jarabe para paliar la pulmonía del 98.

Tras la victoria de Escipión, toda la Península al sur del Ebro quedó en poder de Roma. Poco después, en 123 a. C. caerían en su poder las Baleares y en ese punto se interrumpieron las guerras de conquista. En esa época se produjeron gravísimos conflictos interiores y exteriores en Roma: las ya comentadas sublevaciones de esclavos en Sicilia, los episodios de los Gracos, las guerras en Macedonia y en África, las dictaduras de Mario y Sila, las guerras sociales en Italia y las de Asia Menor contra Mitridates, la de las Galias, las civiles, etc. Algunos de esos conflictos, como se ha visto también, incidieron en la Península, como la sublevación de Sertorio, que por un momento pareció a punto de dominarla entera, o como los enfrentamientos de César con Pompeyo y sus herederos, que aquí dirimieron su última gran confrontación.

Durante todo un siglo Roma no pudo organizar política y económicamente la Península, y cuando Augusto afianzó su poder aún quedaba gran parte de la cornisa cantábrica por conquistar. Completar el control, concluir las guerras, perfeccionar la colonización y explotación fueron sus prioridades. Entre los años 38 y 27 a. C., las tropas romanas dominaron a galaicos, vascones y otros pueblos de la cornisa cantábrica: solo quedó una zona indómita, poblada por astures y cántabros, en las montañas de León, Asturias y Cantabria.

Ya se ha comentado el empeño de Augusto de terminar con el conflicto y cerrar las puertas del templo de Jano, pero no había forma de domeñar a aquellos rudos e independientes montañeses. Sobresalía entre los cántabros un temible caudillo llamado Corocota, a cuya cabeza Augusto puso precio: nada menos que 250 000 denarios (el salario de un centurión durante treinta años de servicio). Cuentan que un día, al amanecer, se plantó un guerrero cántabro ante las puertas de un campamento de Juliobriga y pidió hablar con el jefe. Pensando que se trataba de un desertor que podía proporcionar información, fue recibido por el legado:

—¿Qué quieres?

—Vengo a cobrar la recompensa por la cabeza de Corocota.

—¿Dónde está la cabeza? No la veo.

—La tengo puesta —replicó el guerrero.

Dión Cassio, que cuenta esta historia, asegura que el legado, lleno de asombro ante la osadía del cántabro, le entregó una pequeña recompensa y le dejó abandonar el campamento sin daño alguno.

Nueve años de guerra, seis y hasta siete legiones y millares de mercenarios de fuerzas auxiliares necesitó Roma para dominar el territorio. La táctica fue rodear zonas enteras y someterlas por hambre, como hicieron con los astures de Monte Medulio, en el Bierzo, cuyos últimos combatientes optaron por suicidarse antes de capitular. O como ocurrió con los cántabros de Monte Cildá, Monte Vindio, Amaya, Aracillum, Bernorio..., acometidos por legiones que penetraron por valles paralelos, quizá el del Asón y el del Saja, con desembarco de tropas procedentes de las Galias en Santander (Portus Victoriae) y Suances (Portus Blendius).

Aparte de tamaño esfuerzo fue necesario que Augusto enviara a su mejor general, Agripa, que halló una situación calamitosa. Según Cassio, los soldados se negaban a combatir porque «tenían a los cántabros como gente invencible». Agripa no se lo podía creer y solo después de algunos reveses y de la negativa a penetrar en los sobrecogedores desfiladeros cántabros tomó graves medidas disciplinarias. La Legión I Augusta perdió ese nombre y los recalcitrantes más señalados fueron ejecutados. Finalmente, en 19 a. C., diezmados, cercados y hambrientos, los últimos cántabros eligieron la muerte. Según Estrabón:

Las madres mataron a sus hijos para impedir que cayeran en manos de sus enemigos. Un muchacho cuyos padres y hermanos habían sido hechos prisioneros y estaban atados mató a todos por orden de su padre. Una mujer mató a sus compañeros de prisión. Un prisionero que se hallaba custodiado por guardianes borrachos se precipitó a la hoguera.

Solo anticipaban su desgracia final. Agripa «exterminó a todos los varones en edad militar y a los restantes les desarmó, les forzó a descender de sus montañas y a establecerse en los valles». Cuenta Estrabón —según González Echegaray, al que debo estas citas— que Agripa hizo plantar «una fila interminable de cruces donde agonizaban los cántabros, aún con fuerzas para entonar himnos de guerra, presos de una heroica y desesperada locura suprema».

Horacio, el gran poeta, exultaba de alegría por la victoria sobre los cántabros, síntoma de cómo se vivió en Roma esta conquista, y exclama en su *Oda a Augusto*:

A ti te admira, ¡oh!,  
de Italia y Roma, señor del mundo,  
el cántabro nunca antes domeñado.

En otra, dedicada a Mecenas:

Los cántabros feroces  
muy tarde domeñados  
arrastran las cadenas.

Terminada la conquista, quedaba la organización. Inicialmente, la Península había estado dividida en Citerior y Ulterior, este y oeste. Augusto cambió esa división, creando la Lusitania (desde el Duero hasta el Algarve, con una fuerte protuberancia dentro de la actual Extremadura y con Mérida como capital), la Bética (gran parte de la actual Andalucía, con capital en Córdoba) y la Tarraconense (el resto del territorio: desde Murcia a los Pirineos y desde el Atlántico al Mediterráneo). En esa época, los habitantes de la Península eran unos siete millones.

Durante el bajo Imperio, pervivieron la Bética y la Lusitania, mientras la Tarraconense se dividió en Gallaecia (Galicia y norte de Portugal, con capital en Braga), Tarraconense (Asturias, Cantabria, País Vasco, norte de Castilla, Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña, con capital en Tarragona) y Cartaginense (el resto de las dos mesetas, la parte oriental de Andalucía, Valencia y Murcia, con capital en Cartagena).

Estas divisiones administrativas, subdivididas a su vez en circunscripciones más pequeñas (*conventus*), estaban bien comunicadas por una red de calzadas y un sistema portuario como solo por entonces había en Italia, y facilitaron la gobernación de Hispania y, sobre todo, la explotación del territorio, que pasó a ser uno de los más rentables del Imperio. En las grandes posesiones agrarias la agricultura se industrializó, convirtiéndose, con la de Egipto, en la primera suministradora de alimentos de Italia. De aquí salían hacia Roma cereales (trigo y cebada), vino, aceite, frutas y verduras (higos, cerezas, alcachofas y cebollas). Estrabón da puntual noticia de ello: «De Turdetania se exporta trigo, mucho vino y aceite; este, además, insuperable, no solo en cantidad, sino en calidad».

Al sur de Roma, junto al Tíber y frente al popular Trastévere, hay una colina llamada Testaccio, en la que, desde hace treinta años, excava una misión arqueológica española. Nada más justo, porque no se trata de una protuberancia natural, sino de un basurero que comenzó a crearse al final de la República y al que se arrojaban las ánforas vacías que habían llegado de Hispania con todo tipo de productos. El Testaccio, según ha medido la misión española, tiene 50 metros de altura y un diámetro de 1500 metros; su volumen alcanza 550 000 metros cúbicos, en los cuales caben cerca de 25 millones de ánforas. La capacidad de estas vasijas es de 70 litros de aceite, por lo que se puede afirmar que en los tres siglos que ese basurero estuvo en funcionamiento llegaron a Roma 1 732 500 000 litros de aceite, de los cuales 1 386 000 000 serían andaluces. Realmente, debió de salir mucho más por el Guadalquivir o por los puertos de Cádiz, Huelva, Almería y Málaga, pues también se enviaba aceite a otras ciudades de Italia, a Marsella y a las guarniciones romanas esparcidas por Britania y Centroeuropa.

Entre las exportaciones peninsulares de origen agrario deben recordarse, también,

las de madera y plantas textiles (lino y esparto). Gran importancia revestían las agropecuarias: ovejas, vacas, cerdos y productos derivados, y es que en Roma gustaban mucho los cueros, la lana y los jamones curados en la Península. Pero en este capítulo, lo más apreciado eran los caballos hispanos. Plinio escribía:

Las yeguas vueltas hacia el viento favorino (oeste) respiran sus fecundantes auras, preñándose de este modo; los potros que paren salen rapidísimos en la carrera, pero su vida no pasa de los tres años. En la misma Hispania hay un pueblo galaico y astur en el que se crían los caballos que llaman tieltones y asturcones cuando son de talla menor.

Mitos aparte, aquí se criaban dos tipos de caballos especialmente interesantes para Roma: poderosos animales muy apreciados por la caballería por su alzada y resistencia, y veloces corceles de competición famosos en las carreras de bigas y cuadrigas en todo el Imperio.

Uno de los productos famosos de toda la costa del sureste, desde el Algarve hasta Cartagonova, eran las salazones de pescado, sobre todo de atún y caballa; en ese proceso se obtenía el *garum*, cuya composición desconocemos, pero que alcanzaba hasta los últimos rincones del Imperio, pues era una de las bases de la cocina legionaria. Se supone que consistía en una especie de concentrado de pescado, hecho con los intestinos y los restos que quedaban después de haber salado los mejores filetes. Existen huellas de esas actividades desde Mazarrón a Ayamonte; algunas de las instalaciones eran muy grandes, especialmente las de Baelo, cerca de Cádiz, donde constituían la industria más importante de la ciudad.

La obtención de minerales tuvo tanta o más importancia económica que las actividades anteriores. De aquí sacaron los romanos oro, plata, cobre, estaño, plomo, hierro o mercurio en cantidades tan fantásticas que suscitaron todo tipo de leyendas e hipérboles, al punto de que alcanzan algunos pasajes de la Biblia. En uno de ellos, Judas Macabeo, que vivió en el siglo II a. C., «oyó hablar de las grandes guerras que los romanos sostuvieron en Hispania, y de las minas que conquistaron, donde se escondía el oro y la plata». En esa primera época de la conquista romana (206 a 168 a. C.), Tito Livio informa de que en Roma se recibieron 6316 libras de oro y 349 962 de plata (1882,43 kilos de oro y 114 437,57 de plata). Y a eso habría que añadir lo que se embolsaban los administradores romanos, a los que hemos visto saquear estas tierras durante siglos; uno de ellos, el severo censor Porcio Catón, regresó a Roma en el año 193 a. C. con un fortunón calculado en 144 000 libras de plata y 1300 de oro.

Hasta el último tercio del siglo I a. C., la mayor parte de las explotaciones romanas siguieron profundizando en los yacimientos conocidos desde época fenicia: Sierra Morena (oro y plata), Huelva (cobre, estaño, plata y oro), Almadén (mercurio), Cástulo (plata), arenas auríferas del Tajo, Duero y Guadalquivir... De las minas de Cartagena es fama que se extraía anualmente plata y plomo por valor de nueve millones de denarios, que más o menos era el coste de las soldadas, equipos y



alimentación de tres legiones completas.

La obtención de metales preciosos aumentó exponencialmente cuando Décimo Junio Bruto dominó Gallaecia con sus legiones, para comprobar, aterrado, que en Finisterre había alcanzado los confines de la tierra y que el tenebroso océano Atlántico engullía al sol. La impresión se le pasó pronto porque tenía negocios más importantes que atender: a los romanos les costó poco saber que los nativos hallaban cierta cantidad de oro en los cursos de los ríos Miño y Sil y deducir que procedía de depósitos situados en los territorios bañados por esas corrientes de agua. Yacimientos que, según Trogo Pompeyo, eran tan superficiales que «brota de la tierra con clavar la reja del arado».

Poco después, aplastados astures y cántabros, comenzaría la masiva explotación del noroeste peninsular, que se revelaría especialmente rico en recursos auríferos. Plinio escribe que «Asturia, Gallaecia y Lusitania suministran por este procedimiento 20 000 libras de oro, la mayor parte de él procedente de Asturia; en ninguna otra parte se ve tal abundancia mantenerse durante tantos siglos». Es decir, que la producción era de 6540 kilos, una cantidad fabulosa, sobre todo si la actividad se mantuvo, como parece, durante dos siglos largos.

Más de la mitad de esa riqueza procedería, según el historiador berciano Luis Barcia Merayo, de las Médulas. El actual paisaje de las Médulas, fantástico, áureo cuando sobre ellas incide el sol poniente y fantasmagórico cuando el torturado terreno resulta invadido por las sombras, es fruto del trabajo minero organizado por los romanos. Según Plinio, allí se explotó el oro siguiendo las menas a base de pico y fuego, que calentaba la roca que el minero rociaba con vinagre, logrando su resquebrajamiento; con la maza, rompía la piedra y, como un topo, avanzaba en su galería siguiendo la veta del cuarzo aurífero. Pero el sistema de explotación que ha creado el paisaje de las Médulas es la arrugia, la *ruina montium* que decían los romanos. Para ello se instalaron conducciones de hasta setenta kilómetros de longitud, que captaban fuentes, arroyos, regatos y aguas del deshielo de los neveros en los montes Aquilianos o en serranías aún más distantes y conducían el agua a las Médulas. Al parecer, dependiendo de la naturaleza del terreno, utilizaban dos procedimientos diferentes. El primero consistía en abrir una profunda zanja en lo alto de la colina y otras en la baja; por la superior se canalizaban violentas torrenteras hasta que el agua provocaba el deslizamiento de la zona afectada, como si un cuchillo gigantesco hubiera cortado una loncha del altozano. En otros casos se perforaba la montaña, desde su cresta hasta la base, trazando curvas, ensanchamientos y embudos, de modo que cuando el agua se precipitaba veloz por el sinuoso hueco creaba turbiones, remolinos y tales presiones internas que devoraba y vaciaba la montaña hasta lograr su derrumbamiento.

Los materiales logrados en esos procesos terminaban en un canal por el que circulaba el agua. Primero se retiraban los cantos lavados, mientras, cada vez más adelgazados, los lodos fluían dejando sus grumos entre las urces y retamas fijadas en

el cauce del lavadero. El oro se iba depositando en el fondo por su peso o, en el caso de las briznas y pajuelas áureas, entre las ramas. Los estériles lodos y el agua que los conducía terminaron formando el lago Carucedo antes de ir a parar al Sil, cuyo nombre procede de *silum* («rojo»), el color que adquiría el agua en el curso de los trabajos. La siguiente fase consistía en limpiar a fondo el cauce del lavadero y sacar hasta el último gramo de oro. Y para que nada se escapase, al final del proceso se quemaban las retamas, para extraer de sus cenizas la más diminuta brizna de oro que entre ellas hubiera quedado prendida. Al parecer, el valor que Roma concedió a ese enclave —cuyo pleno rendimiento se alcanzó en época de los Flavios, en el último tercio del siglo I d. C.— fue tan elevado que la zona estuvo militarizada y ocupada por la *Legio VII Gemina*, que dio nombre a León.

### **ROMANUS SUM**

Si importante fue la contribución hispana a la riqueza y poder de Roma, no es menos notable el legado romano en la Península. Se ha hablado ya del idioma, el latín, del que se derivan la mayoría de las lenguas peninsulares; del derecho, base de nuestro entramado legal; de la generalización de la cultura latina entre las capas privilegiadas de la sociedad; se han mencionado notables poetas como Marcial o Lucano, pensadores como Séneca, expertos agrónomos como Columela, geógrafos como Pomponio Mela, oradores como Quintiliano y tres grandes emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio. Todos ellos nacieron en Hispania y esto se tenía muy en cuenta en Roma, tanto que Claudiano, poeta alejandrino del bajo Imperio, para adular al gran general Estilicón, escribía:

Solo Iberia ha dado un nuevo tributo a las riquezas del Lacio: los Augustos. Frutos, metales, soldados, llegan de todas partes y todas estas cosas son enviadas por el orbe entero a Roma, pero ella (Hispania) engendra a los que todo lo rijan.

La gran cuestión, sin embargo, no es si aquí nacieron notables personajes, sino si la cultura de Roma había calado en los pueblos peninsulares o si solo la disfrutaba la sociedad dominante. Durante la época republicana, las monedas se acuñaban en idiomas nativos por una cara y en latín por la otra; a partir de época imperial, ya solo se utilizaba el latín. ¿Es que ya todos podían leerlo? Por supuesto, no, porque la gente letrada era muy escasa, pero Estrabón asegura que en la Bética todo el mundo hablaba latín al principio de nuestra era. Es posible que ocurriera allí, pero lo seguro es que en el resto de la Península serían muy pocos los nativos que podrían hacerlo. Los investigadores creen que la penetración del latín, de las formas de vida y de las técnicas romanas fue muy lenta y que estuvo vinculada a actividades laborales, religiosas, mercantiles o lúdicas. Los nativos se fueron romanizando por contacto: trabajando para los romanos, combatiendo en sus ejércitos, comerciando con ellos,

asistiendo a sus mercados y espectáculos circenses o teatrales, o acercándose a sus prácticas religiosas.

El sistema educativo romano solo estuvo presente en los centros urbanos con fuerte implantación itálica o con una minoría nativa próspera y muy romanizada. En el noreste (Tarragona, Sagunto, Zaragoza), en la Bética (Córdoba, Cádiz, Itálica y Écija), en los centros administrativos de las grandes zonas mineras (Astorga y Cartagena) o en los nudos de comunicaciones o centros políticos (Mérida, Calahorra, Salamanca, Segovia, Calatayud, Segóbriga, Tarazona o Huesca). Por tanto, la romanización popular tuvo más que ver con la vida cotidiana que con la escuela.

Pero ello no significa que la romanización fuera superficial. Siete siglos dan para mucho y bien se refleja en las numerosísimas obras públicas que aquí hubo y de las que aún quedan cuantiosas muestras: enormes acueductos, como el de Segovia o el de Mérida; centenares de puentes, algunos de la magnitud del de Alcántara o el de Mérida (nada menos que sesenta arcos con 792 metros de longitud), vitales para permitir el paso de un extraordinario trazado de calzadas.

La Vía Augusta partía de la Bética y alcanzaba Italia, bordeando siempre la costa y atravesando el sureste de las Galias; era el camino que en época republicana se llamaba Vía Hercúlea. Desde Itálica (perdóneme el lector la licencia, pero mencionaré los nombres en castellano en aras de una mejor comprensión) se viajaba por una buena vía hasta Mérida y desde allí, por la Vía de la Plata, se alcanzaba Astorga; desde León, pasando por Pancorbo, Pamplona y Roncesvalles, se penetraba en las Galias, enlazando allí con las vías que conducían a Burdeos o a Lyon. Desde Mérida, pasando por Toledo y Alcalá, se viajaba a Zaragoza y, si se continuaba hacia el este, a Lérida, Tarragona y Barcelona o, hacia el norte, se atravesaban los pasos pirenaicos para llegar a Toulouse.

En relación con la explotación minera, tuvo especial densidad circulatoria la Vía de la Plata, tanta que se la llamaba *Via Lata*, por su anchura superior a la habitual, y *Via Equinea*, por los muchos caballos que por ella pasaban, sobre todo tirando de carretas cargadas de minerales. Aunque la Vía de la Plata se limitaba estrictamente a los 400 kilómetros que hay entre Mérida y Astorga, por el norte se prolongaba 150 kilómetros hasta el puerto de Gigia (probablemente, Gijón) y por el sur, 250 más hasta Cádiz. Una magnífica vía de comunicación norte-sur de 800 kilómetros, jalonada por fuentes y pilones de agua para calmar la sed de los viajeros y abreviar a las caballerías. Cada jornada de camino, unos 30 kilómetros, existía una *mansio*, una venta donde se podía comer, pernoctar con las mercancías a buen recaudo, herrar a las bestias, cambiarlas y reparar los carros. La zona más concurrida conserva numerosísimos restos de la época, en Mérida y Astorga, claro, pero también en Cáceres, Zafra, Cáparra, Monroy, Fuente de Cantos... Termas, murallas, templos, arcos, teatros, circos... El acueducto de los Milagros, que llevaba a Mérida el agua del embalse de Proserpina, romano también, medía casi un kilómetro de longitud y discurría a 25 metros de altura. Igualmente reseñable es el hipódromo, cuya

estructura quizá sea la mejor conservada del mundo romano: tenía capacidad para unos 30 000 espectadores, una *spina* de 233 metros y una anchura de unos 60 metros.

No es posible enumerar los centenares de relevantes muestras de la arquitectura e ingeniería romanas esparcidas por la geografía nacional, el medio centenar de restos —algunos bien conservados y de relevante factura— de circos, anfiteatros y teatros, pero, por constituir las muestras más elocuentes de los modos de vida de la sociedad hispanorromana, no puedo olvidarme de las villas, cuya importancia resalta el arqueólogo Dimas Fernández Galiano: «El número de villas hallado en la Península es abundante y su grado de riqueza, grande, solo comparable a las de la misma Italia».

Centralizaron importantes explotaciones agropecuarias, o sirvieron de solaz a los más pudientes, o se situaron cerca de edificios religiosos, o ellas mismas lo fueron. Su forma y distribución diferirían dependiendo del uso al que estuviesen destinados, pero solía ser una estructura dispuesta en torno a un patio central descubierto, porticado con columnas y ceñido por sus cuatro lados por pasillos, que en los casos más ricos, estaban pavimentados con mosaicos. En estos desembocaban las diversas estancias de la casa, de distintos tamaños según su naturaleza. En las grandes villas, además de las dedicadas a las labores domésticas y al descanso, existirían un gran salón para las recepciones y otro para los festines. Su decoración debió de ser extraordinaria, utilizándose pintura, estuco, taracea, hierro forjado, bronce, piezas esculpidas de múltiples usos y formas (estatuas, fuentes, capiteles y otras piedras ornamentales), pero gran parte de todo eso se ha perdido o dispersado a causa de los expolios y el tiempo.

La muestra más espectacular hallada en las excavaciones de estas villas son los mosaicos que sirvieron como suelo. Hoy pueden contemplarse en museos arqueológicos, como el de Mérida, Madrid o Barcelona, o en su emplazamiento original. Extraordinariamente famosos son los de Clunia (Burgos), Bell-Lloc (Gerona), Pedrosa de la Vega y Saldaña (Palencia), Azuara (Zaragoza), Fernán Núñez (Córdoba), Carranque (Toledo) y, aún en fase de excavación, el espléndido conjunto de Noheda (Cuenca), el mayor hallazgo de época romana en España en el último cuarto de siglo. Se trata de una villa del siglo IV, contemporánea al emperador Teodosio, cuya excavación comenzó en 2005; el extraordinario mosaico, del que he podido ver fotografías de las primeras campañas, cuando apenas se habían descubierto unos 80 metros cuadrados —quedaban aún más de 200 por excavar—, es, por su diseño y magnitud, uno de los mejores de cuantos se han hallado en nuestro país, si no el mejor. Lo que hasta entonces podía verse era un triunfo de Baco, con fantástico cortejo de faunos y músicos; le seguía una escena de más difícil interpretación: una pareja acaba de desembarcar de una nave —o quizá se apresta a subir a ella—, que se representa con sus marineros y decoración de fauna y flora oceánica. En realidad, los temas representados se reiteran en la mayor parte de los mosaicos conocidos: mitológicos, escenas de la vida cotidiana, de circo, agrícolas o

cetrería y, sobre todo, motivos vegetales en disposiciones geométricas.

Más arriba se ha indicado que muchas de estas villas fueron, realmente, centros religiosos. Fernández Galiano las relaciona con la extensión por Hispania de los cultos orientales entre los siglos II y IV: a Isis y Osiris, a Mitra, a Dionisos, a Siria, a Cibeles-Attis. Estos cultos, más espirituales, más pensados para la perfección del individuo y su salvación, precisaban de espacios de este estilo, en vez de los grandiosos templos políticos de los dioses olímpicos romanos.

Pero esta fue la última evolución religiosa en Hispania antes de la absoluta victoria del cristianismo, con el que convivieron estas religiones hasta su extinción. Cuando Roma conquistó la Península halló aquí una lista no pequeña —más de doscientas— de deidades indígenas, cada una de ellas propia de cada pueblo y distinta de la del vecino, aunque en algunos casos pudieran resultar comunes. Tales divinidades se perpetuaron en zonas poco accesibles de la cordillera Cantábrica y, en algunos casos, han pervivido hasta nuestros días mezcladas con las tradiciones cristianas. Pero la mayoría de las regiones, sobre todo las más romanizadas, como la Bética y la zona catalana de la Tarraconense, adoptaron sin muchos escrúpulos ni resistencias los dioses oficiales romanos (Júpiter, Juno y Minerva y, pronto, el emperador), porque, «¡qué diantre! —Se dirían aquellos iberos sometidos—, sus dioses deben de ser más poderosos que los nuestros si han podido vencernos y conquistarnos...».

Otros dioses no nativos, pero conocidos aquí por mor de las anteriores colonizaciones, terminaron amalgamándose con los romanos y pervivió su culto en algunas zonas: Diana, derivada de la Artemisa griega; Hércules, adaptación del Melqart fenicio-púnico; Marte, tras el que bien podía enmascararse Tileno, un dios local de la guerra.

Pronto, sin embargo, comenzaría a extenderse una nueva religión: el cristianismo. Aseguran las leyendas pías que aquí llegaron a predicar la buena nueva dos de los gigantes del cristianismo primitivo: el apóstol Santiago y san Pablo. Al margen de lo que la fe de cada uno acepte, las noticias más antiguas de la predicación de Santiago en Hispania corresponden al siglo VI. De san Pablo se conoce su propósito de pasar por Roma cuando viniera aquí; por Roma pasó y parece que allí murió; se ignora si, finalmente, llegó a venir, pero, en todo caso, no existe testimonio alguno de ello.

Las primeras noticias de la existencia de cristianos en la Península son de finales del siglo II y comienzos del III. En esa época debía de estar bastante extendida la nueva fe porque, en las décadas siguientes, comenzaron a menudear las persecuciones y son ya abundantes las noticias de los mártires del cristianismo hispano. Recuérdense los casos ya narrados del obispo Fructuoso y los innumerables mártires de Zaragoza, de Emeterio y Celedonio, de Justa y Rufina, de Zoilo, Marcias, Fausto y Jenaro... Claro, que no todos tuvieron el mismo coraje y casos hubo en que los cristianos optaron por ofrecer sacrificios en honor del emperador y salvar la vida: durante la persecución de Decio, mediado el siglo III, optaron por esa salida los

obispos de Astorga y Mérida, que, pasada la tormenta, fueron depuestos por sus fieles.

La extensión y relevancia del cristianismo hispano debió de ser muy grande, porque durante el siglo IV ya dio a Roma un papa, Dámaso, y numerosos quebraderos de cabeza con la herejía de Prisciliano, obispo de Ávila. El problema teológico planteado por este obispo tuvo, probablemente, mucha menor importancia que sus aspectos políticos, pues afectaba a la concesión de numerosos obispados y, al final, terminó cruzándose en las luchas por el poder entre el emperador Teodosio y el usurpador Máximo, que hizo ejecutar a Prisciliano acusándole de herejía y brujería. En el cadalso pareció terminar el problema, pero Teodosio, una vez eliminado su rival, reivindicó la figura del obispo, muchos le tuvieron por mártir y proliferaron sus seguidores.

De la vitalidad de aquella Iglesia es muestra aún más elocuente que aquí se celebraran tres concilios durante el siglo IV: Elvira (Granada), Zaragoza y Toledo. Precisamente en el concilio de Toledo, del año 400, se condenó el rigorismo priscilianista, que aparte del ascetismo y la pobreza llevados al límite, negaba el nacimiento de Cristo y su naturaleza humana, y rechazaba el aparato burocrático de la Iglesia, su nula castidad y su gusto por el boato. A partir de entonces, el foco priscilianista quedó aislado en el oeste peninsular y un siglo después apenas si era el nombre de una herejía del cristianismo incipiente.

Estos asuntos suceden en pleno declive del Imperio, ya dividido por Teodosio. Rávena se convierte en la capital de Occidente, mientras Roma decae y es asaltada por los godos de Alarico, que campan por sus respetos en las Galias y penetran en la Península al mando de Ataúlfo. El comercio languidece hasta casi su extinción, la moneda deja de circular, la producción agraria se convierte en la mera lucha por la supervivencia y la creación de algunos excedentes para el trueque, los canales se ciegan, las grandes vías quedan desiertas y muchas desaparecen bajo un manto de tierra y vegetación y son engullidas por los bosques, las minas se abandonan, salvo algunas de hierro, que apenas si sirven para proporcionar mineral para las armas, pues incluso se detecta una recesión en su empleo agrario y reaparecen los arados de madera.

Las ciudades se van despoblando; en ellas apenas resisten las clases dirigentes y acomodadas, a veces acogidas bajo una nueva autoridad, el obispo; subsiste algún artesanado y comercio; se dispone de escasa policía y tropas, y todos se resguardan tras las murallas que van levantándose por doquier ante la inseguridad y las oleadas bárbaras que atraviesan los Pirineos y se quedan aquí o, pillándolo todo a su paso, terminan por afincarse en África. En esa época, ya volviendo el recodo hacia la Edad Media, las clases sociales son dos: los terratenientes y los colonos que cultivan sus tierras.

La Península se convierte en un campo de correrías y batallas. Tribus de suevos, vándalos y alanos se establecen en amplias zonas y negocian un nuevo *modus vivendi*

con las jerarquías hispano-romanas, estatus quebrado continuamente por las bandas de bagaudas (campesinos desposeídos y organizados como saqueadores), combatidas por todos, sobremanera por los propietarios, que arman a sus clientelas (parientes, colonos y esclavos) para hacerles frente.

Faltos de tropas, los emperadores romanos se desentienden de la Península y aquí mandan los visigodos, que tienen su corte en Toulouse y cuyos ejércitos meten en cintura, en nombre de un Imperio que apenas si es nominal, a los diversos pueblos bárbaros; permiten que se queden, pero bajo la autoridad de Roma, a la que representan. La ficción termina en el año 476, con la muerte del último simulacro de emperador. Pero los tiempos son duros para todos y, empujados por los francos, los godos deben retroceder en las Galias y van estableciéndose en Hispania. El paso del poder visigodo de Toulouse a Toledo duró casi un siglo de guerras ininterrumpidas entre diversos pueblos, alguno de los cuales operaba por encargo de Bizancio. Con el establecimiento del reino de Leovigildo (568-586) en Toledo terminó el largo proceso que había ahogado en la Península el último aliento de Roma e inaugurado la Edad Media.

**DESTELLOS DE UN MUNDO LEJANO****CHINA. LOS HIJOS DEL EMPERADOR AMARILLO**

**H**uang Di, el Emperador Amarillo, es el más grande de los reyes míticos de China. Su leyenda le sitúa en el III milenio a. C. y comienza con el establecimiento de un orden natural que elimina fuerzas terriblemente hostiles, como el señor del fuego, Yan Di, o el pavoroso gigante que assolaba China, Xing Tian, o, sobre todo, el dios de la guerra, Chi You, y sus 82 hermanos, gigantes con cabeza de bronce, frente y cuernos de hierro, dientes de metal y piedra, vellosidades como clavos, de fuego la mirada de sus cuatro ojos y su aliento, azufre ardiente. Huang Di, el poderoso, no solo era un gran guerrero, sino también un excelente negociador, pero ni su elocuencia ni sus buenas razones pudieron apaciguar al brutal Chi You y los dos terribles ejércitos se encontraron en la llanura de Zhoulu, imagen de la desolación, blanqueada por los huesos de los soldados muertos en otras guerras. En las filas del Emperador Amarillo, junto a sus soldados y cubriéndoles las alas, luchaban lobos, tigres, osos, chacales, varios dragones y dioses que no quisieron perderse el crucial acontecimiento.

La lucha comenzó mal para el emperador, pues el dios de la guerra, mediante un sortilegio, hizo caer sobre el campo de batalla tan espesa niebla que las fieras que luchaban contra él quedaron desconcertadas y caminaban en círculos. En la apurada situación socorrió al emperador un sabio anciano, que tenía el don de la orientación y logró sacar al ejército imperial de aquellas tinieblas.

Para resolver el problema, el emperador ordenó al dragón Ying Long, capaz de desatar huracanes, que dispersara la nefasta niebla, y así lo hizo, pero entonces, los dioses de la lluvia y el viento, aliados de Chi You, desencadenaron una terrible tempestad sobre el ejército imperial. Calados, ateridos y zarandeados por el temporal, los seguidores del emperador parecían al borde de la derrota. En estas circunstancias, llamó este a su hija Ba, diosa del calor, que mediante una agobiante canícula secó a todos y agotó a los dioses del viento y de la lluvia. Con esto, finalmente, aunque asfixiados por el estiaje, los imperiales pudieron cantar victoria... Volvió la paz, pero se creó un problema imprevisto: Ba ya no pudo retornar al cielo y se quedó en la tierra, provocando, según su naturaleza, periódicas sequías.

Huang Di es, según la tradición China, el padre del Neolítico: se le atribuye la invención de la rueda, del timón y de los remos, de la escritura, de la cerámica, de la composición musical y de varios instrumentos; enseñó al hombre a criar animales y a aprovechar cuantos recursos podían aportar, a seleccionar las semillas para que el rendimiento fuera óptimo y a sembrarlas en la estación y luna propicias. Se le debe el



arte de excavar pozos en los lugares apropiados, la técnica de sacar el agua mediante artilugios mecánicos, la sabiduría de buscar los pasos más seguros entre las montañas y de construir caminos para cruzarlas. Este genio también tuvo que ver con la metalurgia del bronce, con la que forjó espadas, puntas de lanza, armaduras y hermosos objetos de culto y decoración. Pero aún hubo más: se encargó de dictar leyes sabias, de enseñar el apropiado ceremonial religioso para obtener el favor de los dioses. Incluso escribió un libro de medicina para hacer inmortales a los hombres, con tan mala suerte que se perdió. Y, en el colmo de la fortuna, se casó con una hermosa joven —acaso una diosa— que conocía el secreto de la seda, de modo que durante su larguísimo reinado se extendió el cultivo de las moreras, la cría de los industriosos gusanos, la producción, el tejido y el tintado de esta fibra textil, tan apreciada desde sus orígenes que pronto fue la principal exportación china hacia Occidente por la Ruta de la Seda, aunque ese camino se abriría mucho más tarde. Como no podía ser un mortal cualquiera, al final obtuvo la píldora de la inmortalidad y se convirtió en dios. Un dios especial, con cuatro caras que vigilan los cuatro puntos cardinales.

Entre 3500 y 2000 a. C., época de los emperadores míticos, uno de los cuales es, como ya se ha apuntado, Huang Di, se desarrolla el último periodo del Neolítico chino, conocido como Edad del Jade, pues esta piedra, vinculada a los rituales religiosos y chamánicos, suscitó gran fascinación en todo el área. Tras ella, comienza la historia, con el descubrimiento de la escritura (hacia 1400 a. C.) y la entronización de la dinastía Shang, que se perpetuó medio milenio en el poder sobre el norte de China. Históricamente, la dinastía Shang protagonizó gran parte de los hallazgos atribuidos al legendario Emperador Amarillo. Dentro de un desarrollo autóctono, aparecen la contabilidad, la cerámica, la metalurgia del bronce, el carro con rueda de radios, la utilización del caballo, los rituales religiosos y funerarios y avanzados signos urbanos: ciudades amuralladas, donde se levantan palacios, edificios de uso público y viviendas cuadradas y rectangulares pertenecientes a la aristocracia; extramuros, proliferan los talleres de ceramistas, metalúrgicos y curtidores, y se extiende una campiña comunal, cultivada por campesinos, que surte de productos alimenticios a la urbe. No lejos de la ciudad se excavaron grandes necrópolis bien organizadas: cámaras para el difunto, para su familia, para criados y es clavos —sacrificados o, incluso, sepultados vivos— que acompañaban al muerto al más allá, para las ofrendas y para los ajueres funerarios —muy sugerentes para conocer tanto la terrenal vida cotidiana como las creencias chinas sobre la ultraterrena—. Estos enterramientos de la gente notable de la época demuestran la existencia de una tecnología y una riqueza nada despreciables, comparables o superiores a las más avanzadas del Próximo Oriente.

El I milenio a. C. estuvo en gran parte dominado por la dinastía Zhou, considerada tradicionalmente como débil porque en su época se desarrolló una

poderosa nobleza militar de tipo feudal que, a veces, llegó a asumir funciones propias del soberano. Este poseía escasas tierras, pero recibía tributos como consecuencia del vasallaje nobiliario y estaba rodeado de gran prestigio por su preeminencia en funciones y ritos religiosos. De ello cabe deducir que su autoridad quizá fuera más flexible que débil y que a tal política posibilista debió la dinastía su perduración desde 1050 a 221 a. C. Implantada en el centro-norte del actual territorio chino, más o menos sobre los mismos dominios que la dinastía anterior, vivió tres periodos diferentes de algo más de dos siglos cada uno: los Zhou Occidentales, los Zhou Orientales (por su expansión hacia el mar Amarillo, siguiendo los cursos de los grandes ríos Amarillo y Yangzi) y los Reinos Combatientes.

En esta época, los señores de las diversas regiones del reino ensancharon sus territorios a costa de príncipes vecinos al tiempo que rechazaban las invasiones bárbaras procedentes de Asia central. En aquellas guerras se evitó exterminar a los prisioneros, optando por esclavizarlos y emplearlos en los trabajos domésticos, en las labores más duras y humildes y en las grandes construcciones estatales.

El gran hallazgo del amplio periodo Zhou fue el hierro, que, como ocurriera en el Próximo Oriente y Europa, sirvió de inmediato para mejorar el utillaje agrícola, suplantó al bronce en la producción de los objetos decorativos y religiosos, mejoró la calidad de las armas metálicas y permitió su diversificación: de la época es la ballesta, que tardaría siglos en alcanzar Europa. El hierro ensancha el artesanado chino, que, además de en las tareas tradicionales (ceramistas, carpinteros, talabarteros, tejedores), se implica, a partir de su descubrimiento y tecnología, en los varios trabajos que brinda el nuevo material y sus necesidades: herreros, forjadores, armeros, fabricantes de cacharros domésticos y herramientas, con lo que florecen nuevos mercados, crece el comercio, la circulación de moneda y, en definitiva, la riqueza.

El campesinado accede a la posesión de la tierra, pero no mejora su suerte: cada vez que le zarandea la desgracia (guerras, malas cosechas, etc.) la pierde por venta o embargo, convirtiéndose en un siervo atado a ella, dependiente del nuevo dueño latifundista. Con todo, el rendimiento agrícola aumentó hasta multiplicar por cinco o seis lo sembrado gracias a las nuevas herramientas, a los canales de irrigación y, también, al descubrimiento del barbecho y la rotación de los cultivos. Se amplían las plantaciones de moreras para conseguir más gusanos y más seda; se mejoran las técnicas agrícolas para producir alimentos, arroz sobre todo, pero también mijo, sorgo, trigo, cebada, y adquiere gran relevancia la soja, una leguminosa que, a la par que constituye un excelente forraje, produce hojas y semillas aptas para el consumo humano: aquellas como ensalada; estas, frescas, a la manera de las judías, habas o guisantes, secas y tostadas, como los cacahuetes, o molidas, como harina susceptible de ser panificada. A la vez, se emplea para producir aceite y un líquido refrescante y alimenticio; los residuos de tales procesos consisten en una especie de torta muy apropiada para la alimentación animal.

La prosperidad permite la expansión territorial del imperio, pero la dinastía pierde cohesión y surgen numerosos régulos que se levantan sobre las tierras donde se asienta su autoridad. Son los Reinos Combatientes, de los cuales solo siete fueron suficientemente relevantes para mantener aspiraciones a reunificar el conjunto. Lo consiguió, a finales del siglo III a. C., Quin Shi Huang Di, rey de un territorio tan grande que se le reconoce como primer emperador de China, a la que dio nombre.

### *En busca del camino*

En el periodo Zhou, aparte de un poderoso país, surgieron decenas de corrientes filosóficas y políticas que constituirían la polar del pensamiento y la moral chinos durante más de dos milenios. Hasta nuestros días y cultura llegan los ecos de varios pensadores que vivieron en esa época, como Lao-Tsé (Lao-Zi), Confucio (K'ung Fu) o Mencio (Meng-Tzu).

Dice la leyenda que la madre de Lao-Tsé se enamoró de una estrella y que su resplandor la dejó encinta. Sesenta años duró el embarazo y, cuando nació, la criatura tenía el rostro cubierto de arrugas y el pelo blanco, como si fuera un anciano. De su existencia nada se sabe, salvo que vivió a caballo de los siglos VII-VI a. C., pero es fama que se prolongó más de doscientos años e, incluso, se afirma que tuvo varias reencarnaciones, una de ellas en el propio Buda. También se cree que al cabo de sus días legó a sus discípulos una obra clave para la configuración del pensamiento chino, el *Tao Te-King (Daotejing)* y, tradicionalmente, se le atribuye la fundación del taoísmo (daoísmo), sistema filosófico-religioso cuya finalidad es alcanzar el *tao (dao)*, el camino de la perfección. El taoísmo —a la vez una religión pública, con su sacerdocio y complejo ritual, y una corriente mística— pretende el perfeccionamiento humano mediante la conjunción entre el hombre y la naturaleza. Su explicación es tan compleja que el *Tao Te-King* dice al respecto:

El tao del que se puede hablar no es el tao absoluto. El nombre que puede ser nombrado, no es nombre perpetuo. Sin nombre, es el principio del cielo y de la tierra; con nombre, la madre de los diez mil seres (...). Se le llama invisible porque no se le puede ver; imperceptible, porque no se le puede oír; impalpable, porque no se le puede atrapar. Los tres son inaprehensibles y se confunden en uno solo: tao.

Aunque sea meterse en camisa de once varas, parece colegirse que el *tao* es la propia esencia del cosmos y que la perfección se alcanza amoldándose a la naturaleza, a la vida frugal, austera y sencilla, al silencio y la meditación, a la no-acción, lejos de las reglas y los artificios sociales. Se asegura que cuando el místico taoísta alcanza un elevado grado de perfección puede levitar o, incluso, hacerse invisible. Como religión, tuvo en el pasado gran poder en China y, como sistema místico de perfeccionamiento individual, multitud de seguidores y profunda influencia sobre la configuración del pensamiento, el arte y la sociedad chinas. Hoy, al menos como religión pública, aún goza de mucho predicamento en Taiwán.

Mayor relevancia histórica tuvo Confucio. Vivió entre los años 551 y 474 o 479 a.

C., y la tradición lo presenta como un joven estudioso que pronto destacó por su sabiduría, mereciendo importantes encargos políticos y administrativos, que hubo de abandonar durante uno de los conflictos que sufrió su ciudad, Lu. Obligado a emigrar, su nueva condición le permitió llegar a la capital dinástica, Loyang, donde pudo estudiar la sabiduría recopilada en los archivos reales. Nuevamente fugitivo, fue acogido en otros Estados, lo que le fue convirtiendo en un infatigable y curioso viajero que estudiaba ávidamente cuanto podía aportar cada nueva ciudad o Estado a su bagaje intelectual.

De esta manera, consumió su vida —entre 72 y 76 años— en ilustrarse con las enseñanzas del pasado y en sintetizar la antigua sabiduría para mostrar a la sociedad de su tiempo el camino de la felicidad y la armonía. Dictó a sus discípulos la historia de China, desde sus míticos orígenes, la organización de sus instituciones, la síntesis de los diversos sistemas de pensamiento, las costumbres y las normas de conducta necesarias para el buen funcionamiento político y social. Todo ese complejo saber —sin que sea fácil de separar lo que tomó de la tradición, lo que fue elaboración propia y lo que añadieron sus discípulos— fue compendiado en seis libros (*Libro de las mutaciones, Libro de los ritos, Libro de la música, Anales de la primavera y del otoño, Libro de las canciones y Libro de la historia*). Y aún se supone que influyó de manera importante en otros tres, recopilados tras su desaparición por sus discípulos, fundamentalmente por Mencio. Siguiendo al profesor Montenegro Duque:

Confucio es el plasmador de un profundo pensamiento humanista en la educación, la convicción, el conocimiento, la reflexión consigo mismo y la meditación sobre el buen ejemplo que los reyes antepasados inspiran, con la ayuda del Cielo, las normas de conducta (...). El aprendizaje e imitación de los antiguos debe inspirar, no las leyes, no la coacción violenta, sino la libre aceptación de las mejores normas de conducta moral...

Por tanto, sin connotación religiosa alguna en su sistema de pensamiento, Confucio pretende la extensión educativa a toda la sociedad, porque el conocimiento de la historia y las tradiciones sería la brújula para hallar los valores morales positivos, «la manera de vivir de forma justa», es decir, el camino de la armonía.

Véanse dos de sus mil máximas y consejos morales contenidos en el *Libro de las canciones*:

Si el príncipe es justo y equitativo, los hombres de todo el reino imitarán sus virtudes. Si el príncipe cumple con sus deberes de padre, de hijo, de hermano mayor y de hermano menor, todo el pueblo le imitará en sus virtudes. Por todo lo dicho, puede afirmarse que, para gobernar bien un reino, es necesario primero establecer un buen orden en la familia.

\*

Ningún príncipe se ha equivocado cuando ha respetado las leyes y ha restablecido las instituciones de los antiguos emperadores.

Los antiguos alcanzaron el límite de la perfección visual, transmitiendo a la posteridad el compás, el nivel y la plomada con los que pudieran construirse objetos redondos, cuadrados, nivelados y verticales; la perfección de estos instrumentos no ha sido todavía superada. Alcanzaron, también, el límite de la perfección auditiva, transmitiendo a la posteridad las seis reglas musicales que sirven para armonizar los cinco tonos; estas reglas todavía no han podido ser superadas. Alcanzaron, finalmente, la máxima perfección en el descubrimiento de las verdades de la inteligencia y de los sentimientos del corazón,

transmitiendo a la posteridad las normas de gobierno que prohíben tratar con crueldad a los pueblos y difundieron el bien por todo el imperio.

Para Confucio, la felicidad y el bienestar humanos y la recta gobernación de los pueblos se basan en la armonía universal, cuya conservación requiere la observancia de cinco principios: «soberano-súbdito; padre-hijo; hermano mayor-hermano menor; esposo-esposa; amigo-amigo». Por eso, la sabiduría consiste en «el cumplimiento de los respectivos deberes para con los hombres, al tiempo que se reverencia a los espíritus».

Se cuenta que un príncipe de su ciudad le preguntó qué debería hacer para granjearse el respeto y la fidelidad de sus súbditos y Confucio le respondió:

Si te muestras digno y firme, te respetarán; si les tratas con justicia y benevolencia, te serán fieles. Concede los cargos públicos y los honores a hombres virtuosos; procura instrucción a quienes no pueden conseguirla por sus medios y el pueblo se sentirá estimulado a avanzar por el camino de la virtud.

Confucio, por tanto, no promovió una religión, sino una manera de vivir, una filosofía política basada en la ley natural, que hiciera mejores tanto a los gobernantes como a los súbditos. Su influencia fue inmensa. Fueron centenares sus discípulos próximos y millares los tratadistas que estudiaron, difundieron, perfeccionaron o aumentaron los contenidos históricos, morales y didácticos de sus obras; y en su pensamiento se basaron muchas leyes chinas, que se perpetuaron siglo tras siglo, dinastía tras dinastía, hasta el ocaso de la monarquía, a comienzos del siglo xx.

Una de las escuelas de la época, que terminó absorbida por el confucionismo, fue la del Yin-Yang, que ha alcanzado cierta popularidad actual gracias a esas esferas chinas o a esos diagramas que las representan en mitades de diferentes colores, divididos por una doble curva en forma de «S». No se trata de objetos o diagramas curiosos o «simpáticos», sino, en términos filosóficos, de conceptos abstractos por medio de los cuales se representan y denominan los principios que actúan sobre la naturaleza y sobre la vida. El Yin y el Yang exponen conjuntos de principios complementarios: el Yin representa lo femenino, lo suave, lo frío, el invierno, lo oscuro, lo húmedo, el valle; el Yang, lo masculino, lo duro, el calor, el verano, la luz, lo seco, la montaña. La interacción del Yin y el Yang produce los fenómenos de la naturaleza. Pero los principios, a veces, sufren modificaciones: puede hacer calor en invierno y frío en verano. Por tanto, el funcionamiento de los principios del Yin-Yang y sus mutaciones compondrán el funcionamiento inmutable y cambiante de la naturaleza y de la vida, tal como se refleja en *El libro de las mutaciones*.

El tercer gigante en la elaboración del pensamiento en la antigua China, cuya influencia puede rastrearse hasta hoy, es Mencio. El gran sistematizador y transmisor de las doctrinas del maestro vivió en la centuria siguiente a Confucio, entre los siglos IV y III a. C., dentro de la tempestad política y social que promovían las interminables luchas de los Reinos Combatientes. Para Mencio, que acepta la bondad

natural del hombre, es necesaria la educación para corregir las aberraciones que las circunstancias de la vida provocan en las personas; la rectitud se consigue con corrección y benevolencia, lo que enfrentaría su doctrina con la violenta represión sistemática postulada por la filosofía legalista. Él creía que un príncipe armado con las leyes como único patrón de conducta humana era equiparable al agricultor que pretendiera hacer crecer y enderezar sus plantas a tirones. Los principios sociales básicos de Mencio, su «camino», son de esta modernidad: todos los hombres son iguales; el pueblo es la base del Estado; el pueblo debe ser juez y árbitro en todos los litigios; deber primordial del gobierno es cuidar del bien de su pueblo; el pueblo tiene derecho a exigirle al Estado que le procure los medios de subsistencia; el pueblo tiene derecho a eliminar a los reyes malvados; la educación y no la sangre debe regir la elección de gobernantes y funcionarios; la educación conduce a la sabiduría y al recto comportamiento entre los hombres (señor-vasallo, padre-hijo, hermano mayor-hermano menor, esposo-esposa...).

Bien comprensible es que semejantes principios tuvieran numerosos opositores: tiranos, nobleza feudal y conservadora lucharon contra ideas tan revolucionarias. Incluso el emperador Qin Shi Huang Di ordenó en 213 a. C. eliminar a los principales seguidores de Confucio y Mencio y quemar sus obras, pero, medio siglo después, los Han, la nueva dinastía reinante, proclamaron el confucianismo doctrina oficial, de manera que, gracias a las páginas que habían podido salvarse y a lo recordado por los discípulos, aún pudieron reconstruirse gran parte de las obras de Confucio.

El lector habrá advertido algunas alusiones a las leyes, aparentemente no muy estimadas por Confucio y sus seguidores, pero no es que fueran contrarios a ellas, sino a las de naturaleza cruel, a las que se convertían en directriz única de la sociedad y en el único instrumento de la gobernación. Ese sería, en síntesis, el fundamento del «legismo» o «legalismo», una de las escuelas filosóficas que florecieron por docenas en la época de los Zhou Orientales: la preeminencia de los intereses del Estado sobre los de sus súbditos y de la autoridad del señor sobre la voluntad de su pueblo. Esta escuela de pensamiento concedía que la naturaleza humana podía acceder a la bondad mediante la educación, el esfuerzo y unas normas cuyo cumplimiento merecía premios, pero aseguraba que el hombre tendía a caer bajo la influencia del mal, y este debía erradicarse por medio de la actuación inflexible de la policía y de la aplicación de leyes rigurosas, cuyo cumplimiento entrañaba castigos. Con esos planteamientos era inevitable la deriva hacia el autoritarismo y el absolutismo; en consecuencia, un monarca como Qin Shi Huang Di no albergaba duda alguna de que esta debía ser la adecuada orientación de su política.

### *El señor de los guerreros*

Cheng (259-214 a. C.), príncipe de Qin, uno de los Estados del noroeste en la

época de los Reinos Combatientes, era un personaje ambicioso a la par que un gran guerrero y el mejor general de su época. Su inteligencia le permitió esquivar las suspicacias y convertir en su primer ministro y consejero a Li Ssu, un brillante intelectual legalista procedente del vecino reino de Chu, que vio la oportunidad de hacer una gran carrera política en Qin a falta de mejores opciones en su tierra. Li Ssu impuso una durísima legislación que culminaba en recompensas y castigos y terminó con toda insumisión, a la vez que ponía en marcha una ingente empresa desarrollística. Repartió tierras entre los campesinos pobres y, a continuación, les esquilmo con impuestos; trazó una red de canales, tanto para comunicaciones como para uso agrícola; diseñó una red radial de calzadas de gran anchura que desde la capital imperial, Xiangyang, se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales y, para evitar problemas, dictó normas de circulación y unificó el ancho de ejes de los carruajes, facilitando las comunicaciones, el comercio y el rápido traslado de tropas.

Seguridad, recursos y comunicaciones permitieron a Cheng desplegar una serie de campañas victoriosas que terminaron unificando todos los territorios que habían pertenecido a la dinastía Zhou, y aun ampliándolos, de modo que en 221 a. C. se proclamó Qin Shi Huang Di (o Ch'in Shih Huang-ti), que significa «Señor de Qin Primer Augusto Emperador». Pacificado el territorio, proclamó que las armas eran patrimonio del Estado, recogió todas las que había en manos particulares y las fundió; desmochó las fortalezas de los antiguos señores y reunió en la capital a 120 000 familias, las más poderosas y ricas de todo el reino, permitiéndoles edificar palacios según el estilo de su región de origen, lo cual terminó definitivamente con las ideas levantiscas y centralizó todo el poder de China en Xiangyang. Esta se convirtió así en la mayor y más hermosa ciudad del imperio.

Mil obras se atribuyen a este emperador, que creó una dinastía efímera, pues apenas duró quince años. Unificó la escritura, que había evolucionado de manera distinta en cada región del inmenso país, publicando un catálogo de ¡3300 caracteres! De modo que, aún tras la simplificación y unificación, la escritura en China revestía una inmensa complejidad y requería muchos años de aprendizaje. Paralelamente, unificó pesas, medidas y monedas, facilitando el comercio. De la misma época data la división del territorio en 48 provincias, gobernadas por tres personajes de directa designación imperial: un gobernador civil, un jefe militar y un administrador que se ocupaba de la correcta fijación y recaudación de tributos.

La prosperidad lograda en pocos años acentuó la ya tradicional codicia de los pueblos de las estepas y desiertos de Mongolia por las tierras de China, de modo que el emperador no solo tuvo que enfrentarse a varias hordas invasoras y organizar potentes expediciones punitivas, sino que dotó a su inmensa frontera norte de una muralla tan formidable que, según dicen los astronautas, es la única obra humana que se ve desde el espacio. El trabajo, que aprovechaba algunos tramos ya amurallados, comenzó el mismo año de la unificación, 221 a. C., extendiéndose de este a oeste desde el mar de Bohai hasta el territorio de Gansu. Se trata de un muro de siete a

ocho metros de altura, con un camino de ronda almenado de 5,5 metros, que avanza a lo largo de 6000 kilómetros, serpenteando por valles y montañas. Cada 2,5 kilómetros existía una garita de vigilancia; cada cinco, un puesto de guardia; cada quince, un fuerte; cada cincuenta, una guarnición. Dicen que 300 000 obreros —esclavos, pero también gente libre, obligada a prestar servicio al Estado por el sistema de corvea— trabajaron en ella durante diez años y que el frío, el calor, el agotamiento, las privaciones, los malos tratos y los accidentes produjeron un millón de muertos.

Pero personal era lo que, al parecer, le sobraba al emperador: el funcionamiento de la fortificación requería el servicio de unos 300 000 hombres, lo que, además, solo garantizaba una alerta temprana, a la que debía seguir el traslado de tropas hasta la zona fronteriza, donde cualquier poderoso enemigo, seguramente, ya habría salvado el muro, pues entre guarnición y guarnición, cincuenta kilómetros, solo se podía lograr una densidad de 2500 defensores, es decir, apenas un cordón aduanero. Tanto es así que la Gran Muralla, pese a su magnífica fábrica, que la mantiene en pie veintidós siglos después, solo se mostró eficaz para contener a pequeños grupos de salteadores o aventureros y migraciones de menor cuantía. Pero eso fue más tarde: durante el reinado de Cheng no había enemigo capaz de resistir el empuje de su ejército, formado por un millón de soldados de infantería; diez mil jinetes y mil carros.

Sobre la base de ese poder, el emperador pretendía que la dinastía Quin durara mil años y, al parecer, aspiraba a perdurar todo ese tiempo o, al menos, algo más de lo que la vida le permitiría: cuando apenas había rebasado el medio siglo, comenzó a advertir los efectos del tiempo, la disminución de su agilidad, fuerza y resistencia. Con todo, redobló su actividad. Dicen que diligenciaba «120 libras de expedientes al día» —lo cual debía de ser mucho, aunque no sabemos cuánto, pues por entonces la mayoría de los documentos se fijaban sobre bambú—, pero, paulatinamente, fue dejándolo todo en manos de su ministro y consejero Li Ssu, concentrándose en las campañas militares, la inspección de las obras de la Gran Muralla y las expediciones a tierras lejanas, en las que pretendía hallar el elixir de la inmortalidad. Por cierto, murió en el curso de su afanosa búsqueda.

Pese a su riqueza, boato y poder militar, la dinastía Quin estaba erigida sobre la autocracia y la severidad, que se mostraron cimientos muy frágiles, tanto que, para evitar insurrecciones, ni se comunicó la muerte del emperador hasta que su cadáver no llegó a la capital. Como de inmediato comenzaran las protestas y revueltas por parte de las poblaciones esclavizadas por los trabajos estatales y esquilmas por los impuestos, la capital vivió bajo la ley marcial hasta que concluyeron los funerales del emperador, que fueron fantásticos, según la leyenda, y de los que podemos tener cabal idea a partir del hallazgo, en 1974, de la tumba imperial.

Desde poco después de su acceso al trono, Cheng comenzó a erigirse su monumental sepultura y, ríanse de los faraones, se asegura que no menos de 700 000 obreros trabajaron en ese inmenso complejo funerario durante 39 años. El conjunto,



al menos lo hasta ahora conocido, consta de dos partes bien diferenciadas. En la zona amurallada, con 3870 metros de perímetro, existieron varios palacios y, al lado, el túmulo destinado a la tumba del emperador: una colina de base casi cuadrada con 350 metros de lado y 115 metros de altura, reducidos hoy por la erosión a 76. En este recinto no han cesado los trabajos durante las tres últimas décadas, habiéndose excavado hasta ahora unas seiscientas fosas en las que han aparecido más de 50 000 objetos diversos. Especialmente llamativas son las representaciones de funcionarios, caballos y acróbatas. También se han hallado dos carrozas de ceremonia y paseo construidas en bronce, un conjunto de más de 6000 piezas con arneses de plata y oro. En el área se han localizado, además, numerosos enterramientos de personajes de la familia real y los restos de unas 10 000 personas que, por orden del heredero, fueron obligadas a acompañar al emperador en su tránsito al más allá: sus concubinas que no hubieran tenido hijos, varios funcionarios de confianza y los obreros que estuvieran en el secreto del acceso al sepulcro.

La segunda zona, situada a unos 1500 metros del túmulo, fue lo primero que se halló y, además, es con mucho lo más espectacular y famoso: se trata de las fosas de los guerreros. Hasta ahora se han encontrado tres, con unos 20 000 metros cuadrados de superficie y 4,70 metros de profundidad. En ellas han aparecido 7000 figuras de terracota de 180 centímetros de altura, es decir, algo superior a la estatura media de los chinos actuales. En la sala primera, la inicialmente descubierta, encontramos la guardia imperial en pleno: 6000 guerreros en disposición de combate. En vanguardia, tres líneas de infantería ligera; en ambos laterales, dos hileras de infantería ligera y arqueros, y dentro del cuadro, nueve formaciones de guerreros, de tres en fondo, con armadura, separadas entre sí por muros de tierra de dos a tres metros de espesor y una altura similar a la de los guerreros. Para preservar las piezas de la humedad, los guerreros están colocados sobre un enlosado de ladrillo de forma convexa, de modo que por el subsuelo podía discurrir el agua. Intercalados entre la infantería pesada, quizá reproduciendo una formación de la época, había diez carros de guerra, cada uno de ellos tirado por cuatro caballos.

Sobre el gran conjunto, perfectamente sostenido y entibado, se colocó la techumbre, de madera, protegida por esteras impermeabilizadas y, sobre ellas, una capa de arcilla. Después se cubrió todo con dos metros de tierra de la propia excavación, sobre la que creció pronto la vegetación autóctona que se encargó de ocultar este ejército durante veintidós siglos.

Excavaciones posteriores hallaron otras dos fosas de índole militar; una de ellas representa, probablemente, el cuerpo de guardia del emperador: 1300 guerreros, con 89 carros de guerra y numerosas caballos; la otra, acaso el estado mayor, con 68 guerreros, varios caballos y un carro. Diversas catas delante de la gran formación inicial han mostrado la existencia de una potente columna de 60 carros; dos unidades de caballería con 108 jinetes cada una; un cuadro de 160 ballesteros en pie y otro de 172, rodilla en tierra. Según unos, todo el conjunto constituye una especie de parada

militar; otros prefieren pensar que se trata de maniobras militares presididas por el emperador.

Algunas muestras escogidas de los fantásticos guerreros de Xi'an han recorrido el mundo entero durante las tres últimas décadas, y la verdad es que constituyen una espectacular manifestación artística, pues no se trata de piezas fabricadas en serie mediante un molde, sino que quien los ideó trató de que parecieran retratos arrancados del natural. El material elegido fue la terracota y el procedimiento de modelado y cocido, el mismo que utilizaban los alfareros chinos para fabricar conducciones de agua y alcantarillas, lo cual explica la estupenda conservación del asombroso ejército.

Cada guerrero está formado por ocho piezas diferentes, todas producidas en serie y colocadas muy ingeniosamente por los artesanos: primero, un pedestal; sobre él se fijaban los pies; se les superponían las piernas; a estas se les incorporaban dos piezas, una por delante y otra por detrás: en el caso de la infantería ligera, un ropón que cubre desde el cuello a las rodillas, que representa una protección acolchada de cuero o vegetal; en el caso de la infantería pesada, una armadura —peto y espaldas—, cuyo dibujo reproduce escamas metálicas; a ambos lados se les adosaban los brazos y, finalmente, se les añadía la cabeza. Para individualizarlos, los operarios contaban con diversos tipos de cejas, bigotes, barbas, perillas, orejas y tocados... La pieza ya montada se dejaba secar lentamente a la sombra y luego se cocía en un horno a unos mil grados de temperatura. El último paso era el taller de pintura, donde cada figura recibía la policromía adecuada según el arma en la que sirviera y el cometido que desempeñara. Y la variedad es aún mucho mayor si se considera que este tratamiento se hizo para la infantería ligera, la pesada, los arqueros, ballesteros, jinetes, aurigas y jefes diversos.

Al parecer, la obra, además de quedar oculta bajo una colina de tierra, estaba protegida por fosos laterales laberínticos que conducirían al osado violador de tumbas ante las galerías de tiro de baterías de ballestas montadas con viroles de acero. La tumba fue violentada poco después de su clausura, pero gran parte de las fosas excavadas a partir del hallazgo estaban intactas. ¿Por qué? Porque se habían construido mucho antes de la muerte del emperador, mientras la zona era un secreto de Estado y, pronto, el tiempo y la naturaleza las cubrieron de olvido, que fue lo mismo que le ocurrió a la dinastía Qin.

El hijo del emperador, Ershi Huang Di, tuvo que pechar con una labor sobrehumana: los enemigos exteriores le combatían en las fronteras; en los pueblos se sublevaban los campesinos, reducidos a la miseria por los impuestos; los nobles, largos años sojuzgados, levantaban las viejas banderas rebeldes. Dos caudillos principales aglutinaron a su alrededor a tantos descontentos, y uno de ellos, un hombre ilustrado de humilde cuna y altas cualidades políticas y militares, Liu Pang, derrotó al emperador en el año 206 a. C.; después, hizo lo propio con el resto de los levantados en armas contra los Qin, de modo que en el 202 a. C. pudo proclamar

solemnemente el nacimiento de su dinastía, los Han.

Quin Shi Huang Di ha tenido siempre mala prensa. Naturalmente, la nueva dinastía le cubrió de oprobio para legitimarse, y el confucionismo —instalado con los Han muy cerca del poder— se vengó cumplidamente de las persecuciones, ejecuciones y quemas de libros de que había sido objeto, acusando al emperador difunto de todo tipo de vicios, inmoralidades crueldades y aberraciones. En las últimas décadas, sin embargo, sobre todo tras la aparición de sus fantásticos guerreros, se le ha recordado como unificador de China, engrandecedor de sus fronteras y artífice de la Gran Muralla, una de las muestras del talento constructor chino, comparable con la mejor arquitectura e ingeniería romanas.

### *La Ruta de la Seda*

La dinastía Han, que con diversas alternativas perdurará desde 202 a. C. a 221 d. C., fue una de las más importantes de la historia de China tanto por sus realizaciones como por sus consecuencias. Adoptó, según se ha adelantado, el confucionismo como ética política, lo que, entre otras cosas, dio lugar a que los cargos estatales se consiguieran por méritos, es decir, mediante un examen. El problema es que la prueba evaluaba el conocimiento de una serie de materias expuestas en los textos de Confucio y sus discípulos, con lo cual China dispuso hasta el siglo XX de funcionarios versados en historia y literatura, cosa estupenda al principio y anacrónica al final. No se ocultará, además, que a la obsolescencia de numerosas materias se añadían la unidireccionalidad del pensamiento y la inevitable parcialidad de las adjudicaciones de los cargos: entre confucianos quedaba todo.

Otro avance político fue la universalización de la idea imperial, tendente a eliminar el feudalismo y los intentos disgregadores.

Gran eficacia tuvieron las medidas económicas: las tierras pertenecían al Estado y los campesinos las trabajaban en régimen de alquiler, disposición que permitió terminar con el latifundismo y levantar a los campesinos de la servidumbre a la que, mayoritariamente, habían quedado reducidos. Se abolió la esclavitud, aunque este proceso no se llevó a término a causa de las resistencias que se le opusieron, pero tener esclavos se convirtió en un lujo, pues los propietarios fueron sometidos a fuertes impuestos. De todas maneras, debe decirse que la esclavitud en China fue un fenómeno mucho menos relevante que en Roma o Grecia. Para activar el comercio, el Estado buscó que fueran los propios comerciantes quienes dirigieran el ramo; una de sus creaciones, destinada a superar la escasez de metales preciosos para la acuñación, fue la «piel-moneda»: billetes fabricados en piel de ciervo, que el Estado estaba obligado a aceptar y a cambiar por moneda.

La prosperidad comercial y agrícola provocó un aumento de la población, calculada en 60 millones de habitantes al comienzo de nuestra era, es decir, unos 10 millones más que en todo el Imperio romano. En este y en otros momentos, el

incremento de población alarmó a los poderes públicos, que impusieron restricciones a la natalidad mediante el aborto o el infanticidio. Existe constancia, incluso, de la inútil búsqueda de una «píldora» anticonceptiva, cosa no tan novedosa, pues ya se había intentado en Egipto.

En política exterior, a lo largo de los diversos periodos Han se amplió el territorio de China, que se apoderó de Corea, avanzó sus fronteras hacia el norte y penetró profundamente hacia el oeste, en lo que hoy son Afganistán, Tayikistán y Uzbekistán, alcanzando los límites de Persia; este acercamiento al Imperio romano y al próspero mundo mediterráneo de la época excitaría el interés comercial, inaugurándose los diversos itinerarios caravaneros o marítimos que conocemos como Ruta de la Seda, denominación afortunada del siglo XIX debida al investigador alemán Ferdinand Richthofen.

La noticia de la existencia de China en las culturas mediterráneas es muy tardía, imprecisa e indirecta. En el siglo V a. C. Heródoto menciona a los *sinas* (¿chinos?) y los sitúa en el subcontinente indio; el geógrafo Tolomeo, en el siglo II d. C., llama *seres* (que proviene de *Ssi*, nombre chino de la seda) a los chinos, pero las noticias que tuvo sobre ellos procedían de rutas comerciales marítimas, por lo que supuso que habitaban en la costa de la India. Su contemporáneo y también geógrafo Pausanias habla asimismo de los *seres*, pero creía que vivían en una isla. Según la orientalista Carmen García Ormaechea, las rutas comerciales con el Mediterráneo ya hubieran sido posibles en la época Qin y no se dieron porque los chinos estaban por entonces obsesionados por conservar su cultura, tradiciones y valores, y no tuvieron interés alguno en enviar embajadores y comerciantes hacia Occidente. La idea aperturista surgió con los Han y por carambola: uno de los peligros que la Gran Muralla trataba de conjurar eran las penetraciones de sus vecinos del norte, los *hou* y los *xiungnu*, que eran una rama desgajada del tronco huno. Las peleas con ambos pueblos se prolongaron por siglos. En época Han, el emperador Wen Di, en un momento de debilidad, compró la paz a los hunos a base de seda; dicen que fue tanta la cantidad que les entregó que los hunos vendieron buena parte de ella y que centenares de piezas, tras ventas y reventas, alcanzaron el Mediterráneo, donde la gente pudiente se las rifó. La vía existía, el mercado, también: faltaba organizarlo todo.

El emperador Wu Di (140-86 a. C.), el más importante de esa dinastía, no se libró de los hunos comprándolos con seda, sino que penetró en la meseta de Pamir, siguiendo el curso del río Tarim, en sucesivas expediciones de castigo, al tiempo que buscaba rutas comerciales y yacimientos de jade. Pero el objetivo se le escapaba de las manos, pues el pueblo huno aparecía cuando le convenía y se esfumaba ante el peligro, por tanto buscó una alianza con los *yuejin*, otra nación perjudicada, para atrapar a sus enemigos en una tenaza y terminar para siempre con sus andanzas. El asunto cobró, además, un interés complementario, pues las tierras de las riberas del Tarim, que actualmente forman parte de la provincia china de Xinjiang, se mostraron fertilísimas. Un oficial de caballería, Zhang Quian, partió con una caravana de cien

personas hacia el oeste para urdir esa alianza. No lo consiguió: cayó en una emboscada, perdió a su gente y quedó prisionero de los hunos durante diez años. Al cabo, logró escapar y avanzar hasta la región de Bactria, ya cerca de la frontera de Persia, donde, por fin, halló a los yuejin. Pasó un año con ellos, conoció la región y recibió cuantiosas informaciones del mundo iranio e, incluso, mediterráneo, pero no logró convertirlos en aliados. De regreso, Zhang Qian volvió a caer en manos de los hunos y, después de dos años de cautiverio, logró escapar de nuevo y regresar a China. Aquel intrépido aventurero dejó estupefacto al emperador y sus cortesanos con sus novedades: les habló de pueblos desconocidos, de grandes centros urbanos — Bujara, Samarkanda o Balk—, del poderoso Imperio parto, de un mar rodeado de ciudades y pueblos sujetos al poder de Liejien (quizá, Roma).

Wu Di organizó de inmediato expediciones que consolidaron la presencia de China en el gran valle del Tarim y, como consecuencia, las caravanas comerciales chinas alcanzaron con rapidez las fronteras persas. Con todo, las guerras con los hunos y el declive del poder Han determinaron que el proceso no avanzara a la velocidad que hubieran soñado Wu Di, el conquistador, y Zhang Qian, el descubridor de las inmensas posibilidades económicas de aquellas rutas. Habría que esperar hasta la segunda mitad del siglo II d. C. para que el general Pan Zhao, al frente de un poderoso ejército, desbaratase nuevamente a los hunos y sometiera a vasallaje las tierras del Tarim, hasta la cordillera del Hindu-Kush y la meseta de Pamir, que aún hoy son los límites occidentales de China. En aquella época, el territorio chino alcanzó su máxima extensión geográfica, cerca de nueve millones de kilómetros cuadrados, que es parecida a la actual, quitando Corea, independizada durante la decadencia de los Han, y añadiéndole el Tíbet, incorporado posteriormente.

Los romanos supieron muy poco de China, aunque impondrían ese nombre en la cultura occidental: procede de la denominación de la dinastía Qin o Ch'in, que Roma transformó en *Sina*, para terminar en China. Compraron productos chinos: lacas, cerámicas finas, armas exóticas y, en particular, seda, a veces en piezas, pero, sobre todo, en madejas, ovillos o bobinas, que solían tejerse en los viejos emporios fenicios, a la sazón englobados en la provincia romana de Siria. Muestra del aprecio que los romanos tuvieron por esta fibra textil es que Caracalla organizaba un escándalo en palacio cada vez que le faltaban vestidos de seda. Pero Roma no tuvo contactos directos con China: una vez, en 37 a. C., midieron casualmente sus armas en la Sogdiana, en el curso de las confrontaciones romanas con los partos, y consta que Marco Aurelio envió una embajada diplomática a China de la que nunca más se supo. El comercio chino-romano se realizaba, inicialmente, por medio de los partos, y cada vez que había conflictos entre estos y Roma, que era casi siempre, quedaba interrumpido.

Más tarde, entre chinos y partos se interpuso el reino de Kushana, que englobaba el norte de la India, Pakistán y Afganistán, de modo que los partos perdieron el

lucrativo comercio y una palanca con cierta fuerza política. Kushana se puso rápidamente en contacto con Roma y se convirtió en el mediador de ese comercio, cuyo volumen aumentó, añadiendo las especias a la seda: las mercancías chinas y las especias indias llegaban por tierra a los puertos del mar Árabe y, desde estos, en barco, alcanzaban la península Arábiga; en Adén desembarcaban y, mediante caravanas, llegaban al Mediterráneo. Ruta alternativa era el mar Rojo: los mercaderes desembarcaban en Aqaba y, desde allí, esparcían sus productos por la Decápolis o en el puerto de Suez para, por tierra, alcanzar Alejandría.

Los chinos supieron mucho más de los romanos que estos de aquellos. De los productos mediterráneos y romanos lo que más estimaban eran los caballos, la simiente de alfalfa, los plantones de vid, la lana, el lino en madejas y los objetos suntuarios o preciosos: ámbar, perlas, cuentas de vidrio y corales.

Los Han desaparecieron en el año 220 d. C., mientras escandalizaba Roma el emperador Heliogábalo, aquel loco inútil que, precisamente, adoraba la seda. No terminó con ellos el próspero comercio, que, pese al caos que reinó en China los siglos siguientes, mantuvo su actividad, aunque con decreciente pujanza, porque Roma también estaba en plena cuesta abajo. Dicen que uno de los motivos significativos de la escasez de oro y plata que padeció Roma en los siglos III y IV fue la desafortunada afición a la seda que se extendió entre los romanos, capaces de gastarse la hijuela por poseer aquellos lujosos tejidos.

Se supone que los japoneses robaron a China el secreto de la seda en el siglo III d. C. Los indios, que codiciaban el lucrativo comercio, hicieron lo propio no mucho más tarde y, desde la India, mercaderes bizantinos lograron sacar de contrabando huevos del industrioso gusano en el siglo VI. En la baja Edad Media, toda la ribera norte del Mediterráneo conocía las moreras, criaba gusanos y producía sedas de excelente calidad.

En época Han se introdujo el budismo en China y parece que fue la Ruta de la Seda una de las principales vías de penetración. De todas maneras, los conceptos culturales budistas eran tan extraños a los chinos que sus avances fueron muy lentos. Se utilizó el taoísmo como envoltura y se usó políticamente como elemento de cohesión en el siglo IV, durante las terribles crisis acaecidas tras el ocaso de los Han, ya en pleno eclipse del mundo antiguo, también en China.

Efectivamente, el periodo de los Tres Reinos (225-265 d. C.) fragmentó en tres grandes porciones el imperio Han, y la atomización territorial y económica aún se incrementaría durante la larga etapa de las Seis Dinastías (265-429). Decadencia política, cultural, tecnológica, económica que no cesó hasta la restauración llevada a cabo por las dinastías Hui y Tang (581-907), que temporalmente coinciden con nuestra alta Edad Media.

En general, no se advierten grandes saltos en los conocimientos, la ingeniería y los avances técnicos entre mundos tan lejanos e incomunicados como China y las

culturas del Mediterráneo. Suele decirse: «Esto ya lo conocían los chinos». Unas veces es verdad, otras, no. En esta época los chinos ya habían inventado el papel, la tinta y el pincel, que tardaron siglos en alcanzar Europa, pero estaban más atrasados en el arte de navegar o en las técnicas metalúrgicas. Disponían de un arma mortífera que se extendió en nuestros campos de batalla a partir del siglo X, la ballesta, pero aquí también se conocía, aunque no se utilizaba porque su lentitud la hacía menos eficaz que los arcos en uso; otras armas y las protecciones del guerrero, sin embargo, parecen inferiores. Sus avances agrícolas, sus regadíos, no mejoraban lo que aquí había. Conocían un arado con vertedera siglos antes de que en Occidente se aplicara, pero el arado romano con cuchilla, reja y ruedas, arrastrado por bueyes, era una herramienta tan eficaz que solo sería superado a finales del siglo XVIII. Durante el I milenio a. C., los chinos ya utilizaban la fuerza del agua para mover sus molinos harineros; el sistema, aunque con otro diseño, también se empleaba en el Mediterráneo antes de nuestra era y su mecanismo fue tan perfeccionado que se sabe de molinos tardoimperiales que molían tres toneladas de cereales a la hora. Sistemas mecánicos movidos por el agua, la tracción animal o humana, para moler, extraer agua, prensar, etc., se dieron en ambos mundos con escasa diferencia temporal.

El arte chino es distinto, fino, delicado, utilizó materiales como la laca o la seda, que en Occidente o no se empleaban o no se conocían. Sus artistas crearon paisajes, caligrafías, decoraciones geométricas y florales de depurada elegancia y calidad, pero es absurdo parangonar este arte con el de las culturas mediterráneas, porque no existen parámetros para hacerlo. Su escultura y sus relieves alcanzaron un alto grado de perfección y fantasía, pero no deben compararse a los grecorromanos, sobre todo porque son diferentes en su concepción ideológica, estética y técnica.

Su medicina era también peculiar, pero no más avanzada que la grecorromana. Habían desarrollado la acupuntura, desconocida en Occidente, pero no tenían conocimiento de la cirugía: el cuerpo humano era tan sagrado que no debía ser profanado por un bisturí. Su farmacopea utilizó sustancias aquí ignoradas, pero carecía de otras empleadas con éxito en el Mediterráneo. Si algunas de las formas de diagnosticar de nuestros galenos del mundo antiguo provocan hoy la risa, lo mismo ocurre con sus contemporáneos chinos, que reconocían las dolencias incluso por la sombra del enfermo. Por lo demás, abundaban allí el chamanismo y la hechicería, como aquí.

## **INDIA. CRISOL DE CIVILIZACIONES**

La revolución neolítica en el valle del Indo fue casi tan madrugadora como en el Creciente Fértil, pero en el resto del subcontinente indio resultó mucho más tardía, lo cual no resulta raro en un conjunto geográfico de más de 4 000 000 de kilómetros cuadrados (hoy India, Pakistán y Bangla Desh) que de norte a sur (del Hindu-Kush a

cabo Comín) mide 3600 kilómetros y una cifra parecida de este a oeste (de la frontera de Birmania a la de Irán), una extensión equivalente al Mediterráneo y a sus tierras ribereñas entre los paralelos 25 y 48 (desde el Sahara a los Alpes).

En el valle del Indo florecieron hace 6000 años culturas (Mohenjo Daro y Harappa) que trabajaban el cobre y utilizaban técnicas agrícola-ganaderas casi tan tempranas como las del Próximo Oriente. Hacia 2500 a. C., es decir, medio milenio después que Sumer, conocían la escritura, aunque no podamos leer sus textos, pues la lengua harappa aún no ha sido descifrada.

Acerca de estas civilizaciones primigenias de la India, los especialistas destacan la concentración de la población en ciudades (más de sesenta en el valle del Indo) y el excelente desarrollo urbanístico, con grandes vías (de hasta diez y más metros de anchura) que comunicaban almacenes y centros de producción artesanal con puertos instalados en las riberas del río o de la mar, aspecto este —su ubicación junto a algún curso fluvial navegable o en la costa— también reseñable. Sorprende, asimismo, la excelente organización municipal: disponían de abastecimiento de agua, desagües y cloacas, avances sorprendentes en una región como esta, que, en palabras de Carmen García Ormaechea, brindaba a aquellas gentes del borde de la historia «unas condiciones de vida mucho más favorables que las de la mayoría de los poblados actuales que rodean estas ruinas».

Resulta llamativa, también, la ausencia de templos, pues sabemos que fueron pueblos muy religiosos y existe hasta hoy una continuidad: sus antiguas deidades siguen instaladas en el panteón hindú. La India cuenta con unos 1200 millones de habitantes, de los cuales cerca de 500 son analfabetos (40%) y 700 viven vinculados al campo, donde el porcentaje de analfabetismo supera el 50%. Por tanto, la existencia de una gran parte de ellos discurre en lugares apartados donde el horizonte no es muy distinto al de la Antigüedad, por lo que no resulta extraño que pervivan las creencias en una diosa madre y en deidades de la fertilidad, la guerra, la naturaleza, el agua, dioses benévolos y dioses malvados muy similares a los que rindieron culto sus antepasados del valle del Indo hace 4000 años. Habrán evolucionado los nombres, se habrá complicado su contenido teológico, pero los hindúes, que son el 82% de la población de la India, aceptan un complejo panteón con centenares de deidades, a menudo superpuestas y, con frecuencia, contradictorias. De la antigüedad de estas creencias dan fe los torsos de Harappa, que hoy tienen cuatro milenios: dos estatuillas, masculina y femenina, de nueve y diez centímetros, respectivamente, trabajadas con esmero, que indudablemente representan la fertilidad; el torso masculino, esculpido en porfirio rojo, debió de estar dotado de un desproporcionado pene (*lingam*), según se puede deducir por la huella que dejó su fractura y por la hechura del correspondiente torso femenino, en caliza negra, al que se dotó de un desproporcionado orificio vaginal (*yoni*). *Avant la lettre*, representarían a Siva, dios de la creación, según sus seguidores, y a su esposa Shakti, diosa madre. *Avant la lettre*, porque los *Vedas*, que recopilan la cosmogonía hindú, reúnen a las deidades de



su panteón e indican la manera de honrarlas y obtener sus mercedes. Son unos ocho siglos anteriores a nuestra era, es decir, están a más de mil años de distancia de los referidos bustos, aunque algunos cánticos y versos recogidos en ellos serían próximos o, incluso, contemporáneos.

¿Cómo se creó el mundo según los indios? Aunque las teorías son varias, todas entrañan un sacrificio original. Unos creen que la creación fue obra de Visvakarman, «el hacedor de todo», un ser inmenso, sabio, bueno y fuerte al que se representa con múltiples ojos, bocas, brazos y pies para significar que todo lo ve, todo lo sabe, todo lo puede. A partir del caos, Visvakarman separa el cielo de la tierra y todo se va creando mientras «el hacedor de todo» se extingue, «como le ocurre a la leche cuando el pastor la bate y fabrica la mantequilla».

Según otra leyenda, acaso complementaria, el ser primigenio fue Purusha, también dotado de mil bocas, mil ojos, mil brazos y mil piernas, que alumbró de su ser a los dioses y a los sabios. Estos, con hondo pesar, ataron a Purusha y lo sacrificaron, lanzando durante el ceremonial un gran trozo de mantequilla al fuego. La mantequilla se deshizo, formando la primavera; el aroma de su fusión creó el verano y la propia ofrenda, el otoño. Muerto Purusha, fue descuartizado y con sus trozos se creó cuanto existe: con la cabeza se hizo el cielo; con los pies, la tierra; con el ombligo, el aire; los ojos dieron lugar al sol, el alma, a la luna, y de su boca surgió la tríada fundamental del panteón hindú: Indra (el aire), Agni (el fuego) y Surya (el sol).

De Purusha brotaron, también, las cuatro castas iniciales de la India: los *brahmin* (brahmanes, sacerdotes) salieron de la boca; los *khastriya* (nobles y guerreros), de los brazos; los *vaishya* (comerciantes y campesinos), de las piernas, y los *shudra* (siervos), de los pies.

Una tercera versión asegura que Purusha no fue sacrificado, sino que de su espíritu nació el universo cuando, consciente de sí mismo, dijo: «Soy». Recuérdese que la autodefinición de Yavé en la Biblia es: «Soy el que soy», por tanto, nada nuevo bajo el sol. Pero sigamos con esta versión del mito hindú: harto de su soledad, deseó tener una compañera, por lo que se dividió en dos partes, masculina y femenina, y entre ambas engendraron a la humanidad. Y hete aquí que la mitad femenina advirtió que vivía en un vergonzoso incesto, haciendo el amor con su padre, de modo que huyó, y para que Purusha no la encontrara, se metamorfoseó en un animal; no contaba la muy ingenua con la sabiduría de su padre y marido, que a su vez se convirtió en el más hermoso macho del mismo género, copuló con ella y, metamorfosis tras metamorfosis, con sus respectivas persecuciones, cortejos y asaltos amorosos, nacieron todos los animales de la tierra.

Pero el panteón indio da para mucho más; por eso se llegó a una síntesis que a todos pudiera complacer: el *trimurti*, la tríada que figura en la cúspide de los órdenes sagrados. En ella se encuentran Brahma (dios creador), Visnú (dios que conserva la creación) y Siva (dios destructor, el causante del caos). Cada día de la vida de

Brahma dura 4320 millones de años; por la noche, mientras duerme, si Visnú no se anda con cuidado, Siva lo destruye todo y, a la mañana siguiente, Brahma debe reconstruirlo. Visnú no suele perder de vista al terrible Siva, por lo que las eras de la humanidad duran miles de millones de años, pero a veces se descuida. Vivimos ahora en la era de la Kaliyuga, época terrible de guerras, desastres naturales, enfermedades, pobreza... Durará solo 432 000 años, al cabo de los cuales Siva lo destruirá todo, y Brahma habrá de reconstruirlo.

Es fantástica la mentalidad humana. El creador, el gran Brahma, ha terminado siendo un dios secundario, de modo que en la India actual tiene muchos más seguidores Visnú, al que no pocos elevan sus oraciones para que no deje de vigilar a Siva e impida que desencadene catástrofes irreparables. Pero, con mucho, quien más fieles reúne es Siva, que ha evolucionado en su teología, pasando de dios destructor y caótico a creador y fecundador. Cuentan sus fieles que la tríada discutía junto a un lago quién era el más grande. Brahma y Visnú expusieron juiciosamente sus muchos argumentos y, en estas, vieron asombrados cómo del lago emergía una columna envuelta en llamas que se perdía en el cielo.

—¿Qué es esto? —se preguntaron muy intrigados.

Dispuestos a averiguarlo, Brahma se convirtió en cisne y voló en busca de la parte superior de la columna, mientras Visnú, metamorfoseado en jabalí (¡!), se lanzaba al lago para determinar dónde estaba su base. Ambos porfiaron inútilmente durante mil años en busca del principio y el fin de la columna, hasta que, agotados y chasqueados, regresaron al punto de partida, y ¡cuál no sería su sorpresa cuando vieron a Siva dentro de la columna! Entonces comprendieron que esta no era otra cosa que su *lingam*, su inmenso pene fecundador. Por eso, Siva ha terminado siendo la primera de las deidades hindúes. Complementaria de esta leyenda es la mentira de Brahma, que se jactó de haber alcanzado la cúspide de la columna; su falsificación de la verdad fue castigada, convirtiéndose en una deidad menor.

Hemos avanzado hasta este punto partiendo de la no existencia de templos en las primitivas ciudades del valle del Indo. ¿O sí existían y no los hemos hallado? Esto es lo que sucede. En una civilización tan apegada a la naturaleza y al agua es probable que sus lugares de culto se localizaran al aire libre, en torno a un estanque, y ese tipo de espacios sagrados sí han podido detectarse. Lo mismo que se han hallado los vestigios de su sacerdocio: los arqueólogos han encontrado decenas de pequeños bustos de piedra (de 15 a 35 centímetros), datados hace 4000 años, que representan a majestuosos hombres, en general con pelo corto y barba, ataviados con severa indumentaria: manto sobre el hombro izquierdo que cruza el pecho y, a veces, alguna pulsera o diadema.

Por tanto, ya podemos bosquejar el panorama de aquella primera civilización india: se trataba de gentes muy mezcladas de origen antiquísimo: pigmeos cazadores, protoaustralianos, emigrantes mesolíticos del Mediterráneo oriental y, más

modernamente, pueblos llegados de Asia central y de las mesetas armenias, cuya amalgama terminaría por formar la etnia drávida, que recibe su nombre del río Ravi, afluente del Indo. Los drávidas se extendieron paulatinamente hacia el sur, constituyendo la más genuina etnia de la India: tuvieron una cultura avanzada, cultivaban la tierra con esmero, criaban animales y aprovechaban sus derivados, batían cobre, fundían bronce, conocían la escritura, vivían en ciudades bien organizadas y sostenían un comercio ágil gracias a las comunicaciones fluviales. Los hallazgos arqueológicos los muestran como hábiles artistas, que esculpen y pulen piedras duras con excelente técnica, dotan de correctas proporciones a sus figuras y les dan un trato naturalista. Gentes religiosas que construyen una teogonía compleja y un panteón que engloba las fuerzas de la naturaleza y plasma en ellas sus virtudes, vicios, esperanzas y temores: el sol, el aire, la tempestad, la luz, la luna, el agua, los ríos, las plantas, la fertilidad, la vegetación, la sabiduría, la música, la literatura, el caos, la maldad... Nada demasiado diferente a lo ya visto en otros panteones primitivos, nada demasiado extraordinario salvo porque aquí —como se ha apuntado— perviven todavía hoy esas creencias.

Esa civilización del valle del Indo desapareció a lo largo del II milenio a. C. por dos causas primordiales. En primer lugar, la inconsciente y progresiva destrucción del medio natural: la deforestación galopante, tanto para satisfacer las necesidades de madera como para ensanchar los terrenos de cultivo, abrió camino a las riadas, a la erosión y empobrecimiento de los suelos, de modo que la extraordinaria y fértil llanura, que había acumulado durante milenios los aportes de los ríos que descienden del Himalaya y se unen en la cuenca del Indo, se convirtió en una estepa. Y este fenómeno entró en combinación con las invasiones de los indoarios, a los que hemos visto partir de sus tierras originales de Ucrania, al norte de los mares Negro y Caspio, buscando una vida más fácil. Oleadas de familias y tribus de guerreros a caballo que nomadeaban con sus ganados, dejando un rastro de destrucción a su paso o deteniéndose donde la vida pudiera ganarse más fácilmente, cayeron sobre el valle del Indo en torno a 1500 a. C. Las poblaciones autóctonas se opusieron a ellos; eran más numerosas, pero poco pudieron hacer ante la poderosa y experta caballería y ante las oleadas de carros de los *purandara*, «destructores de ciudades», que los derrotaron y arrasaron su civilización. Los invasores, en palabras de García Ormaechea:

Eran seminómadas, no fundaban ciudades ni construían en ladrillo; aguerridos, de piel clara y nariz prominente, llevaban el pelo largo, que, a veces, trenzaban o se recogían sobre la cabeza. Apenas sabían de agricultura y desconocían el cultivo del arroz y del algodón. Se asombraban ante el tigre y el elefante o «animal que posee una mano» (...) desde un principio despreciaron a los conquistados, a los que denominaron *dasa* y *dasyu* (esclavo) y, más peyorativamente, chatos, oscuros y adoradores del falo.

El conquistador ario eleva plegarias a su dios de la guerra, Indra, según aparece en un canto del *Rig-Veda*:

Tú distingues entre el ario y el drávida, entre el que ofrece sacrificios y el hombre sin ley.

\*

Protege, oh Indra, en todas las batallas al ario que sacrifica; castiga al hombre sin ley, sujeta el piel negra al ario.

\*

Tú, Indra, has humillado y matado al drávida, has ayudado al color ario.

\*

Tú te has lanzado con tu carro de ruedas sobre los sesenta jefes enemigos y has destruido sus sesenta mil fortalezas...

Estos conquistadores impusieron su idioma, el sánscrito, que paulatinamente se extendió a toda la India, aunque algunas poblaciones del sur, de origen dravídico, aún hablan el idioma tamil, alzándolo como seña de identidad, y sus reivindicaciones nacionalistas han suscitado un grave problema terrorista en la provincia de Madrás, al sureste del subcontinente, junto al golfo de Bengala.

Alguno de los viejos valores de los nuevos señores se convirtió también en costumbre, por ejemplo, el tratamiento sacralizado que recibe la vaca en casi todo el país. Los indoarios introdujeron la vaca en el subcontinente y la mostraron como un animal superior: daba leche, crías, pieles, cuernos, estiércol y, al final de sus días, carne. Con el tiempo, se fue convirtiendo en un animal sagrado que campaba y campa por sus respetos por la India, alimentándose de lo que mejor le parezca apropiarse, pues no debe tenerse estabulada ni ser maltratada. Cabe, no obstante, otra explicación: que los indoarios llegaron con muy poco ganado y, para no comerse su cabaña de bóvidos, que en la India no encontraron, decidieran preservarla dándole a la vaca un trato especial y reservándola para la explotación de sus productos. Y la costumbre se hizo ley. Si ese fue su auténtico origen hay que reconocer que lograron su objetivo: la India cuenta hoy con la primera cabaña bovina de la tierra. Se aprovechan exclusivamente su leche y sus crías salvo en algunos estados de mayoría budista o musulmana, donde recibe un tratamiento similar al del resto del mundo.

Con todo, los indoarios se fueron mezclando con la población nativa; su idioma fue adoptando modulaciones dravídicas, y su panteón, amalgamándose con el que hallaron en las tierras de acogida. Ese proceso, que tuvo lugar casi a lo largo de un milenio, se denomina periodo védico. Véase un hermoso texto decimonónico sobre aquella religión primitiva y sencilla:

Cantaban al rayar el alba, al mediodía y al ponerse el sol, al aire libre y bajo la bóveda del cielo. No se cantaba en el templo, pues no los tenía aquel pueblo sino dentro de una cerca, en el centro de la cual había un montículo a modo de altar, cada uno de cuyos lados correspondía a uno de los puntos cardinales, un banco de césped para los dioses, para los manes evocados; un hogar para el sacrificio, manteca, leche; una bebida reconfortante; como oficiantes, el padre y la madre y, por fieles, los hijos. Culto ingenuo y primitivo, en nada complicado y que lo mismo servía para el ario de Punjab que para el de Irán.

*Veda* significa «sabiduría» y, refiriéndose a la literatura védica, sería aquello que se percibe sobrenaturalmente. Esa sabiduría fue durante siglos un conocimiento esotérico que se transmitía de los maestros a los discípulos. La acaparaba la clase

sacerdotal, que se convirtió en la casta superior gracias al monopolio de su secreto: el origen del universo, el panteón de sus mil dioses y las formas adecuadas de dirigirse a ellos.

Los *Vedas*, considerados por los hindúes literatura revelada, se recopilaron en cuatro libros redactados en sánscrito y publicados a partir de 800 a. C. De más antiguo a más moderno: el *Rig-Veda (Veda de las alabanzas)*, 1017 himnos dedicados a la divinidad, agrupados en diez ciclos, que en parte contienen el panteón hindú y sus ideas sobre la creación; el *Samma-Veda (Veda de los cantos)*, compuesto por 1549 versos que forman los textos que deben ser cantados en las ceremonias religiosas; el *Yajur-Veda (Veda de la adoración)*, libro para uso de los sacerdotes, que recoge en prosa y verso plegarias, fórmulas mágicas y conjuros; y el *Atharva-Veda* (miscelánea de los tres anteriores), integrado por 760 himnos, divididos en 38 capítulos, y que contiene canciones, leyendas, hechizos y encantamientos populares; es el de recopilación más reciente, ya en nuestra era, aunque parte de su contenido procede de tradiciones y versos de transmisión oral, incluso del II milenio a. C.

Esta sabiduría védica es casi cuanto queda de esos siglos oscuros, que carecen de respaldo arqueológico relevante (apenas ciertos tipos de cerámica), cosa comprensible porque la ruina de las civilizaciones del Indo solo dejó agricultores miserables mezclados con arios seminómadas que nada duradero construían y nada conservaban, salvo sus tradiciones, mitos y leyendas. De estas, las más relevantes son las epopeyas *Mahabharata* y *Ramayana*, joyas de la literatura universal y ambas con extraordinaria influencia en la configuración de la mentalidad india. Estas obras debieron de elaborarse entre los siglos VI y IV a. C., aunque contengan elementos mitológicos y fantásticos anteriores, pero su redacción definitiva es de comienzos del siglo III d. C.

El *Mahabharata*, atribuido al mítico Vyassa —poeta ciego, acaso encarnación de Visnú, que vivió mil años—, es realmente una obra colectiva que narra las hazañas de los cinco hermanos Pandavas, casados todos con la bella y dulce Draupadi, en su lucha contra los Kauravas, que no aceptaban un reparto territorial. Haciendo trampas a los dados, lograron los Kauravas expulsar al exilio a los Pandavas, pero, tras doce años de ausencia, estos regresaron reclamando sus tierras y derechos, que recuperaron después de vencer a sus enemigos en una tremenda batalla que duró dieciocho días. Finalmente, aunque dos de los Pandavas perecieron en el combate, el hermano mayor, Yudisthira, fue coronado rey.

La obra, compuesta por 200 000 versos, divididos en dieciocho libros, contiene, además de ese hilo argumental, una inmensa maraña de leyendas entrecruzadas y consideraciones filosóficas. La interpolación más llamativa es el *Bhagavad Gita*, incluido en el libro sexto, cuyas reflexiones filosóficas son, para sus seguidores, la base de la revelación de Krishna, dios del amor y encarnación terrenal de Visnú. En algunos momentos esta narración reviste tan dramática grandiosidad que el 16 de julio de 1945, tras el sobrecogedor éxito de la prueba de la bomba atómica en

Alamogordo, su artífice, el físico Oppenheimer, anotó en su diario: «Recordé una frase del *Bhagavad Gita*: “Soy la muerte, el destructor de los mundos”».

La otra gran epopeya es el *Ramayana*, atribuida al poeta Valmiki, compuesta por 24 000 versos. Se trata de un culebrón sentimental que, en palabras de García Ormaechea, «se sublima hasta lo divino, con carácter de revelación, gracias a que sus dos protagonistas, Rama, el héroe, y Sita, la heroína, se contemplan como símbolos del alma universal y del alma individual, respectivamente».

Rama, príncipe de grandes cualidades morales, guerreras e intelectuales, es el heredero del reino de Ayodhya y logra casarse con la más hermosa de las princesas, Sita. Su felicidad es interrumpida por una intriga palaciega por la que uno de sus hermanos es nombrado heredero, y Rama se exilia seguido por Sita y Lakshmana, otro de sus hermanos. Refugiados en un bosque, les persiguen todo tipo de seres demoníacos a los que van derrotando uno tras otro, hasta que el diablo Ravana halla la ocasión para raptar a Sita y se la lleva a Lanka (Sri-Lanka o Ceilán, gran isla de 65 600 kilómetros cuadrados, separada del subcontinente indio por el estrecho de Palk).

Afortunadamente, Rama puede contar con la ayuda de Sugriva, rey de los simios, que le debe un favor. Entre los monos se distingue el gran Hanuman, hijo del dios del viento, un simio saltador que, en su infancia, dio un salto de miles de kilómetros para alcanzar el sol, creyendo que era una naranja. Naturalmente, Hanuman, que va a terminar por convertirse en coprotagonista de la obra, alcanza Lanka con un pequeño salto y se entrevista con Sita, a la que conforta para que resista las presiones de Ravana, que quiere hacerla suya, porque su amado está en camino.

Rama, al frente del ejército de los simios, llega hasta el golfo de Mannar para comprobar, desesperado, que no tiene medios para cruzar el estrecho. Los monos descubren la forma de hacerlo: cinco millones de ellos forman una cadena que va arrojando piedras a la mar hasta generar una hilera de arrecifes y, saltando de uno a otro, logran alcanzar la isla. Quizá no los crearan los simios, pero los arrecifes siguen allí y se conocen como puente de Adam o paso de Rama. El héroe traba combate con Ravana, un diablo difícil de vencer porque cuenta con veinte cabezas y cuarenta brazos, pero, finalmente, logra matarlo y los monos terminan con el ejército demoníaco. Rama premia a Hanuman concediéndole un deseo: vivir tanto como la fama de Rama, es decir, la inmortalidad.

Todo parece encaminado a un final feliz con el encuentro de Rama y Sita, hasta que se interpone la ley: Rama debe repudiar a Sita, pues ha estado viviendo en la casa de otro hombre. Pero la princesa es una heroína de fuste y decide pasar la prueba del fuego para demostrar su inocencia: se sube a una pira, la rodean las llamas y, ¡oh, prodigio!, sale de ellas sin daño alguno. Nada puede ya obstaculizar el amor de los príncipes, que, para culminación de su dicha, son llamados de su reino para ocupar el trono.

Esta epopeya ha suscitado múltiples manifestaciones poéticas, musicales y

representaciones artísticas, y la fiesta de Rama, que coincide con el comienzo de nuestra primavera, es la ocasión preferida por las parejas hindúes para casarse.

Herencia, también, del dominio indoario y de su mezcla con los nativos es el sistema de las castas, que todo el fenómeno modernizador de la India —en muchos aspectos espectacular, por ejemplo, en el ámbito de la informática— aún no ha superado.

Ya se adelantó que, según el mito de Purusha, de su boca, brazos, piernas y pies brotaron las cuatro castas: sacerdotes (brahmanes), guerreros, comerciantes y campesinos, y siervos. Pero la fijación definitiva de las castas se debe al *Rig-Veda*, que las hace surgir de Brahma: de su boca proceden los brahmanes; de sus brazos, los guerreros; de sus piernas, los comerciantes, y de sus pies, los campesinos; tras ellos, sin casta siquiera, se encuentran los parias, los intocables, cuyo cometido era realizar los trabajos más humildes y desagradables. Esta clasificación tiene un fuerte componente racial, pues fue impuesta por los invasores arios, a los que ya se vio menospreciar a los nativos. El término «casta» se debe a los portugueses, que comenzaron a llegar al subcontinente en el siglo xv y se fueron definitivamente a mediados del siglo xx. En la India —aunque también se utiliza «casta»— se prefiere la palabra *varna* («color»). Ya se dijo que uno de los calificativos peyorativos de los arios hacia los dominados era «oscuro». Aunque hubiera cierta mezcla, la mayoría de los sacerdotes y guerreros serían de origen ario; más promiscua resultaría la clase de los comerciantes, incluyéndose entre ellos los nativos más prósperos; los agricultores serían indígenas en su inmensa mayoría. Los parias, fuera de clase, procederían de la esclavitud o del campesinado sin tierra.

Al elemento racial debe unirse el religioso: los sacerdotes, intérpretes de los textos sagrados, encargados del ceremonial, mediadores entre dioses y humanos, debían pertenecer a la casta superior. Las barreras entre castas eran difícilmente superables; es más, el paso a la casta sacerdotal era imposible y parece que lo sigue siendo: el brahmán puede ser pobre, pero siempre pertenecerá a la casta superior; un campesino rico seguirá teniendo su origen en los pies de Brahma y, por tanto, no podrá casarse con la hija de un brahmán, aunque este se encuentre en la miseria.

Uno de los aspectos más llamativos de las castas es que las inferiores podían contaminar a las superiores incluso con su mera proximidad: ¡un paria contaminaba a un brahmán a veinticinco metros de distancia; un campesino, a quince; un comerciante o artesano, a doce metros!

Siempre bajo la guía experta de García Ormaechea, el gravísimo problema social de las castas tiene hoy aparejadas algunas ventajas: el hindú se siente seguro, protegido y asistido dentro de ellas, y tiene acceso a centros asistenciales financiados por la propia casta. En su pervivencia, las castas han ido degenerando: se especializaron y aumentaron su número por millares, componiendo un laberinto inextricable, de modo que «hoy los indios hablan más de su nacimiento que de su casta, es decir, de su familia o de su grupo social».

Como es obvio, en la sociedad actual las primitivas castas han ido aumentando el número de sus funciones o papeles; el brahmán no solo es sacerdote, sino que puede ser profesor, científico, artista o médico; los guerreros se convirtieron en la aristocracia de la India y hoy son militares, terratenientes, profesores, artistas o desempeñan profesiones liberales. En eso no se diferencian demasiado de los miembros de la tercera casta, que aún son comerciantes, aparte de ejercer todo tipo de trabajos profesionales, funcionariales y artesanales, conformando la casta más productiva, vigorosa, tolerante y mezclada de la India. En cuanto a los *sudras*, siguen siendo agricultores, por tanto, son mayoría dentro de la población, los más pobres y atrasados del país.

Tras el periodo védico surge un momento esplendoroso en la cultura e historia de la India: nace Buda, «el Iluminado», uno de los grandes personajes de la espiritualidad universal, iniciador del budismo, que tiene centenares de millones de fieles en toda Asia y, aunque en la India sus seguidores no alcanzan ni el 2% de la población, ha ejercido gran influencia histórica, cultural y social sobre el país desde su comienzo, en el siglo V a. C.

Siddhartha Gautama (560-480 a. C., aproximadamente), más tarde llamado Buda, nació en una familia noble, acaso principesca. Según la leyenda, mientras su madre dormía quedó embarazada de un sagrado elefante blanco. Avanzada su gestación, decidió retirarse a meditar a la soledad de un bosque, en el cual dio a luz a Buda, que no era un niño, sino ya todo un hombre, aunque del tamaño de un bebé. Acudieron presurosas 80 000 personas al lugar para contemplar el prodigio; 100 madrinas corrieron a respaldar su llegada al mundo y 108 sacerdotes se reunieron para respirar su olor de santidad. La madre murió de inmediato para morar entre los dioses.

Mientras Siddhartha crecía, a conocimiento de su padre, el poderoso Suddhodana, llegó una profecía: el chico se convertiría en un gran príncipe o en un profeta, un iluminado, en una palabra, en un *buda*. Suddhodana deseaba, claro, lo primero, y para que no se le desviara el mozo construyó tres palacios donde todo fuera variado, abundante y placentero. El príncipe Siddhartha creció así virtuoso, sabio, fuerte y hábil con la pluma, los instrumentos musicales y las armas, ignorando el hambre, la pobreza, la enfermedad, la vejez y la muerte. Llegado el momento, se casó con la encantadora princesa Yasodhara, pero su felicidad conyugal comenzó a ser turbada por una inquietante cuestión nunca antes planteada: ¿qué había tras los muros de los jardines?, ¿cómo era el mundo que se divisaba desde las ventanas de sus palacios?

Su padre tuvo que afrontar la situación pero, asustado ante lo que pudiera pasar, ordenó limpiar los alrededores, adornar las calles, reparar y pintar las fachadas; los pobres fueron trasladados a otros barrios, los tullidos, encerrados en sus casas. Acompañado por su criado Chandaka, el príncipe abandonó un día el palacio y paseó por su exterior; todo era igual de estupendo que dentro, constató feliz, hasta que vio a una persona encorvada, que se movía titubeante con la ayuda de un bastón.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el príncipe.



—¡Oh!, no es nada. Solo es un viejo.

—¿Y por qué es un viejo?

—Porque es lo natural, es lo que nos pasa a todos los humanos: después de nuestra madurez, envejecemos.

Siddartha y Chandaka volvieron a salir al día siguiente y, pese a que los guardias habían peinado el barrio para que nada desagradable pudiera turbar al príncipe, uno de los transeúntes que con ellos se cruzaron sufrió un desmayo, cayó al suelo retorciéndose de dolor y, llevándose las manos al estómago, comenzó a devolver.

—¿Qué le pasa a ese hombre?

—Nada extraordinario. Está enfermo.

Así se enteró Siddartha de la existencia de la enfermedad. Su siguiente salida no fue más sosegada. Aterrado al descubrir la muerte, inquirió:

—¿Por qué se ha muerto?

—No lo sé, pero es lo normal. Todos tenemos que morir.

—¿Cuándo se muere uno?

—Eso no se sabe. Está en manos de los dioses.

—O sea, ¿me puedo morir ahora?

—Pues claro. No se sabe el día ni el momento.

Con ánimo cada vez más sombrío, el príncipe quiso salir una cuarta vez e ir más lejos. En una esquina un monje pedía limosna.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Siddartha.

—Porque vive consagrado a la oración y a la meditación. Los demás debemos ayudarle con nuestra limosna.

Tras cavilar sobre todo aquello, Siddartha concluyó que la vida era breve, la enfermedad, probable, la muerte, segura, y su vida, un puro artificio. Admiró al monje que nada necesitaba para meditar sobre su existencia y la superación de sus limitaciones y decidió emularle. Al día siguiente se despidió de su esposa y de su pequeño hijo y, acompañado por su criado, se fue a recorrer mundo. A los pocos días, ante un río que no se podía cruzar a caballo, Siddartha regaló su montura a Chandaka, junto con sus vestidos y joyas, encargándole que regresara a palacio y entregase a su esposa su hermosa melena, que se cortó allí mismo. Vestido como un humilde labriego, cruzó el río en una barca e inició una vida retirada y un severo ayuno que, al cabo de seis años, no le había llevado a respuesta alguna para los grandes problemas de los hombres: la enfermedad, la vejez, la muerte.

Concluyó, entonces, que la mortificación por sí misma no tenía objeto, pues desembocaba en el masoquismo. Debía de existir una vía intermedia: aceptó la comida que le ofrecieron y se dedicó a orar y meditar, en busca de la iluminación. Entonces, Mara, el rey de los infiernos, sintiendo que estaba naciendo un santo, le atacó lanzando sobre él rayos, granizo y zarandeándole con vientos tempestuosos, pero nada pudo mover a Siddhartha, que estaba ya en pleno tránsito hacia la iluminación, es decir, a punto de convertirse en Buda. Superados los ataques

infernales, mil santos acudieron a su lado para asistir a su transformación final mediante la meditación profunda. Esta duró tres días y tres noches, durante los cuales llegó al límite del camino de la realidad terrena, plantándose durante la cuarta jornada ante el nirvana, el estado en el que se rompen las ataduras físicas y, abandonando el cuerpo, el alma vuela hacia su eterna morada.

Buda, sin embargo, reaccionó: todavía no era el momento; debía cumplir la misión para la que se había preparado. Desde entonces, hasta su muerte, reunió discípulos, realizó milagros, predicó una nueva religión y vivió pobremente de las limosnas que recibía. Y, tras cuarenta y cinco años de predicación y con unos ochenta de edad, decidió que su misión estaba cumplida. Se retiró a una cueva encantada y allí pasó al nirvana. En aquel instante en que Buda abandonó este mundo, la naturaleza toda le despidió: se oscureció el sol, rugió la tormenta, mil rayos rasgaron el aire desgajando árboles centenarios de arriba abajo, tembló la tierra e hirvieron las aguas de los ríos. Sus discípulos erigieron una pira y, en cuanto se colocó el cadáver sobre ella, el fuego se encendió espontáneamente.

La religión predicada por Buda ha sido calificada de agnóstica, porque no revela a Dios, ni lo anuncia, ni él se manifiesta enviado suyo o portador de su mensaje, ni este pretende la salvación de las almas. Lo que Buda busca es que cada uno logre su liberación mediante el conocimiento de las verdades que había descubierto. Son cuatro y se resumen en una: la vida humana es dolor. Su sermón de Benarés, síntesis de su doctrina, comienza: «El nacimiento es dolor, la vejez es dolor, la enfermedad es dolor, la separación de lo que uno ama es dolor, no conseguir lo que se desea es dolor». Las cuatro verdades son:

1. El yo no existe; el hombre es una combinación de elementos fugaces, cambiantes y condenados a desaparecer.

2. La causa del dolor es la voluntad de vivir, el miedo a perder lo que creemos ser; por eso tratamos de perpetuarnos, pero no lo conseguimos. La muerte es inexorable y acaba con todo.

3. Para superar el sufrimiento hay que renunciar a todo. Quien nada tiene, nada puede perder. Pero no solo hay que abandonar el mundo, sino ignorarlo, renunciar a la acumulación de conocimientos.

4. Con la impasibilidad se logra el final del sufrimiento.

Pero, para ello, deben practicarse las ocho virtudes, que son el camino de la ética budista o senda de la pureza: fe pura, voluntad pura, lenguaje puro, actuación pura, aplicación pura, medios de existencia puros, memoria pura y meditación pura; o, en otras palabras: rectitud de conocimiento, de actitud, de palabra, de conducta, de trabajo, de esfuerzo, de pensamiento y distanciamiento de todo para poder concentrarse en la meditación.

Las ocho virtudes, según el profesor Pedro Santidrián, quedan sintetizadas en tres momentos espirituales: sabiduría, rectitud de conducta y disciplina mental. Y todo desemboca en la meditación pura, en el olvido de uno mismo, alcanzando la

impasibilidad, la iluminación y, en último término, el nirvana.

Gracias a la predicación de Buda y de sus discípulos, y a la multiplicación de estos, el budismo se propagó con rapidez por toda la India, Asia y parte de Oceanía. Ya se ha visto cómo penetra en China a partir del siglo II d. C. Poco después alcanza Corea y hacia el año 550 salta a Japón. Hoy, repartidos en varias corrientes o escuelas, tiene cientos de millones de seguidores, sobre todo en el Tíbet, China, Mongolia, Birmania, Laos, Camboya, Tailandia, Corea del Sur, Japón e Indonesia.

Contemporáneo de Buda fue Mahavira, el fundador de otra de las grandes corrientes espirituales antiguas, el jainismo, término derivado de la voz *jina*, «victorioso». Igual que Buda, Mahavira creó una doctrina liberadora del brahmanismo, de sus castas y de su esclavizadora reencarnación. Su moral se basa en las «tres joyas», es decir, la recta visión, el recto conocimiento y la recta conducta: contemplarlo todo sin prejuicios y desde todos los puntos de vista posibles, tratando de captar la verdad; conocerlo todo sin malicia y comprender a todos los semejantes; obrar rectamente, de acuerdo con esa visión y conocimiento. Sus reglas vitales más explícitas son la no violencia contra ninguna de las criaturas y el principio de que todos los hombres son iguales; y sus prohibiciones, no matar, no robar, no mentir, no fornicar desmedidamente, no ser codicioso.

La no violencia jainista lleva a extremos absurdos, que hacen difícil la adscripción a esta doctrina: los más rigoristas andan con la boca tapada, no vayan a tragarse una mosca; miran con cuidado por donde caminan, por si pisan una hormiga; filtran el agua para eliminar cuantos microorganismos sea posible; son vegetarianos y solo comen los alimentos que la naturaleza les brinda desde las ramas de las plantas; y ni siquiera pueden ser agricultores porque en los trabajos del campo se mata inadvertidamente todo tipo de animales.

El jainismo logró gran implantación en la India occidental y central, con maravillosos centros religiosos y artísticos como Palitana, la ciudad santa de los jainas, en el estado de Gujarat. Hoy es una religión seguida por menos del 1% de la población del país.

Sobre la vida política de la India entre las invasiones indoeuropeas y esta época se sabe muy poco. Hubo pequeños reinos que apenas si dejaron rastro. Los que se hallaban al norte del Indo o en su cuenca se convirtieron en feudatarios del Imperio persa a partir del siglo VI a. C., aunque esa dependencia no debió de ser muy agobiante, pues ni se halla rechazo local, ni se refleja en las epopeyas ni ofrece testimonios arqueológicos. En los ingentes ejércitos enviados por los persas contra Grecia había soldados procedentes de estas regiones: arqueros indios fueron desbaratados junto con el resto de las huestes de Jerjes en Platea y entre las masas barridas por Alejandro en Gaugamela también se incluían tropas indias.

En el siglo V a. C. surge un reino relevante, Magadha, en el noreste, a orillas del

Ganges, gracias a la aparición de importantes minas de hierro, a su comercio a partir de los puertos del golfo de Bengala y a la extensión del budismo, que favorecía un poder centralizado.

Otro reino florece por esta época en el Punjab, en el noroeste, y conocemos a Poros, su rey, porque en 327 a. C. se enfrentó a Alejandro, ofreciéndole una resistencia que a punto estuvo de quebrar la carrera victoriosa del macedonio. Por cierto que Alejandro, cuya aventura india terminó a orillas del Ravi, cuando su ejército se negó a seguir avanzando hacia el sureste, no dejó en el subcontinente un rastro épico; por el contrario, se le considera un conquistador sanguinario de la misma catadura que Tamerlán. Y, sin embargo, el caudillo macedonio abrió estos territorios a la influencia griega: uno de sus generales, Seleuco Nicator, se sentaría en el trono del más poderoso y amplio reino de la India de la época. La influencia helenística se extendería por el noroeste del subcontinente y perduraría hasta la invasión musulmana del siglo VIII d. C.

Pero el gran poder político autóctono de la India antigua fue el Imperio maurya, creado por el príncipe Maurya Chandragupta, un traidor que aparece en la historia de Alejandro ofreciéndole ayuda en su empresa conquistadora a cambio de tropas para derrocar a su soberano, Nanda, rey de Magadha. El macedonio rechazó la propuesta, pero Chandragupta logró su propósito y, años después, reunió un gran reino en cuya forja intervino su alianza con el mencionado Seleuco Nicator, con el que terminó emparentando al casarse con una de sus hijas. De esta manera, pudo descuidar su frontera norte y ocuparse de ensanchar su reino, que alcanzaría su mayor extensión y poder en la época de su nieto Ashoka (272-232 a. C.), dominador de todo el territorio indio, salvo del extremo sur, los actuales estados de Kerala y Tamil.

Ashoka, «el de la mirada amable» y «el amado de los dioses», tuvo un inicio de reinado brillante y próspero. Muy relacionado con los griegos e influenciado por el arte y la cultura iraníes, organizó una corte fastuosa que recordaba los últimos resplandores de la Persia aqueménida. Hasta que se rebeló uno de sus feudos: Kalinga. Ashoka asoló aquella tierra: según las crónicas, pasó a 100 000 hombres a cuchillo y esclavizó a 150 000.

El horror de esa campaña cambió al emperador: se asegura que de simple conecedor del budismo pasó a ser un devoto seguidor de Buda, contrario a la guerra y a la violencia. Uno de sus edictos dice: «Nunca jamás ni él ni sus sucesores emprenderán una guerra de conquista que siembre el país de dolor y lágrimas y rompa los lazos de hermandad entre los hombres». El rey volvió a su palacio, reanudó su vida cortesana y familiar junto a sus tres esposas, pero frenó el despampanante lujo del pasado y puso en marcha todo un plan de gobierno según la ética budista, lo que consolidó su poder y le granjeó una enorme popularidad, puesto que gran parte de sus súbditos eran seguidores de Buda. Por eso hay quien duda de que Ashoka «encontrase el camino de la iluminación» en la atroz guerra de Kalinga; quizá lo que halló fue la solución política para asentar su poder sobre bases firmes:

todo buen budista sería un buen súbdito. Sea como fuere, según la tradición, cuando Ashoka alcanzó la ancianidad se retiró al monasterio budista de Taxila, donde había sido alumno de joven, para terminar sus días entre el silencio, la meditación y la paz.

De su época datan la primera gran arquitectura de la India —todo lo anterior, salvo las iniciales culturas autóctonas del valle del Indo, había sido tan efímero que lo aventó el tiempo— y magnífica escultura. Famosas manifestaciones artísticas del periodo son las columnas en las que se grababan sus edictos, espectaculares piezas colocadas en lugares públicos, como las entradas de las ciudades, o sagrados, como las puertas de los templos, o santos, porque allí hubiera ocurrido algún tipo de prodigio. Tenían ocho o diez metros de altura y estaban coronadas por un capitel lotiforme invertido, sobre el que se asentaba una gran losa redonda, la rueda de la ley, y, encima de esta, coronándolo todo, una figura animal, casi siempre un león, fiera emblemática de Buda. Otra de las manifestaciones llamativas de la época son las *stupas*, monumentos funerarios que representan el paso de Buda al nirvana, convertidos en motivo de peregrinación para los fieles budistas. Siguiendo esa tendencia se construyeron numerosas *stupas* en los reinados y dinastías posteriores.

Hoy queda poco de aquel imperio, pero la fiebre constructora debió de ser enorme. Viajeros que recorrieron los viejos límites de su territorio seis o siete siglos después de su desaparición llegaron a afirmar que Ashoka levantó 84 000 monumentos budistas y que vieron muchos de ellos en pie.

Pese a tanto poder y grandeza, el Imperio maurya desapareció el año 185 a. C.; su gloria no duró ni siglo y medio. Divisiones dinásticas, invasiones de sus vecinos griegos, hunos, partos, escitas, terminaron con todo. Políticamente, el subcontinente indio se fue fragmentando en reinos cada vez más pequeños hasta que, cinco siglos después del ocaso maurya, surge el Imperio gupta (320-550 d. C.), que dominaría dos tercios de su territorio, casi tanto como aquel enseñoreó. En esta época, según escribe García Ormaechea:

La civilización de la India antigua alcanza su cénit. La formación intelectual y científica de sus gobernantes, los múltiples focos de irradiación cultural, el purismo volumétrico y la contención expresiva de las formas artísticas, la libertad religiosa, la solvencia económica de un estable comercio terrestre y marítimo..., se conjugan para obrar el milagro de dos siglos de paz y esplendor.

Los soberanos gupta gastaron bien su tiempo y sus recursos. Fueron notables mecenas de las letras, las artes y las ciencias. El sánscrito adquirió entonces su mayor pureza y se convirtió en el idioma oficial del imperio. Se copiaron y fijaron los viejos textos religiosos y literarios, mientras se vivía una gran efervescencia cultural, con el cultivo del cuento, la poesía y el teatro. Quizá el reinado más brillante de esta dinastía fue el de Kumaragupta: permaneció durante cuarenta años en el trono con tanto éxito que logró rechazar a los hunos, mantener el comercio y alcanzar el momento culminante del arte y la cultura indios. Su gran contemporáneo y amigo fue el poeta y dramaturgo Kalidasa, príncipe de las letras indias, autor de una dilatada obra de la que en Occidente solo se han popularizado *La nube mensajera*, *La ronda de las*

estaciones y, sobre todo, *El anillo de Shakuntala*, que recrea el idilio entre el rey Duchmanta y Shakuntala, una doncella de palacio que languidece de amor por su soberano y, al tiempo, se siente horrorizada por la osadía de sus sentimientos:

DUCHMANTA: Tranquilízate. Estás custodiada por el más humilde de tus esclavos. Con este abanico de hojas de loto, barnizadas de rocío, refrescaré con aire perfumado tu querido rostro y acariciaré suavemente tus menudos pies...

SHAKUNTALA: ¡No! ¡No!... Tendría vergüenza de aceptar tales homenajes de quien debe recibirlos todos.

En época gupta vivió el escritor Varsyayana, recopilador del *Kama-Sutra* (*Versos del deseo*), que no es una obra pornográfica, como superficialmente se ha dicho, sino un profundo tratado sobre «el goce de las cosas materiales a través de los sentidos: oído, tacto, vista, gusto y olfato». La «ciencia del amor», el *Kama-Shastra*, está recomendada a todas las mujeres, desde las doncellas que van a casarse a las esposas o a las cortesanas, y requiere el dominio de 64 artes: canto, instrumentos musicales, danza, caligrafía, teatro, decoración, prestidigitación, cocina, costura, bordado, lectura, conversación, composición poética, prácticas deportivas, gimnasia, artes marciales... El *Kama-Sutra*, que deriva de esa ciencia del amor, trata más específicamente las relaciones sexuales, siempre dentro del más amplio y complejo mundo de las relaciones humanas, vinculadas a la casa, el trabajo, los deberes cotidianos o los amigos: la conquista, el noviazgo, el matrimonio y sus diversas formas, las reglas de la vida matrimonial, la conducta de la esposa en ausencia del marido y mil cosas más, desde la higiene, la alimentación o los espectáculos hasta cómo y con quiénes se puede practicar el sexo, las relaciones más apropiadas, las desaconsejadas y las posturas adecuadas para disfrutarlas, así como todo el juego erótico anterior y posterior a la cópula para que esta satisfaga a los protagonistas. Es decir, eleva a ciencia y arte las relaciones hombre-mujer y, entre ellas, las sexuales, porque el mundo hindú, por un lado, no tiene ningún prejuicio o inhibición sexual y, por otro, considera el amor como suprema fuerza creadora y la procreación como uno de los valores fundamentales de la existencia humana.

La carencia de prejuicios, el culto a la fertilidad y la bondad objetiva, generadora de vida, de las relaciones sexuales produjeron «alardes sensuales» en el arte de esta época y, sobre todo, durante los siglos posteriores. Pueden citarse muchos ejemplos, pero el más universalmente famoso es el Kandariya Mahadeo, del siglo XI, uno de los templos del recinto sagrado de Khahurajo, dedicado al *lingam* de Siva y decorado con unas ochocientas esculturas de contenido erótico.

Probablemente en esta época se recopiló el *Panchatantra* (cinco libros que, originalmente, pudieron ser doce), colección de fábulas de fondo moralizante, cuentos, refranes y sentencias de origen, a veces, muy antiguo. En el siglo VI fue traducido al persa; en el VIII, al árabe, con el título de *Kalilah y Dimnah*, que son los nombres de los dos chacales que protagonizan el primer libro; en el siglo XII se vertió

al latín; en 1250, al hebreo, y un año después, al castellano. Esta última versión, la primera en un idioma occidental moderno, se realizó por mandato de Alfonso X el Sabio, cuando aún era infante, bajo el título de *Calila y Dimna*. Su influencia en la literatura universal resulta indudable. En su edición de la obra, de comienzos del siglo xx, el filólogo y medievalista Antonio G. Solalinde, escribía:

La Edad Media vio en este libro una colección de consejos saludables para su rey y para su pueblo y no vaciló en traducirlo y asimilarlo a la literatura más afortunada del tiempo, la de consejos y castigos. *El conde Lucanor*, del infante Don Juan Manuel; los *Castigos y documentos* atribuidos a Sancho IV; el *Libro de los gatos*, o *de los cuentos*; el *Libro de los exemplos por a. b. c.* y otros muchos, entre ellos el de los *Engaños y ensayamientos de las mugeres* y, también, el del Arcipreste de Hita, son muestras variadas y eminentes de la predilección medieval por esta literatura moralizadora, y aún encontraríamos en estos libros y en mayor o menor cantidad el recuerdo directo o vago de los cuentos de *Calila y Dimna*.

Y no solo en la Edad Media: rastros dispersos de la historia del *Panchatantra* se encuentran a lo largo de la literatura posterior, y es muy clara su influencia en fabulistas como el francés La Fontaine o el español Iriarte.

De época gupta debe ser, también, la invención del ajedrez, de origen indio, según la mayoría de los especialistas. Aunque sus primeras menciones literarias son del siglo vi, hacen referencia a un juego forzosamente anterior. Un juego de guerra, una batalla entre dos ejércitos que se acometen sobre un tablero de ocho por ocho cuadros, blancos y negros. En torno a los reyes que dirigen la batalla se encuentra la reina, pieza mayor dentro del juego, como en la vida: sirvieron como prenda de alianzas, hicieron paces y suscitaron guerras, fueron prudentes o desastrosas consejeras, madres de reyes y regentes. A ambos lados de los monarcas, los alfiles (elefantes), los caballos y los carros de guerra (las torres) y, por delante, la infantería, los peones. En sánscrito, al ejército se le llamaba *chaturanga*, que significa «cuatro partes» (infantería, elefantes, caballería y carros), y así bautizaron al ajedrez. De ahí deriva la palabra árabe *shitransh*, de donde procede su nombre portugués, *xadres*, o su primer nombre castellano, *as-xedres*.

Cuenta la leyenda que el ajedrez lo inventó un sabio matemático y que enseñó a jugar a su joven rey. Tanto le complació el juego al monarca que le dijo a su maestro:

—¡Pídeme una recompensa!

El sabio se lo pensó:

—Me conformo con que me regales un grano de trigo por la primera casilla, dos por la segunda, cuatro por la tercera y así sucesivamente, duplicando la cantidad de granos cuadro tras cuadro, fila tras fila.

El rey le miró con miseratadamente, creyéndolo un infeliz que le estaba pidiendo unos puñados de trigo.

—De acuerdo. Bien poco es lo que me pides. Le diré a mi administrador que haga el cálculo y te envíen el grano a casa.

Días después, el rey llamó al sabio y, lleno de turbación, le dijo que tendría que pedirle un regalo más modesto porque ni entre todos los graneros del reino se había

podido reunir el trigo.

Más de un curioso ha echado la cuenta: 2 a la 64 potencia da más de 18 trillones de granos, cantidad que supera la producción mundial de trigo de todo el siglo xx.

Ese sabio bien pudo vivir en época gupta, extraordinariamente fértil también en el campo científico, y cuyos avances en matemáticas, química, astronomía y medicina causan asombro. El cero, el sistema decimal y un ajuste del número pi son de esta época. Los árabes —a cuya trasmisión debemos estos conocimientos en Occidente— se sintieron tan impresionados por lo que pudieron aprender en la India que a las matemáticas las denominaron «arte indio». En astronomía explicaron acertadamente los eclipses de Sol y de Luna y que la Tierra gira sobre su propio eje. En química, lograron aceros inoxidable. La medicina experimentó grandes avances, sobre todo en el campo de la cirugía y la disección, superando en algunas especialidades los logros de la escuela alejandrina; y en este ámbito dice mucho sobre el humanitarismo y el poderío económico de aquellos soberanos que levantaron numerosos hospitales gratuitos.

Las cortes de los gultas, los palacios de la nobleza y las casas señoriales de los comerciantes prósperos hubieran podido rivalizar con el refinamiento del romano Petronio. Las veladas poéticas, teatrales, musicales no desmerecerían en nada, si acaso serían más delicadas y ceremoniosas. Más orientales. Las pinturas murales de esta época, halladas en las fascinantes cuevas-santuario del acantilado de Ayanta, son la mejor muestra de aquella cultura elegante y refinada.

Con todo ello terminaron los hunos, cuyo dominio fue tan bárbaro como efímero. A continuación surgió otro imperio, de duración mínima, cuando ya desaparecía el mundo antiguo: el de Harsa (590-647), que ciñó como un gran cinturón el centro de la India de costa a costa, entre las estribaciones del Himalaya y las orillas del Narvada. De esta dinastía, aparte del nombre de uno de sus reyes, Harsa, conocemos sus hechos —asunto excepcional, pues de la época solo suele tenerse noticia de los nombres— gracias al último de los cantares de gesta escritos en sánscrito, *Las hazañas de Harsa*, que recrea las proezas de este rey conquistador. Y poco más hasta la irrupción de los árabes en el año 712, aunque la India no fue islamizada hasta mucho después, en el siglo XIII, y en esos seis siglos se produjo gran parte del arte que hoy asombra al visitante.

## EL DESPERTAR PERIFÉRICO

A grandes rasgos y olvidando notables pueblos, culturas y momentos, porque en este limitado espacio es imposible alcanzarlo todo, se ha visto en esta segunda parte el desarrollo histórico del Viejo Mundo, siguiendo la cronología que nos resulta más familiar y que cierra la Antigüedad con la caída del Imperio romano. India, invadida por los arios y en su zona noroeste muy en contacto con persas y griegos, se mantuvo



en niveles de desarrollo relativamente paralelos. China, aunque viviera muchos siglos aislada y solo tuviera relaciones indirectas con Occidente, discurrió por caminos aproximados.

El resto de Asia, África —salvo su fachada Mediterránea—, América y Oceanía desarrollaron más lentamente los diversos parámetros utilizados para medir los estadios de desarrollo: agricultura y ganadería, religión, cerámica, escritura, tejidos, metales, armas, organización social, comercio, literatura y arte, ciencia, medicina...

### *Asia: a la sombra de los grandes imperios*

Aunque pueda parecer sorprendente, grandes potencias económicas, tecnológicas y culturales como el Japón actual alcanzaron la era de los metales y el cultivo del arroz casi en el borde de nuestra era (cultura Yayoi), y los historiadores hablan del siguiente periodo (Kofun), que se cierra en el año 596 d. C., como de la protohistoria japonesa, etapa en la que hallamos enterramientos complejos y una autoridad imperial que ejerce el poder espiritual, político y militar.

La primera familia imperial japonesa, los Yamato, data aproximadamente del siglo III d. C., aunque la leyenda sitúa a los primeros emperadores —descendientes de los dioses, como no podía ser menos— un milenio antes. Las cosas ocurrieron así: del caos brotó el universo, que era una masa ovoide y fluida; cuando los elementos más pesados se sedimentaron, quedaron convertidos en tierra, mientras los más etéreos se originaron en el cielo, donde vivían los dioses. Hubo varias generaciones de estos: el Señor del Centro del Cielo, el Augusto y Alto Productor, el Augusto y Divino Productor..., hasta cinco. Después surgieron siete generaciones más, organizadas en parejas: varón y hembra; la séptima de ellas se componía de Izanagui e Izanami, divinidades solares creadoras del archipiélago japonés.

De ellas desciende Jimmu, el legendario primer emperador, que contaba para realizar su misión con los tres dones sagrados entregados por los dioses a la estirpe imperial: la invencible espada, las piedras mágicas de la diadema de la diosa Amaterasu (hija de Izanagui y tatarabuela de Jimmu) y el espejo, instrumento con el que Izanagui dio vida a varios cuerpos celestes.

Japón entra en la historia durante el periodo Asuka, bajo el reinado de la emperatriz Suiko (554-628 d. C.), que preside la fusión del sintoísmo tradicional indígena con el budismo, importado de Corea.

Más precoz que Japón, Corea alcanza su periodo histórico hacia los siglos IV-III a. C. Hay vagas noticias de míticas dinastías que habrían gobernado la península durante un milenio. Luego, siempre moviéndonos en una época mal documentada, Corea se rigió mediante un sistema de federaciones, en las que se vertebraban tribus, clanes y familias cuyos jefes componían el consejo de gobierno. De cómo era ese gobierno, cuál el funcionamiento económico y qué tipo de sociedad generó no

sabemos casi nada, porque no existen fuentes escritas y las arqueológicas son muy pobres, apenas ciertas cerámicas relevantes. La metalurgia se introdujo en el siglo IV a. C., como consecuencia de dos potentes invasiones: el hierro llegó con los chinos; el bronce, con los hunos.

Durante la dinastía Han, hacia el año 108 a. C., los ejércitos chinos invadieron la península y crearon cuatro comandancias militares que se convertirían en los principales centros administrativos del territorio. La presencia china, aunque políticamente combatida, tuvo mucha influencia en Corea hasta el final del Imperio Han. Los coreanos admiraban aquella cultura, que terminó imponiendo su propia escritura; a través de ella conocieron los textos confucianos, de China les llegaba también la seda, la cerámica fina y, gracias a su presencia, existía un comercio próspero.

Conviviendo con esa presencia china u oponiéndose a ella, al filo de nuestra era nacieron tres reinos en la península: al norte, Koguryo, que llegó a tener su capital en Piongyang (todavía hoy la capital del Norte); al sur, Silla, con capital en Kyongju, a orillas del mar Amarillo; como cojinete entre ambos, Paekche, el de mayor influencia china y el puente por donde las corrientes culturales y comerciales de China alcanzaban Japón. A Paekche llegó en 384 d. C. un grupo de monjes budistas que establecieron allí sus centros de enseñanza y los primeros templos. Como se ha visto, siguiendo este camino penetró el budismo en Japón dos siglos después.

El primer reino histórico unificador de Corea fue el de Silla, que logró dominar los otros dos territorios con apoyo de los chinos del Imperio Tang en el año 668... Y aquí nos paramos porque ya nos adentramos en lo que para nosotros es la Edad Media, aunque esto tenga escaso significado en aquella cultura. Como rasgos generales, aunque los coreanos terminaran por imprimirle su propia idiosincrasia, en la cultura y el arte del país se detecta una influencia china indudable, lo mismo que ocurrió en su política y en su economía. Característica fundamental, desde todos los puntos de vista, es la vinculación entre Corea y Japón desde la Prehistoria, pues parte de los primitivos habitantes de las islas procedían de Corea y desde la península también llegaron a Japón el arroz, los metales y, como se ha reiterado, el budismo.

Las culturas de Asia suroriental, donde hoy existe una docena de países (Vietnam, Camboya, Laos, Tailandia, Sri Lanka, Myanmar, Singapur, Brunei, Filipinas, Indonesia, Malaysia, Timor Oriental) con más de 600 millones de habitantes y una superficie próxima a los cuatro millones de kilómetros cuadrados, con idiomas y culturas distintos e intereses, a veces, enfrentados, no tienen un origen tan diferente ni hace dos milenios estaban tan distantes.

Sus habitantes descienden, mayoritariamente, de los negritos (aborígenes aeta australoides y melanesios) mezclados con pueblos malayos, que dieron lugar a una civilización tardía del bronce conocida como Dongson, que se desarrolló por todo este área entre los siglos III y I a. C. Esta cultura fue paulatinamente sustituida por

corrientes más modernas procedentes de la India, desde donde les llegó el hierro, el arroz y el budismo.

Gracias al descubrimiento de la mecánica de los vientos monzónicos, existió a partir del siglo I d. C. un activísimo comercio de especias, tejidos y perlas, que desde Indochina y los archipiélagos indonesios llegaban a la India, donde tenían buenos mercados, y, más aún, desde los puertos indios del noroeste enlazaban —como se ha visto— con la Ruta de la Seda, que, vía marítima, alcanzaba el golfo Pérsico y el mar Rojo, para, a continuación, llegar al Mediterráneo a lomos de los camellos de las míticas caravanas del desierto. Y ese comercio aún era más complejo: desde las costas de Somalia y Madagascar y desde los mares que rodean la península Arábiga, los barcos emprendían la ruta contraria y llevaban a los mercados de Indochina e Insulindia los productos africanos: marfil, oro, hierro y manufacturas de las diversas culturas mediterráneas.

Desde la India y a través de esas rutas comerciales, ya en época medieval, llegó a estas tierras otra religión, el islam, que prendió fuertemente en algunas regiones. Antes, el budismo fue durante un milenio la religión mayoritaria. Las epopeyas *Mahabharata* y *Ramayana* constituirían los principales motivos de inspiración para literatos y artistas; la arquitectura india del momento, la escultura y la *stupa* también se desarrollaron en estos territorios, aunque simplificándose y, en el caso de la *stupa*, cambiando de propósito: de monumento funerario en honor a Buda a sepulcro o cenotafio de las dinastías reales locales.

De estas tierras, la de mayor influencia india es Sri Lanka (Ceilán), tan cercana al subcontinente que pudieron invadirla los monos de Rama para liberar a su esposa Sita. Sus pobladores primitivos, mezclados con indoarios, dieron lugar a la actual población, que vivió vinculada a los diversos imperios indios hasta la llegada de los portugueses en 1505. Hoy conserva el budismo en su versión más primitiva y una reliquia de Buda, la muela del juicio derecha, sacada de las cenizas de la pira en que fue incinerado. Esa pieza estuvo siempre custodiada en el palacio de quien gobernara la isla, pues constituía un símbolo legitimador del poder. Hoy se encuentra en el templo Dalala Maligawa, erigido expresamente para esta función en Kandy, la principal ciudad del centro de Sri Lanka.

La inabarcable Indonesia, por su gran extensión, sus mil islas, sus casi 250 millones de habitantes, es hoy la gran potencia regional. En el comienzo de nuestra era, sin embargo, estaba en la prehistoria, de la que salen sus zonas más accesibles y avanzadas gracias a la influencia india, que se detecta a partir del siglo II d. C. y que determinó que en Sumatra acabara fundándose uno de los centros budistas más famosos de Asia. El inmenso archipiélago tenía mucho donde elegir y había para todos, por lo que en el I milenio d. C. mantuvo fuertes lazos con China. Con todo, quienes mayor contacto tuvieron con diversos centros del territorio fueron los comerciantes árabes, que, junto con sus mercancías, llevaron el Corán. Tanto que en el siglo XVI, cuando comenzó a sentirse la presencia europea (portuguesa, española y

holandesa), el estadio de desarrollo —salvo en contados enclaves portuarios— era muy primitivo, pero la población, al menos en la costa, ya estaba islamizada.

En Indochina, al borde de nuestra era hubo un gran imperio del que apenas se tienen datos, llamado Fou Nam (quizá, «Reyes de la Montaña»). Curiosamente, pese a su proximidad territorial a China, la influencia que permitió su pujanza llegó de la India: la escritura, el brahmanismo, el budismo y un potente comercio que, gracias a los contactos indios, se amplió a los reinos helenístico griegos, a la Persia sasánida y a Roma. Los Fou dominaron casi todo lo que fue la Indochina tradicional (Vietnam, Laos, Camboya y Tailandia), además de Malaysia, Myanmar y Java.

La cultura fou, de la que ha quedado muy poco, se enriqueció a partir de las migraciones indias del siglo IV, que debieron de ser tan importantes como para hacerse con el trono. La estatuaria de la época representa personajes vestidos a la manera india y, siguiendo la tipología tradicional del subcontinente, se levantaron templos hoy conocidos gracias a las representaciones iconográficas, porque eran de madera y se han perdido. También la religión terminó constituyendo un sincretismo del panteón hindú: Siva y Visnú dieron lugar a Harihara, divinidad con cabeza de doble rostro y cuatro brazos.

Posteriormente, tras los habituales vaivenes históricos, florecería en Indochina una de las civilizaciones más brillantes de la antigüedad asiática: el Imperio khmer, cuyo desarrollo coincidió con el medioevo europeo. Queda fuera de este periodo, pero como difícilmente volveremos sobre él, no sobran un par de pinceladas. De la pujanza y cultura khmer dan muestra elocuente sus seis siglos de duración y las grandiosas ruinas de Angkor, enorme complejo religioso donde cada monarca de la dinastía se empeñó en dejar su impronta en forma de templo, por lo que allí puede estudiarse la evolución de su arte desde el siglo IX al XIV.

No podemos abandonar Asia sin un recuerdo para el Tíbet, singular por su cultura y su situación. La meseta tibetana, con una altura media de 4510 metros, es el techo de la Tierra; piénsese lo que eso significa cuando el Teide, la mayor altura española, tiene 3700 metros de altitud y las más altas cumbres peninsulares no alcanzan los 3500. El clima es durísimo, la agricultura y la ganadería, muy pobres; sin embargo, son importantes sus yacimientos minerales, con la particularidad de que han llegado vírgenes a nuestros días tanto por la dificultad de su explotación como porque la religión prohibía perforar, «herir», a la madre tierra.

Su historia antigua es insignificante. Fuentes chinas aseguran que hay datos de cierta actividad política y cultural hacia el siglo VI d. C., pero los primeros vestigios históricos son ya del siglo VII, cuando existe un rey poderoso que funda la capital, Lhasa, logra unificar el territorio de diversos reyezuelos, conquista Nepal e, incluso, algunas zonas del norte de la India y, sobre todo, controla un tramo de la Ruta de la Seda, fuente de recursos, de comercio y de nuevas ideas, entre ellas, el budismo, que

en el siglo VIII se convirtió en la religión oficial.

Este es el elemento de continuidad más importante. Cayeron las dinastías, se dividieron los imperios, unas influencias sustituyeron a otras hasta que, al final, el Tíbet se convirtió en provincia autónoma de China, pero el budismo pervive, con una especificidad local: el lamaísmo, que se desarrolló en torno al siglo VII, absorbiendo elementos de la religión autóctona y del tantrismo. Aunque el budismo tiene todavía hoy varias ramas y monasterios, la dominante desde el ocaso medieval es la Gelukpa, de la que surgen los Dalai Lama, autoridad que trasciende lo religioso y ejerce, a todos los efectos, como soberano del Tíbet. Las sucesivas ocupaciones militares de chinos y mongoles les han obligado a exiliarse en diversos momentos. El actual Dalai Lama, que es la decimocuarta reencarnación de Avalokitésvara (Buda Glorioso, patrón del Tíbet), cuenta 75 años de edad y es premio Nobel de la Paz, además de un quebradero de cabeza para todas las cancillerías del mundo, pues las visitas de este viajero incansable a los diversos países suscitan las protestas de Pekín.

### *África y Oceanía: los continentes olvidados*

Y, entre tanto, ¿qué ocurría en África, cuna de la humanidad, de la que vimos partir a los primeros hombres para repoblar la Tierra hace más de un millón de años? El norte vivió un estado de desarrollo altísimo con Egipto, consonante con las civilizaciones que se asentaron en la fachada mediterránea o la colonizaron: fenicios, cartagineses y griegos, aunque fueron los romanos quienes tuvieron una presencia más larga y arraigada. Pese a que no pueda hablarse de una romanización en profundidad de todo el territorio, sí que se produjo en las zonas costeras más fértiles y con mejores condiciones portuarias. Gran parte de esa obra fue arrasada por los vándalos, que solo cedieron ante el poder bizantino, pero después de Roma, nada: solo ha quedado lo que nos muestra la arqueología. Y tras el declive, a partir del siglo VII, los árabes y el islam.

En el África subsahariana florecieron reinos e imperios notables. Ghana, Kanem (en torno al lago Chad), Malí, Songay, Benín... tienen un pasado que se nos escapa por falta de fuentes escritas y de restos arqueológicos antiguos. Sus estructuras políticas son tardomedievales o aún posteriores y casi siempre están relacionadas con traficantes musulmanes y con las rutas caravaneras de la sal, el oro, el ámbar, la goma, las telas y los esclavos. Sus realizaciones culturales y artísticas, algunas verdaderamente notables, como las más de 2000 piezas de bronce y marfil que se conocen de la cultura de Benín, son posteriores al siglo XIII y sus mejores ejemplares están datados entre los siglos XV y XVIII.

Verdaderamente vinculado a la Antigüedad existe un reino en esta zona, concretamente en Nubia, que en el siglo VIII a. C. alumbró la XXV dinastía egipcia, pero de esa historia ya nos hemos ocupado y se relaciona con Egipto y no con el resto del continente. Más antiguas son algunas de las pinturas descubiertas en los abrigos

utilizados por las gentes del desierto, como las de Tasili, que seguramente se remontarán al II milenio a. C. —otras pertenecen ya al I milenio—. También antigua, contemporánea de Roma, es la escasamente conocida cultura nok, que surgió en la actual Nigeria: trabajaban bien el campo, explotaban una ganadería próspera, empleaban técnicas siderúrgicas avanzadas y produjeron hermosas terracotas fechadas entre 500 a. C. y 200 d. C.

En el centro de África floreció la cultura bantú, aún muy mal conocida y, seguramente, poco estructurada, aunque sabemos que en el siglo V a. C. utilizaba técnicas para batir cobre, fundir bronce y hierro, y obtenía de la agricultura nuevos frutos, como el ñame (tubérculo de gran tamaño con sabor similar a la batata) y el banano. Sus técnicas agrarias, sin embargo, eran tan primitivas que estas gentes emigraron desde la región donde hoy se asienta la República Centroafricana y el sur de Sudán, rodeando la selva congoleña y avanzando luego hacia el sureste, rozando nuevas superficies para poder cultivar, lo que terminó conduciéndoles, tras un milenio largo, hasta la costa del actual Mozambique, sin que lograran un reino estructurado. Sin embargo, algunas ramas de los bantúes, desgajadas del tronco principal, sí consiguieron avances importantes: en particular, el reino del Monomopata, al que seguramente pertenecieron las construcciones ciclópeas de Zimbabwe; pero también estamos fuera de la época que nos concierne, porque esos curiosos muros redondeados son ya de los siglos X y XI.

El África austral estuvo prácticamente deshabitada hasta la Edad Media, y, cuando portugueses y holandeses comenzaron a establecerse en sus costas, encontraron en ellas una población escasa y en situación de sumo atraso.

Es decir, los pueblos africanos —salvo el egipcio— evolucionaron mucho más lentamente que el mundo mediterráneo y, cuando entraron en contacto con árabes o europeos —con pocas excepciones—, estaban en estadios de desarrollo primitivos o verdaderamente neolíticos.

En cuanto a las poblaciones del continente austral y de las islas de la Polinesia y Micronesia, vivían en estadios de desarrollo puramente neolíticos cuando no paleolíticos. Quizá podría plantearse la excepción de la isla de Pascua, pero, aunque sus habitantes lograran esculpir y erigir los famosos *moai*, las gigantescas esculturas pétreas en honor a sus antepasados, su desarrollo era escasísimo y la agricultura y la ganadería, propias del Neolítico; tanto que, al parecer, su declive se debió a la deforestación, originada entre otras actividades por la roza de tierras para conseguir cierta fertilidad. De todas formas, los espectaculares y toscos *moai* son tardomedievales en los casos de mayor antigüedad y los más modernos datan del siglo XVII.

### *América: esplendor tardío*

América constituye un caso diferente. Sus culturas históricas fueron, en general,

mucho más tardías que las mediterráneas y las que más o menos coincidieron en parecida época mostraron desarrollos absolutamente desiguales. En un área tan inmensa, con distancias de hasta 15 500 kilómetros —los que separan el norte y el sur del continente—, sus moradores forzosamente debían ser muy distintos y vivir desarrollos muy diferentes. En torno al año 1000 de nuestra era, las escasas poblaciones de Canadá y norte de Estados Unidos llevaban una existencia de cazadores-pescadores no tan distinta a la que pudieron experimentar los europeos del más moderno Paleolítico: pescaban en buenas canoas (*kayak*), se trasladaban en trineos de tracción humana, cazaban esencialmente con arpón y su gran adelanto era la lámpara, alimentada con grasas animales. Su alimentación consistía básicamente en carne y pescado (esencialmente de caribú, foca y salmón). Los vegetales prácticamente no existían en su dieta. Más al sur, en las grandes llanuras, se vivía en ese I milenio d. C. de la caza de grandes mamíferos, de la pesca y de la recolección de las primeras cosechas, gracias al cultivo muy primario de maíz y alubias, complementando la dieta vegetal con raíces y frutas estacionales.

Los modos de vida mejoraban conforme se descendía hacia el sur, gracias al contacto con las culturas mesoamericanas, más avanzadas en todos los órdenes. Estas vivían, entre el I milenio a. C. y el I milenio d. C., estadios de desarrollo muy distintos. Había comunidades de cazadores-recolectores y grupos sedentarios que practicaban una agricultura muy primaria; pero, a la vez, durante el periodo formativo tardío y el clásico temprano (que es como denominan los especialistas el milenio del 500 a. C. al 500 d. C.) hubo tiempo para el desarrollo y posterior desaparición de reinos que poseyeron y legaron una cultura avanzada, como los olmecas, o para la creación en el valle de Teotihuacán de un Estado espectacular. La ciudad, con unos veinte kilómetros cuadrados, se organizó en dos ejes perpendiculares en torno a templos, palacios y edificios administrativos, entre los cuales siguen constituyendo un formidable espectáculo sus pirámides escalonadas, dedicadas al Sol y a la Luna. Estaba dirigida por una aristocracia gobernante, a la que seguían, en un escalón social más bajo, unos centenares de sacerdotes y funcionarios; en tercer lugar figuraban los artesanos de todos los oficios, que sumaban unos 25 000 (se han encontrado más de quinientos talleres que trabajaban la cerámica, la obsidiana, las piedras —jade, turquesa—...); luego, el pueblo, que se dedicaba a las demás ocupaciones requeridas por una ciudad tan grande, y, finalmente, los campesinos, unos 100 000, que habitaban en las aldeas de los alrededores y cultivaban la tierra que mantenía a todos.

Teotihuacán, que entre los años 450 y 600 d. C. llegó a contar con unos 250 000 habitantes, consiguió desarrollos extraordinarios en el campo de la ingeniería, la arquitectura, la escultura en piedras duras, el mosaico, la pintura mural y la cerámica, que en nada desmerecen a las más desarrolladas de su época en el Mediterráneo. Igualmente, sus gentes tenían una organización religiosa compleja y enterraban a sus muertos rodeados de ajuares; utilizaban una escritura desarrollada, confeccionando códices en piel de venado o en unas láminas vegetales obtenidas de corteza de

higuera; conocían el juego de pelota; cultivaban maíz, frijoles, calabazas, chiles, aguacates, numerosos tipos de frutales y disfrutaban del cacao, tan apreciado como bebida que sus granos se usaron como moneda en algunos momentos.

Además de Teotihuacán y la ya citada cultura olmeca, en el área que hoy ocupan México y Guatemala florecieron en ese periodo del formativo tardío y el final del clásico (400 a. C. a 1000 d. C.) las civilizaciones zapoteca y maya, con realizaciones arquitectónicas y artísticas admirables.

Y, sin embargo, carecían de sistematizaciones filosóficas, científicas, mecánicas, médicas, náuticas, militares, y desconocían la metalurgia: al final del I milenio aparecen algunos objetos decorativos de cobre, oro y plata, pero aún a comienzos del siglo XVI los guerreros aztecas se enfrentarían a los soldados de Cortés con armas de madera dotadas de cortantes puntas y filos de obsidiana, que se hacían pedazos cuando chocaban con las defensas metálicas de los españoles; sus protecciones de tela, piel y madera resultaban muy frágiles ante el *fierro* de los conquistadores. Miguel Rivera Dorado, catedrático de Arqueología Americana, señalaba el fenómeno:

Las técnicas y el instrumental de las culturas mexicanas se mantendrán hasta la conquista española en el nivel de la Edad de Piedra. Esto nos demuestra lo engañosos que son los esquemas unilineales del desarrollo cultural: con una tecnología primitiva y sin otros medios de producción que la tierra, los antiguos mexicanos crearon algunas de las civilizaciones más complejas y sofisticadas de la era preindustrial. El orden social, las instituciones políticas, la religión y el arte son sus verdaderos logros.

Respecto a las culturas andinas, en esos dos milenios (entre el I a. C. y el I d. C.) que manejamos, florecieron algunas que han dejado rastros potentes: Chavín, Moche, Nazca, Huari. Sus integrantes lograron un gran desarrollo agrícola, sobre todo en la especialidad de los tubérculos —patata, batata, olluco—, gracias a la construcción de canales de riego y a la utilización del guano como fertilizante; trazaron caminos, levantaron acueductos y fortalezas, organizaron pequeñas ciudades con los servicios esenciales —administrativos, económicos, religiosos, municipales—, modelaron hermosas cerámicas, tallaron grandes bloques de piedra y erigieron estructuras ciclópeas sin argamasa. Trabajaban primorosamente objetos decorativos de oro y plata, batían cobre, contaban con estructuras religiosas y sacerdotales y elaboraron un rico sistema de mitos y creencias. Además, estaban regidos por gobernantes capaces de plantearse políticas imperialistas que les proporcionaran tierras agrícolas para sostener a su creciente población. Pero, en general, vivían con un milenio de desfase respecto a las culturas mediterráneas.

Los incas, con los que se encontraron las avanzadillas españolas de Pizarro, mostraban mayores índices de desarrollo, pero son posteriores: su imperio, que dominó gran parte de la costa pacífica del hemisferio suramericano, desde Ecuador a Chile, estuvo vigente desde los siglos XIII-XIV hasta el primer tercio del siglo XVI.



## COLOFÓN

Sirvan como reflexión final al mundo prehistórico y antiguo unas pocas ideas. Una es la relatividad de los desarrollos y su diferente ritmo, cuya enorme trascendencia en un momento dado con frecuencia se volatiliza. El descubrimiento y conquista de América fueron posibles porque un país recién unificado y salido de la Edad Media como España era tecnológicamente muy superior a los nativos americanos, que, aunque avanzados en algunas facetas, en otras estaban en el Neolítico. Pero en el tiempo largo de la historia, esas diferencias se minimizan.

Los periodos históricos se han ido acortando conforme la humanidad ha avanzado hasta el mundo actual. En el Paleolítico, durante casi dos millones de años el homínido se fue haciendo humano. Al Mesolítico y al Neolítico se les atribuyen unos 9000 años en los que el *Homo sapiens* cavernario y cazador nómada se afina, aprende a cultivar la tierra y a criar animales, convirtiéndose en «un hombre moderno», como diría André Leroi-Gourhan. La Antigüedad histórica, desde el descubrimiento de la escritura hasta el ocaso de Roma, apenas cuenta con tres milenios y medio. Extendemos el Medioevo por diez siglos; al mundo moderno le damos apenas tres, y en el contemporáneo llevamos solo dos y la nomenclatura ya se discute.

En esos 14 000 años, historiadores y antropólogos se refieren a dos revoluciones determinantes para la humanidad: la agricultura y la revolución industrial, en el siglo XVIII. Fueron necesarios dos millones de años para llegar a la revolución agraria; menos de 12 000 para lograr la revolución industrial; y apenas dos siglos para alcanzar el tiempo presente, que calificamos como era atómica o informática... A partir de ciertas plataformas, los pueblos han salvado grandes diferencias en su desarrollo a velocidad vertiginosa: los habitantes de América, que estuvieron en íntimo contacto con los europeos, alcanzaron el desarrollo importado en apenas uno o dos siglos; Japón vivía en la Edad Media cuando, mediado el siglo XIX, el comodoro Perry forzó la apertura de sus puertos a los buques norteamericanos; un siglo después, Japón se había convertido en una gran potencia industrial, comercial y tecnológica y en uno de los países más modernos de la tierra.

En fin, los estadios de desarrollo, aunque decisivos en su momento, muchas veces solo constituyen efímeros fogonazos en la historia: Hatti y Mitanni crearon imperios a partir de la superioridad militar que les otorgaban sus carros de guerra; hoy quedan unas pocas piedras de sus fulgurantes existencias y apenas somos capaces de delimitar con precisión los territorios que enseñorearon.

La preeminencia militar proporcionó victorias y forjó imperios, pero sus andamiajes fueron tan efímeros que de muchos de ellos solo quedó la cita histórica cuando se aprendió a escribirla. De la grandeza de Sumer no existen apenas vestigios materiales, la conocemos porque nos la han contado sus tablillas cuneiformes, y de su talento, la muestra más accesible es el gran poema de Gilgamesh; del Imperio

sargónida, uno de los grandes de la antigüedad mesopotámica, lo más elocuente que nos queda es un poema: «Yo soy Sargón, el poderoso rey, el rey de Agadé»; de la fantástica Babilonia de Hammurabi apenas subsisten restos, pero basta una estatua en la que aparece el monarca recibiendo del dios de la justicia los artículos de su código para elevarle a la inmortalidad. De los indoarios que diezmaron, esclavizaron y dispersaron a los drávidas que habían hecho florecer las primitivas culturas del Indo no nos quedaría ni el recuerdo sin las epopeyas *Mahabharata* y *Ramayana*.

El poso de la historia no son los imperios, sino su herencia cultural: sus arcaes teológicos, su lengua y sus alfabetos, sus leyes y sus leyendas, su capacidad para razonar y construir teorías, sus creaciones artísticas y sus tradiciones. Los que poco o nada de eso nos legaron, hoy son apenas montículos de escombros y hasta sus nombres se han perdido. De ahí la estructura que he dado a este libro, que el lector ya conoce, y el relieve que en ella tiene esa herencia cultural. Al menos, espero haberle entretenido.

# BIBLIOGRAFÍA

## PRIMERA PARTE

### Obras generales

- CABRERA, V.; BERNALDO DE QUIRÓS, F.; MOLIST, M.; AGUAYO DE HOYOS, P. y RUIZ RODRÍGUEZ, A., *Prehistoria*. Tomo I. *Historia Universal*, Historia 16, Madrid, 1992.
- GARCÍA HERRÁN, D., *Historia Universal*, Sílex, Madrid, 2007.
- GONZÁLEZ URQUIJO, J. M.; MOURE ROMANILLO, S. A.; ARIAS CABAL, P. y ARMENDÁRIZ GUTIÉRREZ, A., *La Prehistoria*. Tomo I. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003.
- THOMAS, H., *Una historia del Mundo*, Grijalbo, Barcelona, 1982.
- VV. AA., *Los orígenes*. Tomo I. *Historia Universal*, Salvat, Barcelona, 2004.

### Obras especializadas

- AGUIRRE, E., *Homo hispánico*, Espasa Calpe, Madrid, 2008.
- ATTALI, J., *Historia de la propiedad*, Planeta, Barcelona, 1988.
- AYDON, C., *Historia del hombre*, Planeta, Barcelona, 2009.
- BAILLOUD, G. y otros, *Carnac*, CNRS Éditions, París, 2009.
- BENDALA GALÁN, M., *De la Prehistoria a los visigodos*, Sílex, Madrid, 2004.
- , *Tartessos, iberos y celtas*, Temas de hoy, Madrid, 2010.
- BLANCO FREIJEIRO, A., *Los primeros españoles*, Historia 16 (colección *Historias del Viejo Mundo*), Madrid, 1988.
- DARWIN, CH., *El origen de las especies*, Espasa Calpe, Madrid, 2008.
- DAWKINS, *Evolución*, Espasa Calpe, Madrid, 2009.
- DELPORTE, H., *La imagen de la mujer en el arte prehistórico*, Istmo, Madrid, 1982.
- DYER, G., *Guerra*, Belacqua, Barcelona, 2007.
- FERNÁNDEZ, M.<sup>a</sup> CRUZ, *La Edad de los Metales*, Historia 16, Madrid, 1989.
- HARRISON, R., *España en los albores de la historia*, Nerea, Madrid, 1989.
- LEROI-GOURHAN, A., *Símbolos, Artes y Creencias de la Prehistoria*, Istmo, Madrid, 1984.
- LIVI-BACCI, M., *Historia mínima de la población mundial*, Ariel, Barcelona, 1990.
- MOHEN, J., *Les alignements de Carnac. Temples Néolithiques*, Éditions du Patrimoine, París, 2008.

- , *Todos tenemos 400 000 años*, Planeta, Barcelona, 1992.
- MORRIS, D., *El mono desnudo*, Plaza y Janés, Barcelona, 1968.
- PERICOT, L., y MALUQUER DE MOTES, J., *La humanidad prehistórica*, Salvat-Alianza, Madrid, 1969.

## Revistas

- Historia* 16, núm. 17, 1977: JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA, «El enigma de las Venus paleolíticas».
- , núm. 21, 1978: CELIA TOPP: «La destrucción de una cultura: los Millares de Santa Fe de Mondújar».
- , núm. 47, 1980: ANTONIO BLANCO, JOSÉ M.<sup>a</sup> BLÁZQUEZ, MANUEL BENDALA y MIGUEL ÁNGEL ELVIRA, «Tartessos».
- , núm. 79, 1982: NARCISO SANTOS YANGUAS, «Hispania, tierra de oro y plata».
- La Aventura de la Historia*, núm. 7, 1999: ALFONSO MOURE ROMANILLO, «La Garma: testigo excepcional de la Prehistoria».
- , núm. 17, 2000: MANUEL BENDALA, SEBASTIÁN CELESTINO, FERNANDO QUESADA y JORGE MAIER, «La legendaria Tartessos».
- , núm. 25, 2000: ALFONSO MOURE ROMANILLO, «Altamira. Del original a la réplica».
- , núms. 25, 34 y 61, sección Armas: FERNANDO QUESADA SANZ, «David frente a Goliath» (La honda), «El carro sumerio» y «Duro a la cabeza» (el casco de guerra).
- , núm. 103, 2007: IGNACIO MARTÍNEZ, JUAN LUIS ARSUAGA y PEDRO TOMÉ, *Dossier*: «Así nació el hombre».
- , núm. 117, 2008: RODRIGO DE BALBÍN, JOSÉ JAVIER ALCOLEA y PRIMITIVA BUENO, *Dossier*: «El arte rupestre».
- , núm. 119, 2008: DANIEL CASADO, «El Tesoro del Carambolo».
- , núm. 124, 2009: FRANCISCO PELAYO, ANTONIO GONZÁLEZ BUENO y ALBERTO GOMIS, *Dossier*: «Evolución, la polémica herencia de Darwin».

## SEGUNDA PARTE

### Obras generales

- ALVAR, J.; PLÁCIDO D.; BAJO, F., y MANGAS J., *Historia Antigua* (Manuales de Historia Universal, núm. 2), Historia 16, Madrid, 1992.

- BRAVO GUERREIRA, M. C.; ALONSO, A., CABRERO; L., CIUDAD A.; IGLESIAS, M. J.; ROJAS, J. L.; GONZÁLEZ, L. y SÁNCHEZ, E., *La América Precolombina*. Tomo VI. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003.
- CIUDAD, A.; LUCENA, M. y MALAMUD, C., *América* (Manuales de Historia Universal, núm. 10), Historia 16, Madrid, 1992.
- FERNÁNDEZ NIETO, F. J.; BLÁZQUEZ J. M.; GARCÍA QUINTELA, M. V.; MELERO BELLIDO, A.; PICAZO GURINA, M.; RUBIO RIVERA, R. y TSIOLIS KARANTASI, V., *Grecia*. Tomo III. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003.
- GARCÍA ORMAECHEA, C.; FERNÁNDEZ DEL CAMPO, E.; FERRO, M. J., CERVERA I.; COMAS R.; CABAÑAS P. y CAIERO L., *Asia*. Tomo VII. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003.
- MANGAS MANJARRÉS, J.; BAJO ÁLVAREZ, M.<sup>a</sup> F.; BENDALA GALÁN, M.; GONZÁLEZ ROMÁN, C.; HIDALGO DE LA VEGA, M.<sup>a</sup> J.; ROLDÁN HERVÁS, J. M. y SANTOS YAGUAS, N., *Roma*. Tomo IV. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003
- SANTOS YANGUAS, J. y ROLDÁN J. M., *Historia Antigua* (Manuales de Historia de España núm. 1), Historia 16, Madrid, 1991.
- VÁZQUEZ HOYOS, A. M.; LARA PEINADO, F.; FERNÁNDEZ URIEL, P.; GONZÁLEZ WAGNER, C.; MONTERO HERRERO, S. y MARTÍNEZ-PINNA NIETO, J., *Egipto y las civilizaciones antiguas (Los grandes Imperios de Mesopotamia, Persas Partos y sasánidas, Primera civilizaciones Mediterráneas, Antiguo Israel, Los fenicios)*. Tomo II. *Historia de la Humanidad*, Instituto Gallach, Barcelona, 2003.

### Obras especializadas

- ALMAGRO GORBEA, MARTÍN y otros, *Celtas y Vettones*, Diputación Provincial, Ávila, 2001.
- ALONSO TRONCOSO, VÍCTOR, *El genio de Grecia* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 10), Historia 16, Madrid, 1988.
- ALVAR, J. y otros, *Egipto eterno*, La Aventura de la Historia, Madrid, 2004.
- , *Entre fenicios y visigodos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- ARCE, J., *Bajo el Palio del Gran Rey* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 7), Historia 16, Madrid, 1988.
- BALLESTEROS, M., y otros, *Las culturas precolombinas*, Historia 16, Madrid, 1978.
- BEDMAN, T., *Reinas de Egipto. El secreto del poder*, Oberon, Madrid, 2003, y MARTÍN VALENTÍN, F., *Sen en Mut. El hombre que pudo ser rey de Egipto*, Oberón,

- Madrid, 2004.
- , *Hatshepsut. De reina a faraón de Egipto*, La Esfera de los libros, Madrid, 2009.
- BENDALA, M., *Los albores de Grecia* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 9), Historia 16, Madrid, 1988, y ABAD CASAL, L., *El arte Ibérico* (colección *Historia del Arte*, núm. 10), Historia 16, Madrid, 1988.
- BLANCO FREIJEIRO, A., *La República Romana* (colección *Historias del Viejo mundo*, núm. 12) Madrid, Historia 16, 1988.
- , *El Arte Egipcio* (I y II), (colección *Historia del Arte*, núms. 1 y 2), Historia 16, Madrid, 1989.
- , *La Roma Imperial* (colección *Historia del Arte*, núm. 13), Historia 16, Madrid, 1989.
- CARCOPINO, J., *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, Temas de hoy, Madrid, 1993.
- CASTEL, E., *Egipto. Signos y símbolos de lo sagrado*, Aldebarán, Madrid, 1999.
- CERAM, C. W., *Dioses tumbas y sabios*, Círculo, Barcelona, 1982.
- CERVERA, I., *El arte chino* (colección *Historia del Arte*, núm. 23), Historia 16, Madrid, 1989.
- CÉSAR, *Comentarios a las guerras de las Galias*, Alianza, Madrid, 2002.
- CIUDAD, A. e IGLESIAS, M. J., *El Arte precolombino* (I) (colección *Historia del Arte*, núm. 21), Historia 16, Madrid, 1089.
- CÓRDOBA ZOILO, J., *Los primeros estados indoeuropeos* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 6), Historia 16, Madrid, 1988.
- , *Irán y las Estepas* (colección *Historia del Arte*), Historia 16, Madrid, 1989.
- CORZO, R., *Los señores del mar* (colección *Historias del Viejo mundo*, núm. 8), Historia 16, Madrid, 1988.
- DONADONI, S., y otros, *El hombre egipcio*, Alianza, Madrid, 1991.
- EDWARDS, I. E. S., *Las pirámides de Egipto*, Crítica, Barcelona, 2003.
- ELVIRA, M. A., *El Arte Griego* (III) (colección *Historia del Arte*, núm. 9), Historia 16, Madrid, 1989.
- , *El Enigma etrusco* (colección *Historias del Viejo mundo*, núm. 11), Historia 16, Madrid, 1988.
- ESTRADA, F., *Los obreros de la muerte*, Planeta, Barcelona, 2001.
- ETIENNE, R., *La vida cotidiana en Pompeya*, Temas de hoy, Madrid, 1996.
- FOSTER, E. M., *Alejandría, historia y guía; faros y farallón*, Almed, Granada, 2009.
- FRÈCHES, J., *Érase una vez China. 4500 años de historia*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- GALA, A., *Séneca o el beneficio de la duda*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.
- GARCÍA GUAL, C., *Introducción a la mitología griega*, Alianza, Madrid, 1992.
- , *Odisea*, Alianza, Madrid, 2009.

- GARCÍA IGLESIAS, L., *El Pueblo elegido* (colección *Historias del Viejo mundo*, núm. 4), Historia 16, Madrid, 1988.
- GARCÍA ORMAECHEA, C., *India inmortal* (colección *Historias del Viejo mundo*, núm. 17), Historia 16, Madrid, 1988.
- , *El arte Indio* (colección *Historia del Arte*, núm. 24), Historia 16, Madrid, 1989.
- GIARDINA, A., y otros, *El hombre romano*, Alianza, Madrid, 1991.
- GOLDSWORTHY A., *César*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
- , *La caída del Imperio romano*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- GÓMEZ URDÁÑEZ, C., *Lo mejor del Arte del Próximo Oriente*, Historia 16, Madrid, 1997.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., *Cantabria a través de su historia*, Diputación provincial, Santander, 1977.
- GRANT, M., *César*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1971.
- HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Alianza, Madrid, 1992.
- HARD, H., *El gran libro de la mitología griega*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- HERÓDOTO, *Los Nueve Libros de la Historia*, edición de María Rosa Lida, Lumen, Barcelona, 1981.
- HESIODO, *Teogonía*, Alianza, Madrid, 1986.
- HEURGON, J., *La vida cotidiana de los etruscos*, Temas de hoy, Madrid, 1991.
- HOMERO, *Iliada y Odisea*, edición de Domingo Plácido, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- , *Odisea*, edición de Carlos García Gual, Alianza, Madrid, 2004.
- HORACIO, *Odas y Épodos*, Espasa Calpe, Madrid, 2005.
- JENOFONTE, *Anabasis*, Gredos, Madrid, 1982.
- KIRK, G. S., *La naturaleza de los mitos griegos*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- LARA PEINADO, F., *Diccionario biográfico del mundo antiguo, Egipto y el Próximo Oriente*, Aldebarán, Madrid, 1998.
- , *La civilización sumeria* (Biblioteca de Historia, 9), Historia 16, Madrid, 1990.
- , *Así vivían en Babilonia*, Anaya, Madrid, 1989.
- , *El arte de Mesopotamia* (colección *Historia del Arte*, núm. 5), Historia 16, Madrid, 1989.
- , *El nacimiento de la civilización* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 5), Historia 16, Madrid, 1988.
- , *Mitos sumerios y acadios*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1984, CÓRDOBA ZOILO, J., *El Mediterráneo Oriental* (colección *Historia del Arte*, núm. 6), Historia 16, Madrid, 1989, y LARA GONZÁLEZ F., *Los primeros códigos de la Humanidad*, Tecnos, Madrid, 1994.

- LAROCHE, L., *De los sumerios a los sasánidas*, Mars-Ivars, Valencia, 1971.
- LEÓN, P., *El Arte Griego (II)* (colección *Historia del Arte*, núm. 8), Historia 16, Madrid, 1989.
- LIVERIANI, M., *Oltre la Biblia. Storia antica de Israele*, Laterza, Bari, 2003.
- LIVIO, T., *Ab urbe condita*, Gredos, Madrid, 1990.
- MARTÍN VALENTÍN, F., *Los magos del antiguo Egipto*, Oberón, Madrid, 2002.
- MOSSÉ, C., *Alejandro Magno, el destino de un mito*, Espasa Calpe, Madrid, 2004.
- MONTANELLI, I., *Historia de los griegos, Historia de Roma*, Plaza y Janés, Barcelona, 1973.
- MONTET, P., *La vida cotidiana en Egipto en la época de los Ramsés*, Temas de hoy, Madrid, 1993.
- NEGRETE, J., *La gran aventura de los griegos*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- NEPOTE, C., *Las Vidas*, Gredos, Madrid, 1982.
- OVIDIO, *Metamorfosis*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- PADRÓ J., *El Egipto del Imperio Antiguo*, Historia 16, Madrid, 1989.
- PACZENSKY, G., y GANSLMAYR, H., *Nefertiti quiere volver a casa*, Planeta, Barcelona, 1984.
- PLATÓN, *Diálogos*, Espasa Calpe, Madrid, 2000.
- PLUTARCO, *Vidas paralelas*, Planeta, Barcelona, 1990.
- PRÉAUX, C., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146, a. C)*, Labor, Barcelona, 1984.
- PRESEDO, F., *A la sombra de la esfinge* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 2), Historia 16, Madrid, 1988.
- QUESADA SANZ, F., *Ultima ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna*, Polifemo, Madrid, 2009.
- , *Armas de Grecia y Roma*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- QUIRKE, S., *La religión del Antiguo Egipto*, Oberón, Madrid, 2003.
- , *Ra, el dios del sol*, Oberón, Madrid, 2001.
- RAY, J., *Destellos de Osiris. Vidas del Antiguo Egipto*, Crítica, Barcelona, 2003.
- ROLDÁN, J. M., *Césares*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- SAINERO, R., *Leyendas celtas*, Akal, Madrid, 1998.
- SALUSTIO, C., *La conjuración de Catilina*, Alianza, Madrid, 2000.
- , *La guerra de Yugurta*, Gredos, Madrid, 1988.
- SÁNCHEZ MONTAÑÉS, E., *El Arte precolombino (II)* (colección *Historia del Arte*, núm. 22), Historia 16, Madrid, 1989.
- SANTIDRIÁN, P. R., *Diccionario básico de las religiones*, Verbo Divino, Estella, 1993.
- SCHULZ R. y SEIDEL M., *Egipto. El mundo de los faraones*, Könnemann, Colonia, 1997.
- SCOTT LITTLETON, C., *Mitología*, Blume, Barcelona, 2004.



- SHAW, I., *Historia del Antiguo Egipto*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
- SIME, R., *La revolución romana*, Taurus, Madrid, 1989.
- SUETONIO, *Vida de los doce césares*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.
- STORCH DE GRACIA, J., *El Arte Griego (I)* (colección *Historia del Arte*, núm. 7), Historia 16, Madrid, 1989.
- SUE-HEE, K., *La antigua China* (colección *Historias del Viejo Mundo*, núm. 18), Historia 16, Madrid, 1988.
- TUCIDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Gredos, Madrid, 1992.
- VERNANT, J. P., *Mito y religión en la Grecia Antigua*, Ariel, Barcelona, 1991, y otros, *El hombre griego*, Alianza, Madrid, 1993.
- VIRGILIO, *Eneida*, Espasa Calpe, Madrid, 2007.
- WENDT, H., *Empezó en Babel*, Noguer, Barcelona, 1967.
- WILKINSON, R. H., *Los templos del Antiguo Egipto*, Destino, Barcelona, 2002.

## Revistas

- Cuadernos de Arte español*, núm. 26: Dimas Fernández Galiano, *Las villas hispanorromanas*, Historia 16, Madrid, 1992.
- Cuadernos de Historia 16*, núm. 58: RAMÓN TEJA y otros, *Las guerras cántabras*, Madrid, 1985.
- , núm. 138: ADOLFO DOMÍNGUEZ, *Los antiguos esclavos*, Madrid, 1985.
- , núm. 229: ÁNGEL MONTENEGRO DUQUE, *La China de Confucio*, Madrid, 1985.
- , núm. 238: MIGUEL ÁNGEL ELVIRA y otros, *La ruta de la seda*, Madrid, 1985.
- Historia 16*, núm. 55, noviembre 1980: JEAN-LOUIS VATINEL, «El coste de la vida en Roma. Condiciones sociales y poder adquisitivo».
- , núm. 66, octubre de 1981: RAMÓN TEJA CASUSO, «Roma contra los cristianos».
- La Aventura de la Historia*, núm. 10, 1999: ROSARIO DE LA TORRE, JULIO GIL PECHARROMÁN, SOHA ABBOUD y MIGUEL ÁNGEL ELVIRA, *Dossier: «Napoleón, Aventura en Egipto, Doscientos años nos contemplan»*.
- , núm. 11, 1999: JACOBO STORCH, CARLOS GONZÁLEZ WAGNER y VÍCTOR ALONSO TRONCOSO, *Dossier: «Cartago frente a Roma»*.
- , núm. 20, 2000: RICARDO CALVO, «Lecciones de ajedrez: Jugando con Nefertari».
- , núms. 27, 28 y 29, 2001: RAFAEL REBOLO, «La época del remo y del espolón» (tres capítulos).
- , núm. 36, 2001: RICARDO HERREN, «La Biblia, solo leyenda y religión».
- , núm. 47, 2002: TERESA BEDMAN y FRANCISCO MARTÍN VALENTÍN, «Los constructores de las pirámides de Guiza».
- , núm. 49, 2002: ISABEL PRIETO, TERESA BEDMAN, FEDERICO LARA y FRANCISCO

MARTÍN VALENTÍN, *Dossier*: «Tut-anj-Amón».

- , núm. 57, 2003: FRANCISCO MARTÍN VALENTÍN y TERESA BEDMAN, «Las intrigas de Tiy, un trono para Ajnatón».
- , núm. 62, 2003: SOHA ABBOUD, «La maldición de Sesostri III».
- , núm. 69, 2004: MIGUEL ÁNGEL ELVIRA, «Ajnatón el hereje».
- , núm. 72, octubre 2004: JOSÉ M.<sup>a</sup> BLÁZQUEZ y JAVIER CABRERO, «Más mito que Historia. Nuevas investigaciones sobre *La Biblia*».
- , núm. 93, julio 2006: DANIEL CASADO y FERNANDO QUESADA, «Numancia, la construcción de un mito nacional».
- , núm. 97, noviembre 2006: JOSÉ M.<sup>a</sup> BLÁZQUEZ y JAVIER CABRERO, «Los orígenes de Roma. Rómulo sí existió».
- , núm. 106, 2007: FRANCISCO MARTÍN VALENTÍN y TERESA BEDMAN, «Hatshepsut, señora de Egipto».
- , núm. 134, diciembre 2009: LORENZO ABAD, IGNACIO GRAU y FELICIANA SALA, «El enigma de los iberos».

# Notas

[\*] El Halcón sería el faraón, Horus, el halcón de Egipto; el ureo, la serpiente, símbolo del Delta, y la Residencia, Menfis, corte real en el Reino Antiguo. <<